

HISTORIA
DE LA
REFORMACION
DEL
SIGLO DECIMOSECSTO.

ESCRITA POR
T. H. MERLE D'AUBIGNE.

TRADUCIDA DE LA CUARTA EDICION FRANCESA,
POR
RAMON MONSALVATGE.

“ Llamo accesorio, el estado de cosas caducas y transitorias de esta vida :
Llamo principal, el gobierno espiritual en el que reluce soberanamente
la providencia de Dios.”—TODOSIO DE BEZE.

TOMO PRIMERO.

NUEVA YORK:
1850.

NOTA.—*Como el traductor no ha podido revisar siempre las pruebas de esta obra cuando se estaba imprimiendo, y siendo publicada en imprenta ecstrangera, necesita de la indulgencia del lector por las faltas de ortografía que en ella encuentre.*

IR32
MS6h
v.1

63465

INDICE.

LIBRO PRIMERO.

ESTADO DE LAS COSAS ANTES DE LA REFORMACION.

I.

Decadencia del paganismo.—El cristianismo.—Dos principios ^{Página} distintos.
—Formacion del papado.—Primeras invasiones.—Cooperacion de los obispos.—Patriarcados.—Cooperacion de los principes.—Influencia de los barbaros.—Poder secular de los papas.—Las decretales.—Desordenes De Roma.—Nueva epoca.—Hildebrando.—Sus sucesores.—La Iglesia. 29

II.

Corrupcion de la doctrina.—La buena nueva.—La salvacion entre las manos de los sacerdotes.—Las Penitencias.—Las indulgencias.—Meritos supererogatorios.—El purgatorio.—Tarifa.—Jubileos.—El papado y el cristianismo..... 47

III.

Estado de la cristiandad.—Teologia.—Dialéctica.—Trinidad.—Predestinacion.—Estado primitivo.—Redencion.—Gracia.—Penitencia..... 57

IV.

Religion.—Reliquias.—Risa de Pascua.—Costumbres.—Corrupcion.—Desordenes de los sacerdotes,—de los obispos,—de los papas.—Borgia.—Instruccion.—Ignorancia.—Ciceronianos..... 62

V.

Esfuerzos de la reforma.—Los principes.—Los letrados.—La Iglesia..... 73

VI.

Naturaleza indestructible del cristianismo.—Dos leyes de Dios.—Fuerza aparenta de Roma.—Oposicion oculta.—Decadencia.—Transformacion de la Iglesia.—Descubrimientos de los reyes.—Descubrimientos de los pueblos.—Teologia romana.—Teologia escolastica.—Restos de vida.—Desarrollo del espiritu humano.—Renacimiento de las letras..... 77

VII.

	Página
Principio reformador.—Testigos de la verdad.—Claudio de Turin.—Los místicos.—Los Valdenses.—Valdo.—Wicleff.—Juan Huss.—Testigos en la Iglesia.....	89

VIII.

Estado de los pueblos de Europa.—El imperio.—Preparaciones providenciales.—Estado llano.—Caracter nacional.—Fuerza nativa.—Servidumbre de la Alemania.—Estado del imperio.—Oposicion á Roma.—Suiza.—Pequeños cantones.—Italia.—Obstáculos á la reforma.—España.—Portugal.—Francia.—Esperanzas fallidas.—Paises Bajos.—Inglaterra.—Escocia.—El Norte.—Rusia.—Polonia.—Bohemia.—Hungria.....	97
--	----

IX.

Hombres de la época.—Federico el Sabio.—Macsimiliano.—Dignitarios de la Iglesia.—Los letrados.—Reuchlin.—Reuchlin en Italia.—Sus trabajos.—Lucha con los dominicos.....	115
---	-----

X.

Erasmus.—Erasmus en Paris.—Su profesion.—Sus trabajos.—¿Era posible una reforma sin sacudimiento?—Su timidez.—Su indecision.....	125
--	-----

XI.

Los nobles.—Hütten.—Sus escritos.—Cartas de algunos hombres oscuros.—Hütten en Bruselas.—Sus cartas.—Su fin.—Sichingen.—Guerra.—Su muerte.—Cronberg.—Hans Sacha.—Fermentacion general.....	135
--	-----

LIBRO SEGUNDO.

JUVENTUD, CONVERSION, Y PRIMEROS TRABAJOS DE LUTERO,
1483—1517.

I.

	Página
Padres de Lutero.—Su nacimiento.—Pobreza.—La casa paterna.—Rigor.—Primeros conocimientos.—La escuela de Magdebourg.—Miseria.—Eisenach.—La Sunamita.—La casa de Cotta.—Recuerdo de aquellos tiempos.—Sus estudios.—Frebonius.....	145

II.

La universidad.—Devocion de Lutero.—Descubrimiento.—La Biblia.—Enfermedad.—Perturbaciones.—Muerte de Alexis.—Rayo.—Providencia.—Despedida.....	157
--	-----

III.

Página

Su padre.—Supersticion.—Trabajos serviles.—Valor.—Estudios.—La Biblia.—Acetismo.—Angustias..... 165

IV.

Hombres devotos.—Staupitz.—Su visita.—Conversaciones.—La gracia de Cristo.—El arrepentimiento.—La eleccion.—La Providencia.—La Biblia.—El viejo fraile.—La remision de los pecados.—Consagracion.—La comida.—*Corpus Christi*.—Vocacion en Wittemberg..... 176

V.

Primeras enseñanzas.—Lecciones biblicas.—Sensacion.—Sermones en Wittemberg.—La capilla vieja.—Impresion..... 188

VI.

Viaje á Roma.—Un convento en las margenes del Pó.—Recuerdos de Roma.—Devocion supersticiosa.—Profanacion del clero.—Conversaciones.—Desordenes de Roma.—Estudios biblicos.—Influencia sobre la fé.—La puerta del Paraiso.—Confesion..... 193

VII.

Regreso.—El doctorado.—Carlstadt.—Juramento de Lutero.—Principio de la reforma.—Valor de Lutero.—Caridad.—Los escolasticos.—Spalatin.—Negocio de Reuchlin..... 206

VIII.

La fé.—Declamaciones populares.—Enseñanza académica.—Pureza moral de Lutero.—El fraile Spenlein.—Justificacion por la fé.—Erasmo.—Las obras..... 214

IX.

Primeras tesis.—Visita de los conventos.—Dresde.—Erfurt.—El prior Tornator.—Resultados de su viaje.—Trabajos.—Peste..... 224

X.

Relaciones con el elector.—Consejos al capellan.—El duque Jorge.—Lutero en la corte.—Comida en la corte.—Cena en casa de Emser..... 230

XI.

Libertad y servidumbre.—Tesis.—Naturaleza del hombre.—Racionalismo.—Súplica á Juan Lange de Erfurt.—Eck.—Urbano Regius.—Modestia de Lutero..... 237

LIBRO TERCERO.

LAS INDULGENCIAS Y LAS TESIS. 1517 MAYO 1518.

I.

	Página
Agitación.—Comitiva.—Tezel.—Su discurso.—Confesion.—Venta.—Penitencia publica.—Una carta de indulgencia.—Ecepciones.—Diversiones y disoluciones.....	247

II.

Tezel en Magdebourg.—El alma del cementerio.—El zapatero de Hagenau.—Los estudiantes.—Miconius.—Conversacion con Tezel.—Astucia de un gentil hombre.—Discursos de los sabios y del pueblo.—Un minero de Schneeberg.....	268
---	-----

III.

Leon X.—Alberto de Mayence.—Arriendo de las indulgencias.—Los franciscanos y los dominicanos.....	266
---	-----

IV.

Se presenta Tezel.—Las confesiones.—Cólera de Tezel.—Lutero sin plan.—Discurso de Lutero.—Sueño del elector.....	271
--	-----

V.

Fiesta de todos los santos.—Las tesis.—Su fuerza.—Moderacion.—Providencia.—Carta á Alberto.—Indiferencia de los obispos.—Bropagacion de las tesis.....	280
--	-----

VI.

Benchlin.—Erasmo.—Fleck.—Bibra.—El emperador.—El papa.—Miconius.—Recelos.—Adelmann.—Un anciano sacerdote.—El obispo.—El elector.—Las objeciones de Erfurt.—Respuesta de Lutero.—Combates interiores.—El movíl de Lutero.....	293
--	-----

VII.

Ataque de Tezel.—Respuesta de Lutero.—Buenas obras.—Lutero y Spalatin.—Estudio de la Escritura.—Scheurl y Lutero.—Lutero y Staupitz.—Lutero y su pueblo.—Un habito nuevo.....	304
---	-----

VIII.

Disputa de Francfort.—Tesis de Tezel.—Amenazas.—Oposicion de Knipstrow.—Tesis de Lutero quemadas.—Los frailes.—Paz de Lutero.—Tesis de Tezel quemadas.—Sentimiento de Lutero.—Visita del obispo.....	313
--	-----

IX.

	Página
Frierio.—Sistema de Roma.—El diálogo.—Sistema de la reforma.—Res- puesta á Frierio.—La palabra.—El papa y la Iglesia.—Hochstraten.—Los frailes.—Responde Lutero.—Eck.—La Escuela.—Los obeliscos.—Sentimien- tos de Lutero.—Los asteriscos.—Ruptura.....	323

X.

Escritos populares.—Padre nuestro.—Venga el tu reino.—Hagase tu vol- tad.—El pan nuestro de cada dia.—Sermon sobre el arrepentimiento.— La remision viene de Cristo.....	326
--	-----

XI.

Tamores de los amigos de Lutero.—Viaje á Heidelberg.—Bibra.—El pala- cio Palatino.—Rompimiento.—Las paradojas.—Controversia.—El audito- rio.—Bucer.—Brenz.—Sæpf.—Conversaciones con Lutero.—Trabajos de estos jóvenes doctores.—Efecto producido en Lutero.—El viejo pro- fesor.—La verdadera luz.—Llegada.....	343
---	-----

LIBRO CUARTO.

LUTERO ANTE EL LEGADO. MAYO.—DICIEMBRE, 1518.

I.

	Página
Arrepentimiento.—El papa.—Leon X.—Lutero á su obispo.—Lutero al papa. —Lutero al vicario general.—Rovere al elector.—Discursos sobre la excomunion.—Influencia y fuerza de Lutero.....	353

II.

Dieta en Augsbourg.—El emperador al papa.—El elector á Rovere.—Lu- tero emplazado para Roma.—Faz de Lutero.—Intercesion de la univer- sidad.—Breve del papa.—Indignacion de Lutero.....	367
---	-----

III.

El armero Schwarzerd.—Su muger.—Felipe.—Su talento.—Sus estudios. La Biblia.—Llamada á Wittemberg.—Partida y viaje de Melancton.— Leipsig.—Equivocacion.—Gozo de Lutero.—Paralelo.—Revolucion en la enseñanza Estudio del griego.....	377
--	-----

IV.

	Página
Sentimientos de Lutero y de Staupitz.—Orden de comparecer.—Alarmas y animo.—El elector en casa del legado.—Salida para Augsbourg.—Permanencia en Weimar.—Nuremberg.—Llegada á Augsbourg.....	386

V.

De Vio.—Su caracter.—Serralonga.—Conversacion preliminar.—Visita de los consejeros.—Regreso de Serralonga.—El prior.—Prudencia de Lutero.—Lutero con Serralonga.—El salvo conducto.—Lutero á Melancton.....	392
---	-----

VI.

Primera comparecencia.—Primeras palabras.—Condiciones de Roma.—Proposiciones presentadas para su retractacion.—Respuesta de Lutero ;—él se retira.—Impresion causada en ambas partes.—Llegada de Staupitz.—Comunicacion al legado.....	402
--	-----

VII.

Segunda comparecencia.—declaracion de Lutero.—Respuesta del legado.—Volubilidad del legado.—Peticion de Lutero.....	411
---	-----

VIII.

Tercera comparecencia.—Tesoro de las indulgencias.—La fé.—Humilde peticion.—Respuesta del legado.—Replica de Lutero.—Cólera del legado.—Lutero sale.—Primera defeccion.....	416
---	-----

IX.

De Vio y Staupitz.—Staupitz y Lutero.—Lutero á Spalatin.—Lutero á Carlstadt.—La comunion.—Link y de Vio.—Partido de Staupitz y de Link.—Lutero á Cayetano.—Silencio del cardenal.—Despedida de Lutero.—Partida.—Apelacion al papa.....	423
--	-----

X.

Huida de Lutero.—Admiracion.—Deseo de Lutero.—El legado al elector.—El elector al legado.—Prosperidad de la universidad.....	433
--	-----

XI.

Proyectos de partida.—Despedida á la iglesia.—Momento crítico.—Entrega de Lutero ;—Valor del mismo.—Descontento de Roma.—Apelacion á un concilio.....	440
---	-----

PREFACIO.

No es la historia de un partido la que me propongo escribir: es la de una de las mayores revoluciones que se han operado en la humanidad, la de una impulsión poderosa dada, hace tres siglos, al mundo, y cuya influencia se percibe aun en nuestros dias. La historia de la reformation es otra cosa que la historia del protestantismo. En la primera, todo lleva el sello de una regeneracion de la humanidad, de una transformacion religiosa y social, que emana de Dios. En la segunda, se ve muchas veces una degeneracion notable de principios primitivos, el juego de partidos, el espíritu de secta, el indicio de pequeñas individualidades. La historia del protestantismo podrá no interesar mas que á los protestantes; pero la historia de la reformation interesa á todos los cristianos, ó mas bien á todos los hombres.

El historiador puede escoger en el campo que se ofrece á sus trabajos; puede escribir los grandes acontecimientos que cambian la faz de un pueblo, ó la del mundo; ó bien puede referir el curso tranquilo y progresivo de una nacion, ó de la Iglesia, ó de la humanidad, que sucede de ordinario á las poderosas mutaciones sociales. Estos dos campos de la historia son de una alta importancia; pero parece haberse fijado el interes con preferencia en aquellas épocas en que, bajo el nombre de revoluciones, han predispuesto un pueblo,

ó la sociedad toda entera, á una nueva era y á una nueva vida.

Una de estas transformaciones es la que me propongo describir, con mis pequeñas fuerzas, esperando que la importancia del objeto suplirá mi insuficiencia. El nombre de revolucion que le doy, está desacreditado hoy dia entre muchos, que lo confunden casi con el de revuelta; pero se equivocan, porque una revolucion es un cambio que se opera en las cosas del mundo; es alguna cosa nueva que se desarrolla (*revolvo*) del seno de la humanidad; y aun esta palabra, antes del fin del último siglo, ha sido mas veces tomado en buen sentido que en malo. Se ha dicho: una feliz, una maravillosa revolucion. Siendo la reformation, el establecimiento de los principios del cristianismo primitivo, es lo contrario de una revuelta. Ella ha sido un movimiento regenerador para el que debia revivir, y conservador para el que debe subsistir siempre. El cristianismo y la reformation, estableciendo el gran principio de la igualdad de las almas ante Dios, destruyendo las usurpaciones de un sacerdocio soberbio, que pretende establecerse entre el Criador y su criatura, sientan como principio primitivo del orden social, que no hay poder que no venga de Dios, y dicen á los hombres: "Amad á vuestros hermanos; temed á Dios; honrad al rey."

La reformation se distingue eminentemente de las revoluciones de la antigüedad, y de la mayor parte de las de los tiempos modernos. En estas, se trata de cambios politicos, y de establecer ó destruir el dominio de uno solo, ó de muchos. El amor de la verdad, de la santidad, y de la eternidad, fué el resorte simple y poderoso que efectuó la que tenemos que describir. Ella señala una marcha progresiva en la humanidad. En efecto, si el hombre, en lugar de no bus-

car mas que intereses materiales, temporales, y terrestres, se propone un objeto mas elevado, y busca bienes inmateriales é inmortales, avanza y progresa, la reformation es uno de los mas bellos dias de esta marcha gloriosa. Ella es una fianza de que la nueva lucha que al presente se sostiene, se terminará con un triunfo mas puro, mas espiritual y mas magnifico todavia para la verdad.

El cristianismo y la reformation son las dos mayores revoluciones de la historia, las que no se operan solamente en un pueblo, como los diversos movimientos politicos, que la historia nos refiere, sino en muchos pueblos; y sus efectos deben hacerse sentir hasta el cabo del mundo.

El cristianismo y la reformation son la misma revolucion; pero obrada en epocas y circunstancias diferentes. Son desemejantes en puntos secundarios, pero son una sola, en los primeros y principales. La segunda es una repiticion del primero; este abolió la antigua alianza; con aquella ha reaparecido la nueva, y entre ambas está la edad media. El cristianismo es el padre de la reformation; y, si la hija bajo algunos respetos lleva señales de inferioridad, por otro lado tiene caracteres que le son propios.

La prontitud de su accion, es uno de estos caracteres. Las grandes revoluciones que han producido la caida de una monarquía, el cambio total de un sistema politico, ó que han lanzado el espíritu humano en una nueva carrera de desarrollo, han sido lenta y gradualmente preparados: se ha empleado mucho tiempo en minar el antiguo poder, y se han visto desaparecer poco á poco sus principales apoyos. Lo mismo aconteció cuando se estableció el cristianismo. Sin embargo, la reformation parece, al primer golpe de vista, presentarnos un aspecto diferente. La Iglesia de Roma

aparece bajo Leon X., en toda su fuerza y gloria ; un fraile habla, y en la mitad de la Europa, este poder y esta gloria se hunden. Esta revolucion recuerda las palabras con las que el Hijo de Dios anuncia su segunda venida : “ Como el relámpago sale del oriente, y se deja ver hasta el occidente, así será tambien la venida del Hijo del hombre.” (S. S. Math. cap. xxiv., ver. 27.)

Esta prontitud es inesplicable para los que no ven en este grande acontecimiento mas que una “*reforma*,” dé la que hacen simplemente un objeto de critica, que consiste en hacer una eleccion entre varias doctrinas, en dejar unas, conservar otras, y en coordinar las que se han retenido, de modo que se haga un conjunto nuevo.

¿ Como todo un pueblo, como muchos pueblos hubieran hecho tan prontamente un tan penible trabajo ? ¿ Como este ecsamen critico hubiera producido el fuego del entusiasmo, que es necesario para grandes y sobre todo prontas revoluciones ? No, la reformacion fué otra cosa totalmente diferente ; y esto es lo que su historia mostrará. Ella fué una nueva efusion de esta vida que el cristianismo trajo al mundo. Ella fué el triunfo de la mas grande de las doctrinas, de la que anima á los que la abrazan con el entusiasmo mas puro y mas poderoso, la doctrina de la fé, la doctrina de la gracia. Si la reformacion hubiera sido lo que se imaginan hoy muchos catolicos y muchos protestantes, si hubiera sido este sistema negativo de una razon negativa, que rechaza puerilmente lo que le desagrada, y desconoce las grandes ideas y las grandes verdades del cristianismo universal, no hubiera pasado jamas los estrechos limites de una academia, de un claustro, de una celda. Pero ella no tuvo ninguna relacion con lo que la mayor parte de los hombres

entiende por protestantismo. Lejos de ser un cuerpo débil, aniquilado, se levantó como un hombre lleno de fuego y de poder.

Dos consideraciones esplican la prontitud y la estension de esta revolucion. La una debe ser buscada en Dios, y la otra entre los hombres. El impulso fué dado por una mano invisible y poderosa ; y el cambio que se efectuó fué obra de Dios. He aquí la conclusion que saca necesariamente un observador imparcial, y que no se detiene en la superficie. Pero, le queda al historiador otro trabajo, porque Dios opera por medio de causas secundarias. Muchas circunstancias, que suelen pasar inapercibidas prepararon poco á poco á los hombres, á la gran transformacion del siglo decimosesto, de suerte que el espiritu humano estaba bien dispuesto, cuando sonó la hora de su emancipacion.

El deber del historiador es el de reunir estos dos grandes elementos, en el cuadro que presenta. Esto es lo que se ha procurado hacer en esta historia. Se nos comprenderá facilmente cuando tratemos de descubrir las causas secundarias que contribuyeron á producir la revolucion que debemos describir. Muchos nos comprenderan mal tal vez, y estarán dispuestos á tildarnos de supersticion, cuando atribuyamos á Dios el cumplimiento de esta obra. Esta es, sinembargo, la idea que nosotros amamos particularmente. Esta historia, asi como lo indica el epigrafe que le hemos dado, sienta ante todo y pone al frente este principio simple y fecundo : "Dios en la historia." Pero generalmente se descuida y aun se pone en duda, á veces, este principio. Nos parece pues conveniente esponer sobre esta materia nuestro modo de ver, y justificar asi el método que hemos seguido.

La historia no seria hoy esta fria relacion de aconteci-

mientos, que la mayor parte de los historiadores anteriores se han limitado á hacernos conocer. Se comprehende que hay en la historia, como en el hombre, dos elementos: la materia y el espíritu. Nuestros grandes escritores, no pudiendo resignarse á hacer simplemente una narracion material, que no seria mas que una crónica esteril, han buscado un principio de vida, propio para animar los materiales de los siglos pasados.

Los unos han tomado del arte este principio; han buscado la sencillez, la verdad, lo pintoresco de la descripcion, y han procurado animar su narracion con la vida de los mismos acontecimientos.

Los otros han pedido á la filosofia el espíritu que debia fecundizar sus trabajos. Han unido á los acontecimientos, miras, enseñanzas, verdades políticas y filosoficas; y han animado sus relaciones con el sentido que han hecho derivar de ellas, y con las ideas que han sabido aplicarles.

Estos dos modos de proceder son buenos, sin duda, y deben ser empleados en ciertos limites. Pero hay otra fuente en la que es menester buscar ante todo la inteligencia, el espíritu y la vida de los tiempos pasados; y es la religion. Es necesario que la historia viva de la vida que le es natural, y esta vida es Dios. Dios debe ser reconocido, y proclamado en la historia. La historia del mundo debe ser señalada como los anales del gobierno del rey soberano.

Yo he descendido á la liza donde me llamaban las relaciones de nuestros historiadores; he visto en ellas las acciones de los hombres y de los pueblos, desarrollarse con energia, entrechocarse con violencia; y, aun he oido un cierto ruido de armas; pero no se me ha mostrado en ninguna parte la figura magestuosa del juez que preside el combate.

Y sin embargo, hay un principio de vida, que emana de Dios en todos los movimientos de los pueblos. Dios se encuentra en esta vasta escena, donde vienen sucesivamente á agitarse las generaciones de los hombres: es verdad que está invisible, pero, si la multitud profana pasa delante de él, sin saberlo, porque se oculta, entonces las almas profundas, los espíritus que tienen necesidad del principio mismo de su existencia, le buscan con tanto mas ardor, y no se satisfacen hasta que no caen prosternados á sus pies. Y sus investigaciones son magníficamente recompensadas. Porque, desde las alturas donde han debido llegar para encontrar á Dios, la historia del mundo, en lugar de presentarseles, como á la multitud ignorante, un caos confuso, se les aparece como un templo magestuoso, en el cual la mano invisible de Dios mismo trabaja, y que se eleva para su gloria sobre la roca de la humanidad.

¿No verémos á Dios en estas grandes apariciones, en estos grandes personajes, en estos grandes pueblos que se levantan, saliendo de repente, por decirlo así, del polvo de la tierra, y dando á la humanidad un impulso, una forma, y un destino nuevo? ¿No le veremos en estos heroes, que, saliendo de la sociedad, en épocas determinadas, despliegan una actividad y un poder, que, superior á los límites ordinarios del poder humano, y entorno de los cuales se agrupan, sin vacilar, como entorno de un poder superior y misterioso, los individuos y los pueblos? ¿Quien ha lanzado en el espacio del tiempo, los coméetas de gigantesca apariencia y cola luminosa, que no aparecen mas que á largos intervalos, derramando sobre la turba supersticiosa de los mortales ó la abundancia y la alegría, ó las calamidades y el terror? ¿Quien, sino Dios? Alejandro busca su origen en las moradas de la divinidad, y aun en el siglo mas irreligioso, no

alcanza gran gloria el que no se esfuerza á asegurarsela de alguna manera en el cielo.

Y estas revoluciones que vienen a precipitar en el polvo las razas de los reyes, y aun las de los pueblos enteros, estos escombros inmensos que se encuentran en medio de las arenas, estas ruinas magestuosas que presenta el campo de la humanidad; no gritan bastante alto: "¿Dios en la historia?" Gibbon, sentado en medio de los restos del capitolio, y contemplando sus augustas ruinas, reconoce allí la intervencion de un destino superior. El la vé y la siente; en vano quiere separar la vista; esta sombra de un misterioso poder reaparece detras de cada ruina, y concibe la idea de describir su influencia en la historia de la desorganizacion, de la decadencia y de la corrupcion de aquel poder Romano, que habia subjugado los pueblos. Y si este hombre, de un genio admirable, pero que no habia doblado la rodilla delante de Jesucristo, vió aquella mano poderosa al traves de los restos esparcidos de los monumentos de Romulo, de los relieves de Marco-Aurelio, de los bustos de Ciceron y Virgilio, de las estátuas de Cesar y de Augusto, de los trofeos de Trajano y de los caballos de Pompeyo, ¿no la descubriremos nosotros entre todas las ruinas, y no la reconoceremos por la de nuestro Dios?

¡ Cosa asombrosa! hombres criados en medio de las grandes ideas de cristianismo, tratan de supersticion esta intervencion de Dios en las cosas humanas, que los mismos paganos habian reconocido!

El nombre que la antigua Helenica ha dado al Dios soberano, nos muestra que habia recibido de las revelaciones primitivas esta gran verdad de un Dios, principio de la historia y de la vida de los pueblos. Ella lo llamó *Zeus* (yo vivo), es decir el que dá *la vida* á todo lo que vive, á los in-

dividuos y á las naciones. A sus altares es á donde los reyes y los pueblos ivan á prestar sus juramentos; y de una de sus misteriosas inspiraciones, es de donde Minos y otros legisladores pretenden haber recibido sus leyes. Y aun hay mas; esta gran verdad, se figura en una de las mas hermosas fabulas de la antigüedad pagána. La misma mitologia podria enseñar á los sabios de nuestros dias: nos parece que este es un hecho que es permitido probar, y puede ser que haya algunos que opondran menos preocupaciones á las instrucciones del paganismo que á las mismas del cristianismo. Este *Zeus*, este Dios soberano, este Espíritu eterno, este principio de vida, es padre de Clio, musa de la historia, que tiene por madre á Mnemosina, ó la memoria. La historia reúne asi, segun la antigüedad, una naturaleza celeste y otra terrestre. Ella es hija de Dios y del hombre. Pero, ay! la sabiduria miope de nuestros dias orgullosos, está lejos de las alturas de la sabiduria pagana. Se le ha quitado á la historia su divino padre; é, hija ilegítima, aventurera, y atrevida, se va aquí y allí por el mundo, sin saber casi de donde viene ni de donde sale.

Pero esta divinidad de la antigüedad pagana, no es mas que un palido reflejo, una sombra incierta del Eterno, de Jehovah. El verdadero Dios que los Hebreos adoran, quiere gravar en el espíritu de todos los pueblos que él reina perpetuamente en la tierra; y á este efecto, él dá, si se me permite decirlo asi, un *cuerpo* á este reinado en medio de Israel. Una Teocracia visible debia existir un dia en la tierra, para recordar sin cesar la teocracia invisible que siempre gobernará el mundo.

Y que brillo no adquiere, bajo la economia cristiana, esta gran verdad: ¡Dios en la historia! ¿Que es Jesucristo sino es Dios en la historia? Este descubrimiento de Jesucristo fué

el que hizo comprender la historia al principio de los historiadores modernos, á Juan Müller.—“El Evangelio, dice, es el cumplimiento de todas las esperanzas, el punto de perfeccion de toda la filosofia, la explicacion de todas las revoluciones, la llave de todas las contradicciones aparentes del mundo fisico y moral, la vida y la inmortalidad. Desde que conozco al Salvador, todo es claro á mis ojos; con él no hay nada que yo no pueda resolver.”¹

Así habla este gran historiador. Y en efecto, ¿no es la aparicion de Dios en la naturaleza humana, la llave de la bóveda celeste, el nudo misterioso que liga todas las cosas de la tierra y las une al cielo? Hay un nacimiento de Dios en la historia del mundo, ¿y no estará Dios en la historia! Jesucristo es el verdadero Dios de la historia de los hombres. La misma pequeñez de su apariencia, lo demuestra. Si el hombre quiere construir un abrigo cualquiera, espera los materiales, los andamios, los obreros, los fosos, los escombros.... Pero Dios, si lo quiere hacer, toma la mas pequeñita semilla, que el niño recién nacido ha podido encerrar en su debil mano, la coloca en el seno de la tierra; y, por este grano imperceptible en su principio, produce este árbol inmenso, bajo el cual las familias de los hombres pueden hallar sombra. Hacer grandes cosas con medios imperceptibles, he aquí la ley de Dios.

Esta ley encuentra en Jesucristo su mas perfecto cumplimiento. El cristianismo, que está ya arraigado en los pueblos, que reina o se estiende en la actualidad sobre todas las tribus de la tierra, del Oriente al Occidente, y que aun la misma incredula filosofia se vé obligada á reconocer, como la ley espiritual y social de este universo, el cristianismo, que es lo mas grande bajo la bóveda de los cielos, ¿que digo! en la

¹ Carta á Carlos Bennet.

inmensidad infinita de la creacion, ¿cual ha sido su principio?... Un niño, nacido en la ciudad mas pequeña de la nacion mas despreciada de la tierra, un niño, cuya madre no tuvo, ni aun lo que posee la mas indigente, la muger mas miserable de nuestras ciudades, un cuarto para parir; un niño, nacido en un establo, y acostado en un pesebre..... ¡Oh Dios! ¡yo te reconozco allí y te adoro!...

La reformation ha conocido esta ley de Dios, y ha tenido la conviccion de que ella la efectuaba. La idea de que Dios está en la historia, fué muchas veces emetida por los reformadores. La encontramos particularmente expresada una vez por Lutero, bajo de una de estas figuras familiares y raras, pero no sin cierta grandeza, de las cuales gustaba servirse para ser comprendido del pueblo. "El mundo," decia un dia en una conversacion de sobremesa, con sus amigos, "el mundo es un vasto y magnifico juego de cartas, compuesto de emperadores, de reyes, de principes, &c., &c. El papa, durante muchos siglos ha vencido á los emperadores, principes, y reyes, y los ha sometido: entonces ha venido Dios nuestro Señor; ha dado las cartas; ha guardado para él la mas pequeña (Lutero), y con ella ha derrotado al papa, este vencedor de los reyes de la tierra..... Este es el as de Dios. El ha derribado de sus tronos á los poderosos, y ha elevado los pequeños, dice Maria." ¹

La epoca, cuya historia deseo trazar, es importante para el tiempo actual. El hombre, cuando siente su debilidad, es generalmente inclinado á buscar su auxilio en las instituciones que ve establecidas á su rededor, ó en las invenciones arriesgadas de su imaginacion. La historia de la reformation, muestra que no se hace nada de nuevo con cosas viejas, y que si, segun la Palabra del Señor, son menester vasijas nue-

¹ Discursos de sobremesa, ó coloquios.

vas, para el vino nuevo, como tambien vino nuevo, para las vasijas nuevas; ella dirige el hombre á Dios, que lo hace todo en la historia, ó á esta palabra divina, siempre antigua, por la eternidad de las verdades que encierra, siempre nueva, por la influencia regeneradora, que ejerce, que purificó, hace tres siglos, la sociedad, que dió entonces la fe en Dios á las almas, que la supersticion habia debilitado, y que, en todas las epocas de la humanidad, es la fuente de donde dimana la salud eterna.

Es singular ver un gran numero de hombres, que, agitados al presente por una necesidad vaga de creer alguna cosa fija, se dirijen al viejo catolicismo. En cierto sentido, este movimiento es natural; la religion es tan poco conocida, que no se créé encontrarla sino allá, donde se la ve anunciada con grandes letras, en un rotulo que el tiempo ha hecho respetable. No decimos que todo catolicismo sea incapaz de dar al hombre lo que necesita. Creemos que es menester distinguir cuidadosamente el catolicismo del papismo. El papismo es, segun nosotros, un sistema erroneo y destructor; pero estamos lejos de confundirlo con el catolicismo. Cuantos hombres respetables, cuantos verdaderos cristianos no ha tenido la Iglesia Catolica! ¡Que servicios inmensos no ha rendido el catolicismo á los pueblos actuales, en el momento de su formacion, en un tiempo en que estaba todavía fuertemente impregnado del Evangelio, y cuando el papismo no figuraba todavía á su lado, sino como una sombra incierta! Pero no estamos ya en aquellos tiempos. Se hacen esfuerzos en el dia para unir el catolicismo al papismo; y, si se presentan verdades catolicas cristianas, no son casi otra cosa que atractivos, de que se sirven para atraer á las redes de la gerarquia; no hay pues nada que esperar por este lado. El papismo, ¿acaso ha renunciado á alguna de sus practicas,

de sus pretensiones? ¿Esta religion que no ha podido ser soportada por otros siglos, podrá serlo en el nuestro? ¿Que regeneracion se ha visto jamas provenir de Roma? ¿Es de la gerarquia pontifical, llena de pasiones terrestres, de donde puede provenir el espíritu de fé, de caridad, y de esperanza, el unico que nos puede salvar? ¿Será por ventura un sistema agotado, sin vida propia, en pugna con la muerte, y sostenido solo por socorros ecsteriores, el que podrá dar la vida á otros, y animar la sociedad cristiana con el soplo celestial que necesita.

Este vacío del corazon y del espíritu que empieza á agitar á muchos de nuestros contemporaneos, ¿inducirá acaso á otros, á dirigirse al nuevo protestantismo que en muchas partes ha reemplazado las poderosas doctrinas del tiempo de los apóstoles y de los reformadores? Una gran variedad de doctrina reina en muchas iglesias reformadas, cuyos miembros primitivos sellaron con su sangre la fé viva y justa que les animaba. Hombres distinguidos por sus luces, sensibles á todo lo que esta tierra presenta de bello, se ven envueltos en singulares aberraciones. Una fé general á la divinidad del Evangelio, es el unico estandarte que se quiere sostener; pero, ¿que es este Evangelio? Esta es la cuestion esencial; y, sin embargo, nada se habla de ella, ó cada uno habla á su modo. ¿Que sirve el saber que hay un vaso depositado por Dios, en medio de los pueblos para curarlos, si no se procura saber lo que contiene, ni se trata de apropiárselo? Este sistema no puede llenar el vacío del tiempo presente. Mientras que la fé de los apóstoles y de los reformadores se muestra hoy, por todas partes, activa y poderosa, para la conversion del mundo, dicho sistema indeterminado, no hace nada, no ilumina ni vivifica.

Pero no perdamos las esperanzas; no confiesa el catolicis-

me romano, las grandes doctrinas del cristianismo, á este Dios Padre, Hijo y Espiritu santo, creador, salvador y sanc-tificador, que es la verdad? El protestantismo inconsistente, ¿no tiene en sus manos el Libro de vida que basta para en-señar, convencer, é instruir segun la justicia? ¿Cuantas almas rectas, nobles á los ojos de los hombres, y amables á los de Dios, no se hallan entre los que estan dominados por estos dos sistemas! ¿Como no amarlos? ¿Como no de-sear ardientemente su completa separacion de los elementos humanos? La caridad es inmensa, y abraza las opiniones mas distintas para conducir las á los pies de Jesucristo.

Se ven ya señales que indican que estas dos opiniones extremas estan en via para acercarse á Jesucristo, que es el centro de la verdad. ¿Hay iglesias catolicas Romanas, donde se recomienda y practica la lectura de la Biblia? ¡y, en cuanto al racionalismo protestante, que pasos no ha dado ya! El no ha salido de la reformation, porque la historia de esta gran revolucion probará, que ella fué una epoca de fé; pero, ¿no se puede esperar que el racionalismo protes-tante se acerque á ella? La fuerza de la verdad, ¿no sal-dra para él de la Palabra de Dios, y no vendrá á transfor-marle? Ya se nota en él, muchas veces, un sentimiento reli-gioso, insuficiente sin duda, pero que es un movimiento hacia la santa doctrina, y promete otros decisivos.

Pero el nuevo protestantismo, como el viejo catolicismo, están, como tales, fuera de combate: es menester otra cosa para infundir á los hombres del dia, el poder que salva, al-guna otra cosa que no sea del hombre sino emanada de Dios. “Que me den,” decia Arquimedes, “un punto fuera del mundo, y arrancaré á este de sus polos.” El verdadero eristianismo es este punto, fuera del mundo, que saca el co-razon del hombre del doble quicio del egoismo y de la sen-

sualidad, y que separará un día á todo el mundo de su mala via, y lo hará girar sobre un eje nuevo de justicia y de paz.

Siempre que se ha tratado de religion, ha habido tres puntos, sobre los que se ha fijado la atencion: Dios, el hombre, y el sacerdote. No puede haber mas que tres generos de religion en la tierra, segun sea Dios el hombre ó el sacerdote, el autor y el gefe de ella. Llamo religion del sacerdote á aquella que ha sido inventada por él, para su gloria y dominada por una casta sacerdotal. Llamo religion del hombre, á los sistemas, á las diferentes opiniones que frágua la razon humana, y que, creadas por el hombre enfermo, carecen por consiguiente de toda fuerza para curarle. Llamo religion de Dios, á la verdad tal cual la ha dado el mismo Dios, cuyo objeto y resultado son la gloria de Dios y la salvacion del hombre.

El gerarquismo ó la religion del sacerdote, el cristianismo ó la religion de Dios, el racionalismo ó la religion del hombre, he aquí las tres doctrinas que dividen hoy á la cristiandad. No hay salvacion ni para el hombre, sea en el gerarquismo, sea en el racionalismo: solo el cristianismo dará la vida al mundo; y desgraciadamente no es el que cuenta mas sectarios, en los tres sistemas dominantes.

Sin embargo los hay. El cristianismo efectua su obra de regeneracion entre muchos catolicos de Alemania, y sin duda tambien de otros paises; y lo hace con mas parea y fuerza, segun creemos, entre los cristianos evangelicos de Suiza, de Francia, de Inglaterra, de los Estados-Unidos, etc. Las regeneraciones individuales ó sociales que el Evangelio produce, no son ya, bendito sea Dios, de aquellos fenomenos que es menester ir á buscar en los análes de la antigüedad. Hemos tenido ocasion de ver el principio de un poderoso

renacimiento del cristianismo, en medio de luchas y ensayos, en una pequeña republica, cuyos ciudadanos viven felices y tranquilos, en el centro de las maravillas de que les ha rodeado la creacion.¹ No es mas que un comienzamiento; é ya salen para este pueblo, de la abundante fuente del Evangelio, una profesion noble, elevada, y valiente de las grandes verdades de la religion de Dios; una libertad vasta y real; un gobierno ilustrado y consagrado enteramente á su nacion; un afecto muy raro en otras partes, de los magistrados al pueblo, y del pueblo á los magistrados; un fuerte impulso dado á la educacion, á la instruccion general, y que hará en este punto de esta republica un pais modelo; unas mejoras lentas, pero seguras en las costumbres; hombres de talento, enteramente cristianos y rivales de los primeros escritores de nuestra lengua. Todas estas riquezas, desarrolladas entre el sombrío Jura, los Alpes esplendentes y las orillas magnificas del lago Lemán, deben admirar al viajero atraído por las maravillas de estos montes y valles, y presentarle una de las paginas mas elocuentes que la Providencia divina ha escrito en favor del Evangelio de Jesucristo.

La historia de la reformacion en general, es la que deseo escribir: me propongo seguirla en los diferentes paises en que ha aparecido, y probar que las mismas verdades han producido en todos ellos, los mismos efectos; indicando tambien al paso, las variedades que provienen del diverso caracter de las naciones; sin embargo, es principalmente en Alemania donde reconocerémos y estudiaremos la historia de la reforma. Allí, es donde se encuentra el tipo primitivo; allí, donde presenta los mas organicos desarrollos; allí es, en fin, donde muestra particularmente el caracter de una

¹ El Cànton de Vaud, en Suiza.

revolucion que no está limitada á tal ó tal pais, sino que abraza el mundo universal. La reformation en Alemania es la verdadera y fundamental historia de la reforma; es el gran planeta, á cuyo derredor giran mas ó menos los demas, como satelites arrastrados por su movimiento. Sinembargo, y bajo algunos respectos, la reformation de Suiza, debe hacer ecsepcion, ya porque ella se efectuó al mismo tiempo que la reformation Alemana é independientemente de ella, ya porque la primera presenta, especialmente en los ultimos tiempos, algunos de aquellos grandes rasgos, que se hallan en la reformation Germanica. Si bien los recuerdos de familia y de asilo, de combates, de padecimientos, y de ecspatriaciones sufridas por la causa de la reformation en Francia, tienen para mi un atractivo particular en lo tocante á la reforma Francesa, no sé si se la puede colocar enteramente en la misma clase que las de que se ha hablado.

Creo, que la reformation es obra de Dios, como se ha podido juzgar; sinembargo, espero ser imparcial al trazar su historia. Me parece que he hablado de los principales actores catolicos romanos de este gran drama, de Leon X., de Alberto de Magdebourg, de Carlos Quinto, del doctor Eck, por ejemplo, de un modo mas favorable que la mayor parte de los historiadores: no habiendo querido, sinembargo, ocultar los defectos y las faltas de los reformadores.

Desde el invierno de 1831 á 1832, dí lecturas públicas, y publiqué entonces mi discurso de apertura.¹ Aquellos cursos han servido de trabajo preparatorio para la historia que doy ahora al publico.

Esta historia ha sido sacada de autores, con quienes me he familiarizado durante mi larga residencia en Alemania, en

¹ Discurso sobre el estudio de la historia del cristianismo, y su utilidad para la epoca presente. Paris 1832, en casa de J. J. Risler.

Ref. Span.

los Países Bajos, y en Suiza, y revisando, en las lenguas originales, los documentos relativos á la historia religiosa de la Gran Bretaña, y de algunos otros países mas. Estas autoridades se hallan indicadas en notas, en el curso de la obra ; es pues inutil citarlas aquí.

Hubiera deseado justificar, con muchas notas originales, las diversas partes de mi relacion ; pero, siendo largas y frecuentes, he temido interrumpir con ellas el curso de la narracion, de un modo desagradable para el lector : me he ceñido pues á algunos pasages que me parecen propios á iniciarle en la historia que escribo.

Hombres que tienen el primer lugar entre los historiadores de nuestra epoca, MM. Michelet et Mignet, se ocupan de trabajos concernientes á la reformacion : ya han hecho conocer oralmente algunos fragmentos, sea en la facultad de las letras, sea en una sesion de la academia de las ciencias morales y políticas. Mi trabajo tiene poca relacion con el de estos celebres escritores ; es una historia enteramente sencilla y comun, escrita sin talento, sin arte y sin filosofia ; que cuenta lo que ha sido, é indica los principios creadores ; esto es todo. Si MM. Michelet et Mignet publican el resultado de sus investigaciones, tendrémos escritos mas sublimes : sus futuros lectores no leeran mis paginas, acostumbrados á la magia del estilo de dichos escritores, á la novedad de sus miras, ó á la robusta organizacion de la historia, que desenvuelve los acontecimientos á la vista del lector, de un modo tan admirable ; ¿ que hallarán en mi simple narracion ? Yo la dirijo á los que gustan ver las cosas pasadas sencillamente tales como fueron, y no al traves del vidrio magico que les da color y las altera.¹

¹ Despues de estar escrito esto, han parecido las *Memorias* de Lutero, por M. Michelet.

Por otra parte, se advertirá luego que esta historia está escrita en un espíritu diferente. Las opiniones de MM. Michelet et Mignet sobre la reformation difieren mucho entre sí; pero las mias difieren mucho mas de ellas. No son la filosofia del decimooctavo siglo ni el romantismo del decimonono, los que influiran en mis juicios y estilo; escribo la historia en el espíritu de ella misma. Han dicho que los principios no son humildes: en efecto, su naturaleza es de dominar: si encuentran al paso otros principios que quieren disputarles el dominio, al punto les presentan batalla. Un principio no descansa hasta vencer, y no puede ser de otro modo, porque reinar, es su vida; sino reina, está muerto. Así pues, al mismo tiempo que declaro que no puedo ni quiero rivalizar con los historiadores citados, hago mi reserva con respeto á los principios en que sè apoya esta historia, y proclamó firmemente su superioridad.

Hasta ahora no tenemos en frances, me parece, ninguna historia de la memorable epoca que va á ocuparme. Cuando empezé esta obra, no habia indicio de que se llenase este vacío; cuya unica circunstancia ha podido decidirme á emprender dicha obra; lo que declaro para mi justificacion. El vacío ecsiste aun; y pido á Aquel de quien procede todo lo que es bueno, que haga que este debil trabajo no sea infructuoso para algunos de los que lo lean.

HISTORIA DE LA REFORMACION.

DEL SIGLO DECIMOSECSTO.

LIBRO PRIMERO.

ESTADO DE LAS COSAS ANTES DE LA REFORMACION.

I.

Decadencia del paganismo.—El cristianismo.—Dos principios distintivos.—Formacion del papado.—Primeras invasiones.—Cooperacion de los obispos.—Patriarcados.—Cooperacion de los principes.—Influencia de los barbaros.—Poder secular de los papas.—Las decretales.—Desordenes de Roma.—Nueva epoca.—Hildebrando.—Sus sucesores.—La Iglesia.

Los dioses de todas las naciones, concentrados en Roma, perdieron sus oraculos, así como los pueblos su libertad; puestos frente á frente en el Capitolio, se destruyeron mutuamente y desapareció su divinidad. Las religiones nacionales que habian bastado á los padres, no satisfacian ya á los hijos: la nueva generacion no podia conformarse con las antiguas formas. Un gran vacío se notaba en la religion del mundo, y en este estado de desfallecimiento apareció el cristianismo.

Un cierto deísmo, falto de espíritu y de vida, fluctuó por algun tiempo sobre el abismo en que se habian sumerjido las vigorosas supersticiones de los antiguos; pero así como todas las creencias negativas, no pudo edificar. Las mezquinas nacionalidades cayeron juntamente con sus dioses.

los pueblos se mezclaron unos con otros ; en Europa, Asia, y Africa, no hubo mas que un imperio ; y el genero humano comenzó á sentir su universalidad y unidad.

Entonces fué cuando el Verbo se hizo carne.

Apareció Dios entre los hombres, y como hombre, afin de salvar lo que estába perdido. En Jesus de Nazaréth reside corporalmente toda la plenitud de la divinidad.

Este es el mayor acontecimiento de los anales del mundo ; los tiempos antiguos lo habian preparado, y los nuevos dimanan de él, él es su centro, su vinculo, y su unidad.

Desde entonces todas las supersticiones de los pueblos fueron insignificantes, y los debiles restos que ellas habian salvado del gran naufragio de la incredulidad, se eclipsaron ante el sol majestuoso de la verdad eterna.

El hijo del hombre vivió treinta y tres años en la tierra, curando enfermos, instruyendo pecadores, no teniendo ni siquiera un lugar donde reclinar su cabeza, y haciendo resplandecer en medio de aquel abatimiento una grandeza, una santidad, un poder, y una divinidad, que el mundo no habia conocido jamas. El sufrió, murió, resucitó y subió á los cielos. Sus discípulos, empezando por Jerusalem, recorrieron el imperio y el mundo, anunciando su Maestro en todo lugar como "el autor de la salvacion eterna." Del seno de un pueblo que rechazaba todos los demas, salió la misericordia que los llamaba y los reunia. Un gran número de Asiaticos, Griegos, y Romanos, conducidos hasta entonces por sacerdotes á los pies de idolos mudos, creyeron al Verbo. Este iluminó repentinamente la tierra como un destello del sol, dice Eusebio.¹ Un soplo de vida empezó á moverse en el vasto campo de la muerte. Un nuevo pueblo, una nacion santa se formó entre los hombres ; y el mundo todo atonito contempló en los discípulos del Galileo una pureza, una abnegacion, una caridad y un heroísmo, del cual habia perdido hasta la idea.

Dos principios distinguián sobretodo la nueva religion, de

¹ Historia Eccl., ii., 3.

todos los sistemas humanos que ella disipaba con su presencia: el uno atendía á los ministros del culto, y el otro á las doctrinas.

Los ministros del paganismo eran casi los dioses á quienes se atribuían aquellas religiones humanas. Los presbiteros guiaron los pueblos mientras estuvieron en la ignorancia. Una orgullosa y formidable gerarquía subyugaba el mundo. Jesucristo destronó estos idolos vivientes, destruyó esta gerarquía arrogante, quitó al hombre lo que éste habia usurpado á Dios, y puso el alma en contacto inmediato con el manantial divino de la verdad, proclamandose único medianero: "*Christo solo es vuestro maestro, y vosotros todos sois hermanos.*" (Math. xxiii., ver. 8.)

En cuanto á la doctrina, dirémos, que las religiones humanas habian enseñado que la salvacion procedía del hombre; así las religiones de la tierra crearon una salvacion terrena. Ellas habian dicho al hombre que el cielo le sería dado como una recompensa; y aun habian fijado su precio, ¡y que precio! La religion de Dios enseñaba que la salud eterna venía de Dios, que es una dativa celestial, que procede de una amnistia, de un gracia del Soberano: "Dios, dice ella, ha dado la vida eterna."¹

Sin duda que el cristianismo no puede resumirse en estos dos puntos; pero ellos paracen dominar el asunto, sobre todo cuando se trata de historia; y en la imposibilidad en que nos hallamos de discernir la verdad del error en todas sus relaciones, hemos tenido que escojer los mas predominantes.

Estos dos eran, pues, los principios constitutivos de la religion que tomaba entonces posesion del imperio y del mundo; con ellos, se encuentra uno en los verdaderos terminos del cristianismo; fuera de ellos, el cristianismo desaparece; de su conservacion ó de su perdida dependía su caída ó su realce. Uno de estos principios debia dominar la historia de la religion, y el otro su doctrina: ambos reinaron al principio: veamos como se perdieron, y sigamos ante todo los destinos del primero.

¹ Juan v., ver. 11.

La Iglesia fué en su origen un pueblo de hermanos; todos recibían la instrucción de Dios; y tenían derecho de acudir á la divina fuente de la luz.¹ Las epístolas, que decidían entonces grandes cuestiones de doctrina, no traían el nombre pomposo de un solo hombre, de un jefe. Las sagradas Escrituras nos enseñan que leían en ellas simplemente estas palabras: "*Los apóstoles, los ancianos, y los hermanos á nuestros hermanos.*"²

Ya los escritos mismos de los apóstoles nos anuncian, que de en medio de estos hermanos, se levantará un poder que trastornará este orden simple y primitivo.³ Contemplemos la formación de este poder extraño á la Iglesia, y sigamos sus desarrollos.

Pablo de Tarsis, uno de los mas insignes apóstoles de la nueva religión, habia llegado á Roma, capital del imperio y del mundo, predicando la salud eterna que dimána de Dios. Formose una iglesia al lado del trono de los Cesares; fundada por este apóstol, fué compuesta primeramente de algunos Judios convertidos, de algunos Griegos, y de varios ciudadanos de Roma. Durante largo tiempo resplandeció ella como una antorcha luciente y pura, colocada en la cumbre de un monte; su fé fué celebre en todas partes; pero se desvió luego de su estado primitivo. Fueron debiles principios que encamináron las dos Romas á la dominación usurpada del mundo.

Los primeros pastores ú obispos de Roma se dedicaron muy pronto á la conversión de los lugares y villas que avendaban aquella ciudad. La necesidad en que se hallaban los obispos y pastores de las cercanías de Roma, de recurrir en los casos difíciles á un director entendido, y el reconocimiento que ellos debían á la iglesia metropolitana, les obligaban á permanecer unidos á ella. Entonces se vió lo que siempre se ha visto en circunstancias analogas; es decir, que aquella union tan natural, degeneró en seguida en dependen-

¹Juan vi., ver. 45.

²Hechos de los Apóstoles xv., ver. 23.

³2^o. Thess., cap. ii.

cia. Los obispos de Roma consideraron como un derecho la superioridad que las iglesias vecinas le habían libremente concedido. La mayor parte de la historia se compone de las usurpaciones del poder, y el resto, de la resistencia de aquellos cuyos derechos son usurpados. El poder eclesiástico no podía prescindir de la propension natural que impele á cuantos se hallan elevados, á querer subir todavía mas; así pasó el suyo por los tramites de esta ley natural.

Sin embargo, la supremacía del obispo romano se limitaba entonces á inspeccionar las iglesias que se hallaban en el territorio sometido civilmente al prefecto de Roma;¹ pero el rango que aquella ciudad de emperadores ocupaba en el mundo, presentaba á la ambición de su primer pastor, destinos mas vastos todavía. La consideración que gozaban en el siglo segundo los diferentes obispos de la cristiandad, era proporcionada al rango de la ciudad en que residían. Es incontestable que Roma era la mayor, la mas rica y la mas poderosa ciudad del orbe; ella era la capital del imperio y la madre de los pueblos: "Todos los habitantes de la tierra le pertenecen;" dice Juliano,² y Claudiano la proclama "la fuente de las leyes."³

Si Roma es la reina de las ciudades del globo, ¿porque razon no seria su pastor el rey de los obispos? ¿porque la Iglesia romana no seria la madre de la cristiandad? ¿porque los moradores de los pueblos no serian sus hijos, y su autoridad su ley soberana? Era facil al corazon ambicioso del hombre hacer tales razonamientos: la insaciable Roma los hizo.

De este modo Roma pagana, al caer, envió al humilde ministro del Dios de la paz, sentado en medio de sus ruínas,

¹ Suburbicaria loca.—*Vease el 6º canon del concilio de Nicea, que Rufino (Hist. Eccles. x., 6,) cita así: Et ut apud Alexandriam et in urbe Roma, vetusta consuetudo servetur, ut vel ille Ægypti, vel hic suburbicariarum ecclesiarum sollicitudinem gerat, etc."*

² Juliano, Or. i.
Ref. Span.

³ Claudio, in paneg. stilic., lib. 3.
2*

los títulos pomposos que su invencible espada había conquistado sobre los pueblos de la tierra.

Los obispos de diferentes partes del imperio, arrastrados por aquel hechizo que Roma ejercía ya de siglos sobre todos los pueblos, siguieron el ejemplo de la campaña de aquella capital, y ofrecieron la mano á esta empresa de usurpación. Se complacieron en ofrecer al obispo de Roma, parte del honor que pertenecía á la ciudad reina del mundo. Al principio, no había ninguna dependencia en aquel honor; los obispos trataban al pastor romano, de igual á igual;¹ pero los poderes usurpados toman cuerpo como los aludes. Los consejos que en el principio eran meramente fraternos, se convirtieron pronto en la boca del pontífice, en mandamientos obligatorios; un primer puesto entre iguales, fué considerado como un trono.

Los obispos del occidente favorecieron la empresa de los pastores de Roma, ya por envidia á los obispos del oriente, ya porque preferían hallarse bajo la supremacía de un papa, á verse bajo la dominación de un poder temporal.

Por otra parte, los partidos teológicos que despedazaban el oriente, buscaron cada uno por su lado; como interesar Roma en favor suyo; esperaban su triunfo del apoyo de la Iglesia principal del occidente.

Roma enregistra con cuidado aquellas suplicas é intercesiones, y sonreía viendo que los pueblos se echaban espontáneamente en sus brazos; no dejaba pasar ninguna ocasión de aumentar y estender su poder: alabanzas, adulaciones, cumplimientos ecsagerados, consultaciones de otras iglesias, todo se trocaba á su vista y en sus manos, en títulos y en documentos de su autoridad. Tal es el hombre entronizado: el incienso le embriaga, y se le vuelve el juicio. Lo que posee, es á su modo de ver, un motivo para obtener todavía mas.

La doctrina de la Iglesia y de la necesidad de su unidad

¹ Eusebius, Hist. Eccles., i. 5. c. 24; Socrat., Hist. Eccles., c. 21; Cyprian, ep. 59, 72, 75.

ecsterior, que empezó á estenderse ya en el siglo tercero, favoreció las pretensiones de Roma. El poderoso vinculo que unia primitivamente los miembros de la Iglesia, era la fé viva del corazon, por la cual todos consideraban á Cristo como á su gefe comun. Mas, diversas circunstancias contribuyeron muy presto á engendrar y á desenvolver la idea de la urgencia de una sociedad ecsterior. Ciertos hombres acostumbrados á los lazos y á las formas politicas de una patria terrenal, trasladaron algunas de sus miras y costumbres hácia el reino espiritual y eterno de Jesucristo. La persecucion, ineficaz para destruir y aun para conmover aquella nueva sociedad, hizo que se sintiese mas ella misma, y que se formase en una corporacion mas compacta. Al error que nació en las escuelas theosoficas, ó en las sectas, opusieron la universal y unica verdad recibida de los apóstoles, y conservada en la Iglesia. Esto era bueno, mientras la Iglesia invisible y espiritual, y la Iglesia visible y ecsterior no formaban mas que una; pero pronto empezaron á desunirse, y las formas y la vida se separaron. La apariencia de una organizacion identica y ecsterior, se substituyó poco á poco á la unidad interior y espiritual que constituye la esencia de la religion de Dios. Despreciaron el incienso precioso de la fé, y se prosternaron ante el incensario. No estando ya unidos los miembros de la Iglesia por la fé interior, se buscó otro vinculo que los uniera por medio de obispos, de arzobispos, de papas, mitras, ceremonias y canones. Hallandose la Iglesia viviente reducida al santuario de algunas almas solitarias, establecieron otra Iglesia ecsterior, que declararon ser de institucion divina. Desconocida ya la Palabra y no dimanando de ella la salvacion, establecieron que era transmitida por medio de las formas que habian inventado, y que nadie la conseguiría, sino por aquel conducto. Nadie, dicen, puede por su propia fé, obtener la vida eterna. Cristo ha comunicado á los apóstoles, y estos á los obispos, la uncion del espíritu santo; y este espíritu, no se encuentra sino por este orden! En el estado

primitivo de la cristiandad, cualquiera que tuviese el espíritu de Jesucristo, era miembro de la Iglesia; ahora se invierten los terminos y se pretende, que solamente el que es miembro de la Iglesia, recibe el espíritu de Jesucristo.

Desde que el error de la necesidad de una unidad visible de la Iglesia se hubo establecido, vióse nacer otro error; el de la necesidad de una representacion ecsterior de aquella unidad. Aunque no se encuentre, en parte alguna del evangelio, ningun vestigio de la preeminencia de san Pedro sobre los demas apóstoles; apesar de que la sola idea de primacia sea contraria á las relaciones fraternas que unian los discipulos; y aun al mismo espíritu de la dispensacion evangelica, que, al contrario, llama á todos los hijos del padre á servirse unos á otros, no reconociendo mas que un solo doctor y un unico gefe; aunque Jesus hubiese reprehendido fuertemente á sus discipulos siempre que salian, de su corazon carnal, ideas ambiciosas de preeminencia; con todo inventaron y apoyaron en tecstos mal comprendidos, una primacia de san Pedro; y luego saludaron, en aquel apostol y en la de su pretendido sucesor en Roma, á los representantes visibles de la unidad visible, los gefes de la Iglesia.

La constitucion patriarcal contribuyó tambien á la ecsaltacion del papismo romano. Ya en los tres primeros siglos, las iglesias metropolitanas habian gozado de una consideracion particular. El concilio de Nicea, en su sexto canon, señala tres ciudades cuyas iglesias tenian, segun él, una antigua autoridad sobre las de las provincias cercanas: estas eran, Alejandria, Roma, y Antioquia. El origen politico de esta distincion, se descubre en el nombre mismo que dieron primeramente al obispo de aquellas ciudades: le llamaron EXARCA, como gobernador politico.¹ Mas tarde se le dió el nombre mas eclesiastico de PATRIARCA; el cual lo hallamos empleado por primera vez en el concilio de Constantinopla. Este mismo concilio fundó un nuevo patriarcado;

¹ Vease el concilio de Calcedonia, canon 8 y 18.

ei mismo de Constantinopla, de la nueva Roma, y de la segunda capital del imperio. Roma participaba entonces, con aquellas tres iglesias, de la supremacia patriarcal; pero, cuando la invasion de Mahoma hubo hecho desaparecer las sillas de Alejandria y de Antioquia; cuando decayó la de Constantinopla, y mas tarde aun se separó del occidente, Roma sola se quedó en pie, y las circunstancias reunieron todo al rededor de su silla, que desde entonces quedó sin rival.

Nuevos y mas poderosos complices que todos los demas, se presentáron todavia en su apoyo: la ignorancia y la supersticion se apoderaron de la Iglesia, y la entregaron á Roma, los ojos vendados y con esposas en las manos. Sin embargo aquella cautividad no se efectuaba sin combates; muy amenudo la voz de las iglesias proclamó su independencia. Esta energica voz resonó sobre todo en el Africa proconsular, y en el oriente.¹

Mas Roma halló, para sofocar los gritos de las iglesias, nuevos aliados. Ciertos principes, que las borrascas de los tiempos hacian vacilar sobre sus tronos, le ofrecieron su apoyo, si ella queria en desquite sostenerlos. Ellos le cedian un poco de su autoridad espiritual, á trueque que ella se la devolviese en poder secular; le hicieron concesiones tocante á lo espiritual, con la esperanza de que ella les ayudaria á obter otras de sus enemigos. El poder gerarquico

¹ Cipriano, obispo de Cartágo, dice Estevan, obispo de Roma: "Magis ac magis ejus errorem denotabis, qui hereticorum causam contra christianos et contra ecclesiam Dei asserere conatur; qui unitatem et veritatem de divinâ lege venientem non tenens consuetudo sine veritate, vetustas erroris est." (Epist. 74.) Firmiliano, obispo de Cesarea en Capadocia, dice tambien hácia el un del siglo tercero: "Eos autem qui Romæ sunt, non ea in omnibus observare quæ sunt ab origine tradita et frustra auctoritatem apostolorum pretendere . . . ceterum nos (Los obispos de las iglesias del Asia, mas antiguos que los de Roma!) veritati et consuetudinem jungimus, et consuetudini romanorum, consuetudinem sed veritatis oppimus; ab initio hoc tenentes quod á Christo et ab apostolo traditum est." Cypr. Ep. 75.)

que subia, y el poder imperial que bajaba, se unieron uno con otro, y aceleraron con esta alianza su doble destino.

Roma no podia perder en ello. Un edicto de Theodosio II. y de Valentiniano III., proclamó al obispo de Roma rector de toda la Iglesia.¹ Justiniano promulgo tambien un edicto semejante. Estos decretos no contenian todo lo que los papas pretendian ver en ellos; mas en aquellos tiempos de ignorancia, les era facil hacer prevalecer la interpretacion que mas favorable les era. Llegando á ser cada dia mas vacilante la dominacion de los emperadores en Italia, los obispos de Roma supiéron aprovecharse de aquel estado de cosas, para sustraerse á la dependencia de ellos.

Pero habian salido ya, de las selvas del Norte, los verdaderos promotores del poder papal. Los Barbaros que habian invadido el occidente y establecido en él su domicilio, novicios en la cristiandad, desconociendo la esencia espiritual de la Iglesia, teniendo necesidad en la religion de un cierto aparato ecsterior, se prosternáron medio salvages y medio paganos, ante el gran sacerdote de Roma. Con ellos se prosternó tambien todo el occidente. Al principio los Vandalos, luego los Ostrogodos, despues los Burguñones y los Alanos, mas tarde los Visigodos, y finalmente los Lombardos y los Anglo-Sacsones, fueron á doblar la rodilla ante el pontifice romana. Los que acabaron de colocar en el trono supremo de la cristiandad, uno de los pastores de las orillas del Tiber, fueron los robustos naturales del Norte idolatra. Al principio del siglo septimo se efectuaron estas cosas en occidente, en la misma epoca precisamente en que asomó en oriente el poder de Mahoma, dispuesto á invadir tambien una parte de la tierra.

Desde entonces el mal no deja de crecer. Se ve en el siglo octavo, á los obispos de Roma rechazar por un lado á los emperadores griegos, sus soberanos legitimos, y buscar como espulsarlos de la Italia, mientras que por el otro adulan á los Mayordomos de Francia, pidiendo á esta

¹ Rector totius ecclesie.

nueva monarquía, que empieza á estenderse en occidente, algunos de los despojos del imperio. Roma estableció su autoridad usurpada, entre el Oriente que rechaza, y el Occidente que atrae; erige su trono entre dos rebeliones. Asustada del grito de los Arabes que, dueños de la España, se jactan de llegar pronto á Italia por las puertas de los Pirineos y de los Alpes, y hacer proclamar en la cumbre de las siete montañas el nombre de Mahoma, asustada de la audacia de Astolfo, quien, á la cabeza de sus Lombardos, hace oír los rugidos del leon y vibrar su espada ante las puertas de la ciudad eterna, amenazando degollar á todos los Romanos;¹ Roma próxima á su ruina fija despavorida sus miradas en derredor suyo y se echa en los brazos de los Francos. El usurpador Pepino pide á Roma para su nuevo cetro una supuesta sancion; el papado se la concede y obtiene en cambio el que su magestad se declare el defensor de la "Republica de Dios." Pepino roba á los Lombardos lo que ellos habian usurpado al emperador; mas en vez de restituirlo á este principe, depone sobre el altar de san Pedro las llaves de las ciudades conquistadas, y levantando las manos, declára con juramento que ha tomado las armas no por un hombre, sino para obtener de Dios la remision de sus pecados, y para hacer homenaje de sus conquistas á san Pedro. De este modo la Francia estableció el poder temporal de los papas.

Aparece Carlo-magno; sube por primera vez á la basilica de san Pedro, besando devotamente los escalones. Se presenta en ella una segunda vez dueño de todos los pueblos que componian el imperio de Occidente, y aun de la misma Roma. Leon III. cree deber conferir el titulo al que ya tiene el poder; y en el año 800, por la fiesta de Navidad, coloca en la cabeza del hijo de Pepino, la corona de los emperadores de Roma.² Desde entonces el papa pertenece al

¹ Fremens ut leo... asserens omnes uno gladio jugulari. Anastasius Bibl. Vit. Pontf., p. 83.

² Visum est et ipsi Apostolico Leoni... ut ipsum Carolum, imper-

imperio de los Francos, y sus relaciones con el Oriente han cesado; se desprende de un arbol podrido que va á caer, para engertarse sobre un silvestre vigoroso. Entre las razas germanicas á que se entrega, le espera un porvenir que no hubiera jamas osado pretender.

Carlo-magno no legó á sus debiles sucesores sino restos de su poder. En el noveno siglo, la desunion debilitó en todas partes el poder civil. Roma conoció que era el momento oportuno para levantar la cabeza. En efecto; ¿cuando pudo mejor la Iglesia sustraerse de la dependencia del Estado, que en aquella epoca de decadencia en que se hallaba destrozada la corona de Carlos, y sus fragmentos esparcidos por el suelo de su antiguo imperio?

Entonces fué cuando aparecieron las falsas decretales de Isidoro. En esta recopilacion de supuestos decretos de los papas, los obispos mas antiguos, los contemporaneos de Tacito y de Quintiliano, hablaban el barbaro latin del siglo nono. Las costumbres y constituciones de los Francos eran seriamente atribuidas á los Romanos del tiempo de los emperadores. Los papas citaban en las decretales la Biblia en la traduccion latina de san Geronimo, que vivió uno, dos, ó tres siglos despues de ellos; y Victor, obispo de Roma, en el año 192, escribia á Theofilo, que fué arzobispo de Alejandria en 385! El impostor que fabricó dicha recopilacion, se esforzaba en establecer, que todos los obispos recibían su autoridad del obispo de Roma, y que éste la recibía inmediatamente de Jesucristo. No solamente anotaba él todas las conquistas de los pontifices, si que tambien los hacia subir hasta los tiempos mas antiguos. Los papas no tuvieron vergüenza de apoyarse en esta invencion despreciable: ya en 865, Nicolas primero escogió en ella armas¹ para luchar contra los principes y obispos. Esta fabula impudente fué por muchos siglos el arsenal de Roma.

atorem nominare debuiset, qui ipsam Romam tenebat ubi semper Cæsares sedere soliti erant et reliqua sedes....(Analista Lambecianus, ad an. 801.)

¹ Vease la Ep. ad. univer. Episc. Gall. (Mansi XV.)

Sin embargo los vicios y crimines de los pontifices debían suspender por algun tiempo los efectos de las decretales. El papado señaló su entrada á la mesa de los reyes, con libaciones vergonzosas; se embriaga y pierde la cabeza en medio de los excesos. Por aquellos tiempos es cuando la tradicion coloca en el trono papal, á una muchacha llamada Juana, refugiada en Roma con su amante, en cuya ciudad asaltandole los dolores del parto, descubrieron en medio de una procesion solemne, ser hembra el pontifice. Empero no aumentémos inutilmente la vergüenza de la corte pontifical. En aquella epoca reinaron tambien en Roma otras mugeres disolutas. Este trono que pretendia elevarse sobre la magestad de los reyes, se hundió en el fango del vicio. Theodora y Marozia instalaban y destituian á su gusto á los pretendidos señores de la Iglesia de Cristo, y colocaban en el trono de Pedro, á sus amantes, á sus hijos y nietos. Estos escandalos demasiado veridicos, han dado quizá origen á la tradicion de la papesa Juana.

Roma llega á ser un vasto teatro de desordenes, cuya posesion se disputan las familias mas poderosas de Italia. Los condes de Toscana consiguen ordinariamente la victoria. En 1033 esta casa se atreve á poner sobre el trono pontificio, bajo el nombre de Benito IX., un joven educado en la disolucion. Este muchacho de doce años, prosiguió como papa sus horribles infamias.¹ Un partido eligió en su lugar á Silvestre III. y Benito IX. con la conciencia cargada de adulterios y con la mano teñida de la sangre de sus homicidios,² vende en fin el papado á un eclesiastico de Roma.

Indignados los emperadores de Alemania de tantos desordenes, los ecstirparon de Roma con la espada. Haciendo

¹ "Cujus quidem post adeptum sacerdotium vita quam turpis quam fœda, quamque execranda exstiterit, horresco referre."—DESIDERIUS, abate de Cassino, y despues papa Víctor III. De miraculis a S. Benedicto, etc., lib. 3 in it.)

² "Theophilactus...cum post multa adulteria et homicidia manibus suis perpetrata, etc." (Bonizo, obispo de Sutri, y despues de Plaisencia, liber ad amicum.)

prevalecer el imperio sus derechos feudales, sacó la triple corona del lodo en que yacía, y salvó el papado envilecido, dándole hombres decentes por caudillos. Enrique III. destituyó en 1046 los tres papas, y su dedo adornado con el anillo de los patricios romanos, designó el obispo á quien debían ser entregadas las llaves de la confesion de san Pedro. Cuatro papas, todos alemanes y nombrados por el emperador, se sucedieron unos á otros. Cuando fallecía el pontifice de Roma, los diputados de esta Iglesia se presentaban en la corte imperial, como los enviados de las demas diocesis, para pedir un nuevo pontifice. El emperador vió hasta con alegría á los papas, reformar abusos, fortificar la Iglesia, convocar concilios, instituir y destituir prelados, á despecho de los monarcas estrangeros: el papado, con estas pretenciones, no hacia sino ecsaltar el poder del emperador, su señor feudal. Pero permitiendo tales juegos era ecsponerse a grandes peligros; porque las fuerzas perdidas, que los papas recobraban poco á poco, podian volverse de repente contra el mismo emperador. Crecido que sea el viborezno, picará los pechos que lo avivaron. Hé aquí lo que aconteció.

Aquí comienza una nueva epoca para el papado. Saliendo de su humiliacion, huella pronto bajo sus plantas á los principes de la tierra. Levantar el papado, es levantar la Iglesia; es estender la religion; es asegurar al espiritu la victoria sobre la carne, y á Dios el triunfo sobre el mundo. Tales son sus maximas: la ambicion encuentra en ellas su provecho, y el fanatismo su disculpa.

Toda este nueva tendencia está personificada en un fraile, en Hildebrando.

Hildebrando alternativemente é indiscretamente ecsaltado ó injustamente denigrado, es la viva imagen del pontificado romano, en su fuerza y gloria: es una de aquellas apariciones normales de la historia, que encierran en sí todo un orden de cosas nuevas; semejante á las que ofrecieron en otras esferas, Carlomagno, Lutero, y Napoleon.

Leon IX. tomó al fraile al pasar por Clugny, y lo condujo á Roma : desde entonces Hildebrando llegó á ser el alma del papado, hasta que fué papado él mismo : gobernó la Iglesia bajo el nombre de muchos pontífices antes de reinar el mismo bajo el de Gregorio VII. Una grande idea se apoderó de su espíritu superior :—quiso fundar una teocracia visible, en que el papa como vicario de Jesucristo, fuese el gefe. El recuerdo de la antigua dominacion universal de Roma pagana, persigue su imaginacion y anima su fervor. Quiere devolver á la Roma pontificia lo que ha perdido la Roma imperial. “Lo que Marius y Cesar, dicen sus aduladores, no han podido hacer con torrentes de sangre, tú lo realizas con una palabra.”

Gregorio VII. no fué animado del espíritu del Señor, cuyo espíritu de verdad, de humildad, de dulzura, le fué desconocido. Sacrificaba lo que sabía ser verdad, siempre que lo juzgaba necesario á sus designios, como lo hizo en particular en el asunto de Berenger. Sin embargo, un espíritu muy superior al del comun de los pontífices, y una intima conviccion de la justicia de su causa, le animaron sin duda. Atrevido, ambicioso é inflexible en sus designios, mostrose á un tiempo, habil y diestro en emplear los medios que debian asegurarle el buen ecsito.

Su primer trabajo fué constituir la milicia de la Iglesia ; porque era preciso hacerse fuerte antes de acometer el imperio. Un concilio congregado en Roma, espulsó á los pastores de sus familias, y les obligó á consagrarse en un todo á la gerarquía. La ley del celibato, concebida y ejecutada bajo el dominio de los papas, frailes ellos mismos, hizo del clero una especie de órden monastica. Gregorio VII. pretendió tener sobre todos los obispos y sacerdotes de la cristiandad, el mismo poder que un abate de Clugny ejercía sobre la órden que presidia. Los legados de Hildebrando, que se comparaban ellos mismos á los proconsules de la antigua Roma, recorrían las provincias para sustraer á los pastores sus mugeres legítimas ; y, si necesario era, el mismo papa sublevaba la plebe contra los ministros casados. ¹

¹“Hi, quocumque prodeunt, clamores insultantium, digitos os-

Lo que mas particularmente se proponia Gregorio, era emancipar Roma del imperio: es probable que jamas se hubiera atrevido á concebir un designio tan audaz, si las discordias que turbaban la minoridad de Henrique IV., y si la rebelion de los principes alemanes contra este joven emperador, no le hubiesen facilitado la ejecucion. El papa era entonces como uno de los magnates del imperio. Uniendo su causa á la de los demas poderosos vasállos, Gregorio saca partido del interes aristocratico, y luego prohíbe á todos los eclesiasticos, so pena de escscomunion, recibir del emperador la investidura de su ministerio. Rompió los antiguos lazos que unian las iglesias y sus pastores á la autoridad del principe; pero fué por asegurar con ellos el trono pontificio: pretendia encadenar en él, con una mano fuerte, el clero, los reyes, y los pueblos, y hacer del papa un monarca universal. Roma sola debe ser temida por los sacerdotes, y unicamente en Roma deben fundar su esperanza; los reinos y los principados de la tierra son el dominio del soberáno pontifice; todos los reyes deben temblar ante los rayos que arroja el Jupiter de la Roma moderna. ¡Desgraciado del que resiste! Los subditos son absueltos del juramento de fidelidad; todo el pais se halla en interdiccion; cesa el ejercicio de todo culto; los templos estan cerrados; ya no suenan campanas; no se administran los sacramentos, y la palabra de maldiccion alcanza hasta á los mismos muertos, á quienes la tierra rehusa, á la voz de un pontefice soberbio, la paz de los sepulcros.

El papa, sometido, desde los primeros dias de su ecsistencia, ya á los emperadores romanos, ya á los emperadores francos, y finalmente á los emperadores de Alemania, fué entonces emancipado, y marchó por primera vez como igual suyo, si ya no es como amo. Sinembargo, Gregorio VII. fué humillado á su vez. Roma fué tomada; Hildebrando tuvo que huir, y falleció en Salerno, pronunciando estas palabras: "He amado la justicia y detestado la iniquidad; es por esto

tendentium, colaphos puisantium perferunt. Alii membris mutilati; aMi per longos cruciatus superbe necati, &c." (Martene et Durand, *Theaurus, nov. Anecd. I., 231.*)

que muero desterrado. ¹ ¿ Quien se atreverá tildar de hipocresía estas palabras pronunciadas á la puerta de la tumba ?

Los sucesores de Gregorio, parecidos á los soldados que llegan despues de alcanzáda una gran victoria, se arrojaron como vencedores sobre las iglesias avasalladas. La España sustraída al islamismo, y la Prusia al paganismo, cayeron en los brazos del sacerdote coronado. Las cruzadas que se levantaron á su voz, estendieron y aumentaron por todas partes su autoridad; aquellos devotos peregrinos, que habian creído ver los angeles y santos conducir sus ejercitos armados, entraron humildemente y descalzos, dentro los muros de Jerusalem, donde quemaron los Judios en su sinagoga, y regaron, con la sangre de muchos millares de Sarracenos, los lugares á donde iban á buscar las huellas sagradas del Principe de la paz; proclamaron en el Oriente el nombre del papa, á quien desconocian, desde que, por la supremacía de los francos, habia abandonado la de los Griegos.

Por otro lado, lo que las armas de la republica romana, y las del imperio no pudieron efectuar, lo efectuó el poder de la Iglesia. Los alemanes depusieron á los pies de un obispo, los tributos que sus antepasados habian rehusado á los mas poderosos generales. Sus principes, cuando llegaron á ser emperadores, creyeron que recibirían la corona de los papas, mas los papas, en lugar de ella, les impusieron un yugo. Los reinos de la cristiandad, sometidos ya al poder espiritual de Roma, fueron desde entonces sus tributarios y sus siervos. De este modo, todo cambió en la Iglesia.

Al principio, la Iglesia era un pueblo de hermanos; y hoy dia se vé establecida en su seno una monarquia absoluta. Todos los cristianos eran sacrificadores del Dios vivo, ² y tenian por guías espirituales humildes pastores; pero una cabeza altanera se ha levantado entre ellos; una lengua misteriosa pronuncia discursos llenos de orgullo; una mano de hierro constriñe todos los hombres, pequeños y grandes, ricos

¹ *Dilexi justiciam et odivi iniquitatem, propterea morior in exilio.*

² *Epist. 1a de Pedro, Cap. ii., vers. 9.*

y pobres, libres y esclavos, á tomar el insigne distintivo de su poder. Perdida esta la santa y primitiva igualdad de las almas ante Dios. La cristiandad á la voz de un hombre, se ha dividido en dos campos desiguales: en un lado vemos una casta de clérigos que se atreve á usurpar el nombre de Iglesia, y pretende estar revestido á la vista del Señor de grandes privilegios: en otro contemplamos una grey servil, reducida á una ciega y pasiva obediencia, un pueblo encadenado y entregado á una casta arrogante. Todas las tribus, lenguas, y naciones de la cristiandad, sufren la dominacion de este rey espiritual, que ha recibido el poder de vencer.

II.

Corrupcion de la doctrina.—La buena nueva.—La salvacion entre las manos de los sacerdotes.—Las penitencias.—Las indulgencias.—Meritos supererogatorios.—El purgatorio.—Tarifa.—Jubileos.—El papado y el cristianismo.

AL lado del principio que debia dominar la historia del cristianismo, se hallaba otro que debia dominar tambien la doctrina. Esta era la grande idea del cristianismo: la idea de gracia, de perdon, de amnistia, y de dadiva de la vida eterna. Esta idea suponía en el hombre, un alejamiento de Dios y una imposibilidad de volver á entrar por sí mismo en comunión con este ser infinitamente santo. La oposicion entre la verdadera y la falsa doctrina, no puede sin duda reasumirse toda entera en la cuestion de la salvacion por la fé, y la salvacion por las obras; sin embargo este es el asunto principal. Aun hay mas, considerada la salvacion como procedente del hombre, es el principio creador de todos los errores y de todos los abusos. Los excesos producidos por este error fundamental, atrajeron la reformation; y la profesion del principio opuesto, hizo que ella fuese efectuada. Conviene que este hecho resalte en una introduccion á la historia de la reforma.

La salvacion por gracia, tal era pues, el segundo caracter que distinguía esencialmente la religion de Dios de todas las religiones humanas. ¿Que fué de ella? ¿la Iglesia habia acaso conservado como un deposito precioso este grande y primordial pensamiento? Prosigamos la historia.

Los habitantes de Jerusalem, de Asia, de Grecia, y de Roma, en el siglo de los primeros emperadores, oyeron esta buena nueva: “De gracia sois salvos por la fé, y esto no de vosotros, porque es un DON de Dios.”¹ Y á esta voz de

¹ Efesios, Cap. ii., ver. 8.

paz, á este evangelio, á esta palabra poderosa, muchos pecadores creyeron, se acercaron al que es manantial de paz; y muchas iglesias cristianas se formaron en medio de las generaciones degeneradas del siglo.

Mas presto se cometió un grande equivoco sobre la esencia de la fé que salva. La fé, segun san Pablo, es el medio por el cual todo el ser del creyente, su inteligencia, su corazon, su voluntad, entran en posesion de la gloria que la incarnation y la muerte del Hijo de Dios le han adquirido. Es por la fé que se recibe á Jesucristo, y desde entonces llega á ser todo por el hombre y en el hombre. El comunica una vida divina á la naturaleza humana; y el hombre, asi renovado, libre del poder del egoísmo y del pecado, tiene nuevas afecciones y hace nuevas obras. La fé, dice la teologia, para espresar estas ideas, es la apropiacion subjetiva de la obra objetiva de Cristo. Si la fé no es una apropiacion de la salud eterna, ella es nula; y entonces toda la economia cristiana se halla trastornada; las fuentes de la vida nueva cerradas, y el cristianismo destruido por su base.

He aquí lo que aconteció. Este punto practico de la fé, fué poco á poco olvidado; luego no fué mas que lo que es todavía para muchos, un acto de la inteligencia, una simple sumision a una autoridad superior.

De este primer error, dimanó necesariamente otro. Despojada así la fé de su caracter practico, fué imposible el decir que ella sola salva; no siguiendo ya las obras á la fé, preciso era que la acompañaran; y la doctrina que el hombre es justificado por la fé y por las obras, entró en la Iglesia. A la unidad cristiana, que encierra bajo el mismo principio la justificacion y las obras, la gracia y la ley, el dogma y el deber, se siguió esta triste dualidad, que hace de la religion y de la moral dos cosas enteramente distintas: error funesto, que separando lo que, para vivir, debe hallarse unido, colocando el alma en un lado y el cuerpo en otro, causa la muerte. La palabra del apostol, resonando de

siglo en siglo, dice: “¡Vosotros habeis comenzado por el espíritu, y ahora acabais por la carne!”

Otro error no menos grave vino tambien á alterar la doctrina de la gracia; fué el pelagianismo. Pelagio pretendió que la naturaleza humana no ha decaído; que no hay corrupcion hereditaria, y que habiendo recibido el hombre el poder de bien obrar, no tiene mas que querer para ejecutar.¹ Si el bien consiste en algunas acciones ecsteriores, Pelagio tiene razon; pero si se atiende á los principios de donde provienen estos actos ecsteriores al conjunto de la vida intima del hombre, entonces se encuentra por todas partes, en el hombre, egoismo, olvido de Dios, liviandad, é insuficiencia. He aqui lo que hizo sentir san Agustin, el cual demostró, que para ser aprobada tal ó cual obra, no bastaba que pareciese buena considerada ecsterior y aisladamente, sino que ante todo fuese santo el origen que ella tenia en el alma. La doctrina pelagiana, rechazada de la Iglesia por Agustin, cuando se mostró frente á frente, se presentó luego de lado, como semipelagiana y bajo el disfraz de formulas agustinianas. En vano siguió oponiendose á ella el gran doctor; pues habiendo fallecido por aquel tiempo, el error se propagó en la cristiandad con asombrosa rapidez; pasó de occidente á oriente, y la Iglesia está aun alterada y desfalleciente. El peligro de este sistema se manifestó sobre todo en que, poniendo el bien fuera y no dentro, dió mucha importancia á las obras ecsteriores, á las observaneias legales, y á los actos de penitencia. Cuantas mas practicas de estas hacia uno, tanto mas santo era; con ellas se ganaba el cielo, y bien pronto se creyó ver hombres (idea asombrosa por cierto), que para santificarse hacian mas de lo necesario.

Asi el orgullo del corazon del hombre no quiso céder la gloria á este Dios á quien pertenece toda gloria; pretendió merecer lo que Dios queria dar; se puso á buscar en sí mismo esta salvacion que el cristianismo le presentaba toda

¹ *Veille et esse ad hominem referenda sunt, quia de arbitrii fonte descendunt.* (Pelagius in Aug. de Gratia Dei, cap. 4.)

Ref. Span,

cumplida del cielo. Echó un velo sobre esta verdad salvable de una salvacion que viene de Dios y no del hombre, de una gloria que Dios dá pero que no la vende: desde entonces todas las demas verdades de la religion fueron oscurecidas; las tinieblas se estendieron sobre la Iglesia, y de esta triste y profunda noche, vieronse salir, uno tras otro, muchos errores; desde luego las dos grandes especies de errores se hallaron reunidos. El pelagianismo á la par que corrompió la doctrina fortificó la gerarquia, deprimió la gracia, y ensalzó la Iglesia; porque la gracia es Dios, y la Iglesia es el hombre.

Asi que la salud eterna fué quitada de las manos de Dios, cayó en las de los sacerdotes; estos se pusieron en el lugar del Señor; y las almas ansiosas de perdon, ya no tuvieron que mirar hácia el cielo, sino hácia la Iglesia, y principalmente hácia su pretendido gefe. El pontifice romano ocupó el lugar de Dios segun los ignorantes. De ahí vinieron toda la grandeza y toda la autoridad de los papas, y tambien indecibles abusos.

Ciertamente que la doctrina de la salvacion por la fé no fué enteramente usurpada á la Iglesia; la encontramos aun en los padres mas celebres de ella, ya despues de Constantino, ya en la edad media. Esta doctrina no fué formalmente negada; los concilios y los papas no lanzaron contra ella ni sus bulas ni sus decretos; pero pusieron á su lado alguna cosa que la anulaba. Con todo, ella subsistió para muchos doctores y para muchas almas humildes y candidas; mas la multitud tuvo otra cosa. Los hombres habian inventádo todo un sistema de perdon. La muchedumbre corrió, y se adirió á él mas bien que á la gracia de Jesucristo, y el sistema de los hombres ahogó el de Dios. Recorramos algunas fases de esta triste metamorfosis.

En tiempo de Vespasiano y de sus hijos, el que habia sido mas intimo amigo del Galileo, el hijo de Zebedeo, habia dicho: "Si confesamos nuestros pecados á Dios, él es fiel y justo para perdonarnoslos."

Cerca de ciento veinte años despues, bajo Comodo y Setimo-Severo, un ilustre pastor de Cartago, Tertuliano, hablando sobre el perdon, uso ya un language muy distinto: "Es preciso," dice, "un cambio en el vestir y en el comer; es preciso revestir del saco y de la ceniza, renunciar á toda comodidad y á todo ornato del cuerpo, prosternarse ante el sacerdote, y suplicár á todos nuestros hermanos que interceden por nosotros."¹ Hé aquí el hombre desviado de Dios y confiado en sí mismo.

Las obras de la penitencia substituidas á la salud de Dios se multiplicaron en la Iglesia, desde Tertuliano hasta el siglo decimotercio. Es preciso ayunar, ir descalzo, no vestirse de lienzo, etc.; ó bien abandonar su casa y su patria para ir á paises lejanos, ó bien, renunciar al mundo y abrazar el estado monastico.

En el siglo undecimo, añadieron á todo esto las flagelaciones voluntarias, las que llegaron á ser despues en Italia, entonces violentamente agitada, una verdadera manía. Nobles y plebeos, juvenes y ancianos y hasta los niños de cinco años, van de dos en dos, á centenares, á millares, y por decenas de millares, atravesando las aldeas, pueblos, y ciudades, vestidos unicamente de un delental, atado en la cintura, visitando en procesion las iglesias durante lo mas fuerte del invierno; armados de unas diciplinas, se azotaban inhumanamente, y las calles resonaban de los gritos y gemidos que arrancaban lagrimas á cuantos les oían.

Sinembargo, mucho antes que el mal hubiese llegado á tal ecstremo, los hombres, oprimidos por el clero, habian suspirado por el rescate. El mismo clero habia comprehendido que si no remediaba todo esto, perderia su poder usurpado. A este fin inventaron el sistema de cambio, celebre bajo el nombre de indulgencias. Tuvo principio en tiempo de Juan el Ayunador, arzobispo de Constantinopla. El clero dijo entonces: "Vosotros no podeis, ó penitentes, cumplir todo lo que os está impuesto: por consiguiente, nosotros, minis-

¹ Tertull., De pœnit.

tros de Dios y pastores vuestros, tomaremos en nuestros hombros esta pesada carga : ¿ Quien ayunará mejor que nosotros ?—¿ quien sabrá arrodillarse mejor, y salmear con mas merito ?” Pero todo trabajador es acreedor á su salario. Por esto Regino, abate de Prum, dice : “ Por un ayuno de siete semanas, el rico pagará veinte sueldos ; el que lo sea menos, pagará solo diez ; y el pobre, tres ; asi por lo demas.”¹ Energicas voces se levantaron contra este comercio, mas en vano.

El papa descubrió luego las ventajas que podia sacar de estas indulgencias ; la necesidad que tenia de dinero no dejaba de aumentar, y hé aquí un recurso facil que, bajo la apariencia de una contribucion voluntaria, llenará su erario. Es preciso dar bases solidas á un descubrimiento tan preciso. Los gefes de Roma se dedican á ello. El doctor irrefragable, Alejandro de Hales, inventó en el siglo decimotercio, una doctrina á proposito para asegurar este inmenso recurso del papado. Una bula de Clemente VII., la proclamó articulo de fé, y las mas santas doctrinas deben contribuir á fortalecer esta industria romana. Jesucristo, dicen, ha hecho mucho mas de lo que era necesario para reconciliar á los hombres con Dios ; una sola gota de su sangre hubiera bastado para esto ; y sinembargo, él ha derramado muchisima, afin de fundar, para su Iglesia, un tesoro que la eternidad misma no podrá agotar. Los meritos supererogatorios de los santos, el precio de las obras que ellos hicieron á demas de las obligatorias, han aumentado tambien este tesoro. La custodia y la administracion de este caudal, han sido confiadas al vicario de Jesucristo en la tierra ; el cual aplica á cada pecador, por las faltas cometidas despues del bautismo, estos meritos de Jesucristo y de los santos, segun la medida y en la cantidad que sus pecados lo ecsigen. ¿ Quien tendrá la osadía de atacar un uso de un origen tan santo ?

Luego se despliega y se complica esta increíble industria.

¹ Libri duo de ecclesiasticis disciplinis.

La tarifa imponia diez, veinte años, por tal ó cual genero de pecado. No es solamente, exclamó el clero codicioso, por cada especie de pecado, mas por cada acto pecaminoso, que son necesarios tantos años: y ve ahí el hombre abrumado bajo el peso de una penitencia casi eterna.

Pero, ¿que significa esta penitencia tan larga, si la vida del hombre es tan corta? ¿cuando podrá cumplirla? ¿donde encontrará el tiempo necesario para ello? le imponeis muchos siglos de practicas austeras: en el dia de la muerte se reirá de todo, pues que ella le descargará de tan enorme peso. ¡Dichosa muerte!.....Sinembargo, se halló remedio á este inconveniente. Los filosofos de Alejandria habian hablado de un fuego en el que los hombres debian ser purificados; muchos antiguos doctores habian admitido esta idea, y Roma erigió en doctrina de la Iglesia, esta opinion filosofica. El papa por medio de una bula reunió el purgatorio á su dominio, y decidió que el hombre ecsploraría allí, lo que no hubiese podido ecsplorar acá abajo, pero que las indulgencias podrían librar las almas de este lugar intermediado en el cual sus pecados debian retenerlas. Tomas de Aquino espuso esta doctrina en su famosa *suma teologica*. Nada se omitió para llenar los animos de terror. El hombre es naturalmente inclinado á temer un porvenir desconocido, y las sombrías moradas que se figura mas allá del sepulcro. Pero agravaron todavía este temor, pintando con horrendos colores los tormentos que deben sufrir en el fuego purificador, los que caen en sus llamas. Aun hoy dia se ven, en muchísimos países del catolicismo, de estos cuadros espuestos en los templos y en los callejones, en los cuales estan retratadas las pobres almas cercadas de ardientes llamas, implorando con angustia algun socorro. ¿Quien hubiera podido rehusar el dinero redentor, el cual cayendo en el erario de Roma, debia redimir el alma de tantos tormentos!

Un nuevo medio se descubrió para aumentar este trafico. Hasta entonces no se habian ecsplotado sino los pecados de los vivos; se creyó necesario ecsplotar tambien los de los

muertos. En el siglo decimotercio se publicó que los vivos podían, mediante algunos sacrificios, abreviar ó terminar las penas que sufrían en el purgatorio sus antepasados, y sus amigos. E incontinentemente el compasivo corazón de los fieles ofreció al clero nuevos tesoros.

Poco despues, para regularizar este trafico, se inventó (es probable que fuése Juan XXII.), la famosa y escandalosa tarifa de las indulgencias; de la cual hay mas de cuarenta ediciones. Si se quisiese relatar las infamias que en ella se encuentran, se ofenderian los oidos menos delicados. El incesto, si no es conocido, costará cinco dracmas; y si es conocido, seis. Tanto costará el homicidio, tanto el infanticidio, el adulterio, el perjurio, el robo con fractura, etc., etc. "¡O vergüenza de Roma!" esclamo Claudio de Esperso, teologo romano, y nosotros añadimos: ¡O vergüenza de la humanidad! pues que nada puede reprocharse á Roma, que no recaiga sobre el hombre mismo. Roma, es la humanidad escaltada en algunas de sus malas inclinaciones: esto decimos porque es verdad, y porque es justo.

Bonifacio VIII., el mas atrevido y el mas ambicioso de los papas despues de Gregorio VII., supo hacer aun mas que lo que hicieron sus antecesores.

En el año 1,300, publicó una bula, en la cual anunciaba á la Iglesia, que cada cien años, todos los que fuésen á Roma, obtendrían allí una indulgencia plenaria. De Italia, de Sicilia, de Cerdeña, de Corcega, de Francia, de España, de Alemania, de Ungría, de todas partes corrieron á tropel. Ancianos de sesenta á setenta años, se ponían en camino; y en Roma se contaron en un mes hasta doscientos mil peregrinos. Todos estos extranjeros llevaban ricas ofrendas: el papa y los romanos vieron llenar sus arcas de oro.

No tardó la codicia romana en establecer cada jubiléo de á cincuenta años; mas tarde de á treinta y tres, y por último de á veinte y cinco. Despues, por la mayor comodidad de los compradores y mayor provecho de los vendedores, se estendió de Roma á todos los puntos de la cristiandad, el

jubiléo y sus indulgencias. Ya no era necesario salir de su casa ; lo que otros habian ido á buscar mas allá de los Alpes, cada uno podia comprarlo delante de su casa.

El mal no podia empeorar ya mas.

Entonces se manifestó el reformador.

Hemos visto ya en que vino á parar el principio que debia dominar la historia del cristianismo, y acabamos de ver lo que sucedió con el principio que debia dominar la doctrina ; es decir que ambos se perdieron.

Establecer una casta medianera entre Dios y el hombre, y hacer comprar con obras, con penitencias, y á precio de oro, la salvacion que Dios dá, hé aquí el papismo.

Facilitar á todos, por Jesucristo, sin medianero humano, sin este poder que se llama la Iglesia, la entrada franca al sublime DON de la vida eterna que Dios hace al hombre, hé aquí el cristianismo y la reformation.

El papismo es una barrera inmensa, puesta por el trabajo de los siglos entre el hombre y Dios : si alguno quiere vencerla, que pague ó que sufra, y con todo esto no la vencerá.

La reformation es la fuerza que ha destruido esta barrera ; que ha restituido Cristo al hombre, y que se ha abierto un sendero llano para acercarse á su Criador.

El papismo interpone la Iglesia entre Dios y el hombre.

El cristianismo y la reformation hacen encontrar Dios y el hombre cara á cara.

El papismo los separa : el Evangelio los une.

Despues de haber trazado así la historia de la decadencia y del anonadamiento de los dos grandes principios que debian diferenciar la religion de Dios de todas las religiones humanas, veamos cuales fueron los resultados de esta inmensa transformacion.

Pero hagamos desde luego algun honor á esta Iglesia de la edad media, que sucedió á la de los Apostoles y de los padres, y que precedió á la de los reformadores. La Iglesia permaneció Iglesia bien que decaída y mas cautiva que nunca. Es decir, que ella fué siempre la amiga mas pode-

rosa del hombre. Sus manos, aunque ligadas, pudieron bendecir todavía. Grandes siervos de Jesucristo esparcieron durante varios siglos una benefica luz; y en el mas humilde convento, en la parroquia mas inferior, se hallaron miseros frailes y pobres sacerdotes para aliviar grandes dolores. La Iglesia catolica no era entonces el papado; este obró como opresor, y aquella como oprimida. La reformation, que declaró la guerra al uno, vino á libertar la otra. Y es menester confesarlo, el mismo papado fué alguna vez, en las manos de Dios, que hace salir el bien del mal, un contrapeso necesario al poder y á la ambicion de los principes.

III.

Estado de la cristiandad.—Teología.—Dialectica.—Trinidad.—Predestinacion.
—Estado primitivo.—Redencion.—Gracia.—Penitencia.

HECHEMOS ahora una ojeada sobre el estado en que se hallaba la cristiandad.

La teología y la religion eran entonces bien distintas: la doctrina de los doctores, y la practica de los sacerdotes, de los frailes, y del pueblo, ofrecian dos esferas muy diferentes. Sin embargo, ellas influian una sobre otra, y la reformacion tuvo que hacer con las dos. Recorramos ambas, y tomemos desde luego una idea de la escuela ó de la teología.

La teología se hallaba todavía bajo la influencia de la edad media. La edad media se habia despertado y habia producido grandes doctores; pero su ciencia no se dirigió á interpretar las sagradas Escrituras, ni á ecsaminar los hechos de la Iglesia. La esposicion y la historia, estos dos grandes manantiales de la ciencia teologica, estaban abandonados.

Una nueva ciencia tomó su lugar y fué la dialectica. El arte de raciocinar llegó á ser la mina fecunda de la nueva teología. La edad media descubrió los libros de Aristoteles; empezose á conocerlos, ya en las antiguas traducciones latinas, y en las traducciones arabes. Resucitado Aristoteles, apareció como un gigante en el occidente, y dominó los spíritus y casi las conciencias. Su metodo filosofico vino á robustecer la inclinacion que esta epoca tenia por la dialectica. En efecto, el metodo aristotelico era propio para investigaciones sutiles y a las sofisticas distinciones. La oscuridad de las traducciones del filosofo griego favorecieron tambien la sutileza dialectica que se habia apoderado de los occiden-

tales. Alarmada la Iglesia, combatió algun tiempo esta nueva tendencia ; ella temía que esta manía de raciocinar, no produjese heregías. Sinembargo, la dialectica se mostró docil, y los frailes la emplearon contra los hereges, y desde entonces su triunfo fué seguro.

El caracter distintivo de este metodo fué el de inventar una multitud de cuestiones sobre todas las materias teologicas, y decidir las en seguida por una solucion. Frecuentemente estas cuestiones rodaban sobre los mas frivolos asuntos. Se preguntaba, por ejemplo, si todos los animales habian entrado en el arca de Noé, y si un difunto puede celebrar la misa.¹ Pero no juzguemos los escolasticos solo por tales rasgos muchas veces, al contrario, debemos reconocer la profundidad y la ecstension de su espíritu.

Muchos de entre ellos distinguian las verdades teologicas de las filosoficas, afirmando, que alguna cosa podia ser verdadera teologicamente y falsa filosoficamente. De este modo pensaban conciliar la incredulidad con una fria y muerta adhesion, á las formas de la Iglesia.

Pero otros doctores, y Tomas de Aquino al frente, sostenían que la doctrina revelada, no se hallaba nunca en contradiccion con una razon ilustrada, y que asi como la caridad en el cristianismo no destruye las afecciones naturales del hombre, sino que las endereza, las santifica, las ennoblece y las domina ; del mismo modo la fé no destruye la filosofia, mas puede servirse de ella santificandola é iluminandola de su luz.

La doctrina de la Trinidad ejerció mucho la dialectica de aquellos teologos. A fuerza de distinciones y de razonamientos, vioseles caer en errores opuestos. Unos distinguieron las tres personas de modo que hacian de ellas tres dioses ; eso hicieron Roselin de Campiegne y sus secuáces. Otros las confundieron de manera que las consideraban como una simple distincion de ideas, es lo que hicieron Gilberto de

¹ Hottinger, Hist. Eccles., v.

Potiers y los suyos. Mas la doctrina ortodoxa fué sostenida con vigor por otros doctores.

La sutileza dialectica de aquellos tiempos las hubo tambien con la doctrina de la voluntad divina. ¿ Como reconciliar la voluntad de Dios con su omnipotencia y su santidad ? Los escolasticos encontraban en esto grandes dificultades, y buscaban como resolverlas con distinciones dialecticas. “ No se puede decir que Dios quiere el mal,” decia Pedro Lombardo; “ pero tampoco puede decirse que él no lo quiere.”

La mayor parte de aquellos teologos procuraban debilitar, con sus trabajos dialecticos, la doctrina de la predestinacion, que hallaron admitida en la Iglesia. Alejandro de Hales, se sirvió para esto de aquella aristotelica distincion, que cada accion supone dos agentes, á saber: una causa operante y una materia que debe recibir la accion de esta causa. La predestinacion divina, dice él, opera sin duda para la salvacion del hombre; pero debe hallarse tambien una receptibilidad para esta gracia en el alma del hombre. Sin este segundo agente, el primero nada puede; y la predestinacion consiste en que Dios, conociendo por su presciencia á aquellos en quienes este segundo agente puede hallarse, ha determinado comunicarles su gracia.

Tocante al estado primitivo del hombre, aquellos teologos distinguian los dones naturales y los dones gratuitos. Los primeros consistian en la pureza de las fuerzas primitivas del alma humana; los segundos eran los dones de la gracia, que Dios concedia á esta alma, afin de que ella pudiese ejecutar el bien.

Pero aquí tambien se separaban estos doctores: los unos pretendian que el hombre no tuvo en su origen mas que los dones naturales, y que segun el uso que haria de ellos, mereceria ó no, los dones de la gracia. Pero Tomas de Aquino, que, en general está por la sana doctrina, pretendia que los dones de la gracia estuviéron intimamente unidos desde el principio, con los dones de la naturaleza, pues que el primer hombre se hallaba en una perfecta salud moral. La caída,

decian los primeros, que se inclinaban hácia el libre arbitrio, ha quitado al hombre los dones de la gracia ; pero ella no le ha despojado enteramente de las fuerzas primitivas de la naturaleza ; porque toda santificacion hubiera sido imposible, sino se hubiese halládo en el hombre ninguna fuerza moral. Mientras que los teólogos mas rigidos pensaban que la caída, no solamente habia despojado al hombre de la gracia, mas tambien corrompido la naturaleza.

Todos reconocian la obra de reconciliacion que Cristo ha cumplido por sus padecimientos y por su muerte. Pero los unos pretendian que la redencion no podia virtualmente efectuarse, sino por la satisfaccion escpiatoria de la muerte de Jesucristo ; mientras que otros intentaban probar, que Dios habia annecto á esta reconciliacion, la redencion y la gracia. Otros todavía, y entre ellos Abelardo, hacian consistir los efectos saludables de la redencion en que ella hacia nacer en el corazon del hombre, la confianza y el amor de Dios.

La doctrina de la santificacion, ó de la gracia, nos manifiesta nuevamente, en todo su lujo, la sutileza dialectica de estos teólogos. Todos, admitiendo la distincion de Aristoteles, de que hemos hablado, establecen la necesidad de la ecsistencia en el hombre de una materia dispuesta á recibir la gracia. *Materia disposita*. Pero Tomas de Aquino atribuye esta disposicion á la gracia misma. La gracia, dicen ellos, era formadora para el hombre antes que cayese ; ahora que hay en él algo que destruir, ella es gracia reformadora. Distinguen todavía la gracia dada gratuitamente, *Gratia gratis data*, y la gracia que hace agradable, *gratia gratum faciens*, y muchas otras.

La doctrina de la penitencia y de las indulgencias, que hemos espuesto ya, vino á coronar todo este sistema y á malograr lo que podia tener de bueno. Pedro Lombardo fué el primero que distinguió tres generos de penitencia :— la penitencia del corazon, ó la compuncion ; la penitencia de boca, ó la confesion, y la penitencia de las obras, ó la satis-

faccion ecsterior. Es verdad que distinguió una absolucion ante Dios y otra ante la Iglesia, y aun dijo que el arrepentimiento interior bastaba para conseguir el perdon de los pecados; pero, por otro lado, cayó en el error de la Iglesia. Admitió que, por los pecados cometidos despues del bautismo, era preciso sufrir en el fuego del purgatorio, ó someterse á la penitencia eclesiastica, ecseptuando él que tubiése una contrición interior tan perfecta, que pudiese suplir todas las demas penas. Se propone enseguida tales cuestiones, que, apesar de toda su dialectica, se ve embarazado para resolverlas: Si dos hombres, iguales en su estado espiritual, uno pobre y otro rico, mueren á la vez, que uno no tenga mas sufragios que las oraciones ordinarias de la Iglesia, y que para el otro, al contrario, se puedan celebrar muchas misas y hacer muchas obras, ¿que sucederá? El escolastico se vuelve y revuelve por todos lados, y finalmente dice: Los dos tendran igual suerte, pero no por las mismas causas: el rico no será libertado mas perfectamente del purgatorio, pero lo será mas prontamente.

He aquí espuestos algunos rasgos de la teología que regía en las escuelas en tiempo de la reformation: distinciones, ideas á veces justas, otras falsas, pero nada mas que ideas. La doctrina cristiana habia perdido este aroma del cielo, esta fuerza y esta vida practica que dimanaban de Dios, y que la caracterizaron en tiempo de los apóstoles; ellas debian bajar otra vez de lo alto.

I V.

Religion.—Reliquias.—Risa de Pascua.—Costumbres.—Corrupcion.—Desordenes de los sacerdotes—de los obispos—de los papas.—Borgia.—Instruccion.—Ignorancia.—Ciceronianos.

Sin embargo, la ciencia de las escuelas era pura, comparada con el estado real de la Iglesia. La teologia de los doctos era floreciente cotejada con la religion, con las costumbres, y con la instruccion de los sacerdotes, de los frailes y del pueblo. Si la ciencia tenia necesidad de una reforma, la Iglesia tenia mucha mas necesidad de ser reformada.

El pueblo de la cristiandad, y en este pueblo es preciso comprender casi todo, no esperaba ya de un Dios vivo y santo el don gratuito de la vida eterna. Para obtenerlo tenia, por consiguiente, que acudir á todos los medios que podia inventar una imaginacion supersticiosa, temerosa y alarmada. El cielo se pobló de santos y medianeros, que debian solicitar esta gracia; la tierra se llenó de obras pias, de sacrificios, de ritos, y ceremonias que debian merecerla. He aquí el cuadro que de la religion de aquel tiempo, nos hace un hombre que fué fraile muchos años y despues colega de Lutero, á saber, Miconio.

“ Los padecimientos y meritos de Cristo eran considerados como vana historia ó como fabulas de Homero. No se hablaba de la fé, por la cual se asegura la justicia del salvador y la herencia de la vida eterna. Cristo era un juez severo, pronto á condenar todos los que no recorriesen á la intercesion de los santos ó á las indulgencias de los papas. Figuraban como intercesores en lugar del unico Medianero, en primer lugar la virgen Maria, semejante á la Diana del paganismo; enseguida los santos, de los cuales los papas

aumentaban continuamente el catalogo. Estos medianeros no concedian sus oraciones, sino á los que se habian hecho acreedores á ello en las ordenes fundadas por ellos. Para ello era preciso hacer, no lo que Dios manda en su Palabra, sino un gran numero de obras inventadas por los frailes y por los curas, que producian mucho dinero. Eran *ave marias*, las oraciones de santa Ursula, de santa Brigida, etc. Se tenia que cantar, gritar dia y noche. Habia tantos lugares de peregrinacion, como montes, bosques, y valles. Pero con el dinero podia uno conmutar esta fatiga: bastaba pues llevar á los curas y en los conventos un poco de dinero y cuanto pudiese tener algun valor, como pollos, gansos, patos, huevos, cera, cañamo, manteca, queso, etc.; entonces resonaban los cantos, las campanas se ponian al vuelo, los santuarios se llenaban de incienso, se ofrecian sacrificios, en las cocinas reinaba la abundancia, habia brindis, las misas concluian y tapaban todas estas obras pias. Los obispos no predicaban, pero consagraban á los sacerdotes, á las campanas, á los frailes, á las iglesias, á las capillas, las imagenes, los libros, los cimiterios; todo esto aumentaba la renta. Huesos, brazos, y pies se conservaban en relicarios de oro ú plata, cuyos objetos se daban á besar durante la misa; y esto tambien producía mucho.”

“Todas estas gentes afirmaban que el papa, ocupando el puesto de Dios,¹ no podia engañarse, y sobre esto no admitian contradiccion.”²

En la iglesia de todos los santos de Wittemberg, hallaron un pedazo del arca de Noé, un poco de sebo procedente del horno en el cual fueron arrojados los tres mancebos, un pedazo de madera del pesebre del niño Jesus, algunos pelos de las barbas del gran Cristobal, y diez y nueve mil otras reliquias de mas ó menos consideracion. A Schauffouse, mostraron el aliento de San José que Nicodemus habia recibido en su guante. En Wurtemberg se halló un vendedor

¹ 2^a á los Thes., ii, ver. 4.

² Myconius, Hist. de la Reform.; Seckendorf, Hist. de Luter.

de indulgencias, esparciendo sus mercancías con la cabeza adornada de una largísima pluma, arrancada del ala del arcángel Miguel.¹ No era menester ir lejos para procurarse estas preciosas prendas; los traficantes de reliquias recorrían el país, con el fardo de mercaderías, como se ha hecho después con la sagrada Escritura, y las presentaban a los fieles en sus casas para ahorrarles el trabajo y los gastos de la peregrinación. Esponíanlas con pompa en las iglesias. Estos mercachifles errantes pagaban una cierta cantidad á los dueños de las reliquias, y les daban tanto por ciento de sus ganancias!....El reino de los cielos había desaparecido, y los hombres habían sustituido á él en la tierra un vergonzoso mercado.

Un espíritu profano había invadido la religión, y los recuerdos más sagrados de la Iglesia; las fiestas consagradas, particularmente al recogimiento y al amor de los fieles, eran deshonradas con chocarrerías y profanaciones enteramente paganas. La risa de Pascua era muy solemne en los actos de la Iglesia. Debiéndose celebrar con alegría la fiesta de la resurrección de Jesucristo, se buscaba en los sermones todo lo que podía excitar mejor la risa del pueblo. Tal predicador cantaba como un cucullito, tal otro como un gallo. Uno arrastraba al altar á un haico disfrazado de un hábito; otro contaba las historias más indecentes; y otro refería los chascos del apóstol san Pedro, entre otros aquel en que engañó al bodegonero, no pagándole su escote.² El bajo clero se aprovechaba de la ocasión para ridiculizar á sus superiores. Los templos eran transformados en tablados, y los sacerdotes en titereros.

Si tal era la religión, ¿que debían ser las costumbres?

Sin duda que la corrupción no era entonces universal; es preciso no olvidarlo, la equidad lo exige. De la misma reforma, vióse surgir abundancia de piedad, de justicia, y de fuerza: la espontánea acción del poder del Dios fué la causa

¹ Müller's Reliquien, vol. 3º p. 22

Œcolamp, derisu paschali.

de ello. ¿ Quien puede negar que Dios no hubiese depuesto ya antes el germen de esta nueva vida en el seno de la Iglesia? Si en nuestros dias, se amontonasen todas las inmoralidades, todas las torpezas que se cometian en un solo pais, sin duda que esta masa de corrupcion aun nos asombraria. Con todo, el mal tuvo en aquella epoca, un caracter y una generalidad que no ha tenido desde entonces; y sobre todo la abominacion desolaba los lugares santos, de un modo que no le ha sido permitido ejecutar desde la venida de la reformation.

La vida decayó con la fé. La nueva del don de la vida eterna, es el poder de Dios para regenerar á los hombres: quitad la salud eterna que Dios dá y quitareis la santificacion y las obras: es lo que aconteció.

La doctrina y el despacho de las indulgencias provocaban poderosamente al mal un pueblo ignorante. Es verdad que, segun la Iglesia, las indulgencias no podian ser utiles, sino á los que prometian enmendarse, y cumplieran su palabra. Pero, ¿ que podia esperarse de una doctrina inventada con miras codiciosas? Los traficantes de indulgencias, afin de despachar mejor sus mercancías, eran naturalmente interesados en presentar la cosa al pueblo del modo mas propio á atraerlo y seducirlo. Los mismos sabios no comprendian casi esta doctrina. Todo lo que la muchedumbre veia en ella era, que las indulgencias permitian el pecar; y los mercaderes no se curaban de disipar un error tan favorable á la venta.

¡ Cuantos desordenes y crímenes, en aquellos siglos tenebrosos, en que se obtenia la impunidad, á precio de dinero! ¿ Que podia temerse, cuando una minima contribucion, para construir una iglesia, era suficiente para librar á uno de las venganzas del mundo venidero? ¿ Que esperanza de renovacion podia haber, cuando ya no ecsistia comunicacion entre Dios y el hombre, y cuando éste alejado de Dios, que es espíritu y vida, no se movia sino en medio de las ceremonias insignificantes, en las practicas groseras y en una atmósfera de muerte?

Los sacerdotes eran los primeros que se hallaban sometidos á esta influencia corruptora; y queriendo elevarse, se habian abajado. Quisieron usurpar á Dios un rayo de su gloria y abrigarlo en su seno; pero su tentativa fué vana: porque no depositaron en él sino una levadura de corrupcion, robada al principe de la maldad. Los anales de aquel tiempo abundan en escandalos. En muchos lugares se complacian al ver que un sacerdote entretenia una muger, á fin de que las casadas estuviesen mas seguras contra sus seducciones.¹ ¡ Cuantas escenas humillantes ofrecia entonces la casa de un cura parroco! El infeliz sostenia, con el diezmo y las limosnas, á la madre y á los hijos que ella le habia dado.² Le remordia su conciencia, se avergonzaba ante el pueblo, ante sus criados, y ante Dios. Temiendo la madre caer en la miseria, si el sacerdote venia á morir, se prevenia de antemano, y robaba en su misma casa: su honra estaba perdida, y sus hijos eran constante acusacion contra ella. Despreciados estos de todos, se entregaban a riñas y desordenes. ¡ Ve ahí la casa del sacerdote!..... Estas escenas espantosas eran una instruccion, de la cual el pueblo sabia aprovecharse.³

Los campos eran el teatro de numerosos excesos; y los lugares en que residian los eclesiasticos, eran muy á menudo las guaridas de la disolucion. Cornelio Adriano en Bruges,⁴ y el abate Tinkler en Cappel,⁵ imitaban las costumbres del oriente, teniendo tambien sus harens. Se veian sacerdotes que asociados con gente depravada, frecuentaban las tabernas; jugaban a los dados completaban sus orgias con riñas y blasfemias.⁶

El consejo de Schaffouse prohibió al clero el bailar en

¹ Nicol. De Clemangis, de presulibus simoniacis.

² Palabras de Sebastian Stor, ministro de Lichstall en el año 1524.

³ Füsslin Beyträge, II, 224.

⁴ Metern. Nederl. Hist., VIII.

⁵ Hottinger, Hist. Eccl., IX. 305.

⁶ Carta pastoral del 3 Marzo de 1517, de Hugo, obispo de Constancia.

publico, ecsepto en los dias de bodas, y el llevar dos especies de armas. Mandó tambien, que fuesen despojados de sus vestidos cuantos eclesiasticos fuesen hallados en casas de meretrices.¹ En el arzobispado de Mayanza, saltaron de noche por cima de las paredes, haciendo ruido y cometiendo todo genero de desordenes en posadas y tabernas, y rompieron las puertas y cerraduras.² En muchos lugares, el sacerdote pagaba al obispo una contribucion por la muger con la cual vivia, y por cada hijo que tenia de ella. Un obispo aleman, hallandose un dia en un gran convite, dijo publicamente, que, en un año se habian presentado en su palacio, once mil sacerdotes con tal objeto. Erasmo lo refiere.³

Si pasasemos al orden gerarquico, hallariamos que la corrupcion no era menor. Los dignitarios de la Iglesia preferian el tumulto de los campos, al canto de los altares. Una de las primeras calidades de los obispos, era saber obligar, lanza en mano, á la obediencia á los que les rodeaban. Baldovino, arzobispo de Treves, siempre en guerra con sus vecinos y vasallos, demolia sus castillos, construia fortificaciones, y no pensaba mas que en agrandar su territorio. Cierta obispo de Eichstadt, cuando administraba justicia, llevaba bajo su vestido una cota de malla, y una enorme espada en la mano. El mismo solia decir que desafiaba á cinco Bavaros, con tal que no lo atacasen traidoramente.⁴ En todas partes los obispos estaban en continua guerra con los habitantes de las ciudades. Los paisanos pedian la libertad, y los obispos querian una obediencia absoluta; si estos conseguian la victoria, castigaban la rebelion, inmolando muchisimas victimas á su venganza. Pero la llama de la

¹ Müller's Belg., III. 251.

² Steubing, Gesch. der Nass.-Oran. Lande.

³ "Uno anno ad se delata undecim millia sacerdotum palam concubinariorum." (Erasmi Opp., tom. IX. p. 401.)

⁴ Schmidt, Gesch. der Deutschen, tom. IV.

insurreccion resplandecia en el mismo momento que se creia haberla estinguido.

¡ Y que espectaculo ofrecia el trono pontificio en los tiempos que precedieron inmediatamente la reformacion ! Roma, es preciso confesarlo, rara vez vió tanta deshonra como entonces.

Rodriguez Borgia, despues de haber vivido con una dama romana, continuó el mismo comercio ilegítimo con Rosa Vanozza, hija de la misma señora, de la que tuvo cinco hijos. Borgia era en Roma, cardenal y arzobispo viviendo con Vanozza y con otras mas, y frecuentando al mismo tiempo las iglesias y los hospitales, cuando la muerte de Inocencio VIII. dejó vacante la silla pontifical. Supo obtenerla, comprando los cardenales á precio de oro. Cuatro mulos, cargados de dinero, entraron publicamente en el palacio del cardenal Sforza, el mas influyente de todos. Borgia fué nombrado papa bajo el nombre de Alejandro VI., y alegrose de haber ascendido, de este modo, al colmo de los placeres.

El dia de su coronacion, nombró á su hijó Cesar, joven de feroces y depravadas costumbres, arzobispo de Valencia y obispo de Pamplona. Despues celebró, en el vaticano, las nupcias de su hija Lucrecia con fiestas, que solemnizaron con comedias y canciones obscenas ; á cuyas bodas asistió Julia Bella, otra concubina de Alejandro VI. “ Todos los eclesiasticos, dice un historiador,¹ tenian sus queridas, y todos los monasterios de la capital eran casas de prostitucion.” Cesar Borgia, abrazó el partido de los Güelfes ; y cuando con su ayuda hubo destruido á los Gibelinos, se volvió contra los mismos Güelfes y los ecstirpó tambien ; porque queria aprovecharse de todos sus despojos. En el año 1497, Alejandro dió á su hijó primogenito, el ducado de Benevento. El duque desapareció. Un tratante de madero de las orillas del Tiber, Jorge Schiavoni vió, durante la noche, arrojar un cadaver al rio ; pero nada dijo ; porque

¹ Infessura.

era cosa ordinaria en aquel tiempo. Hallaron el cadaver del duque ; y su hermano Cesar habia sido el autor de su muerte.¹ Eso no era bastante : un cuñado suyo tambien le hacia sombra ; por esto, un dia, Cesar hizo que le diesen una estocada, en la misma escalera del palacio pontificio : lo transportaron ensangrentado á su habitacion ; su muger y su hermana no se separaban de él, temiendo el veneno de Cesar, y ellas mismas le preparaban los alimentos. Alejandro puso guardias á su puerta : pero, Cesar se reia de estas precauciones ; y, cuando el papa fué á ver á su hierno, Cesar le dijo : “ Lo que no se ha hecho en la comida, se hará en la cena.” En efecto, entró un dia en el cuarto del convaleciente, echó fuerá á su muger y á su hermana. llamó á su verdugo Michilotto, el unico hombre á quien manifestaba alguna confianza, é hizo ahogar á su cuñado á su presencia.² Alejandro tenia un favorito llamado Perotto, cuyo favor molestaba tambien al joven duque ; éste le persiguió ; Perotto se refugió bajo el manto pontifical, y abrazó al papa : Cesar le hirió ; y la sangre de la victima saltó al rostro del pontifice.³ “ El papa,” añade el testigo contemporaneo de estas escenas, “ ama á su hijó el duque, y teme mucho por él.” Cesar fué el hombre mas hermoso y mas forzudo de su siglo. Seis toros indomitos caían facilmente á sus golpes en un combate. Todas las mañanas se encontraban en Roma, personas que habian sido asesinadas durante la noche ; y el veneno consumia los que no habia podido alcanzar la cuchilla. Nadie osaba moverse ni respirar en Roma, temiendo que no llegare su vez. Cesar Borgia ha sido el héroe del crimen. La mayor altura á que ha llegado la iniquidad en la tierra, es en el trono de los pontifices. En-

¹ Amazzò il fratello duca di Gandia e lo fa butar nel Tevere (S. M. C. de Capello, ambassad. à Rome en 1500, ext. par Ranke.)

² Intro in camera . . . fe ussir la moglie e sorella . . . e strangolò detto giovane. S. M. C. de Capello, ambassad. a Rome én 1500, ext. par Ranke.)

³ Adeo il sangue li saltò in la faza del papa. (Ibid.)

tregado ya el hombre al genio del mal, cuanto mas pretende elevarse ante Dios, tanto mas se hunde en los abismos del infierno. Las fiestas disolutas que el papa y sus hijos, Cesar y Lucrecia, celebraron en el palacio pontifical, no pueden describirse ni aun pensarse sin horror: en las florestas impuras de la antigüedad, no se vieron quizas fiestas semejantes. Los historiadores han acusado á Alejandro y Lucrecia de incesto; pero este hecho no parece suficientemente probado. Este papa habiendo preparado veneno á un rico cardenal, en una cajita de dulces, que debia servirse á los postres de un suntuoso banquete, el cardenal advertido sobornó al mayordomo, se puso la cajita envenenada delante de Alejandro, quien comió de lo contenido y murió.¹ “Toda la ciudad corria á verle, y no podia saciarse de contemplar aquella vivora muerta.”²

Tal era el hombre que ocupaba la silla pontificia al principio del siglo en que estalló la reformacion. Asi el clero habia envilecido la religion, y se habia envilecido á si mismo: por lo que una voz poderosa podia esclamar:

“El estado eclesiastico es opuesto á Dios y á su gloria. El pueblo no lo ignora, pues que demasiado lo demuestran tantas canciones, tantos proverbios, tantas mofas contra los sacerdotes, que tienen curso entre la plebe, y todos estos retratos de frailes y curas que se ven pintados en las paredes y aun en los naipes. Todos se disgustan al ver ú oír á un eclesiastico.” Lutero es quien habla asi.³

El mal se habia estendido en todas las clases; una eficacia de error habia sido enviado á los hombres; la corrupcion de costumbres correspondia á la corrupcion de la fé; un misterio de iniquidad agravaba la Iglesia subyugada de Jesucristo.

Otra consecuencia dimanaba necesariamente del olvido en

¹ E messe la scutola venenata avant il papa. (Sanuto.)

² Gordon, Tomasi, Infessura, Guicciardini, etc.

³ Da man an'le Wände, auf allerley Zeddel, zuletzt auch auf den Kartenspielen, Pfaffen, und Münche malet. (Luth., II., 674.)

que habia caído la doctrina fundamental del Evangelio. La ignorancia del espíritu era la compañera de la corrupcion del corazon. Habiendo los sacerdotes tomado á su cargo la distribucion de la salud eterna, que solo pertenece á Dios, adquirieron un título suficiente al respeto de los pueblos. ¿Tenian acaso necesidad de estudiar las sagradas Letras? No se trataba ya de explicar las Escrituras sino de dar bulas de indulgencias; y no era menester adquirir con trabajo mucha sabiduría, para ejercer este ministerio.

Escogian para predicadores en los campos, dice Wimphe-ling, hombres miserables sacados de la mendicidad, y que habian sido cocineros, músicos, cazadores, mozos de cuadra, y peor todavía!¹

Aun el clero superior se hallaba sumergido en una grande ignorancia. Un obispo de Dunfeld se consideraba feliz por no haber aprendido jamas ni el griego ni el hebreo. Los frailes pretendian que todas las heregias dimanaban de estas lenguas, y sobre todo de la griega. "El Nuevo Testamento," decia uno de ellos, "es un libro lleno de culebras y de espinas. El griego," proseguia el mismo, "es un nuevo idioma recientemente inventado, del cual es menester guardarse. Tocante el hebreo, caros hermanos, es cierto que todos cuantos lo aprenden se vuelven judios en el mismo acto." Heresbach, amigo de Erasmo, escritor respetable, refiere estas palabras. Tomas Linacer, docto y celebre eclesiastico, no habia leído jamas el Nuevo Testamento; en sus ultimos dias (en 1524), se hizo traer un ejemplar de él: pero en seguida lo arrojó lejos de sí con un juramento, porque al abrirlo tropezó con estas palabras: "Mas yo os dijo que no jureis de ningun modo." Y, como él era un famoso jurador, por esto dijo: "O esto no es el Evangelio, ó en verdad no somos cristianos!"² La misma facultad de teologia de Paris, no temia el decir ante el parlamento: "Se acaba la religion, si se permite estudiar el griego y el hebreo."

¹ Apologia pro Rep. Christ.

² Müller's Reliq., tom. III., p. 253.

Si había, entre los eclesiásticos, algunos conocimientos, no era en las sagradas Letras. Los ciceronianos de Italia aparentaban despreciar la Biblia á causa de su estilo. Algunos pretendidos ministros de la Iglesia de Jesucristo, traducían los escritos de los santos hombres inspirados por el Espíritu de Dios, en estilo de Virgilio y de Oracio, á fin de deleitar los oídos de la buena sociedad. El cardenal Bembo, en vez del Espíritu Santo, escribía: *El soplo del Céfitro celeste*; en vez de perdonar los pecados, escribía: *Aplacar los manes y los dioses soberanos*; y finalmente en vez de Cristo hijo de Dios, ponía: *Minerva salida de la frente de Jupiter*. Habiendo hallado un día al respetable Sadoletto, ocupado en una traducción de la Epistola á los Romanos, le dijo: “Deja esas niñerías; semejantes necedades son indignas de un hombre grave.”¹

Hé aquí espuestas algunas consecuencias del sistema que agravaba entonces la cristiandad. Ese cuadro manifiesta hasta la evidencia, tanto la corrupción de la Iglesia, como la urgencia de una reforma. Esto es lo que nos hemos propuesto haciendo su bosquejo. Las doctrinas vitales del cristianismo habían casi desaparecido enteramente, y con ellas, la vida y la luz que constituyen la esencia de la religion de Dios. Las fuerzas del cuerpo de la Iglesia se habían disipado. Se hallaba enflaquecido y postrado el cuerpo, casi sin vida, sobre esta parte del mundo que el imperio romano había ocupado.

¿ Quien lo resucitará ? ¿ De donde vendrá el remedio á tantos males ?

¹ Felleri, Mon. ined., p. 400.

V.

Esfuerzos de la reforma.—Los principes.—Los letrados.—La Iglesia.

DESDE muchos siglos, un grito universal pedia una reforma en la Iglesia, y todas las potencias la habian intentado; mas solo Dios podia efectuarla. Empezó pues por humillar todos los poderes humanos, á fin de patentizar su incapacidad; así es que los vemos estrellarse sucesivamente á los pies del coloso que ellos pretendian derrocar.

Los principes de la tierra lucharon desde luego con Roma. Todo el poder de los Hohenstaufens, aquellos héroes que la corona imperial ciñe la cabeza, parece empeñado en abatir, en reformar Roma, en libertar los pueblos, y en particular la Alemania, de su tiranía. Pero el castillo de Canossa nos manifiesta lo que puede la fuerza del imperio contra el caudillo usurpador de la Iglesia. Un principe muy temible, el emperador Enrique IV., despues de haber peleado mucho tiempo é inutilmente contra Roma, se vé reducido á pasar tres dias y tres noches en los fosos de aquella fortaleza italiana, espuesto á todas las intemperies del invierno, despojado de sus vestidos imperiales, descalzo, cubierto con un poco de lana, implorando con gritos que sus lagrimas ahogan, la conmiseracion de Hildebrando, á cuyos pies se prosterna; finalmente este papa se deja ablandar, y despues de tres lamentables noches, resuelve hacer gracia al suplicante.¹ Hé

¹ Hé aquí como el mismo papa Hildebrando refiere este acontecimiento: "Tandem rex ad oppidum Canusii in quo morati sumus, cum paucis advenit, ibique per triduum ante portam, deposito omni regio cultu, miserabiliter, utpote discalceatus et laneis inductus, persistens, non prius cum multo fletu apostolicæ miserationis auxilium, et consolationem implorare destitit, quám omnes qui ibi aderant,

Ref. Span.

aquí el poder de los grandes de la tierra, de los reyes y de los emperadores del mundo contra Roma.

Aparecieron luego otros adversarios mas temibles quizas, los hombres de ingenio y de saber. Las letras renacieron en Italia, y su renacimiento es una protesta energica contra el papado. El Dante, este padre de la poesia italiana, coloca audazmente en su infierno á los papas mas poderosos: oye en el cielo al apostol Pedro pronunciar las palabras mas duras y mas humillantes contra sus indignos sucesores, y hace tambien las mas horribles descripciones de los frailes y y demas clero. Petrarca, aquel grande ingenio, dotado de un espíritu superior al de todos los emperadores y papas de su tiempo, pide con osadia el restablecimiento de la constitucion primitiva de la Iglesia. A este efecto invoca el auxilio de su siglo, y el poder del emperador Carlos IV. Lorenzo Valla, uno de los mas ilustres sabios de Italia, ataca con grande energía las pretenciones de los papas, y la pretendida herencia que tienen de Constantino. Una legion de poetas, de sabios, y de filosofos, sigue sus huellas. La antorcha de las letras se enciende por todas partes, y amenaza reducir á cenizas esa andamiada romana que la ofusca; pero inutiles son todos sus esfuerzos. El papa Leon X. empeña entre los apoyos y los oficiales de su corte, la literatura, la poesia, las ciencias y artes, las que vienen humildemente á besar los pies de un poder que en su orgullo pueril, habian intentado destruir.... ¡Hé aquí el poder de las letras y de la filosofia contra Roma!

Pareció finalmente un adversario que prometia ser mas capaz de reformar la Iglesia; y era la Iglesia misma. A los gritos de reforma, de todas partes repetidos, y que resonaban ya de siglos, se reunió la mas imponente de las asam-

ad tantam pietatem et compassionis misericordiam movit, ut pro eo multis precibus et lacrymis intercedentes, omnes quidem insolitam nostræ mentis duritiam mirarentur, nonnulli verò non apostolicæ severitatis gravitatem, sed quasi tyrannicæ feritatis crudelitatem esse clamarent."—(Lib. iv., ep. 12, ad Germanos.)

bleas eclesiásticas, el concilio de Constancia. Un número inmenso de cardenales, arzobispos, obispos, mil ocho cientos sacerdotes y doctores en teología, el emperador, con un acompañamiento de mil personas, el elector de Sajonia, el elector Palatino, los duques de Baviéra y de Austria, con los embajadores de todas las cortes, dan á esta asamblea una autoridad tal, que jamas habia ecsistido semejante en la cristiandad. Sobre todos es menester señalar á los ilustres é inmortales doctores de la universidad de Paris, á los Ally, los Gersons, los Clemangis, estos hombres piadosos, doctos y firmes, quienes, por la verdad de sus escritos y la eficacia de sus palabras, dan al concilio un energico y saludable impulso. Todo cedió ante aquella asamblea: con una mano derribó tres papas á la vez, mientras que con la otra entregó á Juan Huss á las llamas. Se nombró una comision, compuesta de diputados de todas las naciones, para proponer una reforma fundamental. El emperador Sigismundo apoyó este designio, con todo el peso de su poder. No hay mas que una voz en el concilio. Todos los cardenales juran, que el que de entre ellos sea elegido papa, no despedirá la asamblea, ni saldrá de Constancia antes que la reforma tan deseada se realice. Colonna es elegido, bajo el nombre de Martin V. Hé aquí el momento que va á decidir de la reformacion de la Iglesia. Todos los prelados, el emperador, todos los principes y los pueblos de la cristiandad la aguardan, con un deseo incomprehensible.....

“¡El concilio está cerrado!” grita Martin V., apenas se ha puesto la tiara en su cabeza. Sigismundo y la Iglesia despiden un grito de sorpresa, de indignacion, y de dolor; pero este grito se desvaneció en el aire, y el diez y seis mayo de 1418, revestido de todos los ornamentos pontificales, el papa montó sobre una mula ricamente caparazonada; el emperador á la derecha, el elector de Brandebourg á la izquierda, teniendo cada uno las riendas de su montura; cuatro condes llevan un magnifico palio cubriendo la cabeza papal; muchos principes al rededor sostienen el caparazon; un acompaña-

miento á caballo de cuarenta mil personas, dice un historiador, compuesto de nobles, de caballeros, de eclesiásticos de toda categoría, acompaña solemnemente al pontifice fuera los muros de Constancia. Y Roma, sola, sobre su mula, se rie interiormente de la cristiandad que la rodea, y le muestra que su magnificencia es tal, cual la necesita para vencerla: otro distinto poder que el de los emperadores, de los reyes, de los obispos, de los doctores, y de toda la ciencia y todo el poderío de aquel siglo y de la Iglesia.

¿ Como hubiera podido ser reformador lo que debia ser reformado? ¿ Como hubiera podido curarse la llaga á si misma?

Los medios empleados para reformar la iglesia, cuya insuficiencia probó el resultado, contribuyéron, sinembargo, á minorar los obstaculos, y prepararon el terreno á los reformadores.

V I.

Naturaleza indestructible del cristianismo.—Dos leyes de Dios.—Fuerza aparente de Roma.—Oposicion oculta.—Decadencia.—Transformacion de la Iglesia.—Descubrimientos de los reyes.—Descubrimientos de los pueblos.—Teologia romana.—Teologia escolastica.—Restos de vida.—Desarrollo de espiritu humano.—Renacimiento de las letras.

Los males que affigian entonces la cristiandad : á saber, la supersticion, la incredulidad, la ignorancia, las vanas especulaciones y la corrupcion de costumbres, frutos naturales del corazon humano, no eran nuevos en la tierra. Muchas veces habian figurado en la historia de los pueblos : habian atacado, sobre todo en el oriente, diversas religiones que habian tenido sus dias de gloria. Estas religiones enervadas habian sucumbido bajo el peso de estos males, y ninguna volvió á levantarse jamas.

¿ Debe ahora el cristianismo experimentar la misma suerte ? ¿ se perderá como aquellas antiguas religiones de los pueblos ? ¿ el golpe que les causó la muerte, será bastante fuerte para quitarle la vida ? ¿ No habrá nada que lo salve ? Estas fuerzas enemigas que lo agovian y que han destruido tantos cultos diversos, ¿ podrán afirmarse sin oposicion sobre las ruinas de la Iglesia de Jesucristo ?

No : hay en el cristianismo lo que no habia en ninguna de las religiones de los pueblos. Este no presenta, como aquellas, ciertas ideas generales, mezcladas de tradiciones y de fábulas, destinadas á sucumbir, tarde ó temprano, bajo los ataques de la razon humana ; encierra en sí una verdad pura, fundada sobre hechos capaces de sostener el ecsamen de cualesquier espiritu recto é iluminado. El cristianismo no se propone únicamente escitar en el hombre sentimientos re-

ligiosos vagos, cuyo prestigio, una vez desvanecido, no pudiera renacer; tiene por objeto satisfacer, como en realidad satisface, todas las necesidades religiosas de la naturaleza humana, cualquiera que sea el grado de desarrollo al que haya llegado. El cristianismo no es obra del hombre, cuya labor pasa y se borra; es la obra de Dios que conserva cuanto ha criado, y tiene, por prenda de su duracion, las promesas de su divino gefe.

Es imposible que la humanidad se sobreponga jamas al cristianismo: y, si alguna vez ha creido no necesitar de él, luego se le ha aparecido con nueva juventud y nueva vida, como unico remedio de las almas. Entonces los pueblos degenerados se dirigen con nuevo ardor hácia estas verdades antiguas, simples, y poderosas, que han podido desdeñar en los momentos de su atolondramiento.

En efecto, el cristianismo desplegó, en el siglo decimosecsto, el mismo poder regenerador, que habia ejercido en el siglo primero. Al cabo de quince siglos, las mismas verdades produjeron los mismos efectos. Tanto en los dias de la reformation, como en los tiempos de Pablo y de Pedro, el evangelio, con una fuerza invencible, derribó inmensos obstaculos. Sú fuerza soberana manifestó su eficacia, del Norte al mediodia, entre las naciones las mas diferentes en costumbres, en caracter, y en desarrollo intelectual. Entonces, como en tiempo de Estevan y de Santiago, encendió el fuego del entusiasmo y del sacrificio en las naciones apagadas, y las elevó hasta el martirio.

¿De que manera se realiza esta vivificacion de la Iglesia y del mundo?

Puedense considerar en este caso dos leyes, por las cuales Dios gobierna en todo tiempo el mundo.

En primer lugar, prepara lentamente y de lejos lo que quiere cumplir; suyos son los siglos para ejecutarlo.

Enseguida, cuando el tiempo ha llegado, efectua las cosas mas grandes por los medios mas pequeños. Así obra en la naturaleza y en la historia. Cuando quiere hacer crecer un

arbol inmenso, siembra un granito en la tierra; cuando quiere renovar su Iglesia, se sirve del mas mezquino instrumento, para cumplir lo que los emperadores, los sabios, y los hombres eminentes de la Iglesia, no han podido efectuar. Luego buscaremos y descubriremos aquella pequeña semilla, que una mano divina colocó en la tierra en los dias de la reformation. Al presente debemos discernir y reconocer los diversos medios, par los cuales prepara Dios esta grande revolucion.

Echemos primero una ojeada sobre el estado del papado mismo; pasaremos enseguida en revista las diversas influencias, que Dios hizo concurrir á sus designios.

En la epoca en que la reformation estaba á punto de estallar, Roma parecia en paz y en seguridad. Se hubiera dicho que nada podia turbarla en su triunfo; grandes victorias habian sido conseguidas por ella. Los concilios generales, estas camaras altas y bajas de la catolicidad, habian sido subyugadas. Los Valdenses, los Huscitas, habian tambien sido comprimidos. Ninguna universidad (á no ser quizas la de Paris, que levantaba alguna vez la voz cuando sus reyes le daban la señal), dudaba de la infalibilidad de los oraculos de Roma. Cada uno parecia haberse adherido á la autoridad papal. El alto clero preferia dar la decima parte de sus rentas á un gefe lejano, y gastar tranquilamente las otras nueve, antes que arriesgarlo todo por una independencia, que le hubiera costado caro y producidole poco. El bajo clero, cebado con la perspectiva de los puestos eminentes que la ambicion le hacia imaginar y descubrir en lo futuro, compraba con una corta esclavitud la esperanza lisonjera que anhelaba. Por otra parte, él se veía casi en todas partes oprimido de tal modo, por los caudillos de la gerarquía, que apenas podia desasirse de sus fuertes manos, y aun menos relevarse osadamente y hacerles cara. El pueblo doblaba la rodilla ante el altar romano, y los reyes mismos, que empezaban á despreciar en secreto al obispo de Roma,

no se hubieran atrevido atacar su poder, sin ser notados de sacrilegos en aquel siglo.

Con todo, si la oposicion parecia amortiguada ecsteriormente, ó aun haber cesado cuando estalló la reforma, no por esto habia dejado de crecer su fuerza interiormente. Si consideramos de mas cerca el edificio, descubrimos mas de un sintoma que presagiaba su ruina. Los concilios generales, al caer, habian propagado sus principios en la Iglesia y suscitado la discordia en el campo de sus adversarios. Los defensores de la gerarquia se dividieron en dos bandos: los que sostenian el sistema de la absoluta dominacion papal, segun los principios de Hildebrando; y los que querian un gobierno papal constitucional, ofreciendo garantias y libertades á las iglesias.

Todavia habia mas: en ambos partidos la fé en la infalibilidad del obispo romano, se hallaba fuertemente alterada. Si no se levantaba ninguna voz para atacarla, consistia en que todos procuraban mas bien retener con ansia la poca fé que aun poseian. Temiase el mas leve sacudimiento, porque éste debia derribar el edificio. La cristiandad retenia su aliento; mas esto era para precaver un desastre, en medio del cual ella temia perecer. Desde el instante que el hombre teme abandonar una persuasion por largo tiempo venerada, ya no la posée; y aun la misma apariencia que quiere conservar no la sostendrá mucho tiempo.

Veamos lo que acarreó este singular estado de cosas.

La primera causa era la misma Iglesia. Los errores y las supersticiones que ella habia introducido en la cristiandad, no eran propiamente lo que le descargó un golpe fatal; para esto hubiera sido preciso que el cristianismo hubiese sido superior á la Iglesia, tocante al desarrollo intelectual y religioso, para poderla juzgar en este concepto. Pero habia en ella un orden de cosas que llegaban al alcance de los seglares, y sobre esto fué juzgada la Iglesia, que habia degenerado ya en terrestre. Este imperio

sacerdotal, que dominaba los pueblos, y no podia subsistir sino por medio de ilusiones de sus súbditos, y teniendo por corona una aureola, habia olvidado su naturaleza, dejado el cielo y sus esferas de luz y de gloria, para hundirse en los vulgares intereses de los ciudadanos y de los principes. Representantes natos del espíritu, los sacerdotes lo habian trocado por la carne; habian abandonado los tesoros de la ciencia y el poder espiritual de la Palabra, por la fuerza brutal y por el oropel del siglo.

La cosa pasó bastantemente natural. Era bien el orden espiritual que la Iglesia habia primeramente pretendido defender; pero, para protegerlo contra la resistencia y los ataques de los pueblos, ella habia recurrido á los medios terrenos, á las armas vulgares, á cuya posesion la indujo una falsa prudencia. Una vez puesta la Iglesia á manejar tales armas, se acabó su espiritualidad. Su brazo no pudo llegar á ser temporal, sin que su corazon llegase á serlo tambien. Luego se vió en apariencia lo contrario de lo que antes habia sido. Despues de haber querido emplear la tierra para defender el cielo, ella empleó el cielo para defender la tierra. Las formas teócraticas no fueron ya en sus manos sino medios de realizar empresas mundanas. Las ofrendas que los pueblos venian á deponer ante el soberano pontifice de la cristiandad, servian para mantener el lujo de su corte y á los soldados de sus ejercitos. Su poder espiritual le servia de escalones para colocar bajo sus pies los reyes y los pueblos de la tierra. Cayó el prestigio y el poder de la Iglesia fué perdido, asi que los hombres del siglo pudieron decir: "Ella se ha vuelto como nosotros."

Los grandes fueron los primeros que ecsaminaron los títulos de este poder imaginario.¹ Este ecsamen hubiera, quizas, sido bastante para derribar Roma; pero, por fortuna suya, la educacion de los principes se hallaba, en todas partes, en las manos de sus adeptos. Estos inspiraban á sus augustos

¹ Adriano Baillet, *Histoire des démêlés de Boniface VIII., avec Philippe le Bel.* (Paris, 1708.)

Ref. Span.

4*

dicipulos sentimientos de veneracion al pontifice romano. Los gefes de los pueblos crecian en el santuario de la Iglesia. Los principes de un alcance ordinario no sabian nunca salir enteramente de él. Muchos no aspiraban mas que á encontrarse otra vez en él, á la hora de su muerte. Preferian mas bien morir bajo una capilla de fraile, que debajo una corona.

La Italia, esta manzana de discordia de Europa, fué quizá la que contribuyó mas á iluminar los reyes. Estos debieron entrar con los papas en alianzas relativas al principe temporal del Estado de la Iglesia, y no al obispo de los obispos. Los reyes quedaron atonitos, al ver los papas dispuestos á sacrificar los derechos que pertenecian al pontifice, para conservar algunas ventajas del principe. Notaron que estos pretendidos organos de la verdad recurrían á todos los pequeños ardides de la politica, al engaño, al disimulo, al perjurio.¹ Cayó entonces la venda que la educacion habia puesto en los ojos de los principes. Entonces el diestro rey Fernando de Aragon usó de astucia contra astucia. Entonces el impetuoso Luis XII., hizo acuñar una medalla con esta inscripcion: "PERDAM BABYLONIS NOMEN."² Y el buen Macsimiliano de Austria, penetrado de dolor al saber la traicion de Leon X., dijo abiertamente: "Este papa tambien no es para mi sino un malvado. Ahora puedo decir que ningun papa, en toda mi vida, me ha cumplido su fé y su palabra... Espero, Dios mediante, que éste será el último."³

Tales descubrimientos, hechos por los reyes, influían insensiblemente sobre los pueblos. Muchas otras causas abrieron los ojos de la cristiandad, cerrados durante tantos siglos. Los mas entendidos empezaron á familiarizarse con la idea que el obispo de Roma era un hombre, y aun algunas veces un mal hombre. El pueblo empezó a sospechar que el papa no era mucho mas santo que sus obispos, cuya reputacion era muy equívoca; pero los mismos papas contribuyeron mas que

¹ Guicciardini, Historia de Italia.

² Borrará el nombre de Babilonia.

³ Scultet. Annal. ad an. 1520.

todo á deshonrase. Ecsentos de toda subjeccion, despues del concilio de Basilea, se entregaron á esta licencia desenfrenada que produce ordinariamente una victoria. Los mismos romanos se estremecieron de aquel desenfreno. El rumor de esta disolucion se esparcia por todos los lugares de la cristiandad. Los pueblos, incapaces de contener la corriente que se llevaba sus tesoros al abismo de la disolucion, buscaban su resarcimiento en el odio.¹

Mientras que muehas circunstancias concurrían á minar lo que entonces ecsistia, habian otras que tendian á producir algo de nuevo.

El singular sistema de teologia que se habia establecido en la Iglesia, debia contribuir poderosamente á abrir los ojos de la nueva generacion. Establecido para un siglo de tinieblas, como si hubiese debido subsistir eternamente, este sistema debia ser dejado atras y rasgado de todas partes, así que el siglo creciese: esto mismo sucedió. Los papas habian añadido ya esto ya aquello, á la doctrina cristiana; ellos no habian cambiado ó quitado sino lo que podia cuadrar con su gerarquía; todo lo que no se hallaba opuesto á su plan, podia subsistir hasta nueva orden. Habia en este sistema algunas doctrinas verdaderas, como, la de la redencion, y el poder del espíritu de Dios, de cuyas doctrinas hubiera podido un teologo habil, si entonces se hallara, hacer uso para rebatir y derribar todas las demas. El oro puro, mezclado con el vil plomo en el tesoro del Vaticano, podia facilmente hacer descubrir el fraude. Es verdad que si algun animoso adversario lo advertia, al punto el harnero de Roma rechazaba este grano puro. Pero estas mismas condenaciones no hacian mas que aumentar el cáos.

Era inmenso esta cáos, y la pretendida unidad no era mas que un vasto desorden. Habia en Roma doctrinas de la corte y doctrinas de la Iglesia. La fé de la metropoli diferia

¹ "Odium romani nominis penitus infixum esse multarum gentium animis opinor, ob ea, quæ vulgò de moribus ejus urbis jactantur." (Erasmí epist., lib. xii., p. 634.)

de la fé de las provincias, y aun en estas la diversidad se estendia al infinito. Allí ecsistia la fé de los principes, la de los pueblos, y la de las ordenes religiosas. Distinguianse, tambien, las opiniones de tal convento, de tal distrito, de tal doctor, y de tal fraile.

La verdad, para pasar en paz los tiempos en que Roma la hubiera aplastado con su cetro de hierro, imitó al insecto, que forma de sus hilos la crisalida, en que se encierra durante la mala estacion. Y, cosa bastante singular, los instrumentos de que para el efecto se sirvió la divina verdad, fueron los escolasticos tan desacreditados. Estos industriosos artesanos de pensamientos, se dedicaron á deshilar todas las ideas teologicas, y de todos estos hilos hicieron un tejido en el cual hubiera sido dificil, á otros mas hábiles que sus contemporaneos, el reconocer la verdad en su pureza primitiva. Puede moverse uno á lastima de que el insecto, lleno de vida y á veces brillante de hermosos colores, se encierre aparentemente inanimado en su negro capullo; pero esta cubierta lo salva. Lo mismo aconteció á la verdad. Si la politica interesada y recelosa de Roma la hubiese encontrado, sin abrigo, en los dias de su dominacion, la hubiera inmolado, ó, á lo menos, hubiera intentado hacerlo. Hallandose disfrazada por los teologos de aquel tiempo, con sutilezas y distinciones sin fin, los papas no la apercibieron ó comprendieron que en aquel estado ella no podia perjudicarles; pero podia llegar la primavera, en que la verdad oculta levantaria la cabeza, y se desprenderia de los hilos que la cubrían. Habiendo recobrado en su tumba aparenta nuevas fuerzas, podra versela, en los dias de su resurreccion, conseguir la victoria sobre Roma y sus errores. Esta primavera llegó. Al mismo tiempo que las absurdas cubiertas de los escolasticos caian una tras otra, á fuerza de diestros ataques, y risa burlona de la nueva generacion, la verdad volaba muy joven y muy hermosa.

No eran solamente los escritos de los escolasticos los que daban poderosos testimonios á la verdad. El cristianismo

habia mezclado en todo, alguna cosa de su vida á la vida de los pueblos. La Iglesia de Cristo era un edificio arruinado; pero cabando se encontraba en sus cimientos parte de la roca viva, sobre la cual habia sido fundado. Muchas instituciones que datan de los bellos tiempos de la Iglesia, subsistian todavía, y no podian dejar de inspirar en muchas almas sentimientos evangelicos, opuestos á la supersticion dominante. Los hombres inspirados y los antiguos doctores de la Iglesia, cuyos escritos se hallaban depositados en muchas bibliotecas, hacien oír aquí y allí una voz solitaria. Ella fué, se puede creer, escuchada en silencio, por mas de un oído atento. ¡Los cristianos, no lo dudemos, y es dulce pensamiento! tuvieron no pocos hermanos y hermanas en estos monasterios, en los que frecuentemente no se veía mas que hipocresia y disolucion.

No eran solamente las cosas antiguas las que preparaban el renacimiento religioso; habia algo de nuevo que debia poderosamente favorecer este impulso. El espíritu humano crecia. Este solo hecho debia acarrear su libertad. El arbusto, cuando crece, derriba los muros cerca de los cuales habia sido plantado, y substituye su sombra á la de ellos. El pontífice de Roma se hizo el tutor de los pueblos. La superioridad de su inteligencia se lo habia facilitado. Mucho tiempo los tuvo en el estado de minoria, y supo conservarlos bajo su obediencia; mas ellos crecian y lo inundaban por todos lados. Esta tutela venerable, que tenia por causa primera los principios de la vida eterna y de civilizacion, que Roma habia comunicado á las naciones barbaras, ya no podia ejercerse sin oposicion. Un temible adversario se habia colocado al frente de ella para censurarla. La tendencia natural del espíritu humano á desarrollarse, á escaminar, á conocer, habia dado origen á este nuevo poder. Los ojos del hombre se abrian; él pedia cuenta de cada paso á este conductor, mucho tiempo respetado, bajo cuya direccion se le habia visto andar sin chistar, mientras que sus ojos estuvieron cerrados. La edad de la infancia habia pa-

sado para los pueblos de la nueva Europa, y la edad viril empezaba. A la candida simplicidad dispuesta á creer todo, habia sucedido un espíritu curioso, una razon impaciente de conocer los fundamentos de las cosas. Se queria saber con que objeto habia hablado Dios al mundo, y si los hombres tenian el derecho de establecerse medianeros entre Dios y sus hermanos.

Una sola cosa hubiera podido salvar la Iglesia, y era la de elevarse á mayor altura que los pueblos; porque ir al igual de ellos no era bastante. Mas se vió, al contrario, que ella quedó muy inferior á ellos. Ella empezó á bajar, cuando ellos empezaron á subir. Cuando los hombres empezaron á dirigirse hácia la posesion de la inteligencia, el sacerdocio se halló absorbido en pesquisas terrestres y en los intereses humanos. Este es un fenómeno que se ha renovado muy amenudo en la historia. Las alas habian crecido al aguilucho, y no hubo quien tuviese la mano tan larga para impedirle que tomara el vuelo.

Mientras que salia la luz en Europa de las prisiones en que habia estado cautiva, el Oriente enviaba al Occidente nuevos resplandores. El estandarte de los Osmanlis, plantado en 1453 sobre los muros de Constantinopla, habia ahuyentado á los sabios; estos habian trasladado á Italia las letras de la Grecia. La antorcha de los antiguos, encendió los espíritus apagados ya de tantos siglos. La imprenta, recientemente inventada, multiplicaba las voces energicas que reclamaban contra la corrupcion de la Iglesia, y aquellas no menos poderosas que convidában al espíritu humano á las nuevas sendas. Apareció entonces como un gran rayo de luz: los errores y las practicas vanas fueron patentizados; però esta luz propia para destruir, no lo era para edificar. No es á Omero ni á Virgilio á quienes podia haber sido dado el salvar la Iglesia.

El renacimiento de las letras, de las ciencias y de las artes, no fué el principio de la reformacion. El paganismo de los poetas, reapareciendo en Italia, trajo mas bien el paganismo

de corazón. Las frívolas supersticiones eran combatidas; pero era la incredulidad desdeñosa y burlona la que se establecía en su lugar. Reírse de todo, aun de lo que había de más santo, era moda y señal de un espíritu fuerte. No veían en la religión más que un medio de gobernar el pueblo. "Temo," escribía Erasmo en 1516, "que, con el estudio de la literatura antigua, no vuelva á parecer el antiguo paganismo."

Se vió entonces, es verdad, lo mismo que después de las burlas del tiempo de Augusto y de las del siglo último, parecer una nueva filosofía platónica, que atacó aquella impudente incredulidad, y trató, como la filosofía actual, de inspirar algún respeto al cristianismo, y de reanimar en los corazones el sentimiento religioso. Los Medicis favorecieron en Florencia aquellos esfuerzos de los platonicos. Mas, no será nunca una religión filosófica la que regenerará la Iglesia y el mundo. Orgullosa, desdeñando la predicación de la cruz, pretendiendo no ver en los dogmas cristianos más que figuras y símbolos, incomprendibles para la mayor parte de los hombres, ella podrá perderse en un entusiasmo místico, pero siempre será ineficaz para reformar y para salvar.

¿Que hubiera pues sucedido si el verdadero cristianismo no hubiera reaparecido en el mundo, y si la fé no hubiese llenado de nuevo los corazones con su fuerza y santidad? La reformation salvó á la religión y con ella á la sociedad. Si la Iglesia de Roma hubiese deseado de veras la gloria de Dios y la prosperidad de los pueblos, ella hubiera acogido la reformation con alegría; pero, que importaba todo esto á un Leon X. ?

El estudio de la literatura antigua tuvo, en Alemania, efectos enteramente distintos á los que ella tuvo en Italia y en Francia. Este estudio fué mezclado allá con la fé. Lo que no había producido en algunos más que un cierto pulimiento de espíritu, minucioso y estéril, penetró toda la vida de los demás, encendiendo los corazones, y los preparó á una mejor luz. Los primeros restauradores de las letras en

Italia y en Francia, se distinguieron, por una conducta ligera, y aun frecuentemente inmoral. En Alemania, sus sucesores, animados de un espíritu grave, investigaron con celo todo lo que es verdad. La Italia, ofreciendo su incienso á la literatura y á las ciencias profanas, vió nacer una incredula oposicion. La Alemania, toda ocupada de una teologia profunda, y recogida sobre sí misma, vió nacer una oposicion llena de fé. Allá minában los cimientos de la Iglesia, aquí los restablecian. Se formó en el imperio una reunion notable de hombres libres, sabios, y generosos, entre los cuales se distinguian los principes, que procuraban hacer que la ciencia fuese útil á la religion. Los unos llevaban al estudio la fé humilde de los niños; los otros un espíritu ilustrado, penetrante, dispuesto quizá á pasar los limites de una libertad y de una critica legitima; sinembargo, unos y otros contribuyeron á limpiar el atrio del templo obstruido con tantas supersticiones. Los frailes teólogos previeron el peligro, y se pusieron á clamar contra estos mismos estudios que habian tolerado en Francia y en Italia mientras anduvieron unidos con la liviandad y la disolucion. Formose entre ellos una conjuracion contra las lenguas y las ciencias; porque tras ellas vieron la fé. Un monje aconsejaba á alguno que se resguardara de las heregias de Erasmo. “¿Y en que consisten ellas?” le preguntó. Entonces confesó que él no habia leído la obra de que hablaba, y no supo alegar sino que, “ella estaba escrita en un latin demasiado bueno.”

VII.

Principio reformador.—Testigos de la verdad.—Claudio de Turin.—Los místicos.—Los Valdenses.—Valdo.—Wicleff.—Juan Husa.—Testigos en la Iglesia.

Con todo, estas causas esterores hubieran sido insuficientes para preparar la renovacion de la Iglesia.

El cristianismo habia decaido, por haber abandonado los dos dogmas principales de la nueva alianza. El primero, opuesto á la autoridad de la Iglesia, es el contacto inmediato de toda alma con el manantial divino de la verdad; el segundo, opuesto al merito de las obras humanas, es la doctrina de la salud eterna por gracia. De estos dos principios, inmutables é inmortales, que no habian dejado de ecsistir, aunque desconocidos y viciados, ¿cual de los dos debia tomar la iniciativa, y dar el impulso regenerador? ¿era acaso el primero, es decir, la idea eclesiastica? era quizas el segundo, esto es, la idea espiritual? En nuestros dias, se pretende pasar del estado social al alma, de la humanidad al individuo. Se pensará pues que era la idea eclesiastica la que debia preceder. La historia ha demostrado lo contrario; ella ha probado que es por la accion individual que se obra sobre el conjunto, y que, para regenerar el estado social, es preciso regenerar el alma ante todo. Todos los ensayos de reforma que la edad media nos presenta se unen á alguna mira de religion: no se entra en la cuestion de autoridad, sino cuando uno se ve obligado á ello para sostener, contra la gerarquia, la verdad que se ha descubierto. Asi aconteció mas tarde en la persona del mismo Lutero. Cuando uno ve, de un lado, la verdad que salva, con la autoridad de la Palabra de Dios en su apoyo, y del

otro lado, el error que condena, con la autoridad de la gerarquía romana en su favor, no vacila mucho tiempo, y á pesar de los sofismas mas especiosos, y de las pruebas mas evidentes en apariencia, la cuestion de autoridad está presto decidida.

La Iglesia habia caído: porque la sublime doctrina de la justificación por la fé en el salvador le habia sido arrebatada. Era preciso pues que le fuese devuelta esta doctrina, para que ella se levantase de nuevo. Desde que esta verdad fundamental fué restablecida en la cristiandad, todos los errores y las practicas que habian tomado su lugar, debieron desaparecer, si que tambien toda esta multitud de santos, de obras pias, de penitencias, de misas, de indulgencias, etc. Asi que se reconocia el solo Medianero y su unico sacrificio, todos los demas medianeros y demas sacrificios se borraban. "Este articulo de la justificación," dice un hombre que se puede considerar como instruido sobre la materia,¹ "es lo que crea la Iglesia, la nutre, la edifica, la conserva, y la defiende. Nadie puede enseñar bien en la Iglesia, ni resistir con escito á un adversario, si no permanece arraigado á esta verdad. Ahí está," añade el escritor que citamos, aludiendo á la primera profecia, "ahí está el calcañar que quebrantará la cabeza de la serpiente."

Dios, que preparaba su obra, sucitó, durante el transcurso de los siglos, una larga cadena de testigos de la verdad; pero esta verdad, á la que estos hombres generosos daban testimonio, no la discernieron con bastante claridad, ó á lo menos no supieron esponerla de un modo bastantemente distinto. Incapaces de cumplir la obra, fueron lo que debian ser para prepararla: añadamos sin embargo, que si ellos no estaban dispuestos para la obra, la obra tampoco lo estaba para ellos. Aun la medida no estaba llena; los siglos no habian aun cumplido el curso que se les habia prescrito; la necesidad del verdadero remedio, aun no era sentido bastante por la generalidad.

¹ Lutero á Brentius.

En efecto, en vez de derribar el árbol por la raíz, predicando principalmente y en alta voz la doctrina de la salvación por gracia, aquellos hombres generosos se ocuparon de las ceremonias, del gobierno de la Iglesia, del orden del culto, de la adoración de los santos y de sus imágenes, de la transubstanciación, etc. Agarrándose á las ramas del árbol, pudieron llegar alguna vez á podar algunas; pero dejaron el árbol en pie. Para que haya una saludable reformation exterior, es preciso que haya una verdadera reformation interior; y esta viene únicamente de la fé.

Apenas Roma hubo usurpado el poder, cuando se formó contra ella una poderosa oposición que atravesó la edad media.

El arzobispo Claudio de Turin, en el siglo nono: Pedro de Bruys; su discípulo Enrique; Arnaldo de Brescia, en el siglo duodécimo; en Francia y en Italia, tratan de restablecer la adoración de Dios en espíritu y en verdad; pero buscan demasiado esa adoración en la ausencia de las imágenes y de las prácticas exteriores.

Los místicos, que han existido casi en todas las edades, buscando en silencio la santidad del corazón, la justicia de la vida y una tranquila comunión con Dios; fijan sus miradas de tristeza y de horror sobre la disolución de la Iglesia. Se abstienen con cuidado de las contiendas de la escuela; y de las inútiles discusiones, bajo las cuales la verdadera piedad había sido sepultada. Procuran desviar los hombres del vano mecanismo del culto exterior, del ruido y fausto de las ceremonias, para conducirlos á ese descanso íntimo de una alma que busca toda su dicha en Dios. Ellos no lo pueden hacer sin chocar en todas partes las opiniones acreditadas, y sin descubrir la llaga de la Iglesia. Pero al mismo tiempo carecen ellos de una inteligencia clara de la doctrina de la justificación por la fé.

Muy superiores á los místicos por la pureza de la doctrina, los Valdenses forman una larga cadena de testigos de la verdad. Unos hombres mas libres que el resto de la Iglesia,

parecen haber habitado, desde los tiempos antiguos, las cimas de los Alpes del Piamonte; su numero se aumentó y su doctrina fué depurada por los dicipulos de Valdo. De la cumbre de sus montañas, los Valdenses protestan, durante una serie de siglos, contra las supersticiones de Roma.¹ “Ellos luchan por la viva esperanza que tienen en Dios por Cristo; por la regeneracion y la renovacion interior por la fé, la esperanza, y la caridad; por los meritos de Jesucristo y la omnisuficiencia de su gracia, y de su justicia.”²

Con todo esta verdad primaria, de la justificacion del pecador, esta doctrina capital, que debia surgir de en medio de sus doctrinas, como el *Mont-Blanc* del seno de los Alpes, no domina bastante todo su sistema: su cima es poco elevada para ello.

Pedro Vaudo ó Valdo, rico negociante de Leon en 1170, vende todos sus bienes y los dá á los pobres. Parece haberse propuesto, así como sus amigos, el restablecer en la vida la perfeccion del cristianismo primitivo; pero éste tambien empieza por los ramas, y no por las raices. Sinembargo, su palabra es poderosa, porque se apoya en la Escritura, y ella conmueve la gerarquia romana hasta en sus cimientos.

Wicleff aparece en 1360 en Inglaterra, apelando del papa á la Palabra de Dios; pero la verdadera llaga interior del cuerpo de la Iglesia no es, á sus ojos, mas que uno de los numerosos sintomas de su mal.

Juan Huss habla en Boemia, un siglo antes que Lutero hablase en Sajonia. Parece internarse él, mas adentro que sus predecesores en la esencia de la verdad cristiana. Pide á Cristo que le haga la gracia de no gloriarse sino en su cruz y en el oprobio inapreciable de sus padecimientos. Pero él ataca menos los errores de la Iglesia romana, que la vida escandalosa del clero. Sinembargo él fué, si así puede decirse, el Juan Bautista de la reformation. Las llamas de su hoguera encendieron en la Iglesia un fuego que esparció

¹ *Noble Leçon.*

² Tratado del Anticristo, contemporaneo de la Noble Leçon.

en medio de las tinieblas un resplandor inmenso, cuya claridad no debia tan presto extinguirse.

Hizo mas Juan Huss: palabras profeticas salieron del interior de su calabozo. Presintió que una verdadera reformation de la Iglesia era inminente. Ya, cuando arrojado de Praga, se vió obligado á vagar por los campos de Boemia, donde un gentio inmenso, hambriento de sus palabras, seguía sus pasos, exclamó: “Los malos han empezado por preparar al ganso, perfides redes.¹ Pero si el mismo ganso que no es mas que un pájaro domestico, un animal tranquilo, cuyo vuelo no remonta mucho, ha roto no obstante sus lazos, otros pájaros, cuyo vuelo subirá osadamente hácia los cielos, los romperan con mucha mas fuerza todavia. En vez de un ganso debil, la verdad enviará aguilas y halcones de vista penetrante.”² Los reformadores realizaron este pronostico.

Y cuando el venerable sacerdote hubo sino citado por orden de Segismundo ante el concilio de Constancia, cuando fué encarcelado, la capilla de Belen donde habia anunciado el Evangelio, y los triunfos futuros de Cristo, le ocuparon mas que su defensa. Una noche, el santo martir creyó ver, desde el interior de su calabozo, las imágenes de Jesucristo que habia hecho pintar en las paredes de su oratorio, borradas por el papa y por los obispos. Este sueño le aflige; pero el dia siguiente, ve muchos pintores ocupados en restablecer las imágenes en mas numero y con mas brillantex. Concluido este trabajo, los pintores, rodeados de un gentio inmenso, exclaman: “Que vengan ahora papas y obispos! ya no las borrarán jamas.” “Y muchos pueblos se regocijaban en Belen, é yo con ellos,” añade Juan Huss. — “Ocupaos antes bien de vuestra defensa que de los sueños,” le dice su fiel amigo, el caballero de Chum, á quien habia comunicado su sueño.—“Yo no soy un visionario,” respondió Huss; “pero tengo por cierto, que la imagen de Cristo no será borrada jamas. Ellos han querido destruirla; pero ella

¹ Huss significa ganso en lengua Bohemiana.

² Epist. J. Huss, tempore anathematis scriptas.

será nuevamente pintada en los corazones, por unos predicadores que valdrán mas que yo. La nacion que ama á Cristo se regocijará de ello; é yo levantandome de entre los muertos, y resucitando del sepulcro, me conmovaré de gozo.”¹

Se pasó un siglo, y la lumbrera del evangelio, encendida por los reformadores, iluminó en efecto muchos pueblos que se regocijaron de su luz.

Pero no es solamente entre los que la iglesia de Roma mira como adversarios suyos, que se hace oír en estos siglos una palabra de vida. La misma catolicidad, digamoslo para nuestro consuelo, cuenta en su seno, numerosos testigos de la verdad. El edificio primitivo ha sido consumido; mas un fuego generoso se conserva entre las cenizas, y se ve de cuando en cuando salir de ellas brillantes chispas.

Anselmo de Cantorberi, en un escrito en que enseña á bien morir, dice al moribundo: “Mira unicamente á los meritos de Jesucristo.”

Un monje llamado Arnoldi, hace cada dia en su tranquila celda esta fervorosa oracion; “O Señor mio Jesucristo! yo creo que tú solo eres mi redencion y mi justicia.”²

Un piadoso obispo de Bal, Cristobal de Utenheim, hace escribir su nombre en un cuadro pintado sobre vidrio, que aun se conserva en Bal, y lo envuelve con esta inscripcion que quiere tener siempre á la vista: “Mi esperanza es la cruz de Cristo; busco la gracia y no las obras.”³

Un pobre cartajo, fray Martin, escribe una tierna confesion en la que dice: “O caritativo Dios! yo se que no puedo salvarme ni satisfacer tu justicia de otro modo que por los meritos, la pasion inocentisima y la muerte de tu Hijo muy amado. . . Piadoso Jesus! en tus manos está mi salvacion. Tú no puedes retirar de mi las manos de tu amor, porque ellas me han criado, formado y redimido. Tú has escrito mi

¹ Huss, Epp. sub temp. concilii scriptæ.

² “Credo quod tu, mi Domine Jesu-Christe, solus es mea justitia et redemptio . . .” (Leibnitz, script. Brunsw., III 396.)

³ “Spes mea crux Christi; gratiam, non opera quero.”

nombre con un punzon de hierro, con una misericordia grande y de un modo indeléble, en tu costado, pies y manos, etc., etc.” Despues el buen cartujo encierra su confesion dentro de una cajita de madera, y la esconde en una abertura que al efecto hizo en la pared de su celda.¹

La piedad de fray Martin, jamas hubiera sido conocida, si su cajita no se hubiese encontrado el 21 diciembre de 1776, derribando un viejo casco de la casa que habia hecho parte del convento de los cartujos de Bal. ¡ Cuantos conventos no han ocultado semejantes tesoros !

Pero estos santos hombres no tenian mas que para si mismos esta fé tan tierna, y no sabian comunicarla á los demas. Viviendo en el claustro podian decir mas ó menos lo que el buen fray Martin espuso en su cajita: “*Ei si hæc predicta confiteri non possim lingua, confiteor tamen corde et scripto.* Si no puedo confesar estas cosas con la lengua, á lo menos las confieso con la pluma y con el corazon.” La palabra de la verdad residia en el santuario en algunas almas devotas ; mas, para servirnos de unas ecspresiones del evangelio, ella no tenia curso en el mundo.

Sinembargo, si no se confesaba altamente la doctrina de la salud eterna, á lo menos no se temia, en el seno mismo de la iglesia de Roma, declararse abiertamente contra los abusos que la deshonoraban. La misma Italia tuvo entonces sus testigos contra el sacerdocio. El dominico Savonarola se levantó en Florencia en 1498, contra los vicios insoportables de Roma : pero la tortura, la hoguera, y la inquisicion le ajusticiaron.

Geiller de Kaisersberg fué durante treinta y tres años el gran predicador de Alemania : atacó con brio al clero. “Las hojas amarillentas de un arbol,” decia él, “indican que la raiz está enferma : así un pueblo desarreglado anuncia un sacerdocio corrompido.” “Si un hombre disoluto no debe

¹ “*Sciens posse me aliter non salvari et tibi satisfacere nisi per meritum, etc.*” (Vease para estas y otras citas semejantes, Flacius, Catal. Test. Wolfii Lect. memorabiles. Müller’s Reliquien, etc.)

celebrar la misa," decía á su obispo, "echad á todos los sacerdotes de vuestra diócesis." Oyendo el pueblo á este animoso ministro, se acostumbró á ver levantar en el mismo santuario, el velo que encubria las torpezas de sus conductores.

Importa el señalar este estado de cosas en la Iglesia. Cuando la sabiduría de lo alto empiece de nuevo á dictar sus instrucciones, se hallaran por do quier inteligencias y corazones para comprenderla. Cuando el sembrador salga de nuevo á sembrar, se encontrará tierra preparada para recibir la semilla. Cuando la palabra de la verdad venga á resonar, ella hallará ecos. Cuando la trompeta haga oír un sonido ruidoso en la Iglesia, muchos de sus hijos se prepararan al combate.

VIII.

Estado de los pueblos de Europa.—El imperio.—Preparaciones providenciales.—Estado llano.—Caracter nacional.—Fuerza nativa.—Servidumbre de la Alemania.—Estado del imperio.—Oposicion á Roma —Suiza.—Pequeños cantones.—Italia.—Obstaculos á la reforma.—España.—Portugal.—Francia.—Esperanzas fallidas.—Países-Bajos.—Inglaterra.—Escocia.—El Norte.—Rusia.—Polonia.—Boemia.—Hungria.

LLEGAMOS á la escena en la que pareció Lutero.

Antes de empezar la historia de esta grande conmocion, que hizo resplandecer con todo su brillo la luz de la verdad, tanto tiempo oculta, que renovando la Iglesia renovó tantos pueblos, dió existencia á otros, y creó una nueva Europa y una nueva cristiandad, hechemos una mirada sobre lo que eran entonces las diversas naciones en medio de las cuales se efectuó esta revolucion religiosa.

El imperio era una confederacion de diversos estados, cuyo jefe supremo era un emperador. Cada uno de estos estados ejercía la soberanía en su propio territorio. La dieta imperial, compuesta de todos los principes ó estados soberanos, ejercia el poder legislativo por todo el cuerpo germanico. El emperador debia ratificar las leyes, decretos, ó registros de esta asamblea, y estaba encargado de su publicacion y ejecucion. Los siete principes mas poderosos tenian, con el titulo de electores, el privilegio de adjudicar la corona imperial.

Los principes y estados de la confederacion germanica, habian sido, de tiempo inmemorial, subditos de los emperadores; y estos habian obtenidos sus feudos. Pero en la epoca del advenimiento al trono de Rodolfo de Hapsbourg, en 1273, habia comenzado un periodo de revoluciones, durante las cuales los principes, las ciudades libres, y los obispos, habian

adquirido una grande independendia, á costa de la soberanía imperial.

El norte de la Alemania, habitado principalmente por la antigua raza Sajona, era el que mas libertad habia adquirido. El emperador, atacado sin descanso por los turcos en sus posesiones hereditarias, se veía obligado á contempORIZAR con estos principes y pueblos valerosos, que por el momento le eran necesarios. Algunas ciudades libres, al norte, al oeste, al sur del imperio, habian llegado por su comercio, sus manufacturas, sus adelantos de todas clases, á un alto grado de prosperidad, y por lo mismo de independendia. La poderosa casa de Austria, que llevaba la corona imperial, tenia bajo su mano la mayor parte de los estados del mediodia de Alemania, y vigilaba de cerca todos sus movimientos. Se disponia á estender su dominacion sobre todo el imperio, y mas lejos todavia, cuando la reformation vino á poner un dique poderoso á sus invasiones y salvó la independendia europea.

Si, en los tiempos de Pablo ó en los de Ambrosio, de Agustín, y de Crisostomo, ó aun en los dias de Anselmo y de Bernardo, se hubiese preguntado cual seria el pueblo del que Dios se serviria para reformar la Iglesia, tal vez se hubiera pensado en aquellos países apostolicos tan ilustres en la historia del cristianismo, en Asia, en Grecia, ó en Roma; quien sabe si en esa Gran Bretaña, á esa Francia, en donde grandes doctores habian hecho oír su voz; pero jamas las miradas se hubiesen dirigido sobre los barbaros germanos. Todos los países cristianos habian resplandecido á su vez en la Iglesia; la Alemania sola habia permanecido sin brillo: sin embargo ella fué la escojida.

Dios, que durante cuatro mil años preparó la venida de su Mesias, y que hizo pasar por diferentes facces, durante muchos siglos, el pueblo de entre el cual debia nacer, disponia así mismo la Alemania, sin que las demas naciones se apercibieran, ni ella misma, á ser la cuna de la regeneracion religiosa, que removeria mas tarde los diversos pueblos de la cristianidad.

Como la Judea, en donde nació el cristianismo, se encontraba en el centro del antiguo mundo, así la Alemania lo estaba en el centro de la cristiandad. A un mismo tiempo ella se ofrecia á la vista de los Países-Bajos, de Inglaterra, de Francia, de Suiza, Italia, Hungría, Boemia, Polonia, Dinamarca, y de todo el Norte. En el corazón de la Europa era donde debia desenvolverse el principio de la vida, y sus latidos habian de hacer circular por todas las arterias de este cuerpo colosal, la sangre generosa destinada á vivificar todos los miembros.

La constitucion particular que el imperio habia recibido, conforme á las disposiciones de la Providencia, favorecia la propagacion de las ideas nuevas. Si la Alemania hubiera sido una monarquia verdaderamente tal, como la Francia ó la Inglaterra, la voluntad despótica del soberano hubiese bastado para paralizar durante mucho tiempo los progresos del Evangelio. Pero era una confederacion. La verdad, combatida en un estado, podia ser recibida en el otro favorablemente. Focos poderosos de luz, capaces de disipar las tinieblas, é ilustrar los pueblos de su alrededor, podian formarse en muy poco tiempo sobre diferentes puntos del imperio.

La paz interior que Macsimiliano acababa de asegurar al imperio, no era menos favorable á la reformation. Durante mucho tiempo los numerosos miembros del cuerpo germanico se habian complacido en despedazarse mutuamente. No se habia visto mas que desordenes, discordias, guerras, que se renovaban sin intermision, vecinos contra vecinos, ciudades contra ciudades, señores contra señores. Macsimiliano habia restablecido el orden publico sobre bases solidas, establecido la camara imperial, instituida para juzgar las diferencias entre los diversos estados. Los pueblos germanicos despues de tantos desordenes é inquietudes, veian comenzar una era nueva de seguridad y de reposo. Tal estado de cosas contribuyó poderosamente á calmar y civilizar el espíritu nacional. Pudose, en las ciudades y tranquilas campañas de los alemanes, buscar y adoptar las mejoras, que las discordias

hubiesen ahuyentado. Por otra parte, en el seno de la paz, es donde el Evangelio se place á conseguir sus victorias. Así habia querido Dios, quince siglos antes, que Augusto ofreciese la tierra en una paz universal á las beneficas conquistas de la religion de Jesucristo. Sinembargo, la reformation hizo un doble papel en esta paz que comenzó entonces en el imperio. Fué la causa, así como el efecto. La Alemania, cuando apareció Lutero, ofrecia todavía al ojo observador aquel movimiento que ajita el mar, despues de una serie prolongada de tempestades. No estaba asentada la calma. El primer soplo podia de nuevo ecsitar la tormenta. De esto tendremos mas de un ejemplo. La reformation, imprimiendo un impulso del todo nuevo á los pueblos germanicos, destruyó para siempre las antiguas causas de agitacion. Puso fin al sistema de barbarie que habia dominado hasta entonces, y dotó la Europa de un sistema nuevo.

Al mismo tiempo la religion de Jesucristo habia ejercido en la Alemania una influencia caracteristica. El estado llano habia hecho rapidos progresos. Se veian en los diferentes estados del imperio, y particularmente en las ciudades libres, numerosas instituciones propias al desarrollo de esta masa imponente del pueblo. Las artes florecian en ellos, los vecinos se entregaban con toda seguridad á los tranquilos trabajos, y dulces relaciones de la vida social. Esta era cada dia mas accesible á las luzes. Ella adquiria continuamente mayor consideracion y autoridad. No eran magistrados obligados con frecuencia á plegar su conducta segun las ecsigencias politicas, ó nobles aficionados sobre todo á la gloria de las armas, ó un clero avaro y ambicioso, ecsplotando la religion como su propiedad esclusiva, los que debian en Alemania fundar la reformation. Esta debia ser la obra de los habitantes, del pueblo, de la nacion en masa.

El caracter distintivo de los alemanes debia prestarse muy particularmente á una reforma religiosa: una falsa civilizacion no la habia deslavadado. Las preciosas semillas que el

temor de Dios suele arraigar en un pueblo, de ningun modo habian sido arrojadas al viento. Las antiguas costumbres subsistian todavía. Aun se encontraba en Alemania aquella rectitud, fidelidad, amor del trabajo, perseverancia, y disposicion religiosa que vemos todavía, y que prometen al evangelio mas ventajas que el caracter ligero, burlon, ó grosero de otros pueblos de nuestra Europa.

Otra circunstancia contribuía tal vez á hacer de la Alemania un suelo mas á proposito, que el de muchos otros paises, á la renovacion del cristianismo. Dios la habia guardado; él le habia conservado sus fuerzas para el dia del alumbramiento. No se la habia visto decaer en cuanto á la fé, despues de una epoca de fuerza espiritual, como habia sucedido con otras naciones del Asia, Grecia, y de la Gran-Bretaña. Nunca se ofreció á la Alemania el evangelio en su pureza primitiva; sus primeros misioneros le transmitian una religion adulterada bajo mas de un aspecto. No fué sino una ley eclesiastica, no fué sino una diciplina espiritual la que Bonifacio y sus sucesores habian ofrecido á los Frisones, Sajones, y demas pueblos de la Alemania. La fé del evangelio, esta fé que regocija el corazon del hombre y le hace verdaderamente libre, les habia sido desconocida. En lugar de corromperse la religion de los alemanes, se habia purificado; antes que decaer, se habia engrandecido. Se debia creer que en este pueblo habia mas vida, mas fuerza espiritual, que entre las naciones degeneradas de la cristiandad, en las que las mas profundas tinieblas habian reemplazado la luz de la verdad, y una corrupcion casi universal, á la santidad de los tiempos primitivos.

Una observacion analogo puede hacerse, en cuanto á las relaciones ecsteriores de la Alemania con la Iglesia. Los pueblos germanicos habian recibido de Roma el grande elemento de la civilizacion moderna. La fé, cultura, ideas, legislacion, todo, salvo su valor y sus armas, les habia venido de la ciudad sacerdotal. Vinculos estrechos habian unido, desde entonces, la Alemania al papismo. La primera era

como una conquista espiritual del segundo; y bien sabido es lo que Roma hace de sus conquistas. Los otros pueblos, que habian poseído la fé y la civilizacion, antes que ecsistiese el romano pontifice, habian permanecido en cuanto á éste, bajo un pie de grande independendia. Pero esta sujecion de los alemanes, no debia servir á mas que á hacer mas poderosa la reaccion, cuando llegase el momento de sacudir el yugo. Cuando la Alemania se despierte, romperá con indignacion los lazos, en que la han tenido tanto tiempo cautiva. La esclavitud que ha sufrido, le hará sentir una mayor necesidad de independendia y libertad; y robustos campeones de la verdad saldrán de esta casa de fuerza y de correccion, en la que despues de tantós siglos se halla todo un pueblo encerrado.

Si nos aprocsimamos mas particularmente al tiempo de la reforma, encontramos en el gobierno de Alemania nuevas razones para admirar la sabiduria de Aquel, por quien los reyes reinan, y los gobiernos se han constituido. En aquel entonces ecsistian cosas como las que la politica de nuestros dias ha denominado "un sistema de equilibrio." Cuando el gefe del imperio era de un caracter fuerte, su poder aumentaba; por el contrario, cuando era debil, la influencia y autoridad de los principes y electores robustecia. Notese sobre todo en tiempo de Macsimiliano, precesor de Carlos quinto, esta especie de alza y baja, que daba ventaja ora al uno, ora á los otros. Esta, en aquel entonces, fué completamente contraria al emperador. Los principes con frecuencia habian formado entre ellos estrechas alianzas. Los mismos emperadores las habian favorecido, con el designio de combatir en union con ellos, algun enemigo comun. Pero la fuerza, que estas alianzas daban á los principes para resistir á un peligro pasagero, podia mas tarde servir contra las usurpaciones y el poder del emperador. Esto fué lo que cabalmente sucedió. Nunca los electores se habian creido mas fuertes contra su gefe, que en la epoca de la reformation. Habiendo pues este gefe tomado partido contra ella,

se comprende cuan favorable fué esta circunstancia á la propagacion del evangelio.

Ademas, la Alemania estaba cansada de lo que Roma llamaba, por ironía, "*la paciencia de los Germanos.*" Estos, en efecto, habian mostrado mucha paciencia desde la época de Luis de Baviera. Desde entonces, los emperadores habian depuesto las armas, y la tiara se habia elevado sin contradiccion sobre la corona de los Cezares. Sinembargo, el combate no habia hecho mas que cambiar de terreno. Este habia desendido á las clases inferiores. Las mismas luchas de las que los emperadores y papas habian dado el espectáculo al mundo, se renovaron muy pronto en pequeño, en todas las ciudades de Alemania entre los obispos y los magistrados. El estado medio habia recogido la espada que dejaban caer de la mano los gefes del imperio. Ya en 1329, los vecinos de Francfort *sur l'Oder* habian hecho frente con intrepidez á todos sus superiores eclesiasticos, escomulgandolos por haber permanecido fieles al margrave Luis, pasando veinte y ocho años, sin misa, sin bautismo, sin bendiccion nupcial, y sin sepultura eclesiastica. Cuando volviéron los frailes y clerigos, se burlaron de esto, como de una farsa, ó de una comedia: tristes desvarios, sin duda, pero de los cuales era solo al mismo clero cuya culpa, debia hecharse. En la época de la reformacion, la oposicion entre los magistrados y los eclesiasticos se habia aumentado. A cada momento los privilegios y las pretenciones temporales del clero producian, entre estas dos categorias, rozes y choques. Si los magistrados no querian absolutamente ceder, los obispos y clerigos empleaban imprudentemente los medios ecstremos, de que disponian. A veces intervenia el papa, y era solo para dar el ejemplo de la mas chocante parcialidad, ó para pasar por la humillante necesidad de ceder la victoria á un estado llano, terco, y decidido á mantener su derecho. Estas continuas luchas habian sembrado en las ciudades el aborrecimiento y el desprecio por el papa, los obispos, y los clerigos.

Y no era tan solo entre los burgomaestres, los consejeros y los secretarios de las ciudades, que Roma y el clero encontraban sus adversarios, los tenían también superiores é inferiores en las clases medias de la sociedad. Desde el principio del siglo diez y seis, la dieta imperial desplegó, con los enviados del papa, una firmeza inalterable. En mayo de 1510, los estados, reunidos de Augsbourg, entregaron al emperador una lista de las diez principales quejas que tenían contra el papa y el clero de Roma. Hacia el mismo tiempo la colera fermentaba en el pueblo; al fin estalló en 1512, en las comarcas del Rhin, y los paisanos, indignados del yugo que sobre ellos hacían pesar sus soberanos eclesiásticos, formaron entre ellos lo que entonces se llamó la alianza de los zapatos.

Así, por todas partes, tanto en las clases superiores como en las inferiores, comenzó á sentirse aquel ruido sordo, precursor del rayo que no tardará á estallar. La Alemania parecía preparada para la obra, que debía recibir su cumplimiento en el siglo diez y seis. La Providencia, que camina lentamente, lo había todo dispuesto; y las pasiones mismas que Dios reprueba, debían servir, dirigidas por su mano poderosa, al cumplimiento de sus designios. Veamos el estado de los otros pueblos.

Trece pequeñas republicas, colocadas con sus aliados en el centro de la Europa, entre montañas que son como su ciudadela, formaban un pueblo simple y valiente. ¿ Quien hubiera ido á buscar en estos oscuros valles á los que Dios escojería tal vez, para que en union con los hijos de los Germanos fuesen los libertadores de la Iglesia? ¿ Quien hubiera pensado que algunas pequeñas y desconocidas ciudades, apenas salidas del estado de barbarie, escondidas detras de montañas inaccesibles, á la estremidad de lagos que ningun nombre tenían en la historia, escuderían, en cuanto á cristianismo, á Jerusalem, Antioquia, Efeso, Corinto, y Roma? Sin embargo, así fué. Así lo quiso aquel que hace llover sobre una ciudad, y no sobre otra; que quiere que un pe-

dazo de tierra sea regado por la lluvia, y que otro pedazo quede agostado.¹

Otras circunstancias parecía que debían rodear de escollos la marcha de la reformation en el seno mismo de los pueblos Helveticos. Si en la monarquía son de temer las trabas del poder, en una democracia es también temible la precipitación del pueblo. Esta reforma, que, en los estados del imperio, debía avanzar lentamente, marchar paso á paso, podía, es cierto, decidirse en un día en los consejos soberanos de las republicas Suizas. No obstante, era preciso precaverse de una precipitación imprudente, la que, no pudiendo esperar el momento favorable, introduciría bruscamente innovaciones, útiles bajo cierto aspecto, y comprometería de este modo la paz pública, la constitución del estado, y el porvenir mismo de la reforma.

Pero la Suiza se había también preparado. Era como un árbol salvaje, pero generoso, que se había conservado al fondo de los valles, para ingertar en él algún día un fruto de grande precio. La Providencia había sembrado, entre este pueblo primitivo, los principios de valor, de independencia, y de libertad, destinados á desarrollar todo su poder, cuando sonara la hora del combate con Roma. El papa había dado á los Suizos el título de protectores de la libertad de la Iglesia. Más parecía que ellos habían tomado esta denominación honorífica, en un sentido muy diferente del que le daba el pontífice. Si sus soldados guardaban la persona del papa cerca el antiguo capitolio, sus ciudadanos, en el seno de los Alpes, conservaban con cuidado sus libertades religiosas, contra las pretensiones del papa y del clero. Estaba prohibido á los eclesiásticos el recurrir á una jurisdicción estrangera. La "carta de los curas," (Pfaffenbrit, 1370); era una protesta energética de la libertad Suiza contra los abusos y el poder del clero. Zurich se distinguía entre todos estos estados, por su valerosa oposición á las pretensiones de Roma. Ginebra, al otro extremo de la

¹ Amos, cap. IV., ver. 7.

Suiza, luchaba con su obispo. Sin duda, el amor de la independencia política podía hacer olvidar, á muchos de sus ciudadanos, la verdadera libertad, pero Dios quiso que este amor ecsitase á otros á admitir una doctrina que emanciparía la nacion. Estas dos ciudades se señalaron, entre todas, en la grande lucha que nos hemos propuesto describir. Pero si las ciudades Helveticas, accesibles á toda mejora, debian ser arrastradas las primeras por el movimiento de la reforma, no debia ser lo mismo de los pueblos de las montañas. Se debia suponer que estas poblaciones, mas simples, y mas enerjicas todavía que sus confederados de las ciudades, hubiesen abrazado con ardor una doctrina, de la que son caracteres esenciales la simplicidad y la fuerza; pero aquel que ha dicho: "Dos hombres se encontraran en un campo, se tomará el uno y se dejará el otro,"¹ dejó los hombres de las montañas y tomó los de los llanos. Puede que un atento observador hubiese podido vislumbrar algunos sintomas de esta diferencia, que se iba á manifestar entre los habitantes de las ciudades y los de las montañas. La ilustracion no habia llegado hasta allí. Estos cantones, fundadores de la libertad Suiza, orgullosos del papel que habian hecho en la gran lucha de la independencia Suiza, no se sentian dispuestos á imitar facilmente á sus hermanos de los llanos. Porque cambiar aquella fé, inflamados de la cual habian rechazado el Austria, y que con sus altares habian consagrado todos los puntos en los que habian tenido lugar sus triunfos. Sus ministros eran los unicos conductores ilustrados á quienes ellos podian dirigirse; su culto, sus fiestas, rompian la monotonia de su vida tranquila, é interrumpian agradablemente el silencio de sus apacibles retiros. Permanecieron inaccesibles á las innovaciones religiosas.

Pasando los Alpes, nos encontramos con esa Italia que era á los ojos del mayor numero, la tierra santa de la cristiandad. ¿De donde la Europa hubiera esperado el bien de la Iglesia, sino es de Italia, sino es de Roma? El poder

¹ S. S. Math. XXIV., ver. 40.

que elevaba, unos tras otros, sobre el trono pontifical tan diversos caracteres, ¿no podía una vez colocar un pontifice, que fuese un instrumento de bendicion respeto á la herencia del Señor? Y, aun cuando debiese de esperarse de los pontifices, ¿no ecsistian los obispos, los concilios que reformasen la Iglesia? Nada de bueno puede venir de Nazareth: y si de ¿Jerusalen, y si de Roma?....Tales podian ser las ideas de los hombres; pero Dios pensó de otro modo, y dijo: *El que está en suciedades, ensúciase aun,*¹ y abandonó la Italia á sus injusticias. Numerosas causas debian contribuir á privar este desgraciado pais de la luz del Evangelio. Sus diversos estados, siempre rivales, muchas veces enemigos, se entrechocaban violentamente cuando alguna comocion los hacía estremecer. Esta tierra, de una gloria antigua, estaba sin cesar entregada á guerras intestinas y á invasiones estrangeras. Las arterias de la politica, la violencia de las facciones, la agitacion de las armas, parecia que debian solas dominar en ella, y alejar por mucho tiempo el Evangelio y su paz.

Por otra parte, la Italia fraccionada, despedazada, sin unidad, no se hallaba en estado de recibir un impulso comun. Cada frontera era una barrera nueva, en donde la verdad tenia que hacer alto, si es que la idea le habia venido de atrevesar los Alpes, ó de abordar sus risueñas playas. El papado pensaba entonces, es cierto, en una unidad Italiana. Como decia el papa Julio, el hubiese querido arrojar *los barbaros*, es decir los principes estrangeros, y cerni se como una ave de rapiña sobre los miembros despedazados y palpitantes del cuerpo de la antigua Italia. Si hubiese logrado sus fines, se puede creer que la reformacion no hubiera sido mas facil.

Y si la verdad debia venir del Norte, ¿como los Italianos tan ilustrados, de un gusto tan refinado, y de una vida social tan agradable á sus ojos, hubiesen podido consentir á recibir la mas pequeña cosa de los barbaros germanos? Su orgullo

¹ Apocal. XXII., ver. 11.

elevaba entre ellos y la reforma una barrera mas alta que los Alpes. Y aun lo florido de su talento, era un obstaculo mucho mayor que la presuncion de su corazon. Los hombres que admiraban mas la elegancia de un soneto, que la magestad y sencillez de las Escrituras, ¿podian ser un pueblo propicio para recibir la semilla de la Palabra del Señor? Una falsa civilizacion es entre todos los estados de los pueblos, el que repugna mas al Evangelio.

En fin, sea lo que fuere, Roma era siempre Roma para la Italia. No solamente el poder temporal de los papas hacia que los diversos partidos italianos buscasen á cualquier precio su alianza y su proteccion, sinó que la dominacion universal de Roma ofrecia mas de una ventaja á la avaricia y vanidad de los otros estados ultramontanos. En el momento que se tratase de emancipar de Roma el resto del mundo, la Italia volveria á ser la Italia: las disputas intestinas no habian de prevalecer en favor del sistema extranjero; y bustarian algunos disgustos ocasionado al gefe de la familia peninsular, para reanimar, desde luego, las afecciones é intereses comunes mucho tiempo endormecidos. Por consiguiente la reforma tenia pocas esperanzas de este lado: sinembargo no faltaron, de la otra parte de los montes, espíritus preparados para recibir la luz del Evangelio; y desde entonces la Italia no se encontró completamente desheredada.

La España poseía, lo que no se encontraba en Italia, un pueblo grave, noble, cuyo espíritu de religion ha resistido hasta la prueba decisiva del siglo diez y ocho, y de la revolucion, y se ha conservado hasta nuestros dias. En todas epocas esta nacion ha tenido, entre los individuos de su clero, hombres de piedad y de saber, y se encontraba bastante separada de Roma, para poder con facilidad sacudir su yugo. Pocas naciones hay, de las que con mas razon pudiera esperarse la renovacion de este cristianismo primitivo, que la España habia recibido tal vez del mismo San Pablo. Y sinembargo la España no figuró entre los pueblos; estaba destinada á que en ella se cumpliese aquella sentencia de la divina

sabiduría: "Los primeros serán los últimos." Diversas circunstancias prepararon este triste porvenir.

La España, considerada su aislada posición, y lo apartada que se hallaba de la Alemania, no debía sentir sino algunas débiles sacudidas hijas del gran terremoto que agitó tan violentamente el imperio. Por otra parte, tenía que ocuparse de tesoros bien diferentes de aquellos que la Palabra de Dios presentaba entonces á los pueblos. El nuevo mundo eclipsó el mundo de la eternidad. Una tierra toda nueva, y que parecía ser de plata y oro, inflamaba todas las imaginaciones. Un deseo ardiente de enriquezarse, no dejaba lugar en el corazón español á otros pensamientos mas nobles. Un clero poderoso, que tenía á su disposición los cadalsos y los tesoros, dominaba en la península. El Español prestaba voluntariamente á sus ministros una servil obediencia, la que, dejándole libre de toda preocupación espiritual, le permitía entregarse á sus pasiones, y recorrer el camino de las riquezas, de los descubrimientos, y de los nuevos continentes. Victoriosa de los Moros, á costa de su mas noble sangre, habia hecho caer de sobre los muros de Granada y de otras ciudades la media luna, y plantado en su lugar la cruz de Jesucristo. Este gran celo por el cristianismo, que parecia deber dar las mas fundadas esperanzas, se tornó contra la verdad. ¿ Como la católica España, que habia vencido la infidelidad; no se declararia contra la heregia? ¿ Como aquellos que habian arrojado á Mahomet de sus mas bellas provincias, dejarían penetrar en ellos á Lutero? Sus reyes hicieron todavía mas; armaron escuadras contra la reformation; y para vencerla, fueron á buscarla en Holanda y en Inglaterra; pero estos ataques dieron mayores fuerzas á las naciones invadidas, y un poder arruinó la España. Así estos pueblos católicos perdieron, á causa de la reforma, hasta aquella prosperidad temporal, que en los primeros tiempos les habia hecho rechazar la libertad espiritual del Evangelio. Sin embargo era un pueblo generoso y fuerte, el que habitaba al otro lado de los Pirineos. Muchos de sus nobles hijos, con el mismo

ardor, pero con mas ilustracion que los que habian entregado su sangre al hierro de los Arabes, vinieron á ofrecer sobre las hogueras de la inquisicion el sacrificio de su vida.

Casi lo mismo que en España sucedia en Portugal. Manuel el Dichoso le daba un "siglo de oro," que debia hacerle poco propicio á las abnegaciones que ecsige el Evangelio. La nacion portuguesa, precipitandose por los caminos recientemente descubiertos de las Indias Orientales y del Brazil, volvia las espaldas á la Europa y á la reforma.

Pocos paises parecian deber estar mas dispuestos que la Francia para recibir la doctrina evangélica. Toda la vida intelectual y espiritual de la edad media, se habia casi concentrado en ella. Se hubiera podido decir, que todos los sendéros se hallaban igualmente trillados por una gran manifestacion de la verdad. Se vió que los hombres mas opuestos, cuya influencia habia sido mas poderosa sobre la nacion francesa, tenian alguna afinidad con la reformation. San Bernardo habia dado el ejemplo de esta fé del corazon, de esta piedad interior, que es el mas bello rasgo de la reforma. Abailard habia sostenido, en el estudio de la teología aquel principio racional, el cual, incapaz de construir lo que es verdadero, es poderoso para destruir lo que es falso. Muchos, llamados hereges, habian hecho revivir en las provincias francesas las llamas de la Palabra de Dios. La universidad de Paris se habia declarado contra la Iglesia, y no habia temido combatirla. Al principio del siglo quince, los Clemangis y los Gersons habian hablado con audacia. La pragmática sancion habia sido un gran acto de independendencia, y parecia destinada á ser el escudo de las libertadas galicanas. Los nobles franceses, tan numerosos, tan celosos de sus privilegios, y que, en esta epoca, habian visto desaparecer poco á poco todas sus preeminencias en provecho del poder real, debian hallarse dispuestos en favor de una revolucion religiosa, que podia devolverles una parte de la independendencia que habian perdido. El pueblo, vivo, inteligente, capaz de emociones generosas, era accesible, tanto ó mas que cualquier otro,

á la verdad. Parecía que la reforma debía ser en estos países, como el alumbramiento que debería ser el premio de los dolores de muchos siglos. Pero el carro de la Francia, que, despues de tantas generaciones, parecia precipitarse en esta direccion, dió una brusca vuelta al tiempo de la reforma, y tomó una direccion enteramente contraria. Así lo quiso Aquel que gobierna las naciones y sus gefes. El principe que entonces se sentaba sobre el carro, que tenia sus riendas, y que aficionado á las bellas letras, parecia que entre todos los gefes del catolicismo, debía ser el primero en favorecer la reforma, dirigió su pueblo por un otro camino. Los sintomas de muchos siglos fueron engañosos; y el impulso dado á la Francia vino á estrellarse contra la ambicion y el fanatismo de sus reyes. Los *Valois* la privaron de lo que era suyo. Puede que si hubiese recibido el Evangelio, hubiese sido mas poderosa. Dios eligió pueblos mas débiles, y pueblos que no ecistian todavía, para hacerles depositarios de la verdad. La Francia, despues de haber casi pertenecido á la reforma, se encontró finalmente catolica romana. La espada de los príncipes, puesta en la balanza, la hizo inclinar del lado de Roma. ¡ Ah! otra espada, la de los mismos reformados consumió la perdida de la reformacion. Las manos que se acostumbraron á la espada, olvidaron la oracion. Por la sangre de sus confesores, y no por la de sus adversarios, es como el Evangelio triunfa; la sangre derramada por la espada de sus defensores, ecstingue sus llamas. Francisco primero se apresuró, desde el principio de su reinado, á sacrificar al papismo la pragmática sancion, y de substituirle un concordato todo en perjuicio de la Francia, con ventajas de la corona y del papa. La espada con la que sostenia los derechos de los protestantes alemanes, en guerra contra su rival, este "*padre de las ciencias*," la clavaba al mismo tiempo hasta la guarnicion, en el corazon de sus vasallos reformados. Sus sucesores hicieron por fanatismo, por debilidad, ó por acallar el grito de sus conciencias culpables, lo que él hizo por ambicion. Ellos encontraron una poderosa resistencia, pero no

tal como la que los martires de los primeros siglos opusieron á los paganos. La fuerza de los protestantes fué su debilidad; su triunfo produjo su ruina.

Los Países-Bajos, en esta época, eran el reino mas floreciente de Europa. En ellos se encontraba un pueblo industrioso, ilustrado por las multiplicadas relaciones que entretenia con todo el mundo, lleno de valor, celoso de su independencia, sus privilegios y su libertad. A las puertas de la Alemania, debia ser uno de los primeros que sintiesen la influencia de la reforma; era capaz de recibirla, pero todos no la recibieron. La verdad fué el patrimonio de los mas pobres. Los que tenian hambre, fueron colmados de bienes; los ricos, fueron despachados sin nada. Los Países-Bajos, que siempre habian tenido con el imperio relaciones mas ó menos íntimas, hacia cuarenta años que pertenecian al Austria, y fueron adjudicados á la muerte de Carlos quinto, á la rama española, al feroz Felipe. Los Pirineos y los gobernadores de este desgraciado país, aniquilaron el evangelio bajo sus plantas, y marcharon sobre la sangre de los mártires. Estas provincias tenian dos territorios bien distintos: el uno, mas al sur, era ecstremamente rico; éste cedió, ¿Como todas estas manufacturas que habian adquirido la mayor perfeccion, como este inmenso comercio de mar y tierra, como Bruges, este gran centro de los negocios del norte; Amberes, esta reina de las ciudades mercantes, hubiesen podido sostener una lucha larga y sangrienta por cuestiones de fé? Al contrario, las provincias septentrionales, defendidas por sus dunas, el mar, sus lagos interiores, y mas que todo por la simplicidad de sus costumbres, y la resignacion de perderlo todo antes que el evangelio, no solo salvaron sus franquizias, sus privilegios y su fé, sino que conquistaron su independencia y su nacionalidad gloriosa.

La Inglaterra no parecia ofrecer lo que despues ha realizado. Relegada del continente, sobre el que largo tiempo se habia obstinado en conquistar la Francia, comenzaba á dirigir sus miradas hácia el océano, como el elemento que de-

bia ser el objeto de sus conquistas, y cuya herencia le estaba reservada. Convertida por dos veces al cristianismo, la primera en tiempo de los antiguos Bretones, la segunda en el de los Anglo-Sajones, pagaba muy devotamente á Roma, el tributo anual de san Pedro. Sinembargo le estaban reservados altos destinos. Señora del océano, y presente á la vez en todas las partes del globo, debia un dia ser, con el pueblo que de ella naceria, la mano de Dios para esparcir la semilla de la vida en las islas las mas remotas, y sobre los mas vastos continentes. Ya algunas circunstancias prelu- diaban sus destinos, grandes lumbreras habian resplandecido en las islas Británicas, y todavía quedaban algunos resplendores. Una multitud de extranjeros, artistas, negociantes, obreros, venidos de los Países-Bajos, de Alemania, y de otros países, llenaban sus ciudades y puertos. Las nuevas ideas religiosas iban á ser facil y prontamente transportadas allí. En fin, la Inglaterra tenia entonces por rey un principe bizarro, que, dotado de algunos conocimientos y de mucho valor, cambiaba á cada instante de proyectos y de ideas, segun la direccion en la que soplaban sus violentas pasiones. Podia esperarse que una de las inconsecuencias de Enrique octavo, fuese un dia favorable á la reforma.

La Escocia se hallaba entonces agitada por los partidos. Un rey de cinco años, una reina regente, nobles ambiciosos, y un clero influyente, maltrataban en todo sentido esta nacion valerosa. Sinembargo, un dia ella debia brillar la primera entre las que recibirian la reforma.

Los tres reinos del Norte, á saber, Dinamarca, Suecia, y Noruega, se hallaban reunidos bajo un cetro comun. Estos pueblos, rudos y apasionados de las armas, parecian tener pocas simpatias con la doctrina del amor y de la paz. No obstante por su misma energia, estaban tal vez mas dispuestos que los pueblos del mediodia, á recibir la fuerza de la doctrina evangelica. Pero, hijos de guerreros y de piratas, imprimieron, al parecer, un caracter demasiado belicoso á la

causa protestante: su espada la defendió mas tarde con heroísmo.

La Rusia, situada á la estremidad de la Europa, tenia pocas relaciones con los otros estados. Por otra parte pertenecia á la comunión griega. La reformation que tuvo lugar en la Iglesia del occidente, no ejerció sino poca ó ninguna influencia sobre la del oriente.

La Polonia parecia bien preparada á la reforma. La vecindad de los cristianos de Bohemia y de Moravia la habian dispuesto á recibir la impulsión evangélica, que la proximidad de la Alemania debia comunicarle prontamente. Ya en 1500, la nobleza de la gran Polonia habia pedido el cáliz para el pueblo, apoyandose en los usos de la Iglesia primitiva. La libertad de que disfrutaban sus ciudades, la independencia de sus señores, hacian fuese un asilo seguro para los cristianos perseguidos en su patria. La verdad de que estos eran portadores, fué recibida con transporte por un gran numero de sus habitantes. Es uno de los países donde, en nuestros dias, ella tiene menos confesores.

La llama de la reforma, que ya hacia tiempo habia resplandecido en Bohemia, habia sido apagada en sangre. No obstante, tristes restos, escapados á la carniceria, vivian para ver el dia que Huss habia presentado.

La Hungria se hallaba desgarrada por guerras intestinas, bajo el gobierno de príncipes sin caracter ni experiencia, que acabaron por unir al Austria la suerte de su pueblo, colocando esta casa poderosa entre los hereges de su corazón.

Tal era el estado de Europa á principios del siglo diez y seis, en el que debia tener lugar una tan poderosa transformación de la sociedad cristiana.

IX.

Hombres de la época.—Federico el sabio.—Maximiliano.—Dignitarios de la Iglesia.—Los letrados.—Reuchlin.—Reuchlin en Italia.—Sus trabajos.—Lucha con los dominicos.

PERO, ya lo hemos dicho, fué sobre el vasto terraplen de la Alemania, y particularmente en Wittemberg, esta ciudad central del imperio, que debió comenzar el gran drama de la reformation.

Veamos cuales fueron los personajes que formaron, como quien dice, el prologo, que prepararon la obra, cuyo heroe debió ser Lutero en la mano de Dios, ó que ayudaron aun á los primeros esfuerzos.

De todos los electores del imperio, el mas poderoso era entonces Federico de Sajonia, por sobre nombre el sabio. La autoridad de que gozaba, sus riquezas, su liberalidad y magnificencia le elevaban sobre sus iguales.¹ Dios le escogió para ser como un arbol, á cuyo abrigo la semilla de la verdad pudo brotar su primer tallo, sin ser derribado por las tempestades exteriores.

Nacido en Torgau, en 1463, manifestó desde su juventud mucho amor á las ciencias, la filosofia y la piedad. Llegado que hubo en 1487, con su hermano Juan, al gobierno de los estados hereditarios de su familia, recibió del emperador Federico III., la dignidad electoral. En 1493, emprendió un peregrinaje á Jerusalem. Henrique de Schaumbourg le armó, en este lugar venerado, "*caballero del santo sepulcro.*" Volvió á Sajonia á mediados del año siguiente. En 1502,

¹ Qui præ multis pollebat principibus aliis, auctoritatæ, opibus, potentia, liberalitate et magnificentia. (Cochlæus, Acta Lutheri, p. 3.)

fundó la universidad de Wittemberg, que debia ser el plántel de la reformation.

Federico no abrazó ningun partido, cuando apareció la luz, pero allí estuvo para garantirla. Nadie era mas apto para hacerlo; poseía el aprecio general, y en particular gozaba de toda la confianza del emperador: aun le remplazaba, cuando Macsimiliano se ausentaba del imperio. Su sabiduria no consistia en las practicas habiles de una politica astuta, sino en una prudencia ilustrada y previsor, cuya primera ley era la de no infringir jamas, por interes, las leyes del honor y de la religion.

Al mismo tiempo, sentia en su corazon el poder de la Palabra de Dios. Un dia que el vicario general Staupitz se hallaba con él, conversaron sobre los que entretienen al pueblo con vanas declamaciones: "Todos los discursos," dijo el elector, que no contienen mas que sutilezas y tradiciones humanas, son admirablemente frios, sin nervio ni fuerza, supuesto que no puede proponerse nada de sutil, que no pueda ser destruído por otra sutileza. Unicamente la Escritura santa está dotada de tanto poder y magestad, que, destruyendo todas las sabias reglas de nuestro raciocinio, nos impele y nos obligá decir: "*Jamas hombre habló así.*" "Habiendo manifestado Staupitz, que se inclinaba enteramente á ese pensar, el elector le alargó cordialmente la mano, y le dijo: "Prometedme que así pensareis siempre."

Federico era precisamente el principe que se necesitaba al principio de la reformation. Demasiada debilidad de parte de los amigos de esta obra, hubiera permitido sofocarla; demasiada precipitacion hubiera hecho estallar antes del tiempo la tempestad que, desde el principio, empezó sordamente á formarse contra ella. Federico fué moderado, pero fuerte. Tuvo esta virtud cristiana que Dios pide en todo tiempo á los que adoran sus vias. Esperó pues en Dios, y puso en practica el sabio consejo de Gamaliel: "Si este designio es obra de los hombres, se desvanecerá; mas si

¹Luth., Epp.

viene de Dios, no le podreis deshacer.”¹ Aquel principe decia á Spengler de Nuremberg, uno de los hombres mas insignes de aquel tiempo: “Las cosas han venido á parar á tal punto, que los hombres ya no pueden remediarlas; Dios solo debe obrar. Por esto dejámos en sus manos poderosas estos grandes acontecimientos, que son demasiado dificiles para nosotros.” La Providencia fué admirable en la eleccion de un principe tal, para proteger su obra naciente.

Macsimiliano primero, que llevó la corona imperial desde 1493 hasta 1519, puede ser colocado entre los que contribuyeron á preparar la reformation. Dió á los demas principes del imperio, y á toda la Alemania, el ejemplo del entusiasmo por las letras y por las ciencias. Fué menos que nadie adicto á los papas; y aun tuvo, durante algun tiempo, la idea de apropiarse el papado. No se puede decir que hubiera sido de él en sus manos; pero puede suponerse á lo menos, en vista de este rasgo, que un poder rival del papa, tal como la reformation, no hubiera contado al emperador de Alemania, entre sus adversarios mas obstinados.

Aun entre los principes de la Iglesia Romana se hallaban hombres venerables, que los santos estudios y la sincera piedad los habian preparado para la obra divina, que iba á efectuarse en el mundo. Cristoval de Stadion, obispo de Augsbourg, conocia y amaba la verdad; pero hubo de sacrificarlo todo para hacer una confesion animosa de ella.... El Obispo de Wurzburg, Lorenzo Bibra, hombre bueno, piadoso, y sabio, honrado del emperador y de los principes, hablaba francamente contra la corrupcion de la Iglesia; pero falleció en 1519, demasiado pronto para la reformation. Juan VI., Obispo de Meissen, acostumbra á decir: “Cuantas veces leo la Biblia, encuentro en ella otra religion que la que nos enseñan.” Juan Thurzo, Obispo de Breslau, fué llamado por Lutero “el mejor de todos los obispos de su siglo.”² Pero falleció en 1520. Guillelmo Briçonnet, obispo de

¹ Hechos de los apóstoles, cap. V., ver. 38-39.

² Luth., Epp. I., p. 524.

Meaux, contribuyó poderosamente á la reformation de la Francia. ¿ Quien puede decir hasta que punto la piedad ilustrada de estos obispos, y de muchos otros, ayudó á preparar en sus diocesis, y mas allá todavía, la grande obra de la reforma ?

Con todo esto, estaba reservado á unos hombres menos poderosos el ser los principales instrumentos de la providencia de Dios, para preparar la reformation. Fueron los letrados y los sabios llamados *los humanistas*, quienes ejercieron sobre su siglo la mas grande influencia.

Habia entonces guerra abierta entre estos amantes de las letras y los teologos escolasticos. Estos veian con asombro el movimiento que se operaba en el dominio de la inteligencia, y pensaban que la inmovilidad y las tinieblas serian la salvaguardia mas segura de la Iglesia. Era por salvar Roma que combatian el renacimiento de las letras ; pero solo contribuyeron á perderla. Roma cooperó mucho á ello. Estraviada por un instante bajo el pontificado de Leon X., abandonó sus antiguos amigos, y estrechó en sus brazos á sus jovenes adversarios. El papismo y las letras formaron un concierto que parecia deber romper la antigua alianza del monacato y del papado. Los papas no concibieron, á primera vista, que lo que habian tomado por un juguete, era una espada que podia darles la muerte. Asi mismo, en el siglo pasado, vieronse principes acoger en su corte una politica y una filosofia que, si ellos hubiesen experimentado toda su influencia, hubieran derribado sus tronos. No duró mucho tiempo la alianza. Avanzaron las letras, sin inquietarse de ningun modo del menoscabo que podia sufrir el poder de su patron. Los monjes y los escolasticos comprehendieron que abandonar al papa, era abandonarse ellos mismos. Y el papa, á pesar de la proteccion pasajera que concedió á las bellas artes, no dejó de tomar, siempre que lo deseó, las medidas opuestas al espíritu del tiempo.

Era un espectáculo lleno de vida, el que presentaba entonces el renacimiento de las letras. Bosquejemos algunos

rasgos de este cuadro, y escojamos los que se encuentran en la mas intima conecision con el renacimiento de la fé.

Para que triunfara la verdad, era preciso primeramente que las armas con las cuales debia vencer, hubiesen salido de la armeria donde estaban ocultas desde muchos siglos. Estas armas eran las Escrituras santas del viejo y nuevo Testamento. Era preciso reanimar, en la cristiandad, el amor y el estudio de las sagradas Letras Griegas y Hebreas. El hombre que la providencia de Dios escogió para esta obra, se llamaba Juan Reuchlin.

Una bellissima voz de niño se hacía notar en el coro de la iglesia de Pforzheim. Ella cautivó la atencion del margrave de Bade. Era la de Juan Reuchlin, mozo de modales agradables y de caracter jovial, hijo de un honrado paisano del lugar. El margrave le concedió luego toda su proteccion, y lo escogió en 1473, para acompañar á su hijo Federico á la universidad de Paris.

El hijo del ugiar de Pforzheim, lleno de gozo, llegó con el principe á aquella escuela, la mas celebre del occidente. Encontró en ella el esparciata Hermonymos, Juan Weissel, apellidado *la luz del mundo*, y tuvo así la oportunidad de estudiar, bajo hábiles maestros, el griego y el hebreo, de cuyas lenguas no habia entonces ningun profesor en Alemania, y cuyo restaurador debia ser un dia en la patria de la reformation. El joven y pobre Aleman copiaba, para ricos estudiantes, los cantos de Homero, los discursos de Isocrates; y ganaba así para continuar sus estudios y para comprar libros.

Pero hé aquí otras cosas que oye de la boca de Weissel, las que hacen en su espíritu una grande impresion. "Los papas pueden engañarse; todas las satisfacciones humanas son una blasfemia contra Cristo, quien ha reconciliado y justificado perfectamente el genero humano; á Dios solo pertenece el poder de dar una entera absolucion; no es necesario confesar sus pecados á los sacerdotes; no hay purga-

torio, á no ser que sea el mismo Dios, quien es un fuego abrasador y que purifica todas nuestras manchas."

Apenas de edad de veinte años, Reuchlin enseña en Bale la filosofía, el griego y el latin; y se oye, lo que era entonces un prodigio, un alemán hablar griego.

Los partidarios de Roma empiezan á inquietarse, viendo espíritus generosos escudriñar en estos antiguos tesoros, "Los romanos hacen la befa y vociferan en alta voz," decía Reuchlin, "pretendiendo que todos estos trabajos literarios son contrarios á la piedad romana, atendido que los griegos son cismaticos. ¡Oh! cuantos trabajos y penas para introducir, al fin, en Alemania las ciencias y la sabiduría.

Poco despues, Eberhard de Wurtemberg llamó á Reuchlin á Tubingue, para ser el ornamento de esta naciente universidad. En 1487, lo llevó consigo á Italia. Chalconydas Aurispa, Juan Pic de la Mirandola, fueron en Florencia, sus compañeros y amigos. En Roma, cuando Eberhard obtuvo, del papa, rodeado de sus cardenales, una audiencia solemne, Reuchlin pronunció un discurso con un latin tan casto y tan elegante, que la asamblea, que nada de semejante esperaba de un barbaro germano, quedó atonita, y tomando el papa la palabra, dijo: "Ciertamente ese hombre merece ser colocado al lado de los mejores oradores de Francia y de Italia."

Diez años despues, Reuchlin se vió obligado á refugiarse en Heidelberg, en la corte del elector Felipe, para escapar á la venganza del sucesor de Eberhard. Felipe, de acuerdo con Juan Dalberg, obispo de Worms, su amigo y canciller, se esforzaba en propagar las luces, que empezaban á asomar por todos lados en Alemania. Dalberg habia fundado una biblioteca, cuyo uso era permitido á todos los sabios. Reuchlin hizo sobre este nuevo teatro grandes esfuerzos para destruir la barbarie de su pueblo.

Enviado á Roma por el elector en 1498, á una importante mision, aprovechó todo el tiempo y el dinero que le quedaba, ya en hacer nuevos progresos en la lengua hebrea al lado del sabio israelita Abdias Sphorne, ya en comprar cuantos ma-

nuscritos hebreos y griegos podia hallar, con el designio de servirse de ellos como otras tantas antorchas, para aumentar en su patria la claridad que comenzaba á rayar.

Un ilustre Griego, Argyropylos, explicaba en esta metropoli á un auditorio numeroso las antiguas maravillas de la literatura de su pueblo. El sabio embajador se dirigió con su sequito, á la sala en que enseñaba este doctor; y, al entrar, saludó al maestro, y deploró la desdicha de la Grecia, escpirando bajo los golpes de los Otomanos. El Helenico, atonito, pregunta al Aleman: “¿De donde eres? ¿comprendes el griego?” Responde Reuchlin: “Soy Germano; y entiendo algo el griego.” A peticion de Argyropylos, leyó y esplicó un trozo de Thucydide, que el profesor tenia á su vista. Entonces Argyropylos, lleno de asombro y de dolor, grita: “¡Ay! ¡Ay! la Grecia ecpulsada y fugitiva, ha ido á esconderse mas allá de los Alpes!”

Así fué como los naturales de la rustica Germania: y los de la antigua y sabia Grecia, se encontraron en los palacios de Roma, y que el Oriente y Occidente se dieron la mano, en aquel punto de reunion del mundo, y que el uno comunicaba al otro aquellos tesoros intelectuales, que habia salvado á toda prisa de la barbaria de los Otomanos. Dios, cuando sus designios lo piden, aprocsima, en un instante, por una grande catastrofe, lo que parecia tener que permanecer siempre apartado.

A su vuelta á Alemania, Reuchlin pudo entrar de nuevo en Wurtemberg. Fué sobre todo entonces cuando completó sus obras, que tan útiles fueron á Lutero y á la reformacion. Tradujo y esplicó los salmos penitenciales; enmendó la vulgata; y, lo que mas aumentó su merito y gloria, fué la publicacion de una gramatica y de un diccionario hebreos, los primeros parecidos en Alemania. Por medio de este trabajo, Reuchlin abrió de nuevo los libros del Antiguo Testamento, cerrados hacía tanto tiempo, y erigió así un monumento, como él mismo lo dice, “mas duradero que el bronce.”

Pero no era solamente con sus escritos, sinó tambien con
 Ref. Span.

su vida; que Reuchlin procuraba hacer avanzar el reino de la verdad. Su influencia sobre la juventud era grande, ¿y quien puede medir todo lo que le debe la reformation, bajo este aspecto? No citaremos mas que un ejemplo: Un mozo, primo suyo, hijo de un celebre artista armero, llamado Schivarzerd, fué á alojarse en casa de su hermana Elisabeth, con objeto de estudiar bajo su direccion. Reuchlin lleno de gozo, al ver el genio y la aplicacion del joven dicipulo lo adoptó. Consejos, regalos de libros, ejemplos, nada omitió para hacer de su pariente un hombre útil á la Iglesia y á la patria. Gozabase de ver prosperar su obra á su vista; y, hallando el nombre aleman *Schivarzerd* muy barbaro, lo tradujo en griego segun la costumbre de aquellos tiempos, y nombró al joven estudiante *Melancthon*. Este es el ilustre amigo de Lutero.

El pacifico Reuchlin se halló pronto empeñado, á pesar suyo, en una guerra violenta que fué uno de los preludios de la reformation.

Habia en Colonia un Judio bautizado llamado Pfefferkorn, intimamente ligado con el inquisidor Hochstraten. Este hombre y los dominicanos solicitaron y obtuvieron, del emperador Mácsimiliano, quizá con buenas intenciones, una orden, en virtud de la cual debian los Judios traer todos los libros hebreos (escepto la Biblia), á la casa consistorial del lugar en que residian; donde debian ser quemados estos escritos. Alegando por motivo que estaban llenos de blasfemias contra Jesucristo. Es menester confesar, que á lo menos estaban llenos de ineptias, y que los mismos judios no hubieran perdido gran cosa en la ejecucion que se meditaba. Sin embargo, ellos no pensaban así, sinó que creían que nadie tenia el derecho de despojarles de obras que consideraban de un gran precio. Por otra parte los dominicos podian tener otras razones que su celo por el Evangelio. Es probable que esperaban conseguir así de los Judíos, gran rescate.

El emperador invitó á Reuchlin, á que diese su opinion tocante á estas obras. El sabio doctor señaló espresamente

los libros escritos contra el cristianismo, entregandolos á la suerte que se les destinaba; pero procuró salvar los demas. "El mejor medio de convertir los Israelitas, añadió, seria establecer en cada universidad dos maestros de lengua hebrea, que enseñasen á los teologos á leer la Biblia en hebreo, y á refutar las doctrinas de este pueblo." En consecuencia, los judios consiguieron que se les restituyesen sus libros.

El proselito y el inquisidor, parecidos á cuervos hambrientos, que no pueden retener la presa, despidieron entonces gritos de furor; escogieron diversos pasajes del escrito de Reuchlin, alteraron su sentido, proclamaron heretico al autor, lo acusaron de tener una inclinacion secreta al judaismo, y le amenazaron con las cadenas de la inquisicion. Reuchlin se asustó al principio; pero, llegando estos hombres á ser cada dia mas orgullosos, y á imponerle condiciones vergonzosas, publicó en 1513 una "Defensa contra sus detractores de Colonia;" en la que pintaba á todo este partido con vivos colores.

Los dominicos juran tomar venganza. Hochstraten erije en Mayence un tribunal contra Reuchlin; y los escritos del sabio son condenados á las llamas. Reuchlin apela á Leon X., y este papa que no apreciaba mucho á estos frailes ignorantes y fanaticos, pasa todo el asunto al obispo de Spire, quien declara inocente á Reuchlin, y condena á los frailes á los gastos del pleito.

Este asunto importante hizo mucho ruido en Alemania, y mostró bajo un aspecto odioso la numerosa clase de frailes teologos, al mismo tiempo que unió mas intimamente á los amantes de las ciencias, llamados entonces Reuchlinistas, del nombre de su ilustre gefe. Esta lucha fué una escaramuza de vanguardia, que influyó mucho en la batalla general, que el valor heroico de Lutero presentó poco despues al error.

La union de las letras con la fé, forma uno de los rasgos de la reformation, y la diferencia tanto del establecimiento del cristianismo, como de la renovacion religiosa de nuestros

dias. Los cristianos contemporaneos de los apóstoles tuvieron en su contra la cultura de su siglo; y, con algunas excepciones, sucede lo mismo en nuestro tiempo. La mayoría de los hombres letrados estuvo del lado de los reformadores; y, aun la opinion les era favorable. La obra ganó en ecstension, pero quizás perdió en profundidad.

Lutero, conociendo todo lo que habia hecho Reuchlin, le escribió poco despues de su victoria sobre los dominicanos: "El Señor ha obrado en tí, á fin de que la luz de la santa Escritura empezara á brillar en esta Germania, donde, desde tantos siglos hay, estaba no solamente sofocada, sinó enteramente apagada."¹

¹ *Maí Vita J. Reuchlin.* (Francf., 1687). *Mayerhoff, J. Reuchlin und seine Zeit.* (Berlin, 1830.)

X.

Erasmus.—Erasmus en Paris.—Su reputacion.—Su profesion.—Sus trabajos.—Sus defectos.—¿Era posible una reforma sin sacudimiento?—Su timidez.—Su indecision.

APENAS tenia doce años Reuchlin, cuando nació uno de los mayores genios de aquel siglo. Un hombre muy vivo y espiritual llamado Gerard, natural de Gouda en los Países-Bajos, amaba la hija de un medico llamada Margarita. No eran los principios del cristianismo los que dirigian su vida, ó á lo menos, la pasion los hizo enmudecer. Sus padres y sus nueve hermanos, quisieron obligarle á abrazar el estado eclesiastico: pero él huyó, dejando su amada en dias de ser madre, y se fué á Roma. La culpable Margarita dió á luz un hijo: Gerard no lo supo; y, algun tiempo despues, recibió de sus padres la noticia, de que la que habia amado no ecsistia ya. Penetrado de dolor se hizo sacerdote, y se consagró enteramente al servicio de Dios. Volvió á Holanda, y Margarita vivia aun! Ella no quiso casar con otro; pero tambien Gerard se mantuvo fiel á sus votos sacerdotales. El afecto de ambos se concentró en su tierno hijo, el cual fué cuidado tiernamente por su madre. Su padre á su regreso lo puso á la escuela, aunque no tenia entonces mas que cuatro años. Apenas rayaba en trece, cuando su maestro Sinthenius de Deventer, le abrazó un dia lleno de gozo y exclamó: “Este muchacho llegará á la cumbre de las ciencias!” Y era Erasmo, de Rotterdam.

Por este tiempo murió su madre; y, poco despues, su padre agoviado de dolor la siguió al sepulcro.

El joven Erasmo¹ quedó solo en el mundo, mostró una

¹ Llamabase propriamente Gerhard, como su padre; tradujo este nombre holandes al latin (Didier, Deseado), y en griego (Erasmo).

gran repugnancia por la vida monacal, que sus tutores querían obligarle á abrazar. Al fin un amigo le persuadió á que entrara en un convento de canonicos regulares, lo que podia hacer sin tomar las ordenes. A poco tiempo le encontramos en la corte del arzobispo de Cambrai, y mas tarde en la universidad de Paris; donde siguió sus estudios, reducido á la mayor miseria; pero con la aplicacion mas infatigable. Luego que tenia dinero, lo empleaba en comprar autores griegos y vestidos. Muchas veces el pobre Holandés imploraba en vano la generosidad de sus próteectores, y por lo mismo fué mayor su alegría, cuando pudo sostener jóvenes estudiosos, pero pobres. Dedicado sin cesar á la investigacion de la verdad, y en la ciencia, temia sin embargo descubrir en ella algunos errores, y ser acusado de heretico.

La costumbre en el trabajo, que contrajo en esta epoca, conservola toda su vida; aun en sus viajes, que ordinariamente hacia á caballo, no estaba ocioso. Componia andando por los campos, y, vuelto á la posada, ponía por escrito sus pensamientos. Así fué como compuso su famoso *elogio de la locura*,¹ en un viaje que hizo de Italia á Inglaterra.

Erasmus adquirió pronto una gran reputacion entre los sabios; pero los frailes, irritados de su *elogio de la locura*, en que se habia burlado de la de ellos, le declararon un odio mortal. Solicitado de los principes, era inagotable cuando se trataba de hallar pretextos para evadirse á sus invitaciones. Preferia ganar su vida con el impresor Frobenius, corrigiendo libros, á hallarse rodeado de lujo y de favor en las magnificas cortes de Carlos quinto, de Enrique VIII., y de Francisco primero, ó á ceñir su cabeza con el capelo de cardenal que le habian ofrecido.²

Desde el año 1509 enseñó en Oxford. En 1516 fué á Bale, en donde se fijó en 1521.

¹ Siete ediciones de este escrito fueron despachadas en pocos meses.

² *A principibus facilé mihi contingeret fortuna, nisi mihi nimium dulcis esset libertas.* (Epist. al Pirck).

¿ Cual ha sido su influencia en la reformation? Ella ha sido muy ensalzada por un lado, y muy deprimida por otro. Erasmo no ha sido, ni hubo podido ser jamas, un reformador; pero preparó el camino á otros. No solo propagó, en su siglo, el amor á las ciencias y el espíritu de investigacion y ecsamen, que condujo á otros mucho mas allá que á él mismo, sino tambien, protegido por grandes prelados y poderosos principes, supo descubrir y combatir los vicios de la Iglesia, por medio de las mas picantes sátiras.

Hizo mas Erasmo: no contento con atacar los abusos, procuró retraer á los teologos del estudio de los escolasticos, y dedicarlos al de la santa Escritura. "El objeto mas sublime de la renovacion de los estudios filosoficos," dice, "será enseñar á conocer el simple y puro cristianismo en la Biblia." Bella palabra! y plegue á Dios que los organos de la filosofia de nuestros dias comprendiesen tan bien su mision. Estoy firmemente resuelto," decia tambien Erasmo, "á morir estudiando la Escritura! En ella encuentro mi alegria y mi paz.¹ El compendio de toda la filosofia cristiana se reduce á esto," dice en otra parte: "Poner toda nuestra esperanza en Dios, que, sin merito nuestro, por sola su gracia, nos da todo por Jesucristo; saber que somos redimidos por la muerte de su Hijo; morir á la concupiscencia mundana y obrar de un modo conforme á su doctrina y ejemplo, no solo sin ofender á nadie, sino haciendo bien á todos; sufrir con paciencia la adversidad, con la esperanza de la remuneracion futura; en fin, no vanagloriarnos de nuestras virtudes, sino dar gracias á Dios por todos nuestros esfuerzos y obras. Hé aquí lo que es menester inculcar al hombre, hasta que esto llegue á ser en él una segunda naturaleza."²

Pero, no se contentó Erasmo con hacer una profesion tan franca de la doctrina evangelica; sus trabajos hicieron mas

¹ Ad servatium.

² Ad Joh. Slechtam 1519. Hæc sunt animis hominum inculcanda, sic, ut velut in naturam transeant. (Er. Epp. I., p. 680).

que sus palabras. Sobre todo rindió un importante servicio á la verdad, con la publicacion de su edicion critica del Nuevo Testamento, que fué la primera y unica en mucho tiempo; ella pareció en Bale, un año antes que empezara la reformation. El la acompañó de una traduccion latina, en que corregia audazmente la vulgata, y de notas justificativas. De este modo Erasmo hizo, por el Nuevo Testamento, lo que Reuchlin habia hecho por el Antiguo.

Desde entonces los teologos pudieron leer la Palabra de Dios en las lenguas originales, y mas tarde reconocer la pureza de la doctrina de los reformadores. "Plegue á Dios," dice Erasmo, "al publicar su obra, que ella dé tanto fruto al cristianismo, como trabajo y aplicacion me ha costado." Su deseo se cumplió. En vano gritaron los frailes: "Quiere enmendar el Espíritu santo!" El Nuevo Testamento de Erasmo difundió una viva luz. Este grande hombre, propagó tambien el gusto de la Palabra de Dios, con sus parafraisis de la epistola á los Romanos. El efecto de sus trabajos escedió aun sus esperanzas. Reuchlin y Erasmo devolvieron la Biblia á los sabios; Lutero la devolvió al pueblo.

Muchos hombres que se hubieran asustado de las verdades evangelicas presentadas con toda su fuerza, se dejaron atraer por Erasmo, y llegaron á ser los cooperadores mas celosos de la reformation.

Pero, por lo mismo que era bueno para preparar, no lo era para efectuar. "Erasmo sabe muy bien indicar los errores," dice Lutero, "pero no sabe enseñar la verdad." No fué el Evangelio de Cristo el hogar en que se encendió su vida, ni el centro á cuyo derredor giraba su actividad. Era sabio ante todo, y solamente despues fué cristiano. La vanidad ejercia en él demasiado poder, para que hubiese tenido sobre su siglo una influencia decisiva. Calculaba con ansia las consecuencias que podian tener sus pasos pará su reputacion. No habia cosa de que gustase hablar tanto como de sí mismo y de su gloria. En la epoca en que se

declaró adversario de Lutero, escribía á un amigo íntimo con una vanidad pueril: "El papa me ha enviado un diploma afectuoso y honorífico; su secretario protesta que es algo de extraordinario, y que el mismo papa lo ha dictado palabra por palabra."

Erasmus y Lutero son los representantes de dos grandes ideas relativas á una reforma; de dos grandes partidos en su siglo y en todos los demas. El uno se compone de hombres tímidos y prudentes, el otro de hombres resueltos y animosos. Ambos partidos ecsistian en aquella época, y se personificaron en sus ilustres gefes. Los hombres prudentes creían, que el cultivo de las ciencias teológicas producirían, poco á poco y sin choque, una reformation de la Iglesia. Los hombres de acción pensaban, que la propagación de ideas justas, entre los sabios, no disiparían las supersticiones del pueblo, y que ecstirpar tales ó cuales abusos no era bastante, si toda la vida de la Iglesia no era renovada.

"Una paz desventajosa," decía Erasmo, "vale mas que la guerra mas justa." Pensaba él (¡y cuantos Erasmos no ha habido desde entonces, y hay todavía!) pensaba pues, que una reformation que conmoviese la Iglesia podía destruirla; veía con inquietud escitadas las pasiones, mezclarse en todas partes el mal con el poco bien que se podía hacer; destruidas las instituciones ecsistentes, sin que pudieran ser reemplazadas por otras, la nave de la Iglesia haciendo agua por todas partes, sumergida en medio de la tempestad. "Los que hacen entrar el mar en nuevas lagunas," decía Erasmo, "hacen muchas veces una obra que los engaña; porque el temible elemento, cuando está dentro, no se dirige á donde se quiere, sino á donde él quiere, y causa grandes estragos."

Pero, los valientes de su tiempo tenían que responderle.

¹ Malo huc, qualisqualis est, rerum humanorum statum, quam novus excitari tumultus. (Erasm. Epp. I., p. 953.)

² Semel admisum non est fertur, quâ destinarat admisor. . . .
Erasm. Epp. I., p. 953.

Ref. Span.

La historia habia demostrado suficientemente que una espacion franca de la verdad, y un combate decidido contra la mentira, podian solamente asegurar la victoria. Si hubieran guardado consideraciones, los artificios de la politica, las astucias de la corte pontificia, hubieran apagado la luz á sus primeros resplandores. ¿No se habian empleado todos los medios de suavidad, desde muchos siglos antes? ¿no se habian visto concilios sobre concilios, convocados con el objeto de reformar la Iglesia? Pero todo habia sido inutil. ¿Porque pretender hacer de nuevo una esperiencia tantas veces fallida?

Segurámente una reforma fundamental no podia hacerse sin trastorno. ¿Pero, cuando se ha visto entre los hombres, algo de grande y de bueno, sin que haya causado alguna agitacion? El temor de que se junte el mal al bien, si fuese legitimo, ¿no paralizaria las empresas mas nobles y santas? No se debe temer el mal que puede producir una grande agitacion, sino animarse á combatirlo y destruirlo.

Por otra parte, ¿no hay una diferencia total entre la conmocion que imprimen las pasiones humanas, y la que emana del espíritu de Dios? La una conmueve la sociedad; pero la otra la fortalece. Es un error el pensar, como Erasmo, que en el estado en que se hallaba entonces la cristiandad, con aquella mezcla de elementos contrarios de verdad y de mentira, de muerte y de vida, se podian precaver las violentas agitaciones. Intentad cerrar el crater del Vesuvio cuando los elementos irritados se agitan en su seno! En la edad media se habia visto mas de una conmocion violenta, con una atmosfera menos tempestuosa que la del tiempo de la reformation. No se debe pensar entonces en comprimir, sino en dirigir.

Si no hubiere estallado la reformation, ¿quien puede decir la espantosa ruina que la hubiera reemplazado? La sociedad, victima de mil elementos destructores, sin medios regeneradores y conservadores, hubiera sido terriblemente trastornada: cierto, que esto hubiera sido una reforma á la

manera de Erasmo, y tal cual la sueñan aun en nuestros dias muchos hombres moderados, aunque timidos, pero que hubiera destruido la sociedad cristiana. El pueblo, careciendo de aquella luz y piedad que la reformation propagó hasta en las clases mas infimas, abandonado á sus violentas pasiones y á un espíritu inquieto de revuelta, se hubiera desencadenado, como el furioso animal provocado y desenfrenado.

La reformation no fué mas que una intervencion del espíritu de Dios entre los hombres, un reglamento que Dios estableció en la tierra. Ella pudo, es verdad, remover los elementos de fermentacion que abriga el corazon humano; pero Dios venció. La doctrina evangelica, la verdad de Dios, penetrando en la masa de los pueblos, destruyó lo que debia ser destruído, y fortaleció lo que debia ser conservado. La reformation ha edificado en el mundo, y solo sus antagonistas, pueden decir que no ha hecho mas que destruir. Se ha escrito con razon, hablando de la obra de la reforma, que podria decirse: "que la reja del harado daña á la tierra, porque la desgarrá, cuando no hace mas que fecundarla."

El gran principio de Erasmo era: "Instruye, y las tinieblas desaparecern por sí mismas." Este principio es bueno, y Lutero lo siguió; pero, cuando los enemigos de la luz procuran apagarla, ó arrancarla de la mano que la lleva, ¿será menester en bien de la paz, dejarles hacer? ¿no se deberá resistir á los malvados?

Es menester valor para obrar una reformation, así como para tomar una ciudad; pero Erasmo careció de él. Era tímido de caracter: desde su juventud, el solo nombre de la muerte le hacía temblar. Cuidaba de su salud minuciosamente; ningun sacrificio le hubiera sido costoso por alejarse de un lugar en que reinase una enfermedad contagiosa. El deseo de gozar de las comodidades de la vida, superaba aun su vanidad, y por esto desechó mas de una oferta brillante. Por lo mismo no pretendió el titulo de reformador: "Si las costumbres corrompidas de la corte de Roma piden un grande y pronto remedio, decia él, esto no me toca, ni tam-

poco á los parecidos á mí.”¹ No tenia aquella fuerza de la fé que animaba á Lutero. Mientras que éste estaba siempre pronto á dar su vida por la verdad, Erasmo decia ingenuamente: “Que aspiren otros al martirio; por mi parte, no me creo digno de tal honor: ² temo que si se levantáse algun tumulto, imitaria á Pedro en su caída.”

Erasmo, con sus escritos y palabras, preparó mas que ninguno la reformation; y despues, cuando vió llegar la tempestad que él mismo habia preparado, tembló. Todo lo hubiera dado para restablecer la calma anterior, aun con sus espesos vapores; pero ya no era tiempo, la borrasca habia ya estallado, y no se podia contener la inundacion que debia producir, y tambien limpiar y fertilizar el mundo. Como instrumento de Dios, fué poderoso Erasmo; pero cuando dejó de serlo, nada fué.

En suma: Erasmo no sabia á que partido aderirse; ninguno le gustaba, y los temia todos. “Hay peligro en callar,” decia, “y lo hay en hablar.” En todos los grandes movimientos religiosos, se ven de estos caracteres indecisos, respetables bajo muchos conceptos, pero que dañan á la verdad, y que no queriendo disgustar á nadie, disgustan á todos.

¿Que sería de la verdad, si Dios no enviase campeones mas valeroeos? Hé aquí el consejo que dió Erasmo á Viglius Zuichem, despues presidente de la corte suprema de Bruselas, sobre el modo de que debia comportarse con los sectarios (asi llamaba ya á los reformadores): “La amistad que te tengo, me hace desear que te mantengas muy distante del contagio de las sectas, y que no les des ninguna ocasion de decir que Zuichem es de los suyos. Si tú apruebas su doctrina, disimula á lo menos, y sobre todo no disputes con ellos. Un jurisconsulto, debe usar de subterfugios con sus clientes, como cierto moribundo con el

¹ *Ingens aliquid et præsens remedium, certe meum non est.* (Erasm. Epp. I., p. 653.)

² *Ego me non arbitror hoc honore dignum.* (Erasm. Epp. I., p. 653.)

diablo. El diablo le preguntó: "Que crees?" El moribundo, temiendo caer en alguna heregia si confesaba su fé, respondió: "Lo que cree la Iglesia." Replicó el primero: "¿Que cree la Iglesia?" Y el otro le respondió: "Lo que yo creo." Insiste aun el diablo: "¿Y que creés tú?" El moribundo responde de nuevo: "Lo que cree la Iglesia."¹ El duque Jorje de Sajonia, enemigo mortal de Lutero, habiendo recibido de Erasmo una respuesta equivocada, á una pregunta que le habia hecho, decia: "Querido Erasmo, lava la piel y no la mojes." Segundo Curio, en una de sus obras, describe dos cielos: El cielo papista, y el cielo cristiano; y no encuentra á Erasmo ni en el uno ni en el otro; pero lo descubre moviendose sin cesar entre los dos, en circulos sin fin.

Tal fué Erasmo, á quien le faltó esta paz interior que hace verdaderamente libre. ¿Cuan diferente hubiera sido si hubiese abnegado de si mismo, para entregarse á la verdad! Pero, despues de haber procurado hacer algunas reformas, con la aprobacion de los gefes de la Iglesia, despues de haber abandonado la reformation por Roma, cuando vió que era imposible la reunion de estas dos cosas, se perdió en el concepto de todos. Por una parte, sus palinodias no pudieron contener la colera de los partidarios fanaticos del papismo. Ellos sentian el mal que les habia hecho, y no se lo perdonaban. Desde los pulpitos le llenaban de injurias los impetuosos frailes; y le llamaban un segundo Luciano, un zorro, que habia devastado la viña del Señor. Un doctor de Constancia, tenia colgado en su gabinete, el retrato de Erasmo, para poder escupirle á la cara á toda hora. Por otra parte, Erasmo, abandonando el estandarte del Evangelio, se vió privado del afecto y de la estimacion de los hombres mas generosos de su tiempo, y hubo de renunciar sin duda á los consuelos celestiales, que Dios derrama en los corazones de los que se comportan como buenos soldados de Jesucristo. Así parecen indicarlo las amargas lagrimas que

¹ Erasm., Epp. 374.

derramaba, las penosas insomnias que sufría, la inapetencia que experimentaba, el astío que le causaba el estudio de las musas, en otro tiempo su unico consuelo, su apesadumbrada frente, su palido rostro, su mirar triste y abatido, su odio á una vida que llamaba cruel, y sus deseos de morir, de que habla á sus amigos.¹ Pobre Erasmo!

Parecenos, que los enemigos de Erasmo fueron mas allá de la verdad, cuando esclaman, en los momentos de la aparicion de Lutero: "Erasmo ha puesto el huevo, y Lutero lo ha empollado."²

¹ ..Vigilæ moleste, somnus irrequietus, cibus insipidus omnis, ipsum quoque musarum studium.... ipsa frontis meæ mæstitia, vultus palor, oculorum subtristis dejectio....(Erasm. Epp. I., p. 1380.)

² Las obras de Erasmo fueron publicadas por Juan *le Clerc* á Liege, en 1703, en diez tomos en folio. Tocante á su vida, vease Burigny, Vida de Erasmo, Paris 1757: A Müller, Leben des Erasmus, Hamb., 1828; y la Biografía insertada por *le Clerc* en su biblioteca escogida. Vease tambien el bello y concienzudo trabajo de M. Nisard (Revista de ambos mundos), quien me parece sinembargo haberse engañado en su apreciacion de Erasmo y de Lutero.

XI.

Los nobles.—Hütten.—Sus escritos.—Cartas de algunos hombres oscuros.—
Hütten en Bruselas.—Sus cartas.—Su fin.—Sichingen.—Guerra.—Su muerte.
—Cronberg.—Hans Sachs.—Fermentacion general.

Estos mismos sintomas de regeneracion que se veian entre los principes, los obispos, y los sabios, se hallaban tambien entre los hombres del mundo, los señores, los caballeros, y la gente de guerra. La nobleza Germanica hizo un papel importante en la reformacion. Muchos de los mas ilustres hijos de Alemania formaron una estrecha alianza con los letrados, é inflamados de un celo ardiente, á veces arrebatado, se esforzaron en librar su pueblo del yugo de Roma.

Diversas causas contribuyeron á dar amigos á la reformacion en la clase de los nobles. Los unos, habiendo frecuentado las universidades, habian recibido en su corazon aquel fuego que animaba los sabios. Otros educados en los sentimientos generosos, tenian el alma abierta á la bella doctrina del Evangelio. Muchos encontraban en la reformacion un no sé que de caballaresco, que los seducia y los arrastraba tras ella. Otros en fin, es preciso decirlo, odiaban al clero que habia contribuido poderosamente, en el reinado de Macsimiliano, á despojarles de su antigua independencia, y subyugarlos á los principes. Llenos de entusiasmo, consideraban la reformacion como el preludio de una grande renovacion politica; creian ver salir el imperio de esta crisis con un nuevo esplendor, y un mejor estado, y brillando de la gloria la mas pura; establecerse en el mundo, por medio de la espada de los caballeros, no menos que por la eficacia de la Palabra de Dios.¹

¹ "Animus ingens et ferox, viribus pollens.... Nam si consilia et conatus Hutteni non defecissent, quasi nervi copiarum, atque poten-

Ulrich de Hütten, denominado el Demostenes de Alemania, á causa de sus filípicas contra el papado, forma como el eslabon que unia entonces los caballeros y los literatos. El brilló por sus escritos no menos que por su espada. Oriundo de una antigua familia de Franconia, fué enviado á la edad de once años al convento de Foulda, á donde le destinaban para fraile; pero Ulrich, que no tenia inclinacion á este estado, huyó del convento á los diez y seis años, y pasó á la universidad de Colonia, en donde se entregó al estudio de las lenguas y de la poesía. Mas tarde hizo una vida errante, se halló en 1513 en el sitio de Padua, como simple soldado; vió á Roma en todos sus escandalos, y aguzó allí los tiros que lanzó mas tarde contra ella.

A su regreso en Alemania, compuso Hütten un escrito contra Roma, intitulado: *La trinidad romana*. En él descubre todos los desordenes de aquella corte, y muestra la necesidad de terminar, con la fuerza, su tiranía. Un viajero llamado Vadiscus, que figura en dicho escrito, dice: que, “hay tres cosas que se traen ordinariamente de Roma: una mala conciencia, un estomago estragado, y una bolsa vacía; que hay tres cosas que Roma no cree: La inmortalidad del alma, la resurreccion de los muertos, y el infierno; que hay tres cosas de que Roma hace comercio: La gracia de Cristo, las dignidades eclesiasticas, y las mugeres.” La publicacion de este escrito obligó á Hütten á dejar la corte del arzobispo de Mayence, en donde se hallaba cuando lo compusó.

Cuando estalló la disputa de Reuchlin con los dominicanos, Hütten se adirió enteramente al sabio doctor. Un amigo que conoció en la universidad, Crotus Rovianus, y otros Alemanes, compusieron entonces la famosa satira intitlada: “*Cartas de algunos hombres oscuros*,” que pareció en 1516, un año antes que las tesis de Lutero. Este escrito fué atribuído á Hütten, y es muy probable que tuvo en él mucha parte. Los frailes adversarios de Reuchlin, autores supuestas jam mutatio omnium rerum exstitisset, et quasi orbis status publici fuisset conversus.” (Camer., Vita Melancthonis.)

tos de aquellas cartas, tratan en ellas de asuntos del tiempo, de materias teológicas, a su modo y en su barbaro latin. Dirigen á su corresponsal Heratius, profesor en Colonia, las cuestiones mas tontas y mas inútiles; le dan las pruebas mas candidas de su crasa ignorancia, de su incredulidad, de su supersticion, de su espíritu ruin y vulgar, y al mismo tiempo de su orgullo y de su celo fanático y perseguidor. Le refieren muchas de sus aventuras burlescas, de sus desordenes, de su disolucion, y diversos escandalos de la vida de Hochstraten, y de Pfefferkorn, y de otros gefes de su partido. El tono, ya hipócrita, ya simple, de estas cartas, hace su lectura muy comica; y el todo es tan natural, que los dominicanos y los franciscanos de Inglaterra recibieron este escrito con gran aplauso y creyeron que estaba verdaderamente compuesto segun los principios de su orden, y para su defensa. Un prior de Brabante, en su credula simplicidad, hizo comprar muchos ejemplares, y los envió de regalo á los mas distinguidos de entre los dominicanos. Los frailes, cada vez mas irritados, solicitaron del papa una bula severa contra todos los que osaren leer aquellas epistolas; pero Leon X. se negó á ello. Hubieron de soportar la burla general, y devorar su colera. Ninguna obra dió golpe mas terrible á aquellas columnas del papismo; pero no era con burlas y sátiras, como el evangelio debia triunfar. Si se hubiera proseguido en aquella via, si la reformation, en vez de atacar el error con las armas de Dios, hubiese recurrido al espíritu burlon del mundo, su causa hubiera sido perdida. Lutero desaprobó altamente aquellas sátiras. Habiendole enviado una de ellas uno de sus amigos, intitulada: "*El contenido de la suplica de Pasquin,*" le respondió: "Estas tonterias que me has enviado, me parecen haber sido compuestas por un espíritu inmoderado. Las he comunicado á una reunion de amigos, y todos han opinado lo mismo."¹ Y, hablando de la misma obra, escribe á otro corresponsal suyo: "El autor de esta suplica me parece ser el mismo

¹ L. Epp. I., p. 37.

historiador que ha compuesto las cartas de los hombres oscuros. Apruebo sus deseos, pero no su obra; porque no se abstiene de injuriar y ultrajar.”¹ Este dictamen es severo, pero muestra cual era el espíritu de Lutero, y cuan superior era á sus contemporaneos. Sinembargo es menester añadir, que no siempre siguió tan sabias maximas.

Habiendo debido Ulrich renunciar á la proteccion del arzobispo de Mayence, solicitó la de Carlos quinto, que estaba entonces refüido con el papa. En consecuencia, se fué á Bruselas, donde tenía su corte aquel emperador. Pero, lejos de obtener nada, supo que el papa habia pedido al emperador, que le enviase á Roma atado de pies y manos. El inquisidor Hochstraten, perseguidor de Reuchlin, era uno de los que Roma habia encargado de perseguir á Ulrich. Indignado de que hubiesen tenido la osadia de hacer tal peticion al emperador, Ulrich salió del Brabante. Fuera de Bruselas, encontró á Hochstraten en el camino real. El inquisidor asustado, se puso de rodillas y encomendó su alma á Dios y á los santos. “No! dijo el caballero, yo no tiño mi espada en tu sangre.” Diole algunos golpes de plano y le dejó ir en paz.

Hütten se refugió en el palacio de Ebernbourg, en donde Francisco de Sickingen ofrecia asilo á todos los que eran perseguidos por los ultramontanos. Allí fué donde su celo ardiente por la libertad de su nacion le dictó aquellas cartas, tan notables, que dirigió á Carlos quinto, á Federico elector de Sajonia, á Alberto arzobispo de Mayence, á los principes, y á la nobleza, y que le colocan en el primer rango de los escritores. Allí fué donde compuso todas sus obras destinadas á ser leidas y comprendidas por el pueblo, y que difundieron, en todas las comarcas germanicas, el horror de Roma y el amor á la libertad. Consagrado á la causa del reformador, su designio era de inducir la nobleza á tomar las armas en favor del evangelio, y á caer con su espada

¹ L. Epp. I., p. 38.

sobre aquella Roma, que Lutero no queria destruir, sino con la Palabra y con la fuerza invencible de la verdad.

Con todo, en medio de toda aquella ecsaltacion guerrera, se complace uno en hallar en Hütten sentimientos tiernos y delicados. Cuando fallecieron sus padres, cedió á sus hermanos todos los bienes de la familia, aunque fuese el primogenito; y les rogó, a demas, que no le escribiesen ni le enviasen ningun dinero por temor de que á pesar de su inocencia, no tuviesen que sufrir de parte de sus enemigos, y no pudiesen con él.

Si la verdad no puede reconocer en Hütten uno de sus hijos, porque ella no va nunca desunida de la santidad de la vida y la caridad de corazon, ella le concederá, á lo menos, un recuerdo honroso como á uno de los mas formidables adversarios del error.¹

Otro tanto puede decirse de Francisco de Sickingen, su illustre amigo y protector. Este noble caballero, que muchos de sus contemporaneos le juzgaron digno de la corona imperial, brilla en el primer rango entre los guerreros que fueron los antagonistas de Roma. Mientras que se complacia al ruido de las armas, estaba lleno de ardor por las ciencias, y de veneracion por los que las profesaban. Al frente de un ejercito que amenazaba el Wurtemberg, ordenó, en caso que tomasen Stuttgard de asalto, que dejasen intactos los bienes y la casa del gran literato Juan Reuchlin. Lo hizo llamar despues á su campamento, le abrazó y le ofreció su apoyo en la contienda que tenia con los monjes de Colonia. Por mucho tiempo la orden de caballeria se habia vanagloriado de despreciar las letras. La epoca que describimos nos presenta un nuevo espectaculo. Bajo la pesada coraza de los Sickingens y de los Hüttens, se percibe aquel movimiento de las inteligencias, que empieza á hacerse sentir por todas partes. La reformation dá al mundo por primicias, guerreros amigos de las artes y de la paz.

¹ Las obras de Hütten han sido publicadas en Berlín por Munchen, 1822 á 1825, en cinco tomos en 8°. D'Aubigné.

Hütten, refugiado, á su regreso de Bruselas, en el palacio de Sickingen, invitó al valiente caballero á estudiar la doctrina evangelica, y le esplicó los fundamentos sobre que se apoya. “¿Y hay alguien esclamó Sickingen todo atonito, que se atreva á intentar destruir un tal edificio?... Quien lo podria !...”

Muchos hombres, celebres despues como reformadores, hallaron un refugio en su palacio ; entre otros Martin Bucer, Aquila, Schwebel, Ecolampade, de modo que Hütten llamaba con razon Ebernbourg, “la hospedería de los justos.” Ecolampade debia predicar diariamente en el palacio. Entre tanto, los guerreros que en él se hallaban reunidos, acababan de fastidiarse de oír hablar tanto de las dulces virtudes del cristianismo ; les parecian demasiado largos los sermones, por mas que Ecolampade se esmerase en ser breve. Es verdad que iban casi todos los dias á la iglesia ; pero no era mas que para recibir la bendicion y hacer una corta oracion, de suerte que Ecolampade esclamaba : “Ay ! que la Palabra se siembra aquí entre rocas !”

Luego Sickingen, queriendo servir á su modo la causa de la verdad, declaró la guerra al arzobispo de Treves, “afin, decia él, de abrir una puerta al Evangelio.” En vano Lutero, que habia ya aparecido, le disuadió ; atacó á Treves con cinco mil caballos y mil infantes. El animoso arzobispo, ayudado del elector Palatino y del langrave de Hesse, le obligó á retirarse. En la primavera siguiente, fué atacado por los principes aliados, en su castillo de Landstein. Despues de un sangriento asalto, Sickingen se vió obligado á rendirse, habiendo sido herido mortalmente. Se introducen los tres principes en el fuerte, lo recorren, y encuentran por fin al indómito caballero en un subteraneo, acostado en su lecho de muerte. Alarga su mano al elector Palatino, sin parecer hacer caso de los principes que le acompañan ; pero estos le abruman de preguntas y quejas : “Dejadme quieto,” les dijo él, “porque ahora es preciso que me prepare á responder á un señor mas grande que vosotros !”.... Cuando

Lutero recibió la noticia de su muerte, exclamó : “ El Señor es justo, pero admirable ! No es con la espada como él quiere propagar el Evangelio.”

Tal fué el triste fin de un guerrero que, como emperador y elector, hubiera elevado quizá la Alemania á un sublime grado de gloria ; pero que, reducido a un círculo estrecho, gastó inutilmente las grandes fuerzas de que estaba dotado.

No era en el espíritu tumultuoso de estos guerreros donde la verdad divina, bajada del cielo, habia venido á fijar su morada. Tampoco era por sus armas que ella debia vencer ; y Dios, reduciendo á la nada los proyectos insensatos de Sickingen, puso otra vez en evidencia esa palabra de san Pablo : “ *Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosísimas por la virtud de Dios.*”

Otro caballero, Harmud de Cronberg, amigo de Hütten y de Sickingen, parece haber tenido mas prudencia y mas conocimiento de la verdad. Escribió con mucha modestia á Leon X., invitándole á que entregara su poder temporal á quien pertenecía, es decir al emperador. Dirigiéndose á sus vasallos como un padre, trató de hacerles comprender la doctrina del Evangelio, y les escortó á la fé, á la obediencia, y á la confianza en Jesucristo, quien añadía, “ es el Señor soberano de todos nosotros.” Renunció entre las manos del emperador, una pension de doscientos ducados, porque, decia, “ no queria servir mas al que escuchaba á los enemigos de la verdad.” En alguna parte encontramos una palabra suya, que nos parece colocarle en un grado superior á Hütten y Sickingen : “ Nuestro doctor celestial, el Espíritu santo, puede, cuando quiere, comunicar en una hora, mas fé de la que es en Cristo, que la que uno podría adquirir en diez años en la universidad de Paris.”

Los que no buscan amigos de la reformation, sino en las gradas de los tronos,¹ ó en las catedras y academias, y que pretenden que no los hay en el pueblo, estan en un grave error. Dios, que preparaba el corazon de los sabios y de los

¹ Veaese Chateaubriand, Estudios históricos.

poderosos, preparaba así mismo, en las moradas del pueblo, muchos hombres simples y humildes, que debían ser un día los siervos de su Palabra. La historia de aquel tiempo nos manifiesta la fermentación que animaba entonces las clases inferiores. No solamente se vió salir de estos rangos, jóvenes para ocupar después los primeros puestos en la Iglesia, si que también vieronse hombres que se mantuvieron toda su vida entregados á las profesiones más humildes, y que contribuyeron poderosamente al gran renacimiento de la cristiandad. Recordaremos algunos rasgos de la vida de uno de ellos.

Un sastre de Nuremberg, llamado Hans Sachs, tuvo un hijo que nació el cinco de noviembre 1494. Este hijo llamado Hans (Juan), como su padre, después de haber hecho algunos estudios á los que una grave enfermedad le obligó á renunciar, se hizo zapatero. El joven Hans, aprovechó de la libertad, que este humilde oficio dejaba á su espíritu, para penetrar en el mundo superior que agradaba á su alma. Desde que habían cesado los cantos en los castillos de los caballeros, parecía que se habían refugiado entre la gente llana, de las alegres ciudades de Alemania. En la iglesia de Nuremberg había una escuela de canto: estos ejercicios, en los que el joven Hans iba á mezclar su voz, abrieron su corazón á las impresiones religiosas, y contribuyeron á éscitar en él el gusto de la poesía y de la música. Sin embargo, el genio del joven no podía estar largo tiempo encerrado entre las paredes de su taller. Quería ver por sí mismo este mundo, del que había leído tantas cosas en los libros, y del que le hablaban tanto sus camaradas, y que su imaginación llenaba de *prodigios*. En 1511 provisto de algunas cosas, sale de Nuremberg y se dirige al sur, y á poco tiempo encontrando en el camino alegres camaradas y estudiantes que vagaban por allí, si que también peligrosos atractivos, empieza á sentir una lucha interior. Las seducciones de la vida se hallaban en pugna con sus santas resoluciones; y, temeroso del resultado, huye, y va á ocultarse en la pequeña

ciudad de Wuels, en Austria (1513), donde vivió retirado y entregado al cultivo de las bellas artes. Pasando el emperador Macsimiliano por aquella ciudad, con un acompañamiento brillante, el joven poeta se deja alucinar por el fausto de aquella corte. El principe le recibió de montero, y Hans vacila de nuevo bajo las bovedas sonoras del palacio de Innsbruck; pero aun esta vez su conciencia triunfó. Inmediatamente el joven montero, deja su brillante uniforme de caza, sale, llega á Schwatz y despues á Munich. Allí fué donde, en 1514, de edad de veinte años, cantó su primer himno en alabanza de Dios, en un tono que le atrajo muchos aplausos. Por todas partes, en sus viajes, tuvo ocasion de ver muchas y tristes pruebas de los abusos en los cuales gemia la religion.

De vuelta á Nuremberg, Hans se estableció allí, casó y tuvo hijos. Al estallar la reformacion, se dirigieron á ella sus miradas. Se dedicó á aquella santa Escritura que le fué cara cuando poeta, y en la que busca ahora, no ya imágenes y cantos, sino la luz de la verdad; y desde entonces consagró á ella su lira. De un humilde taller, situado delante de una de las puertas de la ciudad imperial de Nuremberg, salen acentos que resuenan en toda la Alemania, preparan los espíritus á una nueva era, y entusiasman al pueblo por la grande revolucion que se efectuaba. Los canticos espirituales de Hans Sachs, y su Biblia puesta en verso, contribuyeron eficazmente á aquella obra. Sería quizá difícil decir, quien ha hecho mas por la reformacion, si el principe elector de Sajonia, administrador del imperio, ó el zapatero de Nuremberg.

Así pues, habia entonces en todas las clases algo que anunciaba una reformacion. Por todas partes se veían señales de los acontecimientos que amenazaban destruir la obra de los siglos tenebrosos, y de que iba á lucir para los hombres "un tiempo nuevo." Las luces que engendró el siglo, habian derramado en todos los paises, con indecible rapidez, una multitud de ideas nuevas. Los espíritus de los hombres

adormecidos hácia tantos siglos, parecian querer recuperar, con su actividad, todo el tiempo perdido. Dejarlos inactivos, sin alimento, ó no darles otro que el que habia conservado tanto tiempo su vida desfalleciente, hubiera sido desconocer la naturaleza del hombre. Ya el espíritu humano veía con claridad lo que era y lo que debía ser, y media con audaz mirada el inmenso abismo que separaba aquellos dos mundos. Grandes principes ocupaban el trono; el antiguo coloso de Roma vacilaba bajo su propio peso; el antiguo espíritu caballerezo desaparecia de la tierra, cediendo el puesto á un espíritu nuevo, que inflamaba á la vez los templos del saber, los albergues de los pequeños. La Palabra impresa habia tomado un vuelo que la llevaba, como el viento lleva las semillas hasta los países mas remotos. El descubrimiento de las dos Indias, ensanchaba el mundo..... Todo anunciaba una gran revolucion.

Pero, ¿de donde saldrá el golpe que derribará el antiguo edificio, y hará salir de sus ruinas otro nuevo? Nadie lo sabia. ¿Quien tuvo mas sabiduría que Federico, mas ciencia que Reuchlin, mas talento que Erasmo, mas espíritu y verva que Hütten, mas valor que Sickingen, y mas virtudes que Cronberg? Y sinembargo, ninguno de estos..... Los sabios, los principes, los guerreros, la Iglesia misma, todos habian minado algunos cimientos; pero nada mas hicieron, y en ninguna parte se veía parecer la poderosa mano que debia ser la de Dios.

Empero, todos tenian el sentimiento de su pronta aparicion. Unos pretendian haber visto en las estrellas señales ciertas de ella: otros, viendo el estado miserable de la religion, anunciaban la procsima venida del Anticristo: y otros, al contrario, presagiaban, una reformacion inminente. El mundo esperaba. Lutero apareció.

LIBRO SEGUNDO.

JUVENTUD, CONVERSION, Y PRIMEROS TRABAJOS DE LUTERO.
1483—1517.

I.

Padres de Lutero.—Su nacimiento.—Pobreza.—La casa paterna.—Rigor.—Primeros conocimientos.—La escuela de Magdebourg.—Miseria.—Eisenach.—La Sunamita.—La casa de Cotta.—Recuerdo de aquellos tiempos.—Sus estudios.—Frebanius.

Todo estaba dispuesto. Dios, que prepara su obra en siglos, la efectua, por débiles instrumentos cuando llega la hora. Hacer grandes cosas con pequeños medios, hé aquí la ley de Dios. Esta ley, que se vé por todas partes en la naturaleza, se encuentra tambien en la historia. Dios se valió de los reformadores de la Iglesia, lo mismo que de los apóstoles, á quienes escogió entre los pobres, en la clase media, que no es precisamente la de los muy indigentes, pero que tampoco llega á la de los ricos. En todo se ha de ver la mano de Dios, no la del hombre. El reformador Zwingle nació en la choza de un pastor de los Alpes; Melanchton, el teologo de la reformation, en la tienda de un armero, y Lutero en la cabaña de un pobre minero.

La primera epoca de la vida del hombre, aquella en que se forma y desarrolla bájó la mano de Dios, es siempre importante y lo fué mas que ninguna la de Lutero. Toda la reformation se ve ya en ella. Las diversas fases de esta obra se presentaron al espíritu del que fué su instrumento, antes que ella se efectuara en el mundo. El conocimiento de la reforma que se hizo en el corazon de Lutero, hace ver la re-

forma de la Iglesia. Con el estudio de la obra particular, se adquiere el conocimiento de la general. Los que descuidan la primera, no conocerán mas que las formas y esterioridades de la segunda: podrán saber algunos acontecimientos y resultados: pero no comprenderán la naturaleza intrínseca de aquella renovacion, porque no descubrirán el principio de vida que fué el alma de ella. Estudiemos pues la reformation en Lutero, antes de hacerlo en los hechos que mudaron la cristiandad.

Juan Lutero, hijo de un teñador del pueblo de Mora, cerca de Eisenach, en el contado de Mansfeld, en Thuringe, era oriundo de una antigua y numerosa familia de simples particulares; ¹ casó con Margarita Lindemam, hija de un habitante de Neustadt, en el obispado de Wursburg, y ambos consortes fueron á establecerse en la pequeña ciudad de Eisleben, en Sajonia.

Refiere Seckendorf, citando á Rebhan, superintendente de Eisenach en 1601, que la madre de Lutero, creyendo no hallarse aun en dias de parto, fué á la *feria* de Eisleben y que allí dió á luz un hijo. A pesar de la confianza que merece Seckendorf, no parece cierto este caso, porque ninguno de los antiguos historiadores de Lutero habla de él; á mas de que, habiendo veinte y cuatro leguas de Mora á Eisleben, en el estado en que se hallaba la madre de Lutero, no se anda con facilidad tal distancia por ir á la *feria*; en fin el testimonio del mismo Lutero parece enteramente á esta asercion; ²

Juan Lutero era un hombre recto, dedicado al trabajo, abierto y de una firmeza de caracter que rayaba en terquedad. Con un espíritu mas cultivado que la mayor parte de los hombres de su clase, leia mucho. Los libros eran raros entonces; pero Juan no perdía ninguna ocasión de adquirir-

¹ *Veritas familia est et late propagata mediocrium hominum.* (Melancht. Vit. Luth.)

² *Ego natus sum in Eisleben, baptisatusque apud Sanctum-Petrum ibidem. Parentes mei de prope Isenaco illuc migrarunt.* (L. Epp. I, p. 390.)

los: eran su recreo en los intervalos de descanso que le dejaba un trabajo rudo y asiduo. Margarita poseía las virtudes que adornan á las mugeres honestas y piadosas. Notábanse principalmente su pudor, su temor de Dios y su fervor de la oración. Era mirada, por las madres de familia del lugar, como un modelo que debían imitar.¹

No se sabe de un modo positivo desde cuando estaban los dos consortes establecidos en Eisleben, cuando, el diez de noviembre á las onze de la noche, Margarita dió á luz un hijó. Melanchton preguntó muchas veces á la madre de su amigo, acerca de la época del nacimiento de éste y ella respondía: "Me acuerdo muy bien del día y de la hora, pero del año no estoy segura." Pero Jacobo, hermano de Lutero, hombre honrado é integro, refiere que segun la opinion de toda la familia, Martin nació en el año de Cristo 1483, el diez de noviembre, vispera de san Martin.² La primera idea de sus devotos padres fué de consagrar á Dios conforme á la fé que profesaban, el niño que acababa de darles. Desde el día siguiente, que era un martes, el padre llevó su hijo á la iglesia de san Pedro, donde recibió bautismo de los parvulos, segun el rito romano.³ Le pusieron el nombre de Martin en memoria del día.

El niño Martin no tenía aun seis meses cuando sus padres abandonaron Eisleben para ir á Mansfeld, que solo dista cinco leguas. Las minas de Mansfeld eran entonces muy celebres. Juan Lutero, hombre laborioso, pensando que tendria, quizá, que sostener una familia numerosa, esperaba ganar allí con mas facilidad el pan para sí y sus hijos. La inteligencia y las fuerzas del joven Lutero tuvieron su primer desarrollo en aquella ciudad; en ella empezó tambien á mostrarse su actividad, y á pronunciarse su caracter en sus

¹ *Intuebanturque in eam cæteræ honestæ mulieres, ut in exemplar virtutum.* (Melancht., Vita Lutheri.)

² Melancht., Vita Lutheri.

³ Los Baptistas creen que la inmersión de creyentes en J. Cristo es el solo verdadero bautismo.

palabras y obras. Los llanos de Mansfeld, las orillas del Wipper, fueron los teatros de sus primeras diversiones con los muchachos de la vecindad.

Los principios de la residencia en Mansfeld fueron penosos para el honrado Juan y su muger, pues vivieron en suma pobreza. "Mis padres," dice el reformador, "han sido muy pobres. Mi padre era un pobre leñador, y mi madre cargó leña muchas veces, para tener con que mantener á sus hijos: ambos sufrieron muchos trabajos por ellos." El ejemplo de los padres á quienes respetaba, y las costumbres que le inspiraron, familiarizaron desde tierna edad á Lutero con el trabajo y la frugalidad. Cuantas veces acompañó sin duda, á los bosques á su madre, para recoger allí su cargita de leña!

Hay promesas hechas al trabajo del justo, y ellas se realizaron en Juan Lutero. Habiendo adquirido algunos recursos, estableció en Mansfeld dos fraguas, á cuyo rededor creció el joven Martin; y con el producto de este trabajo pudo su padre subvenir despues á sus estudios. "Era de una familia de mineros," dice el buen Mathesius, "de donde debia salir el fundidor espiritual de la cristiandad: imágen de lo que Dios queria hacer limpiando por ól á los hijós de Levi y purificandolos en sus fraguas, como el oro." Respetado de todos, por su rectitud, su vida irreprochable y su sensatez, Juan Lutero fué nombrado consejero de Mansfeld, capital del condado de este nombre. Una extrema miseria hubiera podido embotar el espíritu del niño; la abundancia de la casa paterna dilató su corazon y elevó su caracter.

Juan aprovechó su nueva situacion para buscar la sociedad que preferia. Tenia en gran estima á los hombres instruidos, y convidaba muchas veces á su mesa los eclesiasticos y los maestros de escuela del lugar. Su casa ofrecia el espectáculo de aquellas sociedades de simples particulares, que honraban la Alemania al principio del siglo decimo-

¹ Drumb musste dieser geistliche Schmetzer. . . (Mathesius, Historien, 1565, p. 3.)

secsto. Era un espejo en que se reflejaban las numerosas imágenes, que se sucedían en la escena agitada de aquel tiempo. La vista de aquellos hombres, á quienes guardaban tanta consideracion en la casa de su padre, escitó sin duda, mas de una vez, en el corazon del joven Martin, el ambicioso deseo de llegar un dia á ser maestro de escuela ó sabio.

Luego que estuvo en edad de recibir alguna instruccion; sus padres trataron de darle el conocimiento de Dios, de inspirarle su santo temor y de prepararle á las virtudes cristianas. Ponian todo su esmero en esta primera educación domestica.¹ Sinembargo no se limitó á esto su tierna solitud.

Su padre, deseando que adquiriese su hijo las nociones de los conocimientos que tanto le agradaban, invocó para él la bendicion de Dios y le envió á la escuela. Martin era todavía muy joven: su padre, ó un mozo de Mansfeld, Nicolas Emler, le llevaba á veces en sus brazos á la casa de Jorge Emilio, y volvian despues á buscarle. Emler casó mas tarde con una hermana de Lutero. Cincuenta años despues, el reformador recordaba al viejo Nicolas aquella tierna muestra de afecto, recibida en los primeros años de su infancia, y la dibujó en las primeras ojas de un libro, que regaló á aquel antiguo amigo.²

La devocion de sus padres, su actividad, y su virtud austera, dieron al muchacho un impulso feliz, y formaron en él un espíritu atento y grave. Un sistema que empleaba por principal movíl, los castigos y el temor, prevalecía entonces en la educación. Margarita, aunque aprobaba á veces la conducta demasiado severa de su marido, recibía con frecuencia á Martin en sus brazos maternales, y enjugaba sus lágrimas. Con todo ella misma quebrantaba tambien los preceptos de aquella sabiduría que nos dice: "*El que ama á su hijo se apresura á castigarlo.*" El caracter violento del

¹ Ad agnitionem et timorem Dei. . . domestica institutione diligentius adsuefecerunt. (Melancht., Vit. Luth.)

² Walther's Nachrichten.

niño, daba lugar á correcciones y reprimendas. “Mis padres,” dice mas tarde Lutero, “me han tratado con dureza, lo que me ha hecho muy medroso. Mi madre me castigó un dia por una avellana, hasta sacar sangre. Ambos creían de todo corazon que hacian bien ; pero no sabian distinguir los caracteres ; lo que sinembargo es necesario para saber cuando, á quien, y como deben imponerse los castigos.”¹

El pobre niño sufría en la escuela tratamientos no menos duros. Su maestro le azotó quince veces en una mañana. “Es preciso,” decia Lutero, refiriendo este hecho, “azotar á los niños, pero tambien amarles al mismo tiempo.” Con semejante educacion aprendió temprano Lutero á despreciar los placeres de una vida sensual. “*Lo que debe llegar á ser grande, debe empezar por pequeña,*” observa con razon uno de sus historiadores mas antiguos, “*si los niños son criados con demasiada delicadeza y mimo, se les perjudica para toda su vida.*”²

Martín aprendió algo en la escuela. Le enseñaron los capitulos del catecismo, los diez mandamientos, el simbolo de los apóstoles, la oracion dominical, los cánticos, las formulas de oraciones, el *donat*, la gramática latina, compuesta en el siglo cuarto por Donato, maestro de san Geronimo, y que, perfeccionada en el siglo once por un fraile frances llamado Remigio, estuvo largo tiempo en gran reputacion en todas las escuelas ; estudió á demas el Cisio-Janus, calendario muy raro, compuesto en el decimo ú oncenno siglo ; enfin, le enseñaron todo lo que se sabia en la escuela latina de Mansfeld.

Pero parece que el niño no habia sido encaminado hácia Dios : el unico sentimiento religioso que manifestaba entonces era el del temor ; siempre que oía hablar de Jesucristo, temblaba de miedo, porque no se le habian representado

¹ Sed non porterant discernere ingenia, secundum quæ essent temperandæ correcciones. (L. Opp. W. XXII., p. 1785.)

² Was gross soll werden, muss klein angehen. (Mathesius, Hist. p. 3.)

mino como un irritado juez. Este temor servil, que dista tanto de la verdadera religion, le preparó quizá á la buena nueva del Evangelio, y al gozo que esperimentó mas tarde, cuando aprendió á conocer al que es manso y humilde de corazon.

Juan Lutero quería hacer de su hijo un sabio. La nueva luz que empezaba á rayar por todas partes, penetró hasta en la casa del minero de Mansfeld, y originó en ella pensamientos ambiciosos. Las notables disposiciones, y la constante aplicacion de su hijo hacían concebir á Juan, las mas alagüeñas esperanzas: así es que, cuando en 1497 llegó Martin á la edad de catorce años, su padre resolvió separarse de él y enviarle á Magdebourg, á la escuela de los franciscanos. Margarita hubo de consentir en ello, y Martin se dispuso á dejar el techo paterno.

Entre los camaradas que tenia en Mansfeld, era uno, el hijo de un buen aldeano, Juan Reinecke. Martin y Juan condiscipulos en su niñez, se unieron de una estrecha amistad que duró toda su vida. Los dos muchachos salieron juntos para Magdebourg, donde, lejos de sus familias, se unieron mas y mas.

Magdebourg fué para Martin como un mundo nuevo. En medio de muchas privaciones (porque apenas tenia de que vivir), observaba y escuchaba. Andreas Proles, provincial de la orden de los agustinos, predicaba entonces, con fervor, sobre la necesidad de reformar la religion y la Iglesia. Estos discursos sembraron quiza en el alma del joven, las primeras semillas de las ideas que se desarrollaron en ella mas tarde.

Esta epoca fué para Lutero la de un rudo aprendizaje. Lanzado al mundo á los catorce años, sin amigos ni protectores, temblaba en presencia de sus maestros, y en las horas de recreo buscaba, con trabajo, su alimento con muchachos tan pobres como él. "Yo pedia," dice, "con mis camaradas, algunos alimentos, afin de satisfacer nuestras necesidades. Un dia en el tiempo en que celebra la Iglesia la fiesta del

nacimiento de Jesucristo, recorrimos juntos los pueblos vecinos, yendo de casa en casa, y cantando á cuatro voces los canticos ordinarios sobre el niño Jesus, nacido en Belen. Nos detuvimos al ecstremo de un pueblo, en frente de una casa aislada de un labrador; el cual, oyendonos cantar nuestros himnos de Navidad, salió con algunas provisiones que queria darnos, y preguntó con voz fuerte y tono aspero: "Donde estais muchachos?" Asustados de estas palabras echamos á correr. No teniamos ningun motivo para asustarnos, porque el labrador nos ofrecía de buen corazon aquel socorro; pero nuestros corazones estaban sin duda intimidados, por las amenazas y tiranía con que los maestros aterraban entonces sus discípulos, de suerte que un temor repentino se apoderó de nosotros; pero en fin, el labrador seguía llamandonos, nos detuvimos, sacudimos el miedo, corrimos a él, y recibimos de su mano el alimento que nos presentaba. Asi es," añade Lutero, "que temblamos y huimos cuando nuestra conciencia está culpada y asustada. Entonces tenemos miédo, hasta del socorro que nos ofrecen, y de los amigos que nos quieren hacer bien."¹

Apenas habia trascurrido un año, cuando Juan y Margarita, sabiendo cuanta dificultad encontraba su hijo para vivir en Magdebourg le enviaron á Eisenach, en donde habia una escuela celebre y tenian muchos parientes.² Juan y Margarita tenian otros hijos á demas de Martin; y, aunque sus recursos se habian aumentado, no podian sostener á Martin fuera de casa. Las fraguas y el trabajo asiduo de Juan Lutero no producian mas que para la familia de Mansfeld. Pensó que Martin hallaria en Eisenach mas facilmente de que subsistir; pero no sucedió asi; porque los parientes que vivian en aquella ciudad, no hicieron caso de él, ó quizá no podian serle util, siendo muy pobres ellos mismos.

Quando el estudiante tenia hambre, tenia que juntarse

¹ Lutheri opera (Walch.), II., 2347.

² Isenacum enim pene totam parentelam meam habet. (L. Epp. I, p. 390.

con sus camaradas, como en Magdebourg, y cantar con ellos á las puertas de las casas, para conseguir un pedazo de pan. Esta costumbre del tiempo de Lutero, se ha conservado hasta en nuestros dias; en muchas ciudades de Alemania, donde frecuentemente se oyen voces armoniosas de estudiantes. Muchas veces el pobre y humilde Martin recibia duras palabras en lugar de pan; y entonces, agoviado de tristeza, derramaba en secreto abundantes lagrimas, y pensaba con horror en su porvenir.

Un dia entre otros, le habian rechazado en tres casas, y se volvía en ayunas á su albergue, cuando al llegar á la plaza de san Jorge se detuvo inmovil y sumergido en tristes reflexiones, en frente de la casa de un honrado ciudadano. ¿Será posible que, por falta de pan, renuncie á los estudios y vaya á trabajar con su padre en Mansfeld...? De repente se abre una puerta y asoma una muger, que era la esposa de Conrado Cotta, hija del burgomaestre de Ilfeld,¹ llamada Ursula. Las cronicas de Eisenach la llaman "*la devota Sunamita*," en memoria de la que retuvo con tantas suplicas al profeta Eliseo á comer pan en su casa. La Sunamita cristiana, habia visto mas de una vez al joven Martin en las congregaciones de los fieles," y la dulzura de su canto y de su devocion la habian enternecido.² Viendole entonces tan triste delante de su puerta, le hizo seña de que entrara y le sirvió con que satisfacer su hambre.

Conrado aprobó la buena obra de su muger, y le gustó tanto el trato del joven Lutero, que algunos dias despues, le tomó en su casa. Desde aquel momento sus estudios fueron asegurados, sin que se viese obligado á volver á las minas de Mansfeld, y de sepultar el talento que Dios le habia concedido. Cuando ya no sabia lo que seria de él, Dios le abrió el corazon y la puerta de una familia cristiana; y aquel

¹ Lingk's Reisesgesch. Luth.

² Dieweil sie umb seines Singen und herzlichem Gebets willen... (Mathesius, p. 3.)

Ref. Span.

suceso preparó su alma á la confianza en Dios, que las mayores adversidades no pudieron alterar en lo sucesivo.

Lutero disfrutó en la casa de Cotta, una vida muy diferente de la que habia conocido hasta entonces. Allí gozó de una existencia dulce, exenta de cuidados y necesidades; su espíritu se calmó, su caracter se mudó, y su corazon se ensanchó. Todo su ser se inflamó á los beneficos rayos de la caridad, y comenzó á rebosar de vida, de alegría, y de felicidad. Sus oraciones fueron mas fervorosas, se aumentó su ansia de saber é hizo rapidos progresos.

Al encanto de las letras y de las ciencias, unió el de las artes, porque estas tambien adelantaban en Alemania. Los mismos hombres que Dios destina á obrar sobre sus contemporaneos, son arrastrados al principio por la corriente del siglo. Lutero aprendió á tocar la flauta y el laud. Acompañaba muchas veces con este segundo instrumento su hermosa voz de contralto, y de este modo alegraba su corazon en los momentos de tristeza. Complaciase tambien en manifestar, con sus acentos, su viva gratitud á su madre adoptiva, que amaba mucho la musica. El mismo ha amado este arte hasta su vejez, y ha compuesto las palabras y la musica de algunos de los mas bellos canticos que posee la Alemania, y aun han pasado á nuestra lengua muchos de ellos.

Tiempos felices para el joven Lutero, cuyo recuerdo conservó siempre con emocion! Algunos años despues, habiendo venido un hijo de Conrado á estudiar á Wittemberg, cuando el pobre estudiante de Eisenach era ya el doctor de su siglo, le recibió este con alegría en su casa y á su mesa, queriendo así retribuir en parte al hijo lo que habia recibido del padre y de la madre. Acordandose de la muger cristiana que le habia dado pan cuando todo el mundo le rechazaba, escribió estas bellas palabras: "Nada hay mas dulce en la tierra que el corazon de una muger en que habita la piedad."

Nunca se avergonzó Lutero del tiempo en que, apurado del hambre, mendigaba tristemente el pan necesario á su vida y á sus estudios: lejos de esto pensaba con reconocimiento en aquella ecstrema pobreza de su juventud, la que consideraba como uno de los medios de que se habia valido Dios, para hacer de él lo que llegó á ser, y le daba las gracias. Los pobres niños, que estaban obligados á seguir la misma vida, enternecian su corazon. “No despreciéis,” decía, “á los muchachos que buscan cantando por las puertas *panem propter Deum*, pan por amor de Dios; yo tambien he hecho lo mismo: es verdad que mas tarde me ha sostenido mi padre con mucho amor, y bondad en la universidad d’Erfurt, manteniendome con el sudor de su rostro; pero como quiera, yo he sido un pobre mendigo; y ahora por medio de mi pluma he llegado á tal situacion, que no quisiera cambiar de fortuna con el mismo gran Turco: hay mas, aun cuando amontonasen todos los bienes de la tierra, no los tomaría en cambio de lo que tengo: pero no hubiera llegado al punto en que me hallo, si no hubiera ido á la escuela y aprendido á escribir.” Así el grande hombre halla, en sus primeros y humildes principios, el origen de su gloria. No teme el recordar que aquella voz, cuyos acentos hicieron conmovier el imperio y el mundo, pidió en otro tiempo un pedazo de pan, en las calles de una pobre ciudad. El cristiano se complace en estos recuerdos, porque le advierten que es en Dios en quien debe glorificarse.

La fuerza de su inteligencia, la viveza de su imaginacion, y su feliz memoria, le hicieron adelantar pronto á todos sus condicipulos.¹ Hizo principalmente rapidos progresos en las lenguas antiguas, en la elocuencia y en la poesía. Escribia y componia versos. Alegre, complaciente, teniendo lo que se llama un buen corazon, era querido de sus maestros y compañeros.

¹ Cumque et vis ingenii acerrima esset, et imprimis ad eloquentiam idonea, celeriter aequalibus suis præcurrit. (Melancht., Vita Luth.)

Entre sus profesores se hizo querer particularmente de Juan Trébonius, hombre sabio, de modales agradables y que guardaba á los jovenes aquellos miramientos que son tan propios á animarlos. Martín habia notado que, cuando Trébonius entraba en la clase, se descubria para saludar á sus discípulos. Gran condescendencia en aquellos tiempos pedantescos! Esto agradó al joven Martín, y comprendió que el valia tambien algo. El respeto del maestro habia realzado el discípulo á sus propios ojos. Los colegas de Trébonius, que no tenian la misma costumbre, habiendole un dia manifestado su estrañeza por aquella ecstrema condescendencia, les respondió (y esto no agradó menos al joven Lutero): “Entre estos muchachos hay hombres de que Dios hará un dia, burgomaestros, cancilleres, doctores, y magistrados; y, aunque no los veis todavia con los signos de sus dignidades, es justo sinembargo, que los respetéis.” El joven escolar oyó sin duda con placer estas palabras, y creyó tal vez tener ya en su cabeza un bonete de doctor.

II.

La universidad.—Devoción de Lutero.—Descubrimiento.—La Biblia.—Enfermedad.—Perturbaciones.—Muerte de Alexis.—Rayo.—Providencia.—Despedida.

LLEGÓ Lutero á la edad de diez y ocho años. Había gustado la dulzura de las letras, y ardía en deseos de aprender en una universidad. Deseaba ir á uno de aquellos manantiales de todas las ciencias, donde pudiese apagar su sed de saber.¹ Su padre ecsijia que estudiase el derecho. Confiado en los talentos de su hijo, quería que los cultivase y patentizase. Veíale ya desempeñar funciones honorificas entre sus conciudadanos, captar la benevolencia de los principes, y brillar en el teatro del mundo. Se resolvió que el joven iría á Erfurt.

Lutero llegó á aquella universidad en el año 1501. Jodocus, sobrenombrado el doctor de Eisenach, profesaba en ella la filosofia escolastica con mucho aplauso. Melancthon siente que no se enseñara entonces, en Erfurt, mas que una dialectica llena de dificultades, y piensa que si Lutero hubiese encontrado allí otros profesores, si le hubieran enseñado una filosofia mas dulce y verdadera, esto hubiera podido moderar y aplacar la vehemencia de su naturaleza.² El nuevo discipulo se dedicó pues á estudiar la filosofia de la edad media en los escritos de Occam, de Scot, de Buena-ventura, y de Tomas de Aquino. Mas tarde toda esta escolastica le causó horror. Temblaba de colera, cuando pro-

¹ Degustata igitur litterarum dulcedine, natura flagrans cupiditate discendi, appetit academiam. (Mel., Vit. Luth.)

² Et fortassis ad leniendam vehementiam naturæ mitiora studia veræ philosophiæ....(Ibid.)

nunciaban en su presencia el nombre de Aristoteles, y llegó hasta á decir que sí Aristoteles no fuese un hombre, lo tomaria por el mismo diablo. Pero su espíritu hambriento de doctrina, tenia necesidad de mejores alimentos; puso á estudiar los bellos monumentos de la antigüedad, los escritos de Ciceron, Virgilio, y otros clásicos. No se contentaba como el vulgo de los estudiantes, de aprender de memoria las obras de aquellos escritores; procuraba además profundizar sus pensamientos, penetrarse del espíritu que les animaba, apropiarse su sabiduría, comprender el objeto de sus escritos, y adornar su inteligencia con sus graves sentencias y sus brillantes imágenes. Interrogaba á menudo á sus profesores y adelantó pronto á sus condicipulos.¹ Dotado de una memoria feliz y de una imaginacion ardiente, todo lo que oía ó leía lo retenia para siempre. “Así brillaba Lutero desde su juventud, y toda la universidad admiraba su ingenio,” dice Melanchton.²

Pero, en este tiempo, el joven de diez y ocho años no trabajaba solamente en cultivar su espíritu, sino que tenia ya aquella gravedad de pensamiento, y aquella elevacion de alma que Dios concede á los que quiere hacer sus mas celosos servidores. Lutero sentía que dependia de Dios: simple y poderosa conviccion, que es, al mismo tiempo, origen de una profunda humildad y de grandes acciones. Invocaba con fervor la bendiccion divina sobre sus trabajos. Siempre empezaba el dia con oraciones; luego iba á la iglesia; despues estudiaba y no perdia un momento en todo el dia. “Orar bien,” acostumbraba decir, “vale mas que estudiar á medias.”³

El joven estudiante pasaba, en la biblioteca de la universidad, todos los ratos que le dejaban sus trabajos academi-

¹ Et quidem inter primos, ut ingenio studioque multos cœqualium antecellebat. (Cochlæus, Acta Luth., p. 1.)

² Sic igitur in juventute eminebat, ut toti academix Lutheri ingenium admirationi esset. (Vita Luther.)

³ Fleissig gebet, ist uber die Helfft studirt. (Mathes., 3.)

cos. Los libros eran escasos todavía, tenía una gran ventaja en poder aprovechar de los tesoros reunidos en aquella vasta colección. Un día (hacía ya dos años que estaba en Erfurt, y tenía veiate), abre uno tras otro muchos libros de la biblioteca, para conocer sus autores, uno de ellos llama su atención; hasta entonces no había visto ninguno parecido; lee su título. . . . y es una biblia! libro raro, desconocido en aquellos tiempos.¹ Escitada vivamente su curiosidad, se penetra de admiración al encontrar, en aquel volumen, otra cosa que los fragmentos de evangelios y epístolas que la Iglesia ha escogido para leerlos al pueblo en las iglesias, todos los domingos del año. Había creído hasta entonces que aquello era toda la Palabra de Dios; y hé aquí tantas páginas, tantos capítulos, tantos libros, de que no tenía idea! A la vista de aquella Escritura, inspirada por Dios, palpita su corazón: recorre, con avidez y con inefables sentimientos, todas aquellos libros de Dios: la primera página en que se fija su atención, le refiere la historia de Ana y del joven Samuel: lee, y apenas puede contener la alegría que inunda su corazón. Este niño, que sus padres ofrecen al Eterno por toda su vida; el cántico de Ana, en que declara que el Eterno levanta al pobre del polvo y saca del fango al desvalido, para colocarlo entre los potentados; este niño Samuel, que crece en el templo á presencia del Eterno; esta historia, esta Palabra que ha descubierto, le causan sensaciones que le eran desconocidas. Vuelve á su casa con el corazón henchido. “Ah! dice entre sí, si Dios quisiese darme para mi otro libro como aquel!”² Es probable que no hubiese estudiado Lutero el griego ni el hebreo en los dos ó tres años que asistió á la universidad. Aquella biblia, que le había causado tanta alegría, estaba en latín: volvió prontó á la biblioteca al lado de su tesoro; la leyó y releyó; y, en me-

¹ Auf ein Zeyt, wie er die Bücher fein nacheinander besieht... kommt er über die lateinische Biblia....(Ibid.)

² Avidè percurrit, cæpitque optare ut olim talem librum et ipse nancisci posset....(M. Adami, Vit. Luth., p. 103.)

dio de su alegría y admiracion, volvió á leerla todavía: vislumbraba ya los resplandores de la verdad nueva que se le manifestaba.

De este modo le hizo Dios hallar su Palabra, y descubrir el libro del que debía dar un día á su pueblo, aquella traducción admirable, en la que la Alemania, hace tres siglos, lee los oráculos de Dios. Por la primera vez, quiza, fué sacado aquel libro precioso del lugar que ocupaba en la bibliotéca de Erfurt; cuyo libro, hallado en los estantes retirados de una sala oscura, iba á ser, para todo un pueblo, el libro de la vida. La reformation estaba escondida en aquella biblia.

En el mismo año obtuvo Lutero el primer grado académico, que era el de bachiller.

Las tareas penosas, á que se entregó para sostener sus exámenes, le hicieron caer gravemente enfermo. Parece que se le acercaba la muerte: profundos pensamientos ocupaban su mente, y creía que iba á terminar su existencia terrestre. Compadecianse de él: es lastima, decian, ver tantas esperanzas tan pronto desvanecidas. Muchos amigos iban á visitarle en su lecho de muerte: entre ellos se hallaba un sacerdote, anciano venerable, que habia seguido con interes al estudiante de Mansfeld, en sus trabajos y en su vida academica. Lutero no pudo ocultarle el pensamiento que le dominaba: "pronto," dijo, "seré llamado de este mundo." Pero el anciano le respondió con bondad: "Mi querido bachiller, animo! no morireis de esta enfermedad. Dios, nuestro Señor, hará todavía de vos un hombre que, á su vez consolará á muchos;" porque Dios carga con su cruz al que ama, y los que la llevan con paciencia adquieren mucha sabiduria." Estas palabras causaron impresion en el joven enfermo: hallandose á las puertas del sepulcro le recuerda un sacerdote que Dios, como dijo la madre de Samuel, levanta al miserable! El anciano derramó en su corazon un balsamo suave; reanimó sus espíritus; Lutero

¹ Deus te virum faciet qui alios multos iterum consolabitur.— (Melch. Adami, Vita Lutheri, p. 103.)

no lo olvidará jamas. Matesius, amigo de Lutero, que refiere este hecho, dice: "aquella fué la primera prediccion que el Señor Doctor oyó, y él la ha recordado muchas veces. Se comprende facilmente en que sentido llama Matesius esta palabra una prediccion.

Restablecido ya Lutero, se notó que habia alguna mudanza en él. La Biblia, su enfermedad, y las palabras del anciano sacerdote parecian haberle dirigido una nueva llamada. No habia sin embargo nada de resuelto en su espíritu. Siguió en sus estudios. En 1505 fué hecho maestro en artes, ó doctor en filosofia. La universidad de Erfurt era entonces la mas celebre de Alemania. Las demas no eran, en su comparacion, mas que escuelas inferiores. La ceremonia se hizo con pompa, segun costumbre: una procesion con antorchas fué á rendir homenaje á Lutero,¹ la fiesta fué soberbia, y en todos reinó la alegría. Lutero, animado quizá con estos honores, se dispuso á dedicarse enteramente á la jurisprudencia, conforme á la voluntad de su padre.

Emperó, Dios tenia otra voluntad. En tanto que Lutero se ocupaba en varios estudios, cuando empezaba á enseñar la fisica y la ética de Aristoteles, y otros ramos de filosofia, su corazon no cesaba de gritarle que la unica cosa necesaria era la piedad, y que ante todo debia estar seguro de su salvacion. Sabía con que disgusto mira Dios el pecado; recordaba las penas que su Palabra denuncia al pecador, y se preguntaba con temor si estaba seguro de poseer el favor divino: su conciencia le respondia, no. Su caracter era pronto y decidido, y asi es que resolvió hacer todo lo que pudiese asegurarle una firme esperanza de la inmortalidad. Dos acontecimientos vinieron, uno tras otro, á conmovier su alma y precipitar su determinacion.

Entre sus amigos de la universidad, habia uno llamado Alexis, con quien estaba intimamente unido. Una mañana se divulgó en Erfurt la noticia de que Alexis habia sido asesinado: sale precipitadamente Lutero á informarse, y

¹ L. Opp. W. XXII., p. 2229.

llega á saber que por desgracia era cierta la noticia. Esta repentina perdida de su amigo le afecta, y la pregunta que se hace á sí mismo "que seria de mi, si fuese tan repentinamente llamado?" llena su alma de un terror panico.¹

Esto pasaba en el estío del año 1505. Lutero, que por las vacaciones ordinarias de la universidad, se hallaba libre, resolvió hacer un viaje á Mansfeld, para ver los lugares queridos de su infancia, y abrazar á sus padres. Acaso quería tambien abrir su corazon á su padre, consultarle sobre el designio que empezaba á formarse en su espíritu, y saber su opinion para elegir otra vocacion. Preveia todas las dificultades que le esperaban. La vida perezosa de la mayor parte de los sacerdotes disgustaba al activo minero de Mansfeld. Por otra parte, los eclesiasticos eran poco estimados en el mundo; los mas solo gozaban de una mezquina renta; y el padre de Lutero, que habia hecho muchos sacrificios para sostener su hijo en la universidad, á quien veia enseñar publicamente, á la edad de veinte años, en una escuela celebre, no se hallaba dispuesto á renunciar las esperanzas de que se nutria su orgullo.

Ignoramos lo que pasó durante la permanencia de Lutero en Mansfeld. Puede ser que la voluntad pronunciada de su padre, le hubiese retraído de abrirle su corazon. Salió de nuevo de la casa paterna; para ir á sentarse en los bancos de la academia; estaba ya á poca distancia de Erfurt, cuando fué sorprendido por una gran tempestad: estalla el rayo, y cae á sus pies: ponese Lutero de rodillas: era quizá llegada su hora: la muerte, el juicio, y la eternidad le cercan con todos sus terrores, y le hacen oír una voz á la que no puede resistir: "rodeado de angustias y de espanto," como dice el mismo,² hace voto de abandonar el mundo y de entregarse enteramente á Dios, si el Señor le saca de este peligro. Despues de haberse levantado, viendo siempre delante de

¹ Interritu sodalis sui contristatus. (Cochlæus, p. 1.)

² Mit Erschrecken und Angst des Todes umgeben. (L. Epp. II., 101.)

si aquella muerte que debía alcanzarle un día, se examina seriamente, y se pregunta á sí mismo lo que debe hacer.¹ Los pensamientos que le agitaron en otro tiempo se le representan con mas fuerza. Ha procurado, es verdad, llenar todos sus deberes; pero, ¿en que estado se halla su alma? ¿Puede por ventura, con un corazón impuro, parecer ante el tremendo tribunal de Dios? Aspira ahora á la santidad como antes aspiraba á la ciencia. ¿Pero donde hallarla? ¿como adquirirla? La universidad le ha procurado los medios de satisfacer sus primeros deseos, ¿Quien aplacará aquella angustia, quien apagará el ardor que le consume? ¿A que escuela de santidad se dirigirá? Irá á un claustro; la vida monastica le salvará. Cuantas veces ha oido ponderar la eficacia de aquellos asilos para transformar un corazón, para santificar un pecador y conducirlo a la perfeccion! Entrara pues en una orden monastica: llegará á ser santo, y asegurará así la vida eterna.²

Tal fué el acontecimiento que mudó la vocacion y los destinos de Lutero. Se reconoce aquí el dedo de Dios. Su mano poderosa fué la que derribó en el camino al joven maestro en artes, el pretendiente al foro, el futuro jurisconsulto, para encaminar su vida por sendas enteramente nuevas. Rubianus, uno de los amigos de Lutero en la universidad de Erfurt, le escribia algun tiempo despues: "La providencia divina pensaba en lo que debias ser un día, cuando á tu regreso de la casa paterna, el fuego del cielo te derribó, como á otro Pablo cerca de la ciudad de Erfurt, te separó de nuestra sociedad y te condujo á la secta de Agustin." Circunstancias analogas han señalado la conversion de los dos principales instrumentos, de que la Providencia divina se ha valido, en las dos mayores revoluciones que ha operado en la tierra, san Pablo y Lutero.³

¹ Cum esset in campo, fulminis ictu territus. (Cochlæus, I.)

² Occasio autem fuit ingrediendi illud vitæ genus quod pietati et studiis doctrinæ de Deo, existimavit esse convenientius. (Mel., Vit. Luth.)

³ Algunos historiadores dicen que Alexis fué muerto por el rayo

Llega Lutero á Erfurt. Su resolucion es invariable. No obstante le cuesta mucho romper vinculos que le son caros ; á nadie comunica su designio ; pero una noche convida á sus amigos de la universidad, á una alegre y frugal cena, y la musica contribuye tambien al solaz de la reunion. Es la despedida que hace Lutero al mundo. En adelante, en lugar de aquellos amables compañeros de placer y trabajo, frailes ; en lugar de aquellos entretenimientos alegres y espirituales, el silencio del claustro ; en lugar de aquellos cantos festivos, los graves tonos de la tranquila iglesia. Dios lo escige, es preciso sacrificar todo por él. Entre tanto, la colacion escita á sus amigos y el mismo Lutero los anima ; pero, en los momentos en que se entregan con confianza á su alegria, Lutero no puede retener los pensamientos graves que ocupan su mente ; habla.....descubre su designio á sus amigos atonitos.... estos procuran disuadirle, pero en vano ; y, en la misma noche, Lutero, temiendo quizá solicitudes importunas, sale de su cuarto ; deja en él toda su ropa, y todos sus libros, guardandó solo Virgilio y Plauto (no tenia todavia la biblia). Virgilio y Plauto ! la epopeya y la comedia ! rara manifestacion del espíritu de Lutero ! En efecto, ha habido en él toda una epopeya, un bello grande y sublime poema ; pero de un caracter propenso á la alegria, al chiste, y á la chanza, mezcló mas de un rasgo familiar al fondo grave y magnifico de su vida.

Provisto de aquellos dos libros, va solo y á oscuras al convento de los Hermitaños de san Agustin, dónde pide ser admitido ; le admiten en efecto, cierase la puerta, y héle aquí separado para siempre de sus padres, de sus condicipulos y del mundo ! Esto aconteció el diez y siete de Agosto 1505. Lutero tenia entonces veinte y un años y nueve meses.

que espantó á Lutero ; pero dos contemporaneos, Mathesius (p. 4), y Selnecker (in Orat. de Luth.), distinguen aquellos dos acontecimientos ; y aun podria añadirse á su autoridad la de Melancton, que dice : "Sodalem nescio quo casu interfectum." (Vita Luth.)

III.

Su padre.—Superstición.—Trabajos serviles.—Valor.—Estudios.—La biblia.—
Acetismo.—Angustias.

EN fin Lutero estaba ya con Dios, y su alma en seguridad. Ya tocaba pues á aquella santidad tan deseada. Viendo este joven doctor, los frailes estaban admirados y elogiaban su valor y su desprecio del siglo.¹ Lutero no olvidó sin embargo á sus amigos: les escribió despidiendose de ellos y del mundo; y el dia siguiente les envió sus cartas, con los vestidos que habia llevado hasta entonces, y aun su anillo de maestro en artes, para no conservar ningun recuerdo del mundo que abandonaba.

Sus amigos de Erfurt quedaron estupefactos. ¿Será posible, decian, que un ingenio tan grande, se sepulte en aquella vida monastica que es una semi muerte?² Penetrados de dolor se apresuran á ir al convento, confiados en hacer desistir á Lutero de una determinación tan deplorable; pero todo fué inútil; porque se les negó la entrada. Todo un mes pasó, sin que nadie pudiera ver ni hablar al novicio.

Lutero habia cuidado tambien de comunicar á sus padres la gran mudanza que acababa de efectuarse en su vida; cuya noticia les causó mucha aflicción; segun nos dice el mismo Lutero en la dedicatória, que dirige á su padre, en su libro sobre los votos monasticos.

Ellos temian por su hijo, temian que su fragilidad, su juventud, el ardor de sus pasiones y la ociosidad del claustro, no precipitasen al joven, pasado el primer momento de entu-

¹ Hujus mundi contemptu, ingressus est repente, multis admirantibus, monasterium... (Cochlæus, 1.)

² In vitâ semi-mortuâ. (Melch. Adami, V. L., p. 102.)

siasmo, en la desesperacion ó en grandes extravíos. Sabian que este genero de vida habia perdido á muchos, y por otra parte, el consejero minero de Mansfeld tenia otras miras con respecto á su hijo; pues quería hacerle contraer un matrimonio rico y honroso. Y hé aquí desbaratados, en una noche, todos sus proyectos ambiciosos por aquella accion imprudente.

Irritado Juan, escribió á su hijo una carta, en la que le hablaba de tú, nos dice Martin, mientras que le habia tratado de Usted, desde que habia recibido el grado de maestro en artes: le privaba de su cariño y le declaraba indigno del afecto paternal. En vano los amigos de Juan Lutero, y acaso su propia muger, procuraban calmarle; en vano le decian: "Si quereis sacrificar algo á Dios, sea el objeto mas caro á vuestro corazon, vuestro hijo, vuestro Isaác;" el incesorable consejero de Mansfeld no quería oír nada.

Sin embargo algun tiempo despues (y esto lo refiere tambien el mismo Lutero, en un sermon predicado en Wittemberg, el veinte de Enero 1544), se declaró la peste; y Juan Lutero perdió dos de sus hijos, y al mismo tiempo fueron á decir á este padre, sumergido en el dolor, que el fraile de Efurt habia muerto tambien h...Aprovecharonse de esta ocasion para que el novicio recobrará el afecto de su padre. "Si es una noticia falsa," le dijeron sus amigos, "santificad á lo ménos vuestra affliccion, consintiendo voluntariamente en que vuestro hijo sea fraile!"... "Sea en hora buena!" respondió Juan Lutero, con un corazon desgarrado y medio enternecido, "y que Dios le dé acierto!" Mas tarde, cuando Lutero, reconciliado con su padre, le refirió el suceso que le habia impulsado á entrar en la orden monastica, "quiera Dios," respondió el honrado minero, "que no hayais tomado por un llamamiento celestial, lo que solo era una sugestion del demonio!"¹

No habia entonces en Lutero lo que debía hacer de él

¹ Gott geb dass es nicht ein Betrug und teuflisch Gespenst sey! (L. Epp. II., p. 101.)

mas tarde el reformador de la Iglesia: su entrada en el convento es la prueba. Era una accion conforme á la tendencia del siglo; pero Lutero debia contribuir pronto á separar de ella á la Iglesia. El que debia llegar á ser el doctor del mundo, era todavia su servil imitador. Fué añadida una piedra al edificio de las supersticiones, por el mismo que debia destruirlo despues. Lutero buscaba su salud en sí mismo y en las practicas y observancias humanas, porque ignoraba que la salvacion venga enteramente de Dios. Quería su propia justicia y gloria, desconociendo la justicia y la gloria del Señor. Pero, lo que ignoraba todavia, lo aprendió poco despues. Este inmenso cambio se efectuó en el claustro de Erfurt, sustituyendo en el corazon de Lutero, Dios y su sabiduria, al mundo y sus tradiciones, y preparando la poderosa revolucion de que fué el mas eficaz instrumento.

Martin Lutero, al entrar en el convento, cambió de nombre y se hizo llamar Agustin. “¿Que insensatez é impiedad,” decia hablando de esta circunstancia, “el desechar el nombre de su bautismo por la capilla! Así los papas se avergüenzan del nombre que han recibido en el bautismo, y manifiestan que son desertores de Jesucristo.”¹

Los frailes le acogieron con gozo: no era poca satisfaccion para su amor propio el ver preferida una casa de su orden á la universidad, que abandonaba uno de sus doctores mas estimados. Sinembargo le trataron con dureza, y le destinaron á los trabajos mas viles. Querian humillar al doctor en filosofia, y enseñarle, que su ciencia no le hacía superior á sus hermanos. Por otra parte querían impedirle, que se entregara á sus estudios de los que no hubiera sacado ningua provecho el convento. El antiguo maestro en artes debia ejercer las funciones de portero, abrir y cerrar las puertas, dar cuerda al reloj, barrer la iglesia y las celdas.² Y, cuando el pobre fraile que era á un tiempo portero, sa-

¹ Sur Genèse, XXXIV. 3.

² Loca immunda purgare coactus fuit. (M. Adami, Vit. Luth., 103.)

cristan y criado, habia concluido su trabajo, le gritaban los hermanos: *Cum sacco per civitatem!* á la ciudad con el saco; y con sus alforjas al hombro, corria todas las calles de Erfurt mendigando de casa en casa, y obligado quizá á presentarse á la puerta de los que habian sido sus amigos ó inferiores; pero todo lo sufría con paciencia. Inclinado por caracter á dedicarse enteramente á lo que emprendía, llegó á ser fraile de todo corazon. ¿Y, como hubiera podido dejar de pensar en castigar su cuerpo, y en resistir á la sensualidad? solo así podia adquirir aquella humildad, aquella santidad, que habia ido á buscar entre las parédes del claustro.

El pobre fraile, agoviado de trabajo, aprovechaba todos los instantes que robaba á sus viles ocupaciones, para contraerse á la ciencia. Retirabase con gusto á engolfarse en sus estudios favoritos; pero los hermanos lo notaban, se aceraban á él, y le distraian de sus trabajos, diciendole: “¡Vamos, vamos! no se necesita estudiar; sino mendigar pan, trigo, huevos, pescado, carne, y dinero, para ser util al convento.”¹ Lutero obedecía, dejaba sus libros, y tomaba la alforja: lejos de arrepentirse de haber aceptado tal yugo, queria cumplir en todo la obra que habia emprendido. En aquel tiempo fué cuando empezó á desplegar la inflexible perseverancia con que prosiguió siempre las resoluciones que una vez habia formado. La resistencia que oponía á los duros asaltos que experimentaba, dieron un caracter energetico á su voluntad. Dios le probaba en pequeñas cosas, para que aprenderse á ser firme en las grandes. Por otra parte, para livrar á su siglo de las miserables supersticiones en que gemia, era preciso que pasara por ellas. Para vaciar la copa, era menester que bebiese hasta las heces.

Aquel rudo, aprendiságe no fué, sin embargo, tan largo como hubiera podido temer Lutero. El prior del convento, á peticion de la universidad de que era miembro Lutero, lo ecsimió de los trabajos que se le habian impuesto. El joven

¹ Selnecceri, Orat. de Luth. (Mathesius, p. 5.)

fraile se dió entonces, con mas ardor, al estudio. Las obras de los Padres de la Iglesia, principalmente las de Agustín, llamaron su atencion. La esposicion que hizo de los salmos aquel ilustre doctor, y su libro *de la letra y del espíritu*, eran sus lecturas favoritas. Nada le hacía tanta impresion como los sentimientos de aquel Padre, sobre la corrupcion de la voluntad del hombre, y la gracia divina. Sentia por su propia esperiencia la realidad de esta corrupcion, y la necesidad de esta gracia. Las palabras de Agustín, simpatizaban con su corazon; y, si hubiera podido pertenecer á otra escuela que la de Jesucristo, hubiera sido sin duda á la del doctor de Hipona. Sabia casi de memoria las obras de Pedro de Ailly, y de Gabriel Biel. Le admiró lo que dice el primero, que si la Iglesia no se hubiese decidido por lo contrario, seria preferible admitir que se reciben real y verdaderamente en la cena el pan y el vino, y no sus simples accidentes.

Estudió tambien con cuidado los teólogos Occam y Gerson, que hablan con tanta libertad sobre la autoridad de los papas. A estas lecturas unía otros ejercicios. En las disputas publicas desenredaba los argumentos mas complicados, y salia de laberintos en que otros se perdian, dejando admirado todo el auditorio.¹

Pero no era para adquirir la reputacion de grande ingenio, por lo que habia entrado en el claustro, sino para buscar el alimento espiritual;² por lo que no consideraba sus estudios sino como pasatiempo.

Gustaba, sobre todas las cosas, de beber la sabiduria en el manantial puro de la Palabra de Dios. Halló en el convento una Biblia, atada con una cadena, y siempre iba á leerla. Comprendia poco la Palabra, con todo ella era su mas agradable lectura. Le sucedia á veces pasar todo el

¹ In disputationibus publicis labyrinthos alii inextricabiles disertè multis admirantibus explicabat. (Melancht., Vit. Luth.)

² In eo vitæ genere non famam ingenii, sed alimenta pietatis quærebatur. (Ibid.)

Re. Span.

dia meditando sobre un solo pasage. Otras veces aprendia de memoria trozos de los profetas. Deseaba sobre todo, que los escritos de los apóstoles y profetas le hiciesen conocer bien la voluntad de Dios, aumentar el temor que le inspiraba su nombre, y robustecer su fé con los firmes testimonios de la Palabra.¹

Por este tiempo empezó, á lo que parece, á estudiar las Escrituras en las lenguas originales, y á hechar los cimientos de la mas perfecta y útil de sus obras, la traduccion de la Biblia, para la cual se servia de un *lexicon* hebreo de Reuchlin, que acababa de parecer. Un hermano del convento, versado en las lenguas griega y hebrea, y con quien tuvo siempre intima amistad, Juan Lange, le dió probablemente las primeras direcciones.² Se valia tambien mucho de los sabios comentarios de Nicolas Lyra, muerto en 1340. Esto hacia decir á Pflug, que fué despues obispo de Naumbourg: "Si Lyra no hubiese tocado la lira, Lutero no hubiera saltado jamas." "*Si Lyra non lyrasset, Lutherus non saltasset.*"

El joven fraile estudiaba con tanta aplicacion y celo, que le sucedió muchas veces, no rezar las horas en dos ó tres semanas; pero despues se asustaba, pensando que habia quebrantado las reglas de su orden. Entonces se encerraba para reparar su descuido: repetia escrupulosamente todas las horas que habia dejado de rezar, sin pensar ni en comer ni en beber.

Deseando ardientemente llegar á la santidad que habia ido á buscar en el claustro, Lutero se entregó á todo el rigor de la vida ascetica. Procuraba castigar la carne con ayunos, maceraciones y vigiliass.³ Encerrado en su celda como en una carcel, luchaba sin cesar contra los malos pensamientos y las males inclinaciones de su corazon. Un poco de

¹ Et firmis testimoniis aleret timorem et fidem. (Mel., Vit. Luth.)

² Gesch. d. deutsch. Bibelübersetzung.

³ Summa disciplinæ severitate se ipse regit, et omnibus exercitiis lectionum, disputationum, jejuniorum, precum, omnes longe superat. (Melanct., Vita Luth.)

pan y arenque era muchas veces su unico alimento; es cierto que era muy sobrio naturalmente, pues sus amigos le vieron mas de una vez, aun en el tiempo en que no pensaba ganar el cielo con abstinencias, contentarse con muy pocos alimentos.¹ De aqui se puede inferir el poco caso que se debe hacer de las fábulas que la ignorancia y la parcialidad han esparcido sobre la intemperancia de Lutero. En la epoca de que hablamos, nada le costaba para ser santo, afin de ganar el cielo. Nunca tuvo la iglesia romana un fraile mas devoto; nunca vieron los claustros trabajos mas consiendosos é infatigables para conseguir la eterna felicidad.² Cuando Lutero llegó á ser reformador y dijo que el cielo no se compra, sabia bien lo que decia... Verdaderamente, escribia al duque Jorge de Sajonia, yo he sido un fraile piadoso, y he seguido con mas severidad que puedo decirlo, las reglas de mi orden. Pueden atestiguarlo todos los religiosos que me han conocido. Si algun fraile hubiera podido entrar en el cielo por sus fraladeras, no hay duda que yo hubiera entrado. Si hubiera durado mucho tiempo aquella rigidez, yo me hubiera martirizado hasta morir, á fuerza de austeridades.”³

Llegamos á la epoca en que Lutero fué hecho hombre nuevo llegando á conocer la inmensidad del amor de Dios, y pudiendo ya anunciarlo al mundo.

No disfrutaba Lutero, en el retiro del claustro y en la perfeccion monacal, aquella paz que fué á buscar allí. Querria asegurar su salvacion; esta era la gran necesidad de su alma; fuera de ella no hallaba descanso. Pero, no solo le perseguian en su celda los temores que le habian agitado, sino que se aumentaban; el menor grito de su conciencia resonaba con fuerza bajo las bovedas silenciosas del claustro.

¹ Erat enim naturâ, valde modici cibi et potus. (Melancth., Vita Luth.)

² Strenuè in studiis et exercitiis spiritualibus, militavit ibi Deo annis quatuor. (Cochlæus, I.)

³ L., Opp. (W.), XIX., 2299.

Dios le condujo á él para que aprendiese á conocerse á sí mismo, y á desconfiar de sus propias fuerzas y virtud. Su conciencia, iluminada por la Palabra divina, le decia lo que era ser santo ; pero estaba lleno de espanto, no hallando en su corazon ni en su vida aquella imágen de santidad que habia contemplado con admiracion en la Palabra de Dios. Triste descubrimiento quo hace todo hombre sincero ! No poseía la justicia interior ni la ecsterior ; no habia en él mas que impureza, pecado !... Quanto mas ardiente era el caracter de Lutero, tanto mas fuerte era la resistencia secreta y constante que la naturaleza del hombre opone al bien ; de suerte que habia caido casi en la desesperacion. Los frailes y los teologos de aquel tiempo le invitaban á hacer obras que pudiesen satisfacer la justicia divina. Pero que obras, se decia, podran salir de un corazon como el mio ? ¿ como podré yo, con obras manchadas en su misma esencia, sostenerme ante la santidad de mi Juez ? “ Yo me hallaba, en presencia de Dios, un gran pecador,” escribe, “ y no creia que me fuese posible aplacarle con mis meritos.”

Estaba agitado, aunque triste, y evitaba las fútiles y groseras conversaciones de los frailes : estos, que no podian comprehender los combates interiores que experimentaba Lutero, le miraban con estrañeza y se quejaban de su aire taciturno y silencioso.¹ Un dia, refiere Cochläus, que celebraban la misa en la capilla, Lutero, triste, angustiado, y suspirando, se hallaba en el coro entre sus hermanos ; al tiempo del evangelio, el pobre fraile, no pudiendo ya contener su tormento, y echandose de rodillas, gritó con un tono lamentable : “ no soy yo, no soy yo !”² todos se sorprendieron, y la solemnidad se interrumpió un instante. Puede ser que se le figurase á Lutero oír alguna reconvencion hallandose inocente ; puede ser que se acusase de ser indigno de entrar en el numero de los que aspiraban á la vida eterna,

¹ Visus est fratribus non nihil singularitatis habere. (Cochläus, 1.)

² Cum repente ceciderit vociferans : “ Non sum ! Non sum !” (Ibid.)

que les ofrecia la muerte de Cristo. Cochlæus dice, que se leía entonces la historia del mudo de cuyo cuerpo arrojó Jesus un demonio: “acaso, si es cierta la historia, el grito de Lutero, tenia relacion con aquel suceso, y protestaba con aquel grito que su silencio dimanaba de otra causa que de la posesion del diablo. En efecto este Cochlæus nos dice, que los frailes atribuyen á veces, las angustias de su hermano á un comercio secreto que tenía con el demonio; y el mismo escritor es de esta opinion.¹

Una conciencia timorata le hacía mirar á Lutero la menor falta como un gran pecado, y luego que descubria alguna, procuraba espirlarla con grandes mortificaciones; pero esto no servia mas que para hacerle conocer la ineficacia de todos los remedios humanos. “Me he atormentado hasta morir,” dice, “por conseguir, para mi corazon turbado y mi conciencia agitada, la paz de Dios; pero, rodeado de tinieblas espantosas, yo no encontraba la paz en ninguna parte.”

Las practicas de la santidad monacal, que aletargaban tantas conciencias, y á las que habia apelado él mismo en sus angustias, le parecieron ya inútiles remedios de curanderos y charlatanes. “Siendo fraile, cuando sentia que me asaltaba alguna tentacion, me decia á mi mismo: Soy perdido!...y al punto recurria á mil medios para acallar los gritos de mi conciencia. Me confesaba todos los dias, pero esto no me servia de nada, y entonces agoviado de tristeza me abrumaba la multitud de mis pensamientos, y me decia á mí mismo: Con que todavía eres envidioso, impaciente, colerico....! es decir que nada te ha servido, oh infeliz! el haber entrado en esta sagrada orden....”

Y sin embargo, imbuido Lutero en las preocupaciones de su tiempo, habia considerado, desde su juventud, las practicas cuya ineficacia experimentaba ya como remedios seguros para las enfermedades del alma. ¿Que pensar del raro descubrimiento que acababa de hacer en la soledad del claustro? Con que se puede habitar en el santuario, y

¹ Ex occulto aliquo cum sermone cominario. (Ibid.)

llevar dentro de sí *un hombre de pecado...!* Lutero ha recibido otro vestido, pero no otro corazón. Sus esperanzas se han frustrado. ¿A que se decidirá? Todas estas reglas y observancias, se decía Lutero, no serían acaso más que invenciones de los hombres? Semejante suposición le parecía á veces una seducción del diablo, y otras una irresistible verdad. Alternativamente en lucha con la santa voz que hablaba á su corazón, y con las instituciones venerables que habían sancionado los siglos, Lutero pasaba su vida en un continuo combate. El joven fraile, parecido á un espectro, se arrastraba en los largos corredores del claustro dando tristes gemidos. Consumiase su cuerpo, sus fuerzas le abandonaban y á veces quedaba como muerto.¹

Un día oprimido de tristeza, se encerró en su celda, y no permitió á nadie que entrara. Uno de sus amigos, Lucas Edemberger, inquieto acerca del desgraciado fraile, y teniendo algún presentimiento del estado en que se hallaba, fué con algunos muchachos, acostumbrados á cantar en los coros, á llamar á la puerta de la celda: nadie responde ni abre: el buen Edemberger, mas asustado todavía, derriba la puerta, y vé á Lutero tendido en el suelo sin sentido; entonces hace entonar á los muchachos un suave cántico; sus voces puras obran como un encanto en el pobre fraile, que gustó siempre de la música; y poco á poco recobra sus fuerzas, el conocimiento y la vida.² Pero si la música pudo serenarle un poco por algunos instantes, se necesitaba otro remedio más fuerte para curarle radicalmente; se necesitaba aquel sonido dulce y sutil del Evangelio, que es la voz del mismo Dios. El lo sabía bien, y por lo mismo sus dolores y aflicciones le conducían á estudiar con nuevo celo los escritos de los apóstoles y de los profetas.³

¹ *Sæpè cum cogitantem attentius de ira Dei, aut de mirandis pænarum exemplis, subito tanti terrores concutiebant, ut penè examinaretur.* (Melancthon, Vita Luth.)

² Seckend., p. 53.

³ *Hoc studium ut magis expeteret, illis suis doloribus et pavoribus movebatur.* (Melanct., Vita Luth.)

IV.

Hombres devotos.—Staupitz.—Su visita.—Conversaciones.—La gracia de Cristo.—El arrepentimiento.—La eleccion.—La Providencia.—La Biblia.—El viejo fraile.—La remision de los pecados.—Consagracion.—La comida.—Corpus Christi.—Vocacion en Wittemberg.

LUTERO no era el primer fraile que hubiese pasado por semejantes combates. Los claustros ocultaban con frecuencia en la oscuridad de sus muros vicios abominables, que hubieran hecho estremecer á toda alma timorata, si se hubieran patentizado; pero á menudo tambien encerraban virtudes cristianas que se practicaban en silencio y que, manifestadas al mundo, hubieran causado su admiracion. Los que poseían aquellas virtudes no vivian sino consigo mismos y con Dios, no llamaban la atencion, y aun eran ignoradas muchas veces, del humilde convento en que se abrigaban. Aquellos humildes solitarios caian á veces en la teologia mística, triste enfermedad de las mas nobles almas, que hizo en otro tiempo las delicias de los primeros frailes en las margenes del Nilo, y que consume inutilmente los espíritus de que se apodera.

Sin embargo cuando alguno de aquellos hombres era llamado á un puesto eminente, desplegaba en él virtudes cuya influencia saludable se ecstendia lejos y por largo tiempo. La vela estaba encendida, alumbraba toda la casa, y su luz despertaba á muchos. Así aquellas almas devotas se propagaban de generacion en generacion, y se les vió brillar como antorchas solitarias, en los mismos tiempos en que no eran frecuentamente los claustros sino receptaculos impuros de la mas profunda ignorancia.

Un joven se hizo notable de este modo en uno de los con-

ventos de Alemania : llamabase Juan Staupitz, y era descendiente de una noble familia de la Misnie. Desde su infancia amó las ciencias y la virtud,¹ y sintió la necesidad del retiro para dedicarse á las letras. Pronto conoció que la filosofía y el estudio de la naturaleza no podian contribuir mucho á la salvacion eterna. Pusose pues á estudiar la teología ; pero se aplicaba principalmente á unir la practica con la ciencia ; porque, dice uno de sus biografos, en vano es hacer alarde del nombre de teologo, si no se acredita este bello titulo, con su vida.² El estudio de la Biblia, y de la teología de san Agustin, el conocimiento de si mismo, los combates que tuvo que sufrir, como Lutero, contra los ardides y la concupiscencia de su corazon, le acercaron al Redentor, y halló la paz de su alma en la fé en Cristo. Adériose principalmente á la doctrina de la eleccion de la gracia. Lo justo de su vida, la profundidad de su ciencia, la elocuencia de su palabra, no menos que su ecsterior distinguido, y sus modales, llenos de dignidad,³ le recomendaban á sus contemporaneos. El elector de Sajonia, Federico el Sabio, fué su amigo, lo empleó en varias embajadas, y fundó, bajo su direccion, la universidad de Wittemberg. Aquel discípulo de san Pablo y de san Agustin fué el decano de la facultad de teología de aquella escuela, de donde habia de salir un dia la luz que iluminase las escuelas é iglesias de tantos pueblos. Asistió al concilio de Letran, en nombre del arzobispo de Salzboung, llegó á ser provincial de su orden en Thuringe y en Sajonia, y mas tarde vicario general de los Agustinos de toda la Alemania.

Staupitz se condolia de la corrupeion de las costumbres, y de los errores de doctrina que affligian á la Iglesia. Sus escritos sobre el amor de Dios, sobre la fé cristiana, sobre la semejanza de la muerte del justo con la de Cristo, y el tes-

¹ A teneris unguiculis, generoso animi impetu, ad virtutem et eruditam doctrinam contendit. (Melch. Adam., Vita Staupitz.)

² Ibid.

³ Corporis formâ atque staturâ conspicuus. (Cochl., 3.)

timonio de Lutero lo acreditan; pero consideraba el primero de aquellos males como mas grave que el segundo. Por otra parte, la afabilidad é indecision de su caracter, y su empeño de no salir del circulo de accion en que se creia encerrado, le hacian mas propio para ser el restaurador de un convento, que el reformador de la Iglesia. Hubiera querido no colocar en empleos de alguna importancia sino hombres distinguidos, pero, cuando no los encontraba, se resignaba á emplear otros. “Es menester arar,” decia, “con caballos, y si no los hay con burricos.”¹

Ya hemos visto las angustias y luchas interiores, que padecia Lutero en su convento de Erfurt. En aquel tiempo se anunció la visita del vicario general. Staupitz llegó en efecto; y el amigo de Federico, el fundador de la universidad de Wittemberg, el superior de los Agustinos, manifestó su benevolencia á aquellos frailes sometidos á su autoridad. Pronto llamó su atencion uno de los hermanos; era un joven de estatura mediana que el estudio, la abstinencia y las vigiliass habian enflaquecido tanto, que se podian contar todos sus huesos.² Sus ojos, que mas tarde fueron comparados á los del halcon, estaban entonces abatidos; su andar era triste, su mirar indicaba una alma agitada, entregada á mil combates, pero fuerte sinembargo, y propensa á la resistencia: habia en toda su persona algo de grave, de melancolico y solemne. Staupitz, que tenia una larga esperiencia de los hombres, descubrió facilmente lo que pasaba en el interior de Lutero, y distinguió este joven hermano, de entre los que le rodeaban: se sintió atraído hácia él, previó sus grandes destinos, y concibió un interes particular por su subordinado. El tambien tuvo sus luchas como Lutero, y así pudo comprender á éste, y aun mostrarle el camino de la paz que habia encontrado. Lo que supo de las circunstancias que llevaron á Lutero al convento, aumentó su simpatia. Recomendó al prior que le tratara con mas suavidad, y aprovechó

¹ L. Opp. (W.), V. 2169.

² P. Mosellani Epist.
Ref. Espan.

las ocasiones que su empleo le presentaba, para ganar la confianza del joven fraile. Acercandose á él con afecto, procuró disipar su timidez, aumentada por el respeto y el temor que debia inspirarle un hombre de una clase tan superior como Staupitz.

El corazon de Lutero, que había estado cerrado hasta entonces, por los tratamientos duros que experimentaba, se abrió enfin, y se dilató á los dulces rayos de la caridad. *“Así como relúcen en las aguas, las caras de los que allí se miran, así los corazones de los hombres están manifiestos á los prudentes.”*¹

Los corazones de Staupitz y de Lutero se entendieron. El vicario general comprendió á Lutero, y éste sintió por él una confianza, que nadie le habia inspirado hasta entonces. Le reveló la causa de su tristeza, le comunicó los horribles pensamientos, y entonces se entablaron, en el claustro de Erfurt, conferencias llenas de sabiduría.

“En vano es,” decia con tristeza Lutero á Staupitz, “que yo haga promesas á Dios; el pecado es siempre el mas fuerte.” “Oh amigo mio,” le respondia el vicario general aludiendo á sí mismo, “yo he jurado mas de mil veces á nuestro santo Dios, de vivir devotamente, y no lo he cumplido jamas; pero ya no quiero jurar, porque seria en falso. Si Dios no quiere concederme su gracia, por el amor de Cristo, y permitirme salir con felicidad de esta tierra, cuando llegue el caso, no podré, con todas mis promesas y buenas obras, subsistir en su presencia; será menester que yo perezca.”²

La idea de la justicia divina, asusta al pobre fraile, y espone sus temores al vicario general. La inefable santidad de Dios y su soberana majestad le espantan. ¿Quien podrá sostener el dia de su venida? ¿Quien podrá subsistir cuando aparezca?

Staupitz vuelve á tomar la palabra: sabe donde ha encontrado la paz, y quiere mostrarsela al joven. “Porque te

¹ Proverbios, cap. XXVII., ver. 19.

² l. Opp. (W.), VIII., 2725.

tormentas, le dice, de todas estas especulaciones y de todos estos altos pensamientos? Mira las llagas de Jesucristo, y la sangre que ha derramado por tí; ahí es donde la gracia de Dios te aparecerá. En lugar de martirizarte por tus faltas, echate en los brazos del Redentor. Confía en él, en la justicia de su vida, en la escpiacion de su muerte. No retrocedas; Dios no está irritado contra tí, tu eres quien estás irritado contra Dios; escucha á su Hijo; él se ha hecho hombre por darte la seguridad de su divino favor; te dice: tú eres mi oveja, tu oyes mi voz, y nadie te arrancará de mi mano.”¹

Sinembargo, Lutero no halla en sí el arrepentimiento, qué cree ser necesario para su salvación; y dá al vicario general la respuesta ordinaria de las almas angustiadas y timidas: “¿ Como atreverme á creer en el favor de Dios, mientras no estoy verdaderamente convertido? Es menester que yo cambia para que me acepte.”

Su venerable guia le hace ver que no puede haber verdadera conversion, mientras tema el hombre á Dios como á un juez severo. “Que direis entonces,” esclama Lutero, “de tantas conciencias á quienes se prescriben mil mandamientos impracticables para ganar el cielo?”

Entonces oye esta respuesta del vicario general, que le parece no venir de un hombre, sino que es una voz que baja del cielo: “No hay,” dice Staupitz, “más arrepentimiento verdadero, que el que empieza por el amor de Dios y de la Justicia.” Lo que muchos creen ser el fin, y el cumplimiento del arrepentimiento no es, al contrario, sino su principio. Para que abundes en amor al bien, es preciso que antes abundes en amor á Dios. Si quieres convertirte, no te entregues á

¹ L. Opp. (W.), II., 264.

² Te velut á cælo sonantem accepimus. (L. Epp., I., 115, ad Staupitzium, du 30 mai 1518.)

³ Penitentia verò non est, nisi quæ ab amore justiciæ et Dei incipit, etc. (L. Epp. I., 115, ad Staupitzium, du 30 mai 1518.)

todas esas maceraciones y á todos esos martirios. Ama á quien primero te amó!"

Escucha Lutero, y no se harta de escuchar. Aquellas consolaciones le llenan de un gozo desconocido, y le dan una nueva luz. "Jesucristo es," pensaba en sí mismo, "sí, el mismo Jesucristo es el que me consuela tan admirablemente con estas dulces y saludables palabras."¹

En efecto, ellos penetraron hasta el fondo del corazón del joven fraile, como la flecha aguda arrojada por un brazo fuerte.² Para arrepentirse es menester amar á Dios! Iluminado con esta nueva luz, se pone á cotejar las Escrituras, buscando todos los pasajes en que hablan de arrepentimiento y de conversion. Estas palabras, tan temidas hasta entonces, para emplear sus propias espresiones, son ya para él un juego agradable, y la mas dulce recreacion. Todos los pasajes de la Escritura que le asustaban, le parece ya que acuden de todas partes, que sonrien, saltan á su derredor, y juegan con él."³ "Antes," esclama, "aunque yo disimulase con cuidado delante de Dios el estado de mi corazón, y me esforzase á mostrarle un amor forzado y fingido, no habia para mí en la Escritura ninguna palabra mas amarga que la de arrepentimiento; pero ahora no hay ninguna que me sea más dulce y agradable."⁴ Oh! cuan dulces son los preceptos de Dios, cuando se leen en los libros y en las preciosas llagas del Salvador!"⁵

¹ Memini inter jucundissimas et salutare fabulas tuas, quibus me solet Dominus Jesus mirificè consolari. (L. Epp. I., 115, ad Staupitzium, du 30 mai 1518.)

² Hæsit hoc verbum tuum in me, sicut sagitta potentis acuta. (L. Epp. I., 115, ad Staupitzium, du 30 mai 1518.)

³ Ecce jucundissimum ludum, verba undique mihi colludebant, planèque huic sententiæ arridebant et assultabant. [Ibid.]

⁴ Nunc nihil dulcius aut gratius mihi sonet quàm penitentia, etc. (L. Epp. I., 115.)

⁵ Ita enim dulcescunt præcepta Dei, quando non in libris tantum, sed in vulneribus dulcissimi Salvatoris legenda intelligimus. (Ibid.)

Sin embargo, consolado Lutero con las palabras de Staupitz, recaía á veces en el abatimiento. El pecado se mostraba de nuevo á su conciencia temerosa, y entonces á la alegría de la salvacion sucedia toda su antigua desesperacion. "Oh! pecado, pecado, pecado!" exclamó un dia el joven fraile, en presencia del vicario general, con el acento mas doloroso. "Y que! ¿quisieras no ser pecador mas que en pintura," replicó éste, "y no tener tampoco mas que un Salvador en pintura?" Luego añadió Staupitz, con autoridad: "Sabe, que Jesucristo es Salvador, aun de los que son grandes y verdaderos pecadores, y dignos de toda condenacion."

Lo que agitaba á Lutero, no era solamente el pecado que hallaba en su corazon; á las turbaciones de la conciencia se juntaban las de la razon. Si los santos preceptos de la Biblia le asustaban, algunas doctrinas del divino Libro aumentaban sus tormentos. La verdad, que es el gran medio por el cual dá Dios la paz al hombre, debe necesariamente empezar por despojarle de la falsa seguridad que le pierde. La doctrina de la eleccion, turbaba sobre todo al joven, engolfandole en meditaciones profundas. ¿Debia creer que el hombre escoge á Dios, ó que Dios escoge al hombre? La Biblia, la historia, la esperiencia diaria, los escritos de Agustin, todo le mostraba que era menester siempre y en todas las cosas, volver en ultimo resultado á voluntad soberana, por la que ecsiste todo, y de la que todo depende. Pero su espíritu ardiente hubiera querido ir mas lejos: hubiera querido penetrar en el consejo privado de Dios, descubrir los misterios, ver lo invisible, y comprehender lo incomprehensible. Staupitz contuvo su ardor, y le aconsejó que no pretendiese sondear el Dios oculto, sino que se atuviese á lo que se nos manifiesta en Cristo. "Mira las llagas de Cristo," le dijo, "y verás resplandecer en ellas el consejo de Dios para con los hombres. No se puede comprehender á Dios, fuera de Jesucristo. En Cristo hallareis lo que soy y lo que

pido, ha dicho el Señor. No lo hallareis en otra parte, ni en el cielo ni en la tierra.”¹

Hizo mas todavía el vicario general: hizo reconocer á Lutero el designio paternal de la providencia de Dios, permitiendo aquellas tentaciones y aquellos combates que debia sostener su alma: hizo que los considerara bajo un aspecto propio á reanimar su valor. Dios prepara por tales pruebas, las almas que destina á alguna obra importante. Si hay una educacion necesaria á todo hombre, hay otra particular para los que deben obrar sobre su generacion. Esto es lo que Staupitz representó al fraile de Erfurt. “No en vano,” le dijo, “te ejercita Dios con tantos combates; tú lo veras, se servirá de tí en las cosas grandes como ministro suyo.”

Estas palabras que Lutero escucha con asombro y humildad, le llenan de valor, y le hacen reconocer en sí fuerzas que no habia sospechado tuviese. La sabiduria y la prudencia de un amigo instruido, revelan poco á poco al hombre fuerte lo que vale. Staupitz no se limitó á lo dicho: sino que dió á Lutero un buen plan para sus estudios, escortándole á aprender en adelante toda la teologia en la Biblia, desentendiéndose de los sistemas de las escuelas. “Sean las Escrituras,” le dijo, “vuestra ocupacion favorita.” Jamas buen consejo fué mejor seguido. Pero lo que regocijó sobremanera á Lutero, fué una Biblia que Staupitz le regaló. Poseia en fin aquel tesoro, que no pudo conseguir en la biblioteca de la universidad, ni en la cadena del convento, ni en la celda de un amigo. Desde entonces pudo ya estudiar la Escritura, y principalmente las epistolas de san Pablo, con un celo cada vez mas ardiente, y solo añadia á esta lectura, la de san Agustin. Todo lo que lee, queda grabado en su memoria. Los combates han preparado su espíritu á comprender la Palabra. La tierra ha sido labrada hondamente, y la semilla incorruptible se arraiga en ella con vigor.

¹ L. Opp. (W.), XXII, p. 489.

Staupitz dejó por fin Erfurt, y durante su permanencia en el convento, rayó una nueva luz para Lutero.

Empero, no está concluida la obra; el vicario general la había preparado, y Dios reservaba su cumplimiento á un instrumento mas humilde. La conciencia del joven Agustin no había hallado aun el descanso; y su cuerpo sucumbió por fin á los esfuerzos de su alma. Contrajo una grave enfermedad, que le puso á orillas del sepulcro, y fué en el segundo año de su residencia en el convento. Todas sus angustias y terrores reaparecieron al acercarsele la muerte. Sus impurezas, y la santidad de Dios turbaron de nuevo su alma. Un dia que estaba casi desesperado, un fraile viejo entró en su celda, y le dirigió unas palabras consoladoras: Lutero le abrió su corazon, y le manifestó los temores que le agitaban. El respetable anciano era incapaz de comprender, como Staupitz, las dudas que atormentaban aquella alma; pero sabia el *Credo*, y encontró en él con que consolar su corazon; así pues, trató de aplicar este remedio al joven hermano: hablandole de este simbolo de los apóstoles, que aprendió Lutero en la escuela de Mansfeld, cuando niño; el anciano fraile recitó con sencillez y gravedad este artículo: *Creo en la remision de los pecados*. Estas simples palabras, que el devoto hermano pronunció con candor en aquel momento decisivo, derramaron un gran consuelo en el alma de Lutero. “*Creo*,” repetia en su cama de dolor, “*creo en la remision de los pecados*.—Ah! dijo el fraile, no basta créer que los pecados son perdonados á David ó á Pedro; esto es lo que creen los demonios: el mandamiento de Dios dice, que creamos que nos son perdonados á nosotros mismos.”¹ Cuan dulce pareció este mandamiento al pobre Lutero! “Hé aquí lo que dice san Bernardo en su discurso sobre la anunciacion,” añadió el viejo fraile: “el testimonio que deposita el Espíritu Santo en tu corazon, es este: *Tus pecados te son perdonados*.”

¹ Davidi aut Petro...sed mandatum Dei esse, ut singuli homines nobis remitti peccata credamus. (Melancht., Vit Luth.)

Desde aquel momento, brilló la luz en el corazón del joven fraile de Erfurt. La palabra de la gracia ha sido pronunciada, y él la ha creído. Renuncia á merecer la salvación, y se entrega con confianza á la gracia de Dios en Jesucristo. No alcanza las consecuencias del principio que ha admitido, porque se halla todavía apegado sinceramente á la Iglesia; sin embargo, ya no tiene necesidad de ella; habiendo recibido la salvación del mismo Dios, y desde entonces está virtualmente destruido en él, el catolicismo romano. Procura adelantar mas; investiga, en los escritos de los apóstoles y profetas, todo lo que puede robustecer la esperanza que llena su corazón: todos los días implora el socorro de lo alto, y todos los días se aumenta la luz en su alma.

La salud que halló su espíritu, hizo que el cuerpo recobrarla la suya: convalació prontamente de esta doble enfermedad. Las fiestas de Navidad que llegaron enseguida, le hicieron disfrutar, con abundancia, todas las consolaciones de la fé. Tomó parte, con una dulce emoción, en aquellas solemnidades; y, cuando llegó el caso de cantar estas palabras: *O beata culpa quæ talem meruisti Redemptorem*,¹ dijo Amen, con toda su alma, y saltó de gozo.

Hacia dos años que Lutero estaba en el claustro, y estaba en visperas de ser consagrado presbítero. Mucho había recibido y se le presentaba la perspectiva que le ofrecía el sacerdocio, de dar gratuitamente lo que gratuitamente recibió. Quiso aprovechar de la ceremonia que iba á efectuarse, para obtener una completa reconciliación con su padre: le suplicó que asistiese á ella, y aun que fijase el día. Juan Lutero, que no estaba todavía enteramente aplacado contra su hijo, aceptó nó obstante la invitación, y señaló el domingo dos de Mayo, 1507.

Entre los amigos de Lutero se hallaba el vicario de Eise-nach, Juan Braun, que fué su fiel consejero mientras vivió en aquella ciudad. Lutero le escribió, el veinte y dos de

¹ O dichosa culpa que has merecido un tal Redentor! (Mathe-sius, p. 5.)

Abril, una carta, que es la mas antigua del reformador, y tenia el rotulo siguiente: "A Juan Braun, santo y venerable sacerdote de Cristo y de Maria." Solo en las dos primeras cartas de Lutero, se encuentra el nombre de Maria.

"El Dios que es glorioso y santo en todas sus obras," dice el aspirante al sacerdocio, "habiendose dignado elevarme magnificamente, á mí infeliz é indigno pecador en todas maneras, y llamarme, por su sola y muy liberal misericordia, á su sublime ministerio, debo, para atestiguar mi reconocimiento á una bondad tan divina y magnifica (á lo menos tanto como puede hacerlo el polvo), llenar de todo mi corazon el oficio que me está confiado.

"Por tanto, carisimo padre, señor y hermano, vengo á pedirlos que os digneis, si el tiempo y vuestros asuntos eclesiasticos y domesticos os lo permiten, favorecerme con vuestra presencia y oraciones, afin de que mi sacrificio sea agradable ante la faz de Dios.

"Pero os advierto, que debéis venir directamente á nuestro monasterio y habitar en él algun tiempo con nosotros, sin buscar afuera una hosteleria. Es menester que seais un habitante de nuestras celdas."

Llegó por fin el dia. El minero de Mansfeld no faltó á la consagracion de su hijo, y aun le dió una prueba inequivoca de su afecto y generosidad, regalándole veinte florines.

Celebrose la ceremonia, y el que ofició fué Geronimo, obispo de Brandebourg. En el momento de conferir á Lutero el poder de celebrar la misa, le puso el caliz en las manos, y le dijo estas solemnes palabras: "*Accipe potestatem sacrificandi pro vivis et mortuis.* Recibe el poder de sacrificar por los vivos y por los muertos." Lutero escuchó entonces, con tranquilidad estas palabras, que le concedian el poder de hacer la obra misma del Hijo de Dios; las que le hicieron estremecer después. "Si la tierra no nos trajó en-

tonces á ambos," dice, "no fué porque no lo merecíamos, sino por la gran paciencia y longanimidad del Señor."¹

En seguida el padre comió en el convento con su hijo, con los amigos del joven sacerdote, y con los frailes. Cayó la conversacion sobre la entrada de Martin en el claustro: los hermanos la ecsaltaban mucho, como un acto de los mas meritorios; y entonces el inflexible Juan, volviendose hácia su hijo, le dijo: "¿No has leído en la Escritura, que se debe obedecer á su padre y á su madre?"² Estas palabras hicieron impresion en Lutero; ellas le presentaban bajo un aspecto muy diferente la accion que le habia conducido en el convento, y resonaron mucho tiempo despues en su razon.

Poco tiempo despues de su consagracion, hizo Lutero, por consejo de Staupitz, pequeñas correrias á pie en los curatos y conventos circunvecinos, ya por distraerse y procurar á su cuerpo el ejercicio necesario, ya para acostumbrarse á la predicacion.

La fiesta de *corpus* debia celebrarse con pompa en Eisleben, el vicario general debia concurrir: Lutero asistió tambien. Todavía tenia necesidad de Staupitz, y buscaba todas las ocasiones de encontrarse con aquel conductor instruido, que guiaba su alma en el camino de la vida.

La procesion fué muy concurrida y brillante: el mismo Staupitz llevaba el santo sacramento, y Lutero seguia, revestido de capa. La idea de que era el mismo Jesucristo el que llevaba el vicario general, y que el Señor estaba allí en persona delante de él, hirió de repente la imaginacion de Lutero, y le llenó de tal asombro, que apenas podia andar; corriale el sudor gota á gota; bamboleó, y creyó que iba á morir de angustia y de espanto. En fin se acabó la procesion: aquel sacramento que habia despertado todos los te-

¹ L. Opp. XVI. (W.), 1144.

² Ei, hast du nicht auch gehört dass man Eltern soll gehorsam seyn. (L. Epp. II., 101.)

mores del fraile, fué colocado solemnemente en el sacratio; y Lutero, hallandose solo con Staupitz, se echó en sus brazos y le manifestó el espanto que se habia apoderado de él. Entonces el buen vicario general, que hacía mucho tiempo conocia al buen Salvador que no quiebra la caña que está cascada, le dijo con dulzura: "No era Jesucristo, hermano mio; Jesus no espanta, sino consuela."¹

No debia permanecer Lutero encerrado en un oscuro convento: llegado era el tiempo en que fuese trasladado á teatro mas vasto. Staupitz, con quien conservó siempre relaciones, conocia bien que el joven fraile tenia una alma demasiado activa para ser encerrada en un circulo tan pequeño: habló de él á Federico, elector de Sajonia; y este principe ilustrado, llamó á Lutero en 1508, probablemente hácia el fin del año, y le nombró profesor de la universidad de Wittemberg. Wittemberg era un campo en el que debia dar fuertes combates, y Lutero sintió que allí se encontraba su vocacion. Le avisaron que fuese prontamente á su nuevo destino: acudió sin tardanza á la llamada; y, en la precipitacion de su partida, no tuvo ni aun el tiempo de escribir al que llamaba su maestro y su amado padre, el cura de Eisenach, Juan Braun; pero lo hizo algunos meses despues. "Mi salida ha sido tan repentina," le escribia, "que los mismos con quienes vivia lo han casi ignorado. Estoy lejos, lo confieso: pero la mejor parte de mi mismo ha quedado cerca de tí."² Lutero habia estado tres años en el claustro de Erfurt.

¹ Es ist nicht Christus, denn Christus schreckt nicht, sondern troestet nur. (L. Opp. (W.) XXII, p. 513 y 724.)

² L. Epp. I., p. 5 (del 17 Marzo 1509.)

V.

Primeras enseñanzas.—Lecciones Bíblicas.—Sensación.—Sermones en Wittemberg.—La capilla vieja.—Impresión.

LLEGADO que hubo Lutero á Wittemberg, se dirigió al convento de los Agustinos, en donde le estaba señalada una celda; porque aunque profesor, no dejó de ser fraile. Estaba nombrado para enseñar la física y la dialectica. Al asignarle estos ramos, pensaban sin duda, en los estudios filosoficos que habia hecho en Erfurt, y en el grado de maestro en artas que disfrutaba. Así Lutero, que tenia hambre y sed de la Palabra de Dios, se veia obligado á contraerse casi esclusivamente al estudio de la filosofía escolastica de Aristoteles. Tenia necesidad del pan de vida que dá Dios al mundo, y debia ocuparse de las sutilezas humanas. Que sugesion! ¡cuantos suspiros! “Estoy bien, por la gracia de Dios,” escribia á Braun, “á no ser que tengo que estudiar con todas mis fuerzas la filosofía. Desde mi llegada á Wittemberg, he deseado vivamente cambiar este estudio por el de la teología pero (añadia, porque no se creyese que se trataba de la teología de aquel tiempo), pero hablo de aquella teología que busca el nucleo de la nuez, la purpa del trigo, y la medula del hueso.¹ Como quiera, Dios es Dios,” (continua con aquella confianza que fué el alma de su vida); “el hombre se engaña casi siempre en sus juicios; pero este es nuestro Dios, y él nos conducirá con bondad á los siglos de los siglos.” Los trabajos en que Lutero se vió entonces obligado á ocuparse, le fueron de mucha utilidad para combatir despues los errores de los escolasticos.

¹ ...Teologia quæ nucleum nucis et medullam tritici et medullam
 scrutator. (L. Epp, I., 6.)

No podía quedar en esto: el deseo de su corazón debía cumplirse. Aquel mismo poder, que algunos años antes, había impelido á Lutero á pasar del foro á la vida religiosa, le impelia entonces á pasar de la filosofía á la Biblia. Entregose con ardor al estudio de las lenguas antiguas, sobre todo á la griega y á la hebrea, afin de adquirir la ciencia y la doctrina en las fuentes mismas de donde salen. Toda su vida fué infatigable al trabajo.¹ Algunos meses despues de su llegada á la universidad, solicitó el grado de bachiller en teología, y lo obtuvo á fines de Marzo 1509, con objeto especial de entregarse á la teología biblica, *ad Biblia*.

Todos los dias á la una de la tarde, era llamado Lutero á hablar sobre la Biblia: conferencias preciosas para el profesor y sus discípulos, en que comprendian cada vez mas el sentido divino de aquellas revelaciones, tanto tiempo perdidas para el pueblo y para la ciencia!

Empezó sus lecciones por la esplicacion de los salmos, y luego pasó á la epistola á los Romanos. La luz de la verdad entró en su corazón, meditando principalmente esta epistola. Retirado en su pacífica celda, consagraba horas enteras al estudio de la divina Palabra, teniendo á la vista la misma epistola de san Pablo. Un dia, al llegar al versículo decimo-setimo, leyó en el este pasage del profeta Habacuc: "*El justo vivirá por la fé*. Esta sentencia le hizo impresion, y se dijo á sí mismo: luego hay para el justo otra vida que la del resto de los hombres, y esta vida, la fé es la que la dá. Aquella Palabra, que recibió en su corazón, como si Dios mismo la hubiese depositado en él, le descubrió el misterio de la vida cristiana, y aumentó en él esta vida. Mucho tiempo despues, en medio de sus numerosos trabajos, creía todavía oír esta voz: "*El justo vivirá por la fé*."²

Las lecciones de Lutero, preparadas así, se parecian poco á lo que habían oído hasta entonces. No era un retórico

¹ In studiis litterarum, corpore ac mente indefessus. (Pallavicini, Hist. Conc. Trid. I., 16.)

² Seckend., p. 55.

fecundo, ni, un escolastico pedante el que hablaba : sino un cristiano que habia experimentado el poder de las verdades reveladas, que las estraia de la Biblia, las sacaba del tesoro de su corazon, y las presentaba llenas de vida á su auditorio asombrado : no era una enseñanza humana, sino divina.

Esta esposicion de la verdad enteramente nueva, hizo mucho ruido ; se estendió lejos la noticia, y atrajo á la universidad, recientemente fundada, multitud de jovenes estudiantes extranjeros, y aun asistian á las lecciones de Lutero muchos profesores, entre ellos, el celebre Martin Pollich de Mellerstad, doctor en medicina, en derecho, y en filosofia, que habia organizado, con Staupitz, la universidad de Wittenberg, y fué su primer rector. Mellerstad, llamado á menudo *la luz del mundo*, se mezclaba modestamente con los discípulos del nuevo profesor. “Este fraile,” decia, “derrotará todos los doctores ; introducirá una nueva doctrina, y reformará toda la Iglesia ; porque se funda en la Palabra de Cristo ; y nadie en el mundo puede combatir ni destruir esta Palabra, aun cuando la atacasen con todas las armas de la filosofia, de los sofistas, escolistas, albertistas, tomistas, y de todo el infierno.”¹

Staupitz, que era la mano de la Providencia para desarrollar los dones y tesoros escondidos en Lutero, le invitó á predicar en la iglesia de los Agustinos. El joven profesor no queria aceptar esta proposicion, porque deseaba ceñirse á las funciones academicas, y temblaba al solo pensamiento de añadir á ellas la de la predicacion. En vano le solicitaba Staupitz : “no, no,” respondia, “no es poca cosa hablar á los hombres en el lugar de Dios.”² Tierna humildad en este gran reformador de la Iglesia ! Staupitz insistió ; pero el ingenioso Lutero hallaba, dice uno de sus historiadores, quince argumentos, pretextos, y efugios, para defenderse de aquella vocacion ; y por ultimo, continuando siempre su ataque el gefe de los Agustinos, le dijo Lutero : “Ah ! señor

¹ Melch. Adam., Vita Lutheri, p. 104.

² Fabricus centifol. Luth., p. 33. (Mathesius, p. 6.)

Doctor, si hago eso me quitáis la vida ; no podría aguantar tres meses.”—“Sea en hora buena,” respondió el vicario general, “que sea así en el nombre de Dios ! porque Dios nuestro Señor tiene tambien necesidad allá arriba, de hombres habiles y entregados á él de todo corazon.” Lutero hubo de consentir por fin.

En medió de la plaza de Wittemberg habia una capilla vieja de madera, de treinta pies de largo y veinte de ancho, cuyos tabiques apuntalados por todas partes, amenazaban ruina. En un pulpito viejo, hecho de tablas, y de tres pies de alto, digno de aquella miserable capilla, empezó la predicacion de la reforma. Dios queria que lo que debia restablecer su gloria, tuviese los principios mas humildes. La iglesia de los Agustinos estaba todavia en los cimientos, y mientras se concluia, servia aquel templo ruin. “Este edificio,” añade el contemporaneo de Lutero que nos refiere estas circunstancias,¹ “puede muy bien ser comparado al establo en que nació Cristo ; y es en este miserable recinto donde ha querido Dios, por decirlo así, hacer nacer segunda vez á su Hijo bien amado. Entre los miles de catedrales é iglesias parroquiales de que está lleno el mundo, ninguna escogió Dios entonces, para la predicacion gloriosa de la vida eterna.”

Empieza á predicar Lutero ; todo en el llama la atencion ; su figura espresiva, su aire noble y su voz pura y sonora embelesan al auditorio. Los predicadores anteriores á Lutero trataron mas bien de divertir á sus oyentes, que de convertirlos. La gravedad que acostumbra Lutero en sus predicaciones, y el gozo evangelico que inunda su corazon, prestan á la vez á su elocuencia una autoridad, un calor, y una uncion que no tuvieron sus predecesores. Dotado de un espíritu pronto y vivo, dice uno de sus adversarios,² de una memoria feliz, y sirviendose con una notable facilidad de su lengua nativa, Lutero no cedia en elocuencia á ninguno

¹ Myconius.

² Florimond Raymond, Hist. hæres., cap. 5.

de su tiempo. Hablando en la cátedra como si se hallara agitado por una fuerte pasión, hermanando su acción á sus palabras, embargaba los espíritus de sus oyentes, de un modo sorprendente, y los arrastraba á donde quería, como un torrente. Tanto vigor, tanta gracia y elocuencia; se ven rara vez en los pueblos del Norte.”—“Tenia Lutero,” dice Bossuet, “una elocuencia viva é impetuosa que arrastraba los pueblos y los ecstasiaba.”¹

A poco tiempo no podia contener ya el auditorio que acudia en tropel: el consejo de Wittemberg escogió entonces á Lutero por su predicador, y le invitó á predicar en la iglesia de la ciudad. La impresion que allí produjo fué mayor todavía. La fuerza de su genio, la elocuencia de su dición y la escelencia de las doctrinas que anunciaba, todo pasmaba á sus oyentes. Su fama se estendió lejos, y el mismo Federico el Sabio, fué una vez á Wittemberg, para oirlo.

Habia comenzado una nueva vida para Lutero. Una gran actividad reemplazó la inutilidad del claustro. La libertad, el trabajo, y la acción viva y constante, á la cual podia entregarse en Wittemberg, acabaron de restablecer en él la armonía y la paz. Ya estaba donde le correspondia; y la obra de Dios debia desplegar pronto su marcha magestuosa.

¹ Hist. des Variat., I. 1^o.

VI.

Viaje á Roma.—Un convento en las margenes del Pó.—Recuerdos de Roma.—Devocion supersticiosa.—Profanacion del clero.—Conversaciones.—Desordenes de Roma.—Estudios biblicos.—Influencia sobre la fé.—La puerta del paraíso.—Confesion.

LUTERO enseñaba á la vez en la sala academica y en el templo, cuando fué interrumpido en sus trabajos. En 1510, segun unos, ó en 1511 ó 1512 segun otros, lo enviaron á Roma. Sobre algunos puntos habia disentiendo entre el vicario general y siete conventos.¹ La viveza de espíritu de Lutero, la magia de su palabra, y su talento para la discusion, le hicieron escoger para ser organo de los siete monasterios cerca del papa.² Así lo disponia Dios, para que Lutero conociese Roma. Lleno de preocupaciones é ilusiones, siempre se le habia figurado aquella ciudad como la residencia de la santidad.

Sale Lutero, atraviesa los Alpes, y á penas entra en los llanos de la rica y voluptuosa Italia, cuando encuentra, por todas partes, motivos de admiracion y escandalo. El pobre fraile aleman fué recibido en un rico convento de benedictinos, situado en las orillas del Pó, en Lombardia. El tal convento, tenia treinta y seis mil ducados de renta; doce mil eran para la mesa; doce mil para los edificios; y doce mil para las demas necesidades de los frailes.³ El lujo de las habitaciones, la hermosura de los habitos y lo escogido

¹ Quod septem conventus á vicario in quibusdam dissentirent. (Cochlæus, 2.)

² Quod esset acer ingenio et ad contradicendum audax et vehemens. (Cochlæus, 2.)

³ L. Opp. (W.), XXII., p. 1468.)
Ref. Span.

de los manjares, todo admiraba á Lutero. El marmol, la seda, la suntuosidad en todo, ¡que nuevo espectaculo para el humilde fraile del pobre convento de Wittemberg! Se asombró y calló; pero llegó el viernes, y que nueva sorpresa! viandas abundantes cubrian la mesa de los benedictinos, aun en aquel dia de abstinencia; ya no pudo contenerse, y rompió el silencio:—“La Iglesia y el papa,” les dijo, “prohiben tales cosas.” Los benedictinos se indignaron con aquella reconvencion del grosero aleman; pero, habiendo insistido Lutero, y amenazadoles, quizá, de publicar sus desordenes, opinaron algunos que lo mas conveniente era deshacerse de su importuno huesped. El portero del convento le advirtió, que corria riesgo si permanecía allí mas tiempo; por lo que se escapó de aquel monasterio epicureo, y llegó á Bolonia, donde enfermó gravemente.¹ Se han querido ver, en esta enfermedad, los efectos de un envenenamiento; pero es mas natural suponer, que la mudanza de vida afectó al frugal fraile de Wittemberg, acostumbrado á tener por principal alimento arenques y pan. Aquella enfermedad debia contribuir á la gloria de Dios, sin causar la muerte á Lutero. La tristeza y el abatimiento que le eran naturales, se apoderaron de él. Morir asi, lejos de Alemania, bajo aquel cielo ardiente, en tierra estraña, ¡que destino! Las angustias que sufrió en Erfurt se le renovaron con fuerza: el sentimiento de sus pecados le trastornó, y la idea del juicio de Dios le espantó; pero, en el momento en que sus terrores llegaban á su apogéo, aquella palabra de Habacuc citada por san Pablo (Rom. 1, ver. 17), que le habia conmovido en Wittemberg, *el justo vivirá por la fé*, se presentó con fuerza á su espíritu, é iluminó su alma, como un rayo celestial. Restablecido y consolado puso otra vez en camino para Roma. Con la esperanza de hallar allí una vida muy distinta á la de los conventos lombardos, é impaciente de olvidar, ante la santidad romana, las tristes

¹ Math. Dresser, Hist. Lutheri.

impresiones que habia dejado en su espíritu su estancia en el convento de las orillas del Pó.

En fin, despues de un penoso viaje, bajo el ardiente sol de Italia, se acercó á principios del verano, á la ciudad de las siete montañas. Su corazon estaba agitado, y sus ojos buscaban la reina del mundo y de la Iglesia. En el momento que descubrió de lejos la ciudad eterna, la ciudad de san Pedro y de San Pablo, la metropoli del catolicismo, se arrojó exclamando: "Salve Roma sancta!"

Ya está Lutero en Roma; el profesor de Wittemberg se halla en medio de las ruinas elocuentes de la Roma de los consules y de los emperadores, de la Roma de los confesores de Jesucristo y de los martires. Allí vivieron aquel Plauto, y aquel Virgilio, cuyas obras llevó Lutero á su claustro, y todos aquellos grandes hombres cuya historia hizo latir tantas veces su corazon. Encuentra sus estatuas y los fragmentos de los monumentos que atestiguan su gloria; pero toda aquella gloria y aquel poder pasaron, y Lutero huella su polvo bajo sus plantas. Recuerda á cada paso los tristes presentimientos de Scipion, cuando vertía lagrimas á la vista de Cartágo en ruinas, y exclamaba: *La misma suerte tendrá Roma!* "En efecto," dice Lutero, "la Roma de los Scipiones y de los Cesares ha sido transformada en cadaver: hay en ella tantos escombros, que los cimientos de las casas descansan ahora donde se hallaban antes los techos. Allí es," añadía echando una mirada melancolica sobre aquellas ruinas, "allí es donde estuvieron las riquezas y los tesoros del mundo." Todos aquellos restos en que tropiezan sus pies le dicen, que lo que es mas fuerte á los ojos de los hombres, puede ser destruido facilmente por el sopro del Señor.

Empero las cenizas profanas estaban mezcladas con las sagradas, Lutero lo sabia. Las sepulturas de los martires no estan lejos de las de los generales de Roma y de sus triunfadores. Roma cristiana, con sus dolores, tiene mas poder

¹ L. Opp. (W.). XXII., p. 2374 y 2377.

en el corazón del fraile sajón, que Roma pagana con su gloria. Allí fué donde se recibió aquella carta en la que Pablo escribió: *El justo es justificado por la fé.* Hallábase Lutero cerca del mercado de Appius; y de las tres posadas. Allí estaba la casa de Narciso, aquí el palacio de Cesar, en donde el Señor libró al apóstol de las garras del león. Oh! como fortifican estos recuerdos el corazón del fraile de Wittenberg!

Roma presentaba entonces muy distinto aspecto. El belicoso Julio II. ocupaba la silla pontifical, y no Leon X., como dicen, sin duda por descuido, algunos historiadores distinguidos de Alemania. Lutero ha referido muchas veces un rasgo de aquel papa. Cuando le dieron la noticia de que su ejército acababa de ser derrotado por los Franceses delante de Ravena, estaba rezando las horas; arrojó el breviario, y dijo con un terrible juramento: "Con que ya soy francés!.... ¿Es así como debo proteger mi Iglesia?...." Después, volviéndose hacia el lado del país á cuyas armas pensaba recurrir, añadió: "Santo Suiza! ruega por nos."¹ La ignorancia, la ligereza, y la disolución, un espíritu profano, el desprecio de todo lo sagrado, un vergonzoso comercio de las cosas divinas, hé aquí el espectáculo que ofrecía aquella desdichada ciudad. Sin embargo el devoto fraile conservó todavía algún tiempo sus ilusiones. Llegada la época de la fiesta de san Juan, oyó á los Romanos repetir á su derredor un proverbio común entre ellos: "Dichosa," decían, "la madre cuyo hijo dice misa la víspera de san Juan!" "Oh! como quisiera hacer dichosa á mi madre!" se decía Lutero. El devoto hijo de Margarita trató pues de celebrar misa aquel día; pero no lo pudo, porque había demasiados celebrantes.²

Siendo pio y fervoroso, visitaba todas las iglesias y capillas; creía todas las mentiras que se predicaban en ellas; cumplía

¹ Sancte Swizere! ora pro nobis (L. Opp. (W.), XXII., p. 1314 y 1332.)

² L. Opp. (W.), Dedicace du 117^e ps. VI.^e vol. L. g.

con devocion las practicas de santidad que estaban ordenadas: Que dicha era la suya poder hacer tantas obras pias, de que estaban privados sus compatriotas. "Oh! quanto sientto," se decia á si mismo el devoto Aleman, que mis padres vivan todavía! Que gusto tendria yo en librarles del fuego del purgatorio, con mis misas, mis oraciones, y tantas otras obras tan admirables."¹ Habia entrevisto la luz, pero estaba lejos de haber disipado enteramente las tinieblas de su entendimiento. Su corazon estaba convertido, pero su espíritu aun no estaba iluminado; tenia la fé y el amor, pero no la ciencia. No era poca cosa el salir de aquella profunda oscuridad, en que estaba envuelta la tierra hacia tantos siglos.

Lutero celebró muchas veces la misa en Roma, con toda la uncion y dignidad que tal acto requeria, á su parecer; pero ¡cuan afligido se halló el fraile sajón, cuando vió las tristes y profanas actitudes de los sacerdotes romanos al celebrar el sacramento del altar! estos, por su parte, se reian de la simplicidad de Lutero. Un dia en que oficiaba, le gritó uno de los sacerdotes: "Anda! anda! devuelve pronto á nuestra Señora su Hijo;" haciendo una alucion impia á la transubstanciacion del pan en cuerpo y sangre de Jesucristo. En otra ocasion no estaba todavía Lutero en la elevacion, cuando el sacerdote que estaba á su lado habia ya acabado su misa, y le gritó: "*passa, passa!* despacha, despacha; acaba de una vez!"²

Aun fué mayor su admiracion, cuando vió en los dignitarios del papismo, lo que observó en los simples sacerdotes, porque tenia mejor opinion de ellos.

Era moda en la corte papal atacar el cristianismo, y no se podía pasar por hombre instruido, si no se tenia alguna opinion erronea ó heretica sobre los dogmas de la Iglesia.³

¹ L. Opp. (W.), Dedicace du 117^e. ps. VI^e. vol. L. g.

² L. Opp. (W.), XIX. von der Winkelmesse. Mathesius, 6.

³ In quel tempo non pareva fosse galantuomo e buon cortegiano colui che dei dogmi della Chiesa non aveva qualche opinione erronea ed heretica. (Carraciola, Vit. msc. Paul IV. cité par Ranke.)

Quisieron probar á Erasmo, con pasages de Plinio, que no hay ninguna diferencia entre el alma de los hombres y la de las bestias ;¹ y algunos jovenes cortesanos del papa, pretendían que la fé ortodoxa era el producto de las astútas invenciones de algunos santos.²

El titulo de enviado de los agustinos de Alemania, que tenia Lutero, le valió la invitacion de eclesiasticos distinguidos, á muchas reuniones. Un dia entre otros, se halló á la mesa con varios prelados, quienes se le mostraron ingenuamente en sus costumbres burlonas y conversaciones impías ; y no tuvieron cuidado de decir mil chocarrerías, en presencia de Lutero, creyendole sin duda de los suyos. Entre otras cosas, riendo y haciendo alarde, referian que cuando celebraban la misa, en lugar de las palabras sacramentales que debian convertir el pan y el vino en carne y sangre del Salvador, pronunciaban sobre el pan y el vino estas risibles palabras : "*Panis es et panis manebis, vinum es et vinum manebis* : Pan eres y pan quedarás, vino eres y vino quedarás." En seguida continuaban : elevabamos la hostia y el caliz, y todo el pueblo adoraba. Apenas podia creer Lutero lo que oia. Su espíritu, vivo y alegre en la sociedad de sus amigos, era muy grave cuando se trataba de cosas santas. Las chocarrerías de Roma le escandalizaban. "Yo era," dice, "un joven fraile, grave y devoto : y semejantes palabras me affligian vivamente. Si así se habla en Roma á la mesa, libre y publicamente, pensaba yo entre mí, ¿ que seria si las acciones correspondiesen á las palabras, y si todos, papa, cardenales, y cortesanos dijesen así la misa ? Y yo que les vi celebrar devotamente tantas misas, como me engañaba !"³

Lutero se juntaba á menudo con los frailes y con los particulares de Roma. Si algunos elogiaban al papa y á sus

¹ Burigny, Vie d'Erasmus, I. 139.

² E medio Romanæ curiæ, sectam juvenum....qui asserebant, nostram fidem orthodoxam potius quibusdam sanctorum astutiis subsistere. (Paul Canensius, Vita Pauli, II.)

³ L. Opp. (W.), XIX. von der Winkelmesse.

adlaters, otros muchos se quejaban abiertamente y con sarcasmos. ¡ Cuanto no tenian que tachar al papa reinante, á Alejandro VI., y á tantos otros! Un dia le refirieron sus amigos romanos que habiendo huido de Roma Cesar Borgia, fué agarrado en España; y que cuando iban á juzgarlo, gritó misericordia en su prision, y pidió un confesor; que le enviaron un fraile, él lo mató y se puso su habito y se escapó. “Yo he oido esto en Roma, y es una cosa muy cierta,”¹ dice Lutero. Otro dia pasando por la calle mayor, que conducia á la iglesia de san Pedro, se habia detenido admirado delante de una estatua de piedra, que representaba un papa bajo la figura de una muger, con cetro en la mano, revestido de manto pontifical, y con un niño en sus brazos: es una muchacha de Mayence, le dijeron, que los cardenales escojieron por papa; y que parió en este sitio; por lo que ningun papa pasa jamas por esta calle. “Estrafío,” dice Lutero, “que los papas dejan subsistir en publico esta estatua!”²

Lutero creyó hallar el edificio de la iglesia rodeado de esplendor y fuerza; pero sus puertas estaban derribadas y sus paredes calcinadas por el fuego. Veia las desolaciones del santuario, y retrocedia de espanto. No habia soñado mas que santidad, y solo descubria profanacion.

No estrañaba menos los desordenes de la ciudad. “La policia en Roma es muy rigurosa,” decia Lutero. “El juez ó capitán recorre todas las noches la ciudad á caballo, con trescientos ayudantes, arresta á cuantos encuentra por las calles, y si halla un hombre armado, le ahorca ó lo echa al Tiber; y sin embargo en la ciudad abundan los desordenes y los asesinatos; mientras que allí, donde la Palabra de Dios es fielmente anunciada, se ve reinar el orden y la paz, sin que haya necesidad de la ley y de sus rigores.”—Sin ver no

¹ Dass habe Ich zu Rom für gewiss gehört. (L. Opp. (W.) XXII, p. 1322.

² Es nimmt mich wunder dass die Päbste solches Bild leiden können. (Ibid., 1320.)

³ Ibid., p. 2376.

se podría creer, que en Roma se cometen pecados y acciones infames, y por lo mismo acostumbran decir: si hay un infierno, no puede estar en otra parte que debajo de Roma; y de este abismo salen todos los pecados.”¹

Aquel espectáculo hizo entonces mucha impresion en el animo de Lutero, la que se aumentó mas tarde. Cuanto mas se acerca uno de Roma, tanto mayor es el numero de malos cristianos que se encuentra, decia muchos años despues. Dicese comunmente que el que va por la primera vez á Roma, busca allí un bribon, en la segunda vez lo encuentra, y en la tercera lo lleva consigo, cuando sale. Pero en el dia hay tanta habilidad, que se hacen los tres viajes en uno.² Uno de los genios mas tristemente celebres, pero tambien de los mas profundos de Italia, Maquiavelo, que vivia en Florencia cuando Lutero pasó por allí; yendo á Roma, ha hecho la misma observacion: “Uno de los mayores sintomas,” dice, “de la procsima ruina del cristianismo (que confundia con el catolicismo romano), es que cuanto mas cerca se hallan los pueblos de la capital de la cristianidad, tanto menos espíritu cristiano reina en ellos. Los ejemplos escandalosos y los crímenes de la corte de Roma, son causa de que la Italia haya perdido todo principio de piedad, y todo sentimiento religioso. Nosotros los italianos,” continúa el gran historiador, “somos deudores principalmente á la Iglesia y á los sacerdotes, de habernos hecho impios y malvados.”³ Lutero conoció mas tarde todo el precio de aquel viaje: “Aunque me diesen cien mil florinas,” decia, “no quisiera haber dejado de ver Roma!”⁴

Aquel viaje le fué tambien muy ventajoso con respecto á la ciencia. Lo mismo que Reuchlin, Lutero supo aprovecharse de su permanencia en Italia, para adelantar mas en la inteligencia de la santa Escritura. Tomó allí lecciones de

¹ Ist irgend eine Hölle, so muss Rom darauf gebaut seyn. (L. Opp. (W.) XXII., p. 2377.)

² Adresse à la noblesse chrétienne de la nation allemande.

³ Dissert. sur la prem. dec. de Tite-Live.

⁴ 100,000 Gulden. (L. Opp. (W.), XXII., p. 2374.)

hebreo, de un celebre rabino, llamado Elias Lévíta, y adquirió en parte el conocimiento de aquella Palabra divina, bajo cuyo poder debia sucumbir Roma.

Pero aquel viaje fué sobre todo muy importante para Lutero, bajo otro concepto. No solo se descorrió el velo y se manifestó al futuro reformador, la risa sardonica y la incredulidad que se ocultaban detras de las supersticiones romanas, sinó que se fortificó poderosamente la fé viva que Dios hábia depositado en él.

Hemos visto ya como se entregó Lutero, desde el principio, á todas las vanas practicas por medio de las cuales se espian los pecados segun la Iglesia romana. Un dia entre otros, queriendo ganar una indulgencia concedida por el papa, á los que subiesen de rodillas la escalera llamada de Pilatos, el pobre fraile sajón, trepaba humildemente aquellos escalones, que le dijeron haber sido llevados milagrosamente de Jerusalem á Roma, cuando en medio de esta obra meritoria, creyó oír como una voz de trueno que le decia, como en Wittenberg y en Bolonia: *El justo vivira por la fé.* Aquella palabra que ya habia oido dos veces como la voz de un angel, resonó sin cesar en su interior: parose despavorido; horrorizose de si mismo; bajó precipitadamente de la escalera y huyó lejos de aquel lugar de su locura.¹

Aquella poderosa Palabra tiene algo de misterioso en la vida de Lutero: ella fué una Palabra creatriz para el reformador y para la reformation; y ella fué por la que dijo Dios entonces: *Sea hecha la luz, y fué hecha la luz.*

Conviene, muchas veces, que una verdad se presente con frecuencia en nuestro espíritu, para que produzca el efecto que debe tener. Lutero habia estudiado mucho la Epistola á los Romanos; y, sin embargo, nunca la justificacion por la fé, que en ella se enseña, habia sido tan clara para él como entonces. Ya por fin llegó á comprehender aquella justicia que es la unica que subsiste ante Dios; ya por fin recibió por si mismo de la mano de Cristo la obediencia que Dios con-

¹ Seckend., p. 56.

Ref. Span.

cede gratuitamente al pecador, desde que dirige humildemente sus miradas sobre el Hombre-Dios crucificado. Ya estamos en la época decisiva de la vida interior de Lutero. Aquella fé, que lo habia salvado de los terrores de la muerte, es ya el alma de su teología, su fortaleza en todos los peligros, el poder de sus palabras, la fuerza de su caridad, el fundamento de su paz, el estímulo de sus trabajos, y su consuelo en la vida y en la muerte.

Pero aquella gran doctrina de la salvación que emana de Dios y no del hombre, no fué solamente el poder de Dios para salvar el alma de Lutero, sinó también el poder de Dios para reformar la Iglesia; arma eficaz que manejaron los apóstoles; arma demasiado tiempo descuidada, pero sacada en fin, en su primitivo brillo, del arsenal del Dios fuerte. En el momento en que Lutero se levantó en Roma, agitado por aquella Palabra que Pablo habia dirigido quince siglos antes á los habitantes de aquella metrópoli, la verdad, hasta entonces tristemente cautiva en la Iglesia, se levantó también para no volver á caer.

Es menester oír al mismo Lutero: "Aunque yo era un fraile santo y reprehensible," dice, "mi conciencia sin embargo estaba muy turbada y angustiada. Yo no podia sufrir aquella palabra *Justicia de Dios*. Yo no amaba al Dios justo y santo que castiga los pecadores. Yo abrigaba contra él una secreta colera; le aborrecia porque no contento con espartarnos con la ley y las miserias de la vida á nosotros, pobres creaturas ya perdidas por el pecado original, aumentaba todavía nuestro tormento con el Evangelio..... Pero cuando, por el espíritu de Dios, comprendí aquellas palabras, cuando aprendí que la justificación del pecador proviene de la pura misericordia del Señor, por medio de la fé, ¹..... entonces me sentí renacer como un hombre nuevo, y entré sin ostaculo en el mismo paraíso de Dios. ² Desde entonces he visto tam-

¹ Qua vos Deus misericors justificat per fidem. (L. Opp. lat. in præf.)

² Hic me prorsus renatum esse sensi, et apertis portis in ipsum paradisum intrase. (Ibid.)

bien la querida y santa Escritura con nueva vista. Recorri toda la Biblia y noté un gran número de pasajes que me enseñaban lo que es la obra de Dios; y así como aborrecí antes de todo mi corazón esta palabra, *justicia de Dios*, empecé desde entonces á estimarla y amarla como la palabra mas dulce y consoladora. Verdaderamente esta palabra de Pablo fué para mi la verdadera puerta del paraíso."

Así fué que, siempre que era llamado, en ocasiones solemnes, á confesar aquella doctrina, Lutero encontraba siempre su entusiasmo y su energía. "Veó," dice, en un momento importante,¹ "que el diablo ataca sin cesar este artículo fundamental por medio de sus doctores, y que no puede desistir ni descansar: ¡ pues bien ! yo, el doctor Martín Lutero, indigno evangelista de nuestro Señor Jesucristo, confieso este artículo: *la fé sola justifica delante de Dios sin las obras*, y declaró que el emperador de los Romanos, el de los Turcos, el de los Tartaros, el de los Persas, el papa, todos los cardenales, los obispos, los curas, los frailes, las monjas, los reyes, los principes, los señores, todo el mundo, y todos los diablos, deben dejar en pie dicho artículo y permitir que subsista por siempre jamas. Tambien declaro que si quieren emprender el combatir esta verdad, atraeran sobre sí las llamas del infierno. Este es el verdadero y santo Evangelio, y esta mi declaracion, la declaracion del doctor Lutero, segun las luces del Espíritu Santo.... No hay mas que Jesucristo, Hijo de Dios, que haya muerto por nuestros pecados. Lo vuelvo á repetir, aunque el mundo y todos los diablos, rebienten de furor, que no por eso es menos cierto lo que acabo de decir. Y siendo Jesucristo el único que quita los pecados, es claro que nosotros no podemos quitarlos con nuestras obras; sinembargo las buenas obras van unidas á la redencion, como la fruta está unida al árbol. Esta es nuestra doctrina, la misma que el Espíritu Santo enseña, con toda la santa cristiandad, y que la observamos en el nombre de Dios. Amen."

De este mode halló Lutero lo que faltó, á lo menos hasta

¹ Glose sur l'édit impériat, 1531. (L. Opp. L. tome XX.)

cierto punto, á los doctores y á los reformadores, aun á los mas ilustres. En Roma fué donde Dios le dió aquel conocimiento claro de la doctrina fundamental del cristianismo. Fué á la ciudad de los pontífices, á buscar la solucion de algunas dificultades, concernientes á una orden monastica, y volvió con la salvacion de la Iglesia en su corazon.

VII.

Regreso.—El doctorado.—Carlstadt.—Juramento de Lutero.—Principio de la reforma.—Valor de Lutero.—Caridad.—Los escolasticos.—Spatatin.—Negocio de Reuchlin.

SALIÓ de Roma Lutero, y volvió á Wittemberg, con el corazon lleno de tristeza y de indignacion. Apartando la vista con disgusto de la ciudad pontifical, la fijaba con esperanza en las santas Escrituras y en esta nueva via, que la Palabra de Dios parecia prometer entonces al mundo. Esta palabra ganaba en su corazon todo lo que perdia en él la Iglesia. Se separó de la una, para volverse á la otra. Toda la reformation consistió en aquel cambio, es decir, que ella puso Dios donde estaba el sacerdote.

Staupitz y el elector no perdian de vista al fraile, que habian llamado á la universidad de Wittemberg. Se diria que el vicario general tuvo un presentimiento de la obra que habia que hacer en el mundo, y que, hallando la carga demasiado pesada para sí, la cedió á Lutero. No hay cosa mas notable, y acaso mas misteriosa, que el tal vicario general, que se halla en todas partes para conducir al fraile en el camino en el cual le llama Dios, y luego va él mismo á acabar tristamente sus dias en un convento. La predicacion del joven profesor habia hecho impresion en el principe; habia admirado el vigor de su espíritu, la fuerza de su elocuencia, y la excelencia de las cosas que esponia.¹ El elector y su amigo, queriendo avanzar á un hombre que dabá tan grandes esperanzas, resolvieron hacerle tomar el alto grado de doctor en teologia. Pasó Staupitz al convento; llevo á

¹ *Vim ingenii, nervos orationis, ac rerum bonitatem expositarum in concionibus admiratus fuerat.* (Melancht., Vita Luth.)

Lutero al jardin de claustro, y allí, á solas con él, bajo un arbol que Lutero se complacia despues en móstrar á sus dicipulos,¹ el venerable padre le dijo: “Ahora es menester, amigo mio, que seais doctor de la santa Escritura.” Resistió Lutero á aquella proposicion, porque un honor tan eminente le asustaba: “Buscad otro mas digno,” respondió: “por mi parte no puedo consentir en ello.” El vicario general insistió: “El Señor Dios tiene mucho que hacer en la Iglesia, y tiene necesidad ahora de juvenes y vigorosos doctores.” Esta palabra fué dicha quizá chanceando, añade Melanchton: sinembargo, el acontecimiento la justificó, porque ordinariamente muchos presagios preceden á las grandes revoluciones.² No es necesario suponer que Melanchton habla aquí de profesias milagrosas. El siglo anterior, el mas incredulo de todos, vió verificada esta sentencia. ¡Cuantos presagios anunciaron, sin que hubiese habido milagro, la revolucion que lo terminó!

“Pero yo soy debil y enfermizo,” replicó Lutero, “y no puedo vivir largo tiempo; búscad un hombre fuerte.” “El Señor,” respondió el vicario general, “tiene asuntos en el cielo y en la tierra; y, muerto ó vivo, Dios necesita de vos en su consejo.”³ Solo el Espiritu Santo puede crear un doctor en teologia,”⁴ exclamó entonces el fraile cada vez mas espantado.—“Haced lo que os pide vuestro convento,” dijo Staupitz, “y lo que yo mismo, vuestro vicario general, os mando; porque habeis prometido obedecernos.”—“Pero mi pobreza? replicó el hermano; “no tengo para pagar los gastos que tal promocion causa.”—“No os inquieteis,” le dijo su amigo, “el principe os hace la gracia de encargarse él mismo de todos los gastos.” Atacado por todas partes, Lutero creyó debía rendirse.

¹ Unter einem Baum, den er mir und andern gezeigt. (Math. 6.)

² Multa præcedunt mutationes præsagia. (Vita Luth.)

³ Ihr lebet nun oder sterbet, so darff euch Gott in seinem Rathe. (Mathes. 6.)

⁴ Neminem nisi Spiritum Sanctum creare posse doctorem theologiæ. (Weismanni, Hist. Eccl. I., p. 1404.)

Esto era hácia al fin del verano del año 1512. Lutero partió para Leipzig, á fin de recibir de los tesoreros del elector, el dinero necesario á su promocion; pero, segun la costumbre de las cortes, el dinero no llegaba. El hermano impacientado quiso marcharse, pero la obediencia monacal le contuvo. En fin, el 4 de Octubre, recibió de Pfeffinger y de Juan Doltzig cincuenta florines, y les dió recibo, en el que no se dió mas titulo que el de fraile. “Yo fray Martin,” dice, “de la orden de los agustinos.”¹ Lutero se apresuró á volver á Wittemberg.

Andres Bodenstein, de la ciudad de Carlstadt, era entonces decano de la facultad de teología, y es bajo el nombre de Carlstadt que aquel doctor era conocido principalmente, aunque tambien le llamaban el A, B, C. Melanchton fué quien primero le designo asi, á causa de las tres iniciales de su nombre. Bodenstein aprendió en su patria los primeros elementos de las letras. Era de un caracter grave, sombrío, tal vez propenso á la envidia, y de un espíritu inquieto y muy dispuesto á aprender, y dotado de gran capacidad. Corrió varias universidades para aumentar sus conocimientos, y estudió la teología en la misma ciudad de Roma. Vuelto de Italia á Alemania, se estableció en Wittemberg, donde fué nombrado doctor en teología. “En aquel tiempo,” dice él mismo mas tarde, “yo no habia leído aun la Santa Escritura.”² “Este rasgo da una idea muy justa de lo que era entonces la teología. Carlstadt, ademas de sus funciones de profesor, era canonigo y archidiacono. Este era el hombre que debia dividir mas tarde la reformacion. No veía entonces en Lutero mas que un inferior; pero el agustino llegó pronto á ser para él un objeto de envidia. “No quiero ser menos que Lutero,”³ decia un dia. Muy lejos entonces de preveer la grandeza á que era destinado el joven profesor, Carlstadt confirió á su futuro rival, la primera dignidad de la universidad.

¹ L. Epp. I, p. 11.

² Weismann, Hist. Eccl., p. 1416.

³ Weismann, Hist. Eccl., p. 1416.

El 18 de Octubre, 1512, Lutero fué recibido licenciado en teología, y prestó este juramento: "Juro defender la verdad evangelica con todas mis fuézas."¹ El dia siguiente, Bodenstein le puso solemnemente, en presencia de un numeroso concurso, las insignias de doctor en teología. Fué nombrado doctor biblico, y no doctor de las sentencias; y fué destinado asi á consagrarse al estudio de la Biblia, y no al de las tradiciones humanas.² Prestó juramento entonces, como lo refiere él mismo,³ á su bien amada y santa Escritura. Prometió predicarla fielmente, enseñarla con pureza, estudiarla toda su vida, y defenderla en los debates y con sus escritos, contra todos los falsos doctores, mientras Dios le ayudara.

Aquel solemne juramento fué para Lutero su vocacion de reformador. Imponiendo á su conciencia la santa obligacion de investigar libremente y anunciar con valor la verdad cristiana, aquel juramento elevó al nuevo doctor sobre los estrechos limites á que le hubiera circunscrito quizá su voto monastico. Llamado por la universidad, por su soberano, en nombre de la Magestad Imperial, y de la misma sede de Roma, ligado ante Dios por el juramento mas sagrado, fué desde entonces, el intrepido Heraldo de la Palabra de vida. En aquel dia memorable, Lutero fué armado caballero de la Biblia.

Aquel juramento prestado á la santa Escritura, puede considerarse como una de las causas de la renovacion de la Iglesia. La autoridad de la Palabra de Dios, unica infalible, tal fué el primer y fundamental principio de la reformation. Todas las demas reformas efectuadas despues en la doctrina, en las costumbres, en el gobierno de la Iglesia y en el culto, no fueron mas que consecuencias de aquel primer principio. Apenas puede concebirse hoy la sensacion que debió producir aquella verdad elemental tan sencilla, pero desconocida

¹ Juro me veritatem evangelicam viriliter defensurum.

² Doctor biblicus, et non sententiarius. (Melanchton.)

³ L. Opp. (W.), XVI, p. 2061. Mathesius, p. 7.

durante tantos siglos ; solo algunos hombres, de un alcance superior al del vulgo, previeron sus inmensas consecuencias. Las animosas voces de todos los reformadores proclamaron luego este poderoso principio, á cuyo estruendo se desplomará Roma : “ Los cristianos no reciben otras doctrinas que las que descansan sobre las palabras espresas de Jesucristo, de los apóstoles y de los profetas : ningun hombre, ninguna junta de doctores, tiene el derecho de prescribir otras nuevas.”

La situación de Lutero se habia cambiado. La vocacion que recibió fué, para el reformador, como una de aquellas extraordinarias que el Señor otorgó á los profetas de la antigua alianza, y á los apóstoles de la nueva. La solemne promesa que hizo, causó tan profunda impresion en su alma, que el recuerdo de aquel juramento bastó en lo sucesivo para consolarle, en medio de los mayores peligros, y de los mas duros combates. Y, cuando vió toda la Europa agitada y conmovida por la Palabra que habia anunciado ; cuando las acusaciones de Roma, las quejas de muchos hombres piadosos, las dudas y los temores de su propio corazon, tan facilmente agitado, parecian poderle hacer vacilar, temer, y caer en la desesperacion, se acordó del juramento que habia prestado, y se mantuvo firme, tranquilo, y lleno de alegría. “ Yo me he avanzado en el nombre del Señor,” dice en una circunstancia critica, “ y me he entregado en sus manos ; que se cumpla su voluntad !” ¿ Quien le ha pedido que me haga doctor ?....Siendo él quien me ha creado, que me sostenga ! ó bien, si se arrepiente de ello, que me destituya ! “ Esta tribulacion no me espanta pues. Solo busco una cosa, y es tener el Señor propicio en todo lo que me llame á hacer con él.” En otra ocasion decia : “ El que emprende algo sin vocacion divina, busca su propia gloria ; pero yo, doctor Martin Lutero, he sido forzado á ser doctor. El papismo ha querido detenerme en el desempeño de mi cargo ; pero ya veis lo que le ha sucedido, y le sucederá peor todavía ; no podrá defenderse contra mí. Yo quiero, en nom-

bre de Dios, ir contra los leones, y hollar bajo mis plantas los dragones y las vivoras. Esto empezará durante mi vida, y concluirá despues de mi muerte.”¹

Desde el instante de su juramento, no buscó ya Lutero la verdad para sí solo, sino tambien para la Iglesia. Lleno todavía de los recuerdos de Roma, entreveía confusamente delante de sí, una carrera en la que se decidió á marchar con toda la energia de su alma. La vida espiritual, que, hasta entonces se habia manifestado en su interior, se estendió á fuera. Esta fué la tercera epoca de su desarrollo: la entrada en el convento, le hizo dirigir hácia Dios sus pensamientos; el conocimiento de la remision de los pecados y de la justicia de la fé, habia emancipado su alma; y el juramento de doctor, le dió aquel bautismo de fuego por el que llegó á ser reformador de la Iglesia.

Los primeros adversarios que atacó, fueron aquellos famosos escolásticos que habia estudiado tanto él mismo, y que reinaban entonces sin contradiccion en todas las academias. Lutero los acuso de pelegianismo, y, elevandose con fuerza contra el padre de la escuela, Aristoteles, y contra Tomas de Aquino, emprendió el destronar á ambos del lugar en que regian, el uno á la filosofia y el otro á la teologia.²

“Aristoteles, Porfirio, los teologos de las sentencias (los escolásticos),” escribia Lutero á Lange, “son los estudios muertos de nuestro siglo. Nada deseo con mas ardor que dar á conocer á muchos el histrion, que se ha burlado de la Iglesia con la mascara griega, y mostrar á todos su ignominia.”³ En todas las discusiones publicas se le oía repetir: “Los escritos de los apostoles y de los profetas son mas ciertos y sublimes, que todos los sofismas y toda la teologia de la escuela.” Semejantes palabras eran nuevas, pero poco á poco se acostumbraban á ellas. Cerca de un año

¹ L. Opp. (W.), XXI, p. 2061.

² Aristotelem in philosophicis, sanctum Thomam in theologicis evertendos susceperat. (Pallavicini, I, 16.)

³ Perdita studia nostri sæculi. Epp. I., 15. (8 févr. 1516.)

despues, pudo escribir triunfante: "Dios opera. Nuestra teologia y san Agustin abanzan admirablemente, y reinan en nuestra universidad. Aristoteles declina, y está amenazando procsima y eterna ruina. Las lecoiones sobre las sentencias fastidian grandemente: nadie puede conseguir oyentes, sino profesa la teologia biblica."¹ Dichosa la universidad de la que se puede decir otro tanto!

Al mismo tiempo que Lutero atacaba á Aristoteles, tomaba el partido de Erasmo y de Reuchlin contra sus enemigos.—Entró en relacion con aquellos grandes hombres, y con otros sabios, tales como Pirekheimer, Mutian, y Hütten, que pertenecian mas ó menos al mismo partido. Hizo tambien en aquella epoca otra amistad, que fué de grande importancia para toda su vida.

Un hombre notable por su sabiduria y candor se hallaba entonces en la corte del elector; era Jorge Spalatin. Nacido en Spalatus ó Spalt, en el obispado de Eichstadt, habia sido al principio cura del pueblo de Hohenkirch, cerca de los bosques de la Thuringe: despues fué escogido por Federico el Sabio para ser su secretario, su capellan, y preceptor de su sobrino, Juan-Federico, que debia llevar un dia la corona electoral. Spalatin, era un hombre simple en medio de la corte; parecia timido á la vista de los grandes acontecimientos, circunspecto y prudente, como su maestro,² en presencia del ardiente Lutero, con quien vivia en correspondencia diaria. Lo mismo que Staupitz, era mas propio para tiempos tranquilos. Hombres como aquellos son necesarios; son como las materias delicadas con que se envuelven las alajas y los cristales, para preservarlos de los sacudimientos del viage: parece que son inútiles; sinembargo, si no fuera por ellas, las preciosas joyas se romperian y perderian. Spalatin no era hombre capaz de grandes cosas; pero desempeñaba fielmente y sin ruido la tarea que se le

¹ Ep. I., 57 (du 18 mai 1517.)

² Secundum genium heri sui. (Weismann, Hist. Eccl. I., p. 1434.)

encomendaba.¹ Fué al principio uno de los principales ayudantes de su maestro para recoger las reliquias de santos de que Federico fué aficionado largo tiempo ; pero poco á poco se volvió con el principe hácia la verdad. La fé, que volvia á parecer entonces en la Iglesia, no se apoderó de él como de Lutero ; andaba por vias mas trilladas. Llegó á ser amigo de Lutero en la corte ; el ministro por cuyo conducto pasaban todos los asuntos entre el reformador y los principes ; el mediador entre la Iglesia y el estado. El elector, honraba á Spalatin con una grande amistad ; siempre viajaban juntos en el mismo carruaje.² Por lo demas, el humo de la corte ahogaba muchas veces al buen capellan ; experimentaba profundas tristezas ; y hubiera querido dejar todos aquellos honores, y volver á ser simple pastor en los bosques de la Thuringe. Pero Lutero le consolaba, y le escortaba á mantenerse firme en su puesto. Spalatin se atrajo la estimacion general. Los principes y los sabios de su tiempo le guardaron las mas sinceras consideraciones. Erasmo decia : “ Inscribo el nombre de Spalatin, no solo entre los de mis principales amigos, sino también entre los de mis protectores mas venerados, y esto, no en el papel, sino en mi propio corazon.”³

El asunto de Reuchlin y de los frailes hacía entonces mucho ruido en Alemania. Los hombres mas piadosos, se veian á menudo perplejos sobre el partido que debian abrazar ; porque los frailes querian destruir los libros judaicos en que se hallaban blasfemias contra el Cristo. El elector encargó á su capellan que consultara sobre esto al doctor de Wittemberg, cuya reputacion era ya grande. Hé aquí la respuesta de Lutero ; es la primera carta que dirigió al predicador de la corte.

¹ Fideliter et sine strepitu fungens. (Weismann, Hist. Eccl. I., p. 1434.)

² Qui cum principe in rheda sive lectico solitus est ferri. (Corpus Reformatorum, I. 33.)

³ Melch. Ad Vita Spalat., p. 100.

“Que diré? Estos frailes pretenden arrojar Belzebuth, pero no con el dedo de Dios. No ceso de quejarme de ello y de gemir. Nosotros los cristianos empezamos á ser cuerdos ecsteriormente, y somos locos interiormente.¹ En todas las plazas de Jerusalem hay blasfemos cien veces peores que los de los judios; y todas ellas estan llenas de idolos espirituales. Nosotros deberiamos, llenos de un santo celo, arrebatarse y destruir aquellos enemigos interiores; pero dejamos lo que nos urge, y el mismo diablo nos persuade que abandonemos, lo que es nuestro, al misma tiempo que nos prohíbe que corriamos lo que es de los otros.

¹ Foris sapere et domi desipere. (L. Epp. I, p. 8.)

VIII.

La fé.—Declamaciones populares.—Enseñanza academica.—Pureza moral de Lutero.—El fralle Spenlein.—Justificacion por la fé.—Erasmus.—Las obras.

LUTERO no se mezcló en aquella disputa. La fé viva en Cristo, hé aquí lo que principalmente llenaba su corazon y su vida. “En mi corazon,” decia, “reina y debe reinar sola la fé en mi Señor Jesucristo, que es el unico principio, medio y fin de todos los pensamientos que ocupan mi espíritu dia y noche.”¹

Todo su auditorio le oia con admiracion hablar de aquella fé en Jesucristo, ya en la cathedra de profesor, ya en el pulpito del templo. Sus enseñanzas difundian la luz. Admirabanse de no haber conocido antes, verdades que parecian tan evidentes en su boca. “El deseo de justificarse á sí mismo, es el origen de todas las angustias del corazon,” decia. “Pero el que recibe á Jesucristo como salvador, tiene la paz, y no solo la paz, sino la pureza del corazon. Toda santificacion del corazon, es fruto de la fé; porque la fé es en nosotros una obra divina, que nos muda, y nos dá un nacimiento nuevo, que emana del mismo Dios. Ella mata á Adan en nosotros; y por el Santo Espíritu que nos comunica, ella nos dá un nuevo corazon y nos hace hombres nuevos. Solamente por la via practica, y no con vanas especulaciones,” decia tambien, “se puede obtener un conocimiento saludable de Jesucristo.”²

En aquel tiempo, predicó Lutero sobre los diez mandamientos unos discursos, que han llegado á nosotros, bajo el titulo de *declamaciones populares*, en los que, no hay duda,

¹ Præf. ad Gal.

² Non per speculationem, sed per hanc viam practicam.

se encuentran todavía errores. Lutero no se ilustraba á sí mismo sino poco á poco. *La senda de los justos, como luz que resplandece, va adelante, y crece hasta el día perfecto.* Prov. cap. IV., v. 18. ¡Pero cuanta verdad, sencillez, y elocuencia, en aquellos discursos! ¡Que bien se comprende el efecto, que debia producir el nuevo predicador en su auditorio y en su siglo! Solo citaremos un pasage tomado al principio de ellos.

Sube Lutero al pulpito de Wittemberg, y lee estas palabras: “*No tendras dioses agenos delante de mí.*” Y luego dirigiendose al pueblo que llenaba el templo, dice: “*Todos los hijos de Adan son idolatras, y culpables contra este primer mandamiento.*”¹

Aquella asercion estraña sorprendió sin duda, al auditorio; era menester probarla, y el orador prosigue: “*hay dos generos de idolatria, una interior y otra ecsterior: La interior consiste en que el hombre por temor del castigo ó por satisfacer sus apetitos, no rinde culto á la criatura, sino que la ama interiormente y se confia en ella...la ecsterior consiste en que el hombre adora la madera, la piedra, los animales, y las estrellas. ¿Que religion es esta? No doblais la rodilla ante las riquezas y los honores; pero les ofreceis vuestro corazon, la parte mas noble de vosotros mismos...Ah! vosotros adorais á Dios con el cuerpo, y á la criatura con el espíritu. Esta idolatria reina en todos los hombres, hasta que son curados gratuitamente por la fé, que se halla en Jesu-eristo. ¿Y como se efectua esta curacion? De este modo: la fé en Cristo os quita toda confianza en vuestra sabiduria, justicia, y fuerza, y os enseña que, si Cristo no hubiese muerto por vosotros y no os hubiese salvado asi, ni vosotros ni otra criatura hubiera podido hacerlo.*”² Entonces, apren-

¹ Omnes filii Adæ sunt idolatræ. (Decem precepta Wittembergensi populo prædicata per R. P. D. Martinum Luterum Aug. anno 1516.) Esos sermones fueron predicados en aleman; citamos la edicion latina, I., p. 1.

² Nisi ipse pro te mortuus esset, teque servaret, nec tu, nec omnis

deis á despreciar todas estas cosas, que os eran inútiles. No os queda ya mas que Jesus, Jesus solo, Jesus que basta plenamente á vuestra alma : no esperando ya nada de todas las criaturas, solo teneis á Cristo, de quien esperais todo, y á quien amais sobre todas las cosas : Luego Jesus es. el solo, el unico y el verdadero Dios : desde que lo recibis por Dios, ya no teneis otros dioses.”

De esta suerte, muestra Lutero como es dirigida el alma á Dios, su soberano bien, por el Evangelio, segun esta palabra de Cristo : “ *Yo soy el camino, la verdad, y la vida ; nadie viene al padre, sino por mi.* (Juan xiv., ver. 6.) El hombre quo asi habla á su siglo, no trata solamente de estirpar algunos abusos : sino que quiere ante todo establecer la verdadera religion : su obra es positiva, antes de ser negativa.

Lutero gira su discurso contra las supersticiones que llenaban entonces la cristiandad, contra los signos y caracteres misteriosos, las observancias de ciertos dias y meses, los demonios familiares, contra las fantasmas, el influjo de los astros, los maleficios, las metamorfosis, los incubos y sucubos, el patronado de los santos, etc., etc., etc. ; atacó uno tras otro todos aquellos idolos, y derribó con fuerza esós falsos dioses.

Pero en la academia era donde principalmente esponia Lutero todos los tesoros de la Palabra de Dios, en presencia de una juventud instruida y ansiosa de la verdad. “ De tal manera esplicaba las Escrituras,” dice su ilustre amigo Melancton, “ que, segun el juicio de todos los hombres pios é ilustrados, parecia que un nuevo dia rayaba para la doctrina, despues de una larga y profunda noche. Hacía ver Lutero la diferencia que hay entre la ley y el Evangelio : refutaba el error, que dominaba entonces en las iglesias y escuelas, que los hombres merecen por sus propias obras la remision de

creatura tibi posset prodesset: (Por R. P. D. Mart. Luth., edicion latina I., p. 1.

¹ At Jesus est verus, unus, solus Deus, quem cum habes, non habes alienum deum. (Decem præcepta Wittembergensi populo prædicata, I., p. 1.

sus pecados, y son justificados ante Dios por una disciplina ecsterior; y de este modo conducir los corazones de los hombres hácia el Hijo de Dios.¹ Cual otro Bautista mostraba el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y hacia comprehender que los pecados son perdonados gratuitamente á causa del Hijo de Dios, y que el hombre recibe este beneficio por la fé. No hizo ninguna mudanza en las ceremonias: al contrario, la disciplina establecida no tenia, en su orden, un observador y defensor mas fiel; pero esforzabase, mas y mas en hacer comprehender todas las grandes y esenciales doctrinas de la conversion, de la remision de los pecados, de la fé, y de los verdaderos consuelos que se encuentran en la cruz. La dulzura de aquella doctrina se insinuaba en las almas devotas, y los sabios la recibian con gozo.² Hubierase dicho que Cristo, los apóstoles, y los profetas salian de las tinieblas y de un calabozo impuro.”³

La firmeza con que se apoyaba Lutero en la Escritura, daba á su enseñanza una grande autoridad, y otras circunstancias aumentaban su fuerza. En él, la vida era conforme á las palabras; sabiase que sus discursos no nacian en sus labios,⁴ sino que provenian del corazon, y que los ponía en practica. Y cuando, mas tarde estalló la reformation, muchos hombres influyentes, que veian con gran dolor los disturbios de la Iglesia, prevenidos ya á favor del reformador por la santidad de sus costumbres y la belleza de su genio, no solo no se opusieron á él, sino que abrazaron la doctrina que sus obras confirmaban.⁵ Cuanto mas amaban las virtudes cristianas, tanto mas se inclinaban hácia el reformador.

¹ Revocabit igitur Lutherus hominum mentes ad Filium Dei (Melancht., Vit. Luth.)

² Hujus doctrinæ dulcedine pii omnes valdè capiebantur, et eruditatis gratum erat. (Ibid.)

³ Quasi ex tenebris carcere, squalore educi Christum, prophetas, apóstolos. (Melancht., Vita L.)

⁴ Oratio non in labris nasci, sed in pectore. (Ibid.)

⁵ Eique propter auctoritatem, quam sanctitate morum antea pepererat. adsenserunt. (Ibid.)

Ref. Span.

Todos los teólogos honrados estaban á su favor.¹ Hé aquí lo que dicen los que le conocieron, y en particular el hombre mas sabio de su siglo, Melanchton, y el ilustre adversario de Lutero, Erasmo. La envidia y las preocupaciones se han atrevido á hablar de su relajacion. Wittemberg se cambió enteramente por aquella predicacion de la fé, y llegó á ser el foco de la luz, que debia iluminar pronto la Alemania y difundirse en toda la Iglesia.

Lutero, dotado de un corazon tierno y afectuoso, deseaba que las personas á quienes amaba poseyesen la luz que le habia guiado en los senderos de la paz. Siendo profesor, predicador, fraile, y teniendo una correspondencia vasta, aprovechaba de todas estas circunstancias, para hacer partícipes de su tesoro á los demas. Uno de sus antiguos hermanos del convento de Erfurt, fray Jorge Spenlein, se hallaba entonces en el convento de Memmingen, despues de haber pasado quizá algun tiempo en Wittemberg. Spenlein encargó al doctor que le vendiese varios objetos que le habia dejado, como: una tunica de tejido de Bruselas, una obra de un doctor de Eisenach, y una capilla; y Lutero cumplió ecsactamente el encargo; habiendo obtenido, dice á Spenlein en una carta de 7 de Abril 1516, un florin por la tunica, otro por la capilla y medio por el libro, lo entregó todo al padre vicario á quien Spenlein debia tres florines. Pero Lutero pasó pronto de aquella cuenta de despojos monacales, á un objeto mas importante.

“Quisiera saber,” escribe á fray Jorge, “que es de tu alma: ¿no está cansada de su propia justicia? ¿no respirá en fin, y no confia en la justicia de Cristo? En nuestros dias la propia justicia seduce á muchos, y sobre todo á los que se empeñan con todas sus fuerzas en ser justos. No comprendiendo la justicia de Dios que se nos dá gratuitamente en Jesucristo, quieren subsistir en su presencia con sus meritos; pero no es posible: cuando tú vivias con nosotros,

¹ *Puto et hodiè theologos omnes probos favere Lutero.* (Erasmi, Epp. I., 652.)

te hallabas en este error, é yo tambien; todavía batallo y no he triunfado enteramente de él.

“Oh querido hermano! aprende á conocer á Cristo, á Cristo crucificado; aprende á cantar un nuevo cantico en su alabanza, á desesperar de tí mismo y á decirle: Tú, Jesus, Señor mio, eres mi justicia, é yo soy tu pecado: Tú tomaste lo que es mio y me diste lo que es tuyo;¹ lo que no fuiste, te hiciste; para que yo fuese lo que no era! Cuidado, querido Jorge, que no pretendas una pureza tal, que no quieras reconocerte pecador; porque Cristo no habita mas que en los pecadores. Del cielo, donde habitaba, ha bajado á los justos, para habitar tambien en los pecadores. Médita detenidamente este amor de Cristo, y disfrutaras de su consuelo inefable. Si nuestras penas y trabajos hubieran podido darnos la tranquilidad de la conciencia, ¿porque hubiera muerto Cristo? No hallaras la paz sino en él, desesperando de tí y de tus obras, y aprendiendo con que amor te abre Cristo los brazos, tomando sobre sí todos tus pecados, y dandote toda su justicia.”

De este modo la poderosa doctrina que habia salvado al mundo en tiempo de los apóstoles, y que debia salvarlo segunda vez en tiempo de los reformadores, era espuesta por Lutero con fuerza y claridad. Pasando por encima de los numerosos siglos de ignorancia y supersticion, reuniase con san Pablo.

No fué solo Spenlein á quien Lutero procuró instruir sobre esta doctrina fundamental. La poca verdad que hallaba en este punto, en los escritos de Erasmo, le inquietaba. Importaba mucho iluminar á un hombre de ingenio tan admirable, y de tan grande autoridad; pero como hacerlo? Su amigo de la corte, el capellan del elector, era respetado de Erasmo, y á él fué á quien se dirigió Lutero: “Querido Spalatin,” le escribió, “lo que me desagrada en

¹ Tu, Domine Jesu, es justitia mea; ego autem sum peccatum tuum: tu assumpsisti meum, et dedisti mihi tuum. (L. Epp. I., p. 17.)

Erasmus, en este hombre de tan vasta erudicion, es, que por la justicia de las obras ó de la ley, de que habla el apostol, entiende el cumplimiento de la ley ceremonial. La justificacion de la ley no consiste solamente en las ceremonias, sino en todas las obras del decalogo. Cuando ellas se cumplen fuera de la fé en Cristo, pueden, es verdad, hacer Fabricios, Regulos, y otros hombres perfectamente integros á los ojos del mundo; pero merecen tan poco ser llamados *justicia*, como el fruto del nispero merece ser llamado higo; porque no llegamos á ser justos, como pretende Aristoteles, haciendo obras de justicia; sino que hacemos tales obras cuando ya somos justos: ¹ Es preciso que primero se cambia la persona, y despues las obras. Abel fué primero agradable á Dios, y despues su sacrificio." Lutero continua: "Os suplico que lleneis el deber de un amigo y de un cristiano, haciendo conocer estas cosas á Erasmo." Esta carta está fechada asi: "A priesa, en el rincon de nuestro convento el 19 de Octubre 1516." Ella hace ver las relaciones de Lutero con Erasmo, y muestra el sincero interes que tenia á lo que creia ser verdaderamente útil á aquel ilustre escritor. Mas tarde, la oposicion de Erasmo á la verdad obligó sin duda á Lutero á combatirle abiertamente; pero no lo hizo, sino despues de haber procurado instruir á su antagonista.

Oiase, pues, por fin, esponer ideas á la vez claras y profundas sobre la naturaleza del bien: al fin proclamaban el principio, que lo que constituye la bondad real de una obra, no es su forma exterior, sino el espíritu en que está hecha. Esto era dar un golpe mortal á todas las practicas supersticiosas, que desde tantos siglos ahogaban la Iglesia, é impedian que creciesen y prosperasen en ella las virtudes cristianas.

"Leo á Erasmo," escribia aun Lutero, "pero de dia en dia pierde en mi opinion. Me gusta verle censurar con tanta ciencia y firmeza la crasa ignorancia de los curas y

¹ Non enim justa agendo justí effícimur: sed justificando et essendo operamur justa, (L. Epp. I., p. 22.)

frailes ; pero temo mucho que rinde pocos servicios á la doctrina de Jesucristo. Prevalécen mas en él las cosas humanas, que las divinas.¹ Vivimos en tiempos peligrosos. Con saber el griego y el hebreo, no es uno buen Cristiano. Gerónimo, que sabia cinco lenguas, es inferior á Agustín, que solo comprendia una ; aunque Erasmo piensa lo contrario. Yo guardo con cuidado mi opinion tocante á Erasmo, por no dar armas á sus adversarios. Puede ser que el Señor le ilumine á su tiempo.”²

La insuficiencia del hombre, y la omnipotencia de Dios, tales eran las dos verdades que Lutero queria restablecer. Cuan tristes son la religion y la filosofia, que entregan el hombre á sus fuerzas naturales ! Los siglos han ensayado estas fuerzas tan preconizadas ; y, mientras que el hombre ha llegado por si mismo á cosas admirables, en lo concerniente á su ecsistencia terrestre, no ha podido jamas disipar las tinieblas que ocultan á su espíritu la conciencia del verdadero Dios, ni cambiar una sola propension de su corazon. La mayor sabiduría á que han llegado las inteligencias ambiciosas, ó las almas ardientes y descosas de la perfeccion, ha sido la de desesperar de si mismo.³ Es pues una doctrina generosa, consolante, y soberanamente verdadera, la que nos descubre nuestra insuficiencia, para anunciarnos el poder de Dios, por el que podemos todas las cosas. Grande es la reformation, que revindica en la tierra la gloria del cielo, y defiende entre los hombres los derechos del Dios fuerte.

Nadie conoció mejor que Lutero, la alianza intima é indisoluble que une la salvacion gratuita de Dios y las obras libres del hombre. Ninguno mostró mejor que él, que solo recibiendo todo de Cristo puede el hombre dar mucho á sus

¹ Humana prævalent in eo plus quam divina.

² Dabit ei Dominus intellectum suo fortè tempore. (L. Epp. I., p. 52.)

³ Quel ! es posible el no pecar ? pregunta Epictète, (IV., 12, 19). Es imposible, se dice.

hermanos. Siempre presentaba estas dos acciones, la de Dios y la del hombre, en el mismo cuadro. Asi es que despues de haber espuesto al hermano Spenlein, cual es la justicia que salva, añade : “ Si créés firmemente, como debes, estas cosas (porque maldito es el que no las crée), acoge á tus hermanos ignorantes y errantes, como Jesucristo te acogió á tí mismo. Sufralos con paciencia, appropriate sus pecados, y, si tienes algo de bueno, hazles participes. Por tanto recibios los unos á los otros, como Cristo os recibió para gloria de Dios,” dice el apostol. (Rom. XV., ver. 7.) “ Triste justicia es la que no quiere soportar á los demas; porque los encuentra malos, y que solo piensa en buscar la soledad del desierto, en lugar de hacerles bien con la paciencia, la oracion y el buen ejemplo. Si eres el lirio y la rosa de Cristo, sabe que tu vergel es entre las espinas. Cuida solamente que por tu impaciencia, tus juicios temerarios y tu orgullo secreto, no te conviertas tú mismo en espina.

Cristo reina en medio de sus enemigos: si solo hubiera querido vivir entre los buenos, y morir solo por los que le aman, te pregunto; ¿ por quien hubiera muerto y entre quienes hubiera vivido ?”

Es digno de ver como ponia Lutero en practica aquellos preceptos de caridad. Un agustino de Erfurt, fray Jorge Leiffer, se hallaba en grandes tribulaciones: Lutero lo supo y ocho dias despues de haber escrito la carta á Spenlein, compadecido del pobre Jorge Leiffer, le escribió:” He sabido que estais agitado por muchas tempestades, y que vuestro espíritu es impelido aqui, y alli por las olas....La cruz de Cristo está dividida en toda la tierra, y á cada uno le toca su parte. No desecheis pues la que os ha caido en suerte; recibidla mas bien como una santa reliquia, no en vaso de oro ó plata, sino, lo que es mejor, en un corazon lleno de dulzura. Si el leño de la cruz ha sido de tal modo santificado, por la carne y sangre de Cristo, que lo consideramos como la reliquia mas augusta ¿ cuanto mas deben

serlo para nosotros las injurias, las persecuciones, los padecimientos y el odio de los hombres, puesto que no han sido tocados solamente por la carne de Cristo, sino que han sido abrazados, besados, y benditos por su inmensa caridad.”¹

¹*Sanctissimæ reliquiæ.....deificæ voluntatis suæ charitatæ implexæ, esculatæ.* (L. Epp. I., 18.

IX.

Primeras tesis.—Visitas de los conventos.—Dresde.—Erfurt.—El prior Tornator.—Resultados de su viaje.—Trabajos.—Peste.

LA enseñanza de Lutero producía sus efectos: muchos de sus discípulos se sentían ya inclinados á profesar públicamente las verdades que las lecciones del maestro les habían revelado. Entre sus oyentes se hallaba un joven sabio, Bernardo de Feldkirchen, profesor de la física de Aristoteles en la universidad, y que, cinco años después, fué el primer eclesiástico evangélico que abrazó el estado del matrimonio.

Lutero deseó que Feldkirchen sostuviese, bajo su presidencia, las tesis en las que estaban espuestos sus principios. Las doctrinas profesadas por Lutero adquirirían así una nueva publicidad. La disputa tuvo lugar en 1516.

Este es el primer ataque de Lutero contra el reinado de los sofistas, y contra el papismo, como lo dice él mismo. Este ataque aunque fué débil, le causó mas de una inquietud. “Permito que se impriman estas proposiciones,” dice muchos años después, publicándolas en sus obras, “principalmente á fin de que la grandeza de mi causa, y el suceso de que Dios la ha coronada, no me envanezcan; porque mis proposiciones manifiestan plenamente mi ignominia, es decir, la enfermedad y la ignorancia, el temor y el temblor, con que empecé aquella lucha. Como yo estaba solo, me mezclé imprudentemente en aquel negocio. No pudiendo regular, concedí al papa muchos puntos importantes, y aun le adoré.”¹

¹ Sed etiam ultro adorabam. (L. Opp. Lat., I, p. 50.)

Hé aquí algunas de dichas proposiciones :¹

“El hombre viejo es la vanidad de las vanidades ; el es la universal vanidad ; y hace vanas á las demas criaturas, por buenas que sean.—El hombre viejo es llamado la *carne*, no solo porque es conducido por la concupisencia de los sentidos, sino tambien porque aun cuando fuese casto, prudente, y justo, no es nacido de nuevo, de Dios, por el Espíritu.—Un hombre que vive fuera de la gracia de Dios, no puede observar el mandamiento de Dios, ni prepararse en todo ó en parte á recibir la gracia, sino queda necesariamente bajo el pecado.—La voluntad del hombre sin la gracia, no es libre, sino esclava, y lo es de su propia voluntad.—Jesucristo, nuestra fuerza, nuestra justicia, el que sondea los corazones y los riñones, es el unico escrutador y juez de nuestros meritos.—Puesto que todo es posible por Cristo al que crée, es supersticioso buscar otros ausilios, sea en la voluntad humana, ó sea en los santos.”²

Aquella disputa hizo gran ruido, y fué considerada como el principio de la reformation.

Acércabase el momento en que esta reformation iba á estallar. Dios se apresuraba á preparar el instrumento de que queria servirse. Habiéndolo hecho construir el elector una nueva iglesia en Wittemberg, á la que dió el nombre de Todos los Santos, envió á Staupitz á los Países-Bajos, para recoger allí las reliquias con las que queria adornar el nuevo templo. El vicario general encargó á Lutero que le reemplazara durante su ausencia, y en particular que hiciese la visita de cuarenta monasterios de la Misnia y de la Thuringe.

Lutero pasó primero á Grimma, y de allí á Dresde. Por todas partes se esmeraba en establecer las verdades que habia reconocido, y en instruir á los miembros de su orden.—

¹ L. Opp. (L.), XVII., p. 142, y en las obras latinas, tom. I., p. 51.

² Cum credenti omnia sint, auctore Christo, possibilis, superstitiosum est humano arbitrio, aliis sanctis, alia deputari auxilia. (L. Opp. (L.), XVII., p. 142, et Opp. Lat., tom. I., p. 51.)

“No os adhirais á Aristoteles ni á otros doctores de una filosofia erronea,” decia á los frailes, “sino leed asiduamente la Palabra de Dios. No busqueis vuestra salvacion en vuestras fuerzas y buenas obras, sino en los meritos de Cristo, y en la gracia divina.”¹

Un fraile agustino de Dresde, se fugó de su convento, y se fué en Mayence, donde fué recibido por el prior de los agustinos. Lutero escribió á este prior,² pidiendole aquella oveja desgarrada, y añadió estas palabras llenas de verdad y de caridad: “Yo se que es necesario que haya escandalos en el mundo. No es milagro que caiga el hombre, pero sí lo es el que el hombre se levante y se mantenga en pie. Pedro cayó para que supiese que era hombre. Se ven aun hoy dia caer los cedros del Libano, y, lo que escede toda imaginacion, los angeles mismos han caido en el cielo y Adan en el Paraíso: ¿porque admirarse pues si una caña es agitada por el torbellino, y si la luz de la mariposa se apaga?”

De Dresde, pasó Lutero á Erfurt, y reapareció, para llenar las funciones de vicario general, en aquel mismo convento donde, once años antes, habia dado cuerda al reloj, abierto la puerta, y barrido la iglesia. Nombró prior del convento á su amigo el bachiller Juan Lange, hombre sabio y piadoso, pero severo, y le escortó á la paciencia y á la afebilidad. “Revestios,” le escribió poco despues, “de un espíritu de dulzura hácia el prior de Nuremberg; esto es conveniente, porque el prior se halla revestido de un espíritu aspero y amargo. El amargor no se quita con el amargor, es decir, el diablo con el diablo, sino que lo dulce quita lo amargo; es decir, que el dedo de Dios ahuyenta los demonios.”³ Quizas debe sentirse que Lutero no se haya acordado de este excelente consejo en varias ocasiones.

No habia mas que divisiones en Neustadt sobre el rio Orla. En el convento reinaba la discordia, y todos los frailes estaban en guerra con su prior, y abrumaron á Lutero

¹ Hilscher's *Luther's Anwesenheit in Alt-Dresden*, 1728. ² Del primero mayo de 1516, Epp, I., p. 20. ³ L. Epp. I., p. 36. Non enim asper asperum, id est non diabolus diabolum, sed suavis asperum, id est digitus Dei ejicit dæmonia.

con sus quejas; el prior Miguel Dressel, ó Tornator, como le llama Lutero traduciendo su nombre en latin, manifestó por su parte al doctor todas sus angustias. “La paz! la paz!” decia.—“Buscáis la paz,” respondió Lutero, “pero buscáis la paz del mundo, y no la de Cristo. ¿Ignorais acaso que nuestro Dios ha colocado su paz en medio de la guerra? No tiene paz el que por nadie es incomodado; pero el que, inquietado por todos los hombres y por todas las cosas de la vida, lo soporta todo con tranquilidad y alegría, ese tal posee la verdadera paz. Vosotros decís con Israel: La paz, la paz! y no hay paz. Decid mas bien con Cristo: La cruz, la cruz! y no habrá cruz; porque la cruz deja de ser cruz, desde que se dice con amor: O bendita cruz! no hay leño semejante al tuyo.”¹ Vuelto á Wittemberg, Lutero, queriendo poner fin á las disenciones de los frailes, les permitió que eligiesen otro prior.

Lutero volvió á Wittemberg, despues de una ausencia de seis semanas. Estaba entristecido por todo lo que habia visto; pero aquel viaje le hizo conocer mejor la Iglesia y el mundo, le dió mas seguridad en sus relaciones con los hombres, y le ofreció muchas ocasiones de fundar escuelas, de instar con eficacia sobre esta verdad fundamental que, “solo la Escritura santa nos muestra el camino del cielo,” y de exhortar á los hermanos á vivir juntos santa, casta, y pacíficamente.² No hay duda que durante este viaje, derramó el reformador abundante semilla en los diversos conventos agustinos. Las ordenes monasticas, que fueron largo tiempo el apoyo de Roma, hicieron quizá mas por la reformacion que contra ella; y esto es cierto, sobre todo con respecto de los agustinos. Casi todos los hombres de piedad, y de un espíritu libre y elevado, que vivian en los claustros, se volvieron hácia el Evangelio. Una sangre nueva y generosa, circuló pronto en aquellas ordenes que eran como las

¹ Tam citó enim crux cessat esse crux, quam citó lætus dixeris: **Cruz benedicta!** inter ligna nullum tale. (Epp. I., 27.)

² Heiliglich, friedlich, und züchtig. (Matth., p. 10)

arterias de la catolicidad alemana. Apenas se sabia algo en el mundo de las nuevas ideas del agustino de Wittenberg, cuando ya era el objeto principal de la conversacion en los capitulos y monasterios. Mas de un claustro se transformó así, en plantel de reformadores. Cuando ya fueron establecidos los grandes y verdaderos principios, los hombres piadosos y fuertes salieron de su oscuridad, y abandonaron el retiro de la vida monacal, para entrar en la carrera activa de ministros de la Palabra de Dios. En aquella inspeccion del año de 1516, Lutero despertó con sus palabras muchos espíritus aletargados; por lo que fué llamado aquel año "la estrella matutina del dia evangelico."

Lutero se entregó de nuevo á sus ocupaciones ordinarias. En aquella epoca estaba agoviado de trabajo: no solo era profesor, predicador, y confesor, sino que á demas tenia muchas ocupaciones temporales concernientes á su orden y á su convento. "Necesito continuamente," escribia, "de dos secretarios; por que no hago casi otra cosa que escribir cartas en todo el dia. Soy predicador del convento, lector del rectorio, pastor y predicador de la parroquia, director de estudios, vicario del prior (es decir once veces prior!), inspector de los estanques de Litzkau, abogado de las posadas de Herzberg en Torgau, lector de san Pablo, comentador de los salmos....Rara vez tengo tiempo para rezar las horas y cantar; sin hablar del combate del espíritu contra la carne, con el diablo y el mundo....Por esto verás si soy hombre desocupado !...."¹

Por aquel tiempo se declaró la peste en Wittenberg: muchos estudiantes y doctores salieron de la ciudad, pero Lutero permaneció en ella. "No se," escribia á su amigo de Erfurt, si la peste me permitirá concluir la Epistola á los Galatas. Esta peste, brusca y rapida, hace grandes estragos, principalmente entre la juventud. Me aconsejais que huya; ¿pero á donde huiré? Espero que no se desplo-

¹ Epp. I., p. 41, á Lange, á los 26 de Octubre de 1516.

mará el mundo si cae fray Martin.¹ Si la peste hace progresos, dispersaré los hermanos por todos lados; pero yo, estoy puesto aquí, y la obediencia no me permite huir, hasta que me vuelva á llamar el que me llamó á este puesto: no es que yo no tema la muerte (porque no soy el apostol Pablo, solo soy su comentador); pero espero que el Señor me libraré del temor." Tal era la firmeza del doctor de Wittenberg. ¿El que no temia á la peste, temerá á Roma? ¿cederá al terror del patíbulo?

¹ Quó fugiam? spero quod non corruet orbis, ruente fratre Martino. (Epp. I., p. 42. Ibid.)

X.

Relaciones con el elector.—Consejos al capellan.—El duque Jorge.—Lutero en la corte.—Comida en la corte.—Cena en casa de Emser.

EL mismo valor que mostró Lutero á la vista de los males mas terribles, lo desplegó ante los poderosos del mundo. El elector estaba muy satisfecho del vicario general, quien habia hecho en los Países-Bajos una buena cosecha de reliquias. Lutero dá cuenta de ello á Spalatin. Es una cosa curiosa este asunto de reliquias, en el tiempo en que va empezar la reformation. Seguramente que los reformadores ignoraban hasta donde debian ir á parar. Un obispado le parecia al elector, ser la unica recompensa digna del vicario general. Lutero, á quien Spalatin escribió sobre esto, desaprobó mucho esta idea. “Hay cosas que agradan á vuestro principe,” respondió, “y que sinembargo desagradan á Dios. No niego que no sea hábil en las cosas del mundo; pero en las que conciernen á Dios y á la salud de las almas, le tengo por siete veces ciego, lo mismo que á Pfeffinger, su consejero. No digo esto á ocultas como un calumniador. No temais el decirselo á ambos, porque estoy pronto yo mismo, y en toda ocasion, á decirles lo mismo cara á cara. Porque quereis lanzar á ese hombre (Staupitz), al tempestuoso mar de cuidados episcopales?”¹

No se ofendia el elector de la franqueza de Lutero. “El principe,” le escribia Spalatin, “habla de vos á menudo y con mucha consideracion.” Federico envió al fraile un paño muy fino para hacerse un habito. “Seria demasiado bueno,” dijo Lutero, “si no fuese un regalo de principe. No

¹ Multa placent principi tuo, quæ Deo displicent. (L. Epp. I., p. 25.)

soy digno de que nadie se acuerde de mí, y aun menos un principe, y un tan gran principe. Los que me son mas utiles son los que tienen peor opinion de mí.¹ Dad gracias á nuestro principe por su favor; pero sabed que deseo no ser elogiado, ni de vos, ni de ningun hombre, porque toda alabanza de hombre es vana, y la que viene de Dios es la sola verdadera.

El excelente capellan no queria ceñirse á sus funciones de la corte: deseaba hacerse util al pueblo; pero, como otros muchos en todos tiempos, queria serlo sin herir los espíritus, sin irritar á nadie y conciliandose el aprecio general. “Indicadme,” escribia á Lutero, “algún escrito que traducir en lengua vulgar, pero un escrito que agrade generalmente, y que al mismo tiempo sea util.”—“Agradable y util!” respondió Lutero: “semejante peticion me sorprende. Quanto mas buenas son las cosas, tanto menos agradan. ¿Que hay de mas saludable que Jesucristo? y sin embargo es para la mayor parte olor de muerte. Vos me direis que no queis ser util, sino á los que aman lo que es bueno; en tal caso, haced solamente oír la voz de Jesucristo; sereis agradable y util, no lo dudeis, pero al menor numero; porque hay pocas ovejas en esta triste region de lobos.”²

Lutero recomendó sin embargo á su amigo, los sermones del dominicano Tauler. “Nunca he visto,” dice, “ni en latin ni en nuestra lengua, una teologia mas sana y mas conforme al Evangelio. Estudiadla y vereis cuan dulce es el Señor, pero despues que hayais probado cuan amargo es todo lo que somos.”³

Lutero entro en relacion con el duque Jorge de Sajonia en el año 1517. La casa de Sajonia tenia entonces dos gefes. Dos principes, Ernesto y Alberto, arrebatados en su juventud del palacio de Altenbourg, por Kunz de Kaufun-

¹ *Ti mihi maximè prosunt, qui mei pessimè meminerint.* (L. Epp. I., p. 45.)

² *Quò sunt aliqua salubriora, eò minus placent.* (L. Epp. I., p. 46.)

³ *Quàm amarum est quidquid nos sumus.* (Ibid.)

gen, llegaron á ser, por el tratado de Leipzig, los fundadores de dos casas, que llevan todavía su nombré. El elector Federico, hijo de Ernesto, era en la época, cuya historia escribimos, el gefe de la rama Ernestina; y su primo, el duque Jorge el de la Albertina. Dresde y Leipzig se hallaban en los estados del duque, y éste residia en la primera de dichas ciudades. Su madre, Sidonia, era hija del rey de Bohemia, Jorge Podiabrad. La larga lucha que la Bohemia habia sostenido con Roma, desde los tiempos de Juan Huss, tuvo alguna influencia sobre el principe de Sajonia. Este se habia mostrado muchas veces deseoso de una reformation. "Este deseo le viene de su madre," decian, "es por naturaleza enemigo del clero."¹ Atormentaba de muchas maneras á los obispos, los abades, los canonicos y los frailes; y su primo, el elector Federico, tuvo que intervenir mas de una vez en su favor. Parecia que el duque Jorge debia ser el mas ardiente partidario de una reformation. El devoto Federico, al contrario, que en otro tiempo se habia calzado las espuelas de Godefroy, en el santo sepulcro, que se habia ceñido la disforme espada del conquistador de Jerusalem, y hecho el juramento de combatir por la Iglesia, como el valiente caballero de otro tiempo, parecia deber ser el mas ardiente campeón de Roma. Pero, cuando se trata del Evangelio, todas las previsiones de la sabiduría humana se engañan muchas veces. Sucedió lo contrario de lo que se podia esperar. Hubierase complacido el duque en humillar la Iglesia y sus miembros, en abatir tambien á los obispos, cuyo lujo asiatico eclipsaba el suyo; pero recibir en su corazón la doctrina evangelica que debia humillarle, reconocerse pecador, culpable é incapaz de salvarse, á no ser por mera gracia, era otra cosa. Hubiera querido gozoso reformar á los demás: pero no pensaba en reformarse á sí mismo. Hubiera quizá tratado de obligar al obispo de Mayence á contentarse con un solo obispado, y á no tener mas que catorce caballos en sus caballerizas, como lo ha dicho mas de

¹ L. Opp. (W.), XXII., p. 1849.



una vez;¹ pero, cuando vió parecer otro reformador, cuando vió un simple fraile emprender esta obra, y que la reformation hacía muchos proselitos entre la gente del pueblo, entonces el orgulloso nieto del rey *hussite* se declaró el mas violento adversario de la reforma, despues de haber sido su partidario.

En el mes de Julio de 1317, el duque Jorge pidió á Stau-pitz que le enviara un predicador sabio y elocuyente; y éste le envió Lutero, recomendandole como hombre de gran ciencia y de conducta irreprehensible. El principe le invitó á predicar en Dresde en la capilla del palacio en el día de Santiago el mayor.

Llegado aquel día, el duque y su sequito fueron á la capilla, para oir al predicador de Wittemberg. Lutero aprovechó con gusto aquella ocasion, para tributar homenaje á la verdad en presencia de tan ilustre asamblea. Tomó por texto el evangelio del día: *Entonces se acercó á Jesus la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, etc.* (San Matheo, cap. xx., ver. de 20 á 23.) Habló sobre los deseos y los ruegos insensatos de los hombres, y se espresó con energia sobre la seguridad de la salvacion, la que apoyó en el fundamento de que los que oyen con fé la palabra de Dios, son los verdaderos discípulos de Cristo, elegidos para la vida eterna. Trató despues de la eleccion gratuita, y mostró que esta doctrina presentada en union con la obra de Cristo, tiene gran fuerza para disipar los terrores de la conciencia; de suerte que los hombres, en lugar de alejarse del Dios santo á la vista de sus indignidades, son impelidos con dulzura á buscar en él su refugio. En fin refirió una parabola de tres virgenes, de la que dedujo instrucciones edificantes.

La palabra de la verdad hizo una profunda impresion á los oyentes. Dos de ellos principalmente parecian prestar una particular atencion, al discurso del fraile de Wittemberg. Una de las dos personas era una dama de un ecsterior respetable, que se hallaba en los bancos de la corte, y en cuyas

¹ L. Opp. (W.), XXII., p. 1849.

facciones se hubiera podido leer una emocion profunda. Llamabase Madama de la Sale, y era camarera mayor de la duquesa. La otra persona era un licenciado en canones, secretario y consejero del duque, Geronimo Emser. Este era hombre de talento y de vastos conocimientos. Cortesano y hábil politico, hubiera querido contentar á la vez dos partidos opuestos: es decir, pasar á Roma por defensor del papado, y al mismo tiempo brillar en Alemania, entre los sabios del siglo; pero, bajo este espíritu flexible, se ocultaba un caracter violento. Este personaje y Lutero se encontraron, por la primera vez, en la capilla del palacio; sin pensar que mas tarde debian romper mas de una lanza.

Llegó la hora de comer para los moradores del palacio, y luego se hallaron reunidas en la mesa la familia ducal y las personas allegadas á la corte. La conversacion cayó naturalmente sobre el predicador de la mañana. "Que tal os ha parecido el sermon?" dijo el duque á Madama de la Sale. "Si pudiera oir otro discurso semejante," respondió la dama, "moriria en paz." "Y yo," respondió Jorge con colera, "daria una suma de dinero por no haberlo oido; tales discursos solo son buenos para hacer pecar á las gentes con seguridad."

Asi que fué conocida la opinion del amo, los cortesanos manifestaron sin robozo su desaprobacion, haciendo mil observaciones. Algunos pretendieron que Lutero, en su parabola de las tres virgenes, habia hecho alusion á tres damas de la corte, sobre lo cual hubo interminable charla. Chancearon las tres damas que el fraile de Wittemberg, designó publicamente, segun decian ellos.¹ Es un ignorante, decian unos; es un fraile orgulloso, decian otros; y cada uno comentaba el sermon á su modo y hacia decir al predicador lo que queria. La verdad habia sido anunciada á una corte mal dispuesta á recibirla, y todos la criticaron. Pero mientras que la Palabra de Dios era asi una ocasion de caer, para

¹ Has tres postea in aula principis à me notatas garrierunt. (L. Epp. I., 85.)

muchos, por la camarera mayor lo fué de levantarse. Un mes despues se puso enferma, abrazó con confianza la gracia del Salvador y murió llena de gozo.¹

En cuanto al duque, no oyó quizá en vano rendir homenaje á la verdad; porque, cualquier que haya sido su oposicion á la reforma durante su vida, se sabe que, á la hora de su muerte, declaró no tener esperanza sino en los meritos de Jesucristo.

Era natural que Emser hiciese los honores á Lutero, en nombre de su amo: le convidó á cenar; Lutero rehusó; pero Emser insistió y le obligó aceptar. Lutero pensaba no encontrar sino algunos amigos, pero luego vió que le habian preparado un lazo.² Un maestro en artes de Leipsig y muchos dominicanos se hallaban en casa del secretario del principe. El maestro en artes, lleno de una alta idea de sí mismo, y de odio contra Lutero, le saludó con un aire amistoso y melifluo, pero luego se encolerizó y empezó á gritar.³ Trabose la pelea, y se disputó, dice Lutero, sobre las vove-rias de Aristoteles y de santo Tomas:⁴ al fin, Lutero desafió al maestro en artes á que definiese con toda la erudicion de los tomistas, en que consistia el cumplimiento de los mandamientos de Dios. El maestro en artes, aunque se halló embarazado, conservó su serenidad, pagadme mis onorarios, dijo, tendiendo la mano, *da pastum*. Hubierase dicho que queria empezar á dar una leccion, como un maestro de escuela, considerando á los convidados como discípulos suyos. Esta estraña respuesta, añade el reformador, nos hizó reir á todos, y luego nos separamos.

Durante esta conversacion, un dominico estuvo escuchando á la puerta, con intencion de entrar y escupir á Lutero en su cara; contuiose no obstante, pero se vanaglorió despues.⁵

¹ Keith, *Leb. Lut.*, p 32.

² *Inter medias me insidias conjectum.* (L. Epp. I., 85.)

³ *In me acriter et clamose invectus est.* (Ibid.)

⁴ *Super Aristotelis et Thomæ nugis.* (Ibid.)

⁵ *Ne prodideret et in faciem meam spueret.* (L. Epp. I., 85.)

Emser, contento de oír disputar á sus convidados, y queriendo mantenerse neutral, dió muchas disculpas á Lutero por lo que acababa de pasar.¹ Este volvió á Wittemberg.

¹ Enixè sese excusavit. (Ibid.)

XI.

Libertad y servidumbre.—Tesis.—Naturaleza del hombre.—Racionalismo.—
Suplica á Juan Lange, de Erfurt.—Eck.—Urbano Regius.—Modestia de Lu-
tero.

LUTERO volvió al trabajo con ardor. Preparaba seis ó siete juvenes teologos para sufrir el ecsamen que debia verificarse pronto para ascender á catedraticos. Lo que mas le alegraba era que estas promociones debian ser en descredito de Aristoteles. “Quisiera aumentar sus enemigos, cuanto antes,”¹ decia. Al efecto, publicó entonces algunas tesis, que merecen nuestra atencion.

La libertad, tal fué el grave asunto de que trató. Lo hizo ya ligeramente en las tesis de Feldkirchen, y en esta ocasion profundizó mas la materia. Desde el principio del cristianismo ha habido una lucha mas ó menos viva, entre las dos doctrinas de la libertad del hombre y de su sujecion. Algunos escolasticos enseñaron, como Pelagio y otros doctores, que el hombre poseia de sí mismo la libertad, ó el poder de amar á Dios y de hacer el bien. Lutero negó esta libertad, no por privar de ella al hombre, sino al contrario, para hacer que la obtuviese. La disputa diferencía en esta grande cuestion, no es pues como se dice generalmente, entre la libertad y la servidumbre; sino entre la libertad que proviene del hombre, y la que proviene de Dios. Los que se llaman partidarios de la libertad, dicen al hombre: “Tu tienes el poder de hacer el bien, y no necesitas de mayor libertad.” Los llamados partidarios de la servidumbre, le dicen, al contrario: “Te falta la verdadera libertad, y Dios te la ofrece en el Evangelio.” Unos hablan de liber-

¹ Cujus vellem hostes cito quàm plurimos fieri. (L. Epp. I., 59.)

tad para conservar la servidumbre ; otros de la servidumbre para dar la libertad ; tal fué la lucha en tiempo de san Pablo, en el de Agustín y en el de Lutero. Los que dicen no altereis nada, son los campeones de la servidumbre ; y los que dicen, romped vuestras cadenas, son los campeones de la libertad.

Sin embargo, nos engañaríamos si quisiésemos resumir toda la reformation en esta cuestion particular : ella es una de las muchas doctrinas que sostuvo el doctor de Wittenberg, hé aquí todo. Sobre todo, seria una ilusion el pretender que la reformation sea un fatalismo, una oposicion á la libertad ; ella fué una magnífica emancipacion del espíritu del hombre.

Rompiendo los numerosos lazos con que la gerarquía habia ligado el pensamiento humano, y restableciendo las ideas de libertad, de derecho, y de ecsamen, la reformation emancipó á su siglo, á nosotros mismos y á la posteridad mas remota. Y que no se nos diga que la reformation libertó al hombre de todo despotismo humano, pero que le esclavizó, proclamando la soberania de la gracia : no hay duda que ella quiso unir de nuevo la voluntad humana con la divina, someter plenamente aquella á esta, y establecer una conformidad entre ambas ; pero, ¿ que filosofo ignora que la plena conformidad á la voluntad de Dios es la única, la soberana y la perfecta libertad, y que el hombre no será verdaderamente libre sino cuando la Suprema justicia y la eterna Verdad reinan solas en él ?

Hé aquí algunas de las noventa y nueve proposiciones que presentó Lutero á la Iglesia, contra el racionalismo pelagiano de la teología escolástica :

“Es cierto que el hombre, que ha llegado á ser un mal arbol, no puede sino querer y hacer lo que es mal.—Es falso que la voluntad dejada á si misma, pueda hacer el bien como el mal ; porque ella no es libre sino cautiva. No está en poder de la voluntad del hombre querer ó no querer todo lo que se le presenta.—El hombre por su naturaleza no puede

querer que Dios sea Dios ; preferiria ser Dios él mismo, y que Dios no fuese Dios.—La escelente, la infalible, la unica preparacion á la gracia, es la eleccion y predestinacion eterna de Dios.¹—Es falso decir que si el hombre hace todo lo que puede, destruye los obstaculos á la gracia.—En una palabra, la naturaleza no posée ni razon pura ni voluntad buena.²—De parte del hombre nada hay que preceda á la gracia á no ser la insuficiencia y la rebelion.—No hay virtud moral sino orgullo, ni sin tristeza, es decir, sin pecado.—Desde el principio hasta el fin, no somos dueños de nuestras acciones, sino esclavos suyos.—No llegamos á ser justos haciendo lo que es justo, sino que siendo ya justos, hacemos lo que es justo.—El que dice que un teologo que no es logico, es un herege y un aventurero, dice una cosa aventurera y heretica.—No hay forma de razonamiento (de silogismo), que concuerde con las cosas de Dios.³—Si la forma del silogismo pudiera aplicarse á las cosas divinas, se sabría el articulo de la santa Trinidad, y no se creeria.—En una palabra, Aristoteles es á la teologia lo que las tinieblas á la luz.—El hombre es mas enemigo de la gracia de Dios que de la misma ley.—El que está fuera de la gracia de Dios peca sin cesar, aun cuando no mate, no robe, ni cometa adulterio.—Peca, porque no cumple la ley espiritualmente.—No matar, no cometer adulterio, solo ecsteriormente y en accion, es la justicia de los hipocritas.—La ley de Dios y la voluntad del hombre, son dos adversarios que, sin la gracia de Dios, no pueden estar de acuerdo.⁴—Lo que quiere la ley, no lo quiere jamas la voluntad, á menos que por temor ó por amor, no aparente quererlo.—La ley es el verdugo de la voluntad ; pero ésta no recibe por amo mas que el Niño que

¹ Optima et infallibilis ad gratiam præparatio et unica dispositio, est æterna Dei electio et prædestinatio. (L. Opp. Lat., I., 56.)

² Breviter nec rectum dictamen habet natura, nec bonam voluntatem. (L. Opp. Lat., I., 56.)

³ Nulla formã syllogistica tenet in terminis divinis. (Ibid.)

⁴ Lex et voluntas sunt adversarii duo, sine gratia Dei implacabiles. (L. Opp. Lat., I., 57.)

nos ha nacido.¹ (Isaias, IX., 6.)—La ley hace abundar el pecado, porque ella irrita y rechaza la voluntad.—Pero la gracia de Dios hace abundar la justicia por Jesucristo, quien hace amar la ley.—Toda obra de la ley parece buena por el exterior, pero es pecado en el interior.—La voluntad, cuando se vuelve hácia la ley sin la gracia de Dios, solo es por su propio interes.—Malditos son todos los que hacen las obras de la ley.—Benditos son todos los que hacen las obras de la gracia de Dios.—La ley que es buena y en la que se tiene la vida, es el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. (Romanos v., ver. 5.)—La gracia no es concedida, para que la obra se haga mas frecuente y facilmente, sino porque sin la gracia no se puede hacer ninguna obra de amor.—Amar á Dios, es aborrecerse á sí mismo y no saber nada fuera de Dios.”²

Así pues Lutero atribuye á Dios todo el bien que puede hacer el hombre. No se trata de rehacer, de remendar, si así puede decirse, la voluntad del hombre; es menester darle otra nueva. Dios solo ha podido decir esto, porque Dios solo puede cumplirlo. Hé aquí una de las mayores y mas importantes verdades que el espíritu humano puede reconocer.

Pero Lutero, al proclamar la insuficiencia del hombre, no caía en el extremo contrario. En la octava proposición, dice: “No resulta de lo dicho que la voluntad sea mala por su naturaleza, es decir que su naturaleza sea el mismo mal, como enseñaron los Maniqueos.”³ La naturaleza del hombre fué en su origen esencialmente buena; ella se apartó del bien que es Dios, y se inclinó hácia el mal. Sin embargo existe su santo y glorioso origen y ella es capaz, por el poder de Dios, y por la obra del cristianismo, de recobrar el

¹ *Lex est exactor voluntatis, qui non superatur nisi per Parvulum qui natus est nobis.* (Ibid.)

² *L. Opp. Lips. XVII., p. 143, et Opp. Lat. I.*

³ *Nec ideò sequitur quod sit naturaliter mala, id est natura mali, secundum Manichæos.* (L. Opp. Lips. XVII., p. 143, et Opp. Lat. I.)

mismo origen. Es verdad que el Evangelio nos presenta el hombre en un estado de humillacion, y de insuficiencia; pero lo presenta entre dos glorias y dos grandezas; una gloria pasada, de la que fué precipitado, y otra gloria futura, á la que es llamado. Esta es la verdad; el hombre lo sabe, y por poco que piense en ello, descubre facilmente que todo lo que se le dice sobre su pureza, su poder, y su gloria actuales, no es mas que una mentira con que se quiere alagar y adormecer su orgullo.

Lutero se elevó en sus tesis, no solo contra la pretendida bondad de la voluntad del hombre, sino tambien contra las supuestas luces de su entendimiento en lo tocante á las cosas divinas. En efecto la teologia escolastica ecsalto la razon al par que la voluntad. Aquella teologia, tal cual la habian compuesto algunos de sus doctores, no era en sustancia mas que una especie de racionalismo; las proposiciones que hemos citado, lo indican: se diría que van dirigidas contra el racionalismo de nuestros dias. En las tesis, que anunciaban la reformacion, Lutero atacó la Iglesia y las supersticiones populares que habian añadido al Evangelio las indulgencias, el purgatorio, y otros abusos. En las que acabamos de mencionar, atacó la escuela y el racionalismo, que habian quitado del mismo Evangelio la doctrina de la soberania de Dios, de su revelacion y de su gracia. La reformacion atacó el racionalismo, antes de atacar la supersticion: proclamó los derechos de Dios antes de condenar las superfluidades del hombre: fué positiva antes que negativa: esto es lo que no se ha notado suficientemente, y sin embargo, sin esto no se puede llegar á apreciar justamente aquella revolucion religiosa.

Sea lo que fuera eran verdades bien nuevas las que Lutero acababa de espresar con tanta energia. Hubiera sido facil sostener aquellas tesis en Wittemberg, donde dominaba su influencia; pero entonces hubieran dicho que Lutero escogia un campo de batalla donde no compareceria ningun combatiente: presentando el combate en otra universidad, era

dar mayor publicidad á aquellas tesis, y precisamente por la publicidad se ha obrado la reformation: pensó pues en Erfurt cuyos teólogos se habian mostrado tan irritados contra él.

En efecto, envió sus tesis á Juan Lange, prior de Erfurt, y le escribió: “Mi impaciencia hasta saber lo que decidireis sobre estas paradojas, es grande, extrema, demasiado grande, tal vez. Mucho me temo que vuestros teólogos no consideren como parádoja, y aun *kakodoxe*,¹ lo que no puede ser para mi sino muy ortodocsa. Avisadme pues cuanto antes lo que fuere. Tened la bondad de declarar á la facultad de teología, y á todos, que estoy pronto á ir á Erfurt, y á sostener publicamente estas proposiciones, sea en la universidad, sea en el monasterio.” Parece que no fué aceptado el desafío de Lutero: los frailes de Erfurt se contentaron con hacerle saber que sus tesis les habian desagradado mucho.

Quiso tambien enviar las mismas proposiciones á otro punto de Alemania, y para ello fijó la atencion en un hombre que hace gran papel en la historia de la reformation, y que es digno de ser conocido.

Un distinguido profesor, llamado Juan Meyer, enseñaba entonces en la universidad de Ingolstadt, en Baviera; era nativo de Eck, pueblo de Suabia, y le llamaban comunmente el doctor Eck. Era amigo de Lutero, y éste apreciaba sus talentos y conocimientos: habia leído mucho, estaba dotado de una memoria feliz, y á la erudicion juntaba la elocuencia. Su accionar y su voz indicaban la viveza de su genio. En cuanto á talento, Eck era en el medio dia de la Alemania, lo que Lutero en el norte: ambos eran los teólogos mas notables de aquella epoca, aunque con diferentes tendencias. La universidad de Ingolstadt, era casi la rival de la de Wittenberg. La reputacion de estos dos doctores atrajo de todas partes á las universidades en que enseñaban, una multitud de estudiantes deseosos de escuchar sus lecciones. Sus

¹ Imò cacodoxa (mala doctrina) videri suspicor. (L. Epp. I, 6.)

prendas personales, no menos que su ciencia, les hacía ser queridos de sus discípulos. Se ha vituperado el carácter del doctor Eck; un rasgo de su vida mostrará que á lo menos en la época de que hablamos, su corazón no estaba cerrado á los sentimientos generosos.

Entre los estudiantes que su nombre atrajo á Engoldstadt, se hallaba un joven llamado Urbano Regius, nacido en las margenes de un lago de los Alpes. Había estudiado en la universidad de Friburg en Brigau; y llegado á Engoldstadt siguió allí su curso de filosofía y captó la voluntad del doctor Eck. Preciado á subsistir con sus propios recursos, tuvo que encargarse de la dirección de algunos jóvenes nobles. No solo debía vigilar su conducta y sus estudios, sino también comprar el mismo los libros y la ropa que necesitaban. Aquellos jóvenes vestían con lujo, y tenían buena mesa; contraían deudas y los acreedores les apuraban: en tal estado, Regius embarazado suplicó á los padres de dichos jóvenes que los retirasen de allí, y la respuesta que le dieron fué, “*tened animo.*” El emperador juntaba entonces un ejército contra los Turcos, é iban llegando reclutas á Ingoldstadt. Desesperado como se hallaba, Urbano sentó plaza, y pareció en las filas con uniforme, en los momentos en que pasaban la revista para marchar. El doctor Eck llegó justamente entonces á la plaza, con muchos de sus colegas, y se sorprendió al reconocer á su discípulo entre los reclutas. “Urbano Regius!” le dijo, fijando en él una mirada penetrante. “Presente,” respondió el conscripto. “¿Cual es la causa de esta mudanza?” El joven refirió su historia, y el doctor le respondió, “yo me encargo del asunto,” é inmediatamente le arrancó la alabarda y le retiró del servicio, pagando su reemplazo. Los padres de los dos jóvenes, temerosos de caer en la desgracia del príncipe por amenazas que les hizo el doctor, enviaron el dinero necesario para pagar los gastos y las deudas de sus hijos: de este modo Urbano Regius fué salvado, para llegar á ser mas tarde uno de los apoyos de la reformation.

Queriendo Lutero, como se ha dicho, hacer conocer en el mediodía del imperio sus tesis sobre el pelegianismo y el racionalismo, las envió á su escelente amigo (que lo era tambien de Eck), Cristobal Scheurl, secretario de la ciudad de Nuremberg, suplicandole las pasara al mismo Eck, á Engolstadt, ciudad que no dista mucho de Nuremberg. “Os envié, le escribía, mis proposiciones enteramente paradójicas, y aun kakistodojicas, *κακιστοδοξας*, como piensan algunos; comunicadlas á nuestro querido Eck, á ese hombre tan erudito y de tanto talento, á fin de que yo sepa su opinion.”¹ Asi hablaba entonces Lutero del doctor Eck; tal era la amistad que reinaba entre ambos, y no fué Lutero quien la rompió.

Empero, no era en aquel campo donde debia trabarse el combate. Aquellas tesis versaban sobre doctrinas de mayor importancia quizá que las que, dos meses despues, parecieron incendiarias á la Iglesia; y á pesar de esto, y las provocaciones de Lutero, dichas proposiciones fueron recibidas con indiferencia, y á penas fueron leídas mas que en el gremio de la Escuela; es porque no eran otra cosa que proposiciones de universidad, y doctrinas de teología; mientras que las segundas tesis se referían á un mal que se habia aumentado, y que rebotaba por todas partes en Alemania. Cuando Lutero se limitó á restablecer doctrinas ya olvidadas, callaron; pero cuando manifestó abusos que chocaban á todo el mundo, prestaron atencion. Sinembargo, en uno y otro caso, no se propuso Lútero sino suscitar discusiones teológicas, tan frecuentes entonces, en las universidades. La idea de Lutero no se estendía mas; no pensaba en llegar á ser reformador; era humilde, y su humildad llegaba hasta la desconfianza de sí mismo....“Soy tan ignorante,” decia, “que no merezco mas que vivir en un rincón, sin ser conocido de nadie bajo el sol.”² Pero una mano poderosa le

¹ *Eccio nostro, eruditissimo et ingeniosissimo viro exhibete, ut audiam et videam quid vocet illas.* (L. Epp. I., p. 63.)

² L. Opp. (W.), XVIII., 1944.

sacó de aquel rincón, en que hubiera querido permanecer desconocido del mundo. Una circunstancia independiente de su voluntad, le hizo salir al campo de batalla y empezó la guerra; cuya circunstancia providencial nos toca referir en la continuación de esta obra.

LIBRO TERCERO.

LAS INDULGENCIAS Y LAS TESIS. 1517—MAYO 1518.

I.

Agitacion.—Comitiva.—Tezel.—Su discurso.—Confesion.—Venta.—Penitencia publica.—Una carta de indulgencia.—Ecsepciones.—Diversiones y disoluciones.

UNA grande agitacion reinaba entonces entre el pueblo de Alemania. La Iglesia habia abierto un gran mercado en la tierra; y, al ver la multitud de compradores, y al oir los gritos y las chocarrerias de los vendedores, se hubiera dicho que era una feria, pero feria abierta por los frailes. La mercancia que ponderaban y ofrecian con rebaja, era, segun decian, la salud eterna de las almas.

Los mercaderes recorrian el pais en hermosos carruajes, acompañados de tres lacayos, ostentando grandeza, y haciendo mucho gasto: se parecian mas bien á un cardenal, viajando con sus oficiales y acompañamiento, que no á un tratante vulgar ó á un fraile limosnero. Cuando la comitiva se acercaba á una ciudad, un diputado se presentaba al magistrado y le decia: "La gracia de Dios y la del Padre-Santo, están á las puertas de la ciudad;" y al punto se ponía todo en movimiento: el clero, los frailes, las monjas, el ayuntamiento, los maestros de escuela, los dicipulos, los gremios de artesanos con sus estandartes, hombres y mugeres; jovenes y viejos iban al encuentro de los mercaderes, llevando velas encendidas y avanzando al son de la musica y de todas las campanas, "de manera," dice un historiador,

“que no hubieran podido recibir mas dignamente al mismo Dios.” Hechas las primeras salutations, la comitiva se dirijia hácia la Iglesia : la bula de gracia del Pontifice, iba al frente en un cogin de terciopelo, ó en un brocado : seguía el gefe de los mercaderes de indulgencias, con una cruz roja de madera en la mano : toda la procesion caminaba así, en medio de los canticos, de las oraciones y del humo del incienso, y en el templo recibian al fraile mercader, y á su acompañamiento, con organo y musica estrepitosa : colocaban la cruz delante del altar, colgaban en ella las armas del papa ; y, durante todo el tiempo que ella estaba allí, el clero de la ciudad, los penitenciarios, subcomisarios, iban, todos los dias, despues de visperas, ó antes del *angelus*, á rendirla homenaje, teniendo en las manos unos bastoncitos blancos.¹ Este grande acontecimiento causaba una profunda sensacion en las tranquilas ciudades germanicas. Un personaje llamaba sobre todo la atencion del publico, en aquella feria, y era el que llevaba la gran cruz roja, y hacia el principal papel. Revestido del habito de los dominicanos, se presentaba con arrogancia ; su voz era retumbante, y parecia todavía vigoroso, aunque tenia ya sesenta y dos años.² Este hombre, hijo de un platero de Leipzig, nombrado Dies, se llamaba Juan Diesel ó Tezel ; habia estudiado en su ciudad natal, fué nombrado bachiller en 1487, y entró, dos años despues, en la orden de los dominicos. Reunía en sí muchos titulos : bachiller en teologia, prior de los dominicos, comisario apostolico, inquisidor, *hæreticæ pravitatis inquisitor* ; y con todo no habia cesado, desde el año 1502, de llenar el oficio de mercader de indulgencias. La habilidad que adquirió, siendo subalterno, le valió pronto el puesto de comisario en gefe. Tenia de salario ochenta florines al mes, y todos sus gastos pagados ; ademas le proporcionaban un carruaje y tres caballos ; pero se comprende facilmente, que

¹ Mit weissen stæblein. (Instruccion del arzobispo de Mayence á los subcomisarios de la indulgencia, etc., articulo 8.)

² *Ingenio ferox et corpore robustus.* (Cochl. 5.)

sus ganancias accesorias eran mucho mas que su sueldo. En 1507 ganó, en dos dias en Freiberg, dos mil florines: si tenia oficio de charlatan, tambien tenia costumbres de tal: declarado en Inspruck de adultero y de conducta depravada, estuvo á piqué de ecspiar sus vicios con su muerte; pues, el emperador Macsimiliano habia mandado que le metieran en un saco, y le echaran al rio. El elector Féderico de Sajonia interpuso su influjo, y obtuvo su perdon,¹ pero esta eleccion no le corrigió. Llevaba consigo dos de sus hijos, cuyo hecho lo cita Miltitz, legado del papa, en una de sus cartas.² Hubiera sido difícil encontrar, en todos los claustros de Alemania, un hombre mas adecuado que Tezel, para el comercio de que le habian encargado; á la teologia de un fraile, al celo y al espíritu de un inquisidor, reunia el mayor descaro; y lo que le facilitaba sobre todo el desempeño de su cargo, era el arte de inventar las historias peregrinas, con que se cautivaba el espíritu del pueblo: todos los medios eran buenos para él, con tal que llenasen su caja: esforzando su voz y haciendo uso de la elocuencia de los charlatanes, ofrecia á todo el mundo sus indulgencias, y sabia, mejor que ningun mercader de feria, hacer valer su mercancia.³

Cuando Tezel subia al pulpito, mostrando la cruz de la que colgaban las armas del papa, se ponía á ponderar con tono firme el valor de las indulgencias, á la multitud de gentes que atraía la ceremonia al santo lugar: el pueblo le escuchaba, y abria el ojo al oír las admirables virtudes que anunciaba. Un historiador jesuíta, hablando de los religiosos dominicos asociados con Tezel, dice: "Algunos de aquellos predicadores no faltaron, segun costumbre, de ecsagerar el asunto de que trataban, y de preconizar tanto el

¹ Welchen churfürst Friederick vom Sack zu Inspruck erbeten hatte. (Matthes. 10.)

² L. Opp. (W.), XV., 869.

³ Circumferuntur venales indulgentie in his regionibus a Tezelio dominicano impudentissimo syeophanta. (Melancht., Vita Luth.)

Ref. Span.

precio de las indulgencias, que dieron motivo al pueblo para creer, que tenían segura su salvacion y el rescate de las almas del purgatorio, al punto que daban dinero.” Si tales eran los dicipulos, bien se puede pensar lo que seria del maestro. Oigamos una de las areñgas que pronunció despues de la elevacion de la cruz.

“Las indulgencias,” dijo, “son la dadiva mas preciosa y la mas sublime de Dios.—Esta cruz (mostrando la cruz roja) tiene tanta eficacia, como la misma cruz de Jesucristo.¹—Venid, oyentes, y yo os daré bulas, por las cuales se os perdonarán hasta los mismos pecados que tuvieseis intencion de cometer en lo futuro.—Yo no cambiaria por cierto mis privilegios, por los que tiene san Pedro en el cielo; porque yo he salvado mas almas con mis indulgencias que el apostol con sus discursos.—No hay pecado tan grande, que la indulgencia no pueda perdonar; y aun, si alguno (lo que es imposible sin duda), hubiese violado á la santisima Virgen Maria, madre de Dios, que pague, que pague bien nada mas, y se le perdonará la violacion.²—Ni aun el arrepentimiento es necesario:—Pero hay mas; las indulgencias no solo salvan á los vivos, sino tambien á los muertos.—Sacerdote! noble! mercader! muger! muchacha! mozo! escuchad á vuestros parientes y amigos difuntos, que os gritan del fondo del abismo: Estamos sufriendo un horrible martirio! una limosnita nos libraria de él; vosotros podeis, y no quereis darla!”

Estremecianse al oir estas palabras, pronunciadas con la voz formidable del fraile charlatan.

¹ Hist. del Luteranismo por el P. Maimbourg, de la compaffia de Jesus en 1681, p. 21.

² L. Opp. (W.), XXII, p. 1393.

³ Tezel defiende y sostiene esta asercion en sus antitesis, publicadas por él mismo. Th. 99, 100, et 101. “Sub commissariis insuper ac prædicatoribus venarum imponere, ut si quis per impossibile Dei genitricem semper virginem violasset, quod eundem indulgentiarum vigore absolvere possent, luce clarius est.” (Positiones fratris J. Tezelii quibus defendit indulgentias contra Lutherum.)

“En el mismo instante,” continuaba Tezel, “en que la pieza de moneda resuena en el fondo de la caja, el alma sale del purgatorio y vuela libre al cielo.’—Oh! gentes torpes, y parecidas casi á las bestias, que no comprendéis la gracia que se os concede tan abundantamente !....Ahora que el cielo está enteramente abierto, ¿ no quereis entrar en él ? ¿ pues, cuando entrareis ?....Ahora podeis rescatar tantas almas !.... Hombre duro, é indiferente ! con un real puedes sacar á tu padre del purgatorio, y eres tan ingrato quo nó quieres salvarle ! Yo seré justificado en el dia del juicio ; pero vosotros sereis castigados con tanta mas severidad, quanto que habeis descuidado tan importante salvacion. Yo os digo que, aun cuando no tengais mas que un solo vestido, estais obligados á venderlo, afin de obtener esta gracia !....Dios, nuestro Señor, no es ya Dios ; pues ha abdicado su poder en el papa.”

Despues, procurando tambien hacer uso de otras armas, añadia : “ ¿ Sabeis porque nuestro Señor el papa distribuye una gracia tan preciosa ? es porque se trata de reedificar la iglesia destruida de san Pedro y san Pablo, de tal modo que no tenga igual en el mundo. Esta iglesia encierra los cuerpos de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y los de una multitud de martires. Estos santos cuerpos, en el estado actual del edificio, son, ay ! continuamente mojados, ensuciados, profanados, y corrompidos por la lluvia, por el granizo....Ah ! ¿ estos restos sagrados, quedarán todavía en el lodo y en el oprobio ?”²

Esta pintura no dejaba de hacer impresion en muchos. Ardian en deseos de socorrer al pobre Leon X., que no tenia con que poner al abrigo de la lluvia. los cuerpos de san Pedro y de san Pablo.

Entonces, el orador declamaba contra los ergotistas y alevosos, que contrariaban su obra, y gritaba : “ Los declaro escomulgados !”

¹ Thèse 56. (Positiones fratris Tezelii, etc.)

² Instruccion del arzobispo de Mayence, etc.

Enseguida, dirigiéndose á las almas dociles, y haciendo un uso impío de la Escritura, decia : “ Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, porque os aseguro que muchos profetas y reyes han deseado ver las cosas que veis, y no las han visto ; y tambien oir las cosas que vosotros ois, y no las han oido !” Y, por ultimo, mostrando la caja en la que recibia el dinero, concluia regularmente su patetico discurso, dirigiendo tres veces al pueblo estas palabras : “ Traed ! traed ! traed !”—“ Pronunciaba estas palabras con tan horrible bramido,” escribe Lutero, “ que parecia un toro furioso, que arremete á las gentes y las estropea á cornadas.” Luego que terminaba su discurso, bajaba del pulpito, corria hácia la caja, y en presencia de todo el pueblo, echaba en ella una moneda, de manera, que la hacía sonar mucho.²

Tales eran los discursos que la Alemania oia atonita, en los dias en que Dios preparaba á Lutero.

Luego que era concluido el discurso, se consideraba como que la indulgencia, “ hubiese establecido su trono en aquel lugar, de un modo solemne.” Se disponian confesionarios adornados con las armas del papa : los subcomisarios, y los confesores que ellos elegian, eran reputados como representantes de los penitenciaros apostolicos de Roma, en tiempo del gran jubiléo ; y, en cada uno de los confesionarios, escribian con letras grandes sus nombres, apellidos, y titulos.³

Entonces acudian en bandadas á los confesionarios ; se acercaban á ellos no con corazones contritos, sino con una moneda en la mano : hombres, mugeres, niños, pobres, aun los mismos que vivian de limosna, todos encontraban dinero. Los penitenciaros, despues de haber ponderado de nuevo á cada uno en particular la grandeza de la indulgencia, hacian

¹ Resolucion sobre la tesis 32.

² Tenzel, Reformationsgesch.—Myconii, Ref. Hist.—Instruccion del arzobispo de Mayence á los subcomisarios de la indulgencia.—Tesis de Lutero.

³ Instruccion, etc., 5. 60.

á los penitentes esta pregunta: “¿De cuanto dinero podeis privaros, en conciencia, para obtener tan perfecta remision?” “Esta pregunta,” dice la instruccion del arzobispo de Mayence á los comisarios, “debe ser hecha en este momento, para que los penitentes esten mejor dispuestos á contribuir.”

Estas eran todas las disposiciones que se requerian. En la bula del papa se escigia, á lo menos, el arrepentimiento del corazon y la confesion de boca; pero Tezel y sus compañeros se guardaban bien de mencionar tales cosas, porque su bolsa hubiera quedado vacia. La instruccion archiepiscopal prohibia aun el hablar de conversion ó contricion. Prometianse tres grandes gracias; bastará indicar la primera: “La primera gracia que os anunciamos,” decian los comisarios, conforme á la letra de su instruccion, “es el completo perdon de todos los pecados; y no se puede concebir nada de mas grande que una tal gracia, puesto que el hombre que vive en el pecado, está privado del favor divino, y que, por este perdon total, obtiene de nuevo la gracia de Dios¹....Por tanto, os declaramos que, para conseguir estas gracias escolentes, no es menester mas que comprar una indulgencia.² Y, en cuanto á los que deseen librar las almas del purgatorio y lograr para ellas el perdon de todas sus ofensas, que echen dinero en la caja; y no es necesario que tengan contricion de corazon, ni confesion de boca.³ Procuren solamente traer pronto su dinero porque así harán una obra muy util á las almas de los difuntos, y á la construccion de la iglesia de san Pedro.” No se podian prometer mayores bienes á menos precio.

Acabada la confesion, la que no duraba mucho, los fieles se apresuraban á dirigirse hácia el vendedor: uno solo estaba encargado de la venta, y tenia su oficina cerca de la

¹ Die erste Gnade ist die vollkommene Vergebung aller Sünden, etc. (Instruccion 19.)

² Nur den Beichtbrief zu kaufen. (Ib. 36.)

³ Auch ist nicht nöthig, dass sie in dem Herzen zerknirscht sind, und mit dem Mund gebeichtet haben. (Ibid. 38.)

oruz: miraba con atención á los que se acercaban á él; examinaba su traza, su porte, sus vestidos, y pedia una cantidad proporcionada á la apariencia del que se presentaba los reyes, las reinas, los principes, los arzobispos y los obispos, debian pagar, segun el reglamento, veinte y cinco ducados por una indulgencia comun; los abades, los condes y los varones, pagaban diez; los demas nobles, los rectores y todos los que gozaban de una renta de quinientos florines, pagaban seis; los que tenian dos cientos florines de renta por año, pagaban uno, y otros medio solamente. Por lo demas, si esta tarifa no podia ejecutarse á la letra, el comisario apostolico se hallaba revestido de plenos poderes, y todo debia ser arreglado segun los datos de la "sana razon," y la generosidad del donatario.¹ Para los pecados particulares, Tezel tenia un arancel particular: la poligamia se pagaba seis ducados; el robo de iglesia, y el perjurio nueve ducados; el homicidio, ocho; la magia dos. Samson, que hacia en Suiza el mismo comercio que Tezel en Alemania, tenia una tarifa poco diferente; por un infanticidio, hacia pagar cuatro livras tornesas; por un parricidio, ó un fratricidio, un ducado.²

Los comisarios apostolicos encontraban á veces dificultades en su trafico: sucedia con frecuencia, sea en las ciudades ó en los pueblos, que los maridos eran opuestos á todo aquel trafico, y prohibian á sus mugeres el que llevasen nada á aquellos traficantes: ¿que debian hacer sus devotas esposas? "¿No teneis vuestra dote ú otros bienes á vuestra disposicion?" las decian los vendedores; "en tal caso, podeis disponer de ellos para una obra tan santa, contra la voluntad de vuestros maridos."³

El individuo que concedia la indulgencia no podia recibir el dinero; esto estaba prohibido, bajo las penas mas severas;

¹ Nach den satzen der gesunden Vernunft, nach ihrer **Magnificenz** und Freigebigkeit. (Instruccion, 26.)

² Müller's Reliq., III., p. 264.

³ Instr. 27. Wider den Willen ihres Mannes.

porque tenían bastantes motivos para temer, que el tal individuo no fuese fiel: el mismo penitente debía depositar en la caja el precio de su perdón.¹ Miraban con rostro airado á los que tenían osadamente sus bolsas cerradas.²

Si, entre los que se agolpaban á los confesionarios, se hallaba algun hombre cuyo crimen fuese publico, sin que las leyes civiles le hubiesen castigado, debía hacer ante todo penitencia publica: conducianle desde luego á una capilla, ó sacristia, donde le despojaban de sus vestidos, le descalzaban y solo le dejaban su camisa; cruzabanle los brazos en el pecho, y le ponian una luz en cada mano; enseguida el penitente marchaba á la cabeza de la procesion, que se dirigia á la cruz roja; permanecia arrodillado hasta que terminasen el canto y la colecta, y entonces el comisario entonaba el salmo: *miserere mei*; luego se acercaban los confesores al penitente, le conducian por en medio de la iglesia hácia el comisario, quien, tomando la vara en la mano, y pegandole suavemente tres veces en la espalda,³ le decia: "que Dios tenga lastima de ti, y te perdone tu pecado!" y acto continuo entonaba el *Kyrie eleison*; el penitente era reconducido ante la cruz, y el confesor le daba la absolucion apostolica, y le declaraba reintegrado en la comunión de los fieles. Tristes monerías, coronadas por una palabra santa, la que, en semejante acto, era una profanación!

Hé aquí una fórmula de absolucion: merece la pena de conocer el contenido de aquellas cédulas que ocasionaron la reforma de la Iglesia.

"Que nuestro Señor Jesucristo, tenga piedad de tí N. N., y te absuelva por los meritos de su santísima pasión! y yo, en virtud del poder apostolico que se me ha conferido, te absuelvo de todas las censuras eclesiasticas, sentencias, y penas que has podido merecer; y tambien de todos los escesos, pecados y crímenes que han podido cometer, por

¹ Instr. 87, 90 y 91.

² Luth. Opp. Leipz. XVII., 79.

³ Dreimal gelind auf den Rücken. [Instruccion.]

grandes y enormes que puedan ser, y por cualquiera causa que sea, aun cuando fuesen de los reservados á nuestro santísimo padre el papa y á la silla apostolica: borro todas las manchas de incapacidad, y todas las notas de infamia, de que hubieras podido cubrirte: te liberto de las penas que hubieses debido sufrir en el purgatorio: te hago de nuevo participante de los sacramentos de la Iglesia: te incorporo otra vez en la comunión de los santos, y te restablezco en la inocencia y pureza que tuviste en el acto de tu bautismo; de manera que, en la hora de tu muerte, se cerrará para tí la puerta por donde se entra en el lugar de los tormentos y de las penas, y al contrario se abrirá la que conduce al paraíso de la alegría; y, si no has de morir pronto, esta gracia quedará inmutable para la hora de tu último fin. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, amen.

“Firmado de puño y letra del hermano Juan Tezel, comisario.”

¡ Con que habilidad se hallan mezcladas aquí palabras mentirosas y presuntuosas, con otras santas y cristianas !

Todos los fieles tenían que ir á confesarse al mismo sitio en que se hallaba puesta la cruz roja, y solo se exceptuaban los enfermos, los ancianos, y las mugeres en cinta; sin embargo, si había en la vecindad algún noble, ó algún gran personaje, también tenía excepción;¹ porque podía no querer mezclarse con el pueblo, y su dinero valía bien la pena que fuesen á buscarlo en su casa.

Si había algún convento, cuyos preladados, opuestos al comercio de Tezel, prohibiesen á sus hermanos subordinados, el visitar los lugares en que había erigido su trono la indulgencia, se hallaba también medio de remediar el mal, enviandoles confesores encargados de absolverlos contra las reglas de su orden y la voluntad de sus superiores:² no dejaban ni una veta de la mina sin explotarla.

Después de todo lo dicho, se procedía á lo que era objeto y fin del negocio; á contar el dinero: para mayor seguridad,

¹ Instr. 9.

² Instr. 69.

la caja tenia tres llaves; la primera estaba en poder de Tezel; la segunda en el del tesorero delegado de la casa, Jugger d'Augsbourg, á la que habian confiado esta vasta empresa; y la tercera en el de la autoridad civil: llegado que era el momento, se abria la caja, en presencia de un escribano publico, y todo se contaba y registraba debidamente. ¿Y no debia levantarse Cristo para arrojar del santuario, á aquellos vendedores profanos?

Concluida la mision, los mercaderes descansaban de sus trabajos: la instruccion del comisario general les prohibia, es verdad, el frecuentar las tabernas y los lugares sospechosos;¹ pero hacian poco caso de esta prohibicion; debian parecer poco temibles los pecados, á gentes que hacian tan facil trafico de ellos: "los limosneros hacian una mala vida," dice un historiador catolico romano; "ellos gastaban, en las tabernas, en las casas de juego, y en los lugares infames, todo lo que el pueblo cercenaba de sus necesidades."² Aun se asegura que, cuando estaban en las tabernas, solian jugar á los dados la salvacion de las almas.³

¹ Instruccion, 4.

² Sarpi, Concilio de Trento, p. 5.

³ Schrock, K. G. v. d. R. I., 116.

II.

Tezel en Magdebourg.—El alma del cementerio.—El zapatero de Haguenau.—
Los estudiantes.—Miconius.—Conversacion con Tezel.—Astucia de un gentil
hombre.—Discursos de los sabios y del pueblo.—Un minero de Schneeberg.

VAMOS á ver ahora á que escenas daba lugar en Alemania aquella venta del perdon de los pecados : hay rasgos que por sí solos pintan los tiempos ; queremos dejar hablar á los hombres cuya historia referimos.

En Magdebourg, Tezel rehuzaba el absolver á una muger rica, á menos, decia, que no le pagase adelantados cien florines ; ella consultó á su confesor ordinario, que era franciscano ; y éste le dijo : “ Dios concede gratuitamente el perdon de los pecados, y no lo vende.” Sinembargo la suplicó que no hablase á Tezel á cerca del consejo que le habia dado ; pero, habiendo rastreado algo de esto el mercader, exclamó : “ Semejante consejero merece ser ecpulsado ó quemado.”¹

Rara vez encontraba Tezel hombres bastante ilustrados, y aun menos hombres bastante animosos para resistirle ; por lo comun, hacía lo que queria de la multitud supersticiosa. Habia plantado en Zwickau la cruz roja de las indulgencias, y los buenos devotos se apresuraban en ir á hacer resonar en la caja el dinero que debia libertarlos. Cuando Tezel tenia que partir, los capellanes y sus acolitos le pedian, en la vispera, una comida de despedida ; la peticion era justa, pero como acceder á ella, si el dinero estaba contado y sellado ? En la mañana siguiente hacía tocar la campana mayor : la muchedumbre se precipitaba al templo, creyendo que habia sucedido algo de ecstraordinario, porque la fiesta

¹ Scultet, Annal. evangel., p. IV.

era concluida ; y luego que estaban todos reunidos, les decía : Yo habia resuelto partir esta mañana, pero en la noche, me he despertado oyendo gemidos ; he aplicado el oído... y era del cementerio de donde salían.... Oh Dios ! era una pobre alma, que me llamaba y me suplicaba encarecidamente, que la librase del tormento que la consume ! por esto me he quedado un día mas, afin de mover á lastima los corazones cristianos, en favor de dicha alma desgraciada ; yo mismo quiero ser el primero en dar una limosna ; y el que no siga mi ejemplo merecerá ser condenado.” ¿ Que corazón no hubiera respondido á tal llamada ? ¿ Quien sabe, por otra parte, que alma es aquella que grita en el cementerio ? dan pues con abundancia ; y Tezel ofrece á los capellanes y á sus acolitos una buena comida.¹

Los mercaderes de indulgencias se habian establecido en Haguenau en 1517. La muger de un zapatero, usando de la facultad que concedia la instruccion del comisario general, habia adquirido, contra la voluntad de su marido, una bula de indulgencia, que pagó un florin de oro, y murió poco despues ; no habiendo el marido hecho decir misas por el descanso del alma de su muger, el cura le acusó de impio ; y el juez de Haguenau le intimó que compareciese á su presencia ; el zapatero se fué á la audiencia con la bula de su muger en el bolsillo, y el juez le preguntó : “ Ha muerto tu muger ?—“ Sí,” respondió el zapatero.—“ ¿ Y que has hecho por ella ?”—“ He enterrado su cuerpo, y he encomendado su alma á Dios.”—“ Pero has hecho decir una misa por el descanso de su alma ?”—“ No por cierto, porque seria inútil, pues ella entró en el cielo en el instante que murió.”—“ ¿ Como sabes eso ?”—“ Hé aquí la prueba :” y al decir esto, sacó la bula del bolsillo ; y el juez, en presencia del cura, leyó en ella, en propias palabras, que la muger que la compró, no irá al purgatorio cuando muera, sino que entrará derechamente en el cielo : “ Si el Señor cura pretende todavía que es necesaria una misa,” añadió, “ mi muger ha sido

¹ Löschers Ref. Acta, I., 404. L. Opp. XV., 413, etc.

engañada por nuestro santísimo padre el papa; y si no, el Señor cura me engaña á mí." Nada habia que responder esto; y el acusado fué absuelto: así el buen sentido del pueblo hacía justicia de estos piadosos fraudes.¹

Un dia que Tezel predicaba en Leipzig, y que mezclaba en su predicacion algunas de las historietas, de que hemos dado ya una muestra, dos estudiantes salieron indignados de la iglesia, gritando: "Es imposible oír mas los chistes y las puerilidades de ese fraile." Uno de ellos era, segun se asegura, el joven Camerarius, que despues fué intimo amigo de Melancton, y escribió su vida.

Pero, de todos los jovenes de aquella epoca el en quien hizo Tezel mas impresion fué, sin duda, Miconius, celebre despues como reformador, é historiador de la reformacion. Había recibido una educacion cristiana: su padre hombre piadoso de la Franconia, le decia muchas veces: "Hijo mio; ruega á menudo, porque todas las cosas nos vienen gratuitamente de Dios solo: la sangre de Cristo es el unico rescate de los pecados de todo el mundo: aun cuando no hubiese mas que tres hombres que debiesen ser salvados por la sangre de Cristo, crée, hijo mio, y crée con seguridad, que tú eres uno de los tres hombres:² es un insulto dudar que salva la sangre del Salvador." Y luego, instruyendo á su hijo del comercio que empezaba entonces á establecerse en Alemania, y procurando presevarle de él, le decia aun: "Las indulgencias romanas son redes de pescar dinero, y sirven para engañar á los simples: el perdon de los pecados y la vida eterna, no se compran."

A la edad de trece años, este joven, llamado Federico, fué enviado á la escuela de Annaberg, para concluir sus estudios; poco despues llegó Tezel á aquella ciudad, donde

¹ Musculi Loci communes, p. 362.

² Hoffman's Reformationsgesch., V., Leipz., p. 32.

³ Si tantum tres homines essent salvandi per sanguinem Christi, certo statueret unum se esse ex tribus illis. (Melch., Adam, Vita Mycon.)

permaneció dos años. La gente iba en tropel á oír sus predicaciones. “No hay,” gritaba Tezel, con su voz de trueno, “otro medio de alcanzar la vida eterna, que la satisfaccion de las obras; pero esta satisfaccion es imposible al hombre: luego tiene que comprarla del pontífice romano.”¹

Cuando se acercó la salida de Tezel de Annaberg, sus discursos fueron mas apretados: “Pronto quitaré la cruz,” gritaba en tono amenazador, “cerraré la puerta del cielo,² y apagaré la luz de este sol de gracia que alumbrá á vuestros ojos:” y luego, usando la tierna voz de la escortacion, decía: “Ahora es el tiempo favorable para salvarse!” Alzando de nuevo la voz, el Stentor pontifical,³ que se dirigia á los habitantes de un pais rico por sus minas, gritaba con fuerza: “Contribuid, buenas gentes de Annaberg! contribuid abundantemente en favor de las indulgencias; y vuestras minas y montañas se llenaran de oro puro!” En fin, el día de Pentecostes declaró que distribuiria sus bulas á los pobres gratuitamente y por el amor de Dios.

El joven Miconius era del numero de los oyentes de Tezel, y concibió un ardiente deseo de aprovechar aquella oferta; se fué á los comisarios y les dijo en latin: “Soy un pobre pecador, y necesito un perdon gratuito;” pero los mercaderes le respondieron: “Solo los que socorren á la iglesia, es decir dan dinero, pueden participar de los meritos de Cristo.” —“¿Que significan entonces,” replicó Miconius, “esas promesas de don gratuito, anunciadas en las puertas y paredes de los templos?” —“Dad á lo menos un real,” le volvieron á decir despues de haber intercedido por él en vano cerca de Tezel. —“No puedo.” —“Cuatro cuartos solamente.” —“No los tengo.” Los dominicos, temiendo entonces que Miconius hubiese ido á sorprehenderles, le dijeron: “Escucha, queremos regalarte los cuatro cuartos:” Entonces el

¹ Si nummis redimatur à pontífice romano. (Melch., Adam, Vita Mycon.)

² Clausurum januam cœli. (Ibid.)

³ Stentor pontificius. (Melch., Adam, Vita Mycon.)

joven, levantando la voz, respondió con indignacion: "No quiero indulgencias compradas; si quisiera mercarlas, no tendria mas que vender uno de mis libros de escuela; quiero un perdon gratuito, y solo por el amor de Dios; vosotros dareis cuenta á Dios de haber dejado, por cuatro cuartos, escapar la salvacion de una alma."—"¿ Quien te ha enviado á sorprendernos?" exclamaron los mercaderes.—"Solo el deseo de recibir la gracia de Dios, ha podido hacerme presentar delante de tan grandes señores," respondió el joven, y se retiró.

"Me hallaba muy desconsolado," dice, al verme despachado tan sin piedad; "pero sentia, sin embargo, en mi interior, un consolador que me decia, que habia un Dios en el cielo, que perdonaba sin dinero ni precio, á las almas arrepentidas, por solo el amor de su hijo Jesucristo. Cuando me despedí de aquellas gentes, el Espíritu Santo tocó mi corazon; derramé muchas lagrimas, y, entre suspiros, hice al Señor esta oracion: Oh Dios! ya que los hombres me han negado el perdon de mis pecados, porque me faltaba dinero para pagarlo, Tú, Señor, ten piedad de mí, y perdóname mis culpas por pura gracia. Enseguida fui á mi cuarto, tomé el crucifijo de mi escritorio, lo puse en una silla y me arrodillé delante de él; seria imposible describir lo que yo espermenté entonces; pedia á Dios que fuese mi padre, é hiciese de mi todo lo que quisiese, y sentí cambiarse, y convertirse mi naturaleza. Lo que antes me regocijaba llegó á ser para mi un objeto de aversion: vivir con Dios y agradarle, era entonces mi mas ardiente y unico deseo."¹

De este modo preparaba la reformacion el mismo Tezel: con sus abusos escandalosos abria el camino á una doctrina mas pura; y la indignacion que escitaba en una juventud generosa, debia estallar un dia con fuerza; se podrá juzgar por el rasgo siguiente.

Un gentil hombre Sajon, que habia oido predicar á Tezel

¹ Carta de Mycon. á Eberus en Hechti, Vita Tezelii, Wittemb., p. 114.

en Leipzig, quedó indignado de sus mentiras; acercose al fraile y le preguntó, si tenia facultad de perdonar los pecados que se pensaban cometer: "Seguramente," respondió Tezel, "he recibido para ello pleno poder del papa:" "Pues bien!" replicó el caballero, "yo quisiera vengarme un poco con uno de mis amigos, sin atentar á su vida: y os doy diez escudos si me entregais una bula de indulgencia que me justifique plenamente:" Tezel puso algunas dificultades; pero, sin embargo, quedaron conformes por treinta escudos; poco despues salió el fraile de Leipzig; el gentil hombre, acompañado de sus criados, le esperó en un bosque entre Tüterbock y Treblin; cayó sobre él, hizo darle algunos palos y le arranco la rica caja de las indulgencias, que el inquisidor llevaba consigo: éste se quejó ante los tribunales, pero el gentil hombre presentó la bula firmada por el mismo Tezel, la que le ecsimía con anticipacion de toda pena. El duque Jorge, á quien esta accion irritó mucho al principio, mandó, á la vista de aquella bula, que fuese absuelto el acusado.¹

En todas partes aquel comercio agitaba los espíritus, y en todas se hablaba de él; era el motivo de las conversaciones en los palacios, en las academias, en las casas de los particulares, lo mismo que en las posadas, en las tabernas y en todos los lugares de reunion publica;² las opiniones estaban divididas; unos creian, y otros se indignaban; en cuanto á la parte sana de la nacion, ella repelia con desden el sistema de las indulgencias. Esta doctrina era de tal modo contraria á la santa Escritura y á la moral, que todos los hombres algo instruidos en la Biblia, ó dotados de alguna luz natural, la condenaban interiormente, y solo esperaban una señal para oponerse á ella. Por otro lado, los satiricos hallaban amplia materia para burlarse: el pueblo, á quien la mala conducta de los sacerdotes irritaba hacia muchos años, y á quien solo el temor de los castigos contenia todavía en cierto

¹ Albinus, Meissn. Chronik. L. W. (W.) XV., 446, etc. Hechtus in Vit. Tezelii.

² L. Opp. (Leipz.), XVII., p. 111, v. 116.

respeto, dejaba entrever todo su odio: no se oían por todas partes mas que quejas y sarcasmos, sobre el amor al dinero que devoraba al Clero.

Pero las cosas no paraban en esto; atacaban el poder de las llaves y la autoridad del soberano pontífice. “¿Porque,” decían, “no liberta el papa de una vez todas las almas del purgatorio, y esto por caridad y en consideración á la gran miseria de dichas almas, y no que rescate un gran número de ellas por amor del dinero, y de la catedral de san Pedro? ¿Porque celebran siempre fiestas y aniversarios por los difuntos? ¿Porque el papa no devuelve ó permite que se recobren los beneficios y las prebendas que fueron fundadas en favor de los difuntos, supuesto que ya es inútil, y aun reprehensible, el rogar por los que han sido rescatados para siempre en virtud de las indulgencias? ¿Que nueva santidad de Dios y del papa es esta que, por precio de dinero, concede á un hombre impío y enemigo de Dios, la facultad de librar del purgatorio una alma piadosa y amada del Señor, mas bien que librarla ellos mismos gratuitamente, por amor y en consideración á su gran miseria?”¹

Referían la conducta grosera é inmoral de los traficantes de indulgencias; para pagar, decían, lo que deben á los carreteros que los conducen con sus mercancías, á los poseedores en cuyas casas se alojan, ó á cualquiera que le haga algun servicio, les dan una bula de indulgencia para cuatro ó mas almas, segun los casos: así es que las bulas de salvación tenían, en las posadas y en los mercados, el mismo curso que los billetes de banco ó papel moneda. “Traed! traed!” decía la gente del pueblo; “esta es la sustancia de sus sermones.”²

Un minero de Schneeberg, encontró un vendedor de indulgencias, y le dijo: “¿Se podrá creer lo que habeis dicho muchas veces ácerca del poder de la indulgencia y de la autoridad del papa, y que, echando un cuarto en la caja, se

¹ Luther, tesis sobre las indulgencias. Th. 82, 83 y 84.

² L. Opp. (Leipz.), XVII., 79.

pueda rescatar una alma del purgatorio?" El vendedor le contestó que sí, y el minero le replicó: "Que hombre tan cruel debe ser el papa, que deja por un miserable cuarto, arder tanto tiempo en las llamas una pobre alma! si no tiene dinero en caja, que tome prestados algunos cientos de miles de escudos, y que rescate de una vez todas las almas; nosotros, aunque pobres, le pagaremos de buena gana el capital é intereses."

Así la Alemania estaba cansada del tráfico vergonzoso que se hacía en ella; ya no podían sufrir las imposturas de aquellos picaros dueños de Roma, como dice Lutero.¹ Sin embargo, ningún obispo ni teólogo se atrevía á oponerse á su charlatanismo y á sus fraudes; los espíritus estaban perplejos; se preguntaban unos á otros, si Dios no enviaria algun hombre, de bastante poder, para la obra que habia que hacer; pero no se veía salir este hombre por ningún lado.

¹ Fessi erant Germani omnes, ferendis explicationibus, nundinationibus, et infinitis imposturis Romanensium nebulonum. (L. Opp. Lat. in præf.)

III.

Leon X.—Alberto de Mayence.—Arriendo de las indulgencias.—Los franciscanos y los dominicanos.

El papa que ocupaba entonces el trono pontificio no era de los Borgias; sino Leon X., de la ilustra familia de los Medicis: era hábil, sincero, lleno de bondad y de dulzura; era afable en su trato y sumamente generoso; sus costumbres personales eran mejores que las de su corte; sin embargo, confiesa el cardenal Pallavicini, que ellas no eran intachables: á tan amable caracter reunia muchas calidades de un gran principe; era amigo de las ciencias y artes, y en su presencia se representaron las primeras comedias italianas; hay pocas de su tiempo que no las haya visto representar: era apasionado á la musica, todos los dias resonaban instrumentos en su palacio, y se le oia muchas veces talarear él mismo las piezas que habian ejecutado á su presencia: amaba el fausto, y nada omitia cuando se trataba de fiestas, juegos, teatro, regalos, ó recompensas: ninguna, corte igualaba á la del soberano pontifice, en brillo y placeres; asi es que cuando se supo que Julian Medicis trataba de fijar su residencia en Roma con su joven esposa, el cardenal Bibliena, consejero el mas influyente de Leon X., exclamó: “Dios sea loado! porque nada nos faltaba aquí sino una corte de damas.”¹ Una corte de damas era el complemento necesario de la corte del papa. El sentimiento religioso era completamente desconocido á Leon.

“Tenia tanto agrado en sus modales, que hubiera sido un hombre completo, si hubiese tenido algun conocimiento de

¹ Ranke, Römische Pæbste, I., 71.

las cosas de la religion, y un poco mas de inclinacion á la piedad, de la que no se ocupó jamas," dice Sarpi.¹

Leon tenia necesidad de mucho dinero, porque necesitaba hacer frente á sus grandes gastos, á todas sus liberalidades, llenar la bolsa de oro que echaba todos los dias al pueblo, sostener las licenciosas representaciones del Vaticano, satisfacer los numerosos pedidos de sus parientes y de sus cortesanos entregados á los placeres, dotar á su hermana, que habia casado con el principe Cibo, hijo natural del papa Inocencio VIII. y pagar los gastos ocasionados por su aficion á las letras, artes, y placeres. Su primo, el cardenal Pucci, tan diestro en el arte de acumular, como Leon en el de prodigar, le aconsejó que recurriese á la mina de las indulgencias; por lo que publicó una bula anunciando una indulgencia plenaria, cuyo producto seria destinado, decia, á la construccion de la iglesia de san Pedro, este monumento de la magnificencia sacerdotal. En una letra pontificia, dada en Roma bajo el anillo del pescador, en noviembre de 1517, Leon pide á su comisario de indulgencias, 147 ducados de oro, para pagar un manuscrito del trigésimo-tercio libro de Tito-Libio: de todos los usos que hizo del dinero de los Germanos, éste fué sin duda el mejor; no obstante, es extraño librar almas del purgatorio para comprar el manuscrito de la historia de las guerras del pueblo romano.

Hallabase entonces en Alemania un joven principe, que era, bajo muchos respectos, una viva imágen de Leon X.; era Alberto, hermano menor del elector Joaquin, de Brandebourg. Este joven, de edad de veinte y cuatro años, habia sido nombrado arzobispo y elector de Mayence y de Magdebourg; y dos años despues fué hecho cardenal. Alberto no tenia ni las virtudes ni los vicios que se encuentran frecuentemente en las altas dignidades de la Iglesia; joven,

¹ Concilio de Trento, p. 4. Pallavicini, pretendiendo refutar Sarpi, confirma y aun agrava su testimonio: *Suo planè officio defuit (Leo.) venationes, facetias, pompas adeò frequentes...* [Conc. Trid. I., p. 8 y 9.]

lijero, mundano; pero, no sin algunos sentimientos generosos, conocia muy bien muchos abusos del catolicismo, y hacia poco aprecio de los fanaticos frailes que le rodeaban: su equidad le inclinaba á reconocer, á lo menos en parte, la justicia de lo que pedian los partidarios del Evangelio: en su interior, no era muy opuesto á Lutero. Capiton, uno de los reformadores mas distinguidos, fué mucho tiempo su capellan, su consejero, é intimo confidente; y Alberto asistia regularmente á sus predicaciones. “No despreciaba el Evangelio,” dice Capiton; “al contrario lo apréciaba; y durante largo tiempo impidió que los frailes atacasen á Lutero.” Pero hubiera querido que éste no le comprometiese, y que, aunque manifestase los errores de doctrina y los vicios de los miembros inferiores del clero, se guardase bien de descubrir las faltas de los principes y obispos, y sobre todo temia ver su nombre figurar en este asunto. Mas tarde, el confiado Capiton, propenso á lucinarse, como sucede muchas veces en situaciones semejantes á la suya, decia á Lutero: “Ved el ejemplo de Jesucristo y de los apóstoles; censuraron á los fariseos, y el incesto de Corinto, pero nunca nombraron á los culpables: Vos no sabeis lo que pasa en el corazon de los obispos; se encuentra en ellos mas bien de lo que pensais, quizá.” Pero el espíritu ligero y profano de Alberto, aun mas que las susceptibilidades y los temores de su amor propio, debia alejarle de la reformation. Afable, dotado de talento, bien hecho, suntuoso, disipador, amigo de los regalos de la mesa, de los ricos carruajes, de los magnificos edificios, de los placeres licenciosos, y de la sociedad de los literatos, este joven arzobispo, elector, era en Alemania lo que Leon X. en Roma. Su corte era una de las mas magnificas del imperio, y no vacilaba en sacrificar, á los placeres y á las grandezas, todos los presentimientos de verdad que podian insinuarse en su corazon; sin embargo, se vió en él, hasta el fin, cierta resistencia á sus mejores convicciones, pues mas de una vez dió pruebas de su moderacion y de su equidad.

Alberto tenia necesidad de dinero, lo mismo que Leon. Los Juggers, ricos comerciantes de Augsborg le habian hecho adelantos ; era menester pagar sus deudas, y á demas, aunque supo acumular dos arzobispados y un obispado, no tenia con que pagar á Roma su *palium* ; cuyo ornamento, de lana blanca bordado de cruces negras y bendecido por el papa, quien solia enviarlo á los arzobispos como insignia de su dignidad, les costaba veinte y seis mil, algunos dicen, treinta mil florines. Occurriole naturalmente á Alberto, la idea de recurrir á los mismos medios que el papa, para obtener dinero ; y asi pidió al mismo papa el arriendo total de las indulgencias, ó como decian en Roma, de los pecados de los Germanos.

Algunas veces los mismos papas las esplotaban, y otras las arrendaban, como arriendan, aun hoy dia, algunos gobiernos las cosas de juego. Alberto ofreció á Leon, el partir con él las utilidades del negocio ; y Leon, aceptando la escritura de arriendo, escigió, que le pagase inmediatamente el valor del *palium*. Alberto, que contaba precisamente con las indulgencias para pagarlo, se dirigió de nuevo á los Juggers, quienes, creyendo bueno el negocio, hicieron el adelanto pedido con ciertas condiciones, y fueron nombrados cajeros de la empresa. Ellos eran los banqueros de los principes de aquel tiempo, y mas tarde fueron hechos condes, por los servicios que habian prestado.

Divididos así, de antemano, entre el papa y el arzobispo, los despojos de las buenas almas de Alemania, se trataba de encontrar los que habian de ser encargados de realizar el negocio : desde luego se pensó en la orden de los Franciscanos, nombrando á su guardian socio de Alberto ; pero aquellos frailes se negaron, porque dicho negocio estaba ya en mala reputacion entre las gentes honradas ; los agustinos, entre quienes se encontraban mas luces que en las demas ordenes religiosas, no hubieran tenido tanto escrupulo. Sin embargo, los franciscanos temian disgustar al papa, que acababa de enviar á su general de Forli el capelo de cardenal,

que habia costado 30,000 florines á aquella pobre orden mendicante ; el guardian juzgó pues mas prudente no rehusar abiertamente ; pero suscitó á Alberto mil dificultades ; nunca podian entenderse ; por lo que el elector aceptó con gusto la proposicion que se le hizo de encargarse solo del negocio. Los dominicos, por su lado, codiciaban una parte en la explotacion general que iba á empezar. Tezel, celebre ya en el negocio, se presentó en Mayence, á ofrecer sus servicios al elector ; se acordaban del talento que habia mostrado, cuando publicó las indulgencias para los caballeros de la orden Teutonica de la Prusia y de la Livonia ; aceptaron pues sus proposiciones, y todo aquel trafico pasó á manos de su orden.¹

¹ Seckendorf, 42.

IV.

Se presenta Tezel.—Las confesiones.—Colera de Tezel.—Lutero sin plan.—
Discurso de Lutero.—Sueño del elector.

SEGUN podemos pensar, Lutero oyó hablar de Tezel por primera vez en Grimma, en 1516, cuando empezaba su visita de iglesias. Un día que el mismo Lutero se hallaba con Staupitz, fueron á decir á éste, que habia en Würzen un mercader de indulgencias, llamado Tezel, que hacía gran ruido; y aun citaron algunas estravagantes palabras suyas; Lutero se indignó y exclamó: “Si Dios quiere, yo haré un agujero á su tambor.”¹

Cuando Tezel fué á establecerse á Tüterbock, volvia de Berlin, en donde habia recibido la acogida mas amistosa del elector Joaquin, hermano del arrendador general. Staupitz, valido de la confianza que tenia en él, el elector Federico le manifestó, muchas veces, los abusos de las indulgencias, y los escandalos de los limosneros.² Los principes de Sajonia, indignados contra aquel comercio vergonzoso, habian prohibido al mercader Tezel la entrada en sus provincias; por lo que debia residir en el territorio de su patron, el arzobispo de Magdebourg; sin embargo se acercaba cuanto podia á la Sajonia: Tüterbock, no distaba mas que cuatro millas de Wittemberg. “Este trillador de bolsas,” dice Lutero, “se puso valientemente á trillar el pais,³ de suerte que el dinero

¹ Lingke, Reiseges., Luthers, p. 27.

² Instillans ejus pectori frequentes indulgentiarum abusos. (Cochlæus, 4.)

³ En aleman, trillar, dreschen. Luthers Opp. XVII.

empezó á saltar, á caer, y á sonar en las cajas." El pueblo corrió en tropel de Wittemberg, á la feria de indulgencias de Tüterbock.

Lutero estaba todavía, en aquella epoca, lleno de respeto á la Iglesia y al papa. "Yo era entonces," dice, "uno de los papistas mas insensatos, de tal modo embriagado y aun ahogado, en las doctrinas de Roma, que, si hubiera podido, hubiera ayudado, de buena gana, á matar á cualquiera que hubiese tenido la osadía de negar, en lo mas minimo, la obediencia al papa.¹ Yo era un verdadero Saul, como lo son muchos todavía." Pero, al mismo tiempo, el corazon de Lutero estaba dispuesto á entusiasmarse de todo lo que conocia ser la verdad, y contra todo lo que era el error. "Yo era un joven doctor," añade, "salido recientemente de la fragua, ardiente y gozoso en la Palabra del Señor."²

Lutero estaba sentado un dia en el confesonario, en Wittemberg; muchas personas de la ciudad se presentaron sucesivamente, confesandose reos de grandes desordenes: adulterio, libertinage, usuria, bienes mal adquiridos, hé aquí las cosas que declaraban al ministro de la Palabra, aquellas almas de quienes deberá dar cuenta un dia: reprende, corrige, instruye; pero, ¡cual es su asombro, cuando aquellas gentes le responden que no quieren renunciar á sus pecados!....lleno de espanto, el piadoso fraile les declara, ya que no quieren convertirse que tampoco él puede darles la absolucion: los infelices recurren entonces á sus bulas de indulgencias; las presentan, y reclaman ser absueltos en virtud de ellas; pero Lutero responde, que le importa muy poco el papel que le enseñan, y añade: *Si no os convertis, perecereis todos*: gritan, reclaman, pero el doctor está firme; es menester que dejen de hacer mal, y aprendan á obrar bien, sinó, no hay absolucion: "guardaos," añade, "de escuchar los clamores de los vendedores de indulgencias: te-

¹ In præf. Opp. Witt., I. Monachum, et papistam insaniasimum, ita ebrium, imò submersum in dogmatibus papæ, etc.

² L. Opp. (W.), XXII.

neis otras cosas mejores en que ocuparos, que en comprar esas licencias que os venden á precio tan vil.”¹

Alarmados los habitantes de Wittemberg, se apresuraron de volver hácia Tezel, y le dijeron que un fraile agustino no queria hacer caso de sus bulas; al oír aquello, Tezel bramó de colera, y subido al pulpito, gritó, insultó, maldijó;² y, para llenar mas de terror al pueblo, hizo encender varias veces una hoguera en la plaza mayor, y declaró que habia recibido del papa la orden de quemar los hereges que osaren levantarse contra sus santisimas indulgencias.

Tal es el hecho que fué, no la causa, pero sí el motivo principal de la reformation. Un pastor, viendo que las ovejas de su rebaño se descarrian en la via de perdicion, trata de separarlas de ella. Lutero no pensaba todavía en reformar la Iglesia y el mundo: vió á Roma y á su corrupcion, pero no se sublevó contra Roma: presentia algunos de los abusos bajo los cuales gemia la cristiandad; pero no pensaba en corregir aquellos abusos: no quería hacerse reformador:³ no tenia mas plan para la reformation de la Iglesia, que para la suya propia. Dios queria la reforma y á Lutero por reformador: el mismo remedio que fué tan eficaz para curarle de sus propias miserias, aplicara por la mano de Dios á las miserias de la cristiandad. Lutero se mantuvo tranquilo dentro del circulo que le estaba trazado; no hizo mas que ir simplemente á donde su Maestro le llamaba: cumplió en Wittemberg sus deberes de profesor, predicador, y pastor: se sentaba en el templo, á donde iban los miembros de su iglesia á abrirle sus corazones; y allí es donde iba el mal á atacarle y el error á solicitarle: querian impedirle el ejercer su ministerio, pero su conciencia ceñida á la Palabra

¹ Cæpi dissuadere populis et eos dehortari ne in indulgentiariorum clamoribus aurem præberent... (L. Opp., Lat. in præf.)

² Wütet, schildt und maledeit græulich auf dem Predigstuhl. (Myconius Reformationsgesch.)

³ Hæc initia fuerunt hujus controversiæ, in quâ Lutherus nihil adhuc suspicans aut somnians de futurâ mutatione rituum. (Melancht., Vita Luth.)

Ref. Span.

de Dios, se resistia. ¿ No era Dios quien le llamaba ? resistir era un deber ; luego tambien un derecho : debia pues hablar. Así fueron ordenados los acontecimientos por aquel Dios queria restaurar la cristiandad por el hijo de un herrero, y hacer pasar por sus fraguas la impura doctrina de la Iglesia, afin de purificarla, dice Mathesius.¹

Despues de todo lo dicho no es necesario, sin duda, refutar una falsa imputacion, inventada por algunos enemigos de Lutero, y aun esto despues de su muerte. Se ha dicho que una rivalidad entre las ordenes, y el dolor de ver un comercio vergonzoso y reprobado, confiado á los dominicos mas bien que á los agustinos, que hasta entonces habian gozado de él, impulsaron á Lutero á atacar á Tezel y sus doctrinas. El hecho bien probado, de que aquel trafico fué ofrecido primero á los franciscanos, que no lo quisieron, basta para refutar este cuento, reproducido por escritores que se han copiado unos á otros. El mismo cardenal Pallavicini afirma, que los agustinos no habian tenido jamas semejante encargo.² Por lo demas, hemos ya visto el combate del alma de Lutero ; su conducta no necesita otra esplicacion ; era preciso que confesara altamente la doctrina á la que debia su felicidad. En el cristianismo, cuando se ha hallado un bien para si mismo, se quiere tambien comunicarlo á los demas. En nuestros dias no se quiereh tales esplicaciones, porque se juzga que son pueriles é indignas de la gran revolucion del decimosecsto siglo. Se pretende que se necesita una palanca mas fuerte para levantar el mundo ; y que la reformation no estaba en Lutero solo, sinó que debia producirla su siglo.

Lutero, á quien animaban la sumision á la verdad de Dios y la caridad hácia los hombres, subió al pulpito ; preparó á sus oyentes, como debia,³ y, segun dice el mismo : su prin-

¹ Die verseurte Lehr durch den Ofen gehen. (P. 10.)

² Falsum est consuevisse hoc munus injungi Eremitanis S. Augustini....p. 14.

³ Säußerlich.

cipe habia obtenido del papa, la capilla del palacio de Wittemberg, indulgencias particulares: algunos de los golpes que iba á descargar sobre las indulgencias del inquisidor, podian muy bien caer sobre las del elector; no importa! se espondrá á su desgracia: si hubiera tratado de agradar á los hombres, no hubiera sido siervo de Cristo.

“Nadie puede probar por la Escritura, que la justicia de Dios pide una pena ó una satisfaccion al pecador,” dice el fiel ministro de la Palabra, al pueblo de Wittemberg, “el unico deber que le impone, es un verdadero arrepentimiento, una sincera conversion, la resolucion de llevar la cruz de Jesucristo, y el consagrarse á las buenas obras. Es un gran error pretender, que puede satisfacer uno mismo la justicia de Dios por sus pecados; porque Dios los perdona siempre gratuitamente, por una gracia inestimable.—La Iglesia cristiana, es verdad, puede ecsigir algo del pecador, y, por consiguiente, tambien ecsimirselo; pero esto es todo....Y aun las indulgencias de la Iglesia solo son toleradas, porque hay cristianos perezosos é imperfectos, que no quieren ejercitarse con celo en las buenas obras; porque aquellas no escitan á nadie á la santificacion, sino que dejan á todos en la imperfeccion.”—Enseguida, hablando del pretesto bajo el que se publican las indulgencias, continua: “Se haría mucho mejor en contribuir, por el amor de Dios, á la construccion de la iglesia de san Pedro, que en comprar indulgencias con este objeto.....—Pero, decis vosotros, ¿no las hemos de comprar nunca?—Ya lo he dicho y repito, mi consejo es, que nadie las compre: dejadlas para los cristianos que duermen; pero vosotros marchad á parte y por vosotros mismos! Es menester alejar á los fieles de las indulgencias, y escitarlos á las obras que descuidan de hacer.”—En fin, echando una ojeada sobre sus adversarios, Lutero concluyó diciendo: Y, si algunos dicen que soy herege (porque la verdad que predico es muy perjudicial á su caja), me importan poco sus dichos; son hombres melancolicos y enfermos, que jamas

han comprendido la Biblia, ni leído la doctrina cristiana, ni manejado sus propios doctores y que yacen envueltos en los trapos rotos de sus vanas opiniones'.....Que Dios de á ellos y á nosotros un sentido recto!...Amen." Acabadas estas palabras, bajó el doctor del pulpito, dejando á todos sus oyentes, asombrados de su atrevido language.

Este sermón fué impreso, é hizo una profunda impresion en todos los que lo leyeron. Tezel respondió á él, y Lutero replicó ; pero no se verificaron aquellas discusiones sinó mas tarde, en 1518.

Acercabase la fiesta de todos los santos. Las crónicas de aquel tiempo mencionan una circunstancia que, aunque de poca importancia para la historia de aquella época, puede servir, sin embargo, para caracterizarla. Es un sueño del elector, que en sustancia es verdadero sin duda, si bien han podido ser añadidas algunas circunstancias por los que lo han referido. Seckendorf hace mención de él.² El temor de que los adversarios de Lutero dijese que la doctrina de éste estaba fundada en sueños, ha impedido tal vez á varios historiadores el hablar de dicho sueño, observa este notable escritor.

El elector Federico de Sajonia, estaba en su palacio de Schweinitz, á seis leguas de Wittemberg, dicen las crónicas del tiempo. El 31 de Octubre á la madrugada, hallandose Federico con su hermano, el duque Juan, que entonces era co-regente y reinó solo despues de su muerte, y con su canceller, el elector dijo al duque: "Es menester, hermano mio, que te cuente un sueño que he hecho esta noche y cuyo significado desearia mucho saber : ha quedado tambien gra-

¹ Sondern in ihren löcherlichen und zerrissenen opinien, viel nahe verwesen. (L. Opp. (L.), XVII., p. 119.)

² Tambien se halla en Löscher, I., 46, etc., Tenzels Anf. und Fortg. der Ref.—Tünkers Erengeed., p. 148.—Lehmanns Beschr. d. Meissn. Ergeb., etc.; y en un manuscrito de los archivos de Weimar, escrito segun el cuento de Spalatin. Es segun ese manuscrito, publicado en el ultimo jubileo de la reformation (1817), que referimos este sueño.

bado en mi espíritu, que no lo olvidaría aunque viviese mil años; porque he soñado tres veces, y siempre con circunstancias diferentes."

EL DUQUE JUAN.—¿Es bueno ó malo el sueño?

EL ELECTOR.—Yo lo ignoro; Dios lo sabe.

EL DUQUE JUAN.—No te inquietas de eso; ten la bondad de referirmelo.

EL ELECTOR.—“Habiendome acostado ayer noche triste y fatigado, quedé dormido inmediatamente que hice mi oracion; reposé dulcemente, cerca de dos horas y media; habiendome despertado entonces, estuve hasta media noche entregado á todo genero de pensamientos: discurría de que modo celebraría la fiesta de todos los santos; rogaba por las pobres almas del purgatorio, y pedia á Dios que me condujese, á mí, á mis consejeros y á mi pueblo, segun la verdad. Volví á quedarme dormido, y entonces soñé que el omnipotente Dios me enviaba un fraile, que era el hijo verdadero del apostol san Pablo; todos los santos le acompañaban, segun la orden de Dios, afin de acreditarlo cerca de mí, y de declarar que no venia á maquinar ningun fraude, sinó que todo lo que hacía era conforme á la voluntad de Dios; me pidieron que me dignase permitir que el fraile escribiese algo á la puerta de la capilla del palacio de Wittemberg, lo que concedí por el organo del canciller; enseguida, el fraile fué allí, y se puso á escribir con letras tan grandes, que yo podia leer lo que escribia desde Schweinitz; la pluma de que se servia era tan larga, que su estremidad llegaba hasta Roma, y allí taladraba las orejas de un Leon que estaba echado (Leon X.), y hacia bambolear la triple corona en la cabeza del papa; todos los cardenales y principes, llegando á toda priesa, procuraban sostenerla; yo mismo y tu, hermano mio, quisimos ayudar tambien; alargué el brazo..... pero en aquel momento me desperté con el brazo en alto, lleno de espanto y de colera contra aquel fraile, que no sabia manejar mejor su pluma; me sosegué un poco.....no era mas que un sueño. Yo estaba aun medio dormido, y cerré de

nuevo los ojos y volví á soñar. El León siempre incomodado por la pluma, se puso á rugir con todas sus fuerzas, de suerte que toda la ciudad de Roma, y todos los estados del sacro imperio, acudieron á informarse de lo que era ; el papa pidió que se opusiesen á aquel fraile, y se dirigió sobre todo á mí, porque se hallaba en mis dominios ; de nuevo me desperté y recité el Padre nuestro, pedia á Dios que preservara á su santidad, me dormí de nuevo.... Entonces soñé que todos los principes del imperio, y nosotros con ellos, acudíamos á Roma, y tratábamos unos y otros de romper aquella pluma, pero cuantos más esfuerzos hacíamos, mas firme estaba ella ; rechinaba como si hubiese sido de hierro y nos cansamos al fin ; hice preguntar entonces al fraile (porque yo estaba tan pronto en Roma como en Wittemberg), donde habia adquirido aquella pluma y porque era tan fuerte : la pluma, respondió, es de un ganso viejo de Boemia, de edad de cien años ;¹ yo la he adquirido de uno de mis antiguos maestros de escuela ; en cuanto á su fuerza, ella es tan grande, porque no se le puede sacar la medula ; y aun yo mismo estoy admirado....de repente oí un gran grito....de la larga pluma del fraile habian salido otras muchas plumas.... por tercera vez me desperté, era ya dia...

EL DUQUE JUAN.—“ Señor canciller, ¿ que os parece ? ¡ Como tuvieramos aquí un José ó un Daniel inspirado de Dios !...”

EL CANCELLER.—“ Vuestras altezas saben el proverbio vulgar que dice, que los sueños de las jovenes, de los sabios, y de los grandes señores, tienen ordinariamente alguna significacion oculta ; pero la de este sueño no se sabrá sino de aquí á algun tiempo, cuando lleguen las cosas que tienen relacion con él ; por lo que, dejad su cumplimiento á Dios y encomendadlo todo en su mano.”

EL DUQUE JUAN.—“ Pienso como vos, Señor canciller ; no

¹ Juan Huss. Este es una circunstancia que ha sido tal vez añadida despues, por aludir á la palabra de Juan Huss que ya hemos citado. Vease el primer libro.

es necesario que nos rompamos la cabeza para descubrir lo que esto puede significar ; Dios sabrá dirigir todo para su gloria.”

EL ELECTOR.—“ Hagalo asi, nuestro fiel Dios! Sinembargo, yo no olvidaré nunca este sueño ; me habia ocurrido una interpretacion....pero la guardo para mi ; el tiempo dirá tal vez si acerté.”

Asi pasó, segun el manuscrito de Weimar, la mañana del 31 de Octubre en Schweinitz ; veamos cual fué la tarde en Wittemberg : aquí entramos de lleno en el campo de la historia.

V.

Fiesta de todos los santos.—Las tesis.—Su fuerza.—Moderacion.—Providencia.
—Carta á Alberto.—Indiferencia de los obispos.—Propagacion de las tesis.

Las palabras de Lutero produjeron poco efecto ; Tezel, sin alterarse, continuaba en su comercio, pronunciando sus discursos impios ;¹ ¿ guardará silencio Lutero, resignandose á ver correr aquellos culpables abusos ? Como pastor, escortaba vivamente á los que recurrian á su ministerio ; como predicador hacía resonar del pulpito sus avisos ; pero aun le quedaba el hablar como teologo ; necesita dirigirse no ya á algunas almas en el confesionario, ni á la congregacion de los fieles, en el templo de Wittemberg, sino tambien á todos los que, como él, eran doctores de la Palabra de Dios ; resolviase pues á ello.

No trataba de atacar á la Iglesia ni al papa : al contrario, era el respeto que tenia al papa el que no le permitia callarse mas tiempo sobre las pretensiones que le ofendian ; era preciso que tomara el partido del papa contra los hombres audazes, que se atrevian á mezclar su venerable nombre en aquel vergonzoso trafico ; muy lejos de pensar en una revolucion que destruyese la primacia de Roma, Lutero creía tener por aliados el papa y el catolicismo contra los frailes descarados.²

La fiesta de todos los santos era un dia muy importante para Wittemberg, y aun mas para la capilla que el elector

¹ Cujus impiis et nefariis concionibus incitatus Lutherus, studio pietatis ardens, edidit propositiones de indulgentiis. (Melancht., Vita Luth.)

² Et in iis certus mihi videbar, me habiturum patronum papam, cujus fiducia tunc fortiter nitebar. (L. Opp., Lat. in præf.)

habia hecho construir allí, y llenadola de reliquias. Solian sacar aquellas reliquias, adornadas de oro, plata, y piedras preciosas, y ponerlas de manifiesto á la vista del pueblo, atonito y deslumbrado con tanta magnificencia.¹ Todos los que visitaban aquel dia la capilla y se confesaban en ella, ganaban una rica indulgencia; así es que iba una muchedumbre de gente á aquella gran solemnidad de Wittenberg.

Lutero, decidido ya, se encamina valerosamente, en la tarde del 31 de Octubre, 1517, hácia la capilla á la que se dirigia la multitud supersticiosa de los peregrinos, y fija en la puerta de aquel templo noventa y cinco tesis, ó proposiciones, contra la doctrina de las indulgencias: ni el elector, ni Staupitz, ni Spalatin, ni ninguno de sus amigos, aun los mas intimos, habian sido prevenidos de ello.²

En ellas declaraba Lutero, en forma de preámbulo, que habia escrito aquellas tesis con un espíritu de verdadera caridad, y con el deseo espreso de esponer la verdad al publico: y anunciaba hallarse dispuesto á defenderlas el dia siguiente, en la misma universidad, á pesar y contra todos; fué grande la atencion que escitaron; ellas fueron leídas y releídas, y en poco tiempo, los peregrinos, la universidad, y toda la ciudad se pusieron en movimiento.

Hé aquí algunas de dichas proposiciones:

“1ª. Cuando Nuestro Maestro y Señor Jesucristo, dice: *Arrepentios*, quiere que toda la vida de sus fieles en la tierra sea un constante y continuo arrepentimiento.

“2ª. Esta palabra no puede entenderse por el sacramento de la penitencia (es decir por la confesion y la satisfaccion), segun es administrado por el sacerdote.

“3ª. Sinembargo, el Señor no quiere hablar aquí solamente del arrepentimiento interior; ella es nula si no produce ecsteriormente todo genero de mortificacion de la carne.

¹Quas magnifico apparatu publicè populis ostendi curavit. (Cochlæus, 4.)

² Cum hujus disputationis nullus etiam intimorum amicorum fuerit conscius. (L. Epp. I., p. 186.)

“ 4ª. El arrepentimiento y el dolor, es decir, la verdadera penitencia, duran hasta que el hombre se disgusta de sí mismo, es decir, hasta que pase de esta vida á la eterna.

“ 5ª. El papa no puede ni quiere escimir ninguna otra pena mas que la impuesta por el mismo segun su voluntad, ó conforme á los canones, es decir á los decretos pontificios.

“ 6ª. El papa no puede anular ninguna sentencia, sino solamente declarar y confirmar la remision hecha por Dios ; á menos que sea en los casos que le pertenecen ; de lo contrario, la sentencia queda siempre la misma.

“ 8ª. Las leyes de la penitencia eclesiastica no deben ser impuestas á los muertos, sino á los vivos.

“ 21ª. Los comisarios de indulgencias se equivocan cuando dicen, que por la indulgencia del papa, se liberta el hombre de todo castigo y se salva.

“ 25ª. El mismo poder que tiene el papa sobre el purgatorio en toda la Iglesia, lo tiene cada obispo en particular en su diocesis, y cada cura en su parroquia.

“ 27ª. Los que pretenden que, en el acto en que suena el dinero en la caja, sale el alma del purgatorio, predicán locuras humanas.

“ 28ª. Lo que si es cierto es saber que, al punto que el dinero suena, llega la avaricia, crece y se multiplica. Pero el auxilio y las oraciones de la Iglesia no dependen mas que de la voluntad y del beneplacito de Dios.

“ 32ª. Los que creen estar seguros de su salvacion por las indulgencias, irán al diablo con los que se las venden.

“ 35ª. Los que pretenden que, para librar una alma del purgatorio ó comprar una indulgencia, no es menester dolor ni arrepentimiento, enseñan doctrinas anticristianas.

“ 36ª. Todo cristiano que siente un verdadero arrepentimiento de sus pecados, consigue una completa remision del castigo y de la culpa, sin que para esto se necesiten indulgencias.

“ 37ª. Todo verdadero cristiano, muerto ó vivo, participa

de todos los bienes de Cristo ó de la Iglesia, por el don de Dios, y sin bula de indulgencia.

“ 38ª. Sin embargo, no se debe desechar la distribución y el perdón del papa; porque su perdón es una declaración del perdón de Dios.

“ 40ª. El dolor y el arrepentimiento verdaderos solicitan y aman el castigo; pero la benignidad de la indulgencia absolue del castigo y lo hace aborrecible.

“ 42ª. Conviene enseñar á los cristianos, que el papa no piensa ni quiere que se compare en nada el acto de comprar las indulgencias, con una obra cualquiera de misericordia.

“ 43ª. Conviene enseñar á los cristianos, que el que da á los pobres ó presta á los necesitados, obra mejor que el que compra una indulgencia.

“ 44ª. La obra de la caridad hace aumentar la caridad, y vuelve el hombre mas piadoso; mientras que la indulgencia no lo hace mejor, sino solamente mas confiado en sí mismo, y estar mas resguardado del castigo.

“ 45ª. Conviene enseñar á los cristianos, que el que, á pesar de ver á su prójimo á la necesidad, compra una indulgencia, no compra la indulgencia del papa, sino se atrae la ira de Dios.

“ 46ª. Conviene enseñar á los cristianos, que, si no tienen superfluo, están obligados á guardar lo necesario para sus casas, sin prodigarlo en indulgencias.

“ 47ª. Conviene enseñar á los cristianos, que el comprar una indulgencia es un acto libre y no obligatorio.

“ 48ª. Conviene enseñar á los cristianos, que, teniendo el papa mas necesidad de oración hecha con fé que con dinero, desea mas aquella que éste, cuando reparte las indulgencias.

“ 49ª. Conviene enseñar á los cristianos, que la indulgencia del papa es buena, si no se confía en ella; pero que no hay cosa mas perjudicial, si ella destruye la piedad.

“ 50ª. Conviene enseñar á los cristianos, que, si el papa conociese las escaseces de los predicadores de las indul-

gencias, preferiría que la metropoli de san Pedro fuese quemada y reducida á cenizas, que verla edificada con la piel, la carne, y los huesos de sus ovejas.

“51ª. Conviene enseñar á los cristianos, que el papa, en cumplimiento de su deber, distribuiría su propio dinero entre las pobres gentes, que los predicadores de indulgencias despojan hoy hasta del ultimo ochavo, aunque para ello tuviese que vender la metropoli de san Pedro.

“52ª. La esperanza de salvarse por las indulgencias, es una esperanza erronea é ilusoria, aun cuando el comisario de indulgencias, ¿que digo? el mismo papa quisiese sostener lo contrario, poniendo su alma en garantia.

“53ª. Son enemigos del papa y de Jesucristo, los que prohiben la predicacion de la Palabra de Dios, porque se opone á la predicacion de las indulgencias.

“55ª. El papa no puede tener otro pensamiento que este: Si se promulga la indulgencia, que es menos que el Evangelio, con una campana y una ceremonia, con mucha mas razon deberá promulgarse el mismo Evangelio, que es mas que la indulgencia, con cien campanas y cien ceremonias.

“62ª. El verdadero y precioso tesoro de la Iglesia es el santo Evangelio de la gloria y de la gracia de Dios.

“65ª. Los tesoros del Evangelio son redes, con las que se pescaban antes á las gentes ricas.

“66ª. Pero los tesoros de la indulgencia son ahora redes, con las que se pescan las riquezas de las gentes.

“67ª. Es obligacion de los obispos y de los pastores el recibir, con todo respeto, á los comisarios de las indulgencias apostolicas.

“68ª. “Pero, lo es mas aun, el que se aseguren con sus propios ojos y oidos, de que los tales comisarios no predicen mas que sueños de su imaginacion, en lugar de predicar las ordenes del papa.

“71ª. El que hable contra la indulgencia del papa, que sea maldito.

“72ª. Pero el que hable cõtra las palabras locas é imprudentes de los predicadores de indulgencias, que sea bendito.

“76ª. La indulgencia del papa no puede quitar el mas leve pecado, en lo que respecta á la culpa ó á la ofensa.

“79ª. Decir que la cruz, guarnecida con las armas del papa, es tan poderosa como la cruz de Cristo, es una blasfemia.

“80ª. Los obispos, pastores, y teologos que permiten que se digan tales cosas al pueblo, tendrán que dar cuenta de ello.

“81ª. La descarada predicacion, los impudentes elogios, hacen que sea dificil á los sabios el defender la dignidad y el honor del papa, contra las calumnias de los predicadores, y las preguntas sutiles y astutas de las gentes del pueblo.

“86ª. ¿Porque, dicen estas, no hace construir el papa la metropoli de san Pedro, con su propio dinero, mas bien que con el de los pobres cristianos, teniendo una fortuna mayor que la de los mas ricos Crassus ?

“92ª. Ojalá ! que pudiesemos librarnos de todos los predicadores que dicen á la Iglesia de Cristo, paz, paz, y no hay paz !

“94ª. Conviene ecsortar á los cristianos, á que se dediquen á seguir á Cristo, su gefe, llevando su cruz, y sin temer la muerte y el infierno.

“95ª. Porque es mejor que entren en el reino de los cielos, sufriendo muchas tribulaciones, que descansar en una seguridad carnal, producida por los consuelos de una falsa paz.”

Hé aquí el principio de la obra. Los germenes de la reformation estaban envueltos en estas tesis de Lutero: en ellas se atacaban los abusos de las indulgencias, y lo que mas llamó la atencion; pero aquellos ataques contenian ademas, un principio que, aunque menos notado de la multitud, debia derribar un dia el edificio del papado. La doctrina evangelica de la remision libre y gratuita de los peca-

dos, se proclamaba públicamente por primera vez en dichas tesis, y desde entonces debía estenderse la obra. En efecto, era evidente que todos los que creyesen en la remision de los pecados, del modo que lo anunciaba el doctor de Wittemberg, y tubiesen el arrepentimiento, la conversion, y la santificacion, cuya necesidad esponsoria, era evidente que no harian ya mucho caso de los mandamientos humanos, y que se desprenderian de los pañales y de los vinculos de Roma, y conseguirian la libertad de los hijos de Dios. Todos los errores debian ser disipados por aquella verdad; por la cual habia empezado á entrar la luz en el alma de Lutero, y propagarse tambien en la Iglesia. Un conocimiento claro de aquella verdad faltó á los precedentes reformadores; y de aquí la esterilidad de sus esfuerzos. El mismo Lutero reconoció mas tarde, que al proclamar la justificacion por la fé, habia puesta la hacha en la raiz del arbol.

“Atacamos la doctrina de los sectarios del papado,” dice, “Huss y Wiclef, solo atacaron su vida; pero haciendo lo primero, agarramos el ganso por el pescuezo: todo depende de la Palabra que el papa nos ha quitado y falsificado: yo he vencido al papa, porque mí doctrina es segun Dios, y la suya segun el diablo.”¹

En nuestros dias hemos olvidado tambien esta doctrina capital de la justificacion por la fé, aunque en sentido contrario al de nuestros padres. “En tiempo de Lutero,” dice uno de nuestros contemporaneos; “la remision de los pecados costaba á lo ménos dinero; pero actualmente cada uno se la administra gratis á sí mismo.” Ambas ecstravagancias se parecen mucho, y hay acaso mas olvido de Dios en la nuestra, que en la del decimosesto siglo. El principio de la justificacion por la gracia de Dios, que sacó á la Iglesia de tantas tinieblas en la epoca de la reformation, es la unica que puede tambien renovar nuestra generacion, poner fin á sus dudas y

¹ Wenn man die Lehre angreift, so wird die Gans am Krage gegriffen. (L. Opp. (W.), XXII., p. 1369.)

² Harms de Kiel.

oscilaciones, destruir el egoísmo que la consume, establecer la moralidad y la justicia entre los pueblos, en una palabra, unir á Dios el mundo que se ha separado de él.

Pero si las tesis de Lutero eran solidas por la fuerza de la verdad, que en ellas resplandecia, no lo eran menos por la f6 del que se declaraba defensor suyo: habia desenvainado con valor la espada de la Palabra; la fuerza de la verdad le indujo á hacer este acto de fé; comprendió que apoyandose en las promesas de Dios podia aventurar algo, segun el lenguaje del mundo. "El que quiere emprender alguna cosa buena," dice, hablando de aquel ataque atrevido, "que la empresa confiado en la bondad de ella, y de ninguna manera en el auxilio y en el consuelo de los hombres: ademas, que no tema á los hombres ni al mundo entero; porque no mentirá esta Palabra: *"Es bueno confiarse en el Señor, y seguramente, ninguno de los que se confien en él, sera confundido*; pero el que no quiere ni puede arriesgar alguna cosa, confiandose en Dios, que se guarde bien de emprender nada."¹ Lutero, despues de haber fijado sus tesis en la puerta de la iglesia de Todos los Santos, se retiró, sin duda á su tranquila celda, lleno de la paz y alegria que da una accion hecha en nombre del Señor y por la Eterna verdad.

Por mas atrevidas que sean las indicadas tesis, se encuentra sinembargo en ellas al fraile; que se resiste á admitir ninguna duda sobre la autoridad de la Sede de Roma. Empero, combatiendo la doctrina de las indulgencias, Lutero atacó, sin saberlo, muchos errores, cuya manifestacion no podia agradar al papa, por cuanto que ella debia conducir, tarde ó temprano, á poner en cuestion su supremacia. Lutero no veia entonces tan lejos; pero conociendo cuan atrevido era el paso que acababa de dar, creyó consiguientemente deber atenuarlo, todo cuanto lo permitese el respeto debido á la verdad; así es que presentó sus tesis como proposiciones dudosas, sobre las que solicitaba las opiniones de los sabios, y, conformandose al uso establecido, unió á dichas

¹ L. Opp. Leip. VI, p. 518.

tesis una solemne protesta en la que declaraba, que no quería decir ni afirmar nada, que no estuviese fundado en la sagrada Escritura, y en los Padres de la Iglesia, y en los derechos y decretales de la Sede romana.

En lo sucesivo, Lutero, viendo las inmensas é inesperadas consecuencias de aquel animoso ataque, se asombró muchas veces de si mismo, y no pudo comprender que se hubiese atrevido á tanto; es que una invisible y mas poderosa mano que la suya, tenia el hilo conductor, y dirigia al heraldo de la verdad á la senda que le ocultaba todavia, y cuyas esperanzas le hubieran hecho retroceder quisá, si las hubiese conocido, y si se hubiese avanzado solo y de si mismo. "He entrado en esta disputa," dice, "sin determinacion fija, y sin saberlo ni quererlo, ni estar preparado para ella; tomo por testigo al Dios, que conoce todos los corazones."¹

Lutero aprendió á conocer el origen de aquellos abusos: le llevaron un librito adornado con las armas del arzobispo de Mayence y de Magdebourg, el cual contenia las reglas que se debian observar en el despacho de las indulgencias; luego el que habia prescrito, ó á lo menos sancionado todo, aquel charlatanismo, era el mismo joven prelado principe de Elegante. Lutero no veía en él, mas que un superior á quien debia temer y venerar:² no queriendo esponer nada á la casualidad, pero si dirigirse á los que están encargados de gobernar la Iglesia, envió á Alberto una carta, llena de franqueza y humildad á un tiempo; fué en el mismo dia en que fijó sus tesis.

"Perdonadme, reverendisimo Padre en Cristo, y muy ilustre principe, si yo que no soy mas que la escoria de los hombres,³ tengo la temeridad de escribir á vuestra sublime grandeza. El señor me es testigo, que, conociendo cuan

¹ Casu enim, non voluntate nec studio, in has turbas incidi: Deum ipsum testor. [L. Opp., Lat in præf.]

² Domino suo et pastori in Christo venerabiliter metuendo. El sobre de la carta. [Epp. I., p. 68.]

³ Fex hominum. [Epp. I., p. 68.]

pequeño y miserable soy, he dudado mucho tiempo el hacerlo.... Que vuestra alteza, sin embargo, deje caer una mirada sobre un poco de polvo, y según su benignidad episcopal, reciba bondadosamente esta mi petición.

“Andan llevando de una parte á otra las indulgencias pontificias, bajo el nombre de vuestra gracia. No quiero quejarme tanto de los clamores de los predicadores, á quienes no he oído, como de las ideas erróneas, de la sencilla y tosca gente del pueblo, que, comprando las indulgencias, cree estar segura de su salvación.

“Gran Dios! las almas confiadas á vuestra dirección, Excelentísimo Padre, las instruyen no para la vida sino para la muerte. La justa y severa cuenta que se os pedirá, se aumenta de día en día.... No he podido callar más tiempo. No! el hombre no se salva por la obra, ó por el ministerio de su obispo.... El justo mismo se salva difícilmente, y el camino que conduce á la vida es estrecho. ¿Porque pues los predicadores de indulgencias, con cuentos ridículos, inspiran al pueblo una seguridad carnal?

“Si se les cree, la indulgencia sola debe ser proclamada, escaltada... ¡Y que!... ¿no es el principal y único deber de los obispos, enseñar al pueblo el Evangelio y la caridad de Jesucristo?¹ Jesucristo no ha ordenado en ninguna parte la promulgación de las indulgencias, pero sí ha mandado con vehemencia predicar el Evangelio.² Que horror y que riesgo para un obispo, si consiente que no se hable del Evangelio, y que solo el ruido de las indulgencias suene sin cesar á los oídos de su pueblo!...

“Dignísimo Padre en Dios: en la instrucción de los Comisarios, publicada en nombre, y seguramente sin conocimiento, de Vuestra Gracia, se dice que la indulgencia es el tesoro más precioso, que por medio de ella se reconcilie el hombre con Dios, y que los que la compran no necesitan arrepentirse.

¹ Ut populus Evangelium discat atque charitatem Christi. (Ibid.)

² Vehementer præcipit. (Epp. I., p. 68.)

Re: Span.

“¿Que puedo y que debo pues hacer, dignísimo obispo, serenísimo príncipe? Ah! suplico á Vuestra Alteza, por nuestro Señor Jesucristo, que se digne mirar este asunto con un paternal cuidado, anular dicho libro, y mandar á los predicadores que anuncien otra doctrina al pueblo. Si no lo haceis, temed que se levante, un dia, alguna voz que refute á dichos predicadores, á la confusion de Vuestra Alteza Serenísima.”

Lutero envió al mismo tiempo sus tesis al arzobispo, invitándole en *post data* á leerlas, á fin de que se convenciera de la poca certidumbre que habia en la doctrina de las indulgencias.

Se ve pues que todo el deseo de Lutero era, que se despertasen los centinelas de la Iglesia, y tratasen en fin de disipar los males que la desolaban. Nada de mas noble, ni mas respetuoso, que aquella carta de un fraile á uno de los mayores príncipes de la Iglesia y del imperio: nunca se obró mas conforme al espíritu del precepto de Jesucristo: “*Dad al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios.*” No es este el modo de los fogosos revolucionarios, que desprecian todas las autoridades y censuran todas las dignidades; es el grito de la conciencia de un cristiano y de un sacerdote, que venera y respeta unas y otras, pero que ante todo es temeroso de Dios. Empero, todos los ruegos y suplicas fueron inútiles. El joven Alberto, ocupado en sus placeres y planes ambiciosos, no dió respuesta á una llamada tan solemne. El obispo de Brandebourg, prelado ordinario de Lutero, hombre sabio y piadoso, á quien envió tambien sus tesis, respondió que atacaba el poder de la Iglesia; que se atraeria sobre sí desazones y disgustos; que el asunto era superior á sus fuerzas, y que le aconsejaba mucho no se mezclara en ello.¹ Los príncipes de la Iglesia cerraban los oidos á la voz de Dios, que se manifestaba de un modo tan energico y tierno por el organo de Lutero: no querian comprender las señales del tiempo; experimentaban

¹ Er sollte still halten; es wäre einē grosse Sache. (Matth. 13.)

aquella seguedad que ha causado la ruina de tantas potencias y dignidades. “Así el príncipe como el obispo pensaron entonces,” dice Lutero mas tarde, “que el papa seria demasiado fuerte para un miserable mendigo como yo.”

Sin embargo, Lutero podia juzgar, mejor que los obispos, del efecto desastroso de las indulgencias en las costumbres y vida del pueblo, porque estaba en directa relacion con él; veia, constantemente y de cerca, lo que los obispos no conocian sino por relaciones infieles. Si los obispos le abandonaron, Dios no le abandonó. El mismo jefe de la Iglesia, que mora en el cielo, y á quien ha sido dado todo poder sobre la tierra, habia preparado el terreno, y depositó la semilla en su servidor; dió alas á la semilla de la verdad, y la esparció en un instante por toda la estencion de su Iglesia.

Nadie se presentó en el dia señalado en la universidad, para atacar las proposiciones de Lutero: el comercio de Tezel era demasiado vergonzoso y desacreditado, para que ningun otro mas que él mismo, ó alguno de los suyos se atreviese á tomar el guante. Mas, aquellas tesis estaban destinadas á resonar mas allá de las bovedas de una sala academica; apenas habian sido clavadas en la puerta de la capilla del palacio de Wittemberg, cuando al debil sonido de aquellos martillazos respondió en toda la Alemania un golpe tal, que llegó hasta los cimientos de la arrogante Roma, amenazando con una pronta ruina las paredes, puertas, y columnas del papado; aturdiendo y espantando á sus heroes, y despertando al mismo tiempo á muchos miles de hombres, del sueño del error.¹

Aquellas tesis se propagaron con la velocidad del rayo; antes de un mes llegaron á Roma. “En quince dias,” dice un historiador contemporaneo, “se divulgaron en toda la Alemania; y en treinta, recorrieron casi toda la cristiandad, como si los mismos angeles hubiesen sido sus mensageros y las hubiesen llevado á la vista de todos los hombres; nadie

¹ Walther, Nachr. V., Luther, p. 45.

podria creer el ruido que hicieron.”¹ Ellas fueron despues traducidas al holandés y al español, y un viagero las vendió en Jerusalem. “Todos,” dice Lutero, “se quejaban de las indulgencias, y, como todos los obispos y doctores habian guardado silencio, y nadie quiso interrumpirlo el primero, el pobre Lutero llegó á ser un famoso doctor; porque á pesar de todo, decian, salió por fin uno atreviéndose á ello; pero no me gustaba aquella gloria, y el elogio me parecia superior al merito.”²

Una porcion de los peregrinos que habian acudido de todas partes á la fiesta de Todos los Santos de Wittemberg, llevaron á sus casas, en lugar de indulgencias, las famosas tesis del fraile agustino; con lo que contribuyeron á propágarlas; todos las leian, las meditaban y comentaban; ocupanse de ellas en todos los conventos, y en todas las universidades;³ todos los devotos frailes, que habian entrado en el claustro para salvar su alma, y todos los hombres rectos y honrados, se regocijaban de aquella simple y admirable confesion de la verdad, y deseaban, de todo su corazon, que Lutero continuase la obra que habia empezado, Erasmo, uno de los grandes rivales del reformador, y muy digno de fé, decia á un cardenal: “Observo que cuanta mas pureza de costumbres y piedad evangelica tiene un hombre, es menos opuesto á Lutero: alaban su vida, los mismos que no pueden sopor- tar su doctrina: el mundo estaba disgustado de una doctrina en la que hallaban tantos cuentos pueriles y decretos humanos, y tenia sed de aquella agua viva, pura y oculta, que sale de los veneros de los evangelistas y de los apostoles: el genio de Lutero era propio para realizar aquellas cosas, y su zelo para una empresa tan bella debia entusiasmarle.”⁴

¹ Myconius, Hist. Ref., p. 23.

² Das Lied wollte meiner Stimme zu hoch werden. (L. Opp.)

³ In alle hohe Schulen und Klöster. (Matth. 13.)

⁴ Ad hoc præstandum mihi videbatur ille, et naturâ compositus et accensus studio. (Erasm. Epp. Campegio Cardinali, I., p. 650.)

VI.

Reuchlin.—Erasmus.—Fleck.—Bibra.—El emperador.—El papa.—Miconus.—
Recelos.—Adelmann.—Un anciano sacerdote.—El obispo.—El elector.—Las
objeciones de Erfurt.—Respuesta de Lutero.—Combates interiores.—El mó-
vil de Lutero.

CONVIENE seguir á aquellas proposiciones por todas las partes á donde penetraron; en el gabinete de los sabios, en la celda de los frailes, y en el palacio de los principes, para formarse alguna idea de los distintos y prodigiosos efectos que produjeron en Alemania.

Reuchlin las recibió; estaba cansado del rudo combate que tuvo que sostener contra los frailes; la fuerza que el nuevo atleta desplegaba en sus tesis, reanimó el espíritu abatido del antiguo campeón de las letras, é infundió la alegría en su corazón angustiado. “Gracias sean dadas á Dios!” exclamó después de haber leído las tesis, “ya por fin han encontrado un hombre que les dará tanto que hacer, que se verán obligados á dejar que acabe en paz mi vejez.”

El prudente Erasmus se hallaba en los Países-Bajos, cuando recibió las tesis; se alegró interiormente de ver manifestados, con tanto valor, sus deseos secretos de que se corrigiesen los abusos; aprobó dichas tesis, aconsejando únicamente á su autor, á mas moderación y prudencia; sin embargo, habiéndose quejado algunos en su presencia de la violencia de Lutero, dijo; “Dios ha dado á los hombres un médico, que corta así las carnes, porque sin él, la enfermedad hubiera sido incurable.” Y mas tarde, habiéndole pedido el elector de Sajonia, su opinión sobre el asunto de Lutero respondió, sonriéndose: “Nada extraño que hay causado tanto ruido,

porque ha cometido dos faltas imperdonables, que son, haber atacado la tiara del papa y el vientre de los frailes.”¹

El doctor Fleck, prior del convento de Steinlausitz, no celebraba misa hacia tiempo, y nadie sabia el porque; un dia halló, fijadas en el refectorio de su convento, las tesis de Lutero; acercose á ellas, para leerlas, y apenas hubo recorrido algunas, cuando, sin poder contenerse de alegría, exclamó: “Oh! oh! al fin ha venido el que esperabamos hace mucho tiempo, y que os hará ver á vosotros, frailes!...” Despues, leyendo en lo futuro, dice Mathesius, y comentando el sentido de la palabra “Wittemberg,” dijo: “Todos vendrán á esta montaña á buscar la sabiduria, y la hallarán.”² Escribió al doctor que continuara con valor aquel glorioso combate: Lutero le llama un hombre lleno de alegría y de consuelo.

Ocupaba entonces la antigua y celebre silla episcopal de Würzbourg, un hombre piadoso, honrado, y sabio, segun el testimonio de sus contemporaneos; era Lorenzo de Bibra, que hemos tenido ya ocasion de nombrarlo. Cuando iba un gentil hombre á decirle que destinaba su hija al claustro, le decia: “dadle mas bien un marido:” y luego añadia: “¿necesitais dinero para ello? yo os lo prestaré.” El emperador y todos los principes le estimaban mucho: doliase de los desordenes de la Iglesia, y mas aun de los de los conventos. Las tesis llegaron tambien á su palacio; las leyó con gran jubilo, y declaró publicamente, que aprobaba á Lutero. Mas tarde, escribió al elector Federico: “No dejeis partir al piadoso doctor Martin Lutero, porque le culpan sin razon.” El elector, satisfecho de esta atestacion, escribió de su propio puño al reformador, dandole parte de ello.

El mismo emperador Macsimiliano, predecesor de Carlos Quinto, leyó con admiracion las tesis del fraile de Wittemberg: conoció la capacidad de aquel hombre; previó que

¹ Müllers Denckw. IV., 256.

² Alle Welt von diesem Weissenberg, Weissheit holen und bekommen. (p. 13.)

aquel oscuro agustino podría llegar á ser un poderoso aliado para la Alemania en su lucha contra Roma; así es que hizo decir al elector de Sajonia, por un enviado: Conservad con cuidado al fraile Lutero, porque podrá llegar un tiempo en que haya necesidad de él.”¹ Y poco tiempo despues, hallandose en la Dieta con Pfeffinger, intimo consejero del elector, le dijo: “Y bien! ¿que hace vuestro agustino? verdaderamente no son de despreciar sus proposiciones! ya tendrán que haberselas los frailes con él.”²

Aun en Roma, y en el Vaticano, no fueron recibidas las tesis tan mal, como podría creerse. Leon X. las juzgó como literato, mas bien que como papa; la diversion que le causaron, le hizo olvidar las severas verdades que cóntenian; y, cuando Silvestre Prierias, maestro del Sacro-Palacio, encargado de ecsaminar los libros, le aconsejó que declarase a Lutero herege, le respondió: “Este hermano Martin Lutero, tiene un grande ingenio, y todo lo que se dice contra él, no es mas que envidia de frailes.”³

Pocos hombres hubo, en quienes influyesen mas las tesis de Lutero que en el escolar de Annaberg, á quien Tezel había rechazado tan implacablemente. Myconius había entrado en un convento; y, en la misma noche de su llegada á él, creyó ver en sueños un inmenso campo, todo cubierto de espigas maduras: “Siega,” le dijo el que le guiaba; “pero, como le dijese que no sabia hacerlo, su guia le enseñó un segador que trabajaba con increíble actividad, y le dijo: “vete allá, y haz como él.”⁴ Myconius, ansioso de santidad como Lutero, se entregó en el convento á las vigiliás, á los ayunos, á las maceraciones, y á todas las obras inventadas por los hombres; pero, al fin de todo, desesperó de llegar

¹ Dass er uns den Munch Luther fleissig beware. (Matth. 15.)

² Schmidt, Brand. Reformationgesch., p. 124.

³ Che frate Martino Luthero aveva un bellissimo ingegno, e cheteste erano invidie fratesche. (Brandelli, contemporaneo de Leon y dominicano, Hist. trag., pars 3.)

⁴ Melch., Adami Vita Myconii.

nunca al objeto que se propuso; abandonó los estudios y solo se dedicó á los trabajos manuales; ya encuadernaba libros, ya torneaba, ó bien hacía cualquiera otra obra. Aquella actividad ecsterior no podia aplacar sin embargo á su conciencia agitada; Dios le habia hablado, y no podia recaer en su antiguo letargo. Aquel estado de ansiedad duró muchos años. Creen algunos que las sendas de los reformadores eran faciles de andar, y que, abandonado las practicas de la Iglesia, no les quedaba mas que gusto y comodidades; no saben los tales que aquellos reformadores llegaron á la verdad, despues de muchos combates interiores, mil veces mas penosos que las practicas á las que se sujetaban facilmente los espíritus serviles.

Enfin, llegó el año 1517; fueron publicadas las tesis de Lutero, las que recorrieron toda la cristiandad, y llegaron tambien al convento en el que se hallaba entonces el escolar de Annaberg; éste se fué con otro fraile llamado Juan Voit, á un rincon del claustro, á leer dichas proposiciones con toda libertad;¹ reconoció en ellas la verdad que habia aprendido de su padre; se abrieron sus ojos; oyó en su interior una voz parecida á la que resonaba entonces por toda la Alemania, llenando su corazon de un gran consuelo. “ Veo bien,” dice, “ que Martin Lutero es el segador que ví en sueños, y él que me ha enseñado á coger las espigas.” Luego empezó á predicar la doctrina que habia proclamado Lutero; los frailes se asustaron al oírle; lo combatieron; se levantaron contra Lutero y su convento. “ Este convento,” respondia Myconius, “ es como el sepulcro del Señor; quisieran impedir que Cristo resucitara en él, pero no lo conseguiran.” Por ultimo, viendo sus superiores que no podian convenecerle, le prohibieron durante año y medio, toda comunicacion ecsterior, no permitiendole escribir, ni recibir cartas, y amenazandole con una carcel perpetua. Sin embargo, llegó para él la hora de su libertad. Nombrado despues

¹ Legit tunc cum Joanne Voito, in angulum abditus, libellos Lutheri. (Melch. Adam.)

pastor en Zwickau, fué el primero que se pronunció contra el papado, en las iglesias de la Thuringe. “Entonces pude ya,” dice, “trabajar con mi venerable padre Lutero, en la siega del Evangelio.” Jonas, le ha llamado hombre que podía lo que quería.¹

Hubo también sin duda otras almas para las cuales las tesis de Lutero fueron el signo de la vida. Ellas introdujeron una nueva luz en muchas celdas, chozas, y palacios. Mientras que los que entraron en los conventos para disfrutar en ellos de una buena mesa, de una vida holgazana, ó de consideraciones y honores, dice Mathesius, trataron de cubrir de injurias el nombre de Lutero: los religiosos que vivían en la oración, en el ayuno y en las mortificaciones, dieron gracias á Dios desde que oyeron el grito de aquella aguilta que Juan Huss anunció un siglo antes.² El mismo pueblo que no comprendía casi nada la cuestión teológica, y que solo sabía que Lutero se levantaba contra los limosneros y frailes ociosos, le acogió con demostraciones de alegría. Las proposiciones de Lutero produjeron en Alemania una sensación inmensa; sin embargo, algunos contemporáneos del reformador, previeron las graves consecuencias que podrían acarrear y los muchos obstáculos que debían encontrar; manifestaron claramente sus temores, y no se atrevían casi á alegrarse.

El excelente canonigo de Auxbourg, Bernardo Adelman, escribiendo á su amigo Pirckheimér, le decía: “Temo que el digno hombre no tenga que ceder á la avaricia y al poder de los partidarios de las indulgencias: las representaciones del mismo producen tan poco efecto, que el obispo de Auxbourg, nuestro primado y metropolitano,³ acaba de ordenar en nombre del papa, nuevas indulgencias para san Pedro de Roma: que se apresure á buscar el apoyo de los príncipes;

¹ Qui potuit quod voluit.

² Darvon Magister Johann Huss geweissaget. (Math, 13.)

³ Totque uxorem vir, añade el mismo. (Humaní Documenta Litt., p. 167.)

Reformation Sp.

que se guarde de tentar á Dios, porque seria menester estar falto de juicio, para no conocer el inminente riesgo en que se halla." Adelman se alegró mucho cuando se dijo que Enrique VIII. habia llamado á Lutero á Inglaterra; porque creyó que allí podria enseñar en paz la verdad. Muchos creyeron igualmente que la doctrina del Evangelio seria apoyada con el poder de los principes; ignoraban sin duda que ella anda sin tal poder, y que, al contrario, cuando el poder la apoya, no hace las mas veces otra cosa que embazararla y debilitarla.

El famoso historiador, Alberto Kranz, se hallaba en Hamburgo, en su lecho de muerte, cuando le llevaron las tesis de Lutero: "Tienes razon, hermano Martin!" exclamó el moribundo, "pero no conseguiras tu intento.....Pobre fraile! vete á tu celda y di; Oh! Dios, ten misericordia de mí!"¹

Un anciano sacerdote de Hexter en Westphalia, habiendo recibido y leído las tesis en su presbiterio, dijo en Aleman, meneando la cabeza: "Querido fray Martin! si tú consigues destruir el purgatorio y todos los mercaderes de papel, seras verdaderamente un gran caballero!" Erbenius, que vivió un siglo despues, escribió este distico al pie de dichas palabras:

"Quid vero nunc si viveret,
Bonus iste clericus diceret?"²

No solo muchos amigos de Lutero concibieron temores sobre el paso que acababa de dar, sino que otros muchos le manifestaron tambien su desaprobacion.

El obispo de Brandebourg, affligido de ver trabada en su diocesis tan importante contienda, quiso sofocarla, y se resolvió hacerlo por medios suaves: en consecuencia, envió decir á Lutero, por el abade de Lenin, "que no encontraba en las tesis sobre las indulgencias, nada que fuese contrario

¹ Frater, abi in cellam, et dic: Miserere mei. (Lindner in Luthers Leben., p. 93.)

² Si el buen clerigo hoy viviera,
¿Que es lo que decir pudiera?

á la verdad católica; que al contrario reprobaba éi mismo aquellas indiscretas proclamaciones; pero que, por el amor de la paz y por respeto á su obispo, dejase de escribir sobre aquel asunto." Lutero quedó confuso al ver que un tan gran abade, y tan grande obispo, se dirigiese á él con tanta humildad: enternecido, impelido por el primer movimiento de su corazón, respondió; "Me conformo, mas quiero obedecer, que hacer aunque fuesen milagros, si pudiera."¹

El elector vió con sentimiento el principio de un combate, legitimo sin duda, pero cuyo fin nadie podia prever. Ningun principe deseaba mas que Federico, la conservacion de la paz pública; por lo que, cuando conoció el inmenso incendio que podia causar aquel pequeño fuego, las grandes discordias y los destrozos que podia ocasionar en los pueblos aquella disputa de frailes, hizo saber á Lutero, repetidas veces, el sentimiento de que estaba poseido.²

En su misma orden, y hasta en su convento de Wittemberg, encontró Lutero reprobadores. El prior y subprior se asustaron de los clamores que despedían Tezel y sus compañeros. Fueron á la celda de fray Martin alterados y trémulos, y le dijeron: "¡Por Dios, no cubrais de vergüenza nuestra orden! Ya las demas, y principalmente la dominicana, saltan de alegría al ver que no son solas en llevar el oprobio. Estas palabras conmovieron á Lutero, pero, serenandose luego, respondió: "Queridos padres! si la cosa no se ha hecho en nombre de Dios, caerá; sino, dejadla andar." El prior y subprior no replicaron. "La cosa anda todavía," añade Lutero despues de haber citado aquel rasgo: "y, si place á Dios, andará de mejor en mejor hasta el fin. Amen."³

Lutero tuvo que sostener tambien otros ataques. En Er-

¹ Bene sum contentus: malo obedire quàm miracula facere etiamsi possem. (Epp. I., 71.)

² Suumque dolerem sæpè significavit, metuens discordias majores (Melancht., Vita Luth.)

³ L. Opp. (L.), VI., p. 518.)

furt le acusaron de violento y orgulloso en el modo con que condenaba las opiniones ajenas; es la reconvencion que se hace ordinariamente á los hombres que tienen la fuerza de conviccion que dá la Palabra de Dios. Tambien le acusaban de precipitacion y ligereza.

“Ecsigen modestia de mí,” respondió Lutero, “y ellos la desconocen en el juicio que forman de mí!.....Vemos siempre la paja en el ojo ageno, y no vemos la viga en el nuestro.....La verdad no ganará por mi modestia ni perderá por mi temeridad. Deseo saber,” continuó dirigiendose á Lange, “cuales son los errores que vos y vuestros teologos habeis hallado en mis tesis. ¿Quien no sabe, que rara vez se proclama una idea nueva sin ser tildado de orgulloso, y sin ser acusado de buscar disputas? Si la misma humildad emprendiese algo de nuevo, los que son de opinion contraria, dirian que aquella es orgullosa! ¿Porque fueron inmolados Jesucristo y todos los martires? porque parecieron orgullosos, menospreciadores de la sabiduria mundana, y porque anunciaron otra nueva, sin haber consultado previa y humildemente á los organos de la opinion contraria.

“Que no esperen, pues los sabios del dia, que yo tenga bastante humildad, ó mas bien hipocresia para pedirles su consejo, antes de publicar lo que mi deber me obliga hacerlo: en este caso, no debo consultar la prudencia humana, sino el consejo de Dios. Si la obra es de Dios, ¿quien la contendrá? si no lo es ¿quien la adelantará?.....no mi voluntad, ni la suya ni la nuestra, sino la tuya, oh! Padre santo, que estas en el cielo!”

¡Que valor, que noble entusiasmo, que confianza en Dios, y sobre todo que verdad en estas palabras, y verdad de todos los tiempos!

No obstante, las quejas y acusaciones que de todas partes iban á Lutero, no dejaban de hacer alguna impresion en su

¹ Finge enim ipsam humilitatem nova conari, statim superbia subjicietur ab his qui aliter sapiunt. (L. Epp. I, p. 73.)

espíritu. Sus esperanzas fueron frustradas; habia creído que los gefes de la Iglesia, y los sabios mas distinguidos de la nacion, se hubieran unido publicamente á él; pero sucedió de otro modo: apenas consiguió de unos pocos adictos á su doctrina, algunas palabras de aprobacion, soltadas en el primer entusiasmo; muchos de los que hasta entonces fueron venerados de él, le censuraron altamente. Se vió, pues, solo en toda la Iglesia, solo contra Roma, solo al pie de aquel antiguo y formidable edificio, cuyos cimientos penetraban en las entrañas de la tierra, cuyos muros se elevaban hácia las nubes, contra el cual acababa de descargar un golpe atrevido.¹ Cayó en la turbacion y en el abatimiento; renacieron con fuerza en su espíritu las dudas que creía disipadas; la idea que tenia contra si, de la autoridad de toda la Iglesia, le hacía temblar; sustraerse de aquella autoridad, recusar aquella voz á la que habian obedecido humildemente los pueblos y los siglos, oponerse á aquella iglesia que acostumbraó venerar desde su infancia, como la madre de los fieles....él, fraile miserable....era un esfuerzo superior á las fuerzas humanas.² Ningun paso le costó mas que aquel: pero tambien fué el que decidió de la reforma.

Nadie puede describir mejor que él, la lucha que reinaba entonces en su alma. “Yo empecé esta obra,” dice, “con gran temor y temblor: ¿quien era yo entonces, yo, pobre, miserable, despreciable hermano, mas parecido á un cadaver que á un hombre?” ¿quien era yo para oponerme á la magestad del papa, á cuya presencia temblaban, no solo los reyes de la tierra, sino tambien, si así puedo expresarme, el cielo y el infierno, obligados á obedecer á sus menores movimientos! Nadie puede saber lo que sufrió mi corazon en los dos primeros años, y en que abatimiento, en que desesperacion caí muchas veces. No pueden hacerse una idea

¹ Solus primó eram. (L. Opp., Lat. in præf.)

² Concilium immanis audaciæ plenum. (Pallavicini, I., 17.)

³ Miserrimus tunc fraterculus, cadaveri similior quàm homini. (L. Opp. Lat., I., p. 49.)

de ello, los espíritus orgullosos que han atacado despues al papa con gran audacia, bien que no hubieran podido, con toda su habilidad, hacerle el mas pequeño mal, si Jesucristo no le hubiese hecho ya por mí, su debil é indigno instrumento, una herida de la que no sanará jamas....Però, mientras que ellos se contentaban con mirar y me dejaban solo en el peligro, no me hallaba tan gozoso, tranquilo y seguro del buen ecsito, como lo estoy ahora ; porque no sabia entonces muchas cosas que sé al presente, gracias á Dios. Es verdad que hubo muchos cristianos piadosos que aprobaron y apreciaron mucho mis proposiciones ; pero yo no podia reconocerlos y considerarlos como organos del Espíritu Santo ; yo no consideraba como tales, sino al papa, á los cardenales, obispos, teologos, jurisconsultos, curas, frailes..... de estos esperaba yo el soplo del Espíritu. Sinembargo, despues de haber triunfado, con la Escritura, de todos los argumentos contrarios, he superado por fin, con la gracia de Cristo, y con muchas angustias, penas, y trabajos, el unico argumento que me detenía todavía, á saber : “Que es menester escuchar á la Iglesia ;”¹ porque yo honra de todo corazon la iglesia del papa, como la verdadera Iglesia ; y lo hacía con mas sinceridad y veneracion que los vergonzosos é infames corruptores que, por contradecirla, la ensalsan tanto ahora. Si yo hubiera despreciado al papa, como le desprecian los que le alaban tanto con los labios, hubiera temido que se abriese la tierra y me hubiese tragado vivo, como á Coré, y todos los que estaban con él.”

¡ Cuanto honran estos combates á Lutero ! que sinceridad, que rectitud de alma manifiestan ! y cuanto mas digno de nuestro respeto le hacen aquellos asaltos penosos que tuvo que sostener interior y ecsteriormente, que lo hiciera una intrepidez sin semejante combate ! Aquel trabajo de su alma nos muestra bien la verdad y la divinidad de su obra :

¹ Et cum omnia argumenta superassem per scripturas, hoc unum cum summâ difficultate et angustia, tandem Christo favente, vix superavi, ecclesiam scilicet esse audiendam. (L. Opp., Lat. I., p. 49.)

se ve que el principio y la causa estaban en el cielo. En vista de todos los rasgos que hemos indicado ¿quien se atrevera á decir que la reformation fué un asunto de política? No por cierto, no fué efecto de la política de los hombres, sino el del poder de Dios. Si Lutero hubiera sido impelido por pasiones humanas, hubiera sucumbido á sus temores; sus equivocaciones y sus escrúpulos, hubieran ahogado el fuego que se encendió en su alma, y no hubiera producido en la Iglesia, mas que un resplandor pasajero, como lo han hecho tantos hombres fervientes y piadosos, cuyos nombres han llegado hasta nosotros. Pero ya habia llegado el tiempo de Dios; la obra no debia detenerse, y la emancipacion de la Iglesia debia cumplirse. Lutero debia, cuando menos, preparar la completa emancipacion y las grandes manifestaciones que están prometidas al reino de Jesucristo: asi es que experimentó la verdad de esta magnífica promesa: *Desfallecerán los jovenes y se fatigarán, y los mancebos caerán de flaqueza; mas los que esperan en el Señor, hallarán nuevas fuerzas, tomarán alas como aguilas, correrán, y no se fatigarán, andarán y no se desfallecerán.* (Isaias, cap. xl., ver. 30 y 31.) Este divino poder que llenaba el corazon del doctor de Wittemberg, y que le lanzó al combate, le devolvió pronto toda su primera resolucion.

VII.

Ataque de Tezel.—Respuesta de Lutero.—Buenas obras.—Lutero y Spalatin.
—Estudio de la Escritura.—Scheurl y Lutero.—Lutero y Staupitz.—Lutero
y su Pueblo.—Un habito nuevo

HABIAN desanimado á Lutero las quejas, la timidez, ó el silencio de sus amigos; los ataques de sus enemigos produjeron en él un efecto contrario, y esto sucede muchas veces. Los adversarios de la verdad, creyendo servir su causa con su violencia, sirven la del mismo Dios.¹ Tezel recogió, pero con mano tímida, el guante que le arrojaron. El sermón de Lutero que había sido, para el pueblo, lo que fueron las tesis para los sabios, fué el objeto de la primera respuesta de Tezel: refutó aquel discurso punto por punto y á su modo; y anunció enseguida que se preparaba para combatir mas largamente á su adversario, en las tesis que sostendría en la universidad de Francfort-sur-l'Oder. "Entonces," dice, respondiéndole con estas palabras á la conclusión del sermón de Lutero, "entonces podrán conocer todos quien es el heresiarca, herege, cismático, erróneo, temerario, y calumniador. Entonces verán todos quienes son los melancólicos y enfermos, los que jamás han comprendido la Biblia, ni leído las doctrinas cristianas, ni manejado sus propios doctores.... Por sostener las proposiciones que abanzo, estoy pronto á sufrir todo, cárcel, tormento, agua, y fuego..."

Leyendo aquel escrito de Tezel, se nota y estraña la diferencia que hay entre el Alemán que usan él y Lutero; parece que una distancia de siglos los separa; un extranjero tiene

¹ *Ei furores Tezelii et ejus satellitum imponunt necessitatem Lutero, de rebus iisdem copiosius disserendi et tuendæ veritatis. (Melancht. Vita Luth.)*

principalmente mucho trabajo para comprender á Tezel ; mientras que el language de Lutero, es casi el mismo que el de nuestros dias ; basta comparar los escritos de ambos, para conocer que Lutero es el creador de la lengua alemana ; este es sin duda uno de sus menores meritos, pero no deja de serlo.

Lutero respondió sin nombrar á Tezel, porque tampoco le nombró éste ; pero no habia ninguno en Alemania que no pudiese escribir, al frente de sus publicaciones, los nombres que ellos juzgaban conveniente callar. Tezel procuraba confundir el arrepentimiento que Dios pide, con la penitencia que la Iglesia impone, por dar mas merito á sus indulgencias ; y Lutero se contrajo á aclarar este punto.

“Para ahorrar palabras,” dice en su language pitoresco, “doy al viento (que está mas desocupado que yo), sus demas palabras, que solo son flores artificiales y hojas secas, y me limitaré á ecsaminar las bases de su edificio de lampazo.

“La penitencia que impone el santo padre, no puede ser la que pide Jesucristo ; porque el santo padre puede dispensar aquello mismo que impone ; y si ambas penitencias fuesen una sola y misma cosa, se seguiria que el santo padre quita, lo que Jesucristo pone, anulando el mandamiento de Dios.... Ah ! que me maltrate si quiere,” continua Lutero, despues de haber citado otras falsas interpretaciones de Tezel, que me llame herege, cismatico, calumniador y todo lo que guste ; no por esto seré su enemigo, y rogaré por él como por un amigo.... Pero no es posible sufrir que trate á la santa Escritura, nuestra consolacion (Rom. xv., ver. 4), como una maramara trata un saco de avena....”¹

Es menester acostumbrarse á ver á Lutero servirse, á veces, de ecspresiones acerbas y demasiado familiares, para nuestro siglo ; era el uso de aquel tiempo, y bajo aquellas palabras, que en nuestros dias serian opuestas á la propiedad del language, se encuentran ordinariamente una fuerza y una

¹ Dass er die Schrift, unsern Trost, nicht anders behandelt wie die sau einen Habersack.

precision, que hacen olvidar la crudeza de ellas. Continúa así :

“ El que compra las indulgencias, dicen también los adversarios, hace mejor que el que da limosna á un pobre que no se halla en ecstrema necesidad. Ahora pues, bien podriamos saber sin ecstremecernos, que los Turcos estan profanando nuestros templos y nuestras cruces, porque tenemos en casa Turcos cien veces peores, que profanan y destruyen el unico verdadero santuario, la Palabra de Dios, que santifica todas las cosas.... El que quiere seguir dicho precepto, tenga cuidado de no dar de comer al hambriento, ni de vestir al desnudo, hasta que haya ecsalado el alma y no tenga por consiguiente necesidad de su socorro.”

Importa comparar este celo de Lutero por las buenas obras, con lo que dice sobre la justificacion por la fé. Por lo demas, cualquiera que tenga alguna ecsperiencia y algun conocimiento, no necesita de esta nueva prueba de una verdad cuya evidencia conoce ; es decir, que cuanto mas se adhiere uno á la justificacion por la fé, tanto mas conoce la necesidad de las obras y se dedica á su práctica, mientras que la relacion, en cuanto á la doctrina de la fé, conduce necesariamente á la relajacion tocante á las obras : Lutero, y, antes y despues de él, san Pablo, y Howard, son prueba de la primera asercion ; todos los hombres sin fé, de que está lleno el mundo, son pruebas de la segunda.

Despues, llegando á las injurias de Tezel, Lutero se las vuelve á su modo. “ Al 'oir estas invectivas,” dice, “ me parece oir rebuznar un gran jumento contra mí ; mucho me alegro de ello, oh ! sentiría que semejantes hombres me llamasen buen cristiano...” Es menester presentar á Lutero tal cual es, y con sus debilidades ; su propencion á la chanza, pero chanza grosera, es una de ellas ; el reformador era un grande hombre, un hombre de Dios sin duda, pero al fin era hombre y no angel, ni tampoco un hombre perfecto : ¿ Quien tiene el derecho de ecsigir de él la perfeccion ?

“Por lo demas,” añade, provocando á sus adversarios al combate, “aunque no se acostumbra quemar á los hereges por tales motivos, héme aquí en Wittemberg, yo, doctor Martin Lutero! ¿Hay algun inquisidor que quiera preparar la palanca y hacer saltar las rocas? pues le hago saber que tiene un salvo conducto para venir, las puertas abiertas, la casa y mesa seguras, todo por los cuidados liberales del loable principe y duque Federico, elector de Sajonia, quien no protegerá nunca la heregia...”¹

Se ve que no faltaba valor á Lutero; apoyabase en la Palabra de Dios, y esta es una roca que no puede destruir la tempestad. Pero Dios, en su fidelidad, le concedía tambien otros auxilios. A los aplausos con que la multitud recibió las tesis de Lutero, sucedió pronto un triste silencio. Los sabios se retiraron timidamente, al oír las calumnias y los insultos de Tezel y de los dominicos. Los obispos que habian condenado altamente los abusos de las indulgencias, cuando las vieron atacadas, no dejaron (por una contradiccion de que no faltan ejemplos), de hallar inoportuno el ataque: la mayor parte de los amigos del reformador se amedrentaron, y muchos de ellos huyeron. Mas, cuando hubo pasado el primer terror, se efectuó un movimiento contrario en los espíritus; el fraile de Wittemberg, que por algun tiempo se halló casi solo en medio de la Iglesia, se halló poco despues rodeado nuevamente de muchos amigos y aprobadores.

Uno hubo sinembargo que, aunque timido, le fué fiel en toda aquella crisis, y cuya amistad le sirvió de consolacion y de apoyo; dicho amigo era Spalatin. Nunca cesó la correspondencia entre ambos. Lutero, hablando á su amigo de una particular señal de amistad que habia recibido de él, le decia: “Te doy las gracias; pero, que no te debo!”² Era el once de noviembre 1517, once dias despues de la publicacion de las tesis, y por consiguiente en los momentos en que

¹ L. Opp. Leips. XVII., 132.

² Tibi gratias ago: imò quid tibi non debeo? (L. Epp. I., p. 74.)

la fervencia de los animos estaba sin duda en su colmo, cuando Lutero quiso desahogar su reconocimiento en el corazon de su amigo.

Es interesante ver á Lutero, á este hombre fuerte, que acababa de hacer la accion mas animosa, declarar en la misma carta á Spalatin, de donde proviene la fuerza. “Nada podemos por nosotros mismos, y sí todo por la gracia de Dios. Toda ignorancia es invencible por nosotros, y ninguna por la gracia de Dios. Cuanto mas nos esforzamos á llegar, por nosotros mismos á la sabiduria, mas nos acercamos á la locura.¹ No es cierto que esta ignorancia invencible disculpa al pecador, porque si asi fuera, no habria ningun pecado en el mundo.”

Lutero no envió sus proposiciones ni al principe, ni á ninguno de sus cortesanos; y parece que el capellan manifestó á su amigo alguna estrañeza por ello: “No he querido,” respondió Lutero, “que mis tesis llegasen á nuestro ilustrisimo principe, ó á alguno de los suyos, antes que los que se creen señalados en ellas las hubiesen recibido por otra parte, por temor de que no creyesen que yo las publiqué de orden del principe, ó para merecer su favor, y oponerme al obispo de Mayence: se que hay muchos que piensan tales cosas; pero ahora puedo jurar, con toda seguridad, que mis tesis fueron publicadas sin conocimiento del duque Federico.²”

Si Spalatin consolaba su amigo y le sostenia con su influjo, Lutero, por su parte, procuraba responder á las preguntas que le dirigia el modesto capellan; el cual, entre otras cuestiones, le puso entonces una, que aun en nuestros dias se repite muchas veces, y es: “¿Cual es el mejor modo de estudiar la santa Escritura?”

“Hasta ahora,” respondió Lutero, “no me habeis pedido, escelente amigo Spalatin, sino cosas que estaban á mi al-

¹ Quantò magis conamur ex nobis ad sapientiam, tantò amplius appropinquamus insipientiæ. (Ibid.)

² Sed salvum est nunc etiam jurare, quòd sine scitu ducis Frederici exierint. (L. Epp., I., p. 76.)

cance; pero el guiaros en el estudio de las santas Escrituras, es superior á mis fuerzas; sinembargo, si absolutamente quereis conocer mi metodo, no os lo ocultaré.

“Es muy cierto que no se puede llegar á comprender las Escrituras, ni con el estudio, ni con la inteligencia; vuestro primer deber es pues empezar por la oracion: ¹ pedid al Señor que se digne, por su gran misericordia, concederos el verdadero conocimiento de su Palabra: no hay otro interprete de la Palabra de Dios que el mismo autor de esta Palabra, segun lo que ha dicho; *Todos serán enseñados de Dios*: nada esperéis de vuestros estudios ni de vuestra inteligencia; confiaos unicamente en Dios y en la influencia de su Espíritu: creed á un hombre que ha hecho experiencia de ello.”² Aquí se ve como llegó Lutero á poseer la verdad, cuyo predicador fué; no fué, como algunos pretenden, confiandose en una orgullosa razon; tampoco, como sostienen otros, entregandose á las pasiones rencorosas. “En la mas pura, santa, y sublime fuente, en Dios mismo, interrogado por la humildad, la confianza y la oracion, fué donde se instruyó. Pero en nuestro siglo hay pocos hombres que lo imiten, y por consiguiente pocos que lo comprendan. Para un espíritu grave, estas solas palabras de Lutero son una justificacion de la reforma.

Lutero halló tambien consuelos en la amistad de seglares respetables: el escelente secretario de la ciudad imperial de Nuremberg, Cristoforo Scheurl, le dió tiernas muestras de su amistad.³ Se sabe cuan dulces son al corazon del hombre las pruebas de interes que se le ofrecen, cuando se ve ata-

¹ Primum, id certissimum est, sacras litteras non posse vel studio, vel ingenio penetrari. Ideò primum officium est ut ab oratione incipias.

² Igitur de tuo studio desperes oportet omninò, simul et ingenio. Deo autem soli confidas et influxui spiritus. Experto crede ista. (L. Epp., I., p. 88, del 18 enero.)

³ Litteræ tuæ, le escribe Lutero el 11 diciembre 1517, animum tuum erga meam parvitatem candidum et longè ultra merita benevolentissimum probaverunt. (L. Epp., I., p. 79.)

cado por todas partes. El secretario de Nuremberg hacía mas todavía : hubiera querido ganar muchos amigos para su amigo ; á quien aconsejó que dedicase una de sus obras á Geronimo Ebner, celebre jurisconsulto nurembergés de aquel tiempo, y Lutero le contestó con modestia : “Tu tienes una alta opinion de mis estudios, pero yo la tengo muy baja ; sinembargo, he querido acceder á tus deseos : he buscado....pero en toda mi coleccion, que nunca he hallado tan mezquina, no he encontrado nada que me parezca digno de ser dedicado á tan grande hombre por un hombre tan pequeño como yo.” Tierna humildad !

Lutero, que no habia dado ningun paso para propagar sus tesis, no las envió tampoco á Scheurl, ni al elector ni á sus cortesanos ; y, habiendole manifestado su estrañeza el primero, Lutero le respondió : “No era mi intencion dar tanta publicidad á mis tesis ; queria solamente conferenciar sobre su contenido, con algunos de los nuestros,¹ para que si las hubiesen reprobado, anularlas, y sí aprobado, publicarlas. Pero ya están impresas, reimpresas, y difundidas mucho mas de lo que yo esperaba, y tanto que me arrepiento de dicha produccion ;² no porque tema que el pueblo conozca la verdad (porque esto, y esto solo es lo que he procurado), sino porque no es ese el modo de instruirlo : pues se encuentran en ellas cuestiones que son todavía dudosas para mí ; y, si hubiese pensado que mis tesis harían tanta sensacion, hay cosas que hubiera omitido, y otras que hubiera ecpuesto con mas entera seguridad.” En adelante pensó de otro modo Lutero ; lejos de temer de haber dicho demasiado, declaró que hubiera tenido que decir mas todavía. Pero los recelos que manifestó Lutero á Scheurl, honran su sinceridad ; y por ello se ve, que no tenia plan premeditado, ni espíritu de partido, que no abundaba en su

¹ Non fuit consilium neque votum eas evulgari, sed cum paucis apud et circùm nos habitantibus primùm super ipsis conferri. (L. Epp., I., p. 95.)

² Ut me pæniteat hujus fæturæ. (Epp. I., p. 95.)

sentido y que solo buscaba la verdad: cuando la hubo encontrado toda entera, mudó de language: "Notareis en mis primeros escritos," dice muchos años despues, "que concedi humildemente muchas cosas al papa, y aun cosas importantes, que ahora las juzgo y detesto como abominables y blasfematorias."¹

Scheurl no era el unico seglar de consideracion, que daba entonces á Lutero pruebas de amistad; el celebre pintor Alberto Durer le envió un regalo, quizá era uno de sus cuadros; y el doctor le manifestó todo su agradecimiento.²

De este modo experimentaba entonces Lutero la verdad de esta palabra de la divina Sabiduria: *El intimo amigo ama en todo tiempo, y el nacerá como un hermano en el apuro.* Y, tambien se acordaba de ella, para defender la causa de todo su pueblo. El elector acababa de imponer una contribucion, y se aseguraba que iba á establecer otra, probablemente por consejo de Pfeffinger, privado del principe, contra el cual lanzaba muchas veces Lutero palabras picantes. El doctor se puso audazmente en la brecha; "No desprecie vuestra Alteza," dice, "la suplica de un pobre mendicante. Os pido, en nombre de Dios, que no impongais nueva contribucion; me ha lastimado el corazon, igualmente que á muchos de los que os son mas adictos, el ver cuanto ha perjudicado la primera á la buena fama, y á la popularidad de que gozaba vuestra Alteza. Es verdad que Dios os ha dotado de una razon elevada, por lo que alcanzais en estas cosas mas que yo, y sin duda mas que todos vuestros subditos; pero acaso es la voluntad de Dios que una pequeña razon instruye á una grande, para que nadie confie en si mismo, sino solo en Dios, nuestro Señor, el cual se digne conservar para nuestro bien vuestro cuerpo en salud, y vuestra alma para la eterna beatitud. Amen."

¹ Quæ istis temporibus pro summâ blasphemiâ et abominatione habeo et execror. (L. Opp. Lat., Wit. in præf.)

² Accepi....simul et donum insignis viri Alberti Durer. (L. Epp., I., p. 95.)

Así es como el Evangelio, que hace honrar á los reyes, hace tambien defender la causa del pueblo : enseña á la nacion sus deberes, y recuerde al principe los derechos de la misma. La voz de un cristiano, como Lutero, resonando en el palacio de un soberano, podria reemplazar, muchas veces, todo un congreso de legisladores.

En aquella misma carta, en la que Lutero daba una severa leccion al elector, no temia hacerle una peticion, ó mas bien, recordarle una oferta, la de darle un habito nuevo. Aquella libertad de Lutero, en momentos en que podia temer haber ofendido á Federico, honra tanto al principe como al reformador. "Pero si es Pfeffinger el encargado para ello," añade, "que me de el habito en realidad y no en protestas de amistad ; porque sabe tejer buenas palabras, de las que no sale jamas buen paño." Lutero creia que, por los fieles consejos que dió á su principe, merecia su habito de corte ;¹ pero sea lo que fuere, dos años despues no lo habia recibido, y lo pedia aun :² esto parece indicar que no estaba Federico tan á la disposicion de Lutero, como han querido decir.

¹ Mein Hofkleid verdienen (Epp. L. I., 77 y 78.)

² Ibid., p. 283.

VIII.

Disputa de Francfort.—Tesis de Tezel.—Amenazas.—Oposicion de Knipstrow.—Tesis de Lutero quemadas.—Los frailes.—Paz de Lutero.—Tesis de Tezel quemadas.—Sentimiento de Lutero.—Visita del obispo.

Poco á poco se iban calmando los espíritus; y el mismo Lutero se hallaba dispuesto á declarar, que sus palabras no tenian el sentido que se les habia atribuido: nuevas circunstancias podian distraer la atencion general, y hacer que el golpe dado á la doctrina romana se olvidase, como tantos otros; pero los partidarios de Roma fueron la causa de que no sucediese así, pues aumentaron la llama, en lugar de ecstinguirla.

Tezel y los dominicos respondieron audazmente, al desafio que se les habia hecho; ardiendo en deseos de acabar con el atrevido fraile, que queria trastornar su trafico, y merecer la benevolencia del pontifice romano, ecsalaron un grito de furor; pretendian que atacar la indulgencia mandada por el papa, era atacar á este mismo, y llamaron en su ayuda á todos los frailes y teologos de su escuela.¹ En efecto, Tezel conoció bien que un adversario como Lutero era demasiado fuerte para él; desconcertado con el ataque del doctor y lleno de colera, dejó las cercanias de Wittemberg, y se fué á Francfort-sur-l'Oder, á donde llegó en noviembre de 1517. La universidad de aquella ciudad era nueva, como la de Wittemberg, y fundada por el partido contrario; Conrado Wimpina, hombre muy elocuente, antiguo rival de Pollich de Mellerstadt, y uno de los teologos mas distinguidos de aquel

¹ *Suum senatum convocat; monachos aliquot et theologos sua sophistica utcunque tinctos.* (Melancht., Vita Luth.)

tiempo, era profesor en dicha universidad. Wimpina miraba con ojos envidiosos al doctor, y á la universidad de Wittemberg; su reputacion le hacia sombra; Tezel le pidió una respuesta á las tesis de Lutero, y Wimpina escribió dos series de antítesis, que tenian por objeto defender la doctrina de las indulgencias, y la autoridad del papa.

El 20 de Enero, 1518, se verificó aquella controversia, preparada muy de antemano, anunciada con ostentacion, y en la que fundaba Tezel tantas esperanzas. Tocó la llamada, y acudieron mas de trescientos frailes de los conventos circunvecinos. Leyó Tezel sus tesis, en las que se reproducia hasta esta declaracion, "que cualquiera que diga, que el alma no sale del purgatorio, en el mismo instante en que suena el dinero en la caja, está en el error."¹

Pero, sobre todo, establecia proposiciones, segun las cuales parecia verdaderamente estar el papa *sentado como Dios en el templo de Dios*, conforme al lenguaje de un apostol. Era fácil á aquel impudente mercader el refugiarse, con todos sus desordenes y escandalos, bajo la capa pontificia.

Hé aquí lo que dijo estar pronto á defender en presencia del numeroso auditorio que le rodeaba.

"3^a. Conviene enseñar á los cristianos, que el papa, por la grandeza de su poder, es superior á toda la Iglesia universal y á los concilios, y que se deben obedecer á todos sus mandamientos, con toda sumision.

"4^a. Conviene enseñar á los cristianos, que solo el papa tiene el derecho de decidir en puntos de la fé cristiana, y el de esplicar, segun su entender, el sentido de la santa Escritura, como tambien el de aprobar ó desaprobar todas las palabras ú obras de los demas.

"5^a. Conviene enseñar á los cristianos, que en puntos de fé cristiana y necesarios á la salvacion del genero humano, la decision del papa no puede ser erronea, en ningun caso.

¹ Quisquis ergò dicit, non citiùs posse animam volare, quàm in fundo cistæ denarius possit tinnire, errat. (Positiones fratris Joh. Teselli. pos. 56. L. Opp. I., p. 94.

“ 6ª. Conviene enseñar á los cristianos, que en puntos de fé se debe apoyar y descansar, mas bien en los juicios del papa, segun se manifiestan en sus decisiones, que en los juicios de todos los hombres sabios, segun los sacan de la escritura.

“ 8ª. Conviene enseñar á los cristianos, que los que ofenden á la honra y á la dignidad del papa, se hacen culpables del crimen de Lesa-Magestad, y merecen la maldicion.

“ 17ª. Conviene enseñar á los cristianos, que hay muchas cosas, que la Iglesia considera como articulos ciertos de la verdad universal, aunque no se encuentren en el canon de la Biblia, ni en los antiguos doctores.

“ 44ª. Conviene enseñar á los cristianos, que deben ser reputados hereges obstinados los que declaren, con sus palabras, hechos ó escritos, que no retractarian sus hereticas proposiciones, aunque lloviesen sobre ellos ecscomuniones sobre ecscomuniones.

“ 48ª. Conviene enseñar á los cristianos, que los que protegen el error de los hereges, é impiden con su autoridad, que dichos heregos sean llevados ante el juez competente, son ecscomulgados; que si en el espacio de un año, no se abstienen de hacerlo, serán declarados infames, y atormentados cruelmente con muchos castigos, conforme al Derecho, y para espanto de todos los hombres. ¹

“ 50ª. Conviene enseñar á los cristianos, que los que ensucian tanto papel y libros, los que predicán ó disputan publica y malignamente sobre la confesion de boca, sobre la satisfaccion de obras, sobre las ricas y grandes indulgencias del obispo de Roma y sobre su poder; que los que se adieren á quienes predicán ó escriben tales cosas, complaciéndose en estos escritos, y propagandolos en el pueblo; y que, en fin, los que hablan de tales cosas en secreto, de un modo desprecia-

¹ Pro infamibus sunt tenendi, qui etiam per juris capitulà terribiliter multis plectentur pœnis in omnium hominum terrorem. (Positiones fratris Joh. Tezelli, pos. 56, L. Opp. I. p. 98.)

ble y sin pudor, todos ellos deben temer el hacerse reos de las penas que hemos indicado, y precipitarse ellos juntamente con otros, en el dia venidero en la eterna condenacion, y acá abajo en gran oprobio desde luego; porque todo el que llegue á la montaña sera apedreado.”

Se vé que Tezel no atacaba solo á Lutero, pues en la 48.ª tesis, aludia probablemente al elector de Sajonia; por lo demas dichas proposiciones huelen bien á dominico. Amenazar á todos los adversarios con crueles castigos, era un argumento de inquisidor, al cual no era posible responder. Los trescientos frailes que reunió Tezel, abrian mucho el ojo y admiraban lo que él habia dicho. Los teologos de la universidad temian demasiado ser puestos en el número de los fautores de la heregia, ó estaban demasiado apegados á los principios de Wimpina, para atacar francamente las estrañas tesis que acababan de leerse.

Todo aquel asunto, de que habian hecho tanto ruido, parecia pues no deber ser mas que un combate simulado; pero, entre la multitud de estudiantes que asistian á la controversia, se hallaba un joven de cerca veinte años, llamado Juan Knipstrow; el cual habia leido las tesis de Lutero, y hallandolas conformes con las doctrinas de la Escritura, indignado de ver hollada la verdad publicamente, sin que nadie se presentara á defenderla, aquel joven alzó la voz, con grande admiracion de toda la asamblea, y atacó al presumtuoso Tezel. El pobre dominico, que no habia contado con tal oposicion, quedó confuso del todo, y despues de algunos esfuerzos, abandonó el campo de batalla, y cedio su lugar á Wimpina: éste resistió con mas vigor; pero Knipstrow le apretó de tal modo, que para terminar una lucha impropia á sus ojos; Wimpina, que presidia, declaró cerrada la discusion, y pasó, sin mas, á la promocion de Tezel al grado de doctor, recompensa de aquel glorioso combate. Wimpina, para desembarazarse del joven orador, lo hizo enviar al convento de Pyritz, en Pomerania, con orden de que lo cus-

todíatan severamente. Pero aquella luz naciente no fué arrancada de las orillas del Oder, sino para que resplandeciese mas tarde en Pomerania.¹ Dios, cuando quiere, se vale de los escolares, para confundir á los doctores.

Tezel, queriendo reparar el descalabro que habia sufrido, apeló á la *ultima ratio* de Roma, y de los inquisidores, es decir al fuego. Hizo construir, en un paseo de los arrebales de Francfort, un pulpito y un cadalso; dirigióse allá en solemne procesion, con sus insignias de inquisidor de la fé; descargó del pulpito todo su furor; lanzó rayos, y gritó con su fuerte voz, que el herege Lutero debia ser quemado; y, en seguida, colocando las proposiciones y el sermón del doctor en el cadalso, los quemó.² Mas diestro era en esto que en defender las tesis. En aquella ocasion no halló contradictores, y su victoria fué completa. El impudente dominico volvió á entrar triunfante en Francfort. Cuando los partidos poderosos son vencidos, recurren á ciertas demostraciones que es menester concederles, como una consolacion á su vergüenza.

Las segundas tesis de Tezel forman una epoca importante de la reformation: ellas trasladaron la controversia á otro terreno, es decir, de los mercados de indulgencia, á las salas del Vaticano, y la desviaron de Tezel sòbre el papa; á aquel despreciable corredor que Lutero tomó cuerpo á cuerpo, las tesis substituyeron la sagrada persona del gefe de la Iglesia. Lutero estrañó mucho aquello; es probable que mas tarde hubiese dado él mismo espontaneamente aquel paso; pero sus enemigos le ahorraron el trabajo. Desde entonces no se trató ya de un comercio desacreditado, sino de Roma; y el golpe con que una fuerte mano quiso derribar la tienda de Tezel, fué á conmovier hasta los cimientos del trono del pontífice—rey.

¹ Spieker, G sch. Dr. M. Luthers. Beckmani Notitia Univ. Francfurt, VIII., etc.

² Fulmina in Lutherum torquet: vociferatur ubique hunc hæreticum igni perdendum esse: propositiones etiam Lutheri et concionem de indulgentiis publicè conjicit in flammis. (Melancht., Vita Luth.)

Por lo demas, las tesis de Tezel solo fueron una señal dada á la turba de Roma; se levantó un grito contra Lutero entre los frailes, furiosos de ver parecer un adversario mas temible aun que Erasmo y Reuchlin; el nombre de Lutero resonó de lo alto de los pulpitos de los dominicos, los cuales se dirigian á las pasiones del pueblo, llamando al valiente doctor insensato, seductor, y endemoniado; calificaban su doctrina de heretica, y añadian: "Esperad solamente quince dias, ó cuatro semanas á lo mas, y vereis quemado este insigne herege." Si esto no hubiera dependido mas que de los dominicos, la suerte del doctor Sajon hubiera sido la misma de Huss y de Geronimo, pero Dios velaba sobre él: su vida debia cumplir lo que empezaron las cenizas de Huss; porque unos sirven á la obra de Dios con su vida y otros con su muerte. Muchos se quejaban ya de que toda la universidad estaba contagiada de heregia, y la declaraban infame.¹ "Persigamos á este malvado y á todos sus secuaces!" añadian. En muchos lugares conseguian sublevar las pasiones del pueblo con aquellos gritos: los que participaban las opiniones del reformador, eran señalados á la atencion publica, y en todas partes, en donde los frailes eran los mas fuertes, los amigos del Evangelio experimentaban los efectos de su odio. Asi empezaba á cumplirse para la reformation esta profecia del Salvador: "*Os maldecirán, os perseguirán y dirán todo mal contra vosotros mintiendo, por mi causa.*" (Math. v., ver. 11.) Esta retribucion del mundo no falta en ningun tiempo á los dicipulos decididos del Evangelio.

El valor de Lutero se inflamó, cuando tuvo conocimiento de las tesis de Tezel, y del ataque general que ellas anunciaban; conoció que era preciso resistir de frente á tales adversarios, y para resolverse á ello, no le costó trabajo á su intrepida alma; pero al mismo tiempo la debilidad de ellos le reveló su fuerza, y le dió el sentimiento de lo que era.

¹ Eó furunt usquè, ut Universitatem Wittembergensem propter me infamem conantur facere et hæreticam. (L. Epp. I., p. 92.)

Sin embargo, no se dejó arrastrar por aquellos movimientos de orgullo, tan naturales al corazón del hombre. "Tengo mas trabajo," escribía entonces á Spalatin, "en contenerme para no despreciar á mis adversarios, y para no pecar contra el Señor, que el que tendré en vencerlos : son tan ignorantes en las cosas divinas y humanas, que me causa rubor tener que luchar contra ellos ; y sin embargo es esta misma ignorancia la que causa su increíble audacia y su imperturbabilidad."¹ Pero lo que fortalecía principalmente su corazón en medio de aquel desencadenamiento general, era la íntima convicción de que su causa era la de la verdad. "No extrañéis," escribía á Spalatin, al principio del año 1518, "que me insulten tanto ; recibo con gusto las injurias : sinó nos maldijéran, no podríamos creer tan firmemente que la causa que he emprendido es la del mismo Dios.² Cristo ha sido enviado como signo que ha de ser contradicho. Yo se," añadía, "que la Palabra de Dios ha sido de tal naturaleza, desde el principio del mundo, que todos los que han querido propagarla en el mundo, han debido, como los apóstoles, abandonar todas las cosas, y esperar la muerte ; si no fuere así, no sería la Palabra de Jesucristo."³ Esta paz, en medio de la agitación, es una cosa desconocida á los héroes del mundo. Se ven hombres, colocados al frente de un gobierno ó de un partido político, sucumbir bajo el peso de sus trabajos y penas ; pero el cristiano adquiere, por lo comun, nuevas fuerzas en la lucha ; y es porque conoce una fuente misteriosa de tranquilidad y ánimo, que ignora el que tiene cerrados los ojos al Evangelio.

Una cosa no obstante agitaba á veces á Lutero era la

¹ Eó furunt usquè, ut Universitatem Wittembergensem propter me infamem conantur facere et hæreticam. (L. Epp. I., p. 92.)

² Nisi maledicerer, non crederem ex Deo esse quæ tracto. (L. Epp. I., p. 85.)

³ Morte emptum est (verbum Dei), prosigue él con un lenguaje lleno de energia, mortibus vulgatum, mortibus servatum, mortibus quoque servandum aut referendum est.

idea de las disenciones que podría ocasionar su energética oposición; sabia que una palabra puede ser suficiente para inflamar todo el mundo; veía á veces principes contra principes, y acaso pueblos contra pueblos; su corazón alemán estaba afligido; su caridad cristiana estaba alarmada; deseaba la paz, emperó era preciso hablar; así lo quería el Señor. "Tiemblo," decía, "me estremezco á la idea de qué podré ser causa de discordia entre tan grandes principes."¹ Guardó silencio todavía algun tiempo sobre las proposiciones de Tezel, concernientes al papa; si la pasión le hubiera guiado, se hubiera arrojado sin duda inmediatamente, y con impetu, sobre aquella estraña doctrina, á cuyo abrigo pretendia ocultarse su adversario; pero no lo hizo: hay en su espera, en su reserva y en su silencio, algo de grave y solemne, que revela bastantemente el espíritu que le animaba; esperó, mas no por debilidad, porque el golpe no fué sino mas fuerte.

Tezel, despues de su auto de fé de Francfort-sur-l'Oder, se apresuró á enviar sus tesis á Sajonia; allí servirán de antidoto, decía, á las de Lutero. Llegó un hombre de Halle á Wittemberg, con encargo del inquisidor para divulgar allí sus proposiciones; los estudiantes de la universidad, que se hallaban todavía indignados de que Tezel hubiese quemado las tesis de su maestro, apenas supieron la llegada del mensajero, cuando fueron á buscarlo, le rodearon, apuraron, y asustaron: "Como te atreves á traer aquí tales cosas?" le dijeron. Algunos le compraron parte de los ejemplares que llevaba; otros se apoderaron del resto, y de este modo le despojaron de toda la factura que se componia de ocho cientos ejemplares; y en seguida, sin conocimiento del elector, del senado, del rector, de Lutero, y de todos los profesores,² fija-

¹ Inter tantos principes dissidii.origo esse valde horreo et timeo. (L. Epp. I., p. 93.)

² Hæc inscio principe, senatu, rectore, denique omnibus nobis. (L. Epp. I., p. 99.)

ron en los pilares de la universidad estas palabras : “ El que guste asistir á la quema y funerales de las tesis de Tezel, puede acudir á la plaza del mercado, á las dos de la tarde.”

Luego que se reunió la muchedumbre á la hora indicada, entregaron á las llamas las proposiciones del dominico, en medio de grandes algazaras ; un ejemplar, que escapó del incendio, fué enviado despues por Lutero á su amigo Lange de Erfurt. Aquella juventud, generosa pero imprudente, siguió el precepto de los antiguos : *Ojo por ojo, y diente por diente*, y no él de Jesucristo. Pero, cuando los doctores y los profesores daban tal ejemplo en Francfort, ¿ se estrañará que lo imitasen los jovenes estudiantes de Wittemberg ? La noticia de aquella ejecucion academica, se divulgó por toda la Alemania, é hizo gran ruido ; ¹ de lo que recibió Lutero un gran sentimiento.

“ Me admiro,” escribia á su antiguo maestro Jodocus á Erfurt,, “ de que hayais podido creer que era yo quien había hecho quemar las tesis de Tezel. ¡ Pues que ! ¿ pensais que he perdido el juicio hasta tanto ? Pero, ¿ que puedo hacer ? Cuando se trata de mí, todos creen todo de todos. ² ¿ Puedo atar las lenguas de todo el mundo ? ¡ Pues bien ! que digan, que oigan, que vean, que pretendan lo que quieran ; yo obraré, mientras el Señor me dé fuerzas, y, con el favor de Dios, nada temeré jamas. Lo que ha de suceder, dice á Lange, no lo sé : y si solo, que el peligro en que me hallo se vuelve mayor por lo mismo.”³ Este hecho manifiesta con que ardor se aderian ya los jovenes á la causa que defendia Lutero ; era un indicio de alta importancia ; porque un movimiento que se efectua en la juventud, se estiende pronto necesariamente en toda una nacion.

Las tesis de Tezel y de Wimpina, aunque poco estimadas, produjeron cierto efecto ; ellas estendian el circulo de la controversia, ensanchaban la rasgadura hecha á la capa de la

¹ *Fit ex eâ re ingens undique fabula.* (Ibid.)

² *Omnes omnibus omnia credunt de me.* (L. Epp. I., p. 109.)

³ *Ibid.*, r. 98.
Reformation Sp.

Iglesia, presentaban en la contienda cuestiones del mayor interés. Por lo mismo los gefes de la Iglesia empezaron á ocuparse mas del asunto, y á declararse con fuerza contra el reformador. “No sé verdaderamente en que confia Lutero,” dice el obispo de Brandebourg, “para atreverse atacar asi el poder de los obispos.” Conociendo el obispo que aquella nueva circunstancia pedia nuevos pasos, fué él mismo á Wittenberg; pero encontró á Lutero animado del gozo interior, que da una buena conciencia, y resuelto á presentar batalla; comprendió el obispo que el fraile agustino obedecia á un poder superior al suyo, y se volvió enojado á Brandebourg. Un dia, y era durante el invierno de 1518, estando sentado dicho obispo delante de su chimenea, y volviendose á los que le rodeaban, dijo: “No quiero dejar mi cabeza en paz, hasta que no haya hechado á Martin al fuego, como este tizon;” y arrojó el tizon al fuego. La revolucion del decimosecsto siglo no debia cumplirse por los gefes de la Iglesia, como no lo fué la primera por el Sanhedrin y por la Sínagoga. Los gefes del clero, en el decimosecsto siglo, fueron opuestos á Lutero, á la reformation, y á sus ministros, así como lo fueron á Jesucristo, al Evangelio, y á sus apóstoles, y como lo son en todos tiempos á la verdad,—“Los obispos,” dice Lutero hablando de la visita que le hizo el prelado de Brandebourg, “empiezan á conocer, que hubieran debido hacer lo que yo hago, y están avergonzados: me llaman orgulloso y audaz, y no niego que lo soy; pero ellos no pueden saber lo que es Dios, y lo que somos nosotros.”¹

¹ Quid vel Deus vel ipsi sumus. (L. Epp. I., p. 224.)

IX.

Prierio.—Sistema de Roma.—El dialogo.—Sistema de la reforma.—Respuesta á Prierio.—La Palabra.—El papa y la Iglesia.—Hochstraten.—Los frailes.—Responde Lutero.—Eck.—La Escuela.—Los obeliscos.—Sentimientos de Lutero.—Los asteriscos.—Ruptura.

UNA resistencia, mas grave que la de Tezel, se manifestó contra Lutero. Roma respondió ; una replica salió de entre los muros del sacro-palacio ; no era Leon X., el que se contrajó á hablar de teología : “ Disputa de frailes,” dijo un dia ; “ lo mejor es no hacer caso :” y en otra ocasion : “ Es un aleman ebrio quien ha escrito las tesis : cuando haya pasado su embriaguez, hablará de otro modo.”¹ Un dominico de Roma, Silvestre Mazolini de Prierio ó Prierias, maestro del sacro-palacio, ejercia las funciones de censor, y en calidad de tal, fué el primero que tuvo conocimiento en Italia de las tesis del fraile sajón.

Un censor romano y las tesis de Lutero ; que encuentro. La libertad de la Palabra, la libertad de ecsamen y la libertad de la fé van á tropezar, en la ciudad de Roma, con aquel poder que pretende tener en sus manos el monopolio de las inteligencias, y abrir y cerrar á su gusto la boca del cristianismo. La lucha de la libertad cristiana, que engendra hijos de Dios, con el despotismo pontifical que produce esclavos de Roma, está como simbolizada, desde los primeros dias de la reformation, en el encuentro de Lutero y de Prierio.

El censor romano, prior general de los dominicos, encargado de decidir lo que debe decir ó callar, saber ó ignorar la cristiandad, se apresuró á responder. Publicó un escrito, dedicado á Leon X., en que hablaba con desprecio del fraile

¹ Ein voller trunkener Deutscher. (L. Opp. (W.), XXII, p. 1337.)

aleman, y declaraba con presuncion enteramente romana, "que sería curioso cerciorarse si el tal Martin tiene nariz de fierro, ó cabeza de bronce, que no se puedan romper !..."¹ Y, en seguida, en forma de dialogo, atacaba las tesis de Lutero, haciendo uso ya de la burla, ya de las injurias, ó ya de amenazas.

Aquel combate entre el agustino de Wittemberg y el dominico de Roma, se dió sobre la cuestion misma, que es el principio de la reforma, á saber ; "¿ Cual es la unica autoridad infalible para los cristianos ?" Hé aquí el sistema de la Iglesia, espuesto segun sus organos mas independientes :²

La letra de la Palabra escrita es muerta sin el espíritu de interpretacion, que hace conocer el sentido oculto : es así que este espíritu no se ha concedido á cada cristiano, sino á la Iglesia, es decir á los sacerdotes ; luego es gran temeridad pretender, que el que ha prometido á la Iglesia de estar siempre con ella hasta el fin del mundo, haya podido abandonarla, á la influencia del error. Se dirá tal vez que la doctrina y la constitucion de la Iglesia no son ya las mismas que constan en los santos oraculos : sin duda es así ; pero esta diferencia no es mas que aparenta, y solo afecta la forma y no al fondo : hay mas, esta alteracion es un progreso : la fuerza vivificante del Espíritu divino, ha dado realidad á lo que no era mas que idea en la Escritura ; ha dado cuerpo á las formas de la Palabra, perfeccionado sus bosquejos, y ha completado la obra para la cual no habia presentado la biblia mas que diseños : es menester pues comprender el sentido de la santa Escritura del modo que lo ha determinado la Iglesia, dirigida por el Espíritu-Santo. Aquí los doctores catolicos discrepan unos de otros : Los concilios generales, dicen unos, y Gerson entre ellos, son los representantes de la Iglesia : el papa, dicen otros, es el de-

¹ An ferreum rasum aut caput æneum gerat iste Lutherus, ut efringi non possit. (Sylv., Prieratis Dialogus.)

² Vease Joh. Gersonis Propositiones de sensu litterati S. Scripturæ (Opp., tom. I.)

positario del espíritu de interpretación, y nadie tiene derecho de interpretar la Escritura sino conforme á lo dispuesto por el pontifice romano. Esta era la opinion de Prierio.

Tal fué la doctrina que opuso el maestro del sacro-palacio á la naciente reformation. Tocante al poder de la Iglesia, y del papa, avanzó tales proposiciones, que los aduladores mas desvergonzados de la corte de Roma se hubieran sonrojado de establecer. Hé aquí uno de los puntos que sentó al frente de su escrito: "Todo el que no se apoye sobre la doctrina de la iglesia romana y del pontifice romano, como sobre la infalible regla de la fé, de la que la misma santa escritura saca su fuerza y su autoridad, es un herege."¹

Despues, en un dialogo, cuyos interlocutores son Lutero y Silvestre, éste trata de refutar las proposiciones de aquel. Los sentimientos del fraile sajón eran una cosa enteramente nueva para un censor romano; así es que hizo ver que no comprendia ni las emociones del corazón de Lutero, ni los móviles de su conducta. Prierio media al doctor de la verdad con la pequeña medida de los lacayos de Roma. "Oh! querido Lutero!" le dijo, "si tu recibieses del papa, nuestro Señor, un buen obispado, y una indulgencia plenaria, para la reparacion de tu Iglesia, andarias con mas tiento; y, aun ensalzarias la misma indulgencia que ahora denigras!" El italiano, tan pagado de su elegante educacion, usa á veces el estilo mas grosero: "Si es propiedad de los perros el morder," dice á Lutero, "creo que tu padre fué un perro."² El dominico tiene tal opinion de sí mismo, que casi se admira de haber tenido la condesendencia de hablar con un fraile rebelde, y concluye mostrando á su adversario los crueles dientes de un inquisidor: "La iglesia romana," dice, "cuyo supremo poder espiritual y temporal reside en el

¹ A quæ etiam sacra Scriptura robur trahit et auctoritatem, hæreticus est fundamentum tertium.

² Si mordere canum est propium, vereor ne tibi pater cani fuerit. (Sylvestri Prieratis Dialog.)

papa, puede compeler, por el brazo secular, á los que han recibido la fé y se apartan de ella : la iglesia no está obligada á usar razones, para combatir y vencer á los rebeldes.”¹

Estas palabras, escritas por una de las dignidades de la corte romana, tenian un sentido muy positivo ; pero, sin embargo, no espantaron á Lutero : creyó, ó aparentó creer, que aquel dialogo no era de Prierio, sinó de Ulrich de Hütten, ó de uno de los otros autores de las *Cartas de algunos hombres oscuros*, el cual, decia, en su satirico humor, habia compilado aquel monton de necedades, para escitar Lutero contra Prierio. ² No deseaba ver la corte de Roma airada contra él ; sin embargo, despues de haber callado algun tiempo, sus dudas, si las tenia, fueron disipadas : se puso á la obra, y dos dias despues su respuesta estaba preparada. ³

La Biblia habia formado al reformador y empezado la reformacion. Lutero no tuvo necesidad del testimonio de la Iglesia para creer ; su fé provenia de la misma Biblia, de dentro y no de fuera. Estaba tan firmemente convencido, de que la doctrina evangelica estaba incontrastablemente fundada sobre la Palabra de Dios, que toda autoridad ecsterior era inutil á su entender. Aquella esperiencia que habia hecho Lutero, prometia á la Iglesia un nuevo porvenir. El vivo manantial que acababa de brotar para el fraile de Wittenberg, debia llegar á ser un rio que refrigerase los pueblos. Para comprender la Palabra, es menester que el Espíritu de Dios nos dé la inteligencia de ella, dijo la Iglesia, y tuvo razon hasta aquí ; pero su error consistió en considerar el Espíritu Santo como un monopolio concedido á cierta casta,

¹ *Seculari brachio potest eos compescere, nec teneatur rationibus certare ad vincendos protervientes.* (Ibid.)

² *Convenit inter nos, esse personatum aliquem sylvestrum ex obscuris viris, qui tantas ineptias in hominem luserit ad provocandum, me adversus eum.* (Epp. I., p. 87, del 14 enero.)

³ T. I., Witt. lat., p. 170.

y en pensar que podia ser encerrado esclusivamente en ciertas asambleas, en ciertos colegios, en una ciudad, y en un conclave. *El Espiritu sopla donde quiere*, dijo el Hijo de Dios, (S. S. Juan, cap. III., ver. 8), y en otra ocasion: *Serán todos enseñados de Dios*. (S. Juan, VI., ver. 46.) La corrupcion de la Iglesia, la ambicion de los pontifices, las pasiones de los concilios, las disputas del clero, y la pompa de los prelados, habian arrojado lejos de las mansiones sacerdotales á este Espiritu Santo, á este soplo de humildad y de paz. Habia abandonado las asambleas de los soberbios, y los palacios de los principes de la Iglesia, y se habia refugiado en las moradas de los sencillos cristianos y de los humildes sacerdotes: se separó de una gerarquia dominadora, que vivia de la sangre de los pobres, hollándolos bajo sus plantas; de un clero soberbio é ignorante, cuyos gefes sabian servirse, no de la Biblia, sinó de la espada; y residia, á veces en las sectas menospreciadas, y otras entre los hombres de inteligencia y de saber.

La santa nube que se habia alejado de las soberbias basilicas y orgullosas catedrales, habia bajado á los pobres lugares habitados por los humildes, ó á los gabinetes de estudio, tranquilos testigos de un trabajo conciensudo. La Iglesia degradada por su amor al poder y á las riquezas, deshonrada ante los ojos del pueblo por el uso venal que hacia de la doctrina de la vida, la Iglesia, que vendia la salvacion para acumular tesoros que agotaban su fausto y sus disoluciones, habia perdido toda consideracion; y los hombres sensatos no daban ya ningun valor á su testimonio. Despreciando una autoridad tan envilecida, los pueblos se dirigian con gozo hácia la Palabra divina y su autoridad infalible, como hácia el unico refugio que les quedaba en un desorden tan general.

El siglo se hallaba pues preparado. El atrevido movimiento, con él que cambió Lutero el punto de apoyo de las mas nobles esperanzas del corazon humano, las llevó con

mano poderosa de los muros del Vaticano á la roca de la Palabra de Dios, fué saludado con entusiasmo. Es el objeto que se propuso el reformador en su respuesta á Prierio.

Deja á parte los principios que el dominico habia sentado al frente de su obra: "pero," dice, "á vuestra imitacion, voy tambien á sentar algunos principios."

"El primero es esta palabra de san Pablo; *"Cuando nosotros ó un angel del cielo os evangelize fuera de lo que nosotros os hemos evangelizado, sea anathema.* (Galatas, cap. I., ver. 8.)

"El secundo es este pasage de san Agustin á san Geronimo: He aprendido á no honrar mas que los libros canonicos, creyendo firmemente que ninguno de ellos ha errado; pues en cuanto á lo demas, no creo lo que dicen, solo porque lo dicen."

Lutero establece pues aquí, con mano firme, los principios esenciales de la reformation: la Palabra de Dios, toda la Palabra de Dios, nada mas que la Palabra de Dios. "Si comprendeis bien estos puntos," continua, "comprenderéis tambien, que todo vuestro dialogo está destruido enteramente por ellos; porque no habeis hecho otra cosa mas, que repetir las palabras y las opiniones de santo Tomas." Y luego, atacando los acsiomas de su adversario, declaró francamente que pensaba que los papas y los concilios podian errar: se queja de las adulaciones de los cortesanos romanos, que atribuyen al papa ambos poderes: declara que la Iglesia no ecsiste virtualmente sino en Cristo, y representativamente mas que en los concilios.¹ Llegando despues á la suposicion que habia hecho Prierio, le decia: "Sin duda me juzgais por vos mismo; pero, si yo aspirase al obispado, seguramente no pronunciaria los discursos que suenan tan mal á vuestros oidos. ¿Pensais que no sé como se consiguen en Roma los obispados y el sacerdocio? Los mismos niños no

¹ Ego ecclesiam virtualiter non scio in Christo, representativè non nisi in concilio. (L. Opp., Lat. p. 174.)

cantan en todas las plazas de esta ciudad estas palabras tan conocidas :

“ Hoy el Vaticano es mas inmundo,
Que todo lo que se ve en el mundo.”¹

Eran canciones que corrian en Roma, antes de la eleccion de uno de los ultimos papas. No obstante, Lutero habla de Leon con aprecio : “ Sé, dice, que tenemos en él, como un Daniel en Babilonia ; su inocencia ha puesto mas de una vez su vida en peligro.” Concluye respondiendo algunas palabras á las amenazas de Prierio : “ En fin, decir que el papa es á “ la vez pontifice y emperador, y que es poderoso para compeler por el brazo secular... ¿ Teneis sed de homicidio?... Pues os declaro que no me espantareis, ni con vuestras baladronadas, ni con vuestras amenazas : si me matan, Cristo vive, Cristo, mi Señor y el Señor de todos, bendito eternamente. Amen.”²

Asi, pues, Lutero levanta, con mano firme, contra el infiel altar del papado, el altar de la Palabra de Dios, unica santa, unica infalible, ante la cual quiere que doblen todos la rodilla, y sobre el cual está pronto á inmolar su vida.

Prierio publicó una replica, y despues otro tercer libro sobre “ la verdad irrefragable de la Iglesia y del pontifice romano,” y en el cual apoyandose en el derecho eclesiastico, decia que, aun cuando el papa llevase los pueblos en masa al diablo consigo mismo, no por esto podria ser juzgado ni destituido.³ El papa, al fin, se vió obligado á imponer silencio á Prierio.

Luego se presentó en la palestra un nuevo adversario, que era tambien un dominico. Jacobo Hochstraten, Inquisidor en Colonia, á quien hemos visto ya levantarse contra Reuch-

¹ Quando hanc pueri in omnibus plateis urbis cantant : Denique nunc facta est... fædissima Roma. (Ibid., p. 183.)

² Si occidir, vivit Christus, Dominus meus et omnium. (L. Opp. Lat., p. 186.)

³ De juridica et irrefragabili veritate romanæ ecclesiæ, lib. tertius, cap. 12.

lin y los amigos de las letras, tembló de colera cuando vió la audacia de Lutero. Erá preciso que el oscurantismo y el fanatismo monacal llegasen á las manos, con el que debia darles el golpe mortal. El monaquismo se formó, cuando empezó á perderse la verdad primitiva, y desde entonces los frailes y los errores crecieron á la par: el hombre que debia anticipar su ruina habia aparecido; pero aquellos robustos campeones no podian abandonar el campo de batalla, sin presentarle un rudo combate; esto lo hicieron durante toda la vida de Lutero, pero es en Hochstraten en quien está particularmente personificado dicho combate: Hochstraten y Lutero, el cristiano libre y fuerte, y el esclavo fogoso de las supersticiones monacales! Hochstraten se irrita, se arrebata y pide á gritos la muerte del herege.... Con las llamas quiere hacer triunfar á Roma. "Es un crimen de alta traicion contra la Iglesia," esclama, "dejar vivir, una hora mas, tan horrible herege: que preparen al punto un cadalso para él!" Aquel consejo de sangre, Ay! fué demasiado bien seguido en muchos lugares; así como en los primeros tiempos de la Iglesia, la voz de no pocos mártires dió, en medio de las llamas, testimonio á la verdad. Pero el hierro y el fuego fueron invocados en vano contra Lutero; el angel del Eterno velaba continuamente cerca de él, y le resguardaba.

Lutero respondió á Hochstraten en pocas pero energicas palabras: "Anda," le dice al concluir, "delirante asesino, que solo te sacias con la sangre de tus hermanos; mi sincero deseo es, que te guardes bien de llamarme cristiano y fiel, y que, al contrario, no ceses de tratarme como herege. ¡Comprende bien estas cosas, hombre sanguinario! enemigo de la verdad! y, si tu furiosa rabia te arrastra á emprender algo contra mí, ten cuidado de obrar con circunspeccion, y despues de maduro ecsamen. Dios sabe lo que me propongo, si me concede la vida.... Mi esperanza y mi paciencia, si Dios quiere, no me engañaran."¹ Hochstraten calló.

¹ L. Opp. Leips., XVII., p. 140.

Un ataque mas penoso esperaba al reformador. El celebre profesor de Ingoldstadt, el libertador de Urbano Regius, el amigo de Lutero, el doctor Eck en fin, habia recibido las famosas tesis. Eck no era hombre que quisiese defender los abusos de las indulgencias ; pero era doctor de la Escuela, y no de la Biblia, versado en los autores escolasticos, y no en la Palabra de Dios. Asi, como Prierio representaba á Roma, y Hochstraten á los frailes, Eck representaba á la Escuela. Esta Escuela, que desde cinco siglos atras dominaba la cristiandad, se alzó con orgullo para aplastar, al que osaba derramar sobre ella, rios de desprecio. Eck y Lutero, la Escuela y la Palabra, llegaron mas de una vez á las manos ; pero en aquella ocasion fué cuando se abrió el combate.

Eck debió hallar errores en muchas aserciones de Lutero ; nada nos fuerza á dudar de la sinceridad, defendia con entusiasmo las opiniones escolasticas, asi como Lutero las declaraciones de la Palabra de Dios ; y aun se puede suponer que sintió alguna pena al verse obligado á oponerse á su antiguo amigo ; sin embargo, el modo con que lo atacó parece indicar, que la pasion y la envidia no fueron estrañas á su determinacion.

Dió el nombre de *Obeliscos* á sus observaciones sobre las tesis de Lutero : al principio, por salvar las apariencias, no publicó su obra, y se contentó con comunicarla confidencialmente á su ordinario, el obispo de Eichstadt ; pero, ya sea por indiscrecion del obispo ó por la del doctor, pronto se estendieron los *Obeliscos* por todas partes ; llegó un ejemplar á manos de Link, amigo de Lutero, y predicador en Nuremberg, quien no tardó á enviarselo al reformador. Eck era un adversario mucho mas temible que Tezel, Prierio, y Hochstraten ; cuanto mas superior era su escrito en ciencia y sutileza á los escritos de los tres citados, tanto mas peligroso era : trataba con un tono de compasion á su "debil adversario," sabiendo bien que la compasion hace mas mal que la colera ; insinuaba que las proposiciones de Lu-

tero esparcian el veneno bohemio, que sabian á Bohemia, y, con estas malignas aluciones, atraia sobre Lutero el disfavor y odio, unidos en Alemania al nombre de Huss y al de los cismaticos de su patria.

La malignidad que dejaba ver aquel escrito, indignó á Lutero; pero la idea de que aquel golpe provenia de un antiguo amigo, le afligia mas todavía. ¡ Con que es menester defender la verdad con detrimento del afecto de los suyos! Lutero desahogó su corazon, y su tristeza en una carta á Egranus, pastor de Zwickau. “ Me llaman en los *Obeliscos*, hombre ponzoñoso,” le dice, “ Bohemio, herege, sedicioso, insolente, temerario....No hablo de las injurias mas leves, como aletargado, imbecil, ignorante, menospreciador del soberano pontifice, y otras. Este libro está lleno de insultos los mas feos; sin embargo, el que los ha escrito es un hombre distinguido, de un espíritu lleno de ciencia, de una ciencia llena de espíritu, y, lo que me causa mas sentimiento, un hombre que me profesaba una grande amistad recientemente contraida;¹ es Juan Eck, doctor en teologia, canciller de Ingoldstadt, hombre celebre é ilustre por sus escritos. Si yo no conociese los pensamientos de Satanás, me admiraria del furor que ha precipitado á este hombre á romper una amistad tan dulce y tan reciente,² y esto sin advertirme, sin escribirme, sin decirme una sola palabra.”

Pero si Lutero tenia el corazon destrozado, su valor no habia descaecido; se preparaba al contrario, para el combate. “ Regocijate, hermano,” dice á Egranus, que tambien habia sido atacado por un impetuoso enemigo, “ regocijate, y que todas esas hojas volantes no te espanten! Cuanto mas se entregan mis adversarios á su furia, mas avanzo. Dejo las cosas que estan detras de mí, para que ladren contra ellas, y sigo las que estan delante de mí, para que ladren contra ellas á su turno.”

¹ Et quod magis urit, antea mihi magnâ recenterque contractâ amicitia conjunctus. (L. Epp., I., p. 100.)

² Quo furore ille amicitias recentissimas et jucundissimas solveret. (L. Epp., I., p. 100.)

Eek conoció todo lo que tenia de vergonzoso su conducta, y procuró justificarse en una carta á Carlstadt, en la que llamaba á Lutero "su amigo comun:" hechaba toda la culpa al obispo de Eichstadt, á cuya solicitacion, decia haber escrito su obra; que su intencion no habia sido la de publicar los *Obeliscos*, y que, en tal caso, hubiera respetado mas los vinculos de amistad que le unian á Lutero; pedia en fin que, en lugar de luchar publicamente con Lutero, éste volviese sus armas contra los teologos de Francfort. El profesor de Ingolstadt, que no habia temido dar el primer golpe, empezó á temer, cuando pensó en la fuerza del adversario á quien tuvo la imprudencia de provocar; de buena gana hubiera evitado la lucha, pero ya era tarde.

Todas aquellas bellas palabras no persuadieron á Lutero; sinembargo estaba resuelto á callar: "Tragaré con paciencia," decia, "este bocado digno del Can-Cervero."¹ Pero sus amigos fueron de otro parecer; lo solicitaron, y aun le obligaron á responder; respondió pues á los *Obeliscos*, con sus *Asteriscos*, oponiendo, dice, jugando con esta palabra, la luz y la blancura resplandeciente de las estrellas del cielo, al moho y al color livido de los *Obeliscos* del doctor de Ingolstadt. En aquella obra trataba á su nuevo adversario con menos dureza que á los que habia tenido que combatir antes que á él; pero su indignacion se traslucia en sus palabras.

Mostraba Lutero que, en el caos de los *Obeliscos*, no habia nada de las santas Escrituras, nada de los Padres de la Iglesia, ni de los canones eclesiasticos; que solo se encontraban en ellos glosas escolasticas, opiniones y mas opiniones, y puros sueños;² en una palabra, todo aquello que Lutero habia atacado. Los *Asteriscos* rebosan de movimiento y vida; su autor se indigna de los errores del libro de su

¹ Voluit tamen hanc offam Cerbero dignam absorbere patientiâ. (Ibid.)

² Omnia scholasticissima, opiniosissima, meraque somnia. (*Asterisci*. Opp. L. Lat. I., p. 145.)

amigo ; pero se compadece del hombre.¹ Profesa de nuevo el principio fundamental, que estableció en su respuesta á Prierio : “ El soberano pontifice es hombre, y puede ser inducido en error, pero Dios es la verdad, y nadie puede engañarle.”² Mas adelante, valiendose contra el doctor escolastico de un argumento *ad hominem*, le dice : “ Seguramente es una impudencia, si alguno enseña, en la filosofia de Aristoteles, lo que no puede probar con la autoridad de este antiguo autor.—Esto lo concedeis.—Pues bien, y, con mayor razon, es la temeridad mas impudente afirmar en la Iglesia y entre los cristianos, lo que no ha enseñado el mismo Jesucristo :³ luego, ¿ en que parte de la Biblia se halla, que el tesoro de los meritos de Cristo está en las manos del papa ? ”

Añade todavia : “ En cuanto á la reconvenccion maliciosa de heregia bohemia, sufro con paciencia este oprobio, por el amor de Jesucristo ; vivo en una celebre universidad, en una estimada ciudad, en un considerable obispado, en un poderoso ducado, en donde todos son ortodoxos, y en donde no se toleraria sin duda un herege tan malo.”

Lutero no publicó los *Asteriscos* ; solo los comunicó á los amigos ; no fué sino mas tarde cuando se imprimieron.⁴

Aquel rompimiento entre el doctor de Ingolstadt y el de Wittemberg, hizo sensacion en Alemania. Tenian amigos que lo eran de uno y otro ; Scheurl, sobre todo, que parecia haber sido él por quien se habian unido los dos doctores, Scheurl se alarmó ; era de los que deseaban ver efectuarse la reforma en toda la ecstension de la iglesia germanica, por medio de sus organos mas distinguidos. Pero, si, desde el principio, llegaron ya á las manos los teologos mas eminentes

¹ *Indignor rei et misereor hominis.* (Ibid., p. 150.)

² *Homo est summus pontifex, falli potest. Sed veritas est Deus, qui falli non potest.* (Ibid., p. 155.)

³ *Longé ergo impudentissima omnium temeritas est, aliquid in ecclesiâ asserere, et inter christianos, quod non docuit Christus.* (Ibid., p. 156.)

⁴ *Cum privatim dederim Asteriscos meos non fit ei respondendi necessitas.* (L. Epp., p. 126.)

de aquella epoca : si, cuando Lutero se presentaba con cosas nuevas, Eck se hacía el representante de las cosas antiguas, ; que destrozo no se debía temer ! ¿ No iban juntandose muchos adictos al rededor de cada uno de aquellos dos gefes ? ¿ y no se veria formarse dos campos enemigos en medio del imperio ?

Scheurl trató pues de reconciliar á Eck y Lutero ; éste declaró que estaba pronto á olvidarlo todo, que apreciaba el talento y admiraba la ciencia del doctor Eck,¹ y que lo hecho por aquel antiguo amigo, le habia causado mas pena que celera. “Estoy dispuesto,” dice á Scheurl, “para la paz y para la guerra ; pero prefiero la primera : poneos pues á la obra ; afligios con nosotros de que el diablo haya sembrado entre nosotros este principio de discordia, y regocijaos luego de que Cristo la haya disipado por su misericordia.” Escribió hácia el mismo tiempo á Ek, una carta afectuosa ;² pero Eck no respondió á la carta de Lutero, ni aun le envió ningun recado.³ Ya no era tiempo de reconciliar los animos : el combate se trababa cada vez mas ; el orgullo de Eck, y su espíritu implacable, rompieron pronto los ultimos lazos de aquella amistad que se enfriaba de dia en dia.

¹ Diligimus hominis ingenium et admiramur eruditionem. (L. Fpp. ad Scheurlum, 15 junio 1518, I., p. 125.)

² Quod ad me attinet, scripsi ad eum ipsum has, ut vides, amicissimas et plenas litteras humanitate erga eum. (Ibid.)

³ Nihil neque litterarum neque verborum me participem fecit. (Ibid.)

X.

Escritos populares.—Padre nuestro.—Venga tu reino.—Hagase tu voluntad. Nuestro pan.—Sermon sobre el arrepentimiento.—La remision viene de Cristo.

TALES eran las luchas que el campeon de la Palabra de Dios tenía que sostener, desde su entrada en la carrera de la reformacion; pero aquellos combates con los sabios de la sociedad, aquellas disputas academicas, son poca cosa para el cristiano. Los doctores humanos creen haber alcanzado el mayor triunfo, si consiguen llenar algunos diarios y salones con el ruido de sus sistemas. Como se trata entre ellos de un asunto de amor propio ó de partido, mas que del bien de la humanidad, aquellos triunfos del mundo les bastan; asi es que sus trabajos no son mas que humo, que, despues de haber ofuscado, pasa sin dejar rastro: han descuidado de infundir en las masas el fuego sagrado; no han hecho mas que instruir superficialmente la especie humana.

No es asi con el cristiano; el cual trata de la salvacion de las almas, y no de un triunfo de la sociedad ó de academia; deja pues voluntariamente la brillante pelea que podria sostener facilmente con los campeones del mundo, y prefiere los oscuros trabajos que llevan la luz y la vida á las chozas de los campos y á las moradas del pueblo. Esto es lo que hizo Lutero, ó mas bien segun el precepto de su maestro, *hizo estas cosas, sin dejar aquellas*. Sin dejar de combatir á los inquisidores, á los cancilleres de universidad, y á los maestros del sacro-Palacio, se esforzó en propagar entre la multitud unos conocimientos sanos en materia de religion; á cuyo objeto se dirigian varios escritos populares que publicó

entonces, tales como sus *Discursos sobre los diez mandamientos*, pronunciado dos años antes en la iglesia de Wittenberg, y de los que hemos hablado ya, y tambien su *Exposicion de la oracion dominical para los seglares simples é ignorantes*.¹ ¿ Quien no quería saber, como se dirigia entonces al pueblo el reformador? Citaremos algunas de las palabras que enviaba “á correr el pais,” como dice el mismo en el prefacio del segundo de dichos escritos.

La oracion, este intimo acto del corazon, será sin duda siempre uno de los puntos, por los que deberá empezar una reformation de verdad y de vida; y, por lo mismo, Lutero se ocupó de ello sin tardanza. Es imposible presentar en una traduccion su energico estilo, y la fuerza de aquella lengua que se formaba, por decirlo asi, bajo su pluma, á medida que escribia; sin embargo ensayaremos hacerlo.

“ Cuando rueges,” dice, “ hazlo con pocas palabras, pero con muchos pensamientos y efectos, salidos de lo mas profundo de tu interior: cuanto menos hables, mejor rogarás: pocas palabras y muchos pensamientos, constituyen el cristiano; y muchas palabras y pocos pensamientos, constituyen el pagáno...”

“ La oracion ecsterior y del cuerpo, es aquel silvido de los labios, aquella charla sin fundamento, que hiere la vista y los oidos de los hombres; pero la oracion en espíritu y en verdad, es el intimo deseo, el movimiento, los suspiros, que salen de lo profundo del corazon. La primera es la oracion de los hipocritas, y de todos los que confian en si mismos: la segunda es la oracion de los hijos de Dios, que viven en su temor...”

Despues, llegando á las primeras palabras de la oracion del Señor, *Padre nuestro*, se espresa asi: “ Entre todos los nombres, no hay ninguno que nos disponga mejor para con Dios que el nombre de *Padre*: no habría para nosotros tanta dicha y consuelo en llamarle Señor, ó Dios, ó Juez.... A este nombre de Padre, las entrañas del Señor se enternecen;

¹ L. Opp. Leips. VII, 1086.

porque no hay voz mas amorosa y mas tierna que la de un hijo por su padre.

“ *Que estás en el cielo.*—El que confiesa que hay un padre que está en el cielo, se reconoce como abandonado en la tierra ; de ahí viene que hay en su corazon un ardiente deseo, como el de un hijo que vive apartado de su padre, en pais estraño, en la miseria y afliccion ; es como si dijese : Ay ! Padre mio ! Tu estás en el cielo, é yo, tu miserable hijo, estoy en la tierra, lejos de ti, rodeado de peligros, necesidades, y angustias.

“ *Santificado sea tu nombre.*—El que es colerico é invidioso, el que maldice y calumnia, deshonra el nombre de Dios, en cuyo nombre fué bautizado. Haciendo un uso impio del vaso que Dios quiere que le sea consagrado, imita al sacerdote que se sirviese del caliz para dar de beber á una marrana, ó para llenarlo de fiemo....

“ *Venga á nos el tu reino.*—Los que acumulan bienes, los que hacen construir edificios magnificos, los que buscan todo lo que el mundo puede dar, y pronuncian con los labios esta oracion, se parecen á los grandes cañones de organo que suenan en las iglesias sin tener sentimiento ni razon.”

En otra parte ataca Lutero el error, tan general entonces, concerniente á las peregrinaciones : “ Uno va á Roma, otro en Santiago de Compostela ; éste hace construir una capilla, aquel instituye una fundacion para alcanzar el reino de Dios ; pero todos descuidan el punto esencial, que es formarse ellos mismos su reino. ¿ Porque vas á buscar el reino de Dios mas allá de los mares ? cuando debes encontrarlo en tu propio corazon ?

“ Es una cosa terrible,” prosigue, “ oir hacer esta oracion : *¡ Hagase tu voluntad !* ¿ Donde se ve hacer en la Iglesia esta voluntad de Dios ?.... Un obispo se levanta contra otro obispo, una iglesia contra otra iglesia : curas, frailes, y monjas disputan, combaten, guerrear ; no se ve mas que discordia en todas partes ; y, sinembargo, cada partido pretende

tener una buena voluntad y una recta intencion ; así es que, en honra y gloria de Dios, hacen todos juntos una obra del Diablo....

“ ¿ Porque decimos *Nuestro pan?* ” continua ecplicando estas palabras : “ *El pan nuestro de cada dia danosle hoy?* ” Porque no rogamos por conseguir el pan ordinario, que comen los pagános y que da Dios á todos los hombres, sino por nuestro pan, nosotros que somos hijos del Padre celestial.”

¿ Y cual es este pan de Dios ?—Es Jesucristo Nuestro Señor : *Yo soy el pan vivo que descendí del cielo, y que da la vida al mundo.* (S. S. Juan vi., ver. 51.) Por tanto, repárese bien en ello, todos los sermones y todas las instrucciones que no nos representan ni nos hagan conocer á Jesucristo, no pueden ser el pan cotidiano y el sustento de nuestras almas....

“ ¿ De que sirve que haya sido preparado para nosotros semejante pan, si no nos lo dan, y por consiguiente no podemos saborearlo?... Es como si hubieran preparado un magnifico festin, y no hubiese nadie para repartir el pan, para llevar los platos y para dar de beber, de suerte que los convidados hubiesen de alimentarse con ver y oler.... Por esto es que se debe predicar á Jesucristo solo.

“ ¿ Pero que se entiende por conocer á Jesucristo, dices, y que utilidad se saca de ello?... Respuesta : Aprender á conocer á Jesucristo, es comprender á conocer lo que dice el apostol : *Jesucristo nos ha sido hecho por Dios, sabiduría, justificacion, santificacion, y redencion,* (1^{ra}. Corintios, i., ver. 30). Por consiguiente tu comprenderas estó, cuando reconozcas que toda tu sabiduría es una locura vituperable, tu justicia una iniquidad reprochable, tu santidad una impureza culpable, y tu redencion una condenacion miserable ; si tu conoces que delante de Dios y de los hombres eres verdaderamente un loco, un pecador, un impuro, un hombre condenado, y si muestras, no solo con palabras, sinó con tus obras, y del fondo de tu corazon, que no te queda ninguna consolacion ni salvacion

sinó en Jesucristo. Creer no es mas que comer el pan del cielo.”

Así es como Lutero permanecia fiel á su resolucion de abrir los ojos á un pueblo ciego, á quien los sacerdotes llevaban á donde querian. Sus escritos, propagados en poco tiempo en toda la Alemania, producian allí una nueva claridad, y sembraban abundantemente la semilla de la verdad en una tierra bien preparada. Pero, al mismo tiempo que pensaba en los que estaban lejos, no olvidaba los que se hallaban cerca.

Los dominicos, desde sus pulpitos, anatematizaban al infame herege. Lutero, hombre del pueblo, y, que si hubiese querido, hubiera podido con cuatro palabras sublevar la muchedumbre, desdeñó siempre tales triunfos, y no pensó nunca mas que en instruir á su auditorio.

Su reputacion que estendia cada dia, y el valor con que levantó el estandarte de Cristo en medio de la Iglesia avasallada, hacian seguir sus predicaciones cada vez con mas intereses: nunca habia sido tan grande el concurso: Lutero iba derecho al fin. Un dia, habiendo subido al pulpito de Wittenberg, trató de establecer la doctrina del arrepentimiento, y pronunció un discurso, que despues llegó á ser muy celebre, y en el que sentó muchas bases de la doctrina evangelica. Opone desde luego el perdon de los hombres, al perdon del cielo: “Hay dos remisiones,” dice, “la remision de la pena, y la remision de la falta: la primera reconcilie ceteriormente al hombre con la Iglesia cristiana; y la segunda, que es la indulgencia celestial, reconcilie el hombre con Dios. Si un hombre no halla en sí aquella conciencia tranquila, aquella alegria que da la remision de Dios, no hay indulgencias que puedan ayudarle, aunque comprase todas las que ha habido en la tierra.

Luego continua así: “Quieren hacer buenas obras antes que les sean perdonados los pecados, cuando es menester que sean perdonados los pecados, antes de hacer las buenas obras. No son las obras las que arrojan el pecado; arroja el pecado,

y tendras las obras,¹ Porque las buenas obras deben ser hechas con un corazon alegre, y con una buena conciencia hácia Dios, es decir, con la remision de los pecados.”

Despues entra en el objeto principal de su sermon, cuyo objeto fué tambien el de toda la reformation. La Iglesia habia reemplazado á Dios y á su Palabra; Lutero recusa dicha Iglesia, y hace depender todo de la fé y de la Palabra de Dios.

“El perdon de la culpa,” dice, “no está en poder del papa, ni del obispo, ni del sacerdote, ni de ningun otro hombre, sino que descanza unicamente en la Palabra de Cristo, y en la propia fé; porque Cristo no ha querido edificar nuestra consolacion y nuestra salvacion sobre una palabra ó una obra humana, sino unicamente sobre sí mismo, sobre su obra y sobre su Palabra..... Tu arrepentimiento y tus obras pueden engañarte, pero Cristo, tu Dios, no te mentirá, él no titubeará, y el diablo no destruirá sus palabras.”

“Un papa y un obispo no tienen mas poder que el menor sacerdote, cuando se trata de perdonar una culpa. Y aun si no es sacerdote, todo cristiano ó cristiana, aunque sea una criatura,² puede hacer la misma cosa; porque si un simple cristiano te dice, “Dios perdona el pecado en nombre de Jesucristo,” y si tu recibes esta palabra con firme fé, y como si Dios mismo te la dirigiese, estás absuelto....

“Si no crees que tus pecados te son perdonados, haces mentiroso á tu Dios, y declaras estar mas seguro de tus vanos pensamientos, que de Dios y de su Palabra..

“En el antiguo Testamento, ni el sacerdote, ni el rey, ni el profeta, tenían el poder de anunciar el perdon de los pecados; pero en el Nuevo, todo fiel tiene este poder. ¡La

¹ Nicht die Werke treiben die Sünde aus; sondern die Austreibung der Sünde thut gute Werke. (L. Opp. L. XVII., p. 162.)

² Christus dein Gott wird dir nicht lügen, noch wanken. (L. Opp. L. XVII., p. 162.)

³ Ob es schon ein Weib oder ein Kind wäre. (Ibid)

Iglesia está llena de remisiones de pecados.¹ Si un cristiano piadoso consuela tu conciencia con la Palabra de la cruz, que sea hombre ó muger, joven ó viejo, recibe esta consolacion con una fé tal, que te dejes matar mil veces antes que dudar que sea así delante de Dios..... Arrepientete, haz todas las obras que puedas; pero que la fé que tienes en el perdon de Jesucristo, ocupe el primer lugar, y mande ecsclusivamente en el campo de batalla.²

Así hablaba Lutero á su auditorio asombrado y encantando: todos los tablados que los impudentes sacerdotes habian levantado, por su interes, entre Dios y el alma del hombre, eran desbaratados, y el hombre puesto cara á cara con su Dios. La Palabra del perdon descendia pura de lo alto, sin pasar por mil canales corruptores. Para que el testimonio de Dios fuese valido, no era menester el sello falso de los hombres. El monopolio de la casta sacerdotal estaba abolido, y la Iglesia emancipada.

¹ Also sieht du dass die ganze Kirche voll von Vergebung der Sünde ist. (Ibid.)

² Und Hauptmann im Felde bleibe. (Ibid.)

XI.

Temores de los amigos de Lutero.—Viaje á Heidelberg.—Bibra.—El palacio palatino.—Rompimiento.—Las paradojas.—Controversia.—El auditorio.—Bucer.—Brenz.—Snepf.—Conversaciones con Lutero.—Trabajos de estos jovenes doctores.—Efecto producido en Lutero.—El viejo profesor.—La verdadera luz.—Llegada.

LA llama encendida en Wittemberg debia necesariamente propagarse á otras partes. Lutero, no contento con anunciar la verdad del Evangelio en el lugar de su residencia, tanto á la juventud academica, como al pueblo, deseaba esparcir en otros sitios la semilla de la santa doctrina. La orden de los agustinos debia convocar su capitulo general en Heidelberg, la primavera del año 1518: Lutero fué llamado á él, como uno de los hombres mas distinguidos de su orden: sus amigos hicieron todo lo posible por disuadirle de emprender aquel viaje. En efecto, los frailes habian procurado hacer odioso el nombre de Lutero en todos los puntos por donde debia pasar: á los insultos, juntaban las amenazas: poco se necesitaba para escitar en su transito un tumulto popular, cuya victima hubiera podido ser. Sus amigos le decian: “Lo que no se atrevan hacer con violencia, lo harán á traicion,”¹ empero Lutero, no se detenia jamas en el cumplimiento de un deber, por el temor del peligro, aun el mas inminente: desechó pues los timidos consejos de sus amigos, haciendoles ver que confiaba enteramente en Aquel, bajo cuya proteccion queria emprender aquel viaje tan temible; y luego que pasaron las fiestas de Pascua, se puso en marcha tranquilamente, á pie,² el 13 de Abril 1518.

¹ L. Epp. I., p. 98.

² Pedester veniam. (L. Epp. I., p. 98.)

Llevaba consigo un guía, llamado Urbano, que conducía su pequeño equipaje, y debía acompañarlo hasta Wurzbourg. ¡ Cuantos pensamientos debieron presentarse en la mente del servidor del Señor durante aquel viaje! en Weissenfels, el pastor, que le era desconocido, lo reconoció al punto por el doctor de Wittemberg, y le hizo buena acogida.¹ En Erfurt, se le reunieron otros dos hermanos de la orden de los agustinos. En Judenbach, encontraron los tres al consejero íntimo del elector, Degenhard Pfeffinger, que les hizo los honores de la posada en que le hallaron. “He tenido el gusto,” escribía Lutero á Spalatin, “de hacer á este rico Señor mas pobre de algunos cuartos; ya sabeis cuanto me agrada en toda ocasion hacer alguna brecha á los ricos, en beneficio de los pobres, principalmente si los ricos son amigos míos.”² Llegó á Cobourg, rendido de fatiga. “Todo va bien, por la gracia de Dios,” escribía, “pero siento haber pecado en emprender á pié este viaje; con todo, pienso que para tal pecado no necesito la remision de las indulgencias; porque la contricion es perfecta, y la satisfaccion plena. Estoy agoviado del cansancio, y todos los carruajes están ocupados. ¡ No es bastante, y aun demasiada penitencia, contricion, y satisfaccion.”³

El reformador de la Alemania, no encontrando asiento en los carruajes publicos, ni ninguno que quisiese cederle el suyo, se vió precisado, en la mañana siguiente, y á pesar de su cansancio, á continuar desde Cobourg, humildemente á pié; llegó á Wurzbourg, el segundo domingo despues de Pascua, hácia el anochecer; allí despachó su guía.

Hallabase en aquella ciudad, el obispo de Bibra, que habia acogido con tanta aprobacion las tesis de Lutero, quien llevaba para él una carta del elector de Sajonia. El obispo, celebrando la ocasion que se presentaba de conocer personalmente aquel atrevido campeon de la verdad, se apresuró á

¹ L. Epp. I., p. 105.

² Ibid., p. 104.

³ Ibid., p. 106.

hacerle llamar al palacio episcopal: fué á su encuentro, hablóle con mucho afecto, y ofreció darle un guia hasta Heidelberg; pero Lutero habia encontrado en Wurzburg sus dos amigos, el vicario general Staupitz, y Lange, prior de Erfurt, quien le ofreció un asiento en su carruaje: dió pues las gracias á Bibra por su oferta, y el dia siguiente partieron de Wurzburg, los tres amigos; viajaron así por tres dias conversando juntos, y el 21 de Abril, llegaron á Heidelberg, donde Lutero fué á alojarse en el convento de los agustinos.

El elector de Sajonia le habia dado tambien una carta para el conde Palatino Wolfgang, duque de Baviera: Lutero pasó á su soberbio palacio, cuya situacion es aun hoy dia la admiracion de los estrangeros: el fraile de los llanos de Sajonia tenia un corazon que sabia admirar aquella posicion de Heidelberg, en que se reunian los dos hermosos valles del Rhin y del Necker. Entregó su carta á Santiago Simler, intendente de la corte; el cual, habiendola leído, le dijo: "Por cierto, habeis traído una muy estimable carta de credito."¹ El conde Palatino recibió á Lutero con mucha benevolencia, y le convidó muchas veces á su mesa, igualmente que á Lange y Staupitz. Un recibimiento tan amistoso, causó el mayor consuelo á Lutero. "Nos alegramos y divertimos unos y otros, en dulces y agradables conversaciones," dice, "comiendo, bebiendo, pasando en revista todas las magnificencias del palacio Palatino, y admirando los ornatos, las armaduras, las corazas, y en fin todo lo que contiene de notable este ilustre y verdaderamente real palacio."²

Sin embargo, Lutero tenia que ocuparse en otra obra, debia trabajar mientras era tiempo. Trasladado á una universidad que ejercia un gran influjo en el oeste y el sur de Alemania, debia descargar un golpe que conmoviese las iglesias de aquellos paises. Dedicose pues á escribir tesis que se pro-

¹ Ihr habt bei Gott einen köstlichen Credenz. (L. Epp. I., p. 111.)

² Ibid.

ponia sostener en un certamen publico; esta clase de certámenes eran entonces bastante comunes; pero Lutero creyó que, para que fuese útil el presente, debía cautivar vivamente los espíritus. Su caracter le inclinaba, por otra parte, á presentar la verdad bajo un aspecto paradójal. Los profesores de la universidad no quisieron permitir que tuviese lugar la controversia en el grande oratorio de la misma, por lo que se tuvo que destinar una sala del convento de los agustinos. El 26 de abril fué el dia fijado para el combate.

Heidelberg recibió mas tarde la Palabra evangelica: el que hubiese asistido á la conferencia del convento, hubiera podido prever desde entonces, que la semilla del Evangelio daría frutos en aquella ciudad.

La reputacion de Lutero atrajo un gran concurso de oyentes; profesores, cortesanos, estudiantes, etc., asistieron en gran numero. Hé aquí algunas de las *Paradojas* del doctor; es el nombre que dió á sus tesis; puede ser que aun en el dia se le diese el mismo nombre; sinembargo seria facil convertir estas *Paradojas* en proposiciones evidentes:

“ 1^{ra}. La ley de Dios es una saludable doctrina de la vida; no obstante ella no puede ayudar al hombre en la investigacion de la justicia; al contrario ella le perjudica.

“ 3^{ra}. Las obras del hombre, por buenas y bellas que puedan ser, no son sinembargo, segun toda apariencia, mas que pecados mortales.

“ 4^a. Las obras de Dios, por malas y disformes que puedan parecer, tienen no obstante un merito inmortal.

“ 7^a. Las obras de los mismos justos serian pecados mortales, si, llenos de un santo respeto al Señor, no temiesen que sus obras fuesen pecados mortales.¹

“ 9^a. Decir que las obras hechas sin Cristo son, si, muertas, pero no mortales, es un olvido peligroso del temor de Dios.

“ 13^a. El libre-arbitrio, despues de la caída del hombre,

¹ Justorum opera essent mortalia nisi pio Dei timore, ab ipsismet justis, ut mortalia timerentur. (L. Opp., Lat. I., p. 55.)

no es mas que una mera palabra; y, si el hombre hace lo que le es posible hacer, peca mortalmente.

“16ª. Un hombre que cree llegar á conseguir la gracia, haciendo todo lo que le es posible hacer, añade un pecado á otro, y es dos veces culpable.

“18ª. Es cierto que el hombre debe desesperar enteramente de sí mismo, á fin de hacerse capaz de recibir la gracia de Cristo.

“21ª. Un teologo de honor llama mal á lo que es bien, y bien á lo que es mal; pero un teologo de la cruz habla justamente de la cosa.

“22ª. La sabiduria que enseña á conocer las perfecciones invisibles de Dios en sus obras, hincha al hombre, lo ciega, y le endureze.

“23ª. La ley provoca la colera de Dios, mata, maldice, acusa, juzga, y condena todo lo que no está en Cristo.¹

“24ª. Sinembargo, esta sabiduria (§ 22) no es mala, y la ley (§ 23) no es de desechar; pero el hombre que no estudia la ciencia de Dios en la Cruz, cambia en mal todo lo que es bueno.

“25ª. No es justificado el que hace muchas obras, sino el que, sin obras, cree mucho en Jesucristo.

“26ª. La ley dice; Haz esto! y lo que ella manda no se hace jamas. La gracia dice: Cree en éste! y desde entonces todas las cosas están cumplidas.²

“28ª. El amor de Dios no encuentra nada en el hombre; pero crea en él lo que el mismo hombre ama. El amor del hombre proviene de su *bien-amado*.³”

Cinco doctores en teologia atacaron aquellas tesis que habian leído con la estrañeza que causa la novedad. Aquella

¹ Lex iram Dei operatur, occidit, maledicit, reum facit, judicat, damnat, quicquid non est in Christo. (L. Opp., Lat., I., p. 55.)

² Lex dicit: Fac hoc! et numquam fit. Gratia dicit: Crede in hunc! et jam facta sunt omnia. (Ibid.)

³ Amor Dei non invenit, sed creat suum diligibile; amor hominis fit á suo diligibili. (Ibid.)

teología les parecía muy extraordinaria; sin embargo, discutieron, según el testimonio del mismo Lutero, con una afabilidad que le inspiró mucho aprecio hacia ellos, pero al mismo tiempo con fuerza y discernimiento. Lutero, por su parte, mostró una dulzura admirable en sus respuestas, una incomparable paciencia en escuchar las objeciones de sus adversarios, y toda la vivacidad de san Pablo en resolver las dificultades que se le proponían. Sus respuestas, cortas, pero llenas de la Palabra de Dios, causaban admiración en todos los que las escuchaban. “Es en todo semejante á Erasmo,” decían muchos, “pero le supera en una cosa, y es en que el profesa abiertamente lo que Erasmo no hace más que insinuar.”¹

La controversia se acercaba á su fin. Los adversarios de Lutero se habían retirado con deshonor del campo de batalla; el más joven de entre ellos, el doctor Jorge Niger, quedaba solo luchando con el vigoroso atleta; y asustado de las proposiciones atrevidas del fraile agustino, no sabiendo ya á que argumentos apelar, gritó con el acento del temor: “Si nuestros aldeanos oyesen tales cosas, os apedrearían y matarían!”² Estas palabras escitaron una risa general en el auditorio.

Nunca sin embargo hubo oyentes que escuchasen con tanta atención una controversia teológica. Las primeras palabras del reformador despertaron los espíritus: cuestiones, que poco antes hubieran mirado con indiferencia, inspiraban entonces mucho interés. En los rostros de muchos de los asistentes, se leían las nuevas ideas que hacía nacer en su espíritu, las atrevidas aserciones del doctor Sajon.

Tres jóvenes principalmente estaban vivamente conmovidos; uno de ellos, llamado Martin Bucer, era dominico, de edad de 27 años, quien, apesar de las preocupaciones de su orden, parecía no querer perder ni siquiera una palabra del

¹ Bucer, dans Scultetet. *Annal. evangel. renovat.*, p. 22.

² Si rustici hæc audirent, certe lapidibus vos obruerent et interficerent. (*L. Epp. I.*, p. 111.)

doctor. Nació en una pequeña ciudad de Alsacia, entró á los 16 años en el convento, y manifestó pronto tales disposiciones, que los frailes mas instruidos concibieron grandes esperanzas de él.¹ “El será un dia la honra de nuestra orden,” decian ellos. Sus superiores le habían enviado á Heidelberg, á estudiar la filosofia, la teologia, el griego y el hebreo. En aquel tiempo, estaba Erasmo publicando muchas de sus obras, y Bucer las leyó con avidez.

Poco despues aparecieron los primeros escritos de Lutero. El estudiante alsaciano se dedicó á comparar la doctrina del reformador con las santas Escrituras, y algunas dudas nacieron en su espíritu, tocante á la verdad de la religion del papa.² De este modo se esparcia la luz en aquel tiempo. El elector Palatino distinguió al joven estudiante: su fuerte y sonora voz, el agrado de sus modales, la elocuencia de su palabra, y la libertad con que atacaba los vicios dominantes, hacian de él un predicador distinguido: fué nombrado capellan de la corte, y desempeñaba sus funciones cuando anunciaron el viage á Heidelberg. ¡Que alegría para Bucer! nadie fué tan solícito como él, en asistir á la sala del convento de los agustinos; llevó papel, plumas, y tintero, con idea de poner por escrito todo lo que dijese el doctor; y, cuando su mano trazaba con rapidez las palabras de Lutero, la mano de Dios escribía en su corazon, con caracteres mas indelebles, las grandes verdades que oía; los primeros resplandores de la doctrina de la gracia se derramaron en su alma, en aquellos momentos memorables,³ y el dominico fué convertido á Cristo.

No lejos de Bucer se hallaba Juan Brenz, ó Brentius, que contaba entonces 19 años. Brenz, hijo de un magistrado

¹ Prudentioribus monachis spem de se præclaram excitavit. (Melch., Adam., Vit. Buceri, p. 211.)

² Cum doctrinam in eis traditam cum sacris litteris contulisset, quædam in pontificiâ religione suspecta habere cæpit. (Melch., Adam. Vit. Buceri, p. 211.)

³ Primam lucem purioris sententiæ de justificatione in suo pectore sensit. (Ibid.)

de una ciudad de la Suabia, habia sido inscrito á los 13 años en el registro de los estudiantes de Heidelberg. Nadie era mas aplicado que él; a media noche se levantaba y se ponía á trabajar; contrajo tal costumbre de ello, que en toda su vida no pudo dormir despues de dicha hora. Mas tarde, consagró sus momentos tranquilos á la meditacion de las Escrituras. Brenz fué uno de los primeros que apercibieron la nueva luz que parecia entonces en Alemania; la acogió con una alma llena de amor;¹ leyó con ansia los escritos de Lutero; ¡pero, cual fué su dicha, cuando pudo oir al mismo en Heidelberg! Una de las proposiciones del doctor causó principalmente sensacion en el joven Brenz, y fué esta:— “No es justificado delante de Dios el que hace muchas obras, sino el que, sin obras, cree mucho en Jesucristo.”

Una piadosa muger de Heilbronn, sobre el rio Necker, esposa de un senador de dicha ciudad, llamado Snepf, habia consagrado al Señor, á imitacion de Ana, su hijo primogenito, con el vivo deseo de verle entregado á la teologia. Este joven, nacido en 1495, hizo rapidos progresos en las letras; pero, sea por inclinacion, sea por ambicion, ó por cumplir el deseo de su padre, se dedicó al estudio de la jurisprudencia. La piadosa madre veía con dolor á su hijo, á su Ehrard, seguir otra carrera que aquella á que le habia consagrado. Ella le advertia, le instaba, le intimaba sin cesar que se acordara del voto que ella habia hecho en el dia de su nacimiento.² En fin, vencido por la constancia de su madre, Ehrard Snepf se sometió, y pronto se aficionó á sus nuevos estudios de tal modo, que nada hubiera podido separarlo de ellos.

Era intimo amigo de Bucer y Brenz, y conservó toda su vida la misma amistad; “porque,” dice uno de sus historia-

¹ *Ingens Dei beneficium lætus Brentius agnovit, et grata mente amplexus est. (Ibid.)*

² *Crebris interpellationibus eum voti quod de nato ipso fecerat, admoneret; et á studio juris ad theologiam quasi conviciis avocaret. (Melch., Adami Snepfii Vita.)*

dores, "las amistades fundadas sobre el amor á las letras y á la virtud, no se ecstinguen jamas." Ehrhard asistia, con sus dos amigos, á la conferencia de Heidelberg. Las *Paradojas* y la animosa lucha del doctor de Wittemberg le inspiraron un nuevo fervor: abandonado la vana opinion de los meritos humanos, abrazó la doctrina de la justificacion gratuita del pecador.

El dia siguiente, Bucer fué á ver á Lutero. "Tuve con el," dice, "una conversacion familiar, y sin testigos, y la comida mas exquisita, no por los platos de manjares, sino por las verdades que se me proponian. Cualquiera que fuese la objecion que yo hiciese, el doctor respondia á todo, y todo lo esplicaba con la mayor claridad. Oh! pluguiese á Dios que tuviese tiempo para escribirte mas!..." El mismo Lutero se enterneci6 al ver los sentimientos de Bucer. "Es el unico hermano de su orden," escribia á Spalatin, "que tenga buena fé; es un joven de grandes esperanzas: me ha tratado con sencillez, y tomado mucho interes en mi conversacion; es digno de nuestra confianza y de nuestro amor."²

Brenz, Snepf, y otros mas, impelidos por las nuevas verdades que empezaba á nacer en su espíritu, van tambien á ver á Lutero: hablan, conferencian con él, y le piden aclaraciones sobre lo que no han comprendido: el reformador les responde, apoyandose en la Biblia; cada palabra suya hace brotar en ellos una nueva luz, y un mundo nuevo se presenta á su vista.

Despues de la partida de Lutero, aquellos hombres generosos empezaron á enseñar en Heidelberg. Era menester proseguir lo que el hombre de Dios habia comenzado, y no dejar apagar la antorcha que habia encendido. Brenz, aunque muy joven todavia, escplic6 el Evangelio segun san Mateo, al principio en su propia habitacion; y despues llegando ella á ser demasiado pequeña, en la sala de filosofia.

¹ Gerdesius, Monument. antiq., etc.

² L. Epp., I., p. 412.

Los teólogos, llenos de envidia al ver el gran concurso de oyentes que atraía aquel joven, se irritaron en ecstremo. Brenz tomó entonces las ordenes, y estableció sus lecturas en el colegio de los canonicos del Espiritu Santo. De este modo el fuego encendido en Sajonia, lo fué tambien en Heidelberg; la luz multiplicaba sus focos; era, como se ha dicho, la estacion de siembra para el Palatinado.

Pero no fué solo el Palatinado el que recogió los frutos de la conferencia de Heidelberg. Aquellos briosos amigos de la verdad llegaron á ser pronto grandes luminaires en la Iglesia; ocuparon todos puestos eminentes, y tomaron parte en muchos debates á los que dió lugar la reformacion. Strasbourg, y mas tarde Inglaterra, debieron á los trabajos de Bucer un conocimiento mas puro de la verdad. Snepf la profesó desde luego en Marbourg, despues en Stuttgard, en Tubingue, y en Gena. Brenz, despues de haber enseñado en Heidelberg, lo hizo largo tiempo en Halle, en Suabia, y en Tubingue. Volveremos á hablar todavia de estos tres hombres.

Aquella conferencia produjo adelantos en Lutero, el cual progresaba de dia en dia en el conocimiento de la verdad. "Soy," decia, "de los que han adelantado escribiendo é instruyendo á otros, y no de los que de nada llegan á ser de repente grandes y sabios doctores."

Regocijabase de ver con que ansia recibia la verdad naciente, la juventud de las escuelas, y se disipaba su desconsuelo de ver á los viejos doctores arraigados en sus opiniones. "Tengo la magnifica esperanza," decia, "de que, del mismo modo que Cristo, rechazado por los Judios, se fué hácia los gentiles, veremos tambien ahora la verdadera teologia que rechazan estos ancianos, de opiniones vanas y fantasticas, acogida por la nueva generacion.¹

Habiendose cerrado el capitulo, trató Lutero de volver á Wittemberg. El conde Palatino le entregó, para el elector, una carta fechada el 1^o de Mayo, en la que decia, "que Lu-

¹ L. Epp. I., p. 412.

tero habia mostrado tanta habilidad en la conferencia, que daba mucha gloria á la universidad de Wittemberg.” No quisieron permitir que volviese á pie: ¹ los agustinos de Nuremberg le condujeron hasta Wurzburg; de allí pasó á Erfurt, con los hermanos de la misma ciudad. Apenas hubo llegado, se fué á la casa de Jodocus, su antiguo maestro. El viejo profesor, muy afectado y muy escandalizado del rumbo que habia tomado su dicipulo, acostumbraba poner, al frente de todas las sentencias de Lutero, un thêta, letra de que se servian los griegos para indicar la condenacion. ² Habia escrito Jodocus al joven doctor, haciendole reconvenciones, y éste queria responder de palabra á sus cartas. No habiendo sido recibido, escribió á Jodocus: “ Toda la universidad, excepto un solo licenciado, piensa como yo: hay mas; el principe, el obispo, otros muchos prelados, y todos los ciudadanos instruidos que tenemos, declaran unanimamente que hasta ahora no habian conocido, ni oído á Jesucristo y su Evangelio. Estoy pronto á recibir vuestras correcciones, y aun cuando sean duras, me parecieran suaves: desahogad pues vuestro corazon sin temor; descargad vuestra colera; yo no quiero ni puedo irritarme contra vos; Dios y mi conciencia me son testigos.” ³

El viejo doctor quedó enternecido de los sentimientos de su antiguo dicipulo: quiso probar si no habria medio de borrar el thêta condenador; maestro y dicipulo tuvieron una explicacion, pero sin resultado. “ A lo ménos, le he hecho comprender,” dice Lutero, “ que todas sus sentencias son parecidas á aquel animal que, segun dicen, se come á sí mismo. Pero es en vano hablar á un sordo: estos doctores se atienen testaduramente á sus frivolas distinciones, aunque confiesan no tener en su apoyo mas que las luces de la razon natural, como ellos dicen, caos tenebroso, que no anunciamos otra luz que Jesucristo, unica y verdadera luz.” ⁴

¹ Veni autem curru qui ieram peder. (L. Epp. I., p. 110.)

² Omnibus placitis meis nigrum theta præfigit. (Ibid., p. 111.)

³ L. Epp., I., p. 111.

⁴ Nisi dictamine rationis naturalis, quod apud nos idem est quod

Lutero salió de Erfurt, en el carruaje del convento, el que le condujo á Heisleben; de allí, los agustinos del lugar, envanecidos con un doctor que daba tanto esplendor á su orden y á su ciudad, en que habia nacido Lutero, le hicieron llevar á Wittemberg, con sus propios caballos y á su costa. Todos querian dar una muestra de afecto y estimacion á aquel hombre extraordinario, que cada dia se hacía mas celebre.

Llegó á Wittemberg el sabado despues de la Ascension. El viaje le hizo provecho, y sus amigos le hallaron mas fuerte y de mejor semblante que antes de su partida.¹ Se alegraron de todo lo que les refirió. Lutero descansó algun tiempo de las fatigas de su viaje, y de la conferencia de Heidelberg; pero aquel reposo no fué mas que una preparacion para emprender trabajos mas rudos.

chaos tenebratum, qui non prædicamus aliam lucem, quam Christus Jesum lucem veram et solam. (L. Epp. I., p. 111.)

¹ Ita ut nonnullis videar factus habitior et corpulentior. (Ibid.)

LIBRO CUARTO.

LUTERO ANTE EL LEGADO. MAYO, DICIEMBRE, 1518.

I.

Arrepentimiento.—El papa.—Leon X.—Lutero á su obispo.—Lutero al papa.—
Lutero al vicario general.—Rovere al elector.—Discursos sobre la ecscomu-
nion.—Influencia y fuerza de Lutero.

LA verdad levantó, por fin, la cabeza en el seno del cris-
tianismo : victoriosa de los organos inferiores del papado,
ella debia entrar en lucha con su mismo gefe : vamos á ver
á Lutero debatiendose con Roma.

A su regreso de Heidelberg fué, cuando tomó este vuelo.
Sus primeras tesis fueron mal comprendidas ; por lo que,
resolvió ecsponer, con mas claridad, el sentido de ellas. Los
clamores que un ciego odio arrancaba á sus enemigos, le
hicieron conocer cuan importante era ganar, para la verdad,
la parte mas instruida de la nacion ; y se decidió á apelar
á su dictamen, presentandole las bases sobre las que descansa-
ban sus nuevas convicciones. Era preciso ya provocar las
decisiones de Roma ; y no titubeó en enviar allá sus ecspli-
caciones : mostrandolas con una mano, á los hombres impar-
ciales é ilustrados de su pueblo, las ponia con la otra, ante
el trono del soberano pontifice.

Aquellas ecsplikaciones de sus tesis, que llamó *resolucio-
nes*,¹ estaban escritas con mucha moderacion. Lutero pro-
curaba atenuar los pasages que mas irritacion habian cau-

¹ L. Opp. Leipz. XVII., p. de 99 á 113.

sado, y en ello daba pruebas de una verdadera modestia ; pero, al mismo tiempo, se mostraba inalterable en sus convicciones, y defendia con valor todas las proposiciones que la verdad le obligaba á sostener ; repetia de nuevo, que todo cristiano que tiene un verdadero arrepentimiento, posee, sin indulgencia, la remision de los pecados ; que el papa, lo mismo que el ultimo de los sacerdotes, no puede mas que declarar simplemente lo que Dios ha perdonado ; que el tesoro de los meritos de los santos, administrado por el papa, era una quimera ; y que la santa Escritura era la unica regla de la fé. Pero oigamosle á él mismo sobre algunos de estos puntos :

Empieza por establecer la naturaleza de la verdadera penitencia, y opone este acto de Dios, que renueva al hombre, á las monerías de la iglesia romana. “La palabra griega μετανοείτε,” dice, “significa: revestios de un nuevo espíritu, de un nuevo sentimiento, tened una nueva naturaleza, de suerte que, dejando de ser terrestres, llegueis á ser hombres del cielo....Cristo es un doctor del espíritu, y no de la letra ; y sus palabras son espíritu y vida : El enseña, pues, un arrepentimiento segun el espíritu y la verdad, y no esas penitencias ecsteriores, que pueden cumplir sin humillarse, los pecadores mas orgullosos ; El quiere un arrepentimiento que pueda cumplirse en todas las situaciones de la vida, bajo la purpura de los reyes, lo mismo que bajo la sotana de los sacerdotes ; en medio de las pompas de Babilonia en donde se halló Daniel, igualmente que bajo los andrajos de los mendigos.”¹

Mas adelante se encuentran estas atrevidas palabras : “Me cuido muy poco de lo que puede agradar ó desagradar al papa : es hombre como los demas ; y ha habido muchos papas, que han amado no solo los vicios y los errores, sino tambien cosas mas extraordinarias ; escucho al papa como papa, es decir cuando habla en los canones, segun los canones, ó cuando establece algun articulo en union con un

¹ Sobre la primera tesis.

consilio ; pero no, cuando habla segun su sentir : ¿ si yo obrase de otro modo, ¿ no deberia decir, como los que no conocen á Jesucristo, que los horribles asesinatos de cristianos, con los que se manchó Julio II., han sido beneficios de un piadoso pastor para las ovejas del Señor ?....”¹

“Estraño mucho,” continua, “la simplicidad de los que dicen, que las dos espadas del Evangelio representaban el poder espiritual, y el poder material. Sí, el papa tiene una espada de acero y se presenta con ella á la cristiandad, no como un tierno padre, sino como un tirano temible. ¡ Ah ! Dios, en su enojo, nos ha dado la espada que hemos querido, y nos ha quitado la que hemos desdenado. En ninguna parte del mundo hay guerras mas terribles que entre los cristianos....¿ Porque el espíritu habil, que ha discurrido este bello comentario, no ha interpretado de un modo tan sutil la historia de las dos llaves entregadas á san Pedro, y establecido como dogma de la Iglesia, que una de ellas sirve para abrir los tesoros del cielo, y la otra los del mundo ?”²

“Es imposible,” dice tambien, “que un hombre sea cristiano, sin poseer á Cristo ; y si lo posee tiene al mismo tiempo, todo lo que está en Cristo. Lo que da la paz á nuestras conciencias, es que por la fé nuestros pecados no son ya nuestros, sino de Cristo, sobre quien los ha hechado Dios ; y que, por otra parte, toda la justicia de Cristo está en nosotros, á quienes nos la ha dado Dios. Cristo pone su mano en nosotros, y somos sanos ; hecha sobre nosotros su manto, y estamos cubiertos ; porque él es el Salvador de gloria, bendito eternamente.”³

Con tal perspectiva de la riqueza de la salud eterna de Jesucristo, ya no habia necesidad de indulgencias.

Lutero, al mismo tiempo que atacaba el papado, hablaba ventajosamente de Leon X. “Los tiempos en que vivimos son tan malos,” dice, “que aun los mayores personajes no pueden socorrer á la Iglesia. Tenemos en el dia un excelente papa en Leon X. : su sinceridad y su ciencia no tiene rego-

¹ Tesis 26.² Tesis 80.³ Tesis 37.

cijados; ¿pero, que puede hacer solo este hombre, tan amable y agradable? era digno por cierto de ser papa en tiempos mejores; en nuestros días no merecemos mas que Julios II., y Alejandros VI.”

Contrayendose luego al asunto, dice: voy á decirlo todo en dos palabras, y animosamente: La Iglesia tiene necesidad de una reformation. Acaso no es esta obra de un solo hombre, como el papa, ni de muchos hombres, como los cardenales y los padres de los concilios; sino que debe ser la del mundo entero, ó mas bien es una obra que pertenece á Dios solo. En cuanto al tiempo en que debe empezar una tal reformation, solo lo sabe el que ha creado los tiempos..... El dique está roto, y no está ya en nuestro poder el contener las olas que se precipitan con impetu.”

Tales son algunas de las declaraciones é ideas, que dirigia Lutero á los hombres instruidos de su patria. La fiesta de Pentecostes se acercaba; y en aquella epoca, en que los apóstoles dieron el primer testimonio de su fé en Jesucristo, fué cuando el nuevo apóstol Lutero publicó aquel libro, lleno de vida, en el que imploraba de todo corazon una resurreccion de la Iglesia. El sabado 22 de Mayo, 1518, vispera de Pentecostes, envió su obra al obispo de Brandebourg, su ordinario, escribiendole:

“Dignísimo Padre en Dios, hace tiempo que una nueva é inaudita doctrina, tocante á las indulgencias apostolicas, empezó á resonar en estos paises, y los sabios y los ignorantes se alteraron; en tales circunstancias muchas personas, de las que algunas me eran conocidas y otras enteramente desconocidas, me solicitaron para que publicase, de viva voz ó por escrito, mi opinion sobre dicha novedad, por no decir sobre la impudencia de aquella doctrina; no quise romper el silencio, y me mantuve retirado; pero las cosas llegaron á tal punto, que la santidad del papa se halló comprometida.

“¿Que debia yo hacer? pensé que no debia aprobar ni reprobar aquellas doctrinas, sino entablar una controversia

sobre aquel punto importante, hasta que se hubiese pronunciado la santa Iglesia.”

“No habiendose presentado nadie al combate, al que convoqué á todos ; y, habiendo sido consideradas mis tesis, no como materia de discusion, sino como proposiciones resueltas,¹ me veo obligado á publicar una ecplicacion de ellas. Dignaos pues recibir estas ineptias² que os presento, clementisimo obispo ; y, para que todo el mundo pueda ver que no obro con audacia, suplico á Vuestra Reverencia, que se digne tomar la pluma, y borrar ó quemar todo lo que pueda desagradar. Sé que Jesucristo no tiene necesidad de mi trabajo y de mis servicios, y que sabrá bien, sin mí, anunciar buenas nuevas á su Iglesia. No es decir que las bulas y las amenazas de mis enemigos me espanten ; muy al contrario : si ellos no fueran tan impudentes y desvergonzados, nadie oiria hablar de mí ; me encerraria en un rincon y estudiaria para mi solo. Si este asunto no es el de Dios, tampoco será el mio, ni el de ningun hombre, sino cosa de nada. Que se den gloria y honor á Aquel á quien pertenecen unicamente !”

Lutero estaba lleno de respeto por el gefe de la Iglesia : suponía en Leon la justicia, y el amor sincero de la verdad ; quiso pues dirigirse tambien á él : ocho dias despues, el domingo de la Trinidad, 30 de Mayo 1518, le escribió una carta, de la que copiamos algunos pasages :

“Al muy bienaventurado Padre Leon X., soberano obispo, el hermano Martin Lutero, agustino, desea la salud eterna !

“He sabido, santisimo Padre, que corren malos rumores tocante á mí, y que ponen mi nombre en mal olor ante vuestra santidad. Lllamanme herege, apostata, perfido, y con otros mil nombres injuriosos. Lo que veo me asombra, y lo que oigo me espanta ; pero el unico fundamento de mi tranquilidad permanece inalterable ; es la conciencia pura y so-

¹ Non ut disputabilia sed asserta acciperentur. (L. Epp. I., p. 114.)

² Ineptias.

segada. Dignaos oirme, santísimo Padre, á mí que no soy mas que un niño y un ignorante.”

Lutero refiere el origen de todo el asunto, y luego continua así :

“ No se oian en todas las tabernas mas que quejas sobre la avaricia de los sacerdotes, mas que ataques contra el poder de las llaves y del soberano obispo : toda la Alemania es testigo de ello ; y, al oir tales cosas, mi celo por la gloria de Cristo me parece que se ha inflamado, ó si se quiere escplicar de otro modo, mi joven y ardiente sangre se ha alborotado.

“ Advertí algunos principes de la Iglesia ; pero unos se burlaron de mí, y otros se hicieron sordos : el temor de vuestro nombre parecia retener á todos ; y entonces publiqué esta controversia.

“ Y ved aquí, oh santísimo Padre, el incendio que dicen haber convertido en llamas al mundo entero.

“ En tal estado, que debo hacer ? no puedo retractarme, y veo que aquella publicacion me atrae de todas partes un inconceivable odio. No me gusta parecer á la luz del mundo, porque carezco de ciencia y de espíritu, y soy demasiado pequeño para cosas tan grandes, principalmente en este ilustre siglo en que el mismo Ciceron, si viviese, tendria que ocultarse en un rincon obscuro.¹

“ Pero, a fin de aplacar á mis adversarios, y de responder á las solicitudes de muchas personas, publico mis pensamientos ; y los publico, santo Padre, por estar mas seguro al abrigo de vuestras alas. Así pues todos los que quieran, podran comprender con que sencillez de corazon he pedido á la autoridad eclesiastica que me instruya ; y que respeto he manifestado al poder de las llaves.² Si yo no me hubiera conducido como se debe en el asunto, fuera imposible que el

¹ Sed cogit necitas, me anserem strepere inter olores, añade él. (L. Epp. I., p. 21.)

² Quàm purè simpliciterque ecclesiasticam potestatem et reverentiam clavium quæ sierim et coluerim. (Ibid.)

serenísimo señor Federico, duque y elector de Sajonia, que brilla entre los amigos de la verdad apostolica y cristiana, hubiese sufrido jamas, en su universidad de Wittenberg, á un hombre tan peligroso como pretenden que lo soy.

“Por tanto, santísimo Padre, me pongo á los pies de vuestra santidad, y me someto á ella, con todo lo que tengo y soy. Arruinad mi causa, ó abrazadla, concededme la razon ó negadme la; dadme la vida ó quitadme la, segun os plazca: reconoceré vuestra voz por la de Jesucristo, que preside y habla por vuestra boca: si he merecido la muerte, no esquivo el morir;¹ la tierra pertenece al Señor, con todo lo que contiene: que el sea loado por toda la eternidad! Amen: que os mantenga eternamente! Amen.

“Dado el dia de la santa Trinidad, año de 1518.

“Fray MARTIN LUTERO, agustino.”

Cuanta humildad y verdad en aquel temor de Lutero, ó mas bien en la confesion que hace, de que su joven y ardiente sangre se ha inflamado quizá demasiado pronto! En esto se ve el hombre sincero, que, no confiando en si mismo, teme el influjo de las pasiones en sus acciones, aun las mas conformes á la Palabra de Dios. Este lenguaje dista mucho del de un fanático orgulloso. Se ve en Lutero el deseo que tenia de atraer á Leon á la causa de la verdad, de precaver todo rompimiento, y de hacer dimanar de la cumbre de la Iglesia, aquella reformation cuya necesidad proclama. Ciertamente, no es á Lutero á quien se puede acusar de haber roto en Occidente aquella unidad, que tantos hombres de todos los partidos han echado de menos despues; por mantenerla, todo lo sacrificó Lutero; todo, menos la verdad. Fueron sus adversarios y no él, quienes, negandose á recono-

¹ Quarè, beatissime Pater, prostratum me pedibus tuæ Beatitudinis offero, cum omnibus quæ sum et habeo: vivifica, occide; voca, revoca; approba, reproba, ut placuerit. Vocem tuam, vocem Christi in te presidentis et loquentis agnoscam. Si mortem merui, mori non recusabo. (L. Epp., I., p. 121.)

cer la plenitud y suficiencia de la salvacion obrada por Jesucristo, desgarraron, al pie de la cruz, la tunica del Señor.

En el mismo dia que escribió la citada carta, Lutero se dirigió tambien á su amigo Staupitz, vicario general de su orden; pues queria hacer llegar á Leon sus Resoluciones, por conducto de dicho amigo.

“Suplicoos,” le dice, “que accepteis con benignidad las miserias¹ que os envío, y que hagais lleguen al ecselente papa Leon X.; no es mi animo comprometeros con esto en el peligro en el que me hallo, pues quiero sufrir solo las consecuencias. Jesucristo, sin cuya voluntad no puede moverse la lengua del papa, ni el corazon de los reyes resolver nada, Jesucristo verá si lo que digo viene de El ó de mí.

“En cuanto á los que me amenazan, solo tengo que responderles las palabras de Reuchlin: El pobre nada tiene que temer, porque nada tiene que perder.² Yo no tengo bienes ni dinero, y tampoco pido nada de esto. Si tuve en otro tiempo alguna honra y buena fama, el que ha empezado á quitarmelas acabe su obra. No me queda mas que este miserable cuerpo, debilitado con tantas pruebas; que lo maten por fuerza ó con astucia, á la mayor gloria de Dios! asi abreviaran tal vez, de una ó dos horas, el tiempo de mi vida: bastame tener un precioso Redentor, un poderoso Sacrificador, Jesucristo mi Señor, á quien alabaré mientras tenga un soplo de vida; si hay alguno que no quiera alabarlo conmigo, que me importa!”

Estas palabras nos hacen leer perfectamente en el corazon de Lutero.

En tanto que él dirigia así, con confianza, sus miradas hácia Roma, Roma pensaba ya en venganzas contra él. El 3 de abril escribió el cardenal Rafael de Rovere al elector Federico, en nombre del papa, que se tenian algunas sospechas tocante á su fé, y que debia guardarse de proteger á

¹ Sus Resoluciones.

² Qui pauper est nihil timet, nihil potest perdere. (L. Epp., I, p. 118.)

Lutero. “El cardenal Rafael,” dice éste, “hubiera tenido gran placer en verme quemado por el duque Federico.”¹ De este modo empezaba Roma á afilar sus armas contra Lutero, y quiso descargar el primer golpe, en el espíritu de su protector; si Roma hubiese conseguido privar á Lutero del abrigo bajo el cual descansaba, facilmente hubiera llegado á hacer su presa.

Los príncipes alemanes eran muy celosos de su reputacion de príncipes cristianos; la mas leve sospecha de heregia, les atemorizaba, y la corte de Roma supo aprovechar habilmente de aquella disposicion. Por otra parte Federico habia sido siempre muy adicto á la religion de sus padres. La carta de Rafael hizó una viva impresion en su animo; pero tenia por principio no precipitar las cosas, sabiendo que la verdad no está siempre de parte del mas fuerte. Los asuntos del imperio con Roma, le habian enseñado á desconfiar de las miras interesadas de esta corte; habia llegado á conocer que para ser príncipe cristiano, no era necesario ser esclavo del papa.

“No era el elector uno de aquellos spiritus profanos,” dice Melanchton, “que pretenden sofocar todas las innovaciones, luego que se ve el principio de ellas.” Federico se sometió á Dios; leyó con atencion los escritos que se publicaban, y no permitió destruir lo que juzgaba verdadero.”² Tenia poder para ello; soberano en sus estados, gozaba en el imperio de una consideracion, por lo menos tan grande como la que tributaban al mismo emperador.

Es probable que Lutero hubiese sabido algo de la citada carta del cardenal Rafael, entregada al elector el 7 de Julio, y la perspectiva de la ecscomunion que parecia presagiar esta misiva romana, fué acaso la que le hizo subir al pulpito en Wittemberg, el 15 del mismo mes, y á pronunciar sobre

¹ L. Opp. (W.) XV., p. 339.

² Nec profana judicía sequens quæ tenera initia omnium mutationum celerrimè opprimi jubent. (Melancht., Vita Luth.)

³ Deo cessit, et ea quæ vera esse judicavit, deleri non voluit. (Ibid.)

aquel asunto un discurso que hizo una profunda impresion. Distinguió en él la excomunion interior de la exterior, la primera, que excluye de la comunión de Dios, de la segunda que solo excluye de las ceremonias de la Iglesia. "Nadie puede," dice, "reconciliar con Dios al alma decaída, si no es el Eterno. Nadie puede separar á un hombre de la comunión con Dios, si no es el mismo hombre, por sus propios pecados. Bienaventurado el que muere excomulgado injustamente! porque al mismo tiempo que sufre un gran castigo de parte de los hombres, por amor de la justicia, recibe de la mano de Dios la corona de la felicidad eterna...."

Algunos aprobaron mucho aquel lenguaje atrevido, pero otros lo desaprobaban mas.

Empero ya no se hallaba Lutero solo, pues aunque su fé no tuviese necesidad de otro apoyo que del de Dios, se formó en torno de él una falange que le defendia contra sus enemigos. El pueblo alemán habia oido la voz del reformador; de sus discursos, y de sus escritos, salian sentellas, que despertaban é iluminaban á sus contemporáneos; la energia de su fé se precipitaba en torrentes de fuego sobre los corazones adormecidos; la vida que Dios puso en aquella alma extraordinaria, se comunicaba al cuerpo muerto de la Iglesia. La cristiandad, inmóvil hácia tantos siglos, se animaba de un religioso entusiasmo: la devoción del pueblo á las supersticiones de Roma, disminuía de dia en dia; cada vez habia menos manos que ofreciesen dinero para comprar el perdón,¹ y, al mismo tiempo, la fama de Lutero no cesaba de aumentar: volviábase hácia él, y lo saludaban con amor y respeto, como al intrepido defensor de la verdad y de la libertad;² sin duda no todos descubrian la profundidad de las doctrinas que anunciaba; bastaba al mayor número el saber, que el nuevo doctor predicaba contra el papa, y que su poderosa palabra conmovia el imperio de los sacerdotes y

¹ Rarescebant manus argentium. (Cochlæus, 7.)

² Lutero autem contra angelatorum auctoritatem, favor, fides, existimatio, fama: quod tantum liber. uerique uideretur ueritatis assertor. (Ibid.)

de los frailes. El ataque de Lutero era para ellos como uno de aquellos fuegos que se encienden en los montes, para anunciar á toda una nacion el momento de romper sus cadenas. El reformador poco consideraba aun todo lo que habia hecho, cuando todo lo que habia de generoso entre los suyos lo habia ya reconocido con aplauso por su gefe ; pero, para muchos, la aparicion de Lutero fué todavía mas. La Palabra de Dios, que manejaba con tanto poder, penetró en los espíritus como una espada de dos filos. Viose encender en muchos corazones un ardiente deseo de obtener la seguridad del perdon y la vida eterna. Desde los primeros siglos, no tuvo la Iglesia tanta hambre y sed de la justicia. Si la palabra de Pedro el hermitaño y de Bernardo habia influido en los pueblos de la edad media para hacerles tomar una cruz precedera : la palabra de Lutero contribuyó, en los de su tiempo, á que abrazaran la verdadera cruz, la verdad que salva. Las formas de la Iglesia habian destruido la vida, y la palabra poderosa, concedida á Lutero, esparció un soplo vivificante sobre el suelo de la cristiandad. Al principio, los escritos de Lutero sedujeron tanto á los creyentes como á los incredulos : á estos, porque las doctrinas positivas, que debian establecerse mas tarde, no estaban todavia plenamente desenvueltas en dichos escritos ; y á aquellos, porque las tales doctrinas se hallaban en germen en la fé viva, que se ecspania en ellos con tanta fuerza : así es que la influencia de dichos escritos fué inmensa, y ellos inundaron prontamente la Alemania y el mundo. En todas partes reinaba el intimo sentimiento de que se presenciaba, no el establecimiento de una secta, sino un renacimiento de la Iglesia y de la sociedad. Los que nacieron entonces del soplo del Espíritu de Dios, se colocaron al rededor del que era su organo. Lo cristiandad fué dividida en dos campos ; unos combatieron con el Espíritu contra la forma, y otros con la forma contra el Espíritu. Al lado de la forma estaban, es verdad, todas las apariencias de la fuerza y de la grandeza ; y al lado del Espíritu la insuficiencia y la pequeñez ; pero la forma,

destituida del espíritu, no es mas que un cuerpo vacío, que puede ser abatido por el primer soplo: la apariencia de su poder no sirve mas que para causar la irritación contra ella y precipitar su fin. Se ve pues que la simple palabra de la verdad creó un poderoso ejercito para Lutero.

II.

Dieta en Augsbourg.—El emperador al papa.—El elector á Rovere.—Lutero emplazado para Roma.—Paz de Lutero.—Intercesion de la universidad.—Breve del papa.—Indignacion de Lutero.

BIEN se necesitaba tal ejercito, porque los grandes empe-
zaban á inquietarse, y el imperio y la Iglesia unian ya sus
esfuerzos, para desembarazarse de aquel importuno fraile.
Si hubiera ocupado entonces el trono imperial un principe
fuerte y animoso, hubiera podido aprovecharse de aquellas
agitaciones religiosas, y, apoyado en la Palabra de Dios y
en la nacion, para dar un nuevo aliento á la antigua oposicion
contra el papa; pero Macsimiliano tenia demasiada edad, y
ademas estaba dispuesto á hacer todo sacrificio para conse-
guir lo que miraba como el objeto de su vida, que era la
grandeza de su casa, y por consiguiente la elevacion de su
nieto. El emperador Macsimiliano celebraba entonces una
dieta imperial en Augsbourg, á la que habian acudido seis
electores en persona; todos los estados germanicos se halla-
ban representados en ella, igualmente que los reyes de Fran-
cia, de Hungría, y de Polonia. Todos aquellos principes y
embajadores, desplegaron una gran magnificencia. La
guerra contra los Turcos era uno de los motivos por los que
se habia reunido la dieta, á la cual escortó vivamente el
legado de Leon X. Los Estados, enterados del mal uso que
habian hecho antes de sus contribuciones, y prudentemente
aconsejados por el elector Federico, se contentaron con de-
clarar que pensarian sobre el asunto, y espusieron al mismo
tiempo nuevos agravios contra Roma. Un discurso Latino,
publicado durante la dieta, indicaba valerosamente á los
principes alemanes el verdadero peligro. "Pretendeis,"
decia el autor, "poner en fuga al Turco; está muy bien;

pero temo mucho que os equivoqueis ácerca de su persona ; es en Italia y no en Asia, donde debeis buscarla.¹”

Otro asunto no menos importante debia ocupar á la dieta. Macsimiliano deseaba hacer proclamar rey de los Romanos y sucesor suyo en la dignidad imperial, á su nieto Carlos, que tambien era rey de España y de Napoles. El papa conocia demasiado bien sus intereses, para desear ver el trono imperial ocupado por un principe cuyo poder en Italia, hubiese podido ser temible para él. El emperador creia haber atraido á su favor la mayor parte de los electores y Estados ; pero encontró una enérgica oposicion en Federico : en vano le solicitó ; en vano los ministros y los mejores amigos del elector unieron sus ruegos á los del emperador ; se mantuvo firme, y mostró en aquella ocasion, como se ha dicho, que estaba dotado de una alma fuerte, y no desistia jamas de una resolucion tomada, una vez reconocida su justicia. El plan del emperador se frustró ; y desde entonces procuró captivarse la benevolencia del papa, afin de que favoreciese sus planes ; y, para darle una prueba particular de su adhesion, le inscribió, el 5 de Agosto, la siguiente carta :

“Santisimo Padre, hemos sabido, hace algunos dias, que un hermano de la orden de los agustinos, llamado Martin Lutero, se ha puesto á sostener varias proposiciones sobre el comercio de las indulgencias ; lo que nos desagrada tanto mas, cuanto que dicho hermano halla muchos protectores, entre los cuales hay personages poderosos.² Si vuestra Santidad y los dignisimos Padres de la Iglesia (los cardenales), no emplean pronto su autoridad en poner fin á tales escándalos, dichos perniciosos doctores no solo seducirán á las gentes sencillas, sino que arrastrarán á grandes principes en su ruina. Nosotros cuidaremos de que todo lo que vuestra Santidad ordene tocante á esto, para la gloria de Dios omnipotente, sea observado por todos en nuestro imperio.”

¹ Schröck, K. Gesch. n. d. R. I., p. 156.

² Defensores et patronos etiam potente quos dictus frater consecutus est. (Raynald., ad. ann. 1518.)

Esta carta debió ser escrita á consecuencia de alguna discusion un poco viva entre Macsimiliano y Federico. El mismo dia escribió el elector á Rafael de Rovere: habia sabido sin duda que el emperador se dirigia al pontifice Romano, y, para parar el golpe, se ponía tambien en comunicacion con Roma.

“Nunca tendré otra voluntad, que la de mostrarme sumiso á la Iglesia universal; por lo que no he defendido jamas los escritos y sermones del doctor Martin Lutero, aunque he sabido que él se ha siempre ofrecido á comparecer, con un salvo conducto, ante los jueces imparciales, sabios y cristianos, para defender su doctrina, y someterse, en el caso en que se le convenciese por la misma Escritura.”¹

Leon X., que hasta entonces habia dejado correr el asunto, movido por los gritos de los teólogos y de los frailes, instituyó en Roma una corte eclesiastica encargada de juzgar á Lutero, y en la que era á la vez juez y acusador Silvestre Prierio, el grande enemigo del reformador. Instruyose pronto la causa, y la corte intimó á Lutero á comparecer en persona ante ella, en el termino de sesenta dias.

Lutero esperaba tranquilamente, en Wittemberg, el buen efecto que pensaba debia producir la carta sumisa que dirigió al papa, cuando, el 7 de Agosto, solo dos dias despues del envio de las cartas de Macsimiliano y de Federico, le entregaron el emplazamiento del tribunal romano. “Cuando yo esperaba la bendición,” dice, “vi caer el rayo sobre mí, Yo era la oveja que enturbiaba el agua al lobo. Tezel escapó, y yo debia dejarme comer.”

Aquel emplazamiento espació la consternacion en Wittemberg; porque, cualquiera que fuese el partido que tomase Lutero, no podia evitar el peligro: si se trasladaba á Roma, debia ser victima de sus enemigos; si rehusaba el ir allá, seria, segun costumbre, condenado por contumaz sin poder escapar: porque se sabia que el legado habia recibido del papa la orden de hacer todo lo posible, afin de irritar al

¹ L. Opp. (L.), XVII., p. 169.

emperador y á los principes alemanes contra el mismo Lutero. Sus amigos estaban consternados. ¿ Irá el doctor de la verdad á entregar su vida en aquella gran ciudad, *embriagada con la sangre de los santos, y con la de los martires de Jesus?* ¿ Bastará que se levante una cabeza en medio de la cristiandad subyugada, para que caiga? ¿ Lutero, á quien Dios parece haber formado para resistir á un poder al que hasta entonces nadie pudo resistir, será tambien inmolado? El mismo Lutero no veia mas que el elector que pudiese salvarle; pero preferia morir antes que comprometer á su principe, sus amigos imaginaron, por fin, un espediente para no esponer á Federico: que niegue á Lutero un salvo conducto, y éste tendrá un motivo legitimo para no comparecer en Roma.

El 8 de Agosto escribió Lutero á Spalatin, suplicandole que interpusiese el elector su influjo, para hacerle emplazar en algun punto de Alemania mas bien que en Roma. “ Ved,” escribió tambien á Staupitz, “ de que ardidese se valen para acercarse á mí, y como estoy rodeado de espinas. Pero Cristo vive y reina, ayer, hoy, y eternamente. Mi conciencia me asegura que es la verdad que he enseñado, aunque ella sea mas odiosa todavía, por ser yo quien la enseñé. La Iglesia es el vientre de Rebeca: es menester que las criaturas se empujen hasta poner la madre en peligro.¹ Por lo demas pedid al Señor, que yo no me glorie demasiado en esta prueba. Que Dios no les impute este mal!”

Los amigos de Lutero no se contentaron con solo consultas y quejas. Spalatin escribió, de parte del elector á Renner, secretario del emperador: “ El doctor Martin consiente gustoso en tener por jueces á todas las universidades de Alemania, esceptuando las de Erfurt, de Leipsig, y de Francfort-sur-l’Oder, que se han hecho sospechosas: le es imposible comparecer en Roma personalmente.”²

¹ Uterus Rebecæ est: parvulos in eo collidi necesse est, etiam usque ad periculum matris. (L. Fpp., I., p. 138.)

² L. Opp. (L.), XVII., p. 173.

La universidad de Wittenberg escribió al mismo papa una carta de intercesion: "La debilidad del cuerpo de Lutero," decia ella hablando del mismo, "y los peligros del viaje le dificultan y aun imposibilitan para obedecer la orden de vuestra Santidad. Su pena y sus ruegos nos mueven á tener compasion de él. Os suplicamos pues, Santisimo Padre, como hijos obedientes, que os digneis tener á Lutero por un hombre que no ha sido jamas manchado con doctrinas opuestas á la opinion de la iglesia universal."

La universidad, en su solicitud, se dirigió el mismo dia á Carlos de Miltitz, gentil hombre sajón y camarero del papa, muy amado de Leon X. Ella rendia á Lutero, en dicha carta, un testimonio mas fuerte todavia que el que habia osado tributarle en la primera. "El digno Padre Martin Lutero, agustino," decia ella, "es el mas noble y mas honrado miembro de nuestra universidad. Hace muchos años que vemos y conocemos su habilidad, su saber, su alta inteligencia en las artes y en las letras, sus costumbres irreprehensibles, y su conducta enteramente cristiana."¹

Esta activa caridad de todos los que rodeaban á Lutero, es su mas bello elogio.

Mientras que esperaban con ansia el ecsito de aquel asunto, su terminacion se verificó mas facilmente de lo que se hubiera podido esperar; el legado de Vio, humillado de no haber logrado su fin en la comision que habia recibido de preparar una guerra general contra los Turcos, deseaba realzar é ilustrar su embajada en Alemania con algun otro acto ruidoso; creia que si sofocaba la heregia, podría reaparecer en Roma con gloria; pidió pues al papa que le confiase el asunto de Lutero. Leon por su parte agradecia á Federico, el haberse opuesto tan fuertemente á la eleccion del joven Carlos: conocia que aun podria tener necesidad de su auxilio. Sin hablar mas del emplazamiento, encargó á su legado, por un breve datado el 23 de Agosto, que ecsaminara el asunto en Alemania. El papa no perdía nada en obrar

¹ L. Opp. (Lst.), I., 163 y 184. L. Opp. (L.), XVII., 171 y 172.

de aquel modo; y, aun en caso de obligar á Lutero á una retractacion, se evitaba el ruido y el escandalo que hubiera ocasionado su comparecencia en Roma.

“Os encargamos,” decia, “que hagais comparecer personalmente á vuestra presencia á Lutero, que le perseguais y constriñais sin demora, y tan luego como hayais recibido este nuestro escrito, por cuanto dicho Lutero ha sido declarado herege por nuestro caro hermano Geronimo, obispo de Asculan.”¹

Enseguida el papa prescribia contra Lutero las medidas mas severas :

“Invocad al efecto el brazo y el auxilio de nuestro carisimo hijo en Cristo, Maccimiliano, y de los demas principes de la Alemania, de todas las comunidades, universidades, y potentados, eclesiasticos ó seculares. Y si os apoderais del dicho Lutero, hacedle guardar con seguridad, afin de que sea conducido á nuestra presencia.”²

Se ve que aquella indulgente concesion del papa era una via mas segura para llevar á Lutero á Roma : luego siguen las medidas suaves :

“Si vuelve á entrar en si mismo y pide perdon por un tal crimen, espontaneamente y sin ser invitado á ello, os damos el poder de recibirle en la unidad de la santa madre Iglesia.”

El papa vuelve luego á sus maldiciones : “Si persiste en su obstinacion, y que no podais apoderaros de él, os damos el poder de proscribirle de todos los puntos de Alemania, de desterrar, maldecir, y de excomulgar á todos sus adherentes, y de mandar á todos los cristianos que eviten su presencia.”

Sin embargo no es bastante todavía :

“Y afin,” continua el papa, “de que el contagio se ecs-

¹ Dictum Lutherum hæreticum per prædictum auditorem jam declaratum. (Breve Leonis X. ad Thomam.)

² Brachio cogas atque compellas, et eo in potestate tuâ redacto eum sub fideli custodia retineas, ut coràm nobis sistatur. (Ibid.)

tirpe mas facilmente, escomulgareis á todos los preladados, órdenes religiosas, universidades, ayuntamientos, condes, duques, y potentados, escepto al emperador Macsimiliano, que no capturaren á dicho Martin Lutero y á sus adherentes, y no os los envasen bajo buena y fiel custodia.—Y si, lo que á Dios no plegue, los dichos príncipes, ayuntamientos, universidades, y potentados, ó cualquiera que de ellos dependiese, ofreciesen de alguna manera asilo al dicho Martin, y á sus adherentes, le diese publicamente ó en secreto, por si ó por otros, auxilios, y consejos, ponemos en entredicho á tales príncipes, ayuntamientos, universidades, y potentados, con sus ciudades, villas, pueblos, y aldeas, igualmente que á las mismas ciudades, villas, pueblos, y aldeas en las que pudiera refugiarse el dicho Martin, y por todo el tiempo que permaneciere en ellos y tres dias mas despues que se haya ausentado.”

Esta Sede audaz, que pretende representar en la tierra al que ha dicho: *Dios ha enviado su Hijo al mundo no para condenar el mundo, sinó para que el mundo sea salvo por él*; continua sus anathemas; y despues de haber dictado las penas contra los eclesiasticos, dice:

“Por lo que toca á los laicos, si no obedecen al punto, sin demora ni oposicion, á vuestras órdenes, los declaramos infames, á escepcion del dignisimo emperador, inhabiles para cumplir todo acto legitimo, privados de la sepultura eclesiastica, y despojados de todos los feudos que tengan, sea de la silla apostolica, ó de cualquier Señor que puede ser.”

Tal era la suerte reservada á Lutero. El monarca de Roma todo lo conjuró para su pérdida; todo lo removió, hasta la paz de los sepulcros; su ruina parecia inevitable; ¿como se sustraerá á aquella inmensa conjuracion? Pero Roma se engañó; el movimiento producido por el espíritu de Dios, no podia ser paralizado por los decretos de la cancelleria.

¹ Infamiae et inhabilitatis ad omnes actus legitimos, ecclesiasticae sepulturæ, privationis quoque feudorum. (Breve Leonis X. ad Thomam.)

No observaron ni aun las apariencias de una justa é imparcial sumaria. Lutero fué declarado herege, no solo antes de ser oido, sinó tambien antes de la escpiracion del plazo que se le dió para comparecer. Las pasiones, y en ningun caso se muestran tan fuertes como en las discusiones religiosas, se desentienden de todas las formas de la justicia. No solo en la Iglesia romana, si que tambien en las iglesias protestantes, se han desviado del Evangelio; y, en todas partes donde no se halla la verdad, se ven tan injustos procedimientos. Todo es bueno contra el Evangelio: frecuentemente se ven hombres que tienen escrupulo de cometer la menor injusticia, pero que tratandose del cristianismo y del testimonio que se le rinde, no temen hollar bajo sus pies todas las reglas y todos los derechos.

Algun tiempo despues, cuando tuvo Lutero conocimiento del citado breve, manifestó su indignacion: "He aquí," dice, "lo mas particular del asunto: el breve fué dado el 23 de Agosto, y yo fuí emplazado el 7 del mismo, de suerte que entre el emplazamiento y el breve han trascurrido diez y seis dias: ahora bien, hagase la cuenta, y se verá que el ilustrisimo Geronimo, obispo de Asculan, ha procedido contra mí, sentenciandome, condenandome, y declarandome herege, antes que yo recibiese el emplazamiento, ó á lo mas diez y seis dias despues que me fué comunicado; luego, pregunto, ¿donde están los sesenta dias que se me concedieron en el emplazamiento? Ellos empezaron el 7 de Agosto, y debian concluir el 7 de Octubre..... Emplazar, escortar, acusar, juzgar, condenar y declarar condenado, en un mismo dia, á un hombre que vive tan distante de Roma, y que ignora todas estas cosas, ¿es acaso el estilo y la moda de la corte de Roma? ¿Que responden á todo esto? sin duda que han olvidado el purgarse la cabeza con el eléboro, antes de poner en ejecucion tales mentiras.¹

Pero al mismo tiempo que Roma confiaba clandestinamente sus rayos á su legado, ella procuraba, con suaves y lisonjéras

¹ L. Opp. (L.), XVII., p. 176.

palabras, separar de la causa de Lutero, al principe cuyo poder tenia. El mismo dia, 23 de Agosto 1515, escribió el papa al elector de Sajonia, valiendose de los ardides de la vieja politica que hemos indicado ya, y esmerandose en lisonjear el amor propio del principe :

“Caro hijo,” decia el pontifice de Roma, “cuando pensamos en vuestra noble y loable prosapia, de la que sois el gefe y ornamento ; cuando recordamos como habeis deseado siempre, vos y vuestros antepasados, mantener la fé cristiana, y el honor y la dignidad de la santa Sede, no podemos creer que un hombre que abandona la fé, pueda apoyarse en el favor de vuestra Alteza, y soltar audazmente la rienda á su malignidad. Sinembargo, nos avisan de todas partes, que un cierto hermano Martin Lutero, hermitaño de la órden de San Agustin, ha olvidado, como hijo de malicia y menospreciador de Dios, de su habito y de su órden, que consiste en la humildad y en la obediencia, y que se jacta de no temer ni la autoidad ni el castigo de ningun hombre, seguro como está de vuestro favor y proteccion.

“Pero como sabemos que él se engaña, tenemos á bien escribir á vuestra Alteza, y ecsortaros, segun el Señor, á velar por el honor del nombre de un principe tan cristiano como vos, á defenderos de las calumnias de dicho hermano Lutero, Vos, el ornamento, la gloria, y el buen olor de vuestra noble prosapia, y á guardaros no solo de una falta tan grave como la que se os imputa, sinó aun de la sospecha misma que la insensata osadía de dicho hermano, hace caer sobre vos.”

Leon X. anunciaba, al mismo tiempo á Federico, que habia encargado al cardenal de San Sixto que ecsaminara el asunto, y le ordenaba que entregase á Lutero en manos del legado, “por temor,” añadia, volviendo aun á su argumento favorito, “de que las gentes piadosas, de nuestro tiempo ó del venidero, no puedan lamentarse un dia y decir : La heregia mas perniciosa de que haya sido afligida la Iglesia de Dios, se ha levantado con el auxilio y favor de esta alta y loable casa.”¹

¹ L. Opp. (L.), p. 173.

De este modo tomó Romá todas sus medidas: con una mano hacia respirar el aroma siempre agradable de la alabanza, y con la otra ocultaba sus venganzas y sus terrores.

Todos los poderes de la tierra, emperador, papa, principes, y legados, empezaban á moverse contra el humilde hermano de Erfurt, cuyos combates interiores hemos presenciado. *Los reyes de la tierra se reunieron, y trataron juntos contra el Señor, y contra su ungió. (P. II., ver. 2.)*

III.

El armero Schwarzerd.—Su muger.—Felipe.—Su talento.—Sus estudios.—La Biblia.—Llamada á Wittemberg.—Partida y viaje de Melanchton.—Leipsig.—Equivocacion.—Gozo de Lutero.—Paralelo.—Revolucion en la enseñanza.—Estudio del griego.

AQUELLA carta y aquel breve de que hemos hablado, no habian llegado aun á Alemania, cuando un feliz suceso vino á consolar el corazon de Lutero, que temia verse obligado á comparecer en Roma. Haciale falta un amigo en quien pudiese desahogar sus penas, y cuyo fiel afecto le consolara en los momentos de abatimiento; y Dios le hizo encontrar todo esto en Melanchton.

Jorge Schwarzerd, era un maestro armero habil de Bretten, pequeña ciudad del Palatinado. El 14 de Febrero 1497 tuvo un hijo, á quien hizo poner el nombre de Felipe, y se hizo ilustre despues, bajo el nombre de Melanchton. Bien visto de los principes palatinos y de los de Baviera y de Sajonia, Jorge estaba dotado de la mas perfecta rectitud. Muchas veces rehusaba el precio que le ofrecian los compradores, y, si sabia que eran pobres, les devolvía su dinero. Tenia costumbre de levantarse á media-noche, y hacer de rodillas su oracion: si veia por casualidad llegar la mañana sin haberla hecho, estaba desazonado todo el dia. Barbara, muger de Schwarzerd, era hija de un magistrado honrado, llamado Juan Reuter: ella era de un tierno caracter, algo inclinada á la supersticion, por lo demas muy honesta y prudente. De ella son estas antiguas rimas alemanes:

“ Faire aumône n'appauvrit pas.
 Etre au temple n'empêche pas.
 Graisser le char n'arrête pas,
 Bien mal acquis ne produit pas.
 Liyre de Dieu ne trompe pas.”

Y estas otras :

“ Ceux qui veulent plus dépenser
Que leur champ ne peut rendre,
Devront finir par se ruiner,
Plus d'un se fera pendre.”¹

El joven Felipe aun no tenia once años, cuando murió su padre: dos dias antes de su muerte hizo acercar á su hijo á donde se hallaba postrado, y le escortó á conservar siempre la presencia de Dios: “Preveo, dijo el moribundo armero, que llegaran terribles tempestades á conmovier el mundo: yo he visto grandes cosas, pero mayores son las que se preparan. !Que Dios te conduzca y te dirija!” Despues que Felipe hubo recibido la bendicion paterna, fué enviado á Spiro, para que no presenciara la muerte de su padre: se alejó, derramando lagrimas.

El abuelo del muchacho, el digno alcalde Reuter, que tambien tenia un hijo, sirvió de padre á Felipe y recibiole en su casa con su hermano Jorge. Poco tiempo despues, dió por preceptor á los tres muchachos á Juan Hungarus, escelente hombre, que despues y hasta la edad mas avanzada, anunció el Evangelio con gran fervor. No perdonaba nada á los juvenes, antes bien los castigaba por cada falta, pero con prudencia: “Asi es,” decia Melanchton en 1554, “como ha hecho de mí un gramatico: me queria como á un hijo, yo le amaba como á un padre, y espero que nos volveremos á ver en la vida eterna.”²

Felipe se distinguió por la escelencia de su espíritu, por su facilidad de aprender, y en recitar lo que habia aprendido. No podia estar ocioso, y buscaba siempre alguno con quien discutir sobre lo que habia oido.³ Pasaban con frecuencia

¹ Almosen geben armt nicht, etc. Wer mehr will verzehren, etc. (Müller's Reliquien.)

² Dilexit me ut filium et ego eum at patrem: et convenimus, spero, in vitâ eternâ (Melanch., Explicat. Evang.)

³ Quiescere non poterat, sed quærebat ubique aliquem cum quo de auditis disputaret. (Camerarius, Vit. Melanch., p. 7.)

extrangeros instruidos por Bretten, y visitaban á Reuter ; y, al punto el nieto del alcalde se acercaba á ellos, entablaba conversacion y les apuraba de tal modo en la discusion, que quedaban admirados. Rëunia el vigor del talento y la dulzura del caracter, conciliandose así el afecto de todos. Era tartamudo ; pero, como el ilustre orador de los griegos, se aplicó con tanto empeño á corregir aquel defecto, que al fin consiguió á ecstirparlo radicalmente.

Habiendo fallecido su abuelo, el joven Felipe fué enviado, con su hermano y su joven tio Juan, á la escuela de Pforzheim. Aquellos jovenes vivian en casa de una pariente suya, hermana del famoso Reuchlin. Ansioso de instruirse, Felipe hizo, bajo la direccion de Jorge Simler, rapidos progresos en las ciencias, y principalmente en el estudio de la lengua griega, á la que tenia mucha inclinacion. Reuchlin solia ir á menudo á Pforzheim, y conoció, en casa de su hermana, á los jovenes pupilos ; no tardó en quedar sorprendido de las respuestas de Felipe, y le dió una gramatica griega y una biblia, dos libros que debian hacer el estudio de su vida.

Cuando Reuchlin volvió de su segundo viaje de Italia, su joven pariente, de edad de doce años, celebró el dia de su arribo, representando en su presencia, con algunos amigos, una comedia latina, compuesta por él mismo : Reuchlin, encantado del talento del joven, le abrazó tiernamente, lo llamó su amado hijo, y le dió, riyendo, el bonete encarnado que recibió cuando fué nombrado doctor. Entonces fué cuando Reuchlin cambió á Felipe, su apellido de Schwarzerd, en el de Melanchton. Estas dos palabras significan *tierra negra*, la una en Aleman, y la otra en griego. Los mas de los sabios traducian entonces sus nombres en griego, ó en latin.

A la edad de doce años Melanchton entró en la universidad de Heidelberg, donde empezó á apagar la sed de ciencia que le devoraba, y fué recibido bachiller á la edad de catorce años. En 1512, Reuchlin le llamó á Tubingue, donde se hallaban reunidos muchos sabios distinguidos.

Melanchton asistia á un tiempo á las lecciones de los teólogos, á las de los medicos, y á las de los jurisconsultos. No habia conocimiento que creyese deber ignorar; y no buscaba en la ciencia la vanidad, pero sí su posesion y sus frutos.

La santa Escritura le ocupaba principalmente. Los que frecuentaban la iglesia de Tubingue, habian notado que tenia muchas veces entre manos un libro, en el que leia durante el servicio divino. Aquel desconocido volumen parecia mayor que los manuales de oraciones, y se divulgó el rumor de que Felipe leia entoncés obras profanas; pero se vió que el libro que habia inspirado tal sospecha, era un ejemplar de las santas Escrituras, impreso hacía poco tiempo en Bâle, por Juan Frobenius. Continuó toda su vida aquella lectura con la mas asidua aplicacion: siempre llevaba consigo aquel precioso volumen á todas las asambleas publicas á las que era llamado.¹ Despreciando los vanos sistemas de los escolasticos, se atenia á la simple palabra del Evangelio. Erasmo escribia entonces á Ecolampadio: "Tengo los sentimientos mas distinguidos y las esperanzas mas magnificas de Melanchton: que Cristo haga solamente que nos sobreviva largo tiempo, y eclipsará totalmente á Erasmo."² Sin embargo, Melanchton participaba de los errores de su siglo. "Me estremezco," dice en una edad avanzada de su vida, "cuando pienso en la adoracion que yo daba á las estatuas, cuando pertenecia aun al papismo."³

En 1514, de edad de 17 años, fué nombrado doctor en Filosofia, y empezó á enseñar. La gracia, el atractivo, que sabia dar á sus enseñanzas, hacía un gran contraste con el metodo falto de gusto que los doctores, y en especial los frailes, habian seguido hasta entonces. Tomó mucha parte en el combate en el que Reuchlin se hallaba comprometido

¹ Camerarius, Vita Melancht., p. 16.

² Is prorsus obscurabit Erasmus. (Er. Epp., I., p. 405.)

³ Cohorresco quandò cogito quomodo ipse accesserim ad statuas in papatu. (Explicat. Evangel.)

con los ignorantes de su siglo. De una conversacion agradable, de modales afables y elegantes, querido de todos los que le conocian, gozó pronto entre los sabios de una grande autoridad, y de una solida reputacion.

En aquel tiempo concibió el elector Federico, la idea de llamar un sabio distinguido para profesor de lenguas antiguas, á su universidad de Wittemberg; se dirigió á Reuchlin, y éste le indicó á Melanchton. Federico conoció que este joven helenista daria mucho brillo á la institucion que tan cara le era. Reuchlin, gozoso de ver presentarse tan bella perspectiva para su joven amigo, le escribió estas palabras del Eterno á Abraham: "*Sal de tu pais, de tu parentela, y de la casa de tu padre y yo ensalzaré tu nombre y serás bendito. Sí,*" continua el anciano, "espero que sucederá lo mismo contigo, mi querido Felipe, mi obra y mi consuelo." Melanchton reconoció en aquella vocacion una llamada de Dios. La universidad sintió mucho su separacion; aunque tenia en ella envidiosos y enemigos. Dejó su patria exclamando: *Cumplase la voluntad del Señor!* Tenia entonces 21 años.

Melanchton hizo el viaje á caballo, agregandose con algunos mercaderes sajones, como se suele reunir á una caravana en el desierto; porque dice Reuchlin, no conocia el pais ni los caminos.² Presentó sus respetos al elector, que se hallaba en Augsburgo. En Nuremberg vió al excelente Pirckheimer, á quien conocia ya; y en Leipzig hizo amistad con el docto helenista Mosellanus. La universidad dió en esta última ciudad un festin en su obsequio. Era un banquete verdaderamente academico, con abundancia de platos; y cada vez que presentaban uno, se levantaba uno de los profesores y dirigia á Melanchton un discurso en latin, preparado de antemano: éste improvisaba al punto una respuesta; al fin cansado de tanta elocuencia: "Ilustrisimos señores," les dijo, "permitidme que responda de una vez á todas vues-

¹ Meum opus et meum solatium. (Corp. Ref., I., 33.)

² Des Wegs und der Orte unbekannt. (Corp. Ref., I., 30.)

tras arengas ; porque no estando preparado, no podría variar tanto mis respuestas como vosotros vuestras allocuciones.” Desde entonces llegaron los platos, sin acompañamiento de discurso.¹

El joven pariente de Reuchlin, llegó á Wittemberg el 25 de Agosto, 1518, dos dias despues que Leon X. hubo firmado el breve dirigido á Cayetano, y la carta al elector.

Los profesores de Wittemberg no recibieron á Melancton con tanta consideracion como lo habian hecho los de Leipsig. La primera impresion que produjo en ellos, no correspondió á lo que se figuraban : vieron un joven que aparentaba ser aun mas joven de lo que era, de una estatura poco aventajada, de un genio corto y timido. ¿Es éste el Ilustre doctor que los mayores hombres del dia, Erasmo y Reuchlin, ensalzan tanto ?....Ni Lutero, con quien se relacionó desde luego, ni sus colegas, concibieron grandes esperanzas de él, viendo su juventud, su cortedad, y sus modales.

Cuatro dias despues de su llegada, el 22 de Agosto, pronunció un discurso de inauguracion : toda la universidad se hallaba reunida : el muchacho, como le llama Lutero,² habló con un latin tan elegante, y descubrió tanta ciencia, un entendimiento tan cultivado, y un juicio tan sano, que todos sus oyentes quedaron admirados.

Terminado el discurso, todos se apresuraron á felicitarle ; pero nadie se alegró tanto como Lutero, el cual comunicó á sus amigos los sentimientos que llenaban su corazon. “Melancton,” escribió á Spalatin el 31 de Agosto, “ha pronunciado, cuatro dias despues de su llegada, una tan sabia y bella arenga, que todos la han oido con aprobacion y sorpresa : pronto nos hemos desengañado de las ideas que habiamos formado de él por su ecsterior ; elojiamos y admiramos sus palabras ; y damos gracias al principe y á vos, por el servicio que nos habeis hecho. No pido otro maestro de

¹ Camer., Vit. Mel., 26.

² Puer et adolescentulus, si etatem consideres. (L. Epp., I, p. 141.)

lengua griega; pero temo que su delicado cuerpo no pueda soportar nuestros alimentos, y que no le conservaremos mucho tiempo, á causa de la modicidad de su sueldo. Se que los habitantes de Leipsig se jactan ya de atraerlo á su seno. Oh mi querido Spalatin! guardaos de despreciar la edad y la persona de éste joven, el cual es digno de todo honor.”¹

Melanchton se dedicó luego con mucho ardor á esplicar Homero, y la epistola de san Pablo á Tito. “Haré todos mis esfuerzos,” escribia á Spalatin, “para merecer, en Wittemberg, la estimacion de todos los que aman las letras y la virtud.”² Cuatro dias despues de la inauguracion, Lutero escribia todavía á Spalatin: “Os recomiendo muy particularmente al muy sabio y muy amable griego Felipe. Su auditorio es siempre numeroso: todos los teologos principalmente vienen á oirle: inspira tal gusto á la lengua griega que todos, grandes y chicos, se dedican á aprenderla.”³

Melanchton sabia apreciar y corresponder al afecto de Lutero. Pronto descubrió en él una bondad de caracter, una fuerza de espíritu, un valor y una sabiduria que no encontró hasta entonces en ningun hombre. Le veneró y le amó. “Si hay alguno,” decia, “á quien yo ame de lo intimo del corazon, es Martin Lutero.”⁴

Así se encontraron Lutero y Melanchton, cuya amistad se conservó hasta su muerte. No se puede admirar bastante la bondad y la sabiduria de Dios, al ver que reunia dos hombres tan diferentes, y sinembargo tan necesarios el uno al otro. Lo que Lutero tenia de ardiente, de vehemente, y fuerte, Melanchton tenia de claro, de prudente, y de afable. Lutero animaba á Melanchton, y Melanchton moderaba á Lutero:

¹ Ibid., p. 135.

² Ut Wittembergam litteratis ac bonis omnibus conciliem. (Corp. Ref., I., 51.)

³ Summos cum mediis et infimis, studiosos facit græcitatis. (L. Epp., I., 140.)

⁴ Martinum, si omnino in rebus humanis quidquam, vehementissime diligo et animo integerrimo complector. (Mel. Epp., I. 411.)

eran como las capas de materia eléctrica, que unas tienen de mas y otras de menos, y todas se atemperan mutuamente. Si Melanchton hubiese faltado á Lutero, puede ser que el rio hubiese desbordado: cuando Lutero faltó á Melanchton, éste vaciló, y aun cedió, allá donde no hubiera debido ceder.¹ Lutero hizo mucho con su fuerza y energía; y Melanchton, no hizo tal vez menos por una via mas lenta y mas pacífica. Ambos eran rectos, francos, generosos, y llenos de amor hácia la Palabra de la vida eterna, á la que sirvieron con una fidelidad y una abnegacion que no desmintieron durante su vida.

Por lo demas, la llegada de Melanchton causó una revolucion, no solo en Wittemberg, sino en toda la Alemania y entre todos los sabios. El estudio que habia hecho de los clasicos griegos y latinos, y de la filosofia, le dió un orden, una claridad, y una precision en las ideas, que derramaba, sobre todos los puntos de que trataba, una nueva luz y un encanto indecible. El dulce espíritu del Evangelio fecundaba, animaba sus meditaciones, y las ciencias mas aridas se hallaban adornadas, en sus exposiciones, de una gracia infinita que cautivaba á todos los oyentes. Desapareció la esterilidad que habia producido la escolastica en la enseñanza: un nuevo metodo de enseñar y de estudiar empezó con Melanchton. “Gracias á él,” dice un ilustre historiador aleman,² “Wittemberg llegó á ser la escuela de la nacion.”

Era en efecto muy importante que un hombre que conocia á fondo el Griego, enseñase en aquella universidad, en la que los nuevos desarrollos de la Teologia llamaban maestros y discipulos á estudiar, en la lengua original, los documentos primitivos de la fé cristiana. Desde entonces se dedicó Lutero, con celo, á este trabajo. El sentido de tal ó cual palabra griega, que habia ignorado hasta entonces, aclaraba de repente sus ideas teológicas. ¡Que alivio y que gozo no

¹ Calvino escribe á Sleidan : Dominus eum fortiore spiritu instruat, ne gravem ex ejus timiditate jacturam sentiat posteritas.

² Flank.

sintió cuando supo por ejemplo, que el termino griego *μετανοεΐα*, que, segun la iglesia Latina designaba una penitencia, una ecspiacion humana, significaba una transformacion ó una conversion del corazon! Se dispó entonces la espesa nube que cubria sus ojos. Los dos sentidos dados á dicha palabra, bastan para caracterizar las dos iglesias.

El impulso que Melanchton dió á Lutero, para la traduccion de la Biblia, es una de las circunstancias mas notables de la amistad de aquellos dos grandes hombres. En 1517 empezó ya Lutero á ensayarse en dicha traduccion: procuraba adquirir todos los libros griegos y latinos que podia; y, luego que se vió ayudado de su querido Felipe, su trabajo tomó un nuevo vuelo: él obligaba á Melanchton á tomar parte á sus indagaciones; le consultaba sobre los pasajes dificiles; y aquella obra, que debia ser uno de los grandes trabajos del reformador, avanzaba con mas prontitud y seguridad.

Melanchton, por su parte, aprendia á conocer una nueva teologia. La bella y profunda doctrina de la justificacion por la fé, le llenaba de asombro y de gozo; pero recibia con independenciam este sistema que profesaba Lutero, amoldandolo á la forma particular de su inteligencia; porque, aunque no tenia mas que 21 años, era uno de aquellos talentos precoces que adquieren antes de tiempo todas sus fuerzas.

Pronto se comunicó el celo de los maestros á los discipulos. Pensose en reformar el metodo; suprimieron, con el beneplacito del elector, ciertos cursos que solo tenian una importancia escolastica, y al mismo tiempo dieron un nuevo giro á los estudios clasicos. La escuela de Wittemberg se iba transformando, y el contraste que formaba con las demas universidades, era cada vez mas notable. Sinembargo, todavia se mantenian dentro de los limites de la Iglesia, y no se figuraban estar en visperas de una gran batalla con el papa.

IV.

Sentimientos de Lutero y de Staupitz.—Orden de comparecer.—Alarmas y animo.—El elector en casa del legado.—Salida para Augsbourg.—Permanencia en Weimar.—Nuremberg.—Llegada á Augsbourg.

LA llegada de Melanchton causó sin duda una agradable distraccion á Lutero, en momentos tan criticos para él; en los dulces desahogos de una amistad naciente, y en medio de los trabajos biblicos, á que se entregaba con nuevo celo, olvidaba sin duda, á veces, á Roma, á Prierio, á Leon, y á la corte eclesiastica, ante la cual debia comparecer. Sin embargo no eran aquellos mas que momentos fugaces; y sus pensamientos se dirigian siempre hácia el temible tribunal, al que le habian emplazado enemigos implacables. ¡ De que terrores no hubiera llenado aquella idea, á cualquiera que hubiese buscado otra cosa que la verdad! Pero Lutero no temia; lleno de fé, en la fidelidad y en el poder de Dios, se mantuvo firme y dispuesto á afrontar solo la colera de enemigos, mas terribles que los que habian encendido la hoguera de Juan Huss.

Pocos dias despues de la llegada de Melanchton, y antes que pudiese saberse la resolucion del papa, que señalaba Augsbourg, en lugar de Roma, para el emplazamiento de Lutero, éste escribió á Spalatin. “No pido,” le dice, “que nuestro soberano haga lo mas minimo en defensa de mis tesis; quiero ser entregado en manos de todos mis adversarios. Que deje estallar sobre mi toda la tempestad, lo que he emprendido defender, espero poder sostener con el auxilio de Cristo. En cuanto á la violencia, es preciso ceder á ella, pero sin abandonar la verdad.”¹

¹ L. Epp. I., p. 139.

El valor de Lutero se comunicaba. Los hombres mas tímidos, viendo el peligro en que se hallaba el testigo de la verdad, hallaban palabras llenas de fuerza y de indignacion. El prudente, el pacífico Staupitz escribió á Spalatin el 7 de Setiembre: “No dejeis de escortar al principe, vuestro amigo y el mio, á no dejarse espantar por el rugido de los leones: que defienda la verdad, sin inquietarse ni de Lutero ni de Staupitz, ni de la órden: que haya un lugar donde se pueda hablar libremente y sin temor: se que la peste de Babilonia, casi iba á decir de Roma, ataca á todo el que se opone á los abusos de los que venden á Jesucristo: yo mismo he visto precipitar del pulpito á un predicador que enseñaba la verdad, amarrarle y arrestarle á una carcel, y esto en un dia de fiesta: otros han visto cosas todavía mas crueles. Por tanto, caro amigo, procura que su Alteza persista en sus sentimientos.”¹

Llegó por fin la órden de comparecer en Augsbourg, ante el cardenal legado. Era un principe de la iglesia romana, con quien Lutero tenía que haberselas entonces. Todos sus amigos le instaron á que no partiese: ² temian que aun durante el viaje, le preparasen lazos y atentasen á su vida: algunos se ocupaban en buscar un asilo para él; y el mismo Staupitz, el tímido Staupitz, se alteró al pensar en los peligros á que iba á esponerse el hermano Martin, á quien sacó de la oscuridad del claustro, y lanzádole á un teatro agitado, que amenazaba su vida. ¡Ah! ¿no hubiera sido mejor para el pobre hermano, el haber permanecido siempre desconocido? Ya no era tiempo. Staupitz quiso á lo ménos hacer todo lo posible por salvarle, y al efecto le escribió de su convento de Salzbourg, el 15 de Setiembre, instándole á que huyera y fuera á donde él estaba. “Me parece,” le decia, “que todo el mundo está enojado y coligado contra la verdad. Jesus crucificado fué tambien aborrecido. Veo que no debeis esperar otra cosa que la persecucion. Nadie po-

Jen. Aug. I. p. 384.

² Contra omnium amicorum consilium comparui.

drá en adelante, sin permiso del papa, sondear las Escrituras, y buscar en ellas á Jesucristo, á pesar de que así lo ordena El mismo. Teneis pocos amigos, ojalá que el temor de vuestros adversarios no impidiese, aun á estos pocos, el declararse en vuestro favor! Lo mas prudente es que dejeis por algun tiempo á Wittemberg, y que vengais á donde estoy: entonces viviremos y moriremos juntos; este es tambien el consejo del principe.”¹

De varias partes recibia Lutero los avisos mas alarmantes. El conde Alberto de Mansfelt le hizo saber, que se guardara de ponerse en camino, porque algunos grandes señores habian jurado apoderarse de él y ahogarle.² Pero nada podia arredrar á Lutero, y no pensó en aceptar la oferta del vicario general. No irá á ocultarse en la oscuridad del convento de Salzbouurg; permanecerá fiel en aquel teatro tempestuoso, en que le ha puesto la mano de Dios. Perseverando á pesar de los adversarios, proclamando en alta voz la verdad en medio del mundo, es como se avanza el reino de esta verdad. ¿Porque ha de huir? No es de los que se retiran para peccer, sinó de los que guardan su fé para salvar su alma. Resuena sin cesar en su corazon esta palabra del Maestro, que quiere servir y amar mas que la vida: *El que me confesará delante de los hombres, yo lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.* Se vé, por todas partes, en Lutero y en la reformacion, aquel valor intrepido, aquella alta moralidad, aquella caridad inmensa, que la primera aparicion del cristianismo hizo ver al mundo. “Yo soy como Jeremias,” dice Lutero, en el tiempo de que tratamos, “el hombre de las disputas y de las discordias; pero cuanto mas aumentan sus amenazas, mas acrecienten mi alegria. Mi muger y mis hijos están bien provistos; mis tierras, mis casas y todos mis bienes, están en buen orden.” Han destrozado ya mi honor y mi reputacion: una sola cosa me queda, y es mi miserable

¹ L. Epp. I., p. 61.

² Ut vel stranguler, vel baptizer ad mortem. (Ibid., 129.)

³ Uxor mea et liberi mei provisi sunt. (Ibid.) Nada tenia de esto.

cuerpo ; que lo tomen ; abreviarán así mi vida de algunas horas : en cuanto á mi alma ellos no me la tomarán. El que quiere propagar la Palabra de Cristo en el mundo, debe esperar la muerte á cada instante ; porque *nuestro Esposo es un Esposo de sangre.*"¹

El elector se hallaba entonces en Augsbourg ; y, poco antes de dejar aquella ciudad y la dieta, juzgó conveniente hacer una visita al legado. El cardenal, muy satisfecho de esta atencion de un principe tan ilustre, prometió al elector, que si el fraile se presentaba ante él, le oiria paternalmente, y lo despacharia con benevolencia. Spalatin escribió á su amigo, de parte del principe, que el papa habia nombrado una comision para oirle en Alemania ; que el elector no permitiria que lo llevasen á Roma, y que debia prepararse para ir á Augsbourg. Lutero se resolvió á obedecer. El aviso que le habia comunicado el conde de Mansfelt, le indujo á pedir á Federico un salvo conducto ; este respondió que no era necesario, y le envió solamente recomendaciones, para algunos de los consejeros mas distinguidos de Augsbourg ; le hizo entregar algun dinero para su viaje, y el reformador pobre y sin defensa, partió á pie, para ir á entregarse á sus adversarios.²

¡ Que sentimientos serian los suyos al salir de Wittemberg, y dirigirse hácia Augsbourg, donde le esperaba el legado del papa ! El objeto de aquel viaje no era como el del que hizo á Heidelberg, una reunion amistosa ; iba á comparecer á la presencia del legado de Roma, sin salvo conducto ; caminaba quizá á la muerte ; pero su fé no era aparente sinó real ; así es que, con la paz que ella le daba, pudo abanzar sin temor, en nombre del Dios de los ejércitos, para dar testimonio al Evangelio.

Llegó á Weimar el 28 de Setiembre, y se hospedó en el convento de los franciscanos. Uno de los frailes no podia apartar la vista de él : era Miconius ; veía por primera vez á Lutero, queria acercarse á él, decirle que le era deudor de la

¹ Sic enim sponsus noster, sponsus sanguinum nobis est. (L. Epp., l., p. 129.) Vease el Ecsodo cap. IV., 25.

² Veni igitur pedester et pauper Augustam... (L. Opp. lat. in præf.)

paz de su alma, y que todo su deseo era trabajar con él ; pero Miconius estaba vigilado por sus superiores, y no le permitieron el hablar á Lutero.¹

El elector de Sajonia tenia entonces su corte en Weimar, y fué probablemente por esto por lo que los Franciscanos acogieron al doctor. El dia siguiente de su arribo, se celebraba la fiesta de San Miguel. Lutero dijo la misa, y aun fué invitado á predicar en la capilla del palacio ; era una gracia que su principe queria hacerle. Predicó *de capite*, en presencia de la corte, sobre el texto del dia que era sacado del evangelio segun san Mateo, cap. xviii., ver. 1 y 2. Habló con fuerza contra los hipocritas, y contra los que se jactan de su propia justicia ; pero nada habló de los angeles, aunque se acostumbrase hacerlo en el dia de San Miguel.

Aquel valor del doctor de Wittemberg, de acudir, tranquilamente y á pie, á una llamada que á tantos otros antes de él condujo á la muerte, asombraba á los que lo veian : el interes, la admiracion y la compasion réinaban en los corazones. Juan Kestner, provisor de los franciscanos, lleno de espanto á la idea de los riesgos que corria su huesped, le dijo : “ Hermano, en Augsburg hallareis italianos, sabios y sutiles antagonistas, que os darán mucho que hacer ; temo que no podais defender vuestra causa contra ellos ; os hecherán al fuégo, y sus llamas os consumirán.”² Lutero respondió con gravedad : “ Querido amigo, rogad á Dios, nuestro Señor, que está en el Cielo, diciendole un Padre nuestro por mi y por su querido Hijo Jesus, cuya causa es la mia, afin de que me proteje. Si sostiene su causa, la mia está sostenida : pero si no quiere sostenerla, seguro que no seré yo quien la sostendré, y es El quien sufrirá el oprobio.”

Lutero continuó su viaje á pie, y llegó á Nuremberg ; y, como iba á presentarse á un principe de la Iglesia, quiso vestirse convenientemente : el habito que llevaba estaba vie-

¹ Ibi Myeonius primum vidit Lutherum : sed ab accessu et colloquio ejus tunc est prohibitus. (M. Adami Vita Myconii, p. 176.)

² Profecto in ignem te conjicient et flammis exurent. (M. Adami Vita Myconii, p. 176. Myconis ref. hist., p. 30.)

jo, y ademas habia sufrido mucho en el viaje; le prestó pues otro su fiel amigo Venceslao Link, predicador de Nuremberg.

Lutero no visitó sin duda unicamente á Link, sino tambien á otros amigos de Nuremberg, tales como Scheurl, el secretario de la ciudad, el ilustre pintor Alberto Durer, á quien Nuremberg levanta actualmente una estatua, y algunos otros. Estos excelentes amigos le animaron mucho, mientras que muchos frailes y seglares se asustaban y procuraban amedrentarle, instándole á que retrocediese. Las cartas que escribió entonces de aquella ciudad, muestran el espíritu de que estaba animado. “He encontrado,” dice, “hombres pusilánimes que quieren persuadirme que no vaya á Augsbouurg; pero estoy resuelto á llegar allá. Que se cumpla la voluntad del Señor. Jesucristo reina en Augsbouurg lo mismo que entre sus enemigos. Que viva Cristo; que muera Lutero, y todo pecador, según está escrito! ¡Que sea ensalzado el Dios de mi salvacion! Pasadlo bien, perseverad, manteneos firme, porque es necesario ser reprobado ó por los hombres, ó por Dios: pero Dios es verdadero, y el hombre falaz.”¹

Link y un fraile agustino, llamado Leonardo, no pudieron decidirse á dejar partir solo á Lutero, al encuentro de los peligros que le amenazaban: conocian su caracter, y sabian que, resuelto y valiente como era, podria, quizá, no tener bastante prudencia; así es que le acompañaron ambos. Estando ya á cinco leguas de Augsbouurg, Lutero, que sin duda estaba agoviado por las fatigas del viaje y por las agitaciones de su corazon, sintió tan fuertes dolores de estomago, que creyó morir: sus dos amigos, muy inquietos, alquilaron un carro, en el cual trasportaron al doctor: llegaron á Augsbouurg el viernes, 7 de Octubre, en la noche, y se apearon en el convento de los agustinos. Lutero estaba muy cansado, pero se repuso pronto; sin duda su fé y la viveza de su espíritu, restablecieron pronto su debilitado cuerpo.

¹ Vivat Christus, moriatur Martinus... (Weismann Hist. sacr. novi Test. p. 1463.) Weismann habia leído esta carta en manuscrito. No consta en la recopilacion de M. de Wette.

V.

De Vio.—Su caracter.—Serralonga.—Conversacion preliminar.—Visita de los consejeros.—Regreso de Serralonga.—El prior.—Prudencia de Lutero.—Lutero con Serralonga.—El salvo conducto.—Lutero á Melanchton.

LUEGO que llegó Lutero á Augsbourg, y antes de ver á nadie, quiso presentar al legado todos los respetos que le eran debidos ; y, para ello, rogó á Venceslao Link, que fuese á anunciar su llegada á dicho legado ; Link lo hizo, declarando humildemente al cardenal, de parte del doctor de Wittemberg, que éste se hallaba pronto á comparacer en su presencia, cuando lo ordenase. De Vio se alegró con esta noticia ; ya tenia por fin en su poder al fogoso herege ! esperaba firmemente que el tal herege no saldria de Augsbourg como habia entrado. Al mismo tiempo que Link iba en casa del legado, el fraile Leonardo se dirigia á anunciar á Stau-pitz, la llegada de Lutero á Augsbourg. El vicario general habia escrito al doctor, que iria ciertamente á verle, luego que supiese haber llegado á dicha ciudad. Lutero no quiso retardar un instante el instruirle de su arrivo.¹

Habiendose ya cerrado la Dieta, el emperador y los electores se habian separado ; es verdad que aun no habia partido el emperador, sino que se hallaba á la caza en las cercanías ; así es que solo el embajador de Roma quedaba en Augsbourg. Si Lutero hubiese ido allá durante la permanencia de la Dieta, hubiera encontrado poderosos defensores ; pero, en la actualidad, todo parecia deber ceder al peso de la autoridad papal.

El nombre del juez ante el cual debia comparecer Lutero, no era propio para inspirarle confianza. Tomas de Vio, so-

¹ L. Epp. I., p. 144.

brenombrado Cayetano, nacido en 1469 en la ciudad de Gaeta, reino de Napoles, habia dado grandes esperanzas desde su juventud. A la edad de 16 años entró en la órden de los dominicos, contra la espresa voluntad de sus padres; y despues llegó á ser general de su orden y cardenal de la iglesia romana. Pero lo peor para Lutero era, que aquel sabio doctor era uno de los mas celosos defensores de aquella teologia escolastica, que el reformador habia tratado siempre tan implacablemente. Aseguraban que su madre, hallandose en cinta, habia soñado que santo Tomas en persona instruiria al niño que diese á luz, y le dirigiria al cielo; por lo que, cuando se hizo dominico, cambió de Vio. su nombre de Jacobo, en el de Tomas. Habia defendido con celo las prerogativas del papado y las doctrinas de Tomas de Aquino, á quien tenia per el mas perfecto de los teologos.¹ Amigo de la pompa y del fausto, tomaba casi al pie de la letra la maxima romana, de que los legados son superiores á los reyes, y en consecuencia se hacia rodear de grande aparato. El primero de agosto habia celebrado una misa solemne en la catedral de Augsbourg; y, en presencia de todos los principes del imperio, habia puesto el capelo de cardenal en la cabeza del arzobispo de Mayence, arrodillado ante el altar, y entregado al mismo emperador el sombrero y la espada consagrados por el papa. Tal era el hombre ante quien iba á comparacer el fraile de Wittemberg, vestido de un habito que ni aun era suyo. Por lo demas, la ciencia del legado, la severidad de su caracter y la pureza de sus costumbres, le aseguraban en Alemania una influencia y una autoridad, que no hubieran conseguido facilmente otros cortesanos romanos. Sin duda fué á esta reputacion de santo á la que debió su mision; sabiendo Roma que semejante reputacion sería muy útil á sus miras: asi pues, las mismas calidades de Cayetano le hacian mas temible todavia, aunque el asunto de que estaba encargado era poco complicado: Lutero

¹ Divi Thomas summa cum commentariis Thomas de Vio. Ludguni, 1587.

estaba ya declarado herege; si no queria retractarse, el legado debia encerrarle, y si se escapaba, debia excomulgar á todo el que osase darle asilo; he aquí lo que tenia que hacer, de orden de Roma, el principe de la Iglesia, ante el cual estaba emplazado Lutero.¹

Lutero habia recobrado sus fuerzas en la noche, y el sabado por la mañana, 8 de Octubre, ya repuesto de su viaje, se puso á considerar su estraña situacion: estaba sumiso, y esperaba que la voluntad de Dios se manifestase por los acontecimientos; no estuvo mucho tiempo esperando; un personaje, que le era desconocido, le avisó, como si fuera enteramente adicto á él, que iba á pasar á su casa; y que se guardase de parecer ante el legado antes de la entrevista. Aquel mensaje era de un cortesano italiano, llamado Urbano de Serralonga, que habia estado muchas veces en Alemania, como enviado del margrave de Montferrat; habia conocido al elector de Sajonia, cerca del cual habia estado acreditado, y, despues de la muerte del margrave, se habia adherido al cardenal de Vio.

Los modales y la astucia de aquel hombre hacian un visible contraste con la noble franqueza, y la generosa rectitud de Lutero. El italiano llegó pronto al monasterio de los agustinos; el cardenal le enviaba á sondear al reformador, y á prepararle á la retractacion que esperaba de él: Serralonga creía que la permanencia que habia hecho en Alemania, le daba grandes ventajas sobre los demas cortesanos de la comitiva del legado, y esperaba hacer lo que quisiese del fraile aleman; se presentó, acompañado de dos criados, y, como que daba aquel paso de sí mismo, á causa de la amistad que le inspiraba un favorito del elector de Sajonia, y de su apego á la santa Iglesia. Despues de haber hecho á Lutero las demostraciones mas cordiales, añadió afectuosamente el diplomático:

“Vengo á daros un prudente y buen consejo: adherios á la Iglesia; someteos sin reserva al cardenal; retractad vues-

¹ Bula del papa. (L. Opp. (L.) XVII., p. 174.)

tras injurias ; acordaos del abad Joaquin de Florencia que, como sabeis, dijo cosas hereticas, y sin embargo no fué declarado herege porque retractó sus errores.”

Lutero trató entonces de justificarse.—SERRALONGA :—“ ¡ Guardaos de hacerlo !...¿ quereis combatir como en un torneo al legado de su Santidad ?... ”—LUTERO :—“ Si se me prueba que he enseñado alguna cosa contraria á la iglesia cristiana, yo seré mi propio juez y me retractaré al punto : todo consiste en saber si el legado se apoya en santo Tomas, mas de lo que la fé le autoriza á ello ; si es así, yo no cederé.”—SERRALONGA.—“ ¡ Ola ! ¡ ola ! ¿ con que quereis romper lanzas ?... ”

Enseguida se puso el italiano á decir cosas que Lutero llama horribles : pretendió que se podian sostener proposiciones falsas, siempre que diesen dinero, y que llenasen las arcas ; que no era menester disputar en las universidades sobre la autoridad del papa ; que se debia afirmar al contrario que el pontifice puede, en un abrir y cerrar de ojos, mudar y suprimir articulos de fé, y otras cosas semejantes.¹ Pero el astuto italiano conoció pronto que habia sido demasiado facil en hablar, y volvió á querer persuadir á Lutero, á que se sumetiese en todo al legado, y á que retractase su doctrina, sus juramentos y sus tesis.

El doctor, que al principio dió algun credito á las encantadoras protestas del orador Urbano (como él le llama en sus relaciones), se convenció entonces que ellas se reducian á poca cosa, y que él era mas del partido del legado que del suyo : guardó pues mas reserva, y se contentó con decir, que estaba enteramente dispuesto á mostrar humildad y obediencia, y á dar satisfaccion de las cosas en que se hubiese engañado. A estas palabras, Serralonga exclamó, lleno de gozo : “ Voy á casa del legado ; y vos me seguireis ; todo irá perfectamente, y el asunto será concluido pronto...”²

¹ Et nutu solo omnino abrogare, etiam ea quæ fidei essent. (L. Epp. I., p. 144.)

² L. Opp. (L.), XVII., p. 179.

Salió, dejando al fraile Sajon, que tenia mas discernimiento que él, diciendo entre sí: “Este astuto Sinon, no ha sido muy bien instruido y adiestrado por sus Griegos.”¹ Lutero flotaba entre la esperanza y el temor; sin embargo la esperanza preponderó. La visita y las estrañas aserciones de Serralonga, á quien llama torpe² mediador, le reanimaron.

Los consejeros y demas habitantes de Augsbouurg, á quienes el elector habia recomendado Lutero, se apresuraron á ir á ver el fraile, cuyo nombre resonaba ya en toda la Alemania. Peutinger, consejero del imperio, uno de los Patrios mas distinguidos de la ciudad, que convidó muchas veces á Lutero á su mesa, el consejero Langemantel, el doctor Auerbach de Leipsig, los dos hermanos Adelmann, ambos canonigos, y muchos otros, pasaron al convento de los agustinos: saludaron cordialmente á aquel hombre ecstraordinario, que habia hecho tan largo viaje para ir á entregarse en manos de los agentes de Roma. “¿Teneis un salvo conducto?” le preguntaron.—“No,” respondió el intrepido fraile.—“¡Que audacia!” ecclamaron entonces. “Era,” dice Lutero, “una palabra razonable, para indicar mi temeraria locura.”—Todos unánimemente le suplicaron que ne fuese á ver al legado, sin un salvo conducto del mismo emperador. Es probable que el publico hubiese sabido ya algo del breve del papa, de que era portador el legado.

“Pero,” replicó Lutero, “he venido bien á Augsbouurg, sin salvo conducto y sin desgracia.”—“El elector os ha recomendado á nosotros, y debeis obedecernos y hacer lo que os decimos,” replicó Langemantel, con afecto, pero con firmeza.

El doctor Auerbach añadió á aquellas representaciones: “Sabemos que, en el fondo de su corazon, el cardenal está enojado en sumo grado contra vos.³ No se puede fiar en los italianos.”⁴

¹ Hunc Sinonem, parùm consultè instructum arte pelagã. (L. Epp. I., p. 144.) Vease Eneida de Virgilio, cantico II.

² Mediator ineptus. (L. Epp. I., p. 144.)

³ Sciunt enim eum in me exacerbatissimum intùs, quicquid simulet foris... (L. Epp. I. p. 143.)

⁴ L. Opp. (L.). XVII., p. 201.

El canonigo Adelmann insistió tambien : “ Os han enviado sin defensa, y han olvidado precisamente de proveeros de lo que mas necesitabais.”¹

Aquellos amigos, se encargaron de obtener del emperador el salvo conducto necesario. Luego dijeron á Lutero, que habia muchas personas, aun de alta clase, que se inclinaban á su favor. “ El mismo ministro de Francia, que salió hace pocos dias de Augsbourg, ha hablado de vos del modo mas honroso.”² Esta noticia hizo impresion á Lutero, y se acordó de ella mas tarde. De este modo, lo mas respetable de una de las primeras ciudades del imperio, está ya decidido por la reforma.

Estando en aquello, se presentó de nuevo Serralonga : “ Venid,” dijo á Lutero, “ el cardenal os espera ; voy á conducirlos yo mismo á él ; aprended como debeis presentaros en su presencia : cuando entreis en la sala en que está, os arrodillareis, pegando la cara contra el suelo ; cuando os diga que os levanteis, quedareis de rodillas ; y, para levantaros, esperareis tambien que os lo ordene.”³ Acordaos que vais á comparecer ante un principe de la Iglesia : por lo demas, nada temais ; todo se concluirá pronto y sin dificultad.”

Lutero, que habia prometido á aquel italiano, que le seguiria luego que le invitase, se halló embarazado ; sin embargo, no vaciló en comunicarle un consejo de sus amigos de Augsbourg, y le habló de un salvo conducto.

“ Guardaos de pedirlo,” replicó al punto Serralonga, “ no teneis necesidad de él ; el legado está bien dispuesto á terminar la cosa amigablemente ; si pedis un salvo conducto, lo hechareis todo á perder.”⁴

“ Mi Ilustre amo, el elector de Sajonia,” respondió Lutero, “ me ha recomendado á muchos hombres honrados de esta ciudad ; ellos me aconsejan que nada emprenda sin salvo con-

¹ L. Opp. (L.), XVII., p. 203.

² Seckend., p. 114.

³ Seckend., p. 130.

⁴ L. Opp. (L.), 179.

ducto ; debo seguir su consejo ; porque, si no lo hago y su-
ceda alguna cosa, ellos escribirán al elector, que yo no he
querido escucharles.”

Lutero se mantuvo en su resolucion, y Serralonga se vió
obligado á volver hácia su gefe, para manifestarle el escollo
en que habia tropezado su mision, cuando se lisonjeaba de
verla coronada de un buen escito.

Así se terminaron las conferencias de aquel dia con el ora-
dor de Montferrat.

Otra invitacion hicieron tambien á Lutero, pero con inten-
cion bien diferente. El prior de los carmelitas, Juan Frosch,
era su antiguo amigo, y dos años antes habia sostenido tesis,
como licenciado en teologia, bajo la presidencia de Lutero :
fué pues á verle, y le suplicó encarecidamente que pasase en
su convento ; reclamaba el honor de tener por huesped al
doctor de Alemania : ya no temian el obsequiarle á la faz de
Roma ; ya el debil se habia transformado en el mas fuerte ;
Lutero aceptó, y pasó del convento de los agustinos al de los
carmelitas.

No se acabó el dia sin que hiciese serias reflexiones : las
solicitaciones de Serralonga, y los temores de los consejeros,
le hacian ver á un mismo tiempo la posicion difícil en que se
hallaba ; no obstante tenia por protector al Dios que está en
el cielo, y, guardado por él, podia dormir sin susto.

El dia siguiente, era el domingo, 9 de Octubre ; hubo un
poco mas de reposo ; sin embargo, Lutero tuvo que sufrir
otro genero de fatiga : no se trataba en toda la ciudad mas
que del doctor Lutero ; y todo el mundo queria ver, como
escribe él mismo á Melanchton, á este nuevo Erostrato, que
habia causado tan inmenso incendio.¹ “ Las gentes iban á su
encuentro, y el buen doctor se sonreía sin duda de aquella
curiosidad.

Debia tambien sufrir otra especie de importunidad. Si es-

¹ Omnes cupiunt videre hominem, tanti incendii Herostratum. (L.
Epp. I., p. 146.)

taban desgozos de verle, lo estaban aun mas de oirle ; por todas partes le pedian que predicase. Lutero no tenia mayor gozo que el de anunciar la Palabra : se hubiera complacido en predicar á Jesucristo en aquella gran ciudad, y en las solemnes circunstancias en que él se hallaba ; pero guardó en aquella ocasion, como en muchas otras, los justos miramientos y el respeto debido á sus superiores : negose pues á predicar, por temor de que no creyese el legado, que lo hacia por causarle pena y por ofenderle. Aquella moderacion y aquella prudencia valian, sin duda, tanto como un sermón.

Entre tanto, los familiares del cardenal no le dejaban en paz ; ellos volvieron á la carga, y le dijeron : “ El cardenal os asegura toda su gracia y su favor, ¿ y porque temeis ? ” con mil otras razones procuraban hacer que se decidiese á presentarse al cardenal. “ Es un padre lleno de misericordia, ” le dijo uno de los enviados ; pero otro le dijo al oido : “ No creais lo que os dicen ; no guarda su palabra. ”¹ Lutero se mantuvo firme en su resolucion.

El lunes, por la mañana, 19 de Octubre, Serralonga volvió al ataque ; el cortesano habia tomado á pecho el triunfar en su negociacion : apenas se presentó á Lutero, cuando le dijo en latin : “ Porque no vais al palacio del cardenal ?..... os espera con la mayor benignidad : despues de todo, solo se trata de seis letras : *REVOCA*, retracta. Venid, nada teneis que temer. ”

Lutero recapacitó que aquellas seis letras eran muy importantes ; pero, sin entrar en una discusion profunda, respondió : “ Luego que tenga el salvo conducto, compareceré. ” Serralonga se encolerizó al oir tales palabras ; insistió, solicitó de nuevo ; pero halló á Lutero inflexible : entonces, mas colerico aun, exclamó “ ¿ Tú crees sin duda que el elector tomará las armas en tu favor, y que se espondrá por tí á perder el pais que recibió de sus padres ? ” — LUTERO. — “ Dios me guarde ! ” — SERRALONGA. — “ Abandonado de todos, ¿ donde

¹ L. Epp. (L.) XV11., p. 205.

te refugiaras?"—LUTERO, *elevando hácia lo alto su mirada llena de fé*: "DEBAJO DEL CIELO."

Serralonga permaneció un instante silencioso, tocado de aquella sublime respuesta, que no esperaba; y luego continuó así "¿Que harías si tuvieses en tu poder al legado, al papa, y á todos los cardenales, así como ellos te tienen ahora á tí?"—LUTERO.—"Les tributara todo respeto y honor; pero la Palabra de Dios es para mí antes que todo."—SERRALONGA, riendo, y moviende uno de sus dedos á la manera italiana; "¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡todo honor!... no creo nada..." Luego salió y no volvió mas á casa de Lutero; pero se acordó mucho tiempo de la resistencia que encontró en el reformador, y de la que su mismo amo debia tambien experimentar pronto. Mas tarde le veremos pidiendo á gritos la sangre de Lutero.

No hacía mucho tiempo que Serralonga se habia separado del doctor, cuando éste recibió enfin el salvo conducto que deseaba; sus amigos lo habian obtenido de los consejeros del imperio. Es probable que estos hubiesen consultado el asunto con el emperador, que no estaba lejos de Augsbourg; y, aun podria creerse de lo que el cardenal dijo despues, que no queriendo ofenderle, le pidieron su consentimiento; quizá tambien, por esto mismo, hizo de Vio sondear á Lutero por Serralonga, porque, oponerse abiertamente á que se le diese un salvo conducto, hubiera sido revelar las intenciones que querian tener ocultas: hubiera sido mas seguro inducir á Lutero á que se desistiera por sí mismo de su peticion; pero conocieron pronto, que el fraile sajón no era hombre que se doblegaba.

Enfin Lutero va á comparecer. Al pedir un salvo conducto, no pretendió apoyarse en un brazo carnal, porque sabia muy bien que un salvo conducto imperial no salvó de las llamas á Juan Huss; creyó solamente hacer su deber, sometiéndose á los consejos de los amigos de su amo. El Eterno decidirá. Si Dios le pide su vida, está pronto á darsela alegramente. En aquel momento solemne, siente la necesidad

¹ Et ubi manebis? Respondi: Sub cælo. (L. Opp. in præf.)

de entretenerse aun con sus amigos, principalmente con aquel Melanchton, tan caro ya á su corazon; y aprovecha algunos instantes de soledad para escribirle.

“Comportate como hombre,” le dice, “como acostumbras hacerlo. Enseña á nuestra cara juventud lo que es recto y segun Dios. En cuanto á mí, voy á ser imolado para tí y para ella, si es la voluntad del Señor.¹ Mas quiero morir y aun, lo que seria para mí la mayor desgracia, estar privado eternamente de tu dulce sociedad, que retractar lo que he debido enseñar, y perder así, quizá por mi falta, los escelentes estudios á los que nos dedicamos actualmente.

“La Italia está sumergida, como en otro tiempo el Egipto, en tinieblas tan espesas, que se pueden tocar con la mano. Todos ignoran á Cristo, y todo lo que tiene relacion con él; y, sin embargo, ellos son nuestros señores y amos, en cuanto á la fé y á las costumbres. Así la colera de Dios se cumple en nosotros, como dice el profeta: *Les daré juvenes por governantes y los niños dominaran sobre ellos.* Comportate bien segun el Señor, mi querido Felipe, y aleja la colera de Dios por medio de ardientes y puras oraciones.”

Habiendo sido informado el legado, de que Lutero debia comparecer ante él, el dia siguiente convocó los Italianos y los Alemanes de su mayor confianza, afin de convenir en el modo de proceder con el fraile sajón. Las opiniones fueron varias: es menester, decia uno, obligarle á que se retracte: es menester hecharle mano, decia otro, y encerrarle: otro pensó que era mejor desacerse de él; y otro que se debia procurar ganarle con dulzura y bondad: parece que el cardenal adoptó desde luego el ultimo parecer.²

¹ Ego pro illis et vobis vado immolari...(L. Epp. I., p. 146.)

² L. Opp. (L.)X VII., p. 183.

VI.

Primera comparecencia.—Primeras palabras.—Condiciones de Roma.—Proposiciones presentadas para su retractacion.—Respuesta de Lutero;—él se retira.—Impresion causada en ambas partes.—Llegada de Staupitz.—Comunicacion al legado.

LLEGÓ por fin el dia de la conferencia, que fué el martes, 11 de Octubre. Sabiendo el legado que Lutero habia declarado, estar pronto á retractar lo que le probasen ser contrario á la verdad, estaba lleno de esperanza, no dudando que seria facil, á un hombre de su clase y de su saber, el conducir al fraile á la obediencia de la Iglesia.

Lutero pasó al palacio del legado, acompañado del prior de los carmelitas, su hospedero y amigo, de dos hermanos de dicho convento, del doctor Link y de un agustino, probablemente el que habia ido de Nuremberg con él. Apenas hubo entrado en el palacio del legado, cuando todos los Italianos, que formaban su comitiva, se acercaron á él; todos querian ver al famoso doctor, y se agrupaban tanto á su alrededor, que tenia trabajo para avanzar. Lutero encontró al nuncio apostolico y á Serralonga, en la sala en que le esperaba el cardenal. El recibimiento fué frio, pero atento, y conforme la etiqueta romana. Lutero, siguiendo el consejo que le habia dado Serralonga, se prosternó ante el cardenal; cuando éste le dijo que se levantara, se quedó de rodillas; y á una nueva orden del legado, se levantó enteramente. Muchos de los Italianos mas distinguidos y adictos al legado, penetraron en la sala para asistir á la entrevista; deseaban mucho ver al fraile aleman humillarse ante el representante del papa.

El legado guardó silencio. Aborrecia á Lutero, como adversario de la supremacia teologica de santo Tomas, y gefe de un partido nuevo, activo, contrario, en una universidad naciente, cuyos primeros pasos inquietaban mucho á los tomistas. Se complacia en ver humillado á Lutero en su presencia, y pensaba que éste iba á cantar la palinodia, dice un contemporaneo. Lutero, por su parte, aguardaba humildemente, que el principe le dirigiera la palabra; pero, viendo que no lo hacía, tomó su silencio por una invitacion á hablar el primero, y lo hizo en estos terminos:

“Dignisimo Padre, en virtud del emplazamiento de su Santidad Pontificia, y á petición de mi Ilustre Señor, el elector de Sajonia, comparezco ante Vuestra Eminencia, como un hijo sumiso y obediente de la santa Iglesia Cristiana, y confieso que soy yo quien he publicado las proposiciones y tesis de que se trata. Estoy pronto á escuchar obedientemente aquello de que se me acusa, y si me he engañado, á dejarme instruir segun la verdad.”

El cardenal, queriendo parecer un padre tierno y compasivo para un hijo ecstraviado, tomó entonces el tono mas amistoso; alabó la humildad de Lutero; le manifestó todo su gozo, y le dijo: “Caro hijo, tu has sublevado toda la Alemania con tus doctrinas sobre las indulgencias; he sabido que eres un doctor muy sabio en las Escrituras, y que tienes muchos discipulos; por lo que, si quieres ser miembro de la Iglesia, y hallar en el papa un señor benevolo, escuchame.”

Despues de este ecsordio, no titubeó el legado en manifestar de golpe á Lutero todo lo que esperaba de él; tanta era la confianza que tenia en su sumision: “He aquí,” le dijo, “tres articulos que, por orden de nuestro Santisimo Padre, el papa Leon X., debo presentarte; Primeramente, es menester que entres en tí mismo, que reconozcas tus faltas y que retractes tus errores, tus proposiciones y tus discursos; y, en segundo lugar, debes prometer abstenerte en adelante de divulgar tus opiniones: y, en tercer lugar, es menester

que te obligues á ser mas moderado, y á evitar todo lo que pueda causar trastorno en la Iglesia.”

LUTERO.—“ Pido, Dignísimo Padre, que se me comunique el breve del papa, por el que habeis recibido pleno poder para tratar este asunto.”

Serralonga y los demas italianos, de la comitiva del cardenal, se admiraron al oír semejante peticion, y, aunque el fraile aleman les parecia ser un hombre muy extraño, no podian desechar el asombro, que les causó aquella palabra tan atrevida. Los cristianos, acostumbrados á las ideas de justicia, quieren que se obre justamente hácia los demas y hácia sí mismos; pero, los que obran habitualmente de un modo arbitrario, se sorprenden cuando se les pide que obren conforme á las reglas, formas y leyes.

DE VIO.—“ Esa peticion, carísimo hijo, no puede ser concedida: debes reconocer tus errores, tener cuidado en lo sucesivo con tus palabras, y no reincidir en las mismas faltas, de suerte que podamos dormir sin inquietud ni cuidado; entonces, segun la orden y la autoridad de nuestro Santísimo Padre el papa, yo arreglaré el asunto.”

LUTERO.—“ Dignaos pues hacerme conocer en que he podido haber errado.”

Al oír esta nueva peticion, los cortesanos italianos, que esperaban ver al pobre aleman pedir misericordia de rodillas, se asombraron aun mas que antes. Ninguno de ellos hubiera querido abajarse á responder á una peticion tan impudente; pero de Vio, que creia haber poca generosidad en aplastar con el peso de toda su autoridad, aquel infeliz fraile, y que confiaba ademas en su ciencia para conseguir facilmente una victoria, consintió en manifestar á Lutero los hechos de que le acusaban, aun en entrar en discusion con él. Es menester hacer justicia á aquel general de los dominicos, reconociendo en él mas equidad, mas miramientos y menos pasion, que otros en iguales circunstancias. Tomando un tono de condescendencia le dijo: “ ¡ Carísimo hijo! he aquí dos proposiciones que has

avanzado, las que debes retractar ante todo: 1ª. El tesoro de las indulgencias no se compone de los meritos y sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo. 2ª. El hombre que recibe los santos sacramentos, debe tener fé en la gracia que se le ofrece.”

Estas dos proposiciones daban, en efecto, un golpe mortal al trafico romano. Si el papa no tenia poder para disponer á su gusto de los meritos del Salvador; si, recibiendo los billetes que negociaban los corredores de la Iglesia, no se recibia una parte de la justicia infinita, dichos papeles perdian todo su valor, y no se debia hacer mas caso de ellos que de cualquier otro pedazo de papel. Otro tanto se puede decir de los sacramentos. Las indulgencias eran mas ó menos un ramo ecstraordinario del comercio de Roma, y los sacramentos eran su comercio habitual: las entradas que producian no eran pequeñas: pretender que era necesaria la fé, para que los tales sacramentos fuesen verdaderamente utiles al alma cristiana, era privarles de todo su atractivo á los ojos del pueblo: porque no es el papa quien dá la fé; ella está fuera de su poder y procede solo de Dios: declararla necesaria, era pues arrancar del poder de Roma la especulacion y todas sus utilidades. Lutero, atacando ambas doctrinas, imitó á Jesucristo, el cual, desde el principio de su ministerio derribó las mesas de los cambistas y hechó fuera del templo á los mercaderes: *No hagais de la casa de mi Padre un lugar de mercado*, dijo Jesucristo.

“Para combatir estos errores,” continuó Cayetano, “no quiero invocar la autoridad de santo Tomas y demas doctores escolasticos; no quiero apoyarme mas que en la santa Escritura, y hablar contigo amistosamente.”

Pero apenas comenzó de Vio á desenvolver sus pruebas, cuando se separó de la regla que dijo queria seguir.¹ Combatió la primera proposicion de Lutero por una Ecstravagante² del papa Clemente, y la segunda con todo genero de

¹ L. Opp. (L.), XVII., p. 180.

² Así llaman ciertas constituciones de los papas, recogidas é incertadas al cuerpo del derecho del canon.

opiniones de los escolásticos. La discusión se estableció, desde luego, sobre la constitución del papa en favor de las indulgencias. Lutero, indignado de ver cuanta autoridad atribuía el legado á un decreto de Roma, exclamó: “Yo no puedo recibir tales constituciones como pruebas suficientes para cosas tan grandes; porque ellas alteran la santa Escritura, y no la citan jamás al caso.”—DE VIO.—“El papa tiene autoridad y poder sobre todas las cosas.”—LUTERO, con viveza: “¡Menos sobre la Escritura!”¹—DE VIO, burlándose: “¡Menos sobre la Escritura!...¿No sabéis que el papa es superior á los concilios? recientemente aun ha condenado y castigado al concilio de Bâle.”—LUTERO.—“La universidad de Paris ha apelado sobre eso.”—DE VIO.—“Los señores de la universidad de Paris recibirán la pena.”

La discusión entre el cardenal y Lutero siguió después sobre el segundo punto, es decir sobre la fé, que Lutero declaraba ser necesaria para que fuesen útiles los sacramentos. Lutero, según acostumbraba, citó muchos pasajes de la Escritura en favor de la opinión que sostenía; pero el legado los acogió con carcajadas. “Sin duda habláis de la fé general,” dijo.—“No!” respondió Lutero.

Uno de los italianos, maestro de ceremonias del legado, enfadado de la resistencia de Lutero, y de sus respuestas, deseaba ardientemente hablar; á cada instante quería tomar la palabra, pero el legado le imponía silencio: al fin hubo de reprehenderle tan fuertemente, que el maestro de ceremonias salió de la sala todo confuso.²

“En cuanto á las indulgencias,” dijo Lutero al legado, “si se puede mostrarme que me engaño, estoy pronto á dejarme instruir; en este punto se puede disimular algo sin ser mal cristiano; pero en cuanto al artículo de la fé si yo cediese lo mas mínimo, sería renegar de Jesucristo; no puedo pues ni quiero ceder sobre esto, y, con la gracia de Dios, no cederé jamás.—DE VIO, empezando á enojarse.—“Que quieras ó no quieras, es menester que hoy mismo retractes

¹ Salvá Scripturá.

² L. Opp. (L.), XVII., p. 180.

este artículo, ó sinó, por solo él, voy á condenar toda tu doctrina.”—LUTERO :—“ No tengo mas voluntad que la del Señor ; él hará de mí lo que quiera ; pero, aun cuando tuviese mil cabezas, preferiria perderlas todas, antes que retractar el testimonio que he dado á la santa fé de los cristianos,”—DE VIO :—“ No he venido aquí á disputar contigo ; retracta, ó prepárate á sufrir las penas que has merecido.”¹

Bien vió Lutero que era imposible terminar la cosa en una conversacion ; su adversario estaba delante de él lo mismo que si hubiese sido el mismo papa, y pretendia que él (Lutero) aceptase humildemente todo lo que le dijese, mientras que el mismo cardenal no oía sus respuestas, por mas fundadas que fuesen en la santa Escritura, sino levantando los hombros y manifestando con sus gestos la ironía, y el desprecio : creyó por tanto, que el partido mejor seria responder por escrito al cardenal : este medio, decia Lutero entre sí, proporciona á lo menos un consuelo á los oprimidos ; otros podrán juzgar del asunto, y el injusto adversario, que con sus clamores queda dueño del campo de batalla, puede ser atemorizado.²

Habiendo manifestado Lutero la intencion de retirarse, le dijo el legado : “ ¿ Quieres que te dé un salvo conducto para ir á Roma ?”

Hubiera querido Cayetano que Lutero aceptara aquella oferta, porque se hubiera librado de una tarea, cuyas dificultades empezaba á tocar, y entonces Lutero y su heregía hubieran caído en manos que habrian sabido dar buena cuenta ; pero el reformador, que leía todos los peligros de que estaba cercado, aun en Augsbourg, se guardó bien de aceptar una proposicion que hubiera tenido por resultado entregarle, atado de pies y manos, á la venganza de sus enemigos : la rechazó pues todas las veces, y fueron muchas, que plugo á de Vio renovarla. El legado disimuló la pena

¹ L. Opp. (L.), XVII., p. 180, 183, 206, etc.

² Ibid., p. 209.

que le causaba la negativa de Lutero, apelando á su dignidad, y despidió al fraile con una sonrisa de compasion, con la que procuraba ocultar su desengaño, y al mismo tiempo con la urbanidad de un hombre que espera obtener mejor resultado en otra ocasion.

Al pasar Lutero por el patio del palacio, se le acercó el italiano charlatan, maestro de ceremonias, á quien las reprimendas de su Señor habian obligado á salir de la sala de la conferencia, gozoso de poder hablar, lejos de la mirada de Cayetano, y ardiendo en deseos de confundir con sus luminosas razones al abominable herege, empezó atacarle con sus sofismas, sin dejar de andar; pero Lutero, fastidiado de aquel tonto personaje, le respondió con una de aquellas palabras mordaces que le ocurrían tan amenudo, y el pobre maestro de ceremonias, avergonzado, se retiró en el palacio del cardenal.

Lutero no habia formado muy alta idea de su adversario, á quien oyó, segun escribió despues á Spalatin, proposiciones que eran enteramente contrarias á la teologia, y que en boca de otro hubieran sido consideradas como archiheréticas: sinembargo, de Vio era reputado como el mas docto de los dominicos; y el segundo despues de él era Prierio: "De aquí se puede inferir," dice Lutero, "lo que debían ser los de la decima ó centesima clase!"¹

Por otra parte, el modo noble y decidido del doctor de Wittemberg, habia sorprendido mucho al cardenal y sus cortesanos. En lugar de un pobre fraile pidiendo perdon por favor, encontraron un hombre libre, un cristiano firme, un doctor instruido, que pedia que apoyasen con pruebas las injustas acusaciones, y que defendía victoriosamente su doctrina. Todos estaban escandalizados en el palacio de Cayetano del orgullo, de la obstinacion y de la impudencia del herege. Lutero y de Vio aprendieron á conocerse mutuamente, y ambos se preparaban para su segunda entrevista.

Una sorpresa muy agradable esperaba á Lutero, á su

¹ L. I., p. 173.

vuelta, al convento de los carmelitas; el vicario general de la orden de los agustinos, su amigo, su padre, Staupitz, habia llegado en Augsbourg. No habiendo podido impedir que Lutero pasara á dicha ciudad, Staupitz daba á su amigo una nueva y tierna prueba de su afecto trasladandose él mismo allá con la esperanza de serle util. Aquel excelente hombre preveía, que la conferencia con el legado tendria las mas graves consecuencias; y la amistad que profesaba á Lutero le causaba temores. Despues de una sesion tan penosa, fué un gran alivio, para el doctor, el estrechar en sus brazos á un amigo tan querido. Le refirió como le habia sido imposible conseguir una respuesta que valiese algo, y como se habia contentado el legado con escigir de él una retractacion, sin haber tratado de convencerle.—“Es preciso,” dijo Staupitz, “responder al legado por escrito.”

Por lo que acababa de saber de la primera entrevista, Staupitz no esperaba nada de bueno de las demas; resolviase pues á un acto que juzgó ya necesario; se decidió á desatar á Lutero de la obediencia hácia su órden; de este modo creia Staupitz conseguir dos objetos: si, como todo parecia indicarlo, sucumbia Lutero en aquel asunto, evitaba que la vergüenza de su condenacion manchase la órden; y, si el cardenal le mandaba que obligase á Lutero al silencio ó á la retractacion, tendria un pretexto para no hacerlo.¹ La ceremonia se efectuó en las formas acostumbradas. Lutero conoció todo lo que debia esperar en lo sucesivo; su alma se conmovió vivamente al ver rotos los lazos que formó en la ecsaltacion de su juventud; la órden que escogió le desecha; sus protectores natos le abandonan, y llega á ser extraño á sus mismos hermanos; sin embargo, aunque estos pensamientos habian entristecido su corazon, recobró toda su alegria, pensando en las promesas del Dios fiel que ha dicho: *Yo no te desampararé; yo no te abandonaré.*

Cuando los consejeros del emperador hicieron saber al

¹ Darinn ihn Dr. Staupitz von dem Kloster-Gehorsam absolvirt. (Math. 15.)

Reformation bp.

legado, por conducto del obispo de Trento, que Lutero estaba provisto de un salvo conducto imperial, y que nada intentase contra él, de Vio se enfureció y contestó bruscamente con estas palabras enteramente romanas: "Está bien; pero yo haré lo que manda el papa."¹ Sabemos lo que el papa había mandado.

¹ L. Opp. (L.), XVII, 201.

VII.

Segunda comparecencia.—Declaracion de Lutero.—Respuesta del legado.—
Volubilidad del legado.—Peticion de Lutero.

EL dia siguiente, miercoles 12 de Octubre, se prepararon en ambas partes para la segunda entrevista que parecia deber ser decisiva. Los amigos de Lutero resueltos á acompañarle al palacio del legado, se fueron al convento de los carmelitas; el decano de Trento, Peutinger, los dos consejeros del emperador, y Staupitz, llegaron sucesivamente: poco despues el doctor tuvo la alegria de ver reunidos á ellos el caballero Felipe de Feilitzsch y el doctor Ruhel, consejeros del elector, que habian recibido orden de su amo, para asistir á las conferencias y proteger la libertad de Lutero. Ellos debian estar á su lado, dice Mathesius, como el caballero de Chlum estuvo al lado de Juan Huss en Constanza. El doctor tomó ademas un notario; y, acompañado de todos sus amigos, pasó al palacio del legado.

En aquel momento Staupitz se acercó á Lutero, conociendo su situacion, y sabiendo que si su mirada no estaba fija en el Señor, que es el rescate de su pueblo, debia sucumbir; y con tono grave le dijo: “Querido hermano, tened siempre presente que habeis emprendido estas cosas en el nombre del Señor Jesucristo.” Así rodeaba Dios, á su humilde servidor de consuelos y estímulos.

Lutero encontró un nuevo adversario en el palacio del legado; era el prior de los dominicos de Augsbourg, que estaba sentado al lado de su gefe. Lutero, conforme la resolucion que habia tomado, habia escrito su respuesta; y, des-

¹ Seckend, p. 137.

pues de los saludos de costumbre, leyó con voz fuerte la declaración siguiente :

“Declaro, que venero la santa Iglesia romana, y que seguiré en venerarla. He buscado la verdad en las discusiones publicas, y todo lo que he dicho, tengo, aun en este momento, por justo, verdadero y cristiano. Sinembargo soy hombre y puedo engañarme ; por lo que estoy dispuesto á dejarme instruir y corregir, en las cosas en que he podido haber errado. Declaro estar pronto á responder, de palabra ó por escrito, á todas las objeciones y á todas las recomenciones que pueda hacerme el señor legado. Declaro estar pronto á someter mis tesis á las cuatro universidades de Bâle, de Fribourg en Brigau, de Lovaina y Paris, y á retractar lo que ellas declaren erroneo. En una palabra, estoy pronto á todo lo que se puede ecsigir de un cristiano. Però protesto solemnemente contra el giro que se ha querido dar á este asunto, y contra la estraña pretension de obligarme á retractarme sin haber sido refutado.”¹

Nada mas equitativo sin duda que estas proposiciones de Lutero, las que debian embarazar mucho al juez, á quien se habia prescrito de antemano la sentencia que debia dar. El legado, que no esperaba semejante protesta, procuró ocultar su turbacion, afectando reir de ella y revistiendose de la mayor dulzura. “Esta protesta,” dijo á Lutero sonriendo, “no es necesaria ; no quiero discutir contigo, ni en publico ni en privado ; pero deseo arreglar el asunto con bondad y como un padre.” Toda la politica del cardenal consistia, en dejar en un lado las severas formas de la justicia, que protege á los que son perseguidos, y en tratar la cosa como un asunto de administracion entre un superior y un inferior : via comoda que abre á la arbitrariedad el campo mas vasto.

Continuando de Vio, con el tono mas afectuoso, dijo : “Caro amigo, te ruego que abandones tu inutil intento ; entre mas bien en tí mismo, reconoce la verdad ; y estoy pronto á reconciliarte con la iglesia y con el soberano obispo.

¹ Löscher, 2, 463. L. Opp. (L.), XVII., 181, 209.

Retraçta amigo, retracta, tal es la voluntad del papa. Que quieras ó no quieras, poco importa! Te seria dificil dar coces contra el aguijon..."

Lutero, que se veia tratado como un hijo rebelde y ecscluido de la Iglesia, ecsclamó: "No puedo retractarme! pero prometo responder por escrito; ayer debatimos bastante."¹

De Vio se enojó de esta espresion, que le recordaba que no habia obrado con bastante prudencia pero se repuso y dijo sonriendose:

"¡Debatir! caro hijo, yo no he debatido contigo, ni quiero tampoco debatir: pero estoy pronto, por complacer al serenissimo elector Federico, á oírte y ecsortarte amistosa y paternalmente."

Lutero no comprendió por que se escandalizó tanto el legado, de la espresion que habia usado; porque, decia, si yo no hubiera querido hablar cortesmente, hubiera debido decir, no debatir, sinó disputar y querellar; pues esto es verdaderamente lo que hicimos ayer.

Sinembargo, de Vio, que conocia que en presencia de los testigos respetables que asistian á la conferencia, era menester aparentar, á lo menos, que trataba de convencer á Lutero, volvió á las dos proposiciones que le habia señalado como errores fundamentales, bien decidido á dejar hablar al reformador lo menos posible. Valido de su volubilidad italiana, le abrumba de objeciones, y no da lugar á las respuestas; ya chancea, ya sermonea; tan pronto declama con un fervor apasionado, haciendo una mezcla de cosas las mas disparatadas, y citando á santo Tomas y á Aristoteles; grita y se enfurece contra todos los que no piensan como él: apostrofa á Lutero; éste quiere tomar la palabra muchas veces, pero el legado le interrumpe al punto, y le llena de amenazas: retractacion! retractacion! es todo lo que pide de Lutero; vocea, manda, quiere hablar solo.² Staupitz trató de conte-

¹ Digladiatúm, bataillé. (L. Fpp., I., p. 181.)

² L. Opp. (L.), XVII., p. 181, 209. Decies ferè capí u: loquerer, toties rursùs tonabat et solus regnabat.

ner al legado: "Dignaos, permitir," le dijo, "que el doctor Martin tenga tiempo de responderos." Mas el legado recommenzó sus discursos; citó las *ecstravagantes* y las opiniones de santo Tomas; estaba decidido á perorar durante la entrevista; no pudiendo convencer á su adversario, ni atreverse á condenarlo, quiere á lo menos aturdir, embrollar.

Lutero y Staupitz vieron claramente que era menester renunciar á la esperanza, no solo de instruir á de Vio en una discusion, sino tambien á hacer una profesion de fé util: Lutero volvió pues á la demanda que hizo al principio de la sesion, y la que fué eludida entonces por el cardenal; ya que no se le permitia hablar, pedia, que á lo menos, se le permitiese escribir y entregar su respuesta escrita al legado. Staupitz lo apoyó, muchos otros asistentes unieron sus instancias á las de él, y Cayetano, á pesar de toda su repugnancia á lo escrito, porque sabia que los escritos permanecen, consintió por fin en ello. Asi se separaron, viendo postergada la esperanza que tenian de terminar el asunto en aquella conferencia; era preciso esperar los resultados de la siguiente.

El permiso que dió á Lutero el general de los dominicos, para tomar tiempo de responder por escrito sobre las dos acusaciones claramente pronunciadas por él, tocante á las indulgencias y la fé, no era mas que mera justicia; y sinembargo debemos agradecer á de Vio, como una prueba de moderacion é imparcialidad.

Lutero salió del palacio del cardenal, contento por habersele concedido su solicitud. Tanto á la ida como á la vuelta, fué el objeto de la atencion publica. Todos los hombres instruidos se interesaban en su asunto, como sí hubiesen debido ser juzgados ellos mismos; conocian que la causa que se litigaba entonces en Augsbourg, era la del Evangelio, de la justicia y de la libertad: la plebe solamente estaba por Cayetano, y ella dió sin duda al reformador algunas pruebas significativas porque éste se apercibió de ello.¹

¹ L. Opp. (L.), XVII. p. 186.

Cada vez se hacía mas evidente, que el legado no queria oír de Lutero mas que esta Palabra: "Retracto;" y Lutero estaba resuelto á no pronunciarla. ¿Cual será el resultado de una lucha tan desigual? ¿Como creer que todo el poder de Roma, en pugna contro un solo hombre, no conseguirá aplastarlo? Lutero vé esto; siente el peso de aquella terrible mano, bajo la cual ha ido á ponerse; pierde la esperanza de volver jamas á Wittemberg, de volver á ver á su querido Felipe, de hallarse otra vez en medio de aquella generosa juventud, en cuyos corazones amaba tanto esparcir las semillas de la vida; vé la ecscomunion suspendida sobre su cabeza, y no le queda ninguna duda de que ella le alcanzará pronto; ¹ estas previsiones afligen su alma, pero no la abaten; su confianza en Dios no se altera; Dios puede romper el instrumento que ha tenido á bien emplear hasta entonces, pero él sostendrá la verdad; suceda lo que sucediere, Lutero debe defenderla hasta el fin. Dedicose pues á preparar la protesta que queria presentar al legado; parece que consagró á este trabajo, una parte del dia 13.

¹ L. Opp. (L.), XVII., p. 185.

VIII.

Tercera comparecencia.—Tesoro de las indulgencias.—La fé.—Humilde petición.—Respuesta del legado.—Replica de Lutero.—Colera del legado.—Lutero sale.—Primera defeccion.

El viernes, 14 de Octubre, volvió Lutero al palacio del cardenal, acompañado de los consejeros del elector: los italianos le rodearon como siempre, y asistieron en gran número á la conferencia: avanzó Lutero y presentó al legado su protesta; los familiares del cardenal veían con asombro aquel escrito, tan atrevido á su entender. Hé aquí lo que el doctor de Wittenberg declaraba en él á su amo: ¹

“ Vos me atacais sobre dos puntos: desde luego me oponéis la constitucion del papa Clemente VI., en la que se dice, que el tesoro de las indulgencias es el merito del Señor Jesucristo y de los santos, lo que yo niego en mis tesis.

“ Panormitanus,” (Lutero designaba con este nombre á Ives, autor de la famosa recopilacion del derecho eclesiastico intitulado: *Panormia*, y obispo de Chartres al fin del oncenno siglo,) Panormitanus declara, en su primer libro, que, en lo concerniente á la santa fé, no solo un concilio general, sino cualquier fiel es superior al papa, si puede citar las declaraciones de la Escritura, y mejores razones que las del papa. ¹ La voz de nuestro Señor Jesucristo es superior á las de todos los hombres, cualquiera que sean sus nombres. ²

“ Lo que me causa mayor pena, y me da mas que pensar, es que dicha constitucion encierra doctrinas enteramente contrarias á la verdad; ella declara que el merito de los santos

¹ L. Epp. (L.), XVII., p. 187.

²Ostendit in materiâ fidei, non modó generale concilium esse super papam, sed etiam quemlibet fidelium, si melioribus nitatur auctoritate et ratione quàm papa. (L. Opp. Lat. I., 209.)

es un tesoro, mientras que toda la Escritura atestigua, que Dios recompensa mucho mas de lo que hemos merecido. El profeta esclama: *Señor no entres en juicio con tu siervo, porque ningun viviente será justificado delante de tí.*¹ Por mas honrosa y digna de alabanza que pueda ser la vida de los hombres, desdichados de ellos, dice San Agustín, si se les juzgara sin misericordia.²

“Asi pues los santos no son salvados por sus meritos, sino unicamente por la misericordia de Dios, como he dicho. Sostengo esto y me mantengo firme en ello. Las palabras de la santa Escritura, que declaran que los santos no tienen bastantes meritos, deben ser superiores á las palabras de los hombres, que afirman que tienen de sobra. Porque el papa no es superior, sino inferior, á la Palabra de Dios...”

Lutero no se contentó con lo dicho, mostró que si las indulgencias no pueden ser el merito de los santos, tampoco lo son del de Cristo. Hace ver que las indulgencias son estériles é infructuosas, por cuanto no tienen otro efecto, que el de dispensar á los hombres de hacer buenas obras, tales como la oracion y la limosna. “No,” esclama, “el mérito de Cristo no es un tesoro de indulgencias que cesenta del bien, sino un tesoro de gracia que vivifica. El merito de Cristo es aplicado al fiel sin indulgencias y sin llaves, solo por el Espíritu Santo, y no por el papa. Si hay alguno que tenga opinion mejor fundada que la mia,” añade, al terminar lo que toca al primer punto, “que la haga conocer, y entonces me retractaré.”

“Yo he afirmado,” dice llegando al segundo artículo, “que ningun hombre pueda ser justificado delante de Dios, sino por la fé, de tal manera que es necesario que el hombre crea con toda certeza que ha obtenido misericordia. Dudar de esta misericordia, es rechazarla. La fé del justo es su justicia y su vida.”³

¹ P. CXLIII. ver. 2.

² Confes. IX.

³ *Justitia justi et vita ejus, est fides ejus.* (L. Opp. Lat. I, p. 211.)
Reformation Sp.

Lutero prueba su proposicion con una multitud de declaraciones de la Escritura.

“Dignaos pues interceder por mí, cerca de nuestro santísimo Señor el papa Leon X., añade, afin de que no me trate con tanto disfavor... Mi alma busca la luz de la verdad. No soy tan orgulloso, ni tan codicioso de la vana gloria, que tenga vergüenza de retractarme, si he enseñado cosas falsas. Mi mayor alegría será ver triunfar lo que es segun Dios. Solo pido que no se me fuerza hacer nada contra el grito de mi conciencia.”

El legado tomó la declaracion de manos de Lutero; y, despues de haberla recurrido, le dijo friamente: “Has hecho una parladoria inutil; has escrito muchas vaciedades; has respondido tontamente á los dos articulos, y has ensuciado tu papel con muchos pasages de la santa Escritura, que no vienen al caso.” Y en seguida, con aire desdeñoso, tiró de Vio la protesta de Lutero, como si no hiciese caso de ella; y, recomenzando en el tono que habia producido bastante buen efecto en la ultima entrevista, se puso á gritar con todas sus fuerzas que Lutero debia retractarse. Este permaneció incontrastable. “Hermano! hermano!” exclamó entonces de Vio en italiano, “la ultima vez fuiste muy bueno; pero hoy eres enteramente malo.” Luego empezó el cardenal un largo discurso, sacado de los escritos de santo Tomas; ensalza de nuevo la constitucion de Clemente VI.; insiste en sostener que, segun dicha constitucion, los meritos que se distribuyen á los fieles por medio de las indulgencias son los mismos de Jesucristo. Cree haber reducido á Lutero al silencio; éste toma la palabra varias veces, pero de Vio regaña, vocea sin cesar, y pretende, como la antevispera, obrar solo en el campo de batalla.

Este modo de obrar pudo haber producido algun efecto la primera vez; pero Lutero no era hombre que sufriese otro tanto la segunda; al fin estalló su indignacion, viendo que era su turno de asombrar á los espectadores, que le creian ya vencido por la volubilidad del prelado. “¡Retracta!

¡retracta!” repetía de Vio mostrándole la constitución del papa; y entonces, Lutero aceptando la objeción favorita del cardenal, le hizo pagar cara la temeridad que tuvo de entrar en lucha con él. “¡Pues bien!” exclamó con fuerza, “si se puede probar, por esa constitución, que el tesoro de las indulgencias es el mérito mismo de Jesucristo, consiento en retractar, conforme la voluntad y el querer de Vuestra Emi-nencia...”

Los Italianos, que no esperaban nada de aquello, se animaron, y no podían contener su alegría, al ver caído por fin en el lazo el adversario. En cuanto al cardenal, estaba como fuera de sí. Reía á carcajadas, pero con una risa mezclada de indignación y colera; agarró el libro que contenía la famosa constitución, y, ufano de la victoria que creía segura, leyó en alta voz y con gran fervor.¹ Los Italianos triunfaban; los consejeros del elector estaban inquietos y perplejos; Lutero atendía á su adversario; y cuando, por fin, llegó el cardenal á estas palabras, “El Señor Jesucristo ha adquirido este tesoro con sus padecimientos,” Lutero le cortó diciendo: “Dignísimo Padre, considerad y meditaad con atención esta palabra *ha adquirido*.”² Cristo ha adquirido un tesoro por sus méritos; luego los méritos no son el tesoro; porque, para hablar según los filósofos, la causa es diferente de lo que deriva de ella. Los méritos de Cristo han adquirido al papa el poder de dar indulgencias al pueblo; pero no son los mismos méritos del Señor los que distribuye la mano del pontífice. Así pues, mi conclusión es verdadera, y esa constitución, que invocais con tanto imperio, da testimonio conmigo á la verdad que proclamo.”

De Vio tenía todavía el libro en sus manos, y sus miradas fijas en el fatal pasaje; nada tenía que responder, y se vió cogido el mismo en la red que tendió, en la que le retuvo Lutero con mano fuerte, dejando asombrados á los cortesanos Italianos que le rodeaban. Aunque el legado hubiese que-

¹ Legit fervens et anhelans. (L. Epp. I., p. 145.)

² Acquisivit. (Ibid.)

ruido eludir la dificultad, no habia medio, porque habia abandonado, hacia mucho tiempo, los testimonios de la Escritura y de los Padres; se refugió en la *Ecstravagante* de Clemente VI., y quedó preso. Sin embargo era demasiado fino para dejar ver su turbación; queriendo ocultar su rubor, el principe de la iglesia muda bruscamente de objeto, y se contrajo con violencia á otros artículos. Lutero, que conoció aquella habil maniobra, no le permitió escapar, cerrando por todos lados la red que habia echado sobre el cardenal. “Reverendísimo Padre,” le dijo con una ironia mezclada de respeto, “Vuestra Eminencia no puede pensar, sin duda, que nosotros los Alemanes no sepamos la gramatica: ser un tesoro y adquirir un tesoro son dos cosas muy distintas.”

“¡Retracta! ¡retracta!” le dijo de Vio, “y si no lo haces, te envío á Roma, para que compares ante los jueces encargados de ecsaminar tu causa. Te ecscomulgo á tí, á todos tus secuaces, y á todos los que te son ó fueren favorables, y los ecspulso de la Iglesia. Estoy revestido, por la santa Sede Apostolica, de plenos poderes para ello.¹ ¿Pienzas que tus protectores me contendrán? ¿Crees que el papa se cuida de la Alemania? El dedo meñique del papa es mas fuerte que todos los principes alemanes.”²

“Dignaos,” respondió Lutero, “enviar al papa Leon X., con mis humildísimas suplicas, la respuesta que os he entregado por escrito.”

El legado, al oír estas palabras, muy contento de hallar un momento de descanso, se revistió de nuevo del sentimiento de su dignidad, y dijo á Lutero con soberbia y colera: “retractata ó no vuelvas.”³

Esta palabra hizo impresion á Lutero; se inclinó y salió resuelto ya á responder de otro modo que por discursos: los consejeros del elector le siguieron; y el cardenal y sus

¹ L. Opp. (L.), XVII., p. 197.

² L. Opp. (W.), XXII., p. 1331.

³ Revoca aut non revertere. (L. Opp. (L.), XVII., p. 202.)

italianos quedan mirandose unos á otros, confusos todos del resultado del debate.

Así despidió orgullosamente, á su humilde adversario, el representante del sistema dominicano, cubierto con el resplandor de la purpura romana. Pero Lutero sabia que hay un poder, la doctrina cristiana, la verdad, que no podrá ser nunca subyugado por ninguna autoridad temporal ó espiritual. De los dos combatientes, el que se retiró quedó dueño del campo de batalla.

Este es el primer paso de la separacion de la Iglesia del papado.

Lutero y de Vio no volvieron á verse; pero el reformador hizo en el legado una impresion poderosa, que no se borró jamas enteramente. Lo que Lutero habia dicho sobre la fé, y lo que de Vio leyó en los escritos posteriores del doctor de Wittemberg, modificó mucho los sentimientos del cardenal. Los teologos de Roma vieron con sorpresa y descontento, lo que Lutero avanzó acerca de la justificacion, en su comentario de la epistola á los romanos. La reformacion no reculó y se retractó; pero su juez, el que no habia cesado de gritar: ¡RETRACTA! cambió de ideas, y retractó indirectamente sus errores. Así fué coronada la inalterable fidelidad del reformador.

Lutero volvió al monasterio, en el que halló la hospitalidad. El se mantuvo firme, dió testimonio á la verdad, hizo lo que le tocaba hacer; Dios hará lo demas! Su corazon estaba lleno de paz y de alegria.

IX.

De Vio y Staupitz.—Staupitz y Lutero —Lutero á Spalatin.—Lutero á Carlstadt.—La comunión.—Link y de Vio.—Partido de Staupitz y de Link.—Lutero á Cayetano.—Silencio del cardenal.—Despedida de Lutero.—Partida.—Apelación al papa.

ENTRETANTO, las noticias que le anunciaban no eran muy satisfactorias ; en toda la ciudad corria el rumor de que, si no queria retractarse, debian agarrarle y encerrarle en un calabozo ; y, aun aseguraban que el mismo Staupitz, vicario general de la órden, habia consentido en ello.¹ Lutero no pudo creer lo que se decia de su amigo. ¡No! Staupitz no le traicionará! En cuanto á los designios del cardenal, no se podia casi dudar, en vista de sus propias palabras. Sin embargo, no quiso huir del peligro ; su vida, así como la misma verdad, estaba en manos poderosas ; y, á pesar del riesgo en que se hallaba, se decidió á no salir de Augsbourg.

El legado se arrepintió pronto de su violencia ; conoció que habia salido de sus limites, y procuró volver á entrar en ellos. Apenas acabó de comer Staupitz, (la entrevista se verificó en la mañana, y acostumbraban comer el medio dia), cuando recibió un mensaje del cardenal, invitandole á que pasara á su palacio ; Staupitz lo hizo, acompañado de Venceslao Link.² El vicario general halló al legado solo con Serralonga : de Vio se acercó al punto á Staupitz, y le dijo con tono afable : “Procurad persuadir á vuestro subdito á que haga una retractacion : fuera de esto, os aseguro que estoy muy contento de él, y no tiene mejor amigo que yo.”³—STAUPITZ.—“Ya lo he hecho, y le aconsejaré otra

¹ L. Opp. (L.), XVII., p. 210.

² Ibid., p. 204.

³ Ibid., p. 185.

vez, que se someta con toda humildad á la Iglesia.”—DE VIO.—“Será menester que respondais á los argumentos que saca de la santa Escritura.”—STAUPITZ.—“Debo confesaros, Eminentísimo Señor, que eso es superior á mis alcances ; porque el doctor Martin tiene mas espíritu y mas conocimiento que yo, de las santas Escrituras.”

Esta franqueza del vicario general hizo sonreír, sin duda, al cardenal, aunque por otra parte sabía bien él mismo, lo difícil que era convencer á Lutero. Continuó, diciendo á Staupitz y á Link :

“¿Y sabeis acaso que, como sectarios de la doctrina heretica, estais expuestos vosotros mismos á las penas de la Iglesia.”—STAUPITZ :—“Dignaos continuar la conferencia con Lutero ; abrid una discusion publica sobre los puntos controvertidos.”—DE VIO ; ASUSTADO AL OIR TAL PENSAMIENTO : “No quiero discutir mas con ese animal, porque tiene en la cabeza ojos penetrantes y asombrosas especulaciones.”¹

Staupitz obtuvo, por fin, del cardenal, que entregaria por escrito á Lutero lo que debia retractar.

El vicario general volvió á donde se hallaba Lutero ; y, en la perplexidad en que le dejaron las representaciones del cardenal, trató de inducir á Lutero á algun acomodamiento. “Para eso es menester,” le dijo Lutero, “que refuteis las declaraciones de la Escritura que he avanzado.”—“Eso es superior á mis alcances,” dijo Staupitz.—“Pues bien,” replicó Lutero, “es contra mi conciencia el retractarme, mientras no puedan explicarme dichos pasages de la Escritura. ¿Que !” continuó, “el cardenal pretende, segun me asegurais, que quiere arreglar así el asunto, sin que resuelva para mi vergüenza ni desventaja. ¿Ah ! esas son palabras romanas, que en buen aleman significan que seria mi oprobio y mi eterna ruina. ¿Que otra cosa debe esperar él que, por

¹ Ego nolo amplius cum hác bestiâ disputare. Habet enim profundos oculos et mirabiles speculationes in capite suo. (Myconius, p. 33.)

temor de los hombres y contra la voz de su conciencia, reniega la verdad ?”¹

Staupitz no insistió ; dijo solamente á Lutero que el cardenal habia consentido en entregarle, por escrito, los puntos cuya retractacion solicitaba. En seguida, sin duda, le hizo saber su resolucion de dejar á Augsbourg, en donde nada tenia ya que hacer. Lutero le comunicó un designio que habia formado, para consolar y fortificar sus almas. Staupitz prometió volver, y se separaron por poco tiempo.

Habiendo quedado Lutero solo en su celda, volvió sus pensamientos hácia sus queridos amigos : trasladose mentalmente á Weimar en Wittemberg ; deseaba informar al elector de lo que pasaba, y, temiendo ser indiscreto dirigiendose al mismo principe, escribió á Spalatin, suplicandole hiciese conocer á su amo el estado de las cosas ; le refirió todo el asunto, hasta la promesa hecha por el legado, de dar por escrito las puntos controvertidos, y concluyó diciendo : “ En este estado está la cosa : pero no tengo esperanza ni confianza en el legado. Yo no quiero retractar ni una sola silaba, y publicaré la respuesta que le entregué, para que, si llegase á la violencia, se cubre de vergüenza en toda la cristiandad.”

Despues aprovechó el doctor algunos momentos, que le quedaban todavia, para comunicar noticias á sus amigos de Wittemberg.

“ Paz y felicidad,” escribía al doctor Carlstadt ; “ recibid estas dos palabras como si fueran una larga carta, porque el tiempo y los acontecimientos me apuran ; en otra occasion os escribiré, y tambien á otros mas ecstensamente. Hace tres dias que se trata de mi asunto ; y las cosas han llegado á tal punto, que no me dejan ninguna esperanza de volver á veros, y solo puedo prometerme el ser escskomulgado. El legado no quiere, de ninguna manera, que yo discuta, ni en publico ni en privado ; no quiere ser un juez para mí, dice, sinó un padre ; y, sinembargo no quiere oir de mí mas pala-

¹ L. Opp. (L.), XVII., p. 210.

² L. Epp. I., p. 149.

bras que estas : *Yo me retracto, y declaro que me he engañado.* E yo no quiero pronunciarlas.

“ Los riesgos de mi causa son tanto mayores, cuanto que ella tiene por jueces no solo á enemigos implacables, sinó tambien á hombres incapaces de comprenderla. No obstante, el Señor Dios vive y reina ; yo estoy bajo su tutela, y no dudo que, accediendo á las oraciones de algunas almas piadosas, me enviará ausilios ; creo sentir que ruegan por mí.

“ O volveré hácia vos sin lesion, ó bien, herido de escscomunion, tendré que buscar refugio en otra parte. Sea lo que fuere, comportaos animosamente, manteneos firme, y ecsaltad á Cristo intrepida y alegriamente....

“ El cardenal me llama siempre su caro hijo, pero sé lo que significa esto ; estoy persuadido, sinembargo, que yo seria para él el hombre mas agradable y mas caro si quisiese pronunciar esta sola palabra : *Revoco*, es decir, me retracto ; pero yo no me convertiré en herege, retractando la fé que me ha hecho cristiano ; antes ser arrojado, maldito, quemado, muerto....

“ Pasadlo hien, mi querido doctor, y mostrad esta carta á nuestros teologos, á Amsdorff, á Felipe, á Otten y demas, á fin de que todos rogueis por mí, y tambien por vos : porque es así mismo vuestro, el negocio que se trata aquí, es él de la fé al Señor Jesucristo, y de la gracia de Dios.”¹

¡ Que dulce pensamiento es : “ La fé en el Señor es nuestro negocio ! ” él llena siempre de consuelo y de paz á los que han dado testimonio á Jesucristo, á su divinidad y á su gracia, cuando el mundo hace llover sobre ellos por todas partes sus juicios, sus ecsclusiones, y su disfavor. ¡ Y cuanta dulzura tambien en esta conviccion, que manifiesta el reformador ; “ siento que ruegan por mí ! ” La reformation fué la obra de la oracion y de la piedad ; la lucha de Lutero y de Vio, fué la del elemento religioso, que reaparecia lleno de vida, contra los restos escpirantes de la dialectica, habladora de la edad media.

¹ L. Epp., I., p. 159.

Así se entretenía Lutero con sus amigos ausentes. No tardó en volver Staupitz; el doctor Ruhel y el caballero de Feilitzsch, ambos enviados del elector, llegaron también al convento igualmente que otros amigos del Evangelio. Lutero, viendo así reunidos aquellos hombres generosos, próximos á dispersarse, y de los que quizá iba á separarse el mismo para siempre, les propuso celebrar, todos juntos, la cena del Señor: aceptaron, y aquel pequeño rebaño de fieles participó del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. ¡Que sentimientos llenaban los corazones de aquellos amigos del reformador en el momento en que, celebrando con él la eucaristía, pensaban que era acaso la última vez que podrían hacerlo! ¡Que alegría y que amor animaban el corazón de Lutero, viéndose recibido por su divino Maestro, con tanta liberalidad, en el momento que los hombres le repudiaban! ¡Que solemne debió ser aquella cena, y que santa aquella noche!¹

El día siguiente, sábado 15 de Octubre, esperaba Lutero los artículos que debía enviarle el legado, pero no recibiendo ningún mensaje de él, suplicó á su amigo el doctor Venceslao Link, que fuese al palacio del cardenal. De Vio recibió á Link del modo más afable, y le aseguró que quería obrar amistosamente. “No miro ya,” le dijo, “al doctor Martín Lutero como á herege: no quiero excomulgarle esta vez, sino me vienen otras órdenes de Roma; he enviado por espreso su respuesta al papa.” Luego, para dar pruebas de sus buenas disposiciones, añadió: “Si el doctor Martín Lutero quisiese retractar solamente lo que respecta á las indulgencias, pronto se concluiría el asunto; pues, por lo que toca la fé á los sacramentos, es artículo que cada uno puede interpretar y entender á su modo.” Spalatin, que refiere estas palabras, hace esta observación maliciosa pero justa: “De ahí resulta claramente, que Roma busca más bien el dinero, que la santa fé y la salud de las almas.”²

Link volvió á la morada de Lutero, donde halló á Staupitz, y les dió cuenta de su visita. Cuando habló de la concesión

¹ L. Opp., (L.) XVII., p. 178.

² Ibid. p. 182.

inesperada del legado, dijo Staupitz: "Hubiera valido la pena, que el doctor Venceslao hubiese tenido consigo un notario y testigos, para poner por escrito dicha palabra; porque si aquella declaracion llegase á ser conocida, causaria gran perjuicio á los romanos."

Sin embargo, cuanto mas suaves eran las palabras del prelado, tanto menos se confiaban en él los honrados Germanos. Muchos de los hombres de bien, á quienes habia sido recomendado Lutero, se reunieron en consejo. "El legado," dijeron, "prepara alguna desgracia en el caso del correo de que habla, y es muy de temer, que seais todos agarrados y encarcelados."

Por esta razon, se decidieron Staupitz y Venceslao á dejar la ciudad; abrazaron á Lutero, que se obstinaba en querer permanecer en Augsbourg, y salieron apresuradamente, por dos distintos caminos, para ir en Nuremberg, llevando consigo vivas inquietudes sobre la suerte del testigo animoso que dejaban tras sí.

Pasó el domingo bastante tranquilamente. Lutero esperaba un mensaje del legado, pero en vano; y, como no le hacia saber nada, Lutero resolvió escribirle. Staupitz y Link, antes de partir, suplicaron á Lutero que mostrase al cardenal toda la condescendencia posible. Lutero no habia ecsperimentado aun á Roma y sus enviados; aquel era su primer ensayo: si la condescendencia no surtia efecto, quedaria advertido por otra vez. Por lo que toca á sí mismo, no hay dia en que no se reprehenda, y gima por la facilidad con que se deja arrastrar á ecspresiones demasiado fuertes; ¿y porque dejará de confesar al cardenal, lo que todos los dias confiesa á Dios? Lutero tenia por otra parte un corazon facil á ablandarse, y que no sospechaba el mal. Tomó pues la pluma; y, con sentimientos de un respetuoso afecto, escribió al cardenal lo que sigue, con fecha 17 de Octubre:

"Dignisimo Padre en Dios, vuelvo todavia á suplicar á vuestra bondad paternal, no de viva voz sino por escrito, que me escucheis con benignidad. El reverendo doctor Staupitz,

mi carísimo Padre en Cristo, me ha invitado á humillarme á renunciar á mi propio dictamen, y á someter mi opinion al juicio de los hombres piadosos é imparciales. El ha elogiado tambien vuestra bondad paternal, y me ha convencido enteramente de los sentimientos favorables, de que estais animado con respeto á mí; cuya noticia me ha llenado de gozo.

“Ahora pues, Dignísimo Padre, confieso, como lo he hecho ya antes, que no he mostrado, como se suele decir, bastante modestia, dulzura, y respeto por el nombre del soberano pontifice; y sí bien he sido grandemente provocado, comprendo que hubiera sido mejor para mí, tratar el asunto con mas humildad, mansedumbre y veneracion, *y no responder al necio segun su necesidad, por no hacerme semejante á él.* (Proverbios xxvi., 4.)

“Esto me affige mucho, y pido perdon. Quiero informar de esto al pueblo desde el pulpito, como ya lo he hecho otras veces. Quiero aplicarme, con la gracia de Dios, á hablar mejor. Hay mas; estoy pronto á prometer, sin que se me pida, no decir una sola palabra tocante las indulgencias, si este punto está arreglado. Pero tambien, que los que me han forzado á tratar de él, se obligen por su parte á moderarse en adelante en sus discursos ó á callarse.

• “Por lo que hace á la verdad de mi doctrina, la autoridad de santo Tomas y de otros doctores no basta para mí; es menester que yo oiga, si soy digno de ello, la voz de la esposa que es la Iglesia; porque es cierto, que ella oye la voz del Esposo que es Cristo.

“Ruego pues, con toda humildad y sumision, á vuestro amor paternal, que transmita, toda esta materia, tan incierta hasta hoy, á nuestro santísimo señor Leon X., á fin de que la Iglesia decida, pronuncie, ordene, y que yo pueda retractarme con buena conciencia, ó creer con sinceridad.”¹

leyendo esta carta se presenta naturalmente una reflexion: Se ve que Lutero no obraba en fuerza de un sistema formado de antemano, sino unicamente en virtud de convic-

¹ L. Opp. (L.) 198.

ciones, arraigadas sucesivamente en su espíritu y en su corazón: bien lejos de que hubiese en él un sistema decidido, una oposicion calculada, estaba á veces, sin saberlo, en contradiccion consigo mismo: reinaban todavia en su espíritu convicciones antiguas; bien que otras contrarias hubiesen tomado ya lugar en él. Y, sinembargo, han ido á buscar, en estas pruebas de sinceridad y de verdad, armas contra la reforma; y han escrito la historia de las variaciones de ella, porque ha seguido la ley obligatoria del progreso, impuesta en todas las cosas al espíritu humano; ¡y, en los mismos rasgos que muestran su sinceridad y la hacen por consiguiente honrosa, ha encontrado uno de los mas eminentes genios cristianos, sus mas fuertes objeciones!...¡ Increibles ecstravios del espíritu humano!

No recibió Lutero respuesta de su carta; Cayetano y sus cortesanos, despues de haberse agitado tanto, quedaron repentinamente inmoviles; ¿cual podria ser la razon de ello? ¿seria acaso la calma que precede á un temporal? Algunos son de la opinion de Palavacini, que dice: "El cardenal ereia que el orgulloso fraile, á modo de un fuelle inflado, perderia poco á poco el aire de que estaba lleno y se haria enteramente humilde."² Otros que piensan conocer mejor el manejo de Roma, creen estar seguros de que el legado queria apoderarse de Lutero, pero que, no atreviendose á llegar á tal ecstremo de su propia autoridad, á causa del salvo conducto imperial, esperaba la respuesta de su mensaje de Roma. Otros, en fin, no querian admitir, que el cardenal quisiese esperar tanto tiempo. El emperador Macsimiliano, decian ellos, y esto podria ser muy bien la verdad, no tendrá mas escrupulo para entregar á Lutero al juicio de la iglesia, á pesar del salvo conducto, que Segismundo para haber entregado á Huss al concilio de Constancia. El legado se hallaba quizá en negociaciones con el emperador. La autorisacion de Macsimiliano podia llegar por momentos: si antes mostraba tanta oposicion al papa, ahora, y hasta que la

¹ Historia de las variaciones, de Bossuet. (Libro I., p. 25, etc.)

² Ut follis ille ventosâ elatione distentus...(p. 40.)

corona imperial ciñiese la cabeza de su nieto, parecia querer adularlo. No habia un instante que perder. "Preparad," dijeron á Lutero, los hombres generosos que le rodeaban, "preparad una apelacion al papa, y salid de Augsbourg sin demora."

Lutero, cuya presencia en aquella ciudad era ya enteramente inutil hacia cuatro dias, y que habia mostrado bastante, quedandose en ella despues de la partida de los consejeros sajones, enviados por el elector, para velar sobre su seguridad, que nada temia y que estaba pronto á responder á todo, cedió por fin á los consejos de sus amigos; pero, antes quisó instruir á de Vio de su determinacion, escribiendole el martes, vispera de su partida, cuya segunda carta es mas firme que la primera; parece que Lutero, viendo que todas sus condescendencias eran inutil, queria levantar la cabeza, poseido del sentimiento de su derecho y de la injusticia de sus enemigos.

"Dignisimo Padre en Dios," escribió á de Vio, "vuestra paternal bondad ha visto, sí, visto, digo, y suficientemente reconocido mi obediencia. He emprendido un viaje tan largo, rodeado de grandes peligros, con un cuerpo debilitado, y á pesar de mi ecstrema pobreza; en cumplimiento de la órden de nuestro santisimo Señor Leon X., he comparecido en persona ante vuestra eminencia; en fin, me he echado á los pies de su Santidad, y estoy esperando lo que tenga á bien resolver, dispuesto á aceptar su sentencia, sea de condenacion ó de justificacion. Tengo pues la conviccion, de no haber omitido nada de lo que conviene á un hijo obediente á la Iglesia.

"En consecuencia, pienso no deber prolongar aquí inutilmente mi permanencia, lo que por otra parte me seria imposible, faltandome recursos; y vuestra paternal bondad me ha mandado, en alta voz, que no parezca mas á su vista, si no queria retractarme.

"Así, pues, parto en el nombre del Señor, en busca de un asilo, donde pueda vivir en paz, si es posible. Varios personajes, de mas valer que yo, me han aconsejado apelar

de vuestra paternal bondad, y aun de nuestro santísimo Señor Leon X., mal informado, á él mismo mejor informado. Aunque se, que está apelacion será mucho mas agradable á nuestro serenísimo elector, que una retractacion, no obstante, si yo no hubiera debido consultar mas que á mí mismo, no lo hubiera hecho.....No he cometido ninguna falta, y nada debo temer."

Habiendo escrito Lutero esta carta, que no fué entregada al legado sino despues de su partida, se dispuso á dejar Augsbourg ; Dios lo guardó allí hasta entonces, y su corazon alababa al Señor por ello ; pero no debia tentar á Dios ; abrazó á sus amigos, Peutinger, Langemantel, los Adelman, Auerbach, y al prior de los carmelitas, que le habia dado una hospitalidad tan cristiana ; el miercoles antes de amanecer, estuvo levantado, y pronto á partir. Sus amigos le recomendaron que tomase muchas precauciones, por temor de que, sabiendo su proyecto, no pusiesen obstaculo á él. Siguió aquellos consejos en cuanto pudo ; un caballito, que Staupitz le dejó, fué llevado á la puerta del convento ; volvió á despedirse de sus hermanos, y montó y partió, sin tener riendas para su caballo, sin botas, espuelas ni armas. El magistrado de la ciudad le dió, por guia, un hombre que conocia perfectamente los caminos ; el cual le condujó, en medio de la obscuridad, por las silenciosas calles de Augsbourg, dirigiendose hácia un postigo abierto en la muralla de la ciudad ; uno de los consejeros, Langemantel, habin dado órden de que le fuese abierto. Todavía se hallaba en poder del legado, y la mano de Roma podia ecstenderse hasta él ; sin duda que, si los italianos hubiesen sabido que se le escapaba su presa, se hubieran enfurecido ; ¿ quien sabe si el intrepido adversario de Roma no será todavía agarrado, y puesto én un calabozo ?....En fin, Lutero y su guia llegaron al postigo, pasaron por él, y, fuera ya de Augsbourg, lanzaron sus caballos á galope, y se alejaron velozmente.

Lutero, al partir, habia dejado su apelacion al papa en manos del prior de Pomesaw ; sus amigos no querian que

se entregara al legado ; el prior quedó encargado de hacerla fijar, dos ó tres dias despues de la partida del doctor, en la puerta de la catedral, en presencia de notario y testigos ; lo que se efectuó.

Lutero declaraba, en aquel escrito, que apelaba del santísimo padre el papa, mal informado, al santísimo señor y padre en Cristo, Leon X^{mo.}, de nombre, por la gracia de Dios, mejor informado.¹ Aquella apelacion habia sido redactada en estilo y formas debidas, con intervencion del notario imperial, Gall de Herbrachtingen, en presencia de dos frailes agustinos, Bartolome Utmair, y Wenzel Steinbies ; y estaba fechada del 16 de Octubre.

Cuando supo el cardenal la partida de Lutero, se asombró, y aun, segun asegura, en una carta al elector, se irritó y enfureció. En efecto habia motivo para irritarse. Aquella partida, que daba fin tan bruscamente á las negociaciones, frustraba las esperanzas de que se habia lisonjeado tanto tiempo su orgullo ; ambicionaba el honor de curar las llagas de la Iglesia, de restablecer en Alemania el influjo vacilante del papa : y no solo se le escapaba el herege sin ser castigado, si que tambien sin que hubiese conseguido el humillarle. La conferencia no sirvió mas que para patentizar, por un lado, la sencillez rectitud y firmeza de Lutero, y, por otro, la imperiosa é irracional conducta del papa y de su embajador. Supuesto que Roma nada ganó en ella debió perder necesariamente ; no habiendo sido reafirmada su autoridad, hubo de sufrir nuevo descalabro. Despues de aquello, ¿ que debieron decir en el Vaticano ? ¿ que mensajes debieron llegar de Roma ? Se desentenderian, sin duda, de las dificultades de la situacion del legado, é imputarian á su inhabilidad el mal resultado del negocio. Serralonga y los italianos, que se creían tan habiles, estaban furiosos de verse burlados por un fraile aleman. De Vio tenia mucho trabajo en ocultar su irritacion ; semejante afrenta pedia venganza, y lo veremos pronto escalar su colera en su carta al elector.

¹ Meliùs informandum. (L. Opp. Lat. I., p. 219.)

X.

Huida de Lutero.—Admiración.—Deseo de Lutero.—El legado al elector.—El elector al legado.—Prosperidad de la universidad.

LUTERO continuaba con su via, huyendo de Augsbourg ; apuraba su caballo, y lo hacía andar tanto como lo permitian las fuerzas del pobre animal ; se acordaba de la huida real ó supuesta de Juan Huss, el modo con que le alcanzaron, y la asercion de sus adversarios, que pretendieron que habiendo Huss anulado, con aquella fuga, el salvo conducto del emperador, tenian el derecho de condenarle á las llamas.¹ Sin embargo, aquellas inquietudes no molestaron sinó superficialmente el corazon de Lutero ; fuera de la ciudad, en la que pasó diez dias bajo el terrible poder de Roma, que inmoló tantos millares de testigos de la verdad, sintiendose ya libre, respirando el aire puro de los campos, atravesando pueblos y aldeas, y viendose tan admirablemente libertado por el brazo del Señor, toda su alma bendecia al Eterno. Con razon podia decir entonces : *Nuestra alma como pájaro escapó del lazo de los cazadores ; ¡ el lazo fué quebrado, y nosotros fuimos librados !* (Ps. CXXIV. ver. 7.) El corazon de Lutero se hallaba pues lleno de alegría ; pero sus pensamientos se volvian tambien hácia de Vio : “ el cardenal,” se dijo á sí mismo, “ hubiera querido tenerme en su poder, y enviarme á Roma ; sin duda está pesaroso de que yo me le haya escapado ; se figuraba que era dueño de mí en Augsbourg ; creía tenerme en sus manos, pero tenia la anguila por la cola ; ¿ no es una vergüenza que esas gentes me estimen tanto ? darian muchos doblones por tenerme entre ellos,

¹ Weissmann, Hist. Eccles. I., p. 1237.

mientras que nuestro Señor, Jesucristo, fué vendido solo por treinta dineros de plata.”¹

Lutero hizo catorce leguas en aquel dia; cuando llegó á la posada donde queria pasar la noche, estaba tan cansado, (su caballo tenia un trote muy duro, nos dice un historiador,) que, bajando del caballo, no pudo tenerse en pie, y se tendió sobre la paja, donde disfrutó sinembargo algun descanso. El siguiente dia continuó su viaje; en Nuremberg encontró Staupitz, que visitaba los conventos de su órden. En aquella ciudad fué donde vió por la primera vez el breve, que envió el papa á Cayetano tocante á él; se indignó al leerlo, y es muy probable que, si lo hubiese visto antes de su partida de Wittemberg, no hubiera comparecido jamas ante el cardenal. “Es imposible creer,” dijo, “que ninguna cosa tan monstruosa emane de un soberano pontifice.”²

Por todas partes en el camino era Lutero el objeto del interese general. En nada habia cedido. Una victoria semejante, conseguida por un pobre fraile sobre un representante de Roma, llenaba de admiracion todos los corazones. La Alemania parecia vengada de los desprecios de Italia. La Palabra eterna fué mas honrada que la del papa. Aquel vasto poder, que hacía tantos siglos, dominaba el mundo, sufrió una formidable derrota. La marcha de Lutero fué un triunfo. Alegrabanse de la obstinacion de Roma, esperando que ella causaria su ruina. Si ella no hubiese querido conservar traficos vergonzosos, si hubiera tenido bastante prudencia para no despreciar á los Alemanes, si ella hubiese reformado los abusos intolerables, quizá, segun las miras humanas, todo hubiera continuado en el estado de letargo, del que se despertó Lutero; pero el papado no quiso ceder, y el doctor se vió obligado á descubrir aquellos y otros errores, y avanzar en el conocimiento y en la manifestacion de la verdad.

Lutero llegó el 26 de Octubre á Græfenthal, situado al extremo de las selvas de la Thuringue, donde encontró al

¹ L. Opp. (L.) XVII, p. 202.

² Epp. I., p. 166.

conde Alberto de Mansfeld, el mismo que le habia disuadido tanto de que fuera á Augsbourg. El conde rió mucho al ver su singular tren, y le obligó á ser su huesped ; poco despues siguió su camino.

Apresurabase con el deseo de estar en Wittemberg el 31 de Octubre, pensando que el elector se hallaria allí para la fiesta de todos los santos, y que podria verlo. El breve que leyó en Nuremberg, le hizo ver todo el peligro de su situacion ; en efecto, condenado ya en Roma, no podia pensar en permanecer en Wittemberg, ni en conseguir ningun refugio en un convento, ni en encontrar en ninguna otra parte seguridad y paz. La proteccion del elector podria quizá defenderlo, pero no estaba seguro de ella. Nada podia esperar ya de los dos amigos, que tuvo hasta entonces en la corte de aquel principe ; Staupitz habia perdido el favor de que gozó tan largo tiempo y dejado la Sajonia ; y Spalatin, aunque amado de Federico, no tenia mucha influencia sobre él. El mismo elector no conocia bastante la doctrina del Evangelio para esponerse, por ella, á peligros manifiestos. A pesar de todo, creyó Lutero que lo mejor que podia hacer era volver á Wittemberg, y esperar allí lo que el Dios eterno y misericordioso dispusiese de él. Si, como pensaban muchos, lo dejaban tranquilo, queria consagarse enteramente al estudio y á la enseñanza de la juventud.¹

Lutero estuvo de vuelta en Wittemberg el 30 de Octubre ; pero se apresuró inutilmente, porque ni el elector ni Spalatin habia ido para la fiesta. Sus amigos se alegraron mucho al verlo. El mismo dia de su llegada escribió á Spalatin : “ He vuelto hoy á Wittemberg sano y salvo, por la gracia de Dios ; pero ignoro cuanto tiempo estaré aquí... Estoy lleno de gozo y paz, de suerte que me admiro, de que la prueba que sufro, pueda parecer tan grande á tantos grandes personajes.”

De Vio no esperó largo tiempo, despues de la partida de Lutero, para manifestar al elector toda su indignacion. Su

¹ L. Opp. (L.), XVII. p. 183.

carta respira venganza; da cuenta de la conferencia á Federico, con un aire de confianza: "Puesto que el hermano Martin," dice al terminar, "no puede ser traído, por vias paternas, á reconocer su error, y á permanecer fiel á la iglesia católica, ruego á vuestra Alteza que lo envíe á Roma, ó lo arroge de sus estados. Conviene que sepais que este asunto arduo, malo y lleno de ponzoña, no puede durar ya largo tiempo; porque, luego que yo haga conocer á nuestro santísimo señor tanta astucia y malicia, dará pronto fin á él." En un *post scriptum* escrito de su propia mano, el cardenal solicitaba del elector, que no manchase vergonzosamente su honor y el de sus ilustres antepasados, por un miserable fraile.¹

Nunca sintió, quizá, el alma de Lutero mas noble indignacion, que cuando leyó la copia de aquella carta, que le envió el elector. El sentimiento de los padecimientos que estaba destinado á sufrir, el precio de la verdad por la que combatia, y el desprecio que le inspiraba la conducta del legado de Roma, llenaban á la vez su corazon. Su respuesta, escrita en aquella agitacion de alma, respira aquel valor, aquella elevacion, y aquella fé que se encuentran siempre en él, en las épocas mas difíciles de su vida. Da cuenta á su turno, de la conferencia de Augsbourg; espone enseguida la conducta del cardenal, y luego continua así:

"Si yo fuera el elector," responderia al legado: "Prueba que hablas con ciencia, le diria; que pongan por escrito todo el asunto; entonces yo enviaré el hermano Martin á Roma, ó por mi orden será aprehendido y muerto. Yo tendré cuidado de mi conciencia y de mi honor, y no permitiré que sea manchada mi gloria. Pero, mientras tu ciencia cierta huya la luz, y solo se de á conocer con clamoreos, no puedo creer en las tinieblas.

"Esto es lo que quisiera responder, Ecselentísimo Príncipe.

"Que el reverendo legado, ó el mismo papa, especificuen

¹ L. Opp. (L.) XVII., p. 203.

por escrito mis errores ; que espongan sus razones ; que me instruyan, á mí que desco ser instruido, que lo pido, quiero, y espero con tantas instancias, que un Turco mismo no se negaría á hacerlo. Si no me retracto, y no me sentencio á mi mismo, luego que se me haya probado, que los pasajes que he citado, deben comprenderse de otro modo que yo los he comprendido, entonces, O Ecselesitimo Elector, que vuestra Alteza sea el primero en perseguirme y arrojarme de sus estados ; que la universidad me repudie y trate con indignacion....¡ Hay mas, y tomo al cielo y á la tierra por testigos, que el Señor Jesucristo me repela y me condene!... Las palabras que digo no son dictadas por una vana presuncion, sino por una indestructible conviccion. Quiero que el Señor Dios me retire su gracia, y que toda criatura de Dios me niege su favor, si, cuando se me muestre una doctrina mejor, no la abrazo.

“ Si me desprecian demasiado á causa de la humildad de mi estado, á mí, pobre frailezuelo, y si no quieren instruirme en el camino de la verdad, suplique, Vuestra Alteza, al legado que le indique por escrito en que he errado ; y, si niegan este favor á vuestra misma Alteza, que escriban su concepto á su Magestad imperial, ó á algun arzobispo de Alemania. ¿ Que debo ó puedo decir mas ?

“ Vuestra Alteza oiga la voz de su conciencia y de su honor, y no me envíe á Roma, porque es imposible que yo pudiese estar con seguridad allí, pues que el papa mismo no lo está. Ningun hombre puede ecsigir esto de Vuestra Alteza ; seria mandaros que vendieseis la sangre de un cristiano. Ellos tienen papel, plumas y tinta, y tambien infinitos notarios, y les es facil escribir en que y porque he errado. Estando yo ausente, les costará menos instruirme por escrito, que inmolarme con astucia hallándome presente.

“ Me resigno al destierro ; porque mis adversarios me preparan lazos por todas partes, y en ninguna puedo vivir seguro. Para que no os venga ningun mal por mi causa, abandono en nombre de Dios vuestros estados. Voy á donde el

Eterno y misericordioso Dios quiere que viva. Que haga de mí lo que sea su voluntad.

“Así pues, serenísimo elector, os saludo con veneración; os recomiendo al Eterno Dios, y os rindo inmortales acciones de gracias, por todos los beneficios que me habeis dispensado. Cualquiera que sea el punto en que fije mi futura residencia, me acordaré eternamente de vos, y rogaré incesantemente y con gratitud por vuestra felicidad, y por la de los vuestros¹....Estoy todavía, gracias á Dios, lleno de gozo; y le bendigo porque Cristo, su Hijo, me juzga digno de sufrir por una causa tan santa. Que él mismo guarde á vuestra ilustre Alteza! Amen.”

Esta carta tan llena de verdad, hizo una profunda impresión al elector. “Fué conmovido por una elocuentísima carta,” dice Maimbourg. Nunca pensó el elector en entregar un inocente al poder de Roma; tal vez hubiera invitado á Lutero, á que permaneciese algún tiempo oculto; pero no quiso ni aun aparentar el ceder en cierto modo á las amenazas del legado. Escribió á su consejero Pfeffinger, que se hallaba cerca del emperador, que instruyese á dicho príncipe del verdadero estado de las cosas, y lo suplicara escribiese á Roma que terminasen aquel asunto, ó á lo menos que lo hiciesen juzgar en Alemania, por jueces imparciales.²

Algunos días después, el elector respondió al legado:— “Supuesto que el doctor Martín Lutero ha comparecido á vuestra presencia en Augsbourg, debéis estar satisfecho. No esperabamos que, sin haberlo convencido, pretendieseis obligarlo á retractarse. Ninguno de los sabios, que se hallan en nuestros principados, nos ha dicho que la doctrina de Martín fuese impia, anticristiana y herética.” El príncipe rehusa, enseguida, el enviar á Lutero á Roma y el arrojarlo de sus estados.

Esta carta, que se le comunicó á Lutero, le llenó de ale-

¹ Ego enim ubicumque ero gentium, illustrisimæ Dominationis tuæ numquam non ero memor...(L. Epp. I., p. 187.)

² L. Opp. (L.) XVII., p. 244.

gria. “¡Buen Dios!” escribió á Spalatin, “¡con que gozo la he leído y releído! Sé cuanta confianza se puede tener en estas palabras, llenas de fuerza y de modestia tan admirables. Temo que los romanos no comprendan todo lo que ellas significan; pero comprenderán á lo menos, que lo que creían concluido, no está ni aun empezado. Dignaos presentar al príncipe mis acciones de gracias. Es extraño que él que (de Vio), hace poco tiempo, todavía era fraile mendicante como yo, no tema dirigirse sin respeto á los mas poderosos príncipes, interpelarlos, amenazarlos, ordenarles y tratarlos con increíble orgullo. Que aprenda que el poder temporal es de Dios, y que no es permitido hollar la gloria.¹

Lo que sin duda animó á Federico á responder al legado, en un tono que éste no esperaba, fué una carta que la universidad le envió. Ella tenia sus buenas razones para pronunciarse en favor del doctor; porque cada dia florecia mas, y eclipsaba todas las demas escuelas. Una multitud de estudiantes acudian á ella, de todos los puntos de Alemania, para oír á aquel hombre ecstraordinario, cuyas enseñanzas parecian abrir, á la religion y á la ciencia, una nueva era. Aquellos jovenes, llegados de todas las provincias, se pasaban luego que divisaban, de lejos los campanarios de Wittemberg; levantaban entonces sus manos al cielo, y alababan á Dios, porque hacia brillar en aquella ciudad, como en otro tiempo en Sion, la luz de la verdad, y la enviaba hasta á los paises mas remotos.² Una vida, y una actividad desconocidas hasta entonces, animaban la universidad. “Aquí se escitan al estudio como las hormigas,” escribia Lutero.³

¹ L. Epp. I., p. 198.

² Scultet. Annal. I., p. 17.

³ Studium nostrum more formicarum fervet. (L. Epp. I., p. 193.)

XI.

Proyectos de partida.—Despedida á la iglesia.—Momento crítico.—Entrega de Lutero :—Valor del mismo.—Descontento de Roma.—Apelacion á un concilio.

PENSANDO Lutero que podia ser arrojado pronto de la Alemania, se ocupaba de la publicacion de las actas de la conferencia de Augsbourg. Quería que dichas actas quedasen como testimonio de la lucha entre Roma y él. Veía acercarse la tempestad, pero no la temía. Esperaba de día en día las maldiciones de Roma, y disponía y lo ordenaba todo, afin de estar listo cuando ellas llegasen.—“Habiendo arremangado mi habito y apretado mi cordon,” decia, “estoy pronto á partir como Abraam, sin saber á donde iré, ó mas bien sabiendolo, porque Dios está en todas partes.”¹ Tenía la intencion de dejar una carta de despedida. “Ten en tal caso valor para leer la carta de un hombre maldito y escomulgado,” escribia á Spalatin.

Sus amigos estaban muy solícitos y temerosos por él; le suplicaban que se constituyese prisionero, afin de que aquel principe le hiciese guardar en alguna parte segura.²

Sus enemigos no podían comprender lo que le inspiraba tanta confianza. Un día hablaban de él en la corte del obispo de Brandebourg, y se preguntaban en que apoyo podia fundarse. “Es Erasmo,” decían, “es Capiton, son otros hombres sabios en quienes confía.” “No, no,” respondió el obispo, “el papa se inquietaría muy poco de esos tales; es en la universidad de Wittemberg, y en el duque de Sajonia,

¹ Quia Deus ubicquē. (L. Epp. I., p. 188.)

² Ut principi me in captivitatē darem. (Ibid., p. 189.)

en quienes descansa....” Asi unos y otros ignoraban cual era el castillo en que se habia refugiado el reformador.

Presentabanse al espíritu de Lutero proyectos de partida; no era el temor de los peligros el que se los sugería, sino la prevision de los obstaculos interminables, que hallaria en Alemania la libre profesion de la verdad.” Si permanezco aquí,” decia, “me quitarán la libertad de decir muchas cosas; si me ausento, desahogaré libremente los pensamientos de mi corazon, y ofreceré mi vida á Jesucristo.”¹

La Francia era el pais en que esperaba Lutero poder anunciar la verdad sin trabas. La libertad de que gozaban los doctores y la universidad de Paris le parecia digna de envidia. Estaba, por otra parte, de acuerdo con ellos sobre muchos puntos. ¿Que hubiera sucedido si hubiese pasado de Wittemberg á Francia? ¿Se hubiera establecido la re-formacion allí como en Alemania? ¿Hubiera sido destronado el poder de Roma, en aquella Francia que estaba destinada á ver combatir, en su seno, los principios gerarquicos de Roma, y los destructivos de una filosofia religiosa, y llegado á ser la misma nacion el gran foco de luz evangelica? Inutil es hacer sobre esto vanas suposiciones; pero tal vez hubiera producido, Lutero, en Paris, algun cambio en los destinos de la Europa y de la Francia.

El alma de Lutero estaba vivamente agitada. Predicaba muchas veces en la iglesia de la ciudad, en lugar de Simon Heyens Pontanus, pastor de Wittemberg, que estaba casi siempre enfermo. En todo evento, creyó deber despedirse de aquel pueblo, á quien habia anunciado con frecuencia la salud eterna. “Soy,” dijo un dia en el pulpito, “un predicador poco estable; ¡cuantas veces no he partido de repente sin despedirme de vosotros!...Por si llega otra vez tal caso, y que no haya de volver, recibid aquí mi despedida...” Y luego, habiendo añadido algunas otras palabras, concluyó diciendo, con moderacion y dulzura: “Os advierto, en fin,

¹ Si iero totum effundam et vitam offeram Christo. (L. Epp. I., p. 190.)

que no os espanteis, si descargan sobre mi con furia las censuras papales; no lo imputeis al papa, y no deseis mal ni á él ni á ningun otro mortal, antes bien encomendadlo todo á Dios."¹

Pareció por fin llegado el momento. El principe hizo saber á Lutero, que deseaba verle fuera de Wittemberg. Los deseos del elector eran sagrados para él, para que dejara de conformarse á ellos; hizo pues sus preparativos de partida, sin saber á donde dirigiria sus pasos; quiso no obstante reunir por ultima vez á sus amigos, y les preparó, con este motivo, una comida de despedida. Sentado con ellos en la mesa, disfrutó todavía de su grata conversacion y de su tierna y solícita amistad; y, estando así, le llevan una carta;era de la corte; la abrió, y la leyó; oprimiose su corazon, porque contenia una nueva orden de partir. El principe le preguntaba, "¿porque tardaba tanto en alejarse?" Su alma quedó sumergida en la mayor tristeza; sinembargo se reanimó, y, levantando la cabeza, dijo con firmeza y alegría, mirando á los que le rodeaban: "Padre y madre me abandonan, pero el Señor me recoje."² Era urgente partir; sus amigos estaban conmovidos.—¿Que iba á hacer de él? Si su protector le rechaza, ¿quien querrá recibirle? Y el Evangelio, y la verdad, y aquella obra admirable....todo va á caer sin duda con el ilustre testigo. La reformation parecia estar ya pendiente de un hilo, y en el momento en que Lutero saliese de Wittemberg, ¿no se romperia aquel hilo? Lutero y sus amigos hablaban poco. Heridos del golpe que recibia su hermano, derramaban lagrimas sus ojos. Pero, pocos instantes despues, llegó otro mensaje; abrió Lutero la carta, no dudando encontrar en ella nueva intimacion; pero, ¡oh poderosa mano del Señor! ya es salvo por de pronto. Todo cambió de aspecto, "Como el nuevo enviado del papa espera, le escribian, que todo podrá arre-

¹ Deo rem committerent. (Ibid., p. 191.)

² Vater und Mutter verlassen mich, aber der Herr nimmt mich auf.

glarse por medio de una conferencia, quedaos todavía.”¹
 ¡Que importante fué aquellá hora! ¿Que hubiera sido de Lutero, si, obedeciendo como siempre á la voluntad de su principe, hubiese salido de Wittemberg luego que recibió su primera carta? Nunca hubo situacion mas critica que aquella, para Lutero y para la obra de la reformation; parecian ya rotos sus destinos; y un instante bastó para cambiarlos. Llegado al grado mas inferior de su carrera, el doctor de Wittemberg volvió á subir rapidamente, y desde entonces no dejó de acrecentar su influencia. El Eterno ordena, segun la ecsprecion de un profeta, y sus siervos bajan á los abismos ó suben á los cielos.

Spalatin hizo llamar á Lutero á Lichtemberg, para tener una entrevista con él, segun las órdenes de Federico. Hablaron en ella largamente sobre el estado de las cosas. “Si llegan las sensuras de Roma,” dijo Lutero, “yo, por cierto no permaneceré en Wittemberg.”—“Guardaos,” repuso Spalatin, “de precipitar demasiado vuestro viaje á Francia!”².....Separose de él, diciendole que esperase sus avisos. “Solo os pido que encomendeis mi alma á Cristo,” decia Lutero á sus amigos. “Veo que mis adversarios se afirman en la idea de perderme; pero Cristo me afirma al mismo tiempo en la de no cederles.”³

Lutero publicó entonces las *Actas de la conferencia de Augsbourg*. Spalatin le habia escrito, de parte del elector, que no lo hiciese; pero era ya tarde. Una vez hecha la publicacion, el principe dió su aprobacion á ella. “Gran Dios!” decia Lutero en el prefacio, “¡que nuevo, que espantoso crimen, el buscar la luz y la verdad!.... y sobre todo en la Iglesia, es decir en el reino de la verdad.”—“Te envio mis *Actas*,” escribia á Link; “ellas son mas decisivas de lo que esperaba sin duda el Señor legado; pero mi pluma está preparada para producir mayores cosas. Ignoro yo mismo

¹ L. Opp. XV., 824.

² Ne tam cito in Galliam irem. (L. Epp. I., p. 195.)

³ . irmat Christus propositum non cedendi in me. (Ibid.)

de donde me vienen tales pensamientos. En mi concepto, el asunto ni aun está empezado,¹ y por consiguiente falta mucho para que los grandes de Roma puedan esperar su fin. Te mandaré lo que he escrito, para que veas si he acertado creyendo que el Anticristo, de que habla san Pablo, reina actualmente en la corte de Roma. Creo poder demostrar que él es hoy peor que los mismos turcos.”

Por todas partes llegaban á Lutero malos avisos. Uno de sus amigos le escribía, que el nuevo enviado de Roma habia recibido la órden apoderarse de él, y de entregarlo al papa. Otro le refería que, estando de viaje, se encontró en cierta parte con un cortesano, y que, habiendose suscitado la conversacion sobre los asuntos que agitaban entonces á la Alemania, el tal cortesano le declaró haberse comprometido á entregar á Lutero en manos del soberano pontífice. “Pero cuanto mas aumenta su violencia y furor,” escribía el reformador, “tanto menos tiemblo.”²

Hallabanse en Roma muy descontentos de Cayetano. El despecho que tenían de haber salido mal en el negocio, se descargó desde luego sobre él. Los cortesanos romanos se creyeron autorizados para imputarle la falta de prudencia y sagacidad que, segun ellos, debian ser las primeras calidades de un legado, y el no haber sabido ablandar, en circunstancias importantes, el rigor de su teología escolástica. Suya es toda la falta, decian; su tosco pedantismo lo ha echado todo á perder; ¿porque irritó á Lutero con injurias y amenazas, en lugar de atraerlo con promesas de un buen obispado y aun con las de un capelo de cardenal?³ Aquellos mercenarios juzgaban al reformador por sí mismos. No obstante era preciso reparar la falta. Por una parte, Roma debia pronunciarse: por otra debia contemplar al elector, que podia ser muy util para la eleccion que debian hacer

¹ Res ista necdum habet initium suum meo iudicio. (Ibid., p. 193.)

² Quo illi magis furunt, et vi affectant viam, eo minus ego terreor. (L. Epp. I., p. 191.)

³ Sarpi, *Concilio de Trento*, p. 8.

pronto de un emperador. Como era imposible á los eclesiasticos romanos, saber en que consistia la fuerza y el valor de Lutero, se figuraban que el elector estaba mucho mas implicado en el asunto, de lo que era realmente. Resolviose pues el papa á seguir otro rumbo. Hizo publicar, por su legado en Alemania, una bula, en la que confirmaba la doctrina de las indulgencias, precisamente sobre los puntos impugnados, pero sin mencionar al elector ni á Lutero. Como el reformador habia dicho siempre, que se someteria á la decision de la iglesia romana, creyó el papa que debia, en aquellas circunstancias, ó mantener su palabra, ó mostrarse abiertamente perturbador de la paz de la Iglesia, y menospreciador de la santa Sede apostolica. En cualquiera de los dos casos, parecia que debia ganar el papa; pero no se gana nada en oponerse obstinadamente á la verdad. En vano habia amenazado el papa, con la excomunion, á todo el que enseñase otra cosa que lo ordenado por él; la luz no se detiene en tales ordenes. Hubiera sido mas prudente morijerar, con ciertas restricciones, las pretenciones de los traficantes de indulgencias. Aquel decreto de Roma fué pues una nueva falta. Legalizando errores insoportables, indignó á todos los hombres prudentes, é imposibilitó la vuelta de Lutero al seno de la iglesia romana. "Se creyó," dice un hietoriador catolico, gran enemigo de la reforma-cion,¹ "que aquella bula no fué publicada mas que para el interes del papa y de los limosneros, que empezaban á ver, que nadie les queria dar nada por aquellas indulgencias."

El cardenal de Vio publicó el decreto en Lintz, en Austria, el 13 de Diciembre, 1518: pero ya Lutero se habia puesto á cubierto de sus tiros. El 28 de Noviembre habia apelado, en la capilla del Cuerpo de Cristo en Wittemberg, del papa á un concilio general de la Iglesia. Preveía la tempestad que iba á descargar sobre él; sabia que solo Dios podia conjurarla; pero lo que á él le tocaba hacer, lo hizo. Debia sin duda abandonar á Wittemberg, aunque no fuera

¹ Maimbourg, p. 38.

mas que por el elector, luego que llegasen allí las maldiciones romanas; sin embargo, no queria separarse de Sajonia y de Alemania sin hacer una protesta ruidosa, la que fué redactada en efecto; y, afin de que estuviese corriente para ser divulgada, luego que descargaran sobre él los furoros de Roma, como dice él mismo, la hizo imprimir bajo la espresa condicion de que el librero le entregaría todos los ejemplares; pero aquel hombre, codicioso de ganancia, los vendió casi todos, mientras que Lutero esperaba tranquilamente la entrega; éste se incomodó; pero la cosa estaba ya hecha. Aquella protesta atrevida se esparció por todas partes. Lutero declaraba de nuevo en ella, que no tenia intencion de decir nada contra la santa Iglesia, ni contra la autoridad de la Sede apostolica y del papa bien aconsejado. “Pero,” prosigue, “atendido que el papa, que es el vicario de Dios en la tierra, puede, como todo hombre, errar, pecar, mentir, y que la apelacion á un concilio general es el unico medio de salvacion contra las acciones injustas á las cuales es imposible resistir, yo me veo obligado á recurrir á ella.”¹

Hé aquí pues la reformation colocada en un nuevo terreno. Ya no es del papa, ni de sus resoluciones, de quienes se la hace depender; pero sí de un concilio universal. Lutero se dirigió á toda la Iglesia, y la voz que salió de la capilla del Cuerpo de Cristo, debe ser oída de todos los rebaños del Señor. No faltaba valor al reformador, y dió una nueva prueba de él. ¿Le faltará Dios? esto es lo que nos enseñarán los diversos periodos de la reformation, que deben todavía desenvolverse á nuestra vista.

¹ Löscher, Ref. Act.